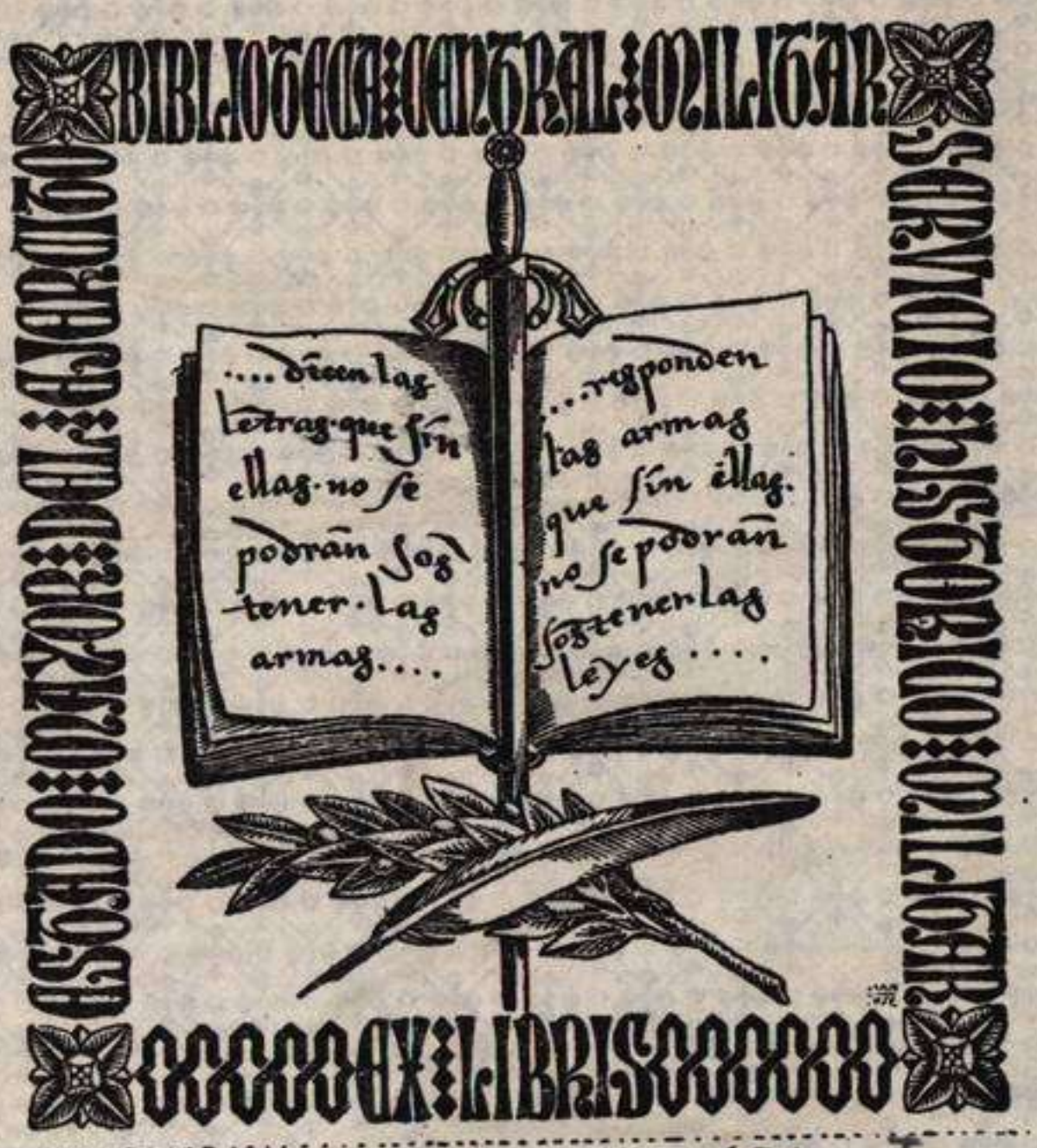
(c) 2008 Ministerio de Cultura



Inscripcion 3380

Clasificacion A-r-3

Colocacion
Sala I
Estante 20
Tabla 2ª
Número 15

III
44 - 2
5

© 2008 Ministerio de Cultura

BD2-24.833

EPISODIOS NACIONALES

TOMO V

JUAN MARTIN EL EMPECINADO

LA BATALLA DE LOS ARAPILES

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Los editores se reservan todos los derechos de propiedad de esta obra ilustrada.

Madrid 1883.—Imp. y lit. de *La Guirnalda*, Pozas, 12

(c) 2008 Ministerio de Cultura

EPISODIOS
NACIONALES

POR B. PEREZ GALDÓS

TOMO V

Ilustrado por los SRES. LIZCANO, MÉLIDA (D. A.), FERRIZ *y* PELLICER

BIBLIOTECA DE INGENIEROS

MADRID

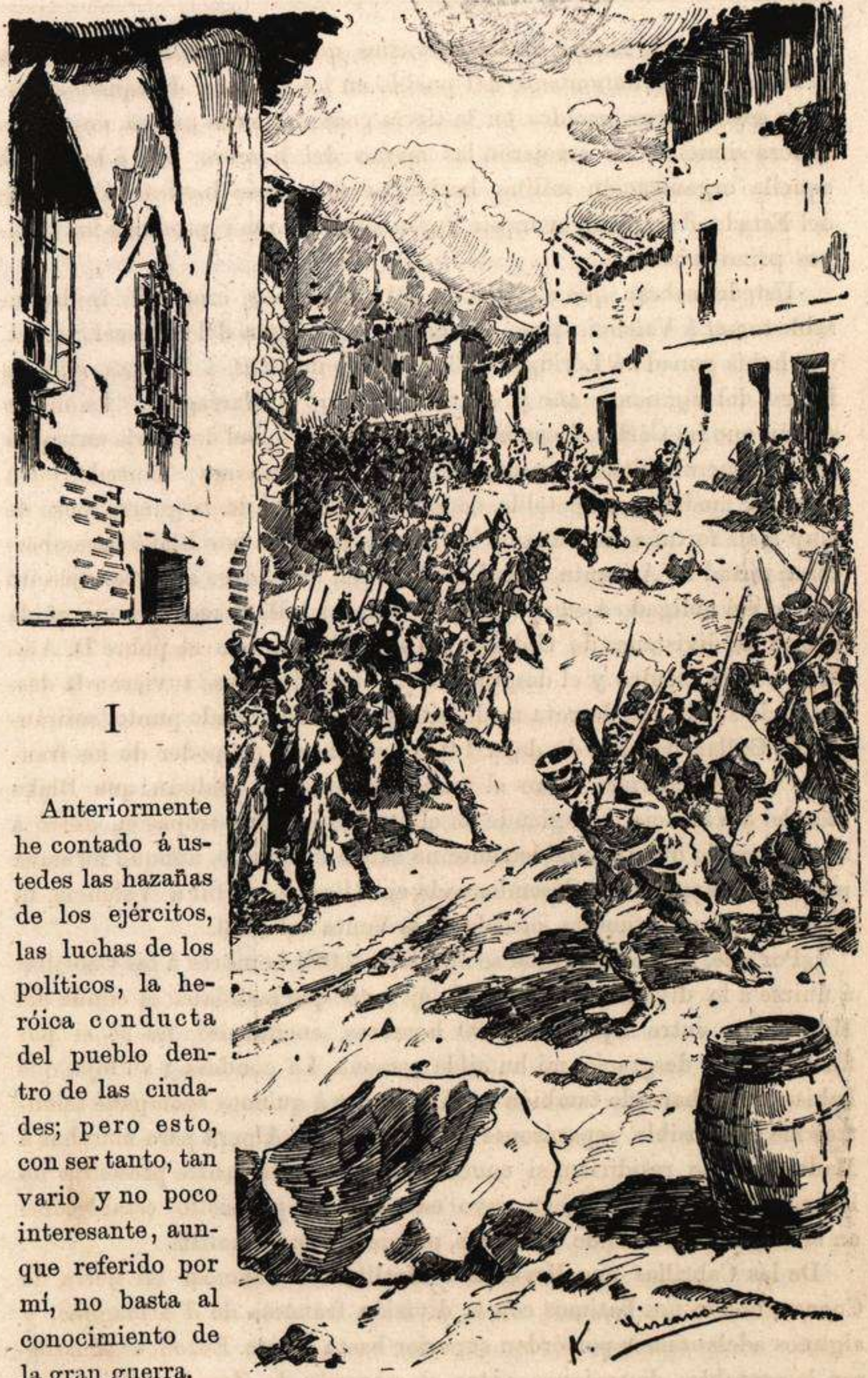
Administracion de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES
CALLE DEL BARCO, 2 DUPLICADO

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura



I

Anteriormente he contado á ustedes las hazañas de los ejércitos, las luchas de los políticos, la heróica conducta del pueblo dentro de las ciudades; pero esto, con ser tanto, tan vario y no poco interesante, aunque referido por mí, no basta al conocimiento de la gran guerra.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Ahora voy á hablar de las guerrillas, que son la verdadera guerra nacional, del levantamiento del pueblo en los campos, de aquellos ejércitos espontáneos, nacidos en la tierra como la yerba nativa, cuya misteriosa simiente no arrojaron las manos del hombre; voy á hablar de aquella organización militar hecha por milagroso instinto á espaldas del Estado, de aquella anarquía reglamentada, que reproducía los tiempos primitivos.

Ustedes sabrán que á mitad de 1811 Napoleón, creyendo indispensable tomar á Valencia, puso esta empresa en manos del mariscal Suchet, que había ganado á Lérida en 13 de Mayo de 1810, á Tortosa en 2 de Enero del siguiente año y en 28 de Junio á Tarragona. Asimismo sabrán que las Córtes, dispuestas á defender la ciudad del Turia enviaron allá al general Blake, regente á la sazón, hombre muy honrado, buen patriota, modesto, respetable, conocedor del arte de la guerra; pero de muy mala fortuna. Sabrán que las fuerzas llevadas por Blake desembarcaron mitad en Alicante, mitad en Almería, uniéndose al tercer ejército que se vió obligado á empeñar en la Venta del Baul acción muy reñida contra las divisiones de Goldnot y Leval. Sabrán que el pobre D. Ambrosio de la Cuadra y el desgraciado D. José de Zayas tuvieron la desdicha de sufrir una derrota medianilla en el mencionado punto, retirándose á Cúllar, después de dejar 1.000 prisioneros en poder de los franceses y 450 cuerpos sobre el campo de batalla. Sabrán que Blake marchó á Valencia, recogiendo en el camino cuantas tropas encontró á mano; pero lo que indudablemente no saben es que yo, aunque formaba parte de la expedición desembarcada en Alicante, ni fuí á Valencia, ni me encontré en la funesta jornada de la Venta del Baul.

¿Por qué, señores? Porque se enviaron 2.000 hombres á las Cabrillas á unirse á la división del segundo ejército que mandaba el conde del Montijo, y entre aquellos 2.000 hombres, encontróse, no sé si por fortuna ó por desgracia, mi humilde persona. La condesa y su hija, que habían desembarcado también en Alicante y á quienes acompañé mientras me fué posible, separáronse de mí cerca de Alperá para marchar á Madrid, donde residirían, si contrariedades que la madre presentía no las echaban de la Córte, en cuyo caso era su propósito establecerse en el solitario castillo de Cifuentes, propiedad de la familia.

De las Cabrillas nos llevaron á Motilla del Palancar en tierra de Cuenca, donde nos batimos con la división francesa de d'Armagnac, y algunos adelantamos por órden superior hasta Huete. Entonces ocurrieron lamentables disensiones entre el marqués de Zayas y el general

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Empecinado, saliendo al fin triunfante este último, á quien dieron las Córtes el mando de la quinta división del segundo ejército, con lo cual se evitó la desorganización de las fuerzas que operaban en aquel país. El Empecinado, que en Mayo de 1808 había salido de Aranda con un ejército de *dos* hombres, mandaba en Setiembre de 1811 *tres mil.*

Recuerdo muy bien el aspecto de aquellos miserables pueblos asolados por la guerra. Las humildes casas habían sido incendiadas primero por nuestros guerrilleros para desalojar á los franceses y luego vueltas á incendiar por éstos para impedir que las ocuparan los españoles. Los campos desolados no tenían mulas que los arasen, ni labrador que les diese simiente, y guardaban para mejores tiempos la fuerza generatriz en su seno fecundado por la sangre de dos naciones. Los graneros estaban vacíos, los establos desiertos y las pocas reses que no habían sido devoradas por ambos ejércitos, se refugiaban, flacas y tristes, en la vecina sierra. En los pueblos no ocupados por la gente armada, no se veía hombre alguno que no fuese anciano ó inválido, y algunas mujeres andrajosas y amarillas, estampa viva de la miseria, rasguñaban la tierra con la azada, sembrando en la superficie con esperanza de coger algunas legumbres. Los chicos desnudos y enfermos acudían al encuentro de la tropa, pidiendo de comer.

La caza, por lo muy perseguida, era también escasísima y hasta las abejas parecían suspender su maravillosa industria. Los zánganos asaltaban como ejército famélico las colmenas. Pueblos y villas, en otro tiempo de regular riqueza, estaban miserables, y las familias de labradores acomodados pedían limosna. En la iglesia, arruinada ó volada ó convertida en almacén, no se celebraba oficio, porque frecuentemente cura y sacristán se habían ido á la partida. Estaba suspensa la vida, trastornada la Naturaleza, olvidado Dios.

Los militares que habíamos estado en Cádiz echábamos de ménos la hartura y abundancia de la improvisada córte, y experimentábamos gran molestia con aquel exíguo comer y beber del segundo ejército. Las largas marchas nos ponían enfermos y en vano pedíamos un pedazo de pan á la infeliz comarca que atravesábamos.

Cuatro compañías destinadas á reforzar el ejército del Empecinado entraron en Sacedón en una hermosa tarde de otoño. Cerca de la villa vimos un árbol, de cuyas ramas pendían ahorcados y medio desnudos cinco franceses, y un poco más allá algunas mujeres se ocupaban en enterrar no sé si doce ó catorce muertos. La gran inopia que padecíamos no nos permitió en verdad enternecernos mucho con lo fúnebre de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

aquel espectáculo, y atentos antes á comer que á llorar (por mandato de la estúpida bestia humana), nos acercamos al primer grupo de enterradoras, significándoles bruscamente que nuestras respetables personas necesitaban vivir para defender la patria.

—Vayan al diablo á que les dé raciones—nos contestó de muy mal talante una vieja.—Con dos patatas podridas nos hemos quitado un día más de encima mis nietas y yo, ¿y nos piden ustedes que les llenemos la panza?

—Señora, tripas llevan piés, que no piés tripas, como dijo el otro, y que nos han de dar raciones no tiene duda, porque estos valientes soldados no han probado nada desde ayer.

—Sigan adelante, y en Tabladillo ó Cereceda puede que encuentren algo. Lo que es en Sacedón...

—De aquí no hemos de pasar porque no somos máquinas. Venga lo que haya al momento, ó si no lo tomaremos: que eso de derrotar ejércitos franceses sin probar bocado no está escrito en mis libros.

—¡Derrotar ejércitos franceses!—exclamó la vieja con desdén.—¿Quién? ¿Ustés? ¿Los militares de casaca azul y morrioncete? Hasta ahora no lo hemos visto.

—¿Duda de nuestro valor la señora?

—La gente de tropa no sirve para nada. Van y vienen, dan dos tiros al aire y luego ponen un parte diciendo que han ganado una batalla... Señores oficialetes, estos ojos han visto mucho mundo... y en verdad que si no fuera por los *empecinados* y demás gente que se ha echado al campo por dar gusto al dedo meneando el gatillo...

—Bueno; dejemos á la historia que nos juzgue—dijo con festiva gravedad mi compañero, que era algo chusco.—Entre tanto, nosotros necesitamos para nuestra gente pan, un poco de cecina, caza, legumbres y vino si lo hay... Veamos quién manda aquí. ¿No hay alcalde, corregidor, gobernador, ministro, rey ó demonio á quien dirigirnos?

—Aquí no hay nada de eso, amiguito—repuso la vieja.—Ya he dicho que sigan hácia Tabladillo ó Cereceda.

—¿De modo que en este bendito pueblo no hay autoridades? Así anda ello—exclamó con enfado mi compañero.

—¡Autoridades hay, hombre! Y no griten tanto que no soy sorda. Ahí está la señá Romualda. Eh, señá Romualdita, aquí piden pan.

Vimos á una mujer fornida y varonil, la cual, echándose al hombro la azada, después de dictar las últimas órdenes para que se rematara la triste inhumación, se nos acercó y se dignó mirarnos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Raciones, señor alcalde, raciones para la tropa, que se muere de hambre.

—No hay nada, mi general—respondió bajando hasta el suelo el hierro de su instrumento agrícola y apoyándose majestuosamente en el cabo.—Ayer hicimos una cochura por órden de D. Juan Martín. Vino por la noche el pícaro francés, señor *Tarugo,* y se la llevó. ¡Bonito dejaron el pueblo, bonito! Siete doncellas de ménos y veinte cuerpos de más bajo la tierra... Á mí me quitaron el cuero... un cuero de vino que tenía, quiero decir, y toda la miel... Se llevaron los pendientes de todas las muchachas de la villa, y allí está casi muerta Nicasia Moranchel, á quien arrancaron media oreja con la fuerza del tirón... Cargaron hasta con la lana que había en los telares, y al tío Sotillo, que tenía un sombrero de paja traido de las Indias por su sobrino, le dejaron con la cabeza desnuda. El sombrero, con el palmito que había en el balcón de mi casa desde domingo de Ramos, se lo dieron á comer á los caballos.

—Siempre habrá quedado algo para nosotros, señá Romualda—dijo mi compañero;—aunque sea otro sombrerito de paja.

—Ni un sacramento, señores. Me falta decirles que esta madrugada los franceses salían por un lado y la partida de Orejitas entraba por otro. Hubo algunos tiros... pim, pum... los franceses mataron á algunos paisanos y los de la partida pusieron en aquel árbol el racimo que desde aquí se ve... Orejitas pidió raciones... no había... yo me enfadé con Orejitas... Orejitas me amenazó... yo le dí dos palos á Orejitas, que al fin hizo saquear el pueblo; llevándose lo poco que quedaba.

—Luego quedaba algo. Ahora también quedará... Pero vamos á cuentas. ¿Usted es la autoridad en esta insigne villa?

—Sí, mi general—contestó ella, contrariada porque se pusiese en duda la autenticidad de sus atribuciones concejiles.—Yo soy el alcalde, ó mejor dicho, la alcaldesa, porque soy mujer.

—Ya nos lo figurábamos.

—Mi señor marido, que es D. Antonio Sacecorbos, ha ido con D. Juan Martín á la *conquista* de Calatayud. Allí están todos los hombres del pueblo.

—Pues señora de Sacecorbos, nosotros no arrancaremos las orejas ni la doncellez á las muchachas de este pueblo; pero tomaremos todo lo que caiga bajo la jurisdicción del estómago, sin más dimes ni diretes.

Señá Romualdita gritó y vociferó; mas nada valieron las amenazas y protestas de la caterva mujeril. El pueblo fué saqueado por tercera vez en un solo día, y aún se encontró algo, aún se encontró una pequeña

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cochura que la alcaldesa había preparado aquella tarde para la partida de Sardina. Ignoro si cometieron los soldados algún desafuero en cosas comprendidas dentro de jurisdicción distinta de la del estómago. No lo aseguro ni tampoco lo niego, y envolviéndome, como suele decirse, en el manto de mi irresponsabilidad, dejo á la historia y á la señora de Sacecorbos el cuidado de averiguarlo.

Pocos días después nos unimos á la partida de D. Vicente Sardina subalterno del Empecinado. Hé aquí como.

Dormíamos en Val de Rebollo, cuando nuestros centinelas avisaron la aproximación de gente armada. El recelo de que fuesen los franceses se disipó bien pronto, porque las avanzadas de la partida gritaban y cantaban á lo lejos, y la gente del pueblo, que había olfateado carne española, salió ruidosamente á su encuentro. Pronto vimos desfilar por la única calle del lugar, sin formación, orden ni concierto, un pequeño ejército compuesto de infantes y ginetes, armados los unos de trabuco, de escopeta los otros, cada cual vestido según su calidad, gusto ó hacienda, casi todos con un pañizuelo en la cabeza por único tocado, el ceñidor en la cintura, la manta puesta al hombro y la alpargata en el infatigable pié. Veíanse, sin embargo, en algunas cabezas, sombreros, chacós, cascos de franceses, y algún descolorido y rancio uniforme español en el cuerpo de otros.

Iban llegando y se acomodaban en las casas, escogiendo cada cual la que mejor le parecía, sin ceremonia ni cumplidos, y fraternizando al punto con la tropa, aunque sin dejar de mostrarnos cierto desdén, como si fuéramos unos desdichados incapaces de intentar la conquista de Calatayud. Los habitantes de Val de Rebollo ofrecían á unos y otros la poca hacienda que les quedaba y en un instante las llamas de los hogares lamiendo las repletas panzas de ollas y peroles, iluminaron las habitaciones, despidiendo por puertas y ventanas tanta claridad que el lugar, alegrado al mismo tiempo por las voces, gritos y cantorrios, parecía celebrar una fiesta.

El jefe de la partida, D. Vicente Sardina, se alojó en la misma casa donde yo estaba. Era un hombre enteramente contrario á la idea que hacía formar de él su apellido; es decir, voluminoso, no ménos pesado que un toro, bien parecido, con algo de expresión episcopal ó canongil en su mofletudo semblante, muy risueño, charlatán, bromista y franco hasta lo sumo. Cuando mis compañeros y yo nos presentamos á él, diciéndole que mandábamos la fuerza destinada por O'Donnell á engrosar las filas del Empecinado, nos miró con aquella expresión de generosidad pro-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pia del hombre dispuesto á proteger al prójimo desvalido y nos dijo:

—Bueno; veremos cómo se portan ustedes... Creo que aprenderán el oficio en poco tiempo... parecen buenos muchachos; pero tiernecitos, tiernecitos todavía. Ea, fuera miedo: ya se irán haciendo al fuego y se les quitará esa cortedad...

—Mi coronel—repuse,—no somos nuevos en la guerra; pues de nosotros el que más y el que ménos ya ha despachado catorce batallas, diez sitios y más de cincuenta encuentros menores.

—¿Batallitas, eh?—exclamó riendo con pueril candidez.—Y mandadas por generales de entorchado... Me parece que las veo... Mucha escritura, parte acá, parte allá, oficios en papel amarillo con sello, y mucho de *Excelentísimo señor, participo á vuecencia que habiéndose presentado el enemigo...* Farsa, pura farsa. En fin, señores, ustedes aprenderán á hacer la guerra, porque no les falta entendimiento ni voluntad... Ahora ayúdenme á despachar esta pierna de carnero y lo que contiene este bendito zaque.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Mosen Antón.

II

Sin que nos lo rogara dos veces, nos apresuramos á participar de la cena. Olvidaba decir que á la derecha de Sardina estaba, animado también de propósitos hostiles contra la pierna de carnero, el segundo jefe de la partida, un hombre altísimo, descarnado y morenote, con barba entrecana, pelo corto, ojos fieros, cejas pobladísimas y unas manos tan largas como velludas que velozmente pasaban del plato á la boca. Era mosen Antón Trijueque, cura aragonés, que había tomado las armas desde el principio de la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

guerra, y servía en las filas de Sardina, no como capellán, sino como... jefe de la caballería.

—Á fé, mosen Antón—dijo Sardina empinando el vaso,—que no creí pasar esta noche más acá de Almadrones. ¿Cree usted que encontraremos el destacamento de Guí siguiendo la vuelta de Brihuega?

—Me parece que no se nos escapan mañana—repuso el cura, dando muestras de excelente apetito.—Los espías del francés habrán ido contando que caminábamos hacia Torremocha del Campo. Por la sotana que visto, Sr. D. Antonio, que hemos de hacer una buena presa. Mi ayudante, el sargento Santurrias, se nos unió, como usted sabe, en Mirabueno. Venía de espiar la dirección del enemigo. No hay otro Santurrias bajo el sol, Sr. Sardina, y con su traje de pastor y su aspecto y habla de idiota es capaz de engañar á media Francia, cuanto más al general Guí.

—¿Y qué dice Santurrias?—preguntó el jefe.

—Que parte de la tropa francesa que desde Daroca bajó al auxilio de Calatayud en la gran embestida que le dimos hace tres días, se ha corrido por Cogolludo, y como en su cobardía se les figura sentir el resoplido del caballo de D. Juan Martín, van tan á prisa que mañana han de llegar á Brihuega.

—¿Y cómo se sabe que van á Brihuega?

—¿Cómo se ha de saber? sabiéndolo—exclamó con energía mosen Antón que, además de jefe de la caballería, era el Mayor General de la partida y el gran estratégico, y el verdadero cerebro de D. Vicente Sardina.—Esas cosas no se saben, se adivinan. ¿Pasaron ayer por Cogolludo, sí ó nó? Se les vió desviarse del camino real y tomar las alturas de Hita, ¿sí ó nó?

—Sí, tal era en efecto su camino...—dijo Sardina con modestia, reconociendo el genio de mosen Antón.

—Ahora, si no nos hemos de mover hasta que el enemigo no nos mande aviso de donde está...—dijo el cura reanudando las interrumpidas relaciones con un sabroso hueso.

—Pues adelante—afirmó Sardina con decisión.—Vamos á Brihuega. Les cogeremos desprevenidos, y ni uno solo volverá á Madrid. Ahora que tenemos el refuerzo de cuatro compañías de tropa...

Mosen Antón miró á mi compañero y á mí con ménos desdén que antes lo hiciera el jefe.

—Cuatro compañías...—dijo observándonos de hito en hito.—Veremos qué tal se portan estos señores, que aún no se han batido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Nuevamente tuvimos que exponer mi compañero y yo los distintos encuentros en que habíamos tenido el honor de hallarnos; pero Trijueque, refiriéndonos en pocas palabras sus proezas, desde el primer sitio de Zaragoza hasta la acción del Tremedal, nos cerró la boca y abatió nuestro orgullo.

—Aquí—nos dijo al concluir su poema horóico—espera á ustedes una vida distinta. Aquí no hay descanso, aquí se come lo que se encuentra, y se descabeza un sueño con el dedo puesto en el gatillo, dormido un ojo y despierto y vigilante el otro. Además, el que no tenga buenas piernas, que se marche á su casa, porque aquí no se corre, se vuela.

Mientras el jefe de Estado Mayor general decía esto, D. Vicente Sardina estiraba los brazos y echaba la cabeza hacia atrás, no con intento de remedar á Jesucristo en la cruz, sino por lo que llaman des perezarse, lo cual advertido por el fiero clerizonte, inspiró á éste las siguientes palabras, que en ejércitos de otra clase no hubieran sido dirigidas á un jefe por un subalterno.

—Sr. D. Vicente, ¿hay pereza?... Bien, iré yo solo en busca de Guí con la gente y las cuatro compañías. Somos cuatrocientos hombres y trescientos soldados. Adelante. Cogeremos al general Guí y se lo presentaremos á Juan Martín.

—Amigo Antón—dijo el general riendo,—no puede uno ni abrir la boca para un condenado bostezo delante de usted... Y gracias que me ha dejado poner un puntal al estómago... ¡Maldito cura! ¿Pero olvida usted que va para tres noches que no hemos dormido? Vamos, que digan los señores, si hay cuerpo que resista á tan larga velada, aunque sea el cuerpo de D. Vicente Sardina el de Valdeaberuelo...

Mosen Antón miró al jefe de la partida con expresión de lástima, y luego arqueando las cejas más negras que ala de cuervo, alargando el hocico y cerrando el puño se expresó de esta manera:

—¡Dormir, dormir, cuando los franceses han quemado nuestras casas y asesinado á nuestros padres y deshonrado á nuestras mujeres!... sí señor, á nuestras mujeres.

Sardina reía y nosotros también; pero Trijueque imponiéndonos silencio con su habitual imperioso gesto, prosiguió así:

—Me gustan estos señoriticos que no piensan más que en dormir. ¿Por qué el Sr. Sardina no lleva consigo en campaña un colchón de pluma ó canapé de rasos y holandas para echar la siesta? Buenos soldados tiene la patria, buenos sí... como que se tumban, cuando el enemigo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ocultándose en las sombras de la noche, intenta sorprendernos. Es preciso que los curas echen la llave á la parroquia, se la guarden en el bolsillo, y cogiendo una escopeta, un sable y dos pistolas, corran al campo á enseñar á los patriotas su deber. Aquí estoy yo que no duermo, no, Sr. D. Vicente, no duermo—al decir esto los ojos negros que despedían pasajeros reflejos como una noche de tempestad, parecían querer salírsele de las sanguinolentas órbitas,—porque no puedo dormir, aunque quisiera... porque si cierro los párpados, dentro de ellos veo al general Guí y al general Hugo y al general Belliard con sus manadas de gabachos. Cuando de tarde en tarde me arrojo en el suelo, procurando dar descanso á mi cuerpo, los caminos, las veredas, las trochas, los atajos, los montes, los cerros, los ríos y los arroyos se me meten en la cabeza, y todo se me vuelve pensar si iremos por allí, si pasaremos por allá, si les encontraremos por acullá... Aquí está un hombre que no tiene más descanso que inclinar la cabeza sobre el pecho y amodorrarse un poco con el paso del caballo, que es más suave que una litera llevada por buenos jayanes... ¡Dormir! Por las benditas ánimas del Purgatorio; ¡voto á Barrabás! ¡Me reviento en Júdas! Juro que desde el 3 de Junio de 1808 no sé lo que es una sábana. Estoy despierto, estoy velando por la patria, y temo que la dejen perecer los que duermen.

Trijueque dió un resoplido, no ménos fuerte que el de un mulo y se levantó. ¡Dios mío, qué hombre tan alto! Era un jigante, un coloso, la bestia heróica de la guerra, de fuerte espíritu y fortísimo cuerpo, de musculatura ciclópea, de energía salvaje, de brutal entereza, un pedazo de barro humano, con el cual Dios podía haber hecho el físico de cuatro almas delicadas; era el genio de la guerra en su forma abrupta y primitiva, una montaña animada, el hombre que esgrimió el canto rodado ó el hacha de piedra en la época de los primeros odios de la historia; era la batalla personificada, la más exacta expresión humana del golpe brutal que hiende, abolla, rompe, pulveriza y destroza.

Para que fuera más singular y extraño aquel guerrillero, cuya facha no podía mirarse sin espanto, vestía la sotana que llevaba cuando echó las llaves de la parroquia el 3 de Junio en 1808, y de un grueso cinto de cuero sin curtir pendían dos pistolas y el largo sable. Abierta la sotana desde la cintura dejaba ver sus fornidas piernas, cubiertas de un calzón de ante en muy mal uso y los piés calzados con botas monumentales, de cuyo estado no podía formarse idea mientras no desapareciesen las sucesivas capas de fango terciario y cuaternario que en ellas habían depositado el tiempo y el país. Su sombrero era la gorra peluda y estre-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cha que usan los paletos de tierra de Madrid, el cual se encajaba sobre el cráneo, adaptado á un pañuelo de color imposible de definir y que le daba varias vueltas de sien á sien.

Después que estiró brazos y piernas, dió dos puñetazos sobre la mesa, y dijo con voz temerosa:

—El que quiera dormir que duerma. Yo me voy en busca del general Guí. ¡Mal cuerno!

D. Vicente Sardina, risueño primero, mas luego atemorizado ante la ruidosa energía de su segundo, quiso contemporizar con él y dijo:

—Bueno, mosen Antón. Celebraremos consejo de guerra. Señores oficiales, ¿qué opinan ustedes?

Sin vacilar dijimos mi compañero y yo que convenía seguir el dictámen de mosen Antón.

—Pues yo—dijo Sardina bostezando de nuevo y haciendo la señal de la cruz sobre la boca,—creo que si marchamos esta noche, no encontraremos ni sombra de franceses. ¿Cómo es posible, señores, que la división de Guí se corriera por el lado allá del Henares?... Vamos, que ni mosen Antón con todo su talento militar, tan grande como el de Epaminondas, me lo hará creer.

—Sr. D. Vicente—dijo el clérigo asiendo la solapa del uniforme de Sardina,—yo me voy con los que me quieran seguir.

—Poco á poco, despacito. Sepamos en qué se funda el señor pastor Curiambro para creer...

—Que vengan los espías.

El jefe con voz de trueno gritó:

—¡Viriato, maldito Viriato!... ¿Dónde se ha metido ese condenado?

Sorprendióme el nombre de la persona llamada, que era el ayudante de D. Vicente Sardina.

El amo de la casa apareció riendo, y dijo á nuestro jefe:

—El Sr. Viriato está cortejando á las mozas del pueblo.

—Ya le ajustaré las cuentas á mi ayudante—dijo D. Vicente,—por no estar aquí cuando le llamo. Hágame usted el favor, tío Bartolomé, de llamar al Sr. Santurrias, que creo está en la caballeriza.

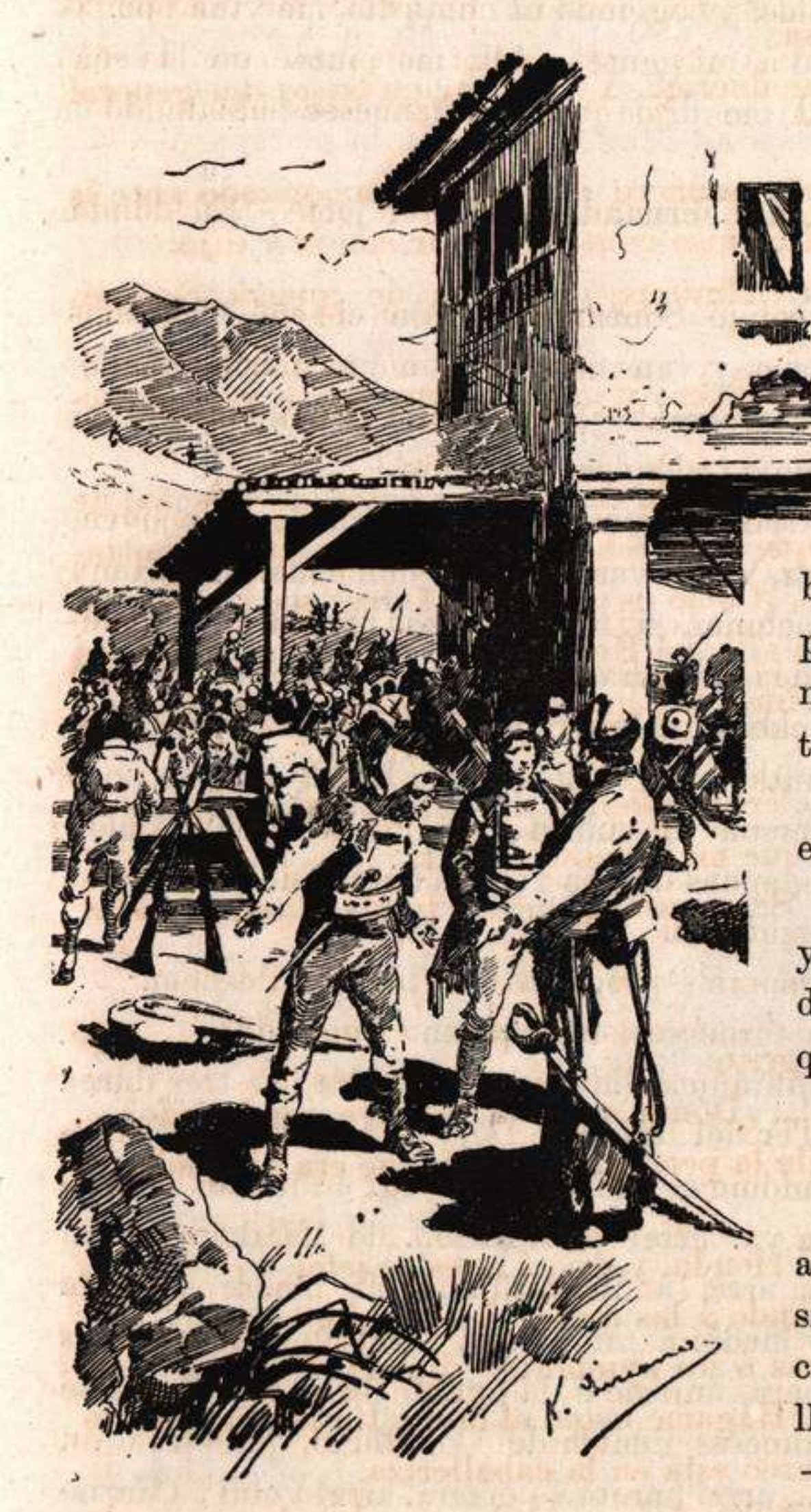
Apareció al poco rato, soñoliento y mal humorado el venerando personaje, á quien la historia conoce con el nombre de Santurrias, y al punto reconocí su abominable efigie. Era el mismísimo acólito de don Celestino del Malvar, el mismo rostro que no indicaba ni juventud ni vejez, la misma boca, cuyo despliegue no puedo comparar sino á la abertura de una gorra de cuartel cuando no está en la cabeza, la misma

(c) 2008 Ministerio de Cultura

doble fila de dientes, la misma expresión de desvergüenza y descaro.

—Á ver, Sr. D. Gorito Santurrias, ¿qué tienes que decirme de tu espionaje? ¿Qué lugares has recorrido y qué has visto?

—Mi general—dijo Santurrias respetuosamente,—anteayer, al filo de mediodía entré en Robledarcas pidiendo limosna. Llevaba la pierna pintada al modo de llaga y un niño de pechos en brazos. El niño era el que recogimos en Honrubia, cuando los franceses pegaron fuego al lugar y mataron á todos sus habitantes.



—Bien; ¿y dónde viste al enemigo?

—El chiquillo lloraba, y yo lloraba también, pidiendo limosna á los franceses que venían de Atienza.

—¿Venían de Atienza?

—Sí señor.

Trijueque hacía gestos afirmativos y de aprobación, sin quitar los ojos del sacristán mendigo y guerrillero.

—Venían con mal modo—continuó éste,—y me parece que rabiaban de hambre. Un oficial me dió un pedazo de pan... Yo pedía para el pobrecito niño de pecho, que dije era mi nieto. Pasó el general con algunos húsares, y al fin un sargento, que me miró mucho como queriendo conocerme... Mi general, para no cansar, ello es que me dieron veinte palos, y me amenazaron con fusilarme... ¡Qué palos! Las

(c) 2008 Ministerio de Cultura

llagas fingidas se trocaron por mi desgracia en verdaderas, y ahora estaban descansando mis lomos en la cuadra.

—Vamos á lo principal; ¿qué dirección tomaron los franceses?

—No tenía yo ganas de quedarme en su compañía, después de las misas, quiero decir, de los palos; y cogiendo al chiquillo, me vine por la vuelta de Jadraque buscando á mi gente... Allí me junté con la señá Damiana Fernandez, la cual me dijo que los franceses habían ido á Cogolludo.

Que venga la señá Damiana Fernandez—dijo el jefe.—¿En dónde está?

—¿Dónde ha de estar?—replicó Santurrias.—Con el señó Cid Campeador. Ambos son uña y carne, y van montados en un mismo caballo.

—Que la traigan—gritó el general.—¿Pero dónde demonios está mi ayudante? ¡Viriato, Viriatillo de todos los demonios!

No tardó en aparecer la señá Damiana, que era una mujer joven, delgada y de buena estatura, algo varonil, de color malo, ojos muy negros, y un conjunto de facciones, si no hermoso, regularmente simpático y agradable. Vestía de la cintura arriba arreos militares, llevando pistolas y mochila, y en la cabeza un morrioncete ladeado cuyas carrilleras de cobre sucio se juntaban en el pico de la barba con no poco donaire. El resto de su persona lo cubría á lo mujeril, y una halda negra, sobre refajo amarillo, apenas dejaba ver las botas de cuero crudo con espuela tan sólo en la izquierda.

—¿Qué quiere saber mi general?—preguntó con marcial despejo.

—¿Estás segura de que los franceses entraron en Cogolludo?

—Mi general, yo fuí á Montañón á llevar á mi madre los tres duros y medio que me dieron en Tor del Rábano. Dejé este vestido en Villanueva de Argecilla y poniéndome el de labranza, cogí á mis dos hermanitos, los monté en la burra y... arre! á Miralrío... de Miralrío, arre! á Carrascosa... de Carrascosa, arre! á Montañón!... Mi madre se había muerto. Dí los tres duros y medio á mi abuela y estuve llorando dos horas... Después al volver para unirme á la gente, pasé muy cerca de Fuencemillan y ví á los franceses dentro de Cogolludo, que está á un cuarto de hora de andadura... arre! apreté á correr... arre! volví á Carrascosa, y llegué por la mañana á Villanueva, donde dejando los chicos, la burra y el miedo y poniéndome el uniforme, me junté á la partida.

—Está bien, señora Damiana—dijo el general.—Retírese usted, y si por casualidad encuentra al tuno de mi ayudante, puede darle dos sopapos y mandármele acá.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Está jugando al naipe con el señó D. Pelayo—contestó la guerrillera.

Por tercera vez habíamos oido designar con nombres de antiguos héroes españoles á indivíduos de la partida, y cada vez sentíamos mi compañero y yo más vivos deseos de conocer al señó Viriato, al señó Cid Campeador, y al señó D. Pelayo.

—¡Jugando al naipe!—exclamó Sardina.—Han de llevar el maldito vicio á todas partes... En resúmen, querido mosen Antón. Sabemos con certeza (porque esta gente dice la verdad) que los franceses han entrado en Cogolludo. ¿En qué podemos fundarnos para creer que pasen el Henares para refugiarse en Brihuega? Deben de estar cansados. Por aquí no encontrarán que comer y lo más natural es que pasen á tierra de Madrid por El Casar de Talamanca.

La señá Damiana.

—Los franceses pasarán el Henares—dijo mosen Antón, llevando el dedo índice á la frente con tanta fuerza como si se la quisiera agujerar.

—Usted lo adivina...

—Sí... lo adivino, lo preveo... no sé en qué me fundo...—replicó el cura con cierta expresión de hombre iluminado—lo tengo aquí entre ceja y ceja... Sr. D. Vicente, ¿me he equivocado alguna vez? Cuando he dicho: "están en tal parte„ ¿hemos dejado de encontrarles?... Sepa usted que los franceses van aprendiendo de nosotros está difícil guerra de partidas. Tantas veces les hemos sorprendido que también ellos discurren el modo de sorprendernos...

—Lo sé, lo sé.

—Pues bien... Los franceses saben que andamos por aquí, Sr. D. Vicente; los franceses que escaparon de Guijosa el martes, cuando sorprendimos el destacamento, debieron decir á Guí que nos habíamos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

corrido por los cerros de Algora... Guí se está *empecinando*... Guí quiere ser guerrillero... Guí quiere sorprendernos, y si descansamos, si nos dormimos, Guí nos sorprenderá... Usted dice que el francés va hacia Madrid en busca de descanso y raciones, y yo digo que viene hacia acá en busca de gloria y de costillas que quebrantar... No me pregunte usted en qué me fundo. El mismo mosen Antón que está hablando no lo sabe... pero mosen Antón no se equivoca nunca, mosen Antón adivina, mosen Antón tiene un diablillo que viene á decirle al oido donde están los franceses.

Oyendo esto D. Vicente Sardina, que conocía la singular previsión estratégica de su jefe de Estado Mayor general, sacudió de súbito la pereza, y dando una fuerte palmada en la mesa y levantándose, dijo:

—¡Voto al Demonio, que tiene razón el curita!... Eso mismo debí pensar yo... pero no lo pensé... Es que soy un bruto, y luego el maldito sueño...

—¡En marcha!—gritó mosen Antón no con palabras, sino con aullidos, no con entusiasmo, sino con exaltación salvaje.

—¡En marcha!—repitió el jefe.

—En marcha—gritamos también mi compañero y yo, sintiendo que nos identificábamos poco á poco en el silvestre militarismo de aquella gente.

La partida, á la cual desde aquella noche perteneciamos los de tropa, se puso en movimiento. Apagóse el fuego de los hogares, sacudieron el sueño los que se entregaban á él dulcemente, deshiciéronse las honestas intimidades y las tertulias que en distintas casas se habían formado entre soldados y vecinos de ambos sexos; cada cual recogió lo que pudo de condumio sólido ó líquido, y unos á caballo, y otros á pié salieron del pueblo. Aquel ejército marchaba en completo desórden. Mosen Antón y D. Vicente Sardina, que iban á la cabeza, detuviéronse en el camino junto á las últimas casas del pueblo, y entonces el primero dirigió la vista á los cuatro puntos del horizonte, recapacitó un buen espacio de tiempo, llevándose el dedo índice á la frente, y después volvió á dirigir el rostro á distintas partes del oscuro paisaje, no como quien mira, sino como quien olfatea.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Santurrias.

III

El jefe le miraba con asombro, no exento de malicia, como diciendo:

—¿Por dónde nos querrá llevar esto condenado?

—Hay que pensar qué dirección tomaremos, Sr. Sardina —dijo el jefe de Estado Mayor y de la caballería.—Las veredas son nuestra ciencia militar.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Creo que no hay lugar á duda—replicó Sardina.—El sendero de Yela está diciéndonos: "Corred por aquí.„

—No hemos de ir por ahí, sino por aquí—dijo Trijueque imperiosamente, señalando un cerro bastante elevado que á nuestra derecha teníamos.—Por aquí, por aquí.

—Hombre de Dios... ¿pero vamos á conquistar el cielo?—exclamó con displicencia Sardina.—¿Á dónde demonios vamos en esta dirección?

—Por aquí—repitió el cura señalando á la tropa el cerro.—Yo sé lo que me digo.

—¿En qué se funda usted para creer?

—Me fundo en lo que me fundo—replicó con impaciencia el atroz cura guerrillero.—Y no hay más que hablar. Cuando yo lo mando sabido tengo por qué. Y á prisita, á prisita, muchachos... hacer poco ruido.

Empezamos á echarnos á pechos la cuestecilla que era más que regular para los que marchábamos á pié. En los primeros momentos de la marcha satisfice mi curiosidad de conocer á los misteriosos personajes á quienes oí nombrar con los apodos, pues apodos eran, de Viriato, Cid Campeador y D. Pelayo, porque los tres iban junto á mí, y al punto me brindaron lo mismo que á mi compañero con su franca amistad. No eran barbudos personajes de teatro, ni fantasmas de héroes históricos evocados por la noche y la poesía, sino tres estudiantillos de Alcalá que desde el comienzo de la guerra se habían afiliado en la partida. Conservaban el traje clerical de las áulas con el sombrerete tripico, amen de la faja de cuero para el pedreñal y un sable corvo ganado entre los despojos de cualquier acción desfavorable á los franceses. Eran muy jóvenes y uno de ellos casi tierno niño; los tres alegres, animosos, entusiasmados con aquella vida que para gente de otra casta será penosa, pero que para españoles ha sido, es y será siempre placentera.

—Yo, señor oficial—me dijo el que llamaban Viriato,—estudiaba en la Complutense cuando declaramos la guerra á Napoleón. Soy hijo de unos labradores del Campillo de las Ranas, y vivía en Alcalá unos días de limosna, otros de la sopa boba y otros de lo que mis compañeros me quisieran dar... En los veranos era el primer corredor de tuna que se ha conocido desde que el gran Cisneros fundó la Universidad... De este modo y aunque no lo parezca, adelantaba mucho en mis estudios, siendo *nemine discrepante* en humanidades é *Instituta*; pero llegó la guerra y al oir yo el *quadrupedante putrem sonitu quatit úngula campum;* al oir tal ruido de trompetas, tal redoble de tambores, tal relinchar de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

guerreros caballos, me sentí inflamado en bélico ardor. Cuando apareció la primera partida creí volverme loco de entusiasmo; púseme yo mismo el nombre de Viriato, en memoria del más grande y el más célebre guerrillero que hemos tenido, y soldado me soy. Esta es la mejor vida del mundo. Tengo el grado de alférez, y como esto dure, pienso no parar hasta brigadier, renunciando para siempre á los pícaros estudios, que no traen más que trabajo en la juventud y hambre en la vejez.

—Brava gente es esta—exclamé.—Pensar que con semejantes hombres nos han de quitar á nuestro Rey Fernando, es majadería.

—No satisfecho aún—continuó Viriato—con el nombre que me puse (el mio verdadero es Aniceto Tortuera), expedí carta de heroismo á estos venerables amigos míos, y á ese más pequeño, que apenas levanta cuatro tercias del suelo, por ser más bravo que un toro le puse Cid Campeador. Ahí donde usted le ve tan callado y modesto, hijo es del señor marqués de Aleas, uno de los señores más ricos de esta tierra; mas con tener tanta hacienda prefiere el niño esta áspera vida á los regalos de su casa, y no se aparta de mí, su amigo y paje en Alcalá. Bien hizo el señor marqués en encomendarlo á mi cuidado y dirección durante la paz, porque pienso devolvérselo en disposición de conquistar á Valencia, como el otro Cid.

—Mi señor padre—dijo el Cid Campeador con voz y gestos infantiles —me ha llamado varias veces enviándome veinte propios para que me lleven á casa; pero yo le he dicho que estoy aquí defendiendo á la patria y que en diez años no me hablen de casas, ni de mamás, ni de golosinas... Á fé que es triste cosa dejar esto, cuando uno vá para alférez y cuando el mejor día le pueden caer del cielo las insignias de coronel. Militar quiero ser toda la vida, que no estudiante ni legista, ni físico ni retórico, ni matemático.

—De todo ha de haber en el mundo—dijo enfáticamente Viriato,—y si no ahí está mi amigo el príncipe de sangre goda D. Pelayo, que es el legista de la partida. Púsele el nombre de Pelayo, por lo venerable y augusto de su persona. ¡Véan ustedes qué majestad en sus movimientos qué mirar regio!

Le miramos, y en efecto, su fisonomía era la del pillete más redomado y pulido que han dado de sí cláustros universitarios, porterías de convento, mesones y posadas de estudiantes *more tunesco*.

—Es hijo de uno de los bedeles de la Universidad—añadió Viriato,—y en fuerza de tratar con estudiantes sabe más leyes que Gregorio Sala, que el gran Madera y el célebre Montalvo reunidos. Buscaba posada á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

los estudiantes nuevos, acompañaba en sus diversiones á los antiguos y compraba libros viejos para cambiarlos por sotanas y zapatos. Es grande amigo nuestro y cuando llegamos á un lugar donde parece que no hay nada, él siempre encuentra algo. Señores oficiales, ustedes tendrán muchísimos buenos amigos en la partida, la cual con todos sus trabajos y fatigas vale más, mucho más que las siete famosas de D. Alfonso el Sabio, por lo cual nosotros resolvimos trocar las siete por una sola.

Seguimos departiendo alegremente y cuando atravesábamos un áspero monte, sentí dentro de las mismas filas, no un estruendo de combate, no un grito de guerra, no un redoble de tambor ni son bélico de cornetas, sino unos lastimeros lamentos de criatura de pecho, que con toda la fuerza de sus débiles pulmoncitos pedía lo que no suelen dar los ejércitos sino las amas de cría. Tan inusitados chillidos que yo no había oído en ninguna de mis campañas, despertó de tal modo mi curiosidad, que pregunté el motivo de llevar en la partida tan extraño apéndice.

No tardé en divisar al Sr. Santurrias que llevando en brazos una criatura como de dos años, mal agazajada en un medio refajo amarillo, procuraba, condolido de su incapacidad para desempeñar las funciones maternas, acallarla con exhortaciones, promesas y silogismos que habrían convencido á un doctor de la Iglesia, mas no á un infeliz huérfano hambriento.

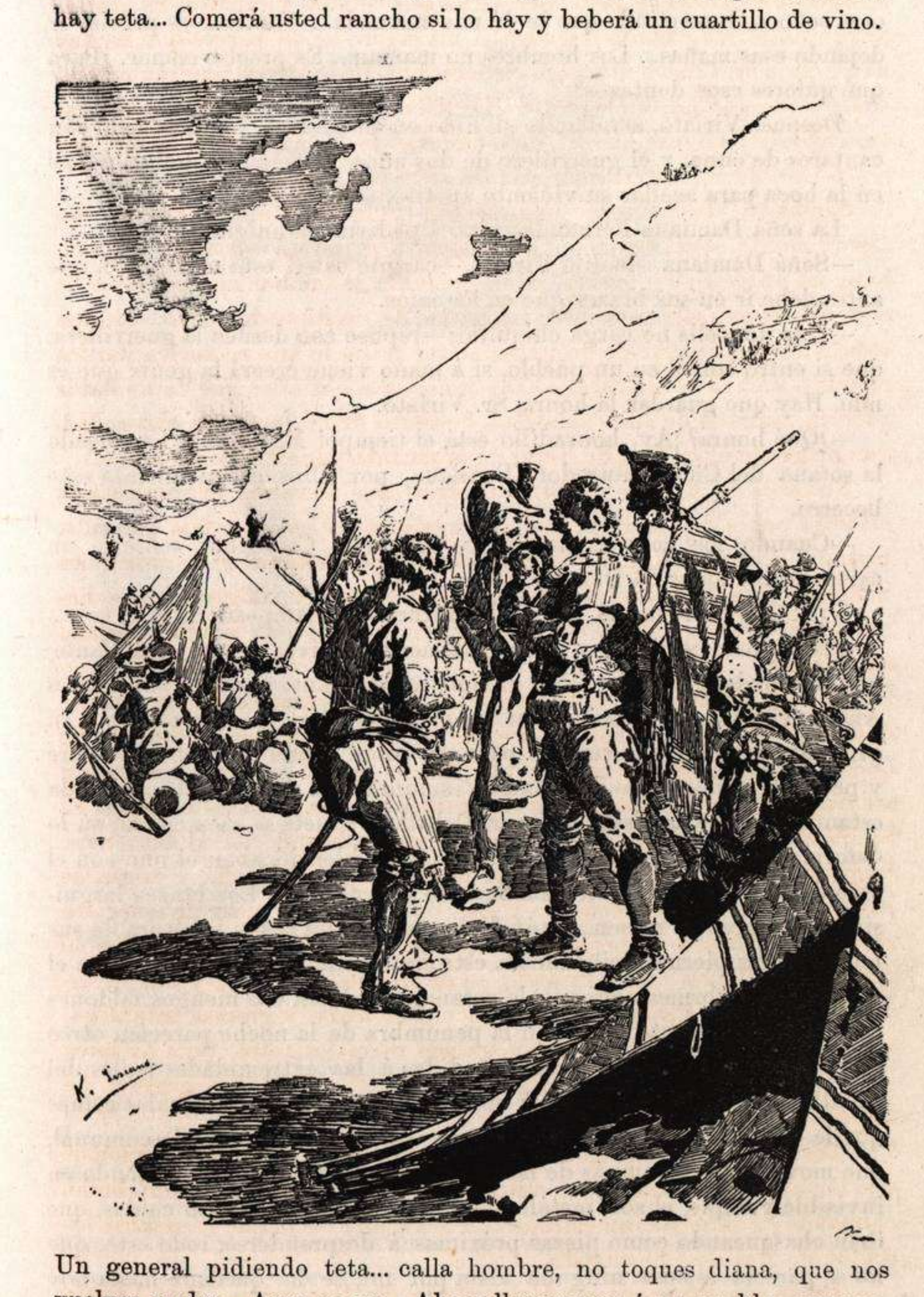
—Este muchacho—me dijo Viriato—lo encontramos en un caserío donde entramos una mañana hace dos meses. Los franceses después de quemar el lugar habían matado allí mucha gente; nosotros matamos á los franceses y sólo quedó vivo ese caballero que da tales berridos. El Sr. Santurrias lo cogió, y le lleva en brazos cuando vá al espionaje, fingiéndose mendigo... Nosotros le damos sopas de leche y migas de pan; pero él no quiere sino teta y más teta, porque á pesar de tener dos años, no le habían despechado todavía. Cuando llegamos á un pueblo donde hay alguna mujer criando, se dá buenos hartagos, y así va viviendo el infeliz. Pasamos el rato con sus monadas y gracias infantiles, y procuramos despecharle, no sin trabajo ni malos ratos. Será un buen soldado, ¿qué digo, buen soldado? Será general, sí señores, general. Le llamamos el *Empecinadillo*.

—Pero condenado, tragón—decía Santurrias al pobrecito personaje que llevaba en brazos,—¿no estuviste dos horas en Val de Rebollo, chupando de la señá Gumersinda?... Pues si ella decía que le sacabas los tuétanos... Callas, ó te estrello.

—Déme acá, déme acá ese Heliogábalo, Sr. Santurrias—dijo Viriato

(c) 2008 Ministerio de Cultura

alargando los brazos para recoger la carga.—Ven acá, tragaldabas... no hay teta... Comerá usted rancho si lo hay y beberá un cuartillo de vino.



Un general pidiendo teta... calla hombre, no toques diana, que nos vuelves sordos... Arro, roooo... Ahora llegaremos á un pueblo, sorpren-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

deremos á los franceses, matando unos cuantos, y por fuerza habrá allí otra señora Gumersinda que te dé una mamada... Vamos... es preciso ir dejando esas mañas... Los hombres no maman... Es preciso comer. ¿Para qué quieres esos dentazos?

Después Viriato, arrullando al niño en sus brazos, le adormeció con cantares de cuna; y el guerrillero de dos años, metiéndose ambos puños en la boca para acallar su violento apetito, se durmió.

La señá Damiana Fernandez vino á pedirnos municiones.

—Señá Damiana—le dijo Viriato,—cargue usted este mostrenco, que antes debe ir en sus brazos que en los míos.

—Una doncella no carga chiquillos—repuso con desdén la guerrillera; que si entro con él en un pueblo, si á mano viene creerá la gente que es mío. Hay que guardar la honra, Sr. Viriato.

—¿Qué honra? ¡Ay, honradillo está el tiempo! Mal cosida has dejado la sotana del Cid Campeador. Damiana, por Dios, carga un rato este becerro.

—Cuando los eche al mundo los cargaré... Cartuchos, señores, un cartucho por amor de Dios.

—¿El Cid, no te los dá, pimpolla? Pícaro Cid Campeador... si le cojo...

Estas conversaciones y otras igualmente festivas siguieron adelante, pero no pude gozar de ellas, porque me adelanté llamado por mosen Antón. El cura iba caballero en un gran jamelgo, que parecía, por su gran alzada hecho de encargo, para que sobre la muchedumbre ecuestre y pedestre se destacase de un modo imponente la rústica y tremebunda estampa del jefe de Estado Mayor. Caballo y ginete se asemejaban en lo deforme y anguloso, y ambos parece que se identificaban el uno con el otro formando una especie de mónstruo apocalíptico. Los brazos larguísimos y negros de mosen Antón dictando órdenes desde la altura de sus hombros; las piernas, ciñendo la estropeada silla, que echaba fuera el relleno por informes agujeros; la sotana partida en dos luengos faldones que agitaba el viento, y que en la penumbra de la noche parecían otros dos brazos ú otras dos piernas, añadidas á las extremidades reales del caballero; el escueto cuello del corcel, ribeteado por desiguales crines que le daban el aspecto de una sierra; su cabeza negra y descomunal, que moviéndose á compás de las patas, parecía un martillo hiriendo en invisible yunque, el son metálico de las herraduras medio caidas, que iban chasqueando como piezas próximas á desprenderse; todo esto, que no se parecía á cosa ninguna vista por mí, se ha quedado hasta hoy fijamente grabado en mi memoria.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IV

Á esos barbilindos que ha traído usted—me dijo mosen Antón, mirando hacia abajo como quien está en lo alto de una torre,—¿se les puede confiar una comisión delicada?

—Sí, mi coronel—respondí.—Ya saben lo que se hacen.

—Una comisión delicada—repitió,—por ejemplo, tapar la salida de un pueblo, poniéndose como muralla de carne desde una casa á otra.

—Haremos todo lo que se nos mande—repuse,—pues para eso hemos venido.

Mientras esto hablábamos miré al jefe de la partida, el cual con las manos cruzadas sobre la barriga, aflojadas las riendas del caballo y dejándole marchar pausadamente, se había sumergido en beatífico sueño.

Despierto, vigilante, inquieto como un sabueso que adivina la presa, mosen Antón escudriñaba con sus ojos de buitre el estrecho horizonte del valle por donde caminábamos y las cercanas colinas.

Habíamos comenzado á descender, y á nuestra izquierda el cielo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

empezaba á teñirse de rosa y pálido oro, anunciado el cercano día. Las crestas de los cerros irregulares, cuyas siluetas semejaban cuál un perro dormido, cuál un pellejo de vino, principiaban á aclararse dejando ver desparramados caseríos, manchas de carrascales, olmedas y grupos de colmenas.

—Quiero saber otra cosa—me dijo mosen Antón inclinándose de nuevo sobre mí, como un picacho próximo á desprenderse.—En caso de entrar en combate las tropas regulares que manda usted y su amigo, ¿deben batirse por separado ó mezcladas con mi gente?

—Creo que de una manera ú otra lo harán bien. Mezclándolas se evitan las envidias y la rivalidad que siempre existe entre la tropa de ejército y la voluntaria.

La cara de mosen Antón se contrajo de un modo especial, indicando disgusto.

—Ya, ya comprendo lo que mi coronel desea—dije con viveza, y era verdad que lo comprendía.—Lo que mi coronel quiere es precisamente que exista esa rivalidad y emulación. Ahora caigo en que lo mejor es hacerles pelear por separado para que unos se estimulen con el ejemplo de los otros si hay diferencia en el modo de combatir.

—Muy bien, señor oficial—repuso con satisfacción,—veo que usted tiene todo el saber militar en la punta de la uña.

Llegamos á lo hondo de un estrecho barranco y la partida hizo alto. Mosen Antón dispuso que se guardase el mayor silencio y D. Vicente Sardina despertó exclamando:

—¿Qué hay? ¿Hemos dado con los franceses? ¡Á ellos!... ¡Que se escapan!... ¡Viva Fernando VII, muera Napoleón!

—Despabílese usted, hombre—dijo entre veras y burlas el cura.—Aquí no se ven franceses más que en sueños.

—¿Acaso yo dormía?...

—No; velaba.

—Eso es un insulto, mosen Antón... Sostener que el jefe de la partida dormía, cuando... Si se me cerraron los ojos fué porque estaba recapacitando sobre la bobería y descuido de esos tontos de franceses que se dejan sorprender...

—Silencio—dijo el jefe de Estado Mayor, bajándose del caballo,—voy á hacer un reconocimiento.

—Sí—indicó con burlona malignidad Sardina.—Puede que detrás de aquella peña esté el general Guí, con veinte mil hombres... Pero si no me engaño, tras aquel muro arruinado se ve el sombrerito de Napoleón.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Gran presa hemos hecho... Lo ménos caen hoy en nuestras manos cincuenta mil gabachones.

—Descabece usted otro sueño—dijo Trijueque.

—¿Pero dónde estamos? Por fuerza este endiablado cura nos ha traído á Madrid. ¿Apostamos á que quiere sorprender al Rey José en su misma córte y cogerle prisionero? ¿Aquel mojón no es la puerta de Atocha...? ¡Pero quiá! Si es una colmena... Querido mosen, hablemos ahora con franqueza: ¿no hubiera sido más cuerdo quedarnos sosegadamente en aquel cómodo lugar de Val de Rebollo? Á esta hora ni á usted ni á mí nos hubiera faltado un buen tazón de chocolate.

Mosen Antón no contestaba á las burlas de su jefe, y haciéndonos señas de que le siguiéramos, á mí, al Sr. Viriato y á otro guerrillero llamado Narices, hombre pequeño, flaco y resbaladizo como una culebra, llevónos por una vereda adelante y por entre espesos carrascales, cuyas ramas apartábamos á un lado y á otro para poder pasar.

—No hacer ruido—nos decía á cada momento.—Si el enemigo está donde sospecho, tendrá por aquí sus escuchas.

Mosen Antón apartaba, tronchándolas, ramas corpulentas que impedían el paso. El jabalí perseguido no se abre camino en la trocha con mejor arte. Á ratos se agachaba, atendiendo con viva ansiedad; pintábase en su rostro tan feo como expresivo, una dolorosa duda; volvía á emprender el paso y por último llegamos á lo más alto del cerro y á un punto desde donde se veía otra hondonada como aquella en que acababa de hacer alto la partida. En la meseta donde nos hallábamos, el monte tenía una extensa calva, no reapareciendo la vegetación sino en lo más bajo del declive.

Mosen Antón se echó de barriga en el suelo. Parecía una inmensa cigarra negra en el momento en que, contrayendo las angulosas zancas y plegando las alas, se dispone á dar el salto. Nos colocamos á su lado en análoga posición y entonces nos habló así:

—¿Ven ustedes abajo el pueblo?

En efecto, bajo nosotros se veían los tejados rojos de algunas casas apiñadas.

—Ese pueblo es Grajanejos—añadió.—Anoche se me metió en la cabeza que los franceses que estaban en Cogolludo habían de venir á pernoctar aquí por Miralejo... Se me metió en la cabeza, sí señores; y cuando á mí se me mete una cosa en la cabeza...

—Tiene que suceder, aunque Dios no quiera—dijo Viriato.

—Yo no me equivoco—añadió con cierta confusión el padre Trijue-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que.—Yo dije: "Pues que los franceses están en Cogolludo, de regreso de Aragón, han de tomar una de estas dos direcciones, ó la vuelta del Casar de Talamanca para ir á tierra de Madrid, ó la vuelta de Grajanejos para tomar el camino real y marchar hacia Guadalajara ó hacia Brihuega." El primer movimiento es inverosímil, porque están muy hambrientos y habían de tardar tres ó cuatro días en llegar á la Córte: el segundo movimiento es seguro, y sentado que es seguro, ahora digo: "Si pasan el Henares, ¿cuál puede ser su intención? Ó tratar de sorprendernos en este laberinto de barrancos y pequeños valles, lo cual sería fácil si ellos fueran nosotros y nosotros ellos, ó simplemente guarecerse dentro de los muros de Brihuega ó Guadalajara, donde tienen abundantes provisiones." En uno ú otro caso, entrarán en el camino real, que está á nuestra vista. Observen ustedes; á la luz de la aurora se ve claramente el camino real que va desde Madrid á Zaragoza. Es una hermosa calzada, que podría empedrarse con los cráneos de franceses que hemos matado en ella.

Vimos en efecto el camino real de Aragón que serpenteaba entre el arroyo y la montaña de enfrente, siguiendo las sinuosidades del angosto valle.

—Todos esos cálculos—dijo Viriato—son admirables, y demuestran el consumado talento de vuecencia. ¡Y dice mosen Antón que no ha estudiado lógica!... no puede ser. Lo que hay de malo en esto es que por el pronto esas ingeniosas previsiones han resultado fallidas, porque yo estoy ciego de tanto mirar y no veo franceses en Grajanejos.

Mosen Antón no decía nada, y miraba atentamente á los extremos visibles del valle y á las suaves colinas que enfrente teníamos. En su rostro se pintaba una ira reconcentrada y profunda; apretaba las mandíbulas, fruncía el ceño, haciendo culebrear las cejas negras y espesas como dos bigotes y el resoplido de su aliento no discrepaba en fuerza y calor del de un caballo.

He dicho que se había tendido de barriga, con las palmas de las manos en tierra y los codos en alto, en actitud muy parecida á la de los cigarrones cuando se disponen á dar el salto. De súbito mosen Antón saltó todo lo que puede saltar un hombre en tal postura; levantóse en pié, extendió los brazos, lanzaron las cavidades de su pecho un graznido de ave de rapiña, brilló el rayo en sus ojos, y señalando á la derecha hacia el punto donde desaparecía el valle formando un recodo, exclamó:

—¡Los franceses, ahí están los franceses!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

No vimos nada; pero oímos un rumor vago y lejano que acrecían con sus hondos ecos las angosturas del valle. Era ruido de caballos, ruido de gentes de armas, el ruido á ninguno otro parecido de un ejército que se acerca.

—¿No lo dije? ¿No lo dije?... ¿Me he equivocado alguna vez?—gritaba mosen Antón, desfigurado por el júbilo, con toda su persona descompuesta y alterada, cual máquina que se va á desengranar...—Cogidos, cogidos en una ratonera. Ni uno sólo escapará... Lo que pensé, lo mismo que pensé; pasaron el Henares por Carrascosa, subieron á los altos de Miralrío, vadearon el Vadiel y han cogido el camino real en Argecilla... Todo esto lo estaba yo viendo anoche, señores, lo estaba viendo como se ve un cuadro que uno tiene delante.

Agitaba los brazos, sacudía las piernas y ponía en movilidad espantosa todos los músculos de su rostro, asemejándose á Satanás cuando padece un ataque de nervios, si es que el ministro de la eterna sombra experimenta iguales debilidades que las damas del mundo visible; desenvainaba su sable, volvíalo á envainar, frotábase las anchas manos con tal presteza que causaba asombro que no despidieran chispas, se acomodaba en la cabeza el mugriento pañizuelo y la gorrilla, se apretaba el cinto, y profería vocablos ya patrióticos, ya indecentes, mezclados con blasfemias usuales y aforismos de guerra.

Las avanzadas de los franceses aparecieron en el camino real.

—¡Con cuánta confianza vienen!—dijo mosen Antón.—Esos bobalicones no aprenden nunca. No flanquean la marcha. ¿Ven ustedes columnas volantes en las alturas?

—Por este lado—dijo Viriato—se ven brillar algunos cañones de fusil.

—Retirémonos abajo—dijo Trijueque.—Dejémosles entrar tranquilamente en el pueblo.

Poco después de esto, la partida marchaba despacio y con orden admirable por una senda de escasa pendiente que conducia faldeando el cerro en repetidas vueltas al lugar de Grajanejos. Mosen Antón dispuso que una parte de la fuerza se escondiese en el carrascal, adelantándose con toda precaución para no ser vista ni oida. El resto marchó adelante.

—Mucho silencio—dijo Sardina, mucho silencio. Cuidado no se escape algún tiro... Al que respire fuerte, le fusilo.

Cuando esto decía, oyóse un chillido prolongado y lastimero. Era el Empecinadillo que pedía la teta.

—Si ese condenado chiquillo no calla—exclamó mosen Antón con furia,—arrojarle al barranco.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El Empecinadito, extraño á la estrategia, seguía gritando.

El jefe de Estado Mayor, que llevaba del diestro á su caballo, se detuvo ciego de ira, y repitió:

—¡Arrojarle al barranco! ¿No hay quién le tape la boca á ese trompetero de mil demonios?

El Sr. Santurrias se esforzó en hacer callar al pobre niño, mas no le convencían los argumentos empleados, ni aunque se le dijo "que te va á comer mosen Antón,„ se resignó á la obediencia que el grave caso requería. Al fin creo que ó taparon su boca ó sofocaron sus gritos envolviéndole en sus propios abrigos, con lo cual se libró por aquella vez de ser arrojado al barranco en castigo de sus escandalosos discursos.

D. Vicente Sardina, de acuerdo con su segundo, dispuso que los de la izquierda de la senda nos adelantáramos con objeto de cortar la salida del pueblo por el camino real en dirección opuesta á aquella por la cual entraban los franceses.

—No me fío de estos señoritos—dijo mosen Antón al vernos partir.—Que vaya el Crudo con ellos. ¡Crudo, Crudo!

Presentóse un guerrillero rechoncho y membrudo, bien armado y que parecía hombre á propósito lo mismo para un fregado que para un barrido en materia de guerra.

—Crudillo—ordenó el jefe,—á tí y á estos señores os toca cortar la salida por abajo. Lleva cien hombres de lo bueno. Apretar de firme.

Reforzados por la gente del Crudo, que era de lo mejor que había en la partida, emprendimos la marcha por un suave declive que nos condujo á las inmediaciones del camino real por el mediodía del pueblo. Los otros al hallarse próximos y con la ventaja que les daba su excelente posición en lo alto, atacaron á un pequeño destacamento francés que avanzó á reconocer la altura, mientras el resto de la fuerza enemiga descansaba en el pueblo. Esta conoció al punto que había sido sorprendida y pensando en defenderse ocupó precipitadamente las casas. Los de la partida les atacaron no sólo con brío sino con plena confianza por la fuerza moral que la sorpresa les daba, y los franceses se defendían mal á causa de la turbación, del cansancio y la estrechez del lugar en que se habían metido.

Después de un breve combate los enemigos comprendieron que no tenían otra salvación que la fuga por la carretera abajo ó bien por la misma dirección de Argecilla que habían traído en sentido contrario. Muchos intentaron escapar por donde estábamos; pero viendo bien guardada la salida, y divisando hacia aquella parte uniformes de ejército

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y hasta veinte caballos que en su atolondramiento se les figuraron doscientos, creyeron que todo el segundo ejército al mando de D. Cárlos O'Donnell se había corrido desde Cuenca á tomar el camino de Aragón, y optaron por la salida opuesta. El barullo y confusión que esto produjo en sus azoradas tropas fué tal, que D. Vicente Sardina con su gente escogida acuchilló sin piedad y sin riesgo á muchos infelices que no hacían fuego ni tenían alma y vida más que para buscar entre el laberinto de callejuelas el mejor hueco que les diera salida de tal infierno.

Algunos que advirtieron la imposibilidad de retroceder sin ser despedazados en la pequeña plaza, arriesgáronse á abrirse camino por el mediodía, y vimos que se nos echó encima regular masa de caballería cuya decidida carrera y varonil decisión, nos hizo temblar un momento. Habíamos ocupado la casa del portazgo y en el breve espacio de tiempo de que dispusimos, habíamos amontonado allí algunas piedras, ramas y troncos que hallamos á mano. Se les hizo fuego nutrido y cuando los briosos caballos saltaban relinchando con furia por entre los obstáculos allí mal puestos, el Crudo lanzóse con los suyos, quién á la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

bayoneta, quién esgrimiendo la navaja, á dar cuenta de los pobres dragones. Estimulados por el ejemplo, corrimos los demás y pudimos detener el empuje de los caballos y desarmar á los infantes que tras ellos corrían. Duró poco este lance; pero fué de los de cáscara amarga, y en él perdimos alguna gente, aunque no tanta como los enemigos. Bastantes de éstos murieron, y excepto dos ó tres que fiados en la enorme bravura de sus caballos lograron escapar, todos los vivos fueron hechos prisioneros.

Cuando presentamos nuestra presa á D. Vicente Sardina y á mosen Antón que estaban en la plaza, dictando órdenes para asegurar la victoria, ambos nos felicitaron con calor.

—Es preciso pegar fuego á este condenado Grajanejos—dijo mosen Antón.—Es un lugar de donde salen todos los espías de los franceses.

—Quemarlo no—repuso Sardina con benevolencia.

—Eso es, eso es—dijo con arrebatos de destrucción el jéfe de la caballería.—Mieles y más mieles. Así los pueblos se ríen de nosotros. En Grajanejos han tenido los franceses muy buen acomodo, y se susurra que de aquí han sacado ellos más raciones en un día que nosotros en un mes.

—No se hable más de eso—dijo Sardina.—El pueblo no será quemado. ¿Para qué? No rebajemos la gloria de esta gran jornada con una atrocidad. Gran día ha sido este... Bien sabía yo que los franceses habían de venir aquí... Mosen Antón, nada de quemar. Mande usted saquear el lugar, y el vecino que oculte algo, tirarle de las orejas...

—Sr. Mosca Verde—dijo mosen Antón á un guerrillero que venía á recibir órdenes.—¿Cuántos prisioneros tenemos?

—Sesenta y ocho he contado ya. Entre ellos un coronel.

—Es demasiada gente—repuso el cura; sesenta y ocho bocas á las cuales es preciso dar pan. Sr. Sardina, ¿doy la órden de quintarlos?

—¿Para qué?—dijo el jefe.—Dejémosles las vidas, y los entregaremos sanos y mondos á D. Juan Martín para que haga de ellos lo que quiera... ¿Pero no hay en este infernal pueblo un poco de chocolate?... Sr. Viriato de mil demonios... que siempre ha de desaparecer el tuno de mi ayudante cuando más le necesito...

—Aquí estoy, mi general—gritó Viriato, que venía corriendo con una sarta de chorizos en la mano.—¿Pedía vuecencia chocolate? Ya lo he mandado hacer para vuecencia y mosen Antón.

—Yo—dijo éste—tengo bastante para todo el día con un pedazo de pan y queso, Sr. Viriato; ó si no dadme uno de esos chorizos y buscad-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

me un zoquete que lo acompañe... Si todos fueran tan sobrios como yo... Repito que será preciso quintar á los prisioneros, si nuestra gente ha de tener ración para tres días.

—Mando que no se fusile á ningún prisionero—dijo Sardina.—¿Se niegan los vecinos á dar lo que tienen?

—No señor—respondió Mosca Verde.—No se niegan porque como no dan, sino que lo tomamos... Algunas arcas repletas de pan y queso y miel se han encontrado.

—¿Ha muerto alguna gente dentro de las casas?

—Nada más que el tío Genillo, el albeitar, que está clavado en la pared como un murciélago.

—Pero ese chocolate, ese chocolate... Sr. Viriato, ¿sabe usted que tengo más hambre que seis estudiantes juntos?

Presentóse de improviso Santurrias, diciendo:

—Mi general, hemos encontrado al fin una mujer con cría; pero no quiere dar de mamar al Empecinadillo.

—¡Qué alevosía, qué desacato!—exclamó mosen Antón.—Que la fusilen al momento.

—Venga acá esa señora, y yo la haré entrar en razón—dijo con benevolencia Sardina.—Este Trijueque quiere fusilar á todo el género humano.

El Cid Campeador, la señá Damiana y otro guerrillero trajeron casi arrastrada á una mujer joven y hermosa, la cual, clamando al cielo con lastimeros gritos, se esforzaba en desasirse de los brazos de aquellos bárbaros.

—Aquí está, aquí, mi general, la mala patriota, la afrancesada.

—Señora—dijo mosen Antón mirando á la buena mujer con fieros y aterradores ojos,—¿no sabe usted que la hacienda del buen español ha de ponerse á disposición de los buenos servidores de la patria y del Rey?

—La hacienda sí, pero no los pechos—repuso la mujer con varonil denuedo.

—Señora, rece usted el credo—vociferó Trijueque.—Que vengan cuatro escopeteros. Atadle las manos á la espalda.

—Pues qué, ¿me quieren fusilar?—gritó la infeliz con angustia.

—Este condenado mosen Antón—me dijo en voz baja Sardina—quiere hoy una víctima, y al fin habrá que dársela.

Creyendo luego conveniente interponer su autoridad para impedir un hecho abominable, habló así:

—Buena mujer, ponga usted sus pechos á disposición de la patria y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

del Rey... El Empecinadillo es hijo adoptivo de este ejército... déle usted de mamar, y tengamos la fiesta en paz... Y á usted, Sr. Santurrias, le ordeno que despeche á ese becerro de dos años lo más pronto posible ó que lo deje en cualquiera de estos lugares. Todos los días hay una cuestión por la teta que necesita el muñeco.

La hermosa mujer, comprendiendo el peligro que la amenazaba, si no ponía á disposición de la patria los dones que Natura le concediera, tomó al muchacho y lo arrimó á su seno. El gusto que debió experimentar nuestro Empecinadillo cuando se vió regalado con lo que en abundancia tenía su improvisada madre, figúreselo el lector y traiga á la memoria las hambres y los hartazgos de sus verdes niñeces, si es que tan remotas impresiones pueden venir á la memoria. El huerfanillo tragaba con voracidad insaciable, y según la fuerza con que sus manecitas apretaban lo que tenían más cerca, parecía querer tragarse tambien aquellas partes, causa de su regocijo, y que demostraban la longanimidad del Criador para con la señá Librada, pues tal era el nombre de aquella mujer.

Los circunstantes veían con alborozo el glotón rechupar del huérfano, y aplaudían en coro diciendo:—¡Cómo traga! ¡La va á dejar en los huesos! Es un fraile dominico que nunca acaba de llenar el buche.

D. Vicente Sardina, que continuaba teniendo más hambre que seis estudiantes, miraba al hijo de la guerrilla con ansiosa envidia.

Cuando el jefe marchó á despachar el almuerzo que le había dispuesto el Sr. Viriato, mosen Antón me dijo:

—Veo que están ustedes indignados y con mucha razón. No se castiga á nadie, no se escarmienta á los pueblos, no se procura hacer respetables á los soldados de la patria y el Rey... Paciencia, señores. Ustedes están tan indignados como yo por las blanduras de D. Vicente Sardina y D. Juan Martín. El mal viene de arriba, del jefe de nuestro ejército

Le respondimos que en efecto era grande nuestra cólera; pero que. confiábamos en el inmediato triunfo de las ideas de justicia contra la anticuada y rutinaria bondad del jefe de la partida. Él se consoló un poco con esto y fué á dictar órdenes para la mayor seguridad de los prisioneros.

No permanecimos muchas horas en Grajanejos, y cuando la tropa se racionó con lo poco que allí se encontrara, dieron orden de marchar hacia la sierra, en dirección al mismo pueblo de Val de Rebollo, de donde habíamos partido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El Empecinado.

V

Nada nos aconteció en el camino digno de contarse, hasta que nos unimos al ejército (pues tal nombre merecía) de D. Juan Martín, general en jefe de todas las fuerzas voluntarias y de línea que operaban en aquel país. El encuentro ocurrió en Moranchel. Venían ellos de Sigüenza por el camino de Mirabueno y Algora, y nosotros, que conocíamos su dirección, pasamos el Tajuña y lo remontamos por su izquierda.

Caía la tarde cuando nos juntamos á la gran partida. Los alrededo-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

res de Moranchel estaban poblados de tropa, que nos recibió con aclamaciones por la buena presa que llevábamos, y al punto la gente de nuestras filas se desparramó difundiéndose entre la gente empecinada, como un arroyo que entra en un río. Encontré algunos conocidos entre los oficiales de línea del segundo y tercer ejército que D. Juan Martín había recogido en distintos puntos, según las órdenes de Blake, y me contaron la insigne proeza de Calatayud, realizada algunos dias antes.

Yo tenía suma curiosidad de ver al famoso Empecinado, cuyo nombre lo mismo que el de Mina resonaba en aquellos tiempos con estruendo glorioso en toda la Península, y á quien los más se representaban como un héroe de los antiguos tiempos, resucitado en los nuestros como una prueba de la protección del Cielo en la cruel guerra que sosteníamos. No tardé en satisfacer mi curiosidad, porque D. Juan Martín salió de su alojamiento para visitar á los heridos que habíamos traído desde Grajanejos. Cuando se presentó delante de su gente, advertí el gran entusiasmo y admiración que á ésta infundía, y puedo asegurar que el mismo Bonaparte no era objeto por parte de los veteranos de su guardia de un culto tan ferviente.

Era Juan Martín un Hércules de estatura poco más que mediana, una organización hecha para la guerra, una persona de considerable fuerza muscular, un cuerpo de bronce que encerraba la energía, la actividad, la resistencia, la terquedad; el arrojo frenético del Mediodía, junto con la paciencia de la gente del Norte. Su semblante moreno amarillento, color propio de castellanos asoleados y curtidos, expresaba aquellas cualidades. Sus facciones eran más bien hermosas que feas, los ojos vivos, y el pelo, aplastado en desórden sobre la frente, se juntaba á las cejas. El bigote se unía á las pequeñas patillas dejando la barba limpia de pelo, afeite á la rusa, que ha estado muy en boga entre guerrilleros y que más tarde usaron Zumalacárregui y otros jefes carlistas.

Envolvíase en un capote azul que apenas dejaba ver los distintivos de su gerarquía militar, y su vestir era en general desaliñado y tosco, guardando armonía con lo brusco de sus modales. En el hablar era tardo y torpe, pero expresivo, y á cada instante demostraba no haber cursado en academias militares ni civiles. Tenía empeño en despreciar las formas cultas, suponiendo condición frívola y adamada en todos los que no eran modelo de rudeza primitiva y sí de carácter refractario á la selvática actividad de la guerra de montaña. Sus mismas virtudes y su benevolencia y generosidad eran ásperas como plantas silvestres que contienen zumos salutíferos, pero cuyas hojas están llenas de pinchos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Poseía en alto grado el genio de la pequeña guerra, y después de Mina, que fué el Napoleón de las guerrillas, no hubo otro en España ni tan activo ni tan afortunado. Estaba formado su espíritu con uno de los más visibles caractéres del genio castizo español, que necesita de la perpétua lucha para apacentar su indomable y díscola inquietud, y ha de vivir disputando de palabra ú obra para creer que vive. Al estallar la guerra se habia echado al campo con dos hombres, como D. Quijote con Sancho Panza, y empezando por detener correos acabó por destruir ejércitos. Con arte no aprendido, supo y entendió desde el primer día la geografía y la estrategia, y hacía maravillas sin saber por qué. Su espíritu, como el de Bonaparte en esfera más alta, estaba por íntima organización, instruido en la guerra y no necesitaba aprender nada. Organizaba, dirigía, ponía en marcha fuerzas diferentes en combinación, y ganaba batallas sin ley ninguna de guerra, mejor dicho, observaba todas las reglas sin saberlo, ó de la práctica instintiva hacía derivar la regla.

Suele ser comparada la previsión de los grandes capitanes á la mirada del águila que, remontándose en pleno día á inmensa altura, ve mil secretos escondidos á los vulgares ojos. La travesura (pues no es otra cosa que travesura) de los grandes guerrilleros puede compararse al vigilante acecho nocturno de los pájaros de la última escala carnívora, los cuales desde los tejados, desde las cuevas, desde los picachos, torreones, ruinas y bosques atisban la víctima descuidada y tranquila para caer sobre ella.

En las guerrillas no hay verdaderas batallas; es decir, no hay ese duelo previsto y deliberado entre ejércitos que se buscan, se encuentran, eligen terreno y se baten. Las guerrillas son la sorpresa, y para que haya choque es preciso que una de las partes ignore la proximidad de la otra. La primera calidad del guerrillero, áun antes que el valor, es la buena andadura, porque casi siempre se vence corriendo. Los guerrilleros no se retiran, huyen, y el huir no es vergonzoso en ellos. La base de su estrategia es el arte de reunirse y dispersarse. Se condensan para caer como la lluvia, y se desparraman para escapar á la persecución; de modo que los esfuerzos del ejército que se propone exterminarlos son inútiles, porque no se puede luchar con las nubes. Su principal arma no es el trabuco ni el fusil, es el terreno; sí, el terreno, porque según la facilidad y la ciencia prodigiosa con que los guerrilleros se mueven en él, parece que se modifica á cada paso prestándose á sus maniobras.

Figuraos que el suelo se arma para defenderse de la invasión, que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

los cerros, los arroyos, las peñas, los desfiladeros, las grutas, son máquinas mortíferas que salen al encuentro de las tropas regladas y suben, bajan, ruedan, caen, aplastan, ahogan, separan y destrozan. Esas mon-

tañas que se dejaron allá y ahora aparecen aquí, estos barrancos que multiplican sus vueltas, esas cimas inaccesibles que despiden balas esos mil riachuelos, cuya orilla derecha se ha dominado y luego se tuerce presentando por la izquierda innumerable gente, esas alturas en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cuyo costado se destrozó á los guerrilleros y que luego ofrecen otro costado donde los guerrilleros destrozan al ejército en marcha; eso y nada más que eso es la lucha de partidas; es decir, el país en armas, el territorio, la geografía misma batiéndose.

Tres tipos ofrece el caudillaje en España, que son: el guerrillero, el contrabandista, el ladrón de caminos. El aspecto es el mismo; sólo el sentido moral les diferencia. Cualquiera de esos tipos puede ser uno de los otros dos, sin que lo externo varíe, con tal que un grano de sentido moral (permítaseme la frase) caiga de más ó de ménos en la ampolleta de la conciencia. Las partidas que tan fácilmente se forman en España, pueden ser el sumo bien ó un mal execrable. ¿Debemos celebrar esta especial aptitud de los españoles para congregarse armados y oponer eficaz resistencia á los ejércitos regulares? ¿Los beneficios de un día son tales, que puedan hacernos olvidar las calamidades de otro día? Esto no lo diré yo, y ménos en este libro donde me propongo enaltecer las hazañas de un guerrillero insigne que siempre se condujo movido por nobles impulsos, y fué desinteresado, generoso, leal, y no tuvo parentela moral con facciosos, ni matuteros, ni rufianes, aunque sin quererlo, y con fin muy laudable, cual era el limpiar á España de franceses, enseñó á aquellos el oficio.

Los españoles nacieron para descollar en varias y estimadísimas aptitudes, por lo cual tenemos tal número de santos, teólogos, poetas, políticos, pintores; pero con igual idoneidad sobresalen en los tres tipos que antes he indicado, y que á los ojos de muchos parece que son uno mismo, según las lamentables semejanzas que nos ofrece la historia. Yo traigo á la memoria la lucha con los romanos y la de siete siglos con los moros, y me figuro qué buenos ratos pasarían unos y otros en esta tierra, constantemente hostigados por los Empecinados de antaño. Guerrillero fué Viriato, y guerrilleros los jefes de mesnada, los adelantados, los condes y señores de la Edad Media. Durante la monarquía absoluta, las guerras en país extraño llevaron á América, Italia, Flandes y Alemania á todos nuestros bravos. Pero aquellos gloriosos paseos por el mundo cesaron, y España volvió á España, donde se aburría, como el aventurero retirado antes de tiempo á la paz del fastidioso hogar, ó como D. Quijote lleno de bizmas y parches en el lecho de su casa y ante la tapiada puerta de la biblioteca sin libros.

Vino Napoleón y despertó todo el mundo. La frase castellana *echarse á la calle*, es admirable por su exactitud y expresión. España entera se echó á la calle, ó al campo; su corazón guerrero latió con

(c) 2008 Ministerio de Cultura

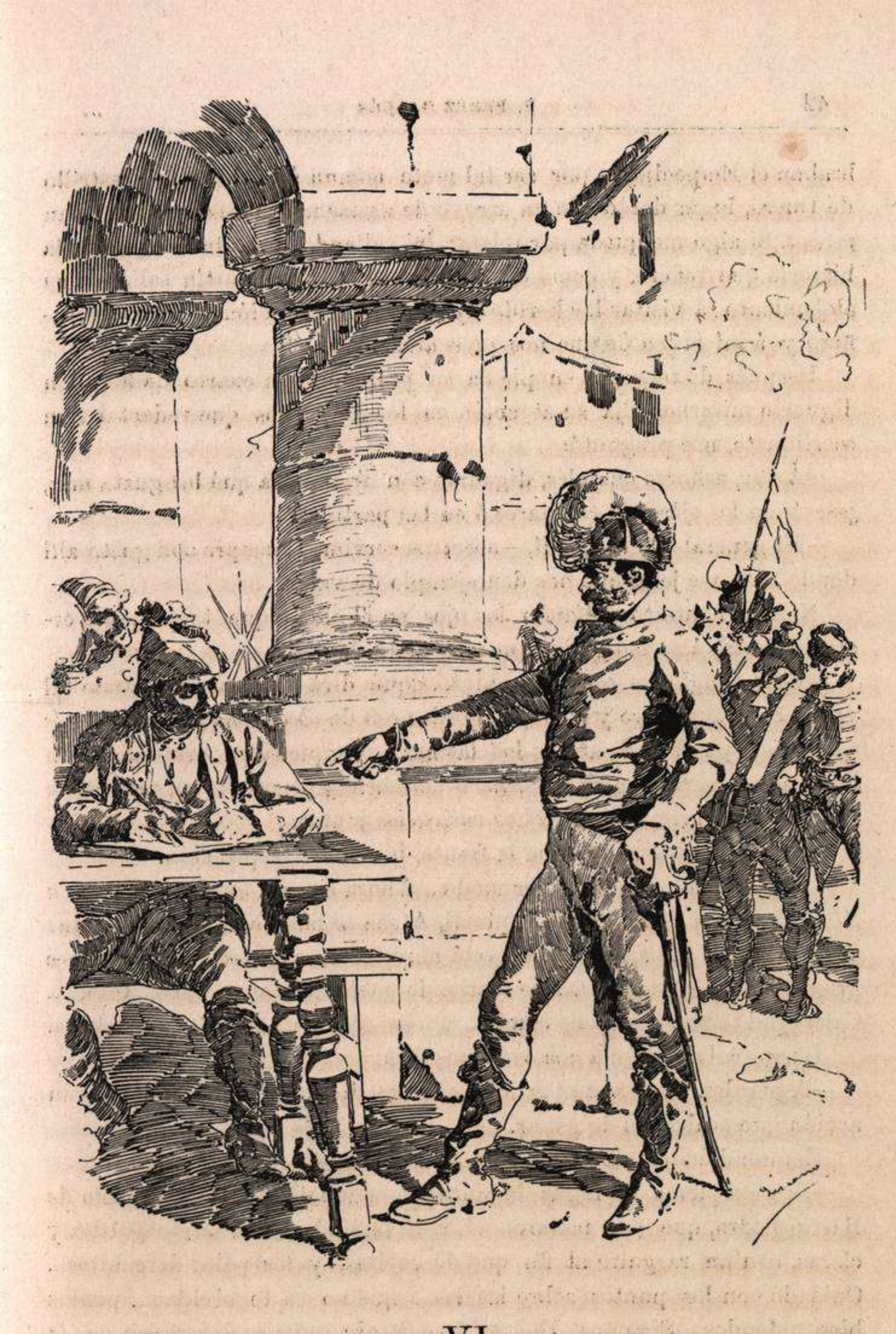
fuerza, y se ciñó laureles sin fin en la gloriosa frente; pero lo extraño es que Napoleón, aburrido al fin, se marchó con las manos en la cabeza, y los españoles, movidos de la pícara afición, continuaron haciendo de las suyas en diversas formas, y todavía no han vuelto á casa.

La guerra de la Independencia fué la gran academia del desórden. Nadie le quita su gloria, no señor; es posible que sin los guerrilleros la dinastía intrusa se hubiera afianzado en España, por lo ménos hasta la Restauración. Á ellos se debe la permanencia nacional, el respeto que todavía infunde á los extraños el nombre de España, y esta seguridad vanagloriosa pero justa que durante medio siglo hemos tenido de que nadie se atreverá á meterse con nosotros. Pero la guerra de la Independencia, repito, fué la gran escuela del caudillaje, porque en ella se adiestraron hasta lo sumo los españoles en el arte para otros incomprensible de improvisar ejércitos y dominar por más ó ménos tiempo una comarca; cursaron la ciencia de la insurrección, y las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre. ¿Pero á qué tanta sensiblería, señores? Los guerrilleros constituyen nuestra esencia nacional. Ellos son nuestro cuerpo y nuestra alma, son el espíritu, el genio, la historia de España; ellos son todo, grandeza y miseria, un conjunto informe de cualidades contrarias, la dignidad dispuesta al heroismo, la crueldad inclinada al pillaje.

Al mismo tiempo dieron en tierra con el poder de Napoleón, y nos dejaron esta lepra del caudillaje que nos devora todavía. ¿Pero estais definitivamente juzgados ya, oh insignes salteadores de la guerra? ¿Se ha formado ya vuestra cuenta, oh Empecinado, Polier, Durán, Amor, Mir, Francisquete, Merino, Tabuenca, Chaleco, Chambergo, Longa, Palarea, Lacy, Rovira, Albuín, Clarós, Saornil, Sanchez, Villacampa, Cuevillas, Arostegui, Manso, el Fraile, el Abuelo?

No sé si he nombrado á todos los pequeños grandes hombres que entonces nos salvaron, y que en su breve paso por la historia dejaron la semilla de los Misas, Trapense, Bessieres, el Pastor, Merino, Ladrón, quienes á su vez criaron á sus pechos á los Rochapea, Cabrera, Gomez, Gorostidi, Eechevarría, Eraso, Villarreal, Zumalacárregui, padres de los Cucala, Ollo, Santés, Radica, Valdespina, Lozano, Tristany, varones coetáneos que también engendrarán su pequeña prole para lo futuro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



VI

Perdóneseme la digresión y á toda prisa vuelvo á mi asunto. No sé si por completo describí la persona de D. Juan Martín, á quien nom-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

braban el Empecinado por ser tal mote comun á los hijos de Castrillo de Duero, lugar dotado de un arroyo de aguas negruzcas, que llamaban *pecina*. Si algo me queda por relatar, irá saliendo durante el curso de la historia que refiero; y como decía, señores, D. Juan Martín salió de su alojamiento á visitar los heridos, y al regresar, envióno á mi compañero y á mí orden de que nos presentásemos á él.

Después de tenernos en pié en su presencia un cuarto de hora sin dignarse mirarnos, fija su atención en los despachos que redactaba un escribiente, nos preguntó:

—Á ver, señores oficiales, díganme con franqueza qué les gusta más, ¿servir en los ejércitos regulares ó en las partidas?

—Mi general—le respondí,—nosotros servimos siempre con gusto allí donde tenemos jefes que nos den ejemplo de valor.

No nos contestó y fijando los ojos en el oficio que torpemente escribía el otro á su lado, dijo con muy mal talante:

—Esos renglones están torcidos... ¡qué dirá el general cuando tal vea!... Pon muy claro y en letras gordas eso de *obedeciendo las órdenes de vuecencia*... pues. Después de los latines... (porque estos principios son latines y boberías), pon: *participo á vuecencia y pongo en conocimiento de vuecencia*; pero son estos muchos *vuecencias* juntos...

El Empecinado se rascaba la frente, buscando inspiración.

—Bueno; ponlo de cualquier modo... Ahora sigue... *que hallándonos en Ateca el general Durán y yo*... Animal, Ateca se pone con H... eso es, *que hallándonos en Ateca, risolvimos*... está muy bien... *risolvimos* con dos erres grandes á la cabeza... así se entiende mejor... atacar á Calatayud... Calatayud también se pone con H... no, me equivoco. Maldita gramática.

Luego volviéndose á nosotros, nos dijo:

—Aguarden ustedes un tantico que estoy dictando el parte de la gran acción que acabamos de ganar.

Emprendiéndola de nuevo con el escribiente, prosiguió así:

—Si tú supieras de letras la mitad que aquel bendito escribano de Barrio-Pedro, que nos mataron el mes pasado... Esas letras gordas y claras, con un rasguito al fin que dé vueltas, y los palos derechitos... Cuidado con los puntos sobre las ies... que no se te olviden... ponlos bien redondos... Sigamos. *Yo (coma) no llevaba conmigo (coma) más que la mitad (coma) de la gente (dos comas).*

—No son necesarias tantas comas—replicó con timidez el escribiente.

—La claridad es lo primero—dijo el héroe,—y no hay cosa que más me enfade que ver un escrito sin comas, donde uno no sabe cuándo ha

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de tomar resuello. Bien, puedes *comearlo* como quieras... Adelante... *porque había dejado en tierra de Guadalajara la división de D. Antonio Sardina; pero Durán llevaba consigo toda su gente, y toda la de D. Antonio Tabuenca y D. Bartolomé Amor. (punto, un punto grande). Reuníamos entre todos 5.000 hombres...* ¿Hombres con *h*? Me parece que hombres se pone sin *h*... No estoy seguro. En el infierno debe estar el que inventó la *otografía,* que no sirve más sino para que los estudiantes y los gramáticos se rían de los generales... Adelante. *Pues como iba diciendo á vuecencia...* no, no, quita el *como iba diciendo...* eso no es propio, y pon: *el 26 de Setiembre entre dos luces, aparecimos Durán y yo sobre Calatayud y les sacudimos á los franceses tan fuerte paliza...*

—Eso de la paliza—dijo el escribiente mordiendo las barbas de la pluma—no me parece tampoco muy propio.

—Hombre, tienes razón—repuso el Empecinado rascándose la sien y plegando los párpados.—Pero es lo cierto que no sabe uno cómo decir las cosas, para que tengan brío... En los oficios se han de poner siempre palabrillas almibaradas tales como *embestir, atacar, derrotar,* y no se puede decir *les sacudimos el polvo,* ni *les espachurramos,* lo cual, al decirlo, parece que le llena á uno la boca y el corazón. Escribe lo que quieras... Bien, *les embestimos, desalojándoles de la altura que llaman los Castillos, y pescando algunos prisioneros.*

Entusiasmado por el recuerdo de su triunfo volvióse á nosotros y con semblante vanaglorioso, nos dijo:

—Bien hecho estuvo aquello, señores. Si les hubieran visto ustedes cómo corrían... Y eso que había mucha *diferiencia* en las fuerzas. Ellos eran más... Pon eso también—añadió dirigiéndose al escribiente—pon lo de la *diferiencia...* así está bien. Ahora sigue: *La guarnición se encerró en el convento fortificado de la Merced, y los mandaba un tal musiú Mullér... escribe con cuidado eso del musiú... se pone* MOSIEURRE... muy bien. Ahora descansemos, y un cigarrito.

D. Juan Martín nos dió á cada uno de los presentes un cigarrillo de papel, y fumamos. Aunque habló por breve rato de asuntos ajenos á la acción de Calatayud, el general no podía apartar de la mente la comunicación que estaba redactando, y dijo á su amanuense:

—Adelante. *Pues como iba diciendo á vuecencia...* no eso no; ¡maldita costumbre! Pon: *Durán atacó el convento de la Merced, y como no tenía artillería, abrió minas... en fin, para no cansar á vuecencia, Durán los amoló.*

El escribiente comiéndose las barbas de la pluma, miró al general con expresión dubitativa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Tienes razón—dijo el Empecinado.—Pero si esta maldita lengua mía no sirve para nada... ¿Por qué no se ha de poder decir en un oficio *amolar, reventar, geringar,* y otras voces que expresan la idea con fuerza?... y no que ha de estar usted plegando la boca como un señoritico para decir *nuestra ala derecha hizo retroceder al enemigo*, y otras pamemas que están bien en labios de damiselas y abates verdes. Pon que Durán derrotó á los franceses y se zampó dentro del convento, y escribe el vocablo que quieras, porque una de dos, ó dejamos las armas para aprender la gramática y las retóricas, ó *hamos* de escribir lo que sabemos. Adelante. Ahora letra muy clara y redondita y bien comeado el párrafo. Oye bien. *Mientras Durán se cubría de gloria en la Merced* (esto si está bien parlado y no lo criticarán los bobos del ejército) *yo me fuí con mi gente al puerto del Frasno, maliciándome...* no, *maliciándome* no; *sospechando que el francés de Zaragoza vendría por allí con ojepto* (muy clarito eso de *ojepto*, que es palabreja peliaguda) *de auxiliar al de Calatayud...* (auxiliar con *X* grande que se vea bien) *y en efecto, Excelentísimo señor, el 1.º de Octubre, apareció una columna francesa, á la cual escabeché...* No, ya se han reido mucho otra vez que dije *escabechar...* ¡como si hubiera en castellano alguna otra palabra para expresar lo que quiere decir esta!... *En fin, para no cansar á vuecencia, desbaratamos la columna, matándole mucha gente, y cogiendo muchos prisioneros, entre ellos el coronel Mosieurre* (muy clarito eso) *Guillot...* Ahora se añadirá lo de Grajanejos, y que conseguido nuestro fin, Durán se retiró por un lado y yo por otro, y me vine á la sierra, donde espero órdenes de vuecencia, *Dios guarde á vuecencia...* Vamos, Recuenco, pronto, ponlo en limpio, lo firmaré y se llevará al momento... Letra clara y hermosa.

Concluyó al fin Recuenco, que así llamaban al escribiente, el oficio que firmó D. Juan Martín con nombre y apellido, acompañados de una rúbrica harto adornada de rasgos, y luego se cerró con las obleas rojas para enviarle á su destino. Satisfecho el héroe de su obra, no se ocupó más del asunto, y departió un rato con nosotros demostrándonos confianza suma.

—Á esta fecha—nos dijo, después que le contamos algo de los sucesos políticos de Cádiz—ya debe estar hecha la Constitución. Veremos si hay alguien que ponga la mano en ella para quitarla. Yo, á ser la Regencia y las Córtes, les metería el resuello en el cuerpo á todos esos mándrias servilones... No sé para qué estamos aquí los hombres que sostenemos la guerra. Como defendemos á España, defenderemos mañana la Constitución. Dicen que será hasta allí... una ley liberal y española

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que meterá en cintura á los que no la quieran... Pero todos la queremos. Está la gente entusiasmada con la Constitución... Hay que oirles... Y dicen que nuestro cautivo monarca está contentísimo de que la hayamos hecho.

—Así debe de ser.

—Y díganme ustedes: ¿han oido ustedes hablar á D. Agustín Argüelles, á García Herreros y á Muñoz Torrero? Parece que no se muerden la lengua.

—Los tres son eminentes oradores.

—¡Buena gente tenemos en España! Cuando se acabe la guerra se formará un gobierno regular con todos los hombres ilustres, y ya no tendremos más Godoyes. El pícaro gobierno absoluto es la peor cosa del mundo.

—En esta guerra—dije—han salido muchos hombres distinguidos, que después en la paz servirán al Estado de otro modo.

—"Así será; pero no yo—repuso con modestia,—pues cuando esto se acabe me meteré en Castrillo de Duero ó en Fuentecén y con un par de mulas... después de la guerra, lo único que me gusta es la labranza. No pienso poner los piés en la Córte. Si algún día necesita el Rey de mí contra los serviles, allá voy. España, el Rey, la Constitución, ese es mi remoquete. Nada más. Yo no hago la guerra, como otros, por ganar perifollos, grados ni requezas. Han de saber ustedes que soy muy militar, y que desde muy niño supe manejar las armas. Mis padres no querían que fuese soldado; pero tal era mi afición, que á los diez y seis años me escapé de la casa paterna para alistarme en el ejército. Mi padre me libró del servicio y casi arrastrando llevóme á Castrillo; pero cuando cerró el ojo volví á las andadas, y alistándome en el regimiento de caballería de España, estuve en la guerra del Rosellón. Concluida, volví á mi casa y en Fuentecén me casé.

"Tranquilo vivía cultivando mis tierras, cuando se dijo que al Rey Fernando se lo llevaban á Francia. Yo quería echarme al campo; porque esta canalla francesa me cargaba, señores, y cuando la gente de aquí se entusiasmaba con Napoleón, yo decía: *Napoleón es un infame. Si entra Fernando en Francia, no sale hasta que le saquemos...* No me quisieron creer... Vino Mayo y al fin se descubrió el pastel. Yo no podía aguantar más y me picó la mostaza en la nariz. Llamé á Juan García y á Blas Peroles, y les dije: *¿Nos echamos ó no nos echamos?* Ellos me contestaron que ya tenían pensado salir á matar franceses, y en efecto salimos. Eramos tres. Nos pusimos en el camino real á cuatro leguas de Aranda,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en un punto que llaman Honrubia, y allí á todo correo francés que pasaba, le arreglábamos la cuenta. Fué llegando gente y se formó una partidilla... La verdad es que no sé cómo se formó. La partida se hizo ejército y aquí estamos. Me han hecho brigadier. Yo no lo he pedido. Quieren que sea general... He servido á la patria con fé, y también con buen resultado, ¿no es verdad?

—La fama del Empecinado—respondió mi compañero—llena toda la extensión de España.

—Me han dicho que la gente de Cádiz, los políticos y los periodistas se rien de mí—dijo D. Juan Martín frunciendo el ceño,—porque una vez dije *la mapa* en vez de *el mapa*. Los militares no estamos obligados á estar siempre con el libro en la mano, viendo como se dicen y como no se dicen las cosas. Yo sé mi obligación, que es perseguir á los franceses. Lo demás no me importa. Mi deseo es que se diga mañana: "El Empecinado cumplió con su deber.„

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VII

Después recayó la conversación sobre la tropa que acaudillaba y nos dijo:

—Muchas satisfacciones me causa la guerra, entre ellas la del buen resultado de mis operaciones; pero no es pequeño gusto esto del cariño que me tiene mi gente. Todos ellos, señores oficiales, se dejarían matar por mí. Verdad es que yo no les trato mal. Pero vamos al decir, que yo tengo á mis órdenes á los hombres más honrados del mundo. Ninguno de ellos es capaz de faltar ni tanto así.

Cuando esto dijo, sentimos á nuestra espalda un gruñido, un monosílabo dubitativo, una de esas exclamaciones inarticuladas que sin embargo de no decir nada, lo expresan todo. Detrás de nosotros, tendido sobre un gran arcón de pino estaba un hombre, á quien atribuimos la emisión de aquel gutural elocuente sonido. Levantándose pesadamente de su improvisado lecho estiraba los brazos y piernas para desperezarse cuando D. Juan Martín le dijo:

—¿Qué tiene usted que decir, Sr. D. Saturnino Albuín? No cree usted como yo que la gente que está á nuestras órdenes es la mejor del mundo?

—Según y cómo—dijo Albuín adelantándose con los ojos medio cerrados para resguardar de los rayos de luz sus pupilas, recién salidas de la oscuridad del sueño.

Hé aquí cómo era, si no me engañan los recuerdos que guarda en su archivo mi memoria, aquel célebre guerrillero, de quien hasta los historiadores franceses hablan con gran encomio. D. Saturnino Albuín, llamado el Manco, había adquirido la mutilación que fué causa de tal nombre en una acción entablada en el Casar de Talamanca. Su mano

(c) 2008 Ministerio de Cultura

derecha fué por mucho tiempo el terror de los franceses. Era hombre de mediana edad, pequeño, moreno, vivo, ingenioso, agil cual ninguno, sin aquel vigor pesado y muscular de D. Juan Martín; pero con una fuerza más estimable aún, elástica, flexible, más imponente en los momentos supremos, cuanto ménos se le veía en los ordinarios. Si el Empecinado era el hombre de bronce, á cuya pesadez abrumadora nada resistía, Albuín era el hombre de acero. Mataba doblándose. Su cuerpo enjuto parecía templado al fuego y al agua, y modelado después por el martillo. Yo le ví más tarde en varios encuentros y su arrojo me llenó de asombro. Cuando se oían contar sus proezas, apenas se daba crédito á los narradores, y no es extraño que un general francés dijese de Albuín: *Si este hombre hubiera militado en las banderas de Napoleón, ya sería mariscal de Francia.*

Vestía D. Saturnino traje de paisano con pretensiones de uniforme militar, y su chaquetón, donde lucían las charreteras y los mústios y mal cosidos bordados, estaba lleno de agujeros. Los codos del héroe, no inferior á Aquiles en el valor, se parecían á los de un escolar. En sus pantalones se veían los trazados y dibujos de la aguja remendona y zurcidora; y el correaje del trabuco que llevaba á la espalda y de las pistolas y sable pendientes del cinto, hacía poco honor á la administración de fornituras de aquel ejército. Todo esto probaba que las campañas de la partida no eran tan lucrativas como gloriosas.

—Según y cómo—repitió Albuín, poniendo su única mano sobre la mesa y atrayendo á sí la atención de los que estábamos presentes.—Eso de que todos sean gentes honradas no es verdad, Sr. D. Juan Martín. Los calumniadores, los chismosos que están siempre trayendo y llevando cuentos al general, ¿pueden ser gentes honradas?

—Amigo Albuín—contestó el jefe,—usted tiene tirria á dos ó tres personas de este ejército, y por eso se le antojan los chismes y enredos.

—Sí señor, chismes y enredos, y lo sostengo—afirmó D. Saturnino,—lo sostengo aquí y en todas partes. ¿Cómo se llama si no el venir aquí contándole á usted lo que yo dije y lo que me callé? Yo no digo más que la verdad, y no en secreto sino públicamente, delante de Juan y de Pedro, de fulanito y de perencejo. Y esto que he dicho, lo repito y lo sostengo; que aquí se está uno batiendo, se está un matando, se está uno destrozando el alma y el cuerpo; pasan meses, pasan años y con tanto trabajar no salimos nunca de la miseria. Señores que me oyen, digan si es justo que D. Saturnino Albuín no tenga otros calzones que estos guiñapos que lleva en las piernas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Hubo un momento de silencio, durante el cual todos contemplamos la prenda indicada, que en efecto no era digna de cubrir á quien habría sido mariscal de Francia, si hubiera servido á Napoleón.

—Sr. D. Saturnino—dijo gravemente D. Juan Martín,—después del valor, la primera virtud del soldado es la humildad. Nosotros no combatimos por dinero; combatimos por la patria. Me ha dicho usted que sus calzones están un si es no es destrozadillos. Tortas y pan pintado, amigo D. Saturnino. La guerra trae tales desgracias; el buen soldado no mira á su cuerpo, señores, el buen soldado no debe fijar los ojos más que en el cielo y en el enemigo.

Y luego desabotonándose el uniforme, añadió:

—Señores, si les ha llamado la atención que Albuin lleve los calzones rotos, miren hácia acá y verán que el Empecinado no tiene camisa.

Efectivamente, el uniforme abierto dejaba ver el velludo pecho del héroe.

—Y no me quejo, señores—prosiguió abotonándose,—no estoy siempra *lagrimeando* como el Sr. Albuín. De aquí en adelante voy á mandar venir de la Córte una docena de sastres para que vistan de seda y brocado á mi oficialidad.

—Sr. D. Juan Martín—dijo el Manco,—no venga echándosela de anacoreta. Usted no tiene camisa porque no quiere, porque es un desastrado y un facha. Señores, ¿les parece á ustedes propio de un general quitarse la camisa en medio del camino para dársela á un viejo pedigüeño que se quejaba de frío?... Basta de farsas. Ello es que nosotros luchamos, nosotros nos batimos y para nosotros no hay pagas, para nosotros no hay recompensa, para nosotros no hay más que palos, fríos, calores, lluvias, fatigas y por último una muerte gloriosa que para maldito nos sirve, si es que no nos coge en pecado mortal, para acabar de divertirse uno en los infiernos.

—¿El Sr. Albuín quiere dinero?—dijo el general.—Pues bien sabe ya que no se lo puedo dar. Casi todo lo que se recauda se entrega á la Junta, y si ésta no da pronto las pagas porque hay muchas cosas á que atender, ya las dará. En el ínterin nosotros nos cobramos en trigo, en cebada, en paja, en almortas, en bellota, en centeno y en otras *comibles* especies que vamos recogiendo por los pueblos.

—Y que yo le regalo al Sr. D. Juan Martín—replicó vivamente el Manco,—para que con tales especies mantenga á su mujer y á sus hijos, y se llene el buche á sí propio, y se vista y calce... Pero voy á lo principal... ¡Ah, señor general de mi alma! Nosotros somos unos bobos, porque

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mientras usted y yo estamos el uno sin calzones y el otro sin camisa, en la partida hay quien se rie de vernos desnudos y sin un cuarto.

—No dudo que tengamos aquí personas ricas, como por ejemplo...

—No es eso, no, Sr. Martín Diez—replicó el Manco.—Estos de que hablo aparentan ser más pobres que las ratas, y son de los que todos los días nos piden un cigarro y dos cuartos para aguardiente; pero son de los que acaparan, de los que embaulan lo que se recoge, de tal modo, que ni la Junta ni cien Juntas saben á donde ha ido á parar. Y aguante usted esto, sí señor, aguántelo usted... y déjese usted matar por la patria y por el Rey... En resumidas cuentas, se acabará la guerra, y los que lo han hecho todo, quedaránse más pobres que antes, mientras que los uñilargos (aquí hizo el Manco con los dedos de su única mano un gesto muy expresivo) irán á Madrid á comerse en paz lo que han merodeado á nuestra costa. Si somos unos héroes, Sr. D. Juan Martín, si la historia se va á ocupar de nosotros y á ponernos por las nubes; pero comeremos pedazos de gloria y páginas de libro.

—Amigo Albuín—dijo el general,—tan acostumbrado estoy á su genio endemoniado, que no me coge de nuevo lo que me ha dicho, y le perdono sus bravatas. ¡El Demonio es D. Saturnino! ¡Y quién al oirle diría que es el hombre mejor del mundo?... ¿Con qué dinero?... ¿Para qué quieren las personas de bien el dinero? Aquí no hay gente viciosa. Los *empecinados* combaten por la gloria, la libertad, la independencia.

—Bueno es todo eso—repuso Albuín;—pero otros jefes de partida, tales como Chaleco, Chambergo, Mir y el Médico, todos personas muy completas y honradas, sin dejar de poner á la patria sobre su cabeza, cuidan de asegurar el porvenir de sus familias, y hombre hay entre esos que ha hecho su capital en un quítame allá esas pajas.

—Conversación. Ni Chaleco ni Mir, tienen sobre qué caerse muertos.

—No hablemos más—dijo D. Saturnino,—porque pierdo la paciencia. El general hará lo que guste; pero yo no sé hasta donde podré resistir.

—Usted resistirá hasta la misma fin del mundo—dijo el Empecinado mirando á su subalterno con severidad.—Basta ya de *retruécanos*, que me voy atufando con los humos de estos caballeros. Uno pide por aquí, otro por allí... Obediencia, Sr. Manco, obediencia y humildad—añadió golpeando la mesa.—Aquí todos *semos* pobres y yo el primero... Con que no digo más... Cada uno á su puesto, y prepararse para mañana.

—Buenas noches—dijo Albuín secamente.

—¿No reza usted el rosario conmigo?

—Lo rezaré con mosen Antón—repuso Albuin volviendo la espalda.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Albuín.

VIII

Mi compañero y yo nos retiramos á nuestro alojamiento, donde disfrutábamos la compañía de los más respetables indivíduos de aquel ejército. Ocupéme primero en escribir á la condesa, de quien había tenido carta dos días antes con nuevas poco satisfactorias, y luego pensé en dormir un rato. Estábamos en una anchurosa estancia baja. Junto al hogar, el Sr. Viriato contaba

(c) 2008 Ministerio de Cultura

al amo de la casa las más estupendas mentiras que he oido en mi vida, todas referentes á fabulosas batallas, encuentros y escaramuzas que harían olvidar los libros de caballerías, si pasaran de la palabra á la pluma y de la pluma á la imprenta. Oía todo el patrón con la boca abierta y dando crédito á tales invenciones, cual si fueran el mismo Evangelio.

El Sr. Pelayo roncaba en un rincón y no se sabía el paradero del gran Cid Campeador ni de la señá Damiana. Despierto, inquieto, agitado, el descomunal clérigo mosen Antón se paseaba de un extremo á otro de la pieza, midiendo el piso con sus largos zancajos. Parecía un macho de noria. Sentado, meditabundo, sombrío, tétrico, D. Saturnino Albuín de tiempo en tiempo miraba al clérigo, como con deseo de hablarle. Deteníase á veces Trijueque ante su colega; mas dando un gruñido tornaba á los paseos, hasta que el Manco rompió el silencio y dijo:

—Esto no puede seguir así.

—No, no mil veces. ¡Me reviento en Judas!—replicó el cura.—Eso de que hombres de esta madera sean tratados como chicos de escuela no puede aguantarse más.

—Justo, como á chicos de escuela nos tratan—repuso Albuín.—Maldito sea el dómine y quien acá lo trajo.

—Yo, Sr. D. Saturnino—dijo mosen Antón parándose ante su compañero,—estoy decidido á marcharme á otro ejército. Me iré con Palarea, con Durán, con Chaleco, con el Demonio, ménos con D. Juan Martín.

—Y yo. Me creería digno de estar envuelto en trapos como el Empecinadillo y de pedir la teta al entrar en un pueblo, si sufriera más tiempo la humillación de servir sin pagas, sin ascensos, sin botín, sin remuneración ni provecho alguno.

—El çorazón de manteca de nuestro jefe me obligará á abandonarle —dijo Trijueque.—Así no se puede seguir la guerra. Entre él y Don Vicente Sardina están haciendo todo lo posible para que el mejor día nos cojan los franceses, y den buena cuenta de nosotros.

—Ya lo estoy viendo. Y acá para entre los dos, Sr. Antón—dijo con rencoroso acento Albuín,—¿no es un escándalo que mientras nos recomienda la humildad, él acepta el grado de brigadier, y mientras nos tiene en la última miseria, él está amontonando...?

Mosen Antón puso todo su espíritu en ojos y oidos para atender mejor.

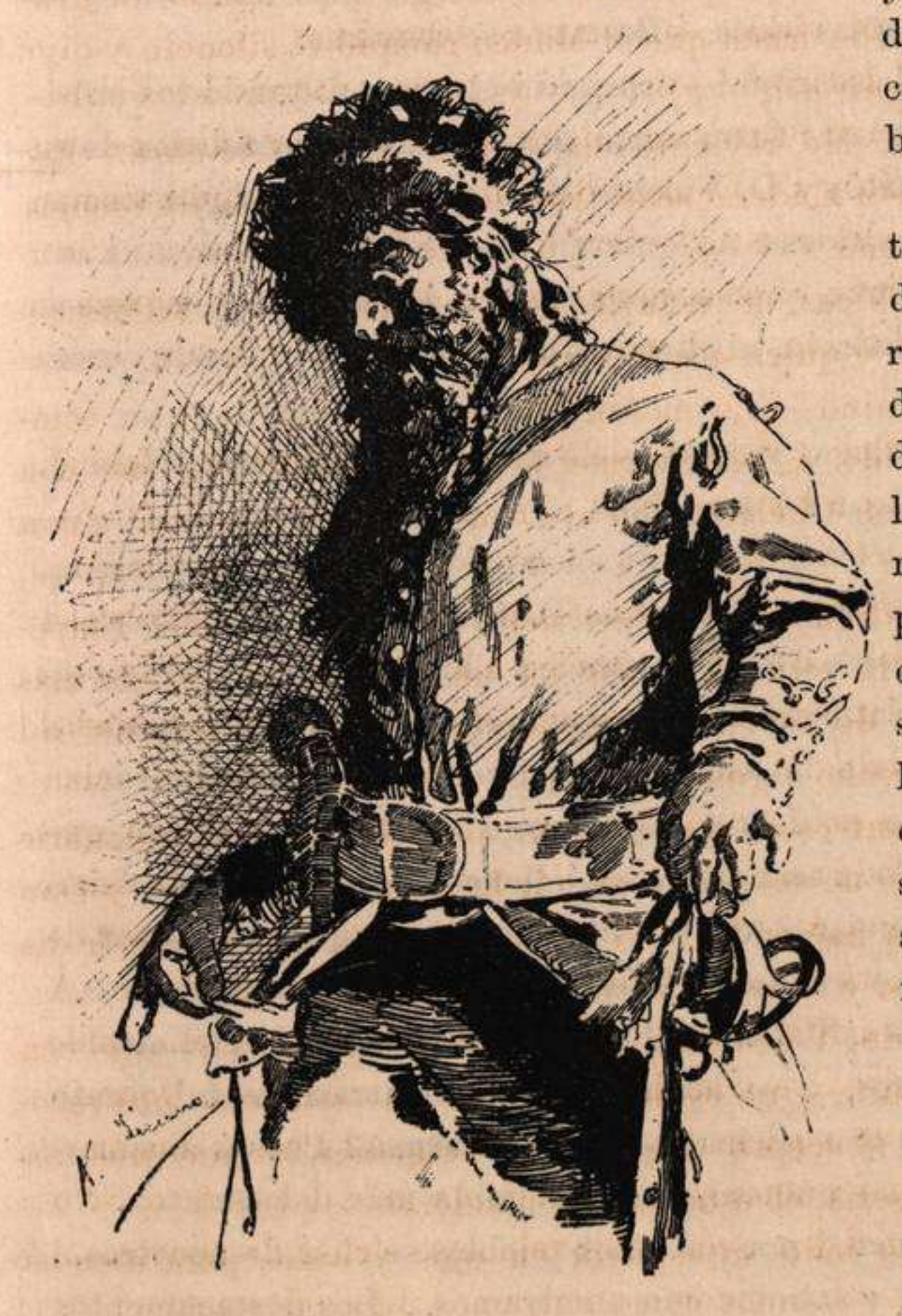
—Amontonando, sí—continuó D. Saturnino, accionando con la mano

(c) 2008 Ministerio de Cultura

manca. Eso bien claro se ve. Pues qué, ¿todo el dinero que se recoge y que él manda entregar á la Junta de Guadalajara, va á su destino? ¡Patarata! Mucho jimoteo y mucho decir que no tiene camisa; pero la verdad es que buenos sacos de onzas manda á Fuentecén y á Castrillo. ¡Sr. Trijueque, están jugando con nosotros, están comerciando con nuestro trabajo y nuestro valor, nos están chupando la sangre, compañero! Ellos, él mejor dicho, se atiborra los bolsillos y nuestros hijos, digo, mis hijos, no tienen zapatos.

Mosen Antón sin responder nada dió media vuelta, siguiendo en su inquieto pasear.

—Yo supongo—dijo el Manco—que usted tiene las mismas quejas que yo... Yo supongo que el insigne mosen Antón, terror de la Francia y del Rey José, no tendrá un cuarto en el arca de su casa, ni en el bolsillo de los calzones.



Trijueque paróse ante el Manco, y metiendo ambas manos en la respectiva faltriquera del calzón, las volvió del revés, mostrando su limpieza de todo; ménos de migas de pan, de pedacitos de nuez y otras muestras de su sobriedad. Tomando las puntas de las faltriqueras y estirándolas y sacudiéndolas, habló así con cavernoso y terrorífico acento:

—Mis bolsillos están vacíos y limpios como mis manos que jamás han robado nada. Lo mismo está y estará toda la vida el arca de mi casa, donde jamás entra otra cosa que el diezmo y el pié del altar. Pobre

(c) 2008 Ministerio de Cultura

soy, desnudo nací, desnudo me hallo. Para nada quiero las riquezas Sr. D. Saturnino. Sepa usted que no es la vaciedad y limpieza de estas faltriqueras lo que me contrista y enfada; sepa usted que para nada quiero el dinero; sepa usted que se lo regalo todo á D. Juan Martín, á D. Vicente Sardina y demás hombres de su laya; sepa que yo no pido cuartos, lo que pido es sangre, sí señor, ¡sangre! ¡sangre!

Yo estaba luchando con el sopor al oir este diálogo, y en el desvanecimiento propio de los crepúsculos del sueño, retumbaba en mis oidos con lúgubres ecos, la palabra *sangre*, pronunciada por aquel gigante negro, cuyo aspecto temeroso habría infundido miedo al ánimo más denodado.

—¡Sangre!—repitió Albuín, fijando los ojos en el suelo y un poco desconcertado al ver que las ideas de mosen Antón no respondían de un modo preciso á sus propias ideas.—Bastante se derrama.

—¡Me reviento en el Iscariote!—prosiguió el cura, soltando los bolsillos, que quedaron colgando fuera como dos nuevas extremidades de su persona.—D. Juan Martín y D. Vicente Sardina están de algún tiempo á esta parte por las blanduras; no quieren que se fusile á nadie, ni áun á los franceses; no quieren que se pegue fuego á los pueblos, ni que se extermine la maldita traición, ni el pícaro afrancesamiento donde quiera que se le encuentre.

Albuín miró á su colega, y después de una pausa, dijo con frialdad:

—Sí, es preciso castigar á los pueblos.

—¡Cómo castigar! Yo les quitaría de en medio, que es lo más seguro. De algún tiempo á esta parte, desde que D. Juan Martín ha dado en el hipo de mimar á los pueblos, éstos favorecen á los franceses. ¿No lo está usted viendo, Sr. D. Saturnino? Los enemigos mandan comisionados secretos á estos lugares de la Alcarria; reparten dinero, se congracian con los aldeanos, y de aquí que el enemigo encuentra siempre que comer y nosotros no. Toda esta tierra está llena de espías. No hay más que un medio para manejar á tan vil canalla. ¿Se coge á un pastor de cabras? Fusilado. Así no irá con el cuento. ¿Llegamos á un pueblo? Á ver: vengan acá los más talluditos del lugar, los de más viso, el alcalde si lo hay... Cuatro tiros, y se acabó. ¿Se encuentran en tal punto algunos hombres útiles que no han tomado las armas? Pues á diezmarlos ó quintarlos, según su número, y no se hable más del asunto... No se hace esto, bien sabe usted por qué. Los pueblos se ríen de nosotros... entramos como salimos, y salimos como entramos... Los destacamentos franceses recorren tranquilos todo el país, agasajados por los alcarre-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ños... ¡Cuando uno piensa que todo esto se podría remediar con un poco de pólvora...! ¡Sí, y habrá bobos que crean que de tal manera vamos á traer á D. Fernando VII...! Por este camino, Sr. D. Saturnino, tendremos pronto que ir á besarle la zapatilla á José Botellas.

Dijo esto último en tono de burla y sonriendo, lo cual producía una revolución en su fisonomía y gran sorpresa en los espectadores, pues el desquiciamiento de sus quijadas, y la aparición inesperada de sus dientes eran fenómenos que rara vez turbaban la armonía de la creación en el órden físico. Terminó para mí la conversación en aquella sonrisa del ogro, porque me vencía paulatinamente el sueño, y al fin sumergíme en el océano de las oscuridades y del silencio, donde se me apareció de nuevo más terrible, más siniestra que en el mundo real la inverosímil sonrisa de mosen Antón.

En la mañana siguiente, viendo que la partida se disponía á marchar á toda prisa, pregunté al Sr. Viriato:

—¿A dónde vamos?

—Vamos á donde nos quieran llevar—repuso el guerrillero.—Parece que iremos hacia Molina. ¡Hermosa vida es esta, amigo D. Gabriel! Si durara siempre, debería uno estar satisfecho de ser español. Somos la gente más valerosa y guerrera del mundo. ¿Para qué queremos más? Es una brutalidad estarse matando delante de un telar de lana, como los tejedores de Guadalajara, ó hacer rayas en la tierra con el arado como los labriegos de la campiña de Alcalá. ¿No es mucho mejor esta vida? Se come lo que se encuentra. Dios que da de comer á los pájaros, no deja perecer de hambre al guerrillero.

Echóme este discurso el Sr. Viriato, mientras el Sr. D. Pelayo, que no había podido pasar de asistente, ensillaba el caballo de D. Vicente Sardina y el del propio Viriato. Llegó á la sazón el buen Cid Campeador repartiendo un poco de aguardiente, y nos dijo:

—Hay que tomar bríos, porque la jornada será larga. Dicen que vamos hacia Molina.

—El general—dijo la señá Damiana Fernandez, que apareció pegándose en las faldas un remiendo arrancado á los abrigos del Empecinadillo,—quiere que vayamos á un punto; mosen Antón quiere que vayamos á otro punto, y D. Saturnino á otro punto. Son tres puntos distintos. Hace un rato estaban los tres disputando y los gritos se oían desde la plaza.

—De la discusión brota la luz—dijo Viriato con socarronería,—y el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

error ó la verdad, señá Damiana, no se descubren sino pasándolos por la piedra de toque de las controversias.

—Antes estaban á partir un piñón—dijo D. Pelayo dando la última mano al enjaezado,—y lo que decía y mandaba el general era el santo Evangelio.

—Ahora cada cual tira por su lado—indicó el Cid Ruy-Diaz,—y los grandes capitanes de esta partida obedecen á regañadientes las órdenes del general.

La señá Damiana acercóse más al grupo, y apoyándose en la grupa del caballo, con voz misteriosa habló así:

—Muchachos, mosen Antón dijo ayer al Sr. Santurrias que se marcharía de la partida porque D. Juan Martín es un acá y un allá.

—Señá Damiana—indicó Viriato,—las leyes militares castigan al soldado que critica la conducta de sus jefes. Si sigue vuecencia faltando á las leyes militares se lo diré al general para que acuerde lo conveniente.

—Señor Viriato de mil cuernos—repuso la mujer,—yo le contaré al general que vuecencia estaba ayer hablando pestes de él y diciendo que con las fajas y cruces y entorchados se ha convertido en una madama.

—Señá Damiana, por curiosear y meter el hocico en las conversaciones de los hombres, yo condenaría á vuecencia á recibir cincuenta palos. Las hembras á poner el puchero y á remendar la ropa.

—Si creerán que me dejo acoquinar por un sopista hambrón—dijo la guerrillera apartándose del grupo y tomando una actitud tan académica como amenazadora.—Aquí le espero, y verá que sirvo para algo más que para limpiarle el mugre de la sotana.

Se me figura que Viriato tuvo miedo. Lo cierto es que contempló de lejos los puños de la militara, y tomando el lance á risa, exclamó:

—¡Bien dice San Bernardo que la mujer es el horno del Diablo! ¡Bien dice San Gregorio, ese fénix de las escuelas, señores, que la mujer tiene el veneno del áspid y la malicia del dragón! Señá Damiana, baje esos brazos, abra esos puños y desarme esa cólera, que aquí todos somos amigos y no hemos de reñir por vocablo de más ó de ménos.

Un personaje, en quien no habíamos fijado la atención, terció de improviso en la disputa. Era el Crudo, hombre temible, fornido, bárbaro, de apariencia más que medianamente aterradora, pero de carácter noble, leal, franco y generoso, el cual, alzando la voz ante el concurso de estudiantes, les apostrofó así:

—Ya sé que ustedes son los que andan por ahí metiendo cizaña con-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tra el general... El general lo sabe y va á hacer un escarmiento... Bien dije yo que los estudiantes y las mujeres no servirían más que para enredijos. En la partida hay traición; en la partida se trama alguna picardía. Ya parecerán los gordos; pero en el ínterin yo les advierto á los estudiantillos sin vergüenza que si les oigo decir una sola palabra que ofenda á nuestro querido general D. Juan Martín, les cojo y les despachurro.

Hizo un gesto tan elocuente que los claros varones á quienes iba dirigida la filípica, tuvieron á bien callarse fijando en el suelo sus abatidos ojos.

Poco después marchábamos hacia las alturas de Canredondo, donde se nos unió la división de Orejitas. Este y D. Vicente Sardina siguieron la dirección de Huerta Hernando y la Olmeda, mientras el general en jefe, con D. Saturnino Albuín y casi toda la caballería, se acercaba á la raya de Aragón por Sierra Ministra. No hallamos franceses en nuestro camino, ni tampoco gran abundancia de comestibles, pues los pueblos de aquella tierra habían dado ya á uno y otro ejército lo poco que tenían.

Al llegar cerca de Molina, conocimos que se nos llevaba á poner sitio á aquella histórica ciudad, guarnecida y fortificada entonces por los franceses. Ocupamos los lugares de Corduente, Ventosa, Cañizares, y pasando el río Gallo por Castilnuevo, cortamos el camino de Teruel y el de Daroca, por donde se temía que vinieran tropas enemigas en auxilio de la ciudad bloqueada. Á los míos y á mí, con otras fuerzas que mandaba Trijueque, nos tocó esta última posición, la más arriesgada y difícil de todas, por lo que después hubimos de ver. Durante algunos días encerramos á los franceses dentro de la plaza sin permitir que les entrara cosa alguna. No podían hostilizarnos, por ser pocos en número; pero nuestro gran peligro estaba en las fuerzas que esperábamos viniesen de Daroca.

Felizmente el general en jefe había previsto todo, y sabedor por sus espías de la salida de tres mil quinientos hombres de Daroca, abandonó la sierra para bajar á la carretera. Fué el 26 de Setiembre cuando sostuvimos en Cuvillejos una de las acciones más reñidas y sangrientas de aquel período. Venían mandados los franceses por el jefe de brigada Mazuquelli, y traían cuatrocientos caballos y cuatro piezas de artillería; y si en el número no nos llevaban gran ventaja, teníanla sí, como es fácil comprender, en la organización. D. Saturnino ocupó las alturas de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Rueda en cuanto se tuvo noticia segura de la aproximación del francés, y D. Vicente Sardina nos escalonó entre Anchuelas y Cuvillejos. Según su costumbre, venían los imperiales desprevenidos, con aquella fátua confianza que tanto les perjudicaba; pero bien pronto les sacamos de su distracción cayendo sobre ellos con el empuje propio de guerrilleros españoles, que tienen de su parte la elección de sitio, hora y el abrigo del terreno, con posición favorable y retirada segura.

No cansaré á mis lectores, describiéndoles con minuciosidad aquella batalla no mal dirigida por una parte y otra. Fué de las más encarnizadas que he visto, y nos hallamos más de una vez seriamente comprometidos. En una carga que nos dieron, no sé qué hubiera sido de la división de el Crudo, donde yo iba, si mosen Antón, desplegando aquel arrojo fabuloso é inverosímil de que sabía dar tan extraordinarias pruebas, no contuviese á los débiles y reunido á los dispersos, é impedido el desórden. Sublime y brutal, aquel mónstruo del Apocalipsis arrojóse en medio del fuego.

Brincó el descomunal caballo sobre el suelo, brincó el ginete sobre la silla y ambos inflamados en la pasión de la guerra se lanzaron con deliciosa fruición en la atmósfera del peligro. El brazo derecho del clérigo, armado de sable, era un brazo exterminador que no caía sino para mandar un alma al otro mundo. Detrás de él, ¿quién podía ser cobarde? Su horrible presencia infundía pánico á los contrarios, los cuales ignoraban á qué casta de animales pertenecía aquel gigante negro, que parecía dotado de alas para volar, de garras para herir y de indefinible fluido magnético para desconcertar. Un tigre que tomara humana forma, no sería de otra manera que como era mosen Antón.

Por otro lado D. Saturnino y el Empecinado tuvieron que hacer grandes esfuerzos para aguantar el empuje de los franceses, y aunque al fin logramos derrotarles, obligándoles á volverse hacia Daroca, tuvimos muchas y sensibles pérdida. El campo estaba sembrado de muertos y heridos de una y otra Nación. Afortunadamente para nosotros, los franceses al retirarse no habían podido salvar sus bagajes, y en ellos halló nuestra hambre con qué satisfacerse y los heridos algunos remedios. Pero no se nos permitió largo descanso ni tampoco auxiliar con calma á los que lo habían menester, y poco después de la victoria la partida emprendió la persecución del enemigo derrotado.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IX

Los carros de que dispusimos se llenaron de heridos amontonados con desórden, y una pequeña fuerza rezagada se encargó de custodiarlos, dejándolos en los pueblos del tránsito. Los demás nos pusimos en marcha. Albuín iba de vanguardia, mortificando á los fugitivos á lo largo del camino de Yunta, y mosen Antón, obligado á marchar á retaguardia, bramaba de ira por considerar su papel un poco deslucido en aquella expedición.

En las arruinadas aldeas por donde pasamos, tuvimos ocasión de presenciar escenas tristísimas, pero que eran inevitables en aquella cruel guerra. Los habitantes de aquel país cometían mil desafueros en los franceses rezagados, bien ahorcándolos, bien arrojándolos vivos á los pozos. Por una parte les impulsaba á esto su odio á los extranjeros, y por otra el deseo de congraciarse con los guerrilleros que venían detrás, y evitar de este modo que se les tachase de afectos al enemigo.

Más allá de Odón nos cogió la noche, y Sardina, permitiéndose des-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cansar en un ventorrillo que á la entrada del lugar estaba, juntó alrededor de una mesilla á cuatro ó cinco oficiales, entre los cuales tuve el honor de encontrarme. Tratábase de ver qué gusto tenía una torta y un zaque de vino aragonés ofrecida al jefe por honrados labriegos de Odón. Sardina, dando rienda suelta á su humor festivo, reia de todo, de los franceses, de los empecinados, del pastel y del vino que eran de lo peor. Mosen Antón golpeaba con la palma de su manaza la mesa, alzábase el gorro hasta la corona, para calárselo después hasta las cejas, escupía, hablaba palabras no entendidas, hasta que interpelado bruscamente por su jefe, se expresó de este modo:

—Ya veo claro que se desea deslucirnos.

—¿Cómo deslucirnos?

—Esta división debió marchar delante picando la retaguardia á los franceses—exclamó Trijueque echando fuera del cráneo casi todo el globo de los ojos. Usted no ve estas cosas, usted tiene una frescura, una pachorra... Si yo fuera jefe de la división, al ver que me dejaban á retaguardia con intento manifiesto de deslucirme y oscurecerme, habría roto la espada y retirádome de este ejército.

—Querido Antón—dijo D. Vicente con bondad,—todos no pueden ir á vanguardia. Bastante nos hemos distinguido hoy, y esto de ir en los cuartos traseros del ejército nos sirve de descanso.

—¡Descanso!—repuso el clérigo desdeñosamente.—Que no he de oir en esa boca otra palabra...

—Si pensará el buen cura de Botorrita que todos somos de hierro como su reverencia.

—Lo que digo—exclamó el clérigo dando sobre la mesa tan fuerte puñada, que el inválido mueble estuvo á punto de acabar sus días,—es que si yo hubiera marchado delante con el Crudo y Orejitas, como era natural, y como lo indiqué á Juan Martín al fin de la batalla, los franceses habrían dejado la mitad de su gente entre las casas de Yunta. Pero ya... desde que Juan Martín se ha llenado de cruces y fajas y galones y entorchados como un generalote de los de Madrid, no nos permite que nosotros los pobres guerrilleros harapientos y sin nombre, hagamos cosa alguna que suene y sea llevada por la fama desde un cabo á otro de la península. Para nosotros no trompetean los diarios de Cádiz; para nosotros no hay donativos ni suscriciones; nuestros humildes nombres no figuran en la *Gaceta*, ni por nosotros van las damas pidiendo de puerta en puerta, ni nadie dice *las hazañas de mosen Antón*, *las hazañas de Sardina*, porque Sardina y Antón y Orejitas, son tres almas

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de cántaro que han matado muchos franceses, pero que no se alaban á sí mismos, ni se ponen cintajos, ni tienen orgullo, ni tratan de humillar á los subalternos, ni echan sobre los demás la fatiga y sobre sí propios la gloria.

Púsose serio el jefe y volviéndose á su segundo, con las manos apoyadas en la cintura, fruncido el ceño, y haciendo repetidas insinuaciones afirmativas con la pesada cabeza, le dijo:

—Ya son muchas con esta las veces que ha dicho mosen Antón delante de mí palabras ofensivas á nuestro general; y francamente, amigo, me va cargando. Mosen Antón, usted no está contento en la partida, lo conozco; usted se cree humillado, postergado y ofendido... Pues largo el camino. Aquí no se quiere gente descontenta.

—Sí, me marcharé, me marcharé—dijo el clérigo, trémulo de ira.—Si lo que quieren es que me marche. No saben cómo echarme. No me gusta estorbar, Sr. D. Vicente. Ya sé que no sirvo más qué para decir misa; otros hay en la partida más valientes que yo, más guerreros que yo. ¿De qué sirve este pobre clérigo?

—Nadie ha desconocido sus servicios; todos reconocen el gran mérito de mosen Antón, y principalmente el general le tiene en gran estima y le aprecia más que á ninguno otro de la partida.

—Ménos cuando se dan al pobre clérigo los puestos más desairados; ménos cuando se le niega confianza, no permitiéndole que mande un cuerpo de ejército; ménos cuando se adoptan todos los pareceres distintos del suyo para empequeñecerle. Mosen Antón es un desgraciado, un botarate, un loco, un díscolo y un impertinente. Verdad es que mosen Antón suele acertar en los movimientos que dirige; verdad es que sin mosen Antón no se hubiera ganado la batalla de Fuentecén, ni la del Casar de Talamanca, ni se hubiera entrado en la Casa de Campo de Madrid; verdad es que sin mosen Antón no se hubiera desbaratado el ejército del general Hugo... Pero esto no vale nada; mosen Antón es un pobre hombre, un envidioso, como dicen por ahí, un revoltoso que ha sembrado discordias en la partida... ¡Váyase mosen Antón con mil demonios!... ¡Qué holgada se quedará la partida cuando el clerigote pendenciero se marche lejos de ella!

—Verdaderamente—repuso Sardina con calma;—no falta razón para acusar á usted de díscolo, revoltoso, intratable é impertinente. Pero hombre de Dios, ¿qué quiere usted? Pida por esa bocaza. No quisiera morirme sin ver á mi segundo satisfecho y contento siquiera un minuto.

—No pido ni quiero nada—dijo el guerrillero levantándose con tan

(c) 2008 Ministerio de Cultura

poco cuidado, que sus rodillas, al pasar del ángulo agudo á la línea recta, dieron á la mesa un fuerte golpe, que la arrojó al suelo con platos y vasos.

—Hombre de Dios...—exclamó Sardina.—Otra vez, cuando se desdoble, ponga más cuidado... Nos ha dejado á medio comer. Ya se ve... para él todo esto del condumio es supérfluo. Yo creo que mi jefe de Estado Mayor se alimenta con paja y cebada. Maldito sea él y sus cuatro patas.

Mosen Antón se había retirado sin oir más razones, y Sardina y los que le acompañábamos emprendimos también la marcha.

Mi inmediato jefe, hombre bondadosísimo y de excelente corazón, como habrán observado mis lectores, habíase aficionado á mi compañía y trato, y me distinguía y obsequiaba tanto que me proporcionó un caballo para que á todas horas fuese á su lado. Sus bondades conmigo eran tales que me recomendaba al Empecinado con desmedido interés, y hacía de mí delante del general elogios tan inmerecidos, que sin duda debí á su mediación los grados que obtuve después de aquella campaña.

Cuando nos pusimos de nuevo en marcha me dijo señalando á mosen Antón, que iba á regular distancia de nosotros:

—Este clerigote es oro como militar; pero como hombre no vale una pieza de cobre. Parece mentira que Dios haya puesto en un alma cualidades tan eminentes y defectos tan enormes. No dudo en afirmar que es el primer estratégico del siglo. En valor personal no hay que poner á su lado á Hernan-Cortés, al Cid ni á otros niños de teta. Pero en mosen Antón la envidia es colosal, como todo lo de este hombre, cuerpo y alma. Su orgullo no es inferior á su envidia, y ambas pasiones igualan las inconmensurables dimensiones de su genio militar tan grande como el de Bonaparte.

Contesté á Sardina que ya había formado yo del citado personaje juicio parecido, é indiqué también mis observaciones respecto á los síntomas de discordia que había notado en la gente menuda de la partida, á lo cual repuso:

—Esa mala yerba de las murmuraciones, de los disgustos y desconfianzas hánlas sembrado Trijueque y D. Saturnino, que también es hombre díscolo, aunque muy valiente.

Llegóse á nosotros el Sr. Viriato rogando al jefe que le permitiera catar de un repuesto de aguardiente que detrás conducían en rellenos barriletes dos cantineros, á lo cual le contestó Sardina que avivase el andar y entraría en calor sin acudir á irritativas libaciones.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El estudiantillo le contestó con aquella máxima latina:

Si Aristóteles supiera
aliquid de cantimploris
de seguro no dijera
motus est causa caloris.

Dióle permiso Sardina para echar un trago á él y al Sr. Cid Campeador, y después sonó el guitarrillo que uno de ellos llevaba.

—Estamos rodeados de canalla—me dijo D. Vicente.—Los ejércitos donde ingresa todo el que quiere, tienen ese inconveniente. La canalla, amigo mío, capaz es en ocasiones de grandes cosas; y hasta puede salvar á las Naciones; pero no debe fiarse mucho de ella, ni esperar grandes bienes una vez que le ha pasado el primer impulso, casi siempre generoso. Eso lo estamos viendo aquí. Creo que el gran beneficio producido con la insurrección y valentías de toda esta gente que acaudillamos toca á su fin, porque pasado cierto tiempo ella misma se cansa del bien obrar, de la obediencia, de la disciplina; y asoma la oreja de su rusticidad tras la piel del patriotismo. Gran parte de estos guerrilleros, movidos son de un noble sentimiento de amor á la patria; pero muchos están aquí porque les gusta esta vida vagabunda, aventurera, y donde aparece la fortuna detrás del peligro. Son sóbrios, se alimentan de cualquier manera y no gustan de trabajar. Yo creo que si la guerra durase largo tiempo, costaría mucho obligarles á volver á sus faenas ordinarias. El andar á tiros por montes y breñas es una afición que tienen en la masa de la sangre, y que mamaron con la leche.

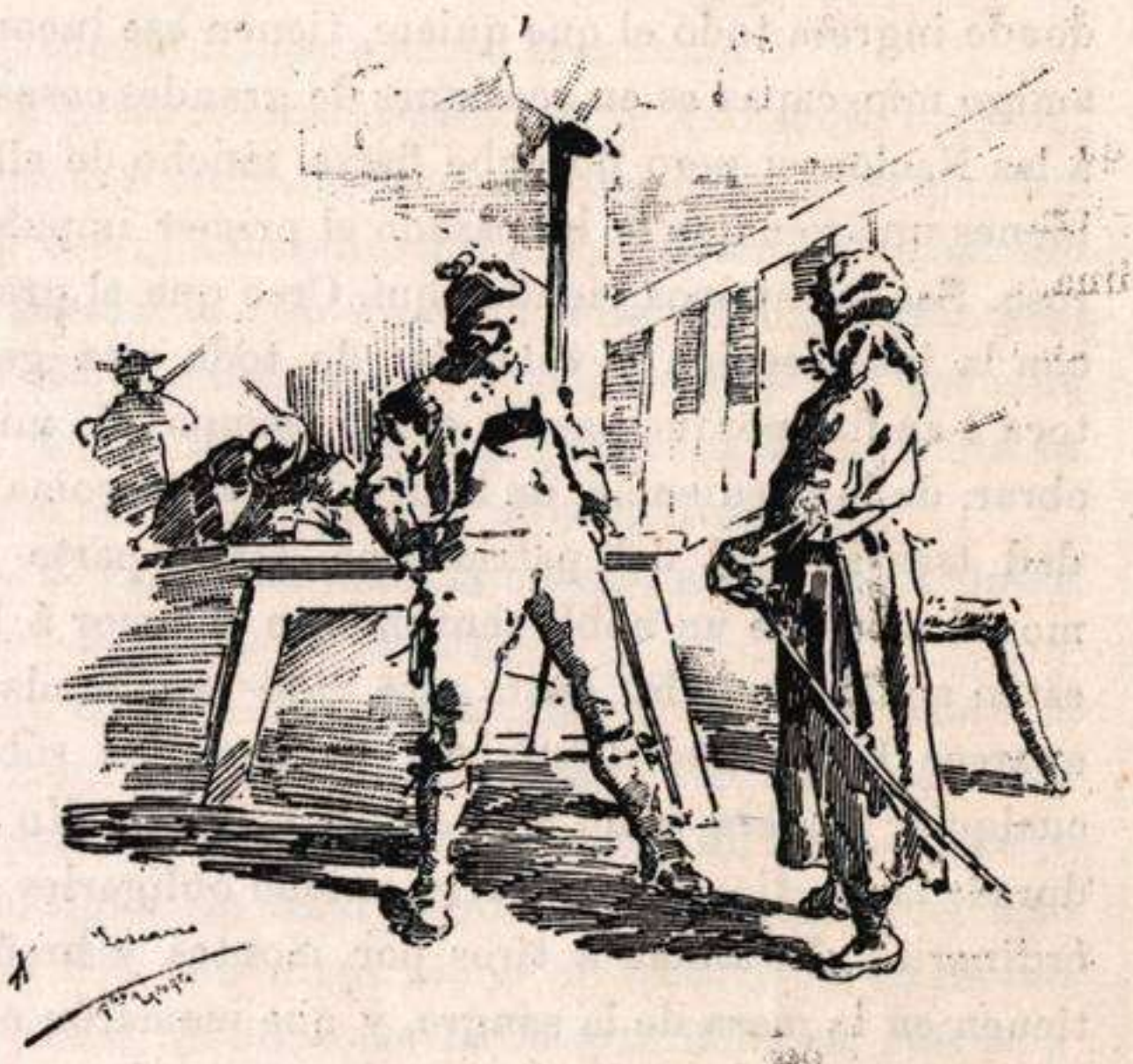
—Tiene usted mucha razón—le respondí,—y estas discordias y rivalidades que van saliendo en la partida, prueban que tales cuerpos de ejército, formados con gente allegadiza, no pueden existir mucho tiempo.

Sardina, conformándose con mi parecer, añadió:

—Por mi parte, deseo que se acabe la guerra. Yo tomé las armas movido por un sentimiento vivísimo de odio á los invasores de la patria. Soy de Valdeaberuelo; dióme el Cielo abundante hacienda; heredé de mis abuelos un nombre, si no retumbante, honrado y respetado en todo el país, y vivía en el seno de una familia modesta, cuidando mis tierras, educando á mis hijos y haciendo todo el bien que en mi mano estaba. Mi anciano padre, retirado del trabajo y atención de la casa por su mucha edad, había puesto todo á mi cuidado. La paz, la felicidad de mi hogar fué turbada por esas hordas de salvajes franceses que en mal hora vinieron á España, y todo concluyó para mí en Julio de 1808, cuando

(c) 2008 Ministerio de Cultura

apoderándose del pueblo... Es el caso que yo volvía muy tranquilo del mercado de Meco, cuando me anunciaron que mi padre había sido asesinado por los gabachos y saqueada mi casa, incendiadas mis paneras... Aquí tiene usted la explicación de mi entrada en la partida. Dijéronme que mi compadre Juan Martín andaba cazando franceses... Cogí mi trabuco y juntéme á él... Hemos organizado entre los dos esta gran partida que ya es un ejército... Hemos dado batallas á los franceses; nos hemos cubierto de gloria... pero ¡ay! él y yo no ambicionamos honores ni grados ni riquezas, y sólo deseamos la paz, la felicidad de la patria, la concordia entre todos los españoles, para que nos sea lícito volver á nuestra labranza y al trabajo honrado y humilde de los campos, que es la mayor y única delicia en la tierra. Otros desean la guerra eterna, porque así cuadra á su natural bullicioso é inquieto, y me temo que éstos sean los más, lo cual me hace creer que aún después de vencidos los franceses, todavía tendremos para un ratito.



—Pues yo—repuse,—aunque no tengo bienes de fortuna ni nombre ni porvenir alguno fuera de la carrera de las armas, siento muy poca afición á este género de existencia, y deseo que se acabe la guerra para pedir mi licencia y buscar la vida por camino más de mi gusto.

—¿Quiere usted hacerse labrador? Yo le daré tierras en arriendo—me dijo con bondad,—perdonándole el cánon por dos ó tres años. ¿Estamos en ello, amiguito?

—Reciba usted un millón de gracias, dadas con el corazón, no con la boca—le dije.—Si alguna vez me hallo en el caso de utilizar, no esa generosidad que es demasiado grande, sino otra más pequeña, no vacilaré en acudir á hombre tan bondadoso.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

D. Juan Martín, luego que entramos en Aragón tuvo á bien modificar el alto personal de su ejército. Encargó á Trijueque el mando del cuerpo que antes estaba á las órdenes de Sardina, y puso á las de Albuín otra división, nombrando al D. Vicente jefe de Estado Mayor general de todo el ejército. De este modo quiso el jefe contentar á todos, principalmente al clérigo, cuya grande iniciativa militar necesitaba en verdad un mando de relativa independencia en que manifestarse. Yo me quedé en el cuartel general entre las tropas que el mismo Empecinado tenía á sus inmediatas órdenes.

Fuimos persiguiendo á los franceses hasta el mismo Daroca. Refugiados allí los restos de la destrozada división de Mazuquelli, dejamos aquella villa á nuestra derecha y marchamos en dirección á la Almunia, también ocupada por el enemigo, y destinada también por D. Juan Martín á padecer un bloqueo riguroso y tal vez un asalto. Hicimos marchas inverosímiles por Villafeliche con objeto de caer de improviso sobre la villa, antes que desde Zaragoza se le enviase auxilio, y nuestra correría fabulosa ponía en gran turbación á los franceses de Aragón que nos suponían en Molina y á los de Guadalajara que nos creían en la sierra desbaratados por Mazuquelli. Éramos como la tempestad que no se sabe donde va á caer, ni es vista sino cuando ya ha caído.

El sitio de la Almunia duró bastantes días y la guarnición tuvo que entregarse, después que derrotamos á la columna enviada desde Zaragoza en socorro de aquella. Los franceses, buenos para una embestida, son la peor gente del mundo para defender plazas, porque carecen de constancia y de aquel tesón admirable que dispone las almas á la resistencia.

Con motivo de la nueva distribución dada á nuestras fuerzas, dejé por algún tiempo de tratar de cerca á mosen Antón, el cual desempeñó un gran papel en la acción del 7 de Noviembre frente á los campos de la Almunia y en la del 20, junto á Maynar. Después de estos acontecimientos nos detuvimos algunos días en Ricla, y cuando el ejército salió á operaciones con intento de atacar á Borja y Alagón, quedó en aquella villa una pequeña fuerza destinada á custodiar los prisioneros.

Comenzaba Diciembre cuando ocurrió un acontecimiento no mencionado por la historia, pero que yo contaré por haber sido de suma trascendencia en el ejército empecinado y de gran influjo en el porvenir de aquellas rudas partidas de campesinos. Habiendo dispuesto el general el sitio de Borja, envió allá á Orejitas por Tabuenca, mientras Albuín se situaba en Matanquilla observando los movimientos de las tropas enemigas que vinieran de Calatayud. D. Juan Martín, que se hallaba

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sólo con algunas fuerzas en Alfamen, mandó que viniera á unírsele mosen Antón.

Por no acudir á tiempo el maldito clérigo, nos vimos en gran aprieto con la embestida inesperada que nos dieron los lanceros polacos, y á fé que si entonces no hubo milagro, poco faltó sin duda. Casi nos sorprendieron, y si nos salvamos y aún vencimos en encuentro tan formidable, fué porque el general, jamás acobardado ni aturdido, tuvo serenidad admirable, y decidiéndose á tomar la ofensiva, dispuso sus escasas fuerzas de modo que pareciese tenerlas muy grandes en el inmediato pueblo. Salvónos la sangre fría primero y después el arrojo sublime de D. Juan Martín, con la práctica de las veteranas y escogidas tropas de caballería que mandaba. Concluida la acción, y cuando se retiraron los polacos, sin que pudiéramos perseguirlos, el héroe estaba furioso, y dijo á Sardina:

—De esto tiene la culpa mosen Antón. Los polacos no nos han frito porque no estaba de Dios. Ya tengo atravesado en el gañote á ese maldito clerigón, y me las ha de pagar todas juntas.

—Mosen Antón—dijo Sardina queriendo disculpar al que había sido su subalterno—tal vez no haya podido acudir á tiempo.

—¿Que no ha podido?... ¡Condenado le vea yo!... Ahora dirá que no sabía. Si mosen Antón estaba en Mesones como le mandé, los polacos debieron pasarle por delante de las narices... Si no estaba ni está en Mesones, ¿porqué no vino? Trijueque me está abrasando las *asauras* y ya no puedo con él... Trijueque ha visto á los polacos y en lugar de correr á auxiliarme se ha ido por otro lado, gozándose con la idea de que me derrotarían... ¡Crie usted cuervos, santo Dios bendito!... Há tiempo que estoy viendo en la envidia de ese renegado un peligro para este ejército; pero he aguantado por el decir, porque no digan... pues... pero ya se acabó el aguante... ¡Mil demonios! De mí no se ríe nadie.

Acabóse de poner al día siguiente D. Juan Martín en punta de caramelo con la llegada de un emisario de Orejitas, que anunciaba haber levantado el sitio de Borja, ante la presencia de una fuerte columna enemiga. El guerrillero echaba la culpa de esta contrariedad á mosen Antón que en vez de unírsele, había tomado la dirección de Tabuenca, sin que nadie supiese con qué fin.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

X

DÁBASE á todos los demonios el general en jefe, cuando llegó otro correo de D. Saturnino Albuín, diciendo que juntos éste y mosen Antón Trijueque habían ganado una gran victoria en Calcena, matando setenta franceses.

—Váyase lo uno por lo otro—dijo el Empecinado.—Ya sabía yo que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

la mano derecha de D. Saturnino había de dar algún porrazo bueno por ahí... Pero se ha levantado el sitio de Borja y eso no me gusta. Señor D. Vicente, entre Albuín y Trijueque se proponen hacerme pasar por un monigote... Que ganen batallas enhorabuena, pero sin echarme abajo mis planes; porque yo tengo mis planes, y mis planes son atacar á Borja, y después á Alagón, para obligarles á que saquen tropas de Zaragoza... Pero vamos, vamos á Calcena á ver qué victoria ha sido esa. Esos dos guerrilleros de Barrabás merecen al mismo tiempo que se les haga generales por su bravura y se les den cincuenta palos por su desobediencia. En marcha.

Al llegar á Calcena, después de medio día de marcha, advertí que el general era recibido por la tropa con alguna frialdad. Parte del pueblo ardía y los desgraciados habitantes, más cariñosos con D. Juan Martín que su misma tropa, salían al encuentro de éste, suplicándole pusiese fin al incendio y al saqueo. Una mujer furiosa adelantóse por entre los caballos y deteniendo enérgicamente por la brida el del general, exclamó más bien rugiendo que hablando:

—¡Juan Martín, justicia! ¿Te has alzado en armas contra España ó contra Francia?

—¿Es señá Soleá?... ¿La misma? La amiga de mi mujer... ¿Señá Soleá, que le pasa á usted?

—Juanillo, Juanillo, ¿mandas soldados ó bandoleros? ¡Malos rayos del Cielo te partan! Nos saquearon los franceses anoche, y esta mañana nos han saqueado los tuyos... ¿Qué cuadrillas de tigres carniceros son estas que traes contigo?

—Veré lo que pasa—dijo el general frunciendo el ceño.

—Juanillo, después que eres general, ya no se te puede hablar de tú—añadió la mujer, cuya fisonomía revelaba el mayor espanto.—Yo te conocí guardando los guarros de tu padre el tío Juan... yo conocí á la señá Lucía Díez, tu madre... Si no nos haces justicia, iremos á decirle á Doña Catalinita Fuente que eres un asesino... Juanillo, esta mañana han fusilado á mi marido porque no les quiso dar unos pocos pesos duros que teníamos envueltos en un pañuelo.

Oyóse una fuerte detonación.

—Trijueque está haciendo de las suyas—exclamó el Empecinado.

—No es nada, señores—dijo Santurrias, que con su niño en brazos apareció, mostrándonos su abominable sonrisa.—Es que están fusilando á los pícaros franceses prisioneros, que nos hicieron fuego desde la casa del alcalde.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El vecindario clamaba á grito herido. D. Juan Martín, haciendo valer al instante su autoridad, penetró en la plaza, entró en la casa del Ayuntamiento é hizo llamar á su presencia á los dos cabecillas Albuín y Trijueque. No tardó éste en presentarse. Su rostro ennegrecido por la pólvora, era el rostro de un verdadero demonio. El júbilo del triunfo mostrábase en él con una inquietud de cuerpo y un temblor de voz que le hubieran hecho risible si no fuera espantoso. Sin aguardar á que el general hablase, tomó él la palabra y atropelladamente dijo:

—¡He derrotado á mil quinientos franceses con sólo ochocientos hombres!... ¡Bonito día! ¡Viva Fernando VII!... He cogido cuatrocientos prisioneros... ¿para qué se quieren prisioneros?... Cuatrocientas bocas... lo mejor es *pim, plum plam*, y todo se acabó... Demonios al infierno.

Hacía ademán de llevarse el trabuco á la cara y cerraba el ojo izquierdo haciendo con el derecho imaginaria puntería.

—Celebro la victoria—dijo con calma D. Juan;—pero ¿por qué abandonaste á Orejitas?

—¡Oh!—exclamó con diabólica sonrisa el guerrillero,—ya sé que no doy gusto á los señores... Ya sabía que mi conducta no sería de tu agrado, Juan Martín... Mosen Antón Trijueque es un tonto, un loco, y no puede hacer más que desatinos... He ganado una batalla, la más importante batalla de esta campaña; pero ¿esto que vale?... Es preciso anonadar y oscurecer á mosen Antón.

—¡Lo que vale y lo que no vale harto lo sé—repuso el Empecinado alzando la voz.—Respóndeme, ¿por qué no fuiste á ayudar á Orejitas? De mí no se ríe nadie (y soltó redondo un atroz juramento), y aquí no se ha de hacer sino lo que yo mando.

—Pues bien—dijo mosen Antón, haciendo con los brazos gestos más propios de molino de viento que de hombre,—abandoné á Orejitas, porque el sitio de Borja me pareció un disparate, una barbaridad que no se le ocurre ni á un recluta... Cuidado que es bonita estrategia... ¡Sitiar á Borja, cuando los franceses andan otra vez por Calatayud! Perdone Su Majestad el gran Empecinado—añadió con abrumadora ironía;—pero yo no hago disparates, ni me presto á planes ridículos.

—¿*Redículos*, llama *redí ulos* á mis planes?—exclamó D. Juan fuera de sí.—No esperaba tal coz de un hombre á quien saqué de la nada de su iglesia, para hacerle coronel. ¡Coronel, señores!... un hombre que no era más que cura... Trijueque—añadió amenazándole con los puños,—de mí no se ríe ningún nacido y ménos un harto de paja y cebada como tú.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Mosen Antón púsose delante de su jefe y amigo; desgarró con sus crispadas manos la sotana que le cubría el pecho, y abriendo enormemente los ojos ahuecando la temerosa voz, dijo:

—Juan Martín, aquí está mi pecho. Mándame fusilar, mándame fusilar porque he ganado una gran batalla sin consentimiento tuyo. Te he desobedecido porque me ha dado la gana, ¿lo oyes? porque sirvo á España y á Fernando VII, no á los franceses ni al Rey Botellas. Manda que me fusilen, ahora mismo, prontito, Juan Martín. ¿Crees que temo la muerte? Yo no temo la muerte, ni cien muertes; ¡me reviento en Judas! Yo no soy general de alfeñique, yo no quiero cruces, ni entorchados, ni bandas. El corazón guerrero de Trijueque no quiere más que gloria y la muerte por España.

—Mosen Antón—dijo Juan Martín—tus bravatas y baladronadas me hacen reir. *Semos* amigos y como amigo te sentaré la mano, por haberme desobedecido. Además, ¿no tengo mandado que no se hagan carnicerías en los pueblos?...

—Este pueblo dió raciones á los franceses y no nos las quería dar á nosotros. Los calceneros son afrancesados.

—Eres una *jiena* salvaje, Trijueque—dijo cada vez más colérico.—Por tí nos aborrecen en los pueblos, y concluirán por alegrarse cuando entren los franceses.

—He fusilado á unos cuantos pillos afrancesados—repuso mosen

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Antón.—También hice mal, ¿no es verdad? Si este clerigo no puede hacer nada bueno. Juan Martín, fusílame por haber ganado una batalla sin tu consentimiento... Es mucha desobediencia la mía... Soy un pícaro... Pon un oficio á Cádiz diciendo que mosen Antón está bueno para furriel y nada más...

—¡Silencio!—exclamó de súbito con exaltado coraje el Empecinado, sin fuerzas ya para conservar la serenidad ante la insolencia de su subalterno.

Y sacando el sable con amenazadora resolución amenazó á Trijueque repitiendo:

—¡Silencio, ó aquí mismo te tiendo, canalla, deslenguado, embustero ¿Crees que soy envidioso como tú y que me muerdo las uñas cuando un compañero gana una batalla? Aquí mando yo, y tú, como los demás, bajarás la cabeza.

Mosen Antón calló, y sus ojos despidieron destellos de ira. Púsose verde, apretó los puños, pegó al cuerpo las volanderas extremidades, agachóse, apoyando la barba en el pecho, y de su garganta salió el ronquido de las fieras vencidas por la superioridad abrumadora del hombre. La autoridad de Juan Martín, el tradicional respeto que no se había extinguido en su alma, la presencia de los demás jefes, y sobre todo la actitud terrible del general, pesaron sobre él humillando su orgullo. El Empecinado envainó gallardamente el sable y acercándose á Trijueque asió la solapa de su sotana ú hopalanda, y sacudióle con fuerza.

—Á mí no se me amedrenta con palabras huecas ni con ese corpachón de camello. Harás lo que yo ordeno, pues soy hombre que manda dar cincuenta palos á un coronel. El que me quiera amigo, amigo me tendrá; el que me quiera jefe, jefe me tendrá, y no vengas aquí, jamelgo, con la pamema de que te fusilen. Yo no fusilo sino á los cobardes, ¿entiendes? Á los valientes como tú, que no saben cumplir su obligación ni obedecen lo que mando, no les arreglo con balas, sino á bofetada limpia, ¿entiendes? á bofetada limpia... Como me faltes al respeto, yo no andaré con pamplinas ni gatuperios de oficios y órdenes, sino te rompo á puñetazos esa cara de caballo... ¿estás?... Vamos, cada uno á su puesto. Se acabaron los fusilamientos. Celebraremos la batalla con una merienda, si hay de qué, y aquí no manda nadie más que yo, nadie más que yo.

Salió de la estancia mosen Antón cuando ya empezaba á oscurecer. La expresión de su cara no se distinguía bien.

D. Juan Martín salió también á recorrer el pueblo, que ofrecía el más horroroso aspecto, después del doble saqueo. En las calles veíanse

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hacinadas ropas y objetos de mediano valor que los soldados habían arrojado por las ventanas; los cofres, las arcas abiertas obstruían las puertas, y las familias desoladas recogían sus efectos ó buscaban con afanosa inquietud á los niños perdidos. La plaza estaba llena de cadáveres, la mayor parte franceses, algunos españoles, y por todas partes abundaban sangrientas y tristísimas señales de la infernal mano del más cruel é inhumano de los guerrilleros de entonces. Por todas partes encontrábamos gentes llorosas que nos miraban con espanto y huían al vernos cerca. La tropa ocupaba el pueblo, y los cantos de algunos soldados ebrios hacían erizar los cabellos de horror. Persistían otros en cometer tropelías en la persona y hacienda de aquellos infelices habitantes y nos costó gran trabajo contenerlos.

De vuelta á la casa del Ayuntamiento, comimos con mayor regalo del que esperábamos: verdad es que los soldados de la división de Trijueque no habían dejado en las casas del pueblo ni un mendrugo de pan, ni una gallina, ni un chorizo, ni una fruta seca de las muchas y excelentes con cuya conservación se envanecía Calcena. La comida fué, sin embargo, triste. El general estaba pensativo, y Sardina, Albuín, que acababa de entrar, Orejitas y los ayudantes y amigos y protegidos de unos y otros, que les acompañábamos á la mesa, no decíamos una palabra. Aunque guerreros, todos estaban conmovidos, y el fúnebre clamor de la pobre villa asolada se repetía en nuestros corazones con ecos lastimeros.

Un hombre se presentó en la sala. Era alto, enjuto, moreno, amarillento, de pelo entrecano y erizado como el de un cepillo; con los ojos saltones y vivarachos, fisonomía muy expresiva y continente grave y caballeroso, cual frecuentemente se nota en campesinos aragoneses. Al entrar buscó con la mirada una cara entre todas las caras presentes, y hallando al fin la del Empecinado, que era sin duda la que buscaba, dijo así:

—Ya te veo, Juanillo Martín. Cuesta trabajo encontrar la cara de un amigo debajo de la pompa y vaniá de un señor general como tú. ¿No me conoces?

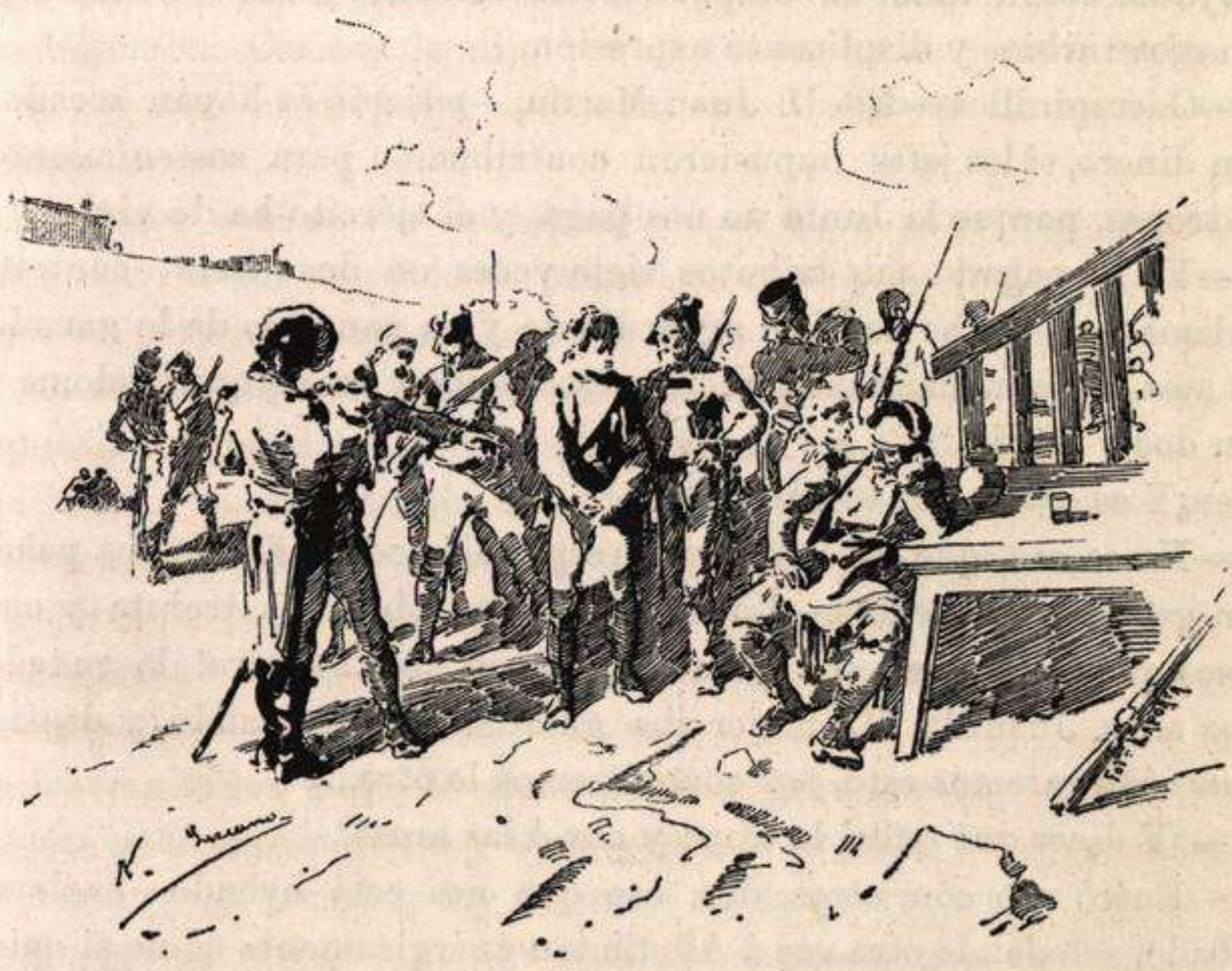
—No á fé—respondió D. Juan examinándole.

—No es fácil—añadió éste con desdén.—No es fácil que un señor general conozca al tío Garrapinillos, que le llevaba en su mula desde Castrillo á Fuentecen y le compraba rosquetes en la venta del camino.

—¡Tío Garrapinillos de mi alma!—exclamó el general extendiendo los brazos hacia el campesino.—¿Quién te había de conocer hecho un hom-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

bre grave? Ven acá, amigo. Yo para tí no soy otro que Juanillo el hijo de la señá Luciita. ¿Te acuerdas de cuando llevabas los títeres á la feria de Castrillo? ¿Y la mona que te ayudaba á ganar la vida?... Cuando era niño, yo te tenía por el primer personaje de España después del Rey, y si yo hubiera tenido entonces en mi mano las Indias con todos sus



Perules, los habria dado por los títeres y la mona. Pero siéntate y toma un bocado.

—No quiero comer—repuso Garrapinillos con dignidad.—Ya no hay nada de títeres ni de mona... Me establecí en este pueblo... puse un bodegoncillo, y con él mi familia y yo ibamos matando la hambre.

—¿Qué familia tienes?

—Mujer y siete chiquillos. El mayor no llega á los diez años.

—¡Hombre te comerán vivo!

Garrapinillos exhaló un suspiro, y luego mirando al Cielo dijo:

—Juan Martín, ¿no sabes á qué vengo?

—No, si no me lo dices.

—Pues vengo á que me devuelvas lo que me han robado—exclamó con violenta cólera el campesino, cerrando los puños y jurando y votando.—Si no, tú y todos los tuyos se las verán conmigo, pues yo soy un hombre que sabe defender el pan de sus hijos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Qué te han robado, Garrapinillos, y quién ha sido el ladrón?

—El ladrón—dijo el labriego, señalando con enérgico ademán á D. Saturnino Albuín,—es ese.

El Manco, que á consecuencia del mucho comer y de las copiosas libaciones dormitaba con la cabeza oculta entre los brazos y éstos apoyados sobre la mesa, despabilóse al instante y miró á su acusador con ojos turbios y displicente expresión.

—Garrapinillos—dijo D. Juan Martín,—*pué* que te hayan sacado algún dinero, si los jefes impusieron contribución para sostenimiento de las tropas, porque la Junta no nos paga, y el ejército ha de vivir.

—Yo he pagado mis tributos siete veces en dos meses—contestó el reclamante;—yo he dado en aguardiente y en pan más de lo ganado en un mes. Esta mañana me pidieron doce pesos y los dí, quedándome sólo con dos y medio.

—¿Y es eso lo que te han robado?

—No es eso, que es otra cosa—respondió acompañando sus palabras con gestos vehementes.—Lo que me han robado es treinta y cuatro pesos que mi mujer tenía guardados en su arca... ¡porra! lo ganado en diez años, Juanillo. Mi mujer iba guardando, guardando, y decíamos: "*pus* compraremos esto, *pus* compraremos lo otro...„

—¿Y dices que entró la tropa y abrió las arcas?

—Entró ese con otros dos, ese que nos está oyendo—exclamó el robado, señalando otra vez á Albuín tan enérgicamente como si quisiera atravesarlo de parte á parte con su dedo índice,—¡ese tunante que no tiene más que una mano!

Albuín después que á satisfacción observara á su acusador, se descoyuntó las quijadas en un largo bostezo, y volviendo á cruzar los brazos sobre la mesa, reclinó de nuevo sobre ellos la cabeza, creyendo sin duda que los gritos de aquel desgraciado no debían turbar las delicias de su modorra. El mirar turbio, el largo bostezo, el hundir la cabeza, le dieron apariencias de un perro soñoliento á quien la persona mordida insultara desde lejos sin poder hacerle comprender el lenguaje humano.

—Garrapinillos—dijo D. Juan Martín,—no se habla de ese modo de un coronel. Este señor es el valiente D. Saturnino Albuín de quien habrás oido hablar. Su mano derecha es el terror de los franceses. Napoleón daría la mitad de su corona imperial por poderla cortar.

—Y también los españoles—dijo el agraviado.—Que me devuelva mis treinta y cuatro pesos y le dejaré en paz. Si no, general Juanillo,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

te juro que lo mato, lo ensarto, lo vacío, lo desmondongo... Á buen seguro que si yo hubiera estado en casa... Yo había salido á la calle en busca de dos de los chicos que se salieron á ver fusilar franceses... Cuando volví, mi mujer me contó que ese señor general... (general será como mi abuelo)... que ese señor Manco había entrado en casa pidiendo dinero; que había amenazado con fusilar hasta el gato, si no se lo daban; que había roto las arcas, los cofres y vaciado la lana de los colchones para buscarlo... Casiana le dijo que no tenían nada; pero él busca que busca, dió con el calcetín... ¡Oh, ánimas benditas!... lo vació, contó el dinero...

Al llegar aquí el tío Garrapinillos, en cuya alma una extremada sensibilidad había sucedido al primitivo coraje, no pudo contener sus lágrimas; pero luego conociendo sin duda que tales manifestaciones de un corazón lacerado no eran propias del caso, se las limpió como quien se quita telarañas del rostro, y ahuecando la voz habló así:

—Señor general Juanillo Martín, yo le digo á tu vuecencia que le mato como se mata á un perro, aunque sé que la tropa se echará sobre Garrapinillos para fusilarle, y Casiana se quedará viuda y mis siete hijos huérfanos... Pero le mato, si no me da los treinta y cuatro pesos que son toda mi hacienda.

—Garrapinillos—dijo D. Juan Martín gravemente,—en la guerra ocurren estas marimorenas y tiene que haber mucho de esto que parece latrocinio y no es sino la ley *nesorable* de la guerra, como dijo el otro. Es preciso sacrificarse por la patria y dar cada uno su *óbalo*... Este pueblo dicen que agasaja al francés... Malo, malo... pero en fin, tío Garrapinillos, de mi bolsillo particular te doy los treinta y cuatro pesos.

Diciéndolo, el Empecinado echóse mano á la faltriquera y sacó... una peseta.

—Yo creí qua tenía más—dijo contrariado.—¡Eh! Sr. Sardina, señor intendente del ejército...

Antes que esto fuera dicho, D. Vicente me había mandado que del cinto lleno de oro, que por encargo suyo llevaba, sacase dos onzas. Hícelo así, y con dos duros que Sardina aprestó, completóse la suma, que fué entregada á Garrapinillos.

—Gracias, Juan Martín—dijo éste guardándose su dinero.—Ya sabía yo que eras un caballero. Voy á hacer correr por el pueblo la voz de que tú devuelves lo robado, para que vengan el tío Pedro, el tío Somorjujo, la tía Nicolasa y D. Norberto, que entre todos lo ménos han dado un *óbalo* de mil pesos, como podrá atestiguar la mano derecha del

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que duerme... Con Dios, señores. Saben que les quiere el tío Garrapinillos, que vive en la esquina de la calle de la Landre, para lo que gusten mandar... Vivan mil años estos valientes generales, y viva Fernando VII... Y tú, Juanillo, deja mandado, si es que te vas... ójala no parezcais más por aquí. Sabes que te quiero... Casiana siente no poder venir á besarte las manos... Está embarazada de ocho meses... Adios... ¿Se marcha la tropa esta noche? Dios la lleve... Me voy á abrir la tienda á ver si se gana alguna cosa.

Salió Garrapinillos y poco después Orejitas y otros jefes. El Empecinado mandó traer luces, y cuando las indecisas claridades de un velón iluminaron á medias la estancia, encendió un cigarro y dijo:

—Sr. Sardina, jefe de Estado Mayor general y también intendente de este real ejército, vamos á recoger los fondos recaudados.

—Que me entreguen lo que se ha recogido en Calcena—repuso D. Vicente,—y yo diré lo que se puede enviar á la Junta y lo que ha de quedarse en la caja del ejército para sus necesidades. Araceli, tome usted la pluma y apunte en ese papel lo que yo le diga.

Nos quedamos solos el general en jefe, D. Vicente Sardina, dos oficiales que escribíamos y Albuín que seguía dormitando en la actitud antes descrita.

—¡Eh! Sr. Manco—dijo D. Juan Martín dejando caer la pesada mano sobre el hombro del durmiente,—despierte usted.

Viriato.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XI

NCORPORÓSE D. Saturnino y después de restregarse perezosamente los párpados, vimos brillar sus ojos parduscos, en cuya pupila reverberaba con punto verdoso la macilenta luz de la lámpara.

—Si yo llego á descuidarme y no tomo las primeras casas del pueblo —dijo el Manco,—los franceses hubieran... Mosen Antón se metió por medio del batallón de ligeros, abrió en dos al comandante...

—Á ver, venga ese dinero—dijo el Empecinado cortando la relación de la batalla.

—¿Qué dinero?—preguntó Albuín despertando completamente, pues hasta entonces lo había hecho á medias.

—El dinero que se ha recogido por buenas y por malas—dijo imperiosamente D. Juan.

Albuín se inmutó un poco y sus ojos se animaron con pasajero rayo. El observador, ilusionado por el aspecto de zorra de aquel singular rostro, hasta creía verle mover las orejas picudas y aguzar el negro y húmedo hociquillo.

—El capitan Recuenco tiene los fondos recaudados—repuso después de breve pausa, disponiéndose á tomar en un banco de los próximos á la pared posición más holgada para dormir.

—Que venga Recuenco.

Vino el capitan á quien se llamaba, hombre puntual y honrado, según advertí en varias ocasiones, el cual dijo:

—Tengo ochenta y tres pesos en distintas monedas. Esto me han

(c) 2008 Ministerio de Cultura

entregado y esto entrego. Lo que se ha cogido en el saqueo los soldados lo tendrán ó mosen Antón y D. Saturnino.

El capitan Recuenco dejó sobre la mesa un bolsón con ochenta y tres pesos, que anoté en el cuaderno, y se retiró llevando el encargo de hacer comparecer á Trijueque. Presentóse éste de muy mal talante, y antes que el general le interpelara, expresóse rudamente de esta manera:

—Ya sé para qué me quieres. Para pedirme dinero. Ya sabes que mosen Antón no lleva un cuarto sobre sí. Aquí están mis bolsillos, más limpios que la patena de la Santa Misa.

Y mostró vacías y al revés las dos mugrientas fraltriqueras cosidas á sus calzones.

—Pero si es preciso—añadió—que todos contribuyamos á los regalos del cuartel general, ahí va mi reloj, que es lo único que posee el pobre Trijueque.

Puso sobre la mesa una rodaja de plata que solía marcar la hora.

—Yo no quiero tu reloj, Trijueque—dijo D. Juan Martín devolviendo la cebolleta con enfado.—Maldito *caraiter* el de este clérigo. No dice una palabra sin soltar una coz. Quiero el dinero que se ha cogido en el saqueo. ¿Le tienes ó no?

—¿También es preciso que Trijueque pase por ladrón?...—repuso el clérigo.—Bueno... ponlo en el oficio. Más pasó Jesucristo por nosotros. Yo no tengo dinero. ¿No sabes que cuando cobro alguna paga la doy á los soldados? ¿No sabes que no me pára un ochavo en los bolsillos porque en seguida lo doy al que me lo pide? ¿Á qué vienen estas pamemas, Juan Martín?

—Sé que eres desprendido y liberal—dijo el Empecinado en el tono de quien se propone tener paciencia.—Me basta con que tú digas que no tienes nada. Estoy satisfecho. No te ofrezco dinero porque no lo tomarías, Trijueque; pero esas botas necesitan medias suelas. Necesitas un buen capote para abrigarte... D. Vicente, encárguese usted de que mosen Antón no vaya descalzo y desabrigado.

—Gracias—dijo el clérigo.—No soy hombre melindroso. Con lo que se gaste en mi persona puedes tú comprar pomadas para el pelo, plumas para el sombrero y galoncillos para el uniforme. Mosen Antón Trijueque no necesita perifollos, y desprecia el dinero. Sabe ganarlo para los demás.

Retiróse sin decir más, y el general, que ya iba á contestarle con cólera, se rascó con entrambas manos la cabeza, haciendo muecas que revelaban penosas indecisiones en su espíritu. Después nos dijo:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Trijueque y yo hemos de reñir para siempre algún día... Vaya, apúntenme los ochenta y tres pesos... Mucho más ha de salir... Yo pongo mi mano en el fuego por mosen Antón. Revolverá el mundo por envidia; pero no se ensuciará las manos con un ochavo... ¡Eh, D. Saturnino de mil demonios, despierte usted!

Albuín, que sin duda fingía dormir, abrió los ojos.

—Prontito, venga ese dinero—le dijo el general sin mirarle.

—¡Ah!—exclamó el Manco, en el tono de quien recuerda alguna cosa.—¿El dinero? Ya. ¿No dije que tenía mil trescientos y pico de reales? Aquí los llevo.

Diciendo esto, puso sobre la mesa un paquete en que había monedas de distintas clases en plata y oro.

—Algo más será—dijo el Empecinado.—Sé que usted se apoderó de los fondos del Noveno y el Excusado, de los diezmos y de lo que el alcalde había recaudado para entregarlo á la Junta, y también oí que los frailes de la Merced se habían dejado quitar algunos miles.

—Si el general hace caso de lo que digan las malas lenguas del pueblo...

—Albuín, no quiero *retólicas*... Venga ese dinero y pongamos punto final—repuso D. Juan con energía.

—Dale con el dinero. ¡Se me deben diez y ocho pagas, diez y ocho pagas, y no tengo calzones!

—Poca conversación—añadió enfadándose por grados D. Juan Martín.—Ya hablaremos de las pagas. D. Saturnino, déme usted esa culebrilla que lleva á la cintura. Si no, nos veremos las caras. Esto no lo digo como general. Nos veremos de hombre á hombre... pues... de mí no se ríe usted. Así amanso yo á mi gente. Aquí no se fusila á nadie, ni se ponen castigos de ordenanza. Albuín, ya usted me conoce... *Gomite* usted el dinero. Acuérdese de aquella ocasión en que no queriendo usted hacer lo que yo le mandaba, le dí tal pezco, que rodó por el suelo hecho un ovillo.

—Juan Martín—repuso el Manco poniéndose pálido,—siempre he obedecido y respetado á mi jefe; he servido á sus órdenes con entusiasmo, y le estimo y le quiero. Hoy mi jefe no tiene confianza en mí. Bueno, yo le digo que me mande fusilar al instante, porque no me da la gana de darle el dinero que me pide y que efectivamente tengo.

—¿Volvemos á la bromita de mosen Antón?—dijo D. Juan Martin.—No me lo digan mucho, porque ya me van cargando los valentones; y aunque me quede sin héroes en la partida, haré un escarmiento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues yo digo que hasta aquí llegó la paciencia—afirmó Albuín poniéndose lívido y retando con la mirada al general.—No aguanto más; no doy dinero, ni sirvo más en la partida. Ea...

Levantóse de su asiento D. Juan Martín como si una explosión le sacudiera, rompiendo el sillón, y volcando la mesa.

—¡Pues también se me acaba la paciencia!—exclamó con furia.—Usted aguantará, usted dará el dinero, y usted no saldrá de la partida.

—Veamos cómo ha de ser eso, no queriendo yo—dijo el Manco, poniéndose en la actitud del carnívoro que espera el ataque de la fiera más poderosa.

—¡Albuín, Albuín!—gritó con tremendo alarido D. Juan, dando tan fuerte patada, que piso, paredes, techo y todo el edificio se extremecieron.—Es la primera vez que un subalterno se revuelve contra mí de esa manera; y no lo pasaré, no lo pasaré.

El Manco entonces llevóse la derecha mano precipitadamente al cinto y exhaló un rugido de desesperación. No tenía sable. Se lo había quitado antes de comer, arrojándolo en un rincón.

—Le hace falta á usted un sable, ahí va el mío—dijo D. Juan Martín arrojando el acero desnudo ante los piés del guerrillero.—Defiéndase usted ¡voto al Demonio! porque le voy á amarrar los brazos con esta cuerda para llevarle preso al sótano.

Estábamos todos los presentes mudos y aterrados y no nos atrevíamos á intervenir en la dramática escena. Con presteza suma D. Juan tomó una soga que cerca había y se dirigió hacia su subalterno diciendo:

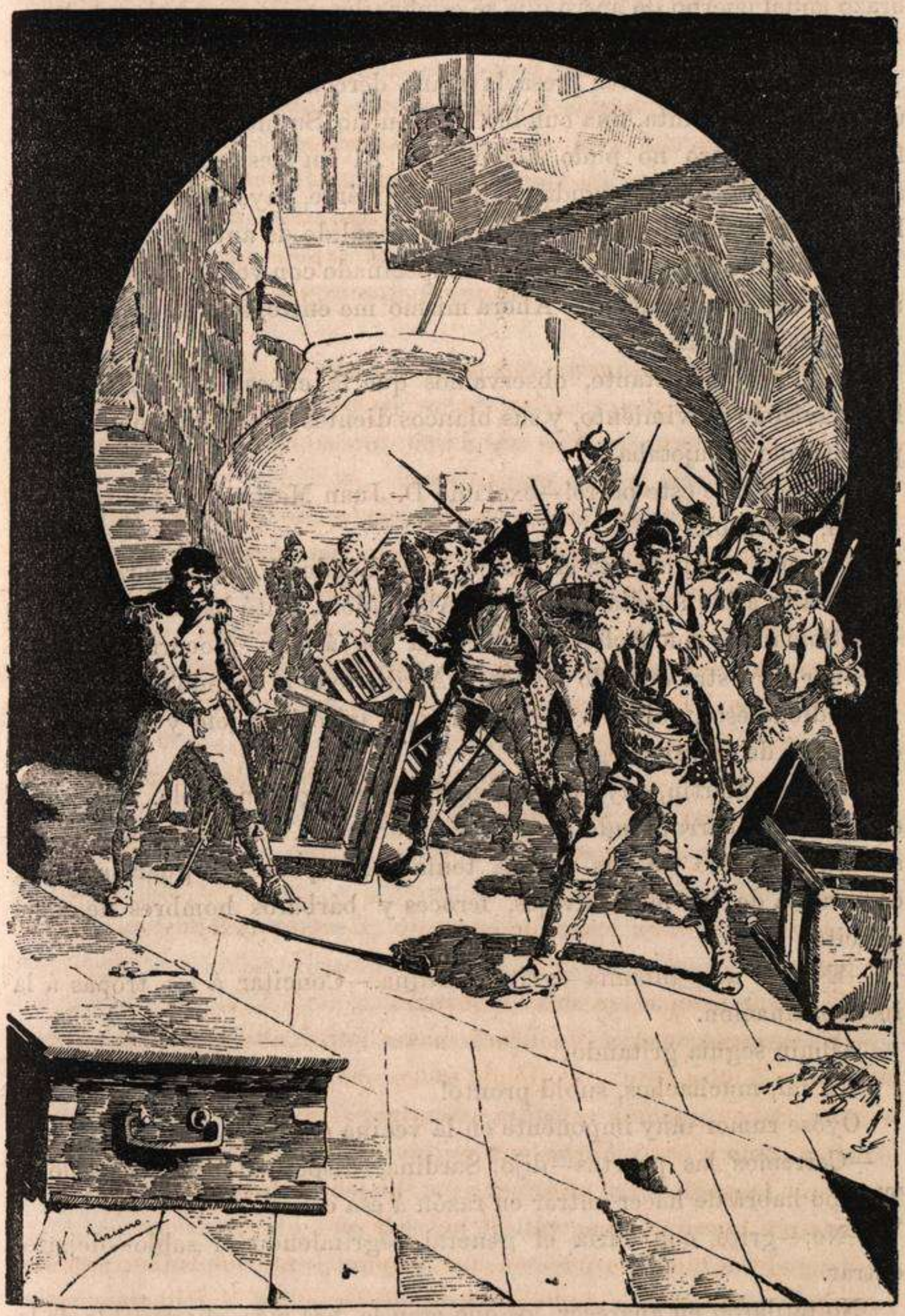
—Dése usted preso, señor deslenguado. ¡Recuerno! Estoy cansado de ser bueno.

El Manco haciéndose atrás, exclamó:

—No necesito cuerda. Me dejaré matar antes que consentir que me aten como á un ladrón... ¿Á dónde tengo que ir? ¿Al sótano? No me da la gana. Señor general—añadió, recogiendo el arma del suelo—tome usted su sable y atraviéseme con él, porque Albuín no se deja atar la mano que le queda... Iré preso; que me fusilen al instante, y entonces si quieren mi dinero lo recogerán de mi cadáver.

No pudo seguir, porque con una rapidez, una seguridad, una destreza extraordinaria, la mano poderosa de D. Juan Martín asió con el vigor de férrea tenaza la extremidad del Manco, el cual bruscamente cogido, forcejeó, se retorció, se doblegó, dió un terrible grito, agitando el impotente muñón de su extremidad izquierda.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



(c) 2008 Ministerio de Cultura

—De rodillas—vociferó el general, sacudiendo con su membrudo brazo aquel cuerpo de acero que se cimbreaba como una hoja toledana. —¡De rodillas delante del Empecinado!

D. Saturnino, una vez presa la mano derecha, era hombre perdido, una espada sin punta, una culebra sin veneno. Su muñón hizo esfuerzos formidables; pero no pudo defenderle. Al fin después de repetidos arqueos y dobleces, las agudas rodillas del héroe, cayendo con violencia, hicieron extremecer el suelo. Se oía un resoplido de animal vencido.

—Miserable ladrón—exclamó el Empecinado con voz indecisa y ronca á causa del gran esfuerzo.—Ahora mismo me entregarás lo que te pido, ó pereces á mis manos.

En el propio instante, observamos que la cabeza de D. Saturnino hizo vivísimo movimiento, y sus blancos dientes se clavaron en la mano potente que le sujetaba.

—¡Me muerde este perro!—exclamó D. Juan Martín con súbito dolor. —¡Ah, miserable!

Forcejeó segunda vez el Manco y pudiendo al fin desasirse, corrió de un salto á la inmediata ventana. Abriéndola, gritó hacia afuera:

—¡Soldados, muchachos, amigos... á mí, á mí!... ¡Socorro! Quieren asesinar á vuestro querido Manco... ¡Arriba todo el mundo!

Y dicho esto, volvióse hacia dentro, y miró á su jefe y á todos con expresión de salvaje alegría.

D. Juan Martín, cuya mano sangraba, recogió su sable. Todos nos apercibimos, barruntando algo grave, porque D. Saturnino, además de ser muy querido de sus tropas, tenía una especie de guardia negra, compuesta de los más salvajes, feroces y bárbaros hombres de aquel ejército.

—Esto es una infamia—gritó Sardina.—Concitar á las tropas á la insubordinación.

Albuín seguía gritando:

—¡Á mí, muchachos, subid pronto!

Oyóse rumor muy imponente en la vecina escalera.

—Cerremos las puertas—dijo Sardina, disponiéndose á hacerlo.—Tiempo habrá de hacer entrar en razón á esa canalla.

—No;—gritó con furia el general esgrimiendo el sable—dejarles entrar.

No tardaron en aparecer los que eran la hez más abominable de la partida. Algunos hombres rudos, negros, súcios, de mirada aviesa y continente repulsivo se presentaron en la puerta.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Qué hay?—preguntó el general, mirándoles con terribles ojos.—¿Qué buscais aquí?

—Aquí estamos, señor Manco—dijo uno entrando resueltamente.

Aquel y los demás que eran hasta veinte ó veinticinco, dieron algunos pasos dentro de la sala.

—¡Atrás, atrás todo el mundo!—gritó resueltamente el Empecinado, adelantándose hacia ellos con la majestad del heroismo.

—¿Dejareis que asesinen á vuestro querido Manco?—exclamó en el hueco de la ventana la voz angustiosa de D. Saturnino.

—Mando que se retiren todos—repitió D. Juan Martín,—ó no me queda uno vivo. Soy el general. ¡Al que me desobedezca, le tiendo aquí mismo!... Ea... den un paso si se atreven... que vengan más... Aquí espero... Que venga todo mi ejército á atropellar á su general... Aquí me teneis, cobardes... bandidos... Venid... que venga más gente... Somos cuatro... Matadnos... pisar el cadáver de vuestro general.

Una voz horrible clamó en la escalera.

—¡Viva D. Saturnino el Manco!

Dos de los que habían entrado, adelantáronse lanzando votos y juramentos hacia D. Juan Martín. Pero éste con empuje vigoroso descargó sobre la cabeza de uno de ellos tan fuerte sablazo, que le abrió á cercen la cabeza.

El soldado cayó al suelo muerto.

Arrojámonos los tres en auxilio del general y esgrimimos los sables contra aquella infame canalla. Aunque acobardados y aterrados por la presencia, por la voz, por el heroismo sublime de D. Juan Martín, trataron de defenderse fiados en su gran número; pero no tardamos en hacer estrago en ellos. Dispararon algunos fusilazos, que por fortuna no nos hicieron otro daño que una herida leve recibida por mí, y otra que le cupo en suerte á Sardina; mas acometidos bravamente, huyeron por la escalera abajo.

D. Juan Martín bajó repartiendo sablazos á diestro y siniestro, y nosotros tras él. Otras tropas invadieron el edificio, y los mismos partidarios del Manco perdiéronse entre la multitud afecta al jefe.

Crudo—exclamó éste,—es preciso fusilar ahora mismo á toda esa canalla. Sardina, dé usted las órdenes necesarias. Quintarlos es mejor... Asegurarles bien... El Tuerto es el peor de todos... Esos tres, esos tres que se escabullen por ahí también subieron... Que no se escapen. Ponerles en fila... Yo les reconoceré... ¡Eh! Moscaverde... Al instante, es preciso castigar esta gran canallada.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La tropa gritó:—"¡Viva el Empecinado!„

—Gracias, gracias—dijo el héroe.—Dejarse de vivas y portarse bien... Voy á hacer un escarmiento esta noche... Hace tiempo que lo estoy meditando, y en verdad es necesario... Ninguno se ríe de mí.

Subimos de nuevo. Ya en la sala del Ayuntamiento había bastante gente, y D. Saturnino era custodiado por tropa leal. El Empecinado al encarar nuevamente con él, le dijo:

—Sr. Manco, dispóngase usted para el *requieternam*. Aquí no hay más capellán que mosen Antón, y ese ya ha olvidado el oficio. Haga usted acto de contrición.

—Despachemos pronto—dijo el Manco, esforzándose por aparecer sereno, pues aquel hombre, bravo cual ninguno en las batallas, carecía de valor moral.—Despachemos pronto... Mande vuecencia formar el cuadro en la plaza... Pueden llevarme cuando quieran.

D. Vicente Sardina entró en la sala.

—Sólo dos se han escapado—dijo;—les conozco bien. Ya están dadas las órdenes. Se quintarán.

—Sr. D. Vicente Sardina—añadió el Empecinado,—el Sr. Albuín no será arcabuceado por la espalda. Se le apuntará por el pecho, en atención á que ha sido el primer soldado de este ejército.

El generoso corazón de D. Juan Martín no dejaba de enaltecer las prendas militares de sus amigos ni aún cuando hacía caer sobre ellos la pesada cuchilla de la ordenanza.

Oyóse el ruido de una descarga. Reinó después lúgubre silencio en la sala, sólo interrumpido por la voz de Sardina que dijo *uno*, y la de Albuín que elevando sus manos al Cielo, exclamó con dolorido acento:

—¡Adios, amigos míos! ¡Adios, valientes camaradas! Ya no venceremos á los franceses, ni vuestros generosos corazones volverán á palpitar con el entusiasmo de la batalla.

Después echándose mano á la cintura, deslió la culebrilla de seda que en ella llevaba, y arrojándola en mitad de la sala, añadió:

—Ahí está el dinero, Sr. D. Juan Martín; ahí están los trescientos cochinos pesos, que son causa de la carnicería que se está haciendo abajo con mis bravos leones. Desnudo y pobre entré en la partida, y pobre y desnudo salgo de ella para el otro mundo.

Oyóse otra descarga, y D. Vicente dijo:

—Dos. Cayó otra buena pieza.

—Puesto que voy á morir—añadió D. Saturnino,—que no maten más gente. Yo fuí causa de todo. Yo les mandé subir.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Á usted no le va ni le viene nada de esto—dijo D. Juan, no ya colérico, sino displicente.—Usted hará lo que yo disponga, y nada más.

Dicho esto, metióse las manos en los bolsillos, hundió la barba en el cuello del capote, y se paseó de un rincón á otro.

—Vamos de una vez—dijo Albuín.—Estoy dispuesto á morir. ¡Al cuadro! El Manco no ha temido nunca la muerte.

Dió algunos pasos hacia la salida, seguido por los que le custodiaban.

—Alto ahí—gritó de súbito el Empecinado, golpeando el suelo, deteniéndose en su marcha y mirando á la víctima con rostro ceñudo.—¿Quién le manda á usted bajar antes de que yo lo disponga?

—Cuanto más pronto mejor—repuso la víctima.

Oimos la tercera descarga de fusilería.

—Quieto todo el mundo—repitió D. Juan.—Aquí nadie resuella sin que yo lo mande.

—¡Quiero que me fusilen!—exclamó Albuín con coraje, sacando á los ojos todo el odio de su corazón lleno entonces de veneno.

—Y si á mí me diera la gana de indultarle á usted, vamos á ver—exclamó el general con furia, como si la muerte fuera la condescendencia y el indulto la amenaza.—Vamos á ver, ¿si á mí me diera la gana de indultarle y mandar que le dieran cincuenta palos por la mordida, y luego cogerle por una oreja y ponerle al frente de su división, con pena de otros cincuenta garrotazos, si no me tomaba á Borja, trayéndome acá prisionera media guarnición francesa...?

—Á un hombre como yo, no se le dan cincuenta palos—repuso el Manco—ni se le tira de la orejas.

—Todo será que á mí se me antoje... ¿Qué tiene usted que decir? Ea, soltadle, y fuera de aquí todo el mundo. Sr. Sardina, mande usted que no se fusile á nadie más. Palos y más palos... es lo mejor.

Marcháronse los de tropa y quedamos con D. Saturnino los cuatro que antes estábamos.

—Le perdono á usted la vida—dijo el general.—Puede ser que no me lo agradezca.

—No—repuso Albuín sin inmutarse.—No agradezco, porque parece generosidad y no lo es.

—¿Pues qué es, qué?

—Miedo—añadió el guerrillero gravemente.—Á un hombre como yo no se le pone dentro de un cuadro. La tropa no lo consentiría... y si lo de antes salió mal, otra vez....

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Estoy por volverme atrás de lo dicho, y mandar que se forme el cuadro... Pero no: cuando el Empecinado perdona... Albuín, márchese usted y haga lo que quiera. Si de desea seguir á mis órdenes, déme una satisfacción enfrente del ejército. Si no...

—D. Saturnino Albuín no da satisfacciones—repuso éste—ni necesita mendigar un mando. Me voy. Adios para siempre. Juan Martín acabó para el Manco, y el Manco acabó para Juan Martín. Grandes hazañas hemos realizado juntos. La gente de Madrid primero y la historia después, se harán lenguas al hablar del Empecinado; pero nadie se acordará del pobre Manco... Yo le regalo al general toda mi gloria... Señores, adios. D. Saturnino Albuín que no puede manejar la azada, ni el telar, va á los caminos á pedir limosna. ¡Dios tenga compasión de él!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XII

ARCHÓSE Albuín. Luego que salió advertimos en el general un desasosiego, una alteración muy notoria. Se sentaba, se levantaba, se movía de un lado para otro. Creimos advertir cierta humedad en sus ojos. El héroe pestañeaba con viveza y aún se pasó por los párpados las falanges de sus rudos dedos. Al fin se tranquilizó, y sentándose, puso los codos en la mesa y afianzó las sienes en las palmas de las manos.

—Me voy quedando sin amigos—dijo sombriamente.

—Tú te empeñas—indicó Sardina—en hacer un ejército regular de lo que no es más que una partida grande... Si hay algún ejemplo de que un buen militar haya sido bandolero, no puede esperarse que todos los bandidos puedan ser generales.

Púsose de nuevo en práctica el plan primitivo de D. Juan Martín, y Borja y Alagón fueron sitiadas. Respondía esto á las instrucciones del general Blake, defensor de Valencia, que deseaba por tal medio entretener en Aragón las tropas destinadas á reforzar la expugnación de aquella gran plaza. Los hechos militares del Empecinado en Noviembre y Diciembre de aquel año fueron de gran beneficio á las armas españolas, y logró entretener durante aquel tiempo á un gran ejército francés, prolongando el respiro de los valencianos. Pero todos saben que Valencia cayó á principios de 1812, y entonces las cosas variaron un poco.

Durante corto tiempo, el conde de Montijo mandó personalmente el ejército empecinado, en virtud de una combinación de las siempre inquietas é intrigantes Juntas; pero D. Juan Martín estuvo sólo algunos días separado de sus soldados, y las necesidades de la guerra le llevaron otra vez á ponerse al frente de la *partida grande* que él sólo sabía dirigir.

En Diciembre pasamos de Aragón á tierra de Guadalajara, fatigados con las repetidas acciones y las penosas marchas. Sigüenza había quedado definitivamente por nosotros, después de haberla ganado y perdido

(c) 2008 Ministerio de Cultura

repetidas veces. Con la ocupación de Valencia, las condiciones de la campaña habían variado para nosotros, y hallándose en libertad de operar con desahogo considerables fuerzas francesas, nos cumplía á nosotros la guerra defensiva en vez de la ofensiva que anteriormente habíamos hecho. Hallando en Sigüenza posición ventajosa, el Empecinado dispuso no renunciar á ella, y mientras recorría los alrededores de Guadalajara, dejó en la ciudad episcopal una fuerte guarnición. En dicha guarnición, mandada por Orejitas, estaba yo.

Y ahora viene bien decir que la condesa con su hija, de quienes yo me había separado cuatro meses antes en Alpera, dejándolas camino de Madrid, se habían refugiado al fin en Cifuentes, como lo indicara Amaranta la última vez que nos vimos. En la citada villa, del dominio señorial de la familia de Leiva, tenía ésta un famoso castillo que fué arreglado para palacio en el siglo anterior por el abuelo de quien entonces lo poseía.

Cómo y por qué hicieron las dos damas este viaje huyendo del bullicio de la Córte, sabrálo el lector más adelante, y por de pronto, y para que no carezca de noticias sobre dos personas que no pueden sernos indiferentes, mostraré parte de la correspondencia que sostuve con Amaranta en aquellos días. Mi desdicha quiso que permaneciese algún tiempo en Sigüenza, como encerrado, mientras la mayor parte del ejército recorría su campo natural y favorito de la Alcarria; pero imposibilitado de visitar á mis dos amigas, la movilidad de las partidas me permitió comunicarme con ellas alguna vez, como se verá por los documentos que á la letra copio:

Cifuentes, 16 *de Diciembre de* 1811.

"Querido Gabriel, al verme en la necesidad de salir de Madrid, no he encontrado residencia mejor que esta villa de Cifuentes. Verdad es que aquí me hallo, como si dijéramos, dentro de un campo de batalla, pero ¿en qué lugar de España puedo refugiarme sin que pase lo mismo? En Madrid no puedo estar por razones que no me atrevo á decirte por escrito y que sabrás de palabra cuando vengas acá. Podía haber escogido otros lugares de Castilla, en Búrgos, Zamora ó Salamanca; pero en todos arde la guerra lo mismo que aquí, y carezco en ellos de la cariñosa

(c) 2008 Ministerio de Cultura

adhesión de estas buenas gentes y colonos míos, á quienes mi padre y yo hemos hecho tantos beneficios.

"Ven pronto á vernos. Todos los días entran y salen pequeñas partidas de tropa y voluntarios, y desde que suena el tambor, nos asomamos á la ventana, esperando verte pasar. Entrego esta carta al que me ha traido la tuya, cierto feísimo vejete, llamado Santurrias, que lleva consigo un gracioso niño de más de dos años, el cual habla mil heregías con su media lengua y es muy querido del ejército. Santurrias me está dando prisa y no puedo extenderme más. Le digo á Inés que concluya la suya; pero aunque empezó hace dos horas, no lleva trazas de concluir todavía. Si no vienes pronto, en la primera que te escriba te referiré la vida que hacemos ella y yo en este histórico castillo, con lo que te has de reir.—*La condesa de X.*„

No copiaré la carta de Inés, por no contener cosa alguna que pueda interesar á mis lectores, y exhibo estotra de la condesa:

Domingo 28.

"¡Qué gran chasco nos hemos llevado esta mañana! Nos despertamos sobresaltadas sintiendo ruido de caballos y rumor de soldados; nos asomamos á la ventana ojival de mi castillo y como viéramos á muchos con uniforme, creímos vendrías tú entre ellos. Al poco rato pidió permiso para saludarnos un señor Sardina, que más que sardina parece tiburón, y nos dió tus cartas. Hablamos del Sr. Araceli, y nos dijo muchas picardías de él.

„Hoy ha entrado bastante tropa y no pocos heridos pues ayer parece que hubo una sangrienta batalla hacia Ocentejo. ¡Qué lastimosos espectáculos hemos presenciado Inés y yo! Se nos ha llenado la casa de heridos, y en todo el día no hemos podido descansar un rato, ¡tanto nos da que hacer nuestro cargo de enfermeras! Les damos lo que hay, bien poco por cierto. Nosotras carecemos algunos días hasta de lo más preciso, y de nada nos sirve nuestro dinero para luchar con la espantosa miseria de este país.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

„No te he dicho nada de mi castillo, y voy á ello. Perdona el desórden que hay en mis cartas; pero escribo á toda prisa, y luchando con el sueño que á estas horas empieza á quererme rendir. Son las doce: los heridos siguen bien, excepto tres que me parece darán cuenta á Dios esta madrugada.

„Vuelvo á mi castillo, que es la mejor pieza que ha albergado señores en el mundo. Tiene cuatro habitaciones vivideras. Lo demás está en situación verdaderamente conmovedora, de tal modo que por las noches cuando sopla con fuerza el viento, parece que se oye el ruido de las piedras dando unas contra otras, y las almenas se mueven como dientes de vieja, mal seguros en las gastadas encías. Ciertamente no es ningún niño este nuestro castillo, pues parece construyó la parte más antigua de él D. Alfonso el Batallador, Rey de Aragón y esposo de Doña Urraca, el cual ganó á los moros toda esta tierra y el señorío de Molina. Me entretengo en recordar esto, porque al escribirte, la idea del mal traer en que andan y de la decadencia en que yacen todas nuestras grandezas, no pueden apartarse de mi pensamiento. Los señores, mis antepasados que yacen aquí en sus góticos sepulcros, deben estar muy asustados y temerosos de que alguien remueva sus huesos. Estos sitios con su gran ancianidad y su tristeza, me son muy agradables, y si no existiese la guerra que todos los días nos hace presenciar escenas lastimosas, me gustaría residir aquí por algún tiempo. Tiemblo al pensar que entren aquí los franceses, ó que unos y otros se encuentren en estas calles. ¡Pobre castillo mío! ¿Cómo va á resistir el ruido de los cañonazos? Desgraciado de aquel ejército sobre quien caigan sus gloriosas piedras.

„He preguntado á varios de la partida cómo se podrá mandar esta carta á Sigüenza, y un estudiantillo á quien llaman Viriato me ha dicho que el general manda mañana no sé que órdenes á esa plaza. Ha llegado Sardina, el cual me da prisa. Adios; no puedo ser tan prolija como deseara. En Cifuentes...—*La condesa de X.*„

Ocho días después, Orejitas recibió dentro del correo de la guerra otras dos cartas que decían así:

2 de Enero.

"Querido Gabriel, por milagro estamos vivas Inés y yo. El castillo, el pícaro castillo hizo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

al fin lo que yo temía. Sin embargo, puedo vivir para contártelo. El sábado entraron los franceses en Cifuentes. Sabiendo que debían ocupar este histórico edificio de cuya capacidad se tiene idea muy equivocada mirándole desde fuera, abandonamos las habitaciones vivideras, y nos refugiamos en uno de los torreones de la parte ruinosa, hoy trastera, con lo cual nos creimos seguras. En efecto, entraron los franceses, se arrellenaron en nuestras camas, y comiéronse lo poco que teníamos para vivir. Todo fué bien hasta la mañana del domingo y hora en que se les antojó á los artilleros disparar un cañón contra los reyes de armas y figurones de piedra que hay en el torreón del homenaje. Nunca tal hicieran, porque con la violencia del golpe y extremecimiento del tiro, las paredes de aquella fachada, que anhelaban ya de antiguo descansar de su gloriosa vigilancia, se arrojaron gozosas en tierra. ¡Ay! ¿quién no se fatiga de estar en pié durante siete siglos? Demasiado han hecho, y no hay que vituperarlas. La torre del homenaje se desmoronó como un bizcocho, y por milagro del Cielo el torreón en que Inés y yo nos guarecimos, mantúvose derecho sin duda por respeto á los últimos vástagos de la familia.

„Mas el terror que aquello nos produjo, el miedo de vernos sepultadas entre las ruinas de nuestro asilo, obligónos á salir, desbaratando el engaño de nuestro encierro. No poco se alegraron los franceses al vernos; pero por fortuna nuestra, eran los huéspedes de mi desgraciada vivienda, personas bien nacidas y decentes, oficiales todos; y lejos de hacernos daño, se nos ofrecieron muy rendidos, no sin vislumbres de enamoramiento en alguno de ellos. La verdad es que la explosión, el hundimiento y el presentarnos nosotras dos de improviso saliendo por los huecos de despedazados tabiques, parecen cosa de las que pasan en las novelas ó en el teatro. No les negué mi nombre, apelando á su caballerosidad para que fuésemos respetadas, y se contentaron con imponernos una fuerte contribución que me ha dejado sin un cuarto. No te rías de lo que voy á decirte.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Estoy tan pobre que vivo de lo que mis colonos me quieren dar. El lúnes por la tarde entraron los españoles y parece que han hecho algo de provecho por el lado de Algora. También han traido heridos, muchos heridos. No puedo seguir. Es preciso curarlos. El lugar más seguro de la casa es el panteón, y en él vivimos todos, mano á mano con las tumbas de mis mayores. Adios...—*La condesa de X.*„

16 *de Enero.*

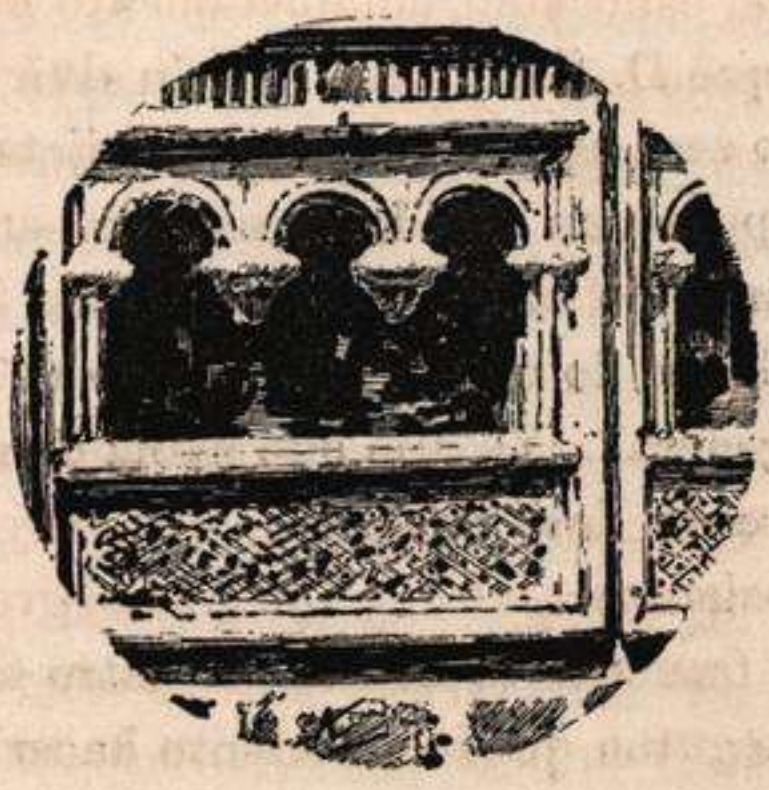
"Querido amigo, estoy llena de tristeza. Una gran desgracia me amenaza sin duda. Sospechas tal vez las razones que me movieron á salir de Madrid; mas no las sabes todas. Había algo más que el cambio de personas, algo más que el aislamiento en que me encontraba, y la mala voluntad del gobierno francés para conmigo. Vigilada sin cesar por un hombre que tiene hoy en sus manos poderosos medios, mi vida ha sido en la Córte un suplicio insoportable. Lo que me anonada y confunde es que creí estar aquí completamente olvidada de mis enemigos, y me he equivocado. Hace dos días volvieron á entrar aquí los franceses y con ellos venía el hombre á quien tanto temo y cuya proximidad me hace temblar. Por los oficiales, á cuya generosidad apelé, después de la ruina del edificio, supo que estaba aquí. No se ha atrevido á entrar en nuestra casa; mas por las preguntas que ha hecho á individuos de mi servidumbre, comprendo que fragua algún plan abominable contra nosotras. ¿Quién me defenderá? Yo estoy loca, yo me muero de tristeza, de pavor, de sobresalto, y los más negros presentimientos turban mi alma. Inés no sabe ni entiende nada de esto. No le permito separarse de mi lado. Ven pronto, necesito de tu protección como militar. No puedo seguir más tiempo en Cifuentes y estoy meditando el modo de trasladarme á otro punto, caminando al amparo de la partida para evitar la persecución de mis enemigos. Te repito que vengas pronto. Tu presencia me tranquilizará.

"*Post-scriptum.*—He hablado con las gentes del pueblo sobre los franceses que estuvieron aquí desde el lúnes hasta el domingo por la mañana, y me han dicho que ese personaje civil que acompaña al ejército há tiempo que recorre el país sobornando con promesas, halagos,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

destinos, honores, grados militares y dinero á las personas sencillas. Él es, según aseguran, quien ha logrado armar las contraguerrillas ó sea partidas de gente perdida que defienden la causa francesa, y últimamente parece haber conseguido seducir á uno de los más célebres guerrilleros de este país, un hombre á quien llaman el Manco. Esto se dice de público y lo han confirmado esta mañana los partidarios que entraron de madrugada, con el propio D. Juan Martín, quien estuvo un rato en casa. Le pusimos un mediano almuerzo, pero no le quiso probar. Parece muy disgustado y abatido, no come ni duerme y todo se le vuelve hablar consigo mismo. Este pesar proviene, según he oido, de la jugada que le ha hecho ese pícaro Manco.

"El mismo D. Juan Martín me ha dicho que se va á dar orden para abandonar á Sigüenza. Albricias. Haz por venir aquí, y entonces Inés y yo seguiremos la partida hasta que tengamos ocasión de salir de España. ¡Dios tenga piedad de nosotras!...„ Etc., etc.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIII

REJITAS recibió orden de abandonar á Sigüenza, antes que fuera sitiada por las imponentes fuerzas francesas que vinieron de Teruel. Las excursiones que habíamos hecho á los alrededores nos habían dado escaso resultado. En Cabrera nos unimos á la partida de mosen Antón, quien dijo que los franceses habían pasado por Torre Sabiñán y que él era de opinión que tratásemos de salirles al encuentro, pues teníamos fuerzas suficientes para darles un golpe. Repúsole Orejitas que él se ajustaría extrictamente á las órdenes de D. Juan Martín, que le mandaba bajar á esperarle en Almadrones, y añadió:

—Hoy he sabido que D. Saturnino Albuín está con los franceses. Si parece mentira... ¿No será equivocación, Sr. Trijueque?

—¿Qué sé yo?—repuso con enfado el clérigo.—¿Acaso soy guardián de D. Saturnino, para que todos me pregunten lo que ha hecho? El Manco es dueño de hacer lo que le acomode, y si se vió maltratado y vejado por nuestro general... Ya dije que había de suceder...

—¿Cuántos hombres se llevó consigo?

—Al pié de cuatrocientos.

—Oí decir que los franceses le han dado cuatro talegas en pago de su traición. También aseguran que le ofrecieron hacerle marqués y capitán general...

—No hay que hacer caso de las habladurías de esta gente de los pueblos. Un hombre tan de bien como Albuín no toma resolución de esa naturaleza sin motivo para ello.

Decían esto los dos jefes, sentados á la puerta de un ventorrillo. En los intervalos de su diálogo oíase el ruido de los dientes del caballo de mosen Antón, que á espaldas de éste, molían pausadamente la cebada, metido el hocico negro y huesoso dentro de un saco.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Come bien, leal amigo—dijo Trijueque volviéndose hacia su cabalgadura,—que la jornada será larga.

—¿Á dónde va usted?—le preguntó con viveza Orejitas.

—Ya lo he dicho—repuso el cura guerrillero, acariciando el cuello del gigantesco animal.—Sé que el general Guí ha pasado por Torre Sabiñán, y no quiero que me quede la comezoncilla de no darle un buen golpe.

—El general Guí trae mucha gente—repuso Orejitas, bebiendo por octava vez, pues era uno de los principales empinadores de codo que había en la partida,—y con la fuerza que tenemos usted y yo juntos no es posible pensar en salirle al encuentro. Si bajamos de la sierra al llano y acertamos á topar con los *mosiures*, pienso que no quedaremos para contarlo.

—Sr. Orejitas—dijo Trijueque bebiendo también, aunque en ménos dósis que su colega,—usted hará lo que mejor le convenga y lo que su miedo le dicte... Yo voy en busca de Guí... Le estoy viendo debajo del filo de mi sable.

—Y yo—añadió Orejitas,—estoy viendo al gran Trijueque bajo las herraduras de los caballos de un escuadrón polaco. Vámonos á donde nos mandan y no comprometamos la partida.

—Bien se conoce que ese corazón amadamado—dijo el cura—no simpatiza con el peligro, ni padece lo que yo llamo enfermedad de la gloria, una palpitación dolorosa, una angustia sublime acompañada de cierta fiebre... Cuando se tiene esta enfermedad la victoria está cerca, Orejitas. Y para acabar—añadió levantándose,—¿viene usted ó no viene?

—Yo no—contestó el otro guerrillero, dando fin al contenido del jarro.—Temo que Juan Martín me riña por no obedecerle.

—¡Ah! corazones de alcorza—exclamó Trijueque golpeando el suelo con el sable,—que se asustan cuando arquea las cejas y se rasca el cogote Juan Martín. ¿No conoce usted que si hiciéramos lo que nos manda ese pobre hombre, ya estaría la partida disuelta y todos nosotros ensartados en cuerda de presos como cuentas de rosario para marchar á Francia? Sr. Orejitas, tengamos iniciativa, ganemos batallas contra la voluntad de nuestro general, proporcionémosle los grados y las vanidades que tanto ama, y no nos reñirá... No dudo que habrá en la partida muchos valientes que quieran seguirme. Á ver, Araceli, ¿se decide usted á hacer la hombrada?

—Yo no me separo de mi jefe, el Sr. Orejitas—repuse.

—Este es un bravo mozo—me dijo el jefe, golpeándome el hombro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Lástima que no hubiera cogido tres cuartillas en vez de dos en la bodega del alcalde de Cabrera.

—Les dejo á ustedes entregados al vino—dijo mosen Antón,—y me voy. Que haga buen provecho la mona.

Luego, mientres Orejitas se internó en la próxima cuadra para ver su caballo, llevóme aparte el insigne clérigo, y me dijo lo que sigue:

—Sr. Araceli, usted no puede hacer buenas migas con ese bárbaro y borracho de Orejitas, arriero y mozo de mulas en Junio de 1808, y que ha hecho fortuna en la partida, gracias á la cerrazón de su mollera. Es el perro de presa de Juan Martín. Usted vendrá conmigo: tengo necesidad de un oficial de ejército entendido y valiente para esta operación que tengo en el magín.

El gigante hacía todo lo posible para que la contracción de su rostro y despliegue de su boca se pareciese á una sonrisa de benevolencia. Estratégico incomparable en los valles y sierras, Trijueque era completamente inexperto en la táctica del humano corazón, y los recursos de su potencia seductora adolecían de brusca torpeza.

—Según y como—le respondí, fingiendo acceder, con objeto de que me descubriera mejor sus mal ocultos pensamientos.—Para desobedecer á mis jefes y marchar con usted á donde quiera llevarme... entiéndase bien, á donde quiera llevarme, necesito promesa manifiesta de que me ha de resultar algún provecho. No están los tiempos para sacrificar por boberías una buena reputación.

El ogro fácilmente engañado, como todos los ogros que hacen algún papel en los cuentos de niños, no supo disimular su repentina alegría, y mostrando sin embozo su apasionado corazón, respondióme:

—Ya sé que es usted también de los descontentos. Un oficial de tanto mérito debiera estar mandando una columna. Juan Martín habla bien de usted pero es para embaucarle, me consta que es para embaucarle. Puede usted tener la seguridad de que, aunque la guerra dure treinta años más, no saldrá de ese ten con ten. Aquí no se aprecia el mérito. Con tal que nuestro general tenga batallas ganadas por mí, que le sirvan de asunto para poner oficios á la Regencia, haciéndose pasar por un Julio César ó un Pompeyo... En fin, venga usted con Trijueque y no le pesará.

Al decir esto, apoyaba su mano en mi hombro y me hacía tambalear hacia adelante y hacia atrás. Mirándome con interés, sonreía.

—Soy gran admirador de Trijueque—dije;—hago justicia á sus altas prendas y me río de las inculpaciones con que quieren desacreditarle.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Bien dicho, muy bien dicho—exclamó en tono de predicador.

—Estoy pronto á partir con usted pero ¿á dónde vamos, señor cura? Porque si es cosa de salir por ahí á disparar unos cuantos tiros, matar dos docenas de franceses y coger otras tantas de prisioneros, yo no me muevo. ¡Hemos hecho lo mismo tantas veces! Ya estoy harto de ver que con proezas no se saca aquí el vientre de mal año. Sepamos lo que voy ganando, como dijo el gallego del cuento.

Trijueque llevóse el dedo á la boca y su rostro expresó satisfacción y victoria. Viendo que se acercaban algunos individuos, íntimos amigos de Orejitas, me dijo:

—Parto al instante con mi gente. Por este barranco que se ve á espaldas de a venta pienso pasar al valle de Pelegrina. ¿Ve usted aquella casa arruinada que hay abajo? Allí le espero, allí le diré á dónde vamos, sin peligro de infundir sospechas á estos borrachos. Si me sigue usted, me sigue, y si no... Adios.

Fuese mosen Antón y yo busqué á Orejitas; mas el guerrillero, sintiéndose en la cuadra acometido de gran sopor, por efecto sin duda de no ser agua cristalina el contenido del jarro que yo llené en la bodega del alcalde, echóse sobre un montón de paja, donde sus ronquidos se acordaban musicalmente con el respirar de los caballos y el mugido de un par de becerros flacos y medio enfermos. Procuré traerle al mundo, con algunos puntapiés; pero no quiso salir de la beatífica esfera en que sin duda con gran fruición revoloteaba su espíritu.

Al salir á ver partir á Trijueque, y pasando por cierto edificio ruinoso que había al fin del caserío, sentí la algarabía de una riña, y oí claramente la voz de la señá Damiana en concierto chillón con las de los tres famosos estudiantes. Es el caso que el llamado Cid Campeador dió en aporrear á la Fernandez por suponer en aquella Ximena veleidades en favor del llamado D. Pelayo. Defendióse de palabra la acusada; mas percatándose después de que todo el zipizape provenía de chismes y enredos, obra del ingenioso *intellectus* de aquella lumbrera complutense, nombrada el Sr. Viriato, la emprendió con éste, adjudicándole varias patadas ó sean coces, y puñadas y rasguños, parte de los cuales fueron á caer de rechazo sobre la respetable persona del Sr. Santurrias, que se ocupaba en dar al Empecinadillo cucharada tras cucharada de sopas. Dos de los estudiantes partieron á escape, dejando que la contienda acabase con sus consecuencias naturales, cuando Dios se fuese servido ponerle fin, y Viriato y la guerrillera y Santurrias quedaron enzarzados con el engaste de las uñas y de las manos, hasta que los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

separamos, recogiendo del suelo al Empecinadillo, que por poco perece en aquel trance.

La Damiana, que ya tenía medio ahogado al estudiante, cuando fué separada del grupo, vociferó de esta manera:

—El muy canalla piojoso me llamó *mujer de Putifarra*... El *Putifarro* será él... Señor oficial—añadió dirigiéndose á mí,—este Viriato es un traidor y quiso seducirme.

—Tan gran delito no puede quedar sin castigo. ¿Qué marca la Ordenanza contra los Viriatos que quieren seducir á las Damianas?

—Eso quisieras tú, Euménide, harpía de seis colas, marimacho de mil demonios—dijo el de Alcalá poniendo el dedo sobre las distintas heridas de su cuerpo para tantear la gravedad de ellas.

—Sí señor, me quería seducir, para que me pasara con ellos al francés.

—Calla, bruja, sargentona, ó te extrangulo—gritó Viriato.—Aquí está Santurrias que puede decir si soy traidor ó no.

—Sí, sí, sí—gritó la guerrillera en medio del camino agitando los brazos como una furia loca.—Estos endinos son traidores como D. Saturnino, y se pasan á los franceses. Allá va, allá va—añadió señalando al barranco,—¡allá va mosen Antón que se pasa á los franceses con sus amigos!

Mosen Antón, seguido de su tropa, desfilaba tranquilamente por detrás de la venta, bajando al barranco.

—¡Allá van, allá van!—añadió Damiana con exaltación salvaje.—¡Fuego en ellos, fuego en los traidores! ¡Sr. Orejitas, que se han vendido al francés!

—Repara bien lo que dices, Damiana.

—Sé lo que digo—exclamó atrayendo en torno suyo mucha gente.—Anoche han estado hablando de eso más de tres horas. ¿Creyeron que yo lo iba á callar? ¡Ah, tunante Cid Campeador, me las pagarás todas juntas!

Mosen Antón se alejó más aprisa, y entre la tropa que se quedó en el caserío, corrió de boca en boca esté rumor terrible:

—¡Mosen Antón se pasa á los franceses!

Reinó gran agitación; oyéronse gritos, amenazas, juramentos. Algunos corrieron á tomar las armas; pero Trijueque se alejaba, se perdía en la profundidad del barranco, y parte de su gente aparecía ya en la vertiente opuesta, internándose en la espesura de un monte.

—No crean á esta Lais bachillera, á esta loca Aspasia, á esta Samaritana sin vergüenza—exclamó Viriato.—¿Quién hace caso de una mujer?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Si le dieran cuatro tiros, como merece, no diría que mosen Antón Trijueque es traidor.

—¡Sí lo digo!—prosiguió Damiana gritando con voz ronca en medio del camino.—Es traidor, y se va con D. Saturnino. Lo digo cien veces, porque lo sé, y el Sr. D. Pelayo andaba contratando gente para esta picardía. Yo soy muy patriota, yo soy muy española, yo soy muy empecinada, y ¡viva Fernando VII! ¡Viva D. Juan Martín! ¡Viva Orejitas!

Estos vivas fueron repetidos con calor, y su estruendo fué tan grande, que llegó hasta el mismo espíritu de Orejitas por el conducto de los aletargados sentidos. Levantóse del lecho de paja, y enterándose de lo ocurrido y de la voz general, y de la acusación formidable contra su colega, dijo:

—No puede ser. Sigamos nuestro camino, y le contaremos esto á D. Juan Martín.

Minora canamus.

El Empecinadillo tenía más de dos años, casi tres; andaba regularmente, y despechado al fin, muy tarde por cierto, y no sin malas noches y peores días, por *mamá Santurrias*, comía como un descosido. Todo era poco para él; pero teniendo á su favor la compasión del ejército entero, recibía mil golosinas de este y del otro.

El Empecinadillo hablaba; pero ¡qué lenguaje tan escogido el suyo. Así como la generalidad de los niños empiezan diciendo *papá* y *mamá*, él había empezado por los más abominables y horrendos vocablos del idioma. Sus palabrotas soeces, pronunciadas á medias, servían de diversión á la tropa. También decía *malchen*, *fuego*, *apunten* y otras voces marciales. Ultimamente empezaba á ejercitarse en el discurso, expresando juicios claramente, y hasta podía sostener un diálogo tirado, siempre que se estimulase su incipiente locuacidad con horribles palabrotas.

El Empecinadillo hacía diversas gracias. Tenía un palito que le servía de escopeta para hacer el ejercicio, y otro palito más pequeño, pendiente de la cintura, el cual era su sable. Montaba á caballo en el garrote de mamá Santurrias, y cuando salía en medio del corrillo, con la mano izquierda en la brida y agitando en la derecha el sable, su aspecto era terrible. Nos reíamos mucho con él, y nos le comíamos á besos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIV

El Empecinadillo pronunciaba los nombres de todos los oficiales, desfigurándolos con su torpe lengua. Con todos hacía buenas migas, menos con uno que le inspiraba mucho miedo. Era este mosen Antón. En el varonil y rudo carácter del cíclope, las gracias infantiles eran como rasguños con que se quiere desmoronar una montaña. Jamás se acercó al corrillo en que nos entreteníamos viendo al Empecinadillo hacer el ejercicio. Éste al verle de lejos, huía de su temerosa figura, y le llamaba *el coco.*

Cuando el Empecinadillo no se quería dormir en el alojamiento y nos importunaba con sus chillidos, le decíamos: "que viene Trijueque„ y callaba. Era el único medio de llamarle al órden y el sólo freno de aquella alma tan impetuosa como traviesa.

Pero cuando el feísimo guerrillero se separó de nosotros, el Empecinadillo, como un indivíduo para quien desaparece la ley moral y el freno coercitivo de las reglas sociales, no conoció límites á su desvergüenza. Hacía lo que le daba la gana. Rompía las cacerolas del rancho, destapaba los pellejos de vino para ver correr el líquido: se emborrachaba; se subía como un gato á las sillas de los caballos cuando estaban sin ginetes; se caía rompiéndose la cabeza; hacía las aguas menores en el escaso fuego á cuyo amor nos calentábamos, escondía ó perdía cuanto se hallaba al alcance de su mano; vaciaba el tintero del escribiente en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

la olla donde se cocía la cecina; cogía las piedras de chispa para jugar; agujereaba con una navaja el parche de los tambores, dando á estos instrumentos de guerra ronco y apagado sonido; traía siempre medio loco al Sr. Moscaverde, cerrajero de la partida, el cual componía las llaves de los fusiles, y en más de una ocasión se encontró sin herramientas; quitaba además la paja á los caballos, á los soldados los cartuchos, y á todos la paciencia con sus diabluras sin fin. Recibía, sí, más azotes que un condenado á galeras; pero como buen soldado hecho á penas y dolores, no perdía su buen humor con los castigos.

Se me ocurre nombrar á este personaje, porque recuerdo que lo llevé en la perilla de mi cabalgadura desde Cabrera hasta cerca de Castejón, y por más señas que me volvió loco por todo el camino haciéndome preguntas, mientras sus piernecitas espoleaban sin cesar la cruz del animal. Convengo con mis oyentes en que es en mí puerilidad casi indisculpable detenerme en contar las hazañas de este héroe, ménos importantes sin duda que las de aquel cuyo nombre va al frente de esta relación; pero yo quiero que aquí, como en la Naturaleza, las pequeñas cosas vayan al lado de las grandes, enlazadas y confundidas, encubriendo el misterioso lazo que une la gota de agua con la montaña y el fugaz segundo con el siglo, lleno de historia.

Y dicho esto, voy á contar lo que ocurrió cuando encontramos á D. Juan Martín.

El cual estaba en Almadrones con la mayor parte de las fuerzas de su ejército. Cuando le contamos lo que se decía entre nosotros sobre la defección de Trijueque, enfurecióse y nos dijo:

—No me vengan acá con embustes. Eso no puede ser. Mosen Antón tiene sus defectos; es capaz de abrasarme las entrañas con sus majaderías; pero antes me creeré á mí mismo traidor que suponerle vendido á los franceses... Por vida de... ¿Ustedes han pensado bien lo que dicen? ¡Pasarse Trijueque al enemigo!...

—Pronto hemos de salir de dudas—dijo Sardina, que no participaba del optimismo de su jefe y amigo.—Un hombre envidioso es capaz de todo. Yo tenía á Trijueque por persona díscola; pero con un fondo de rectitud superior á traiciones, dobleces y alevosías, como las de D. Saturnino. Sin embargo, tengo comezón por saber...

—Y yo—repitió D. Juan con ademán sombrío.

Dicho esto el héroe quedó profundamente pensativo. Estaba inmóvil junto á la ventana de su alojamiento delante de un espejillo, y dispuesto á afeitarse, tenía en la mano derecha la navaja y cubierta de jabón la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

barba. Nosotros callábamos viendo su melancolía. Por fin dando un suspiro alzó el brazo como quien se va á degollar, y á toda prisa se rasuró con movimientos tan inseguros y nerviosos, que su curtida piel quedó adornada con algunas cortaduras. Luego volviéndose á Sardina, le dijo:

—¿Le parece á usted que salgamos esta noche en busca de esa canalla?

D. Vicente miraba el paisaje exterior al través de los turbios cristales verdosos.

—Mala noche nos espera. La nieve cae con gana, y los senderos están cubiertos y desfigurados. ¿No vale más que esperemos á mañana?

—De esta, amigo D. Vicente—exclamó con ira el general,—ó me dejo matar por ellos, ó cazo á los renegados en alguna parte. El pellejo de Albuín y de Trijueque me parecerán poco para componer los tambores rotos. Hay que ir tras ellos... hay que cazarlos con perros, y abrirles luego en canal para sacarles las entrañas... ¡Malditos sean! Un lobo de estos montes es más leal que los canallas que se pasan al enemigo... ¡Dios mío, he vivido para ver esto!... ¿De qué me valen fama, buena suerte, buen nombre, si los amigos me hacen traición y los que favorecí me venden?... En marcha ahora mismo, Sr. Sardina... en marcha.

—¿Pero á dónde vamos?—preguntó con turbación el segundo jefe.

—¡Al Demonio!...—repuso con exaltación D. Juan Martín.—¿También usted se me encabrita? ¿Pues no dice que á dónde vamos? En busca de esos granujas... ¿Necesito decirlo otra vez? Si usted lo quiere, ladraré.

—¿Usted sabe dónde los encontraremos? ¿Usted sabe que están solos, y no acompañados con fuerzas considerables del francés?

—Aunque esté con ellos el mismo Napoleón con un millón de hombres...—añadió en el colmo de su rabia el guerrillero.—Si quiero que me maten á mí... ¿Pues qué, no me explico bien?... Si quiero que me maten esos condenados... ¡Si quiero morir!...

—En marcha—dijo Sardina.—Aprovechemos lo que resta de día para salir de la sierra.

—Quiero morir ó cogerles para atarles una cuerda á la cintura y pasearles delante del ejército... ¡España está deshonrada! ¡Juan Martín está deshonrado!... ¿Hay más traidores en mi ejército? ¿Hay alguno más? Pues que venga acá... quiero ver á uno delante de mí.

Sus brazos se agarrotaban, contraíanse sus dedos, extrangulando en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

el vacío imaginarias víctimas, y la mirada del héroe, extraviada y salvaje, parecía querer herir con su rayo todo aquello en que se fijaba.

Por lo que he referido se ve que el Empecinado no permitió ningún descanso á los que acabábamos de llegar. Calientes aún las sillas de las cabalgaduras volvimos á montar en ellas, y la partida se puso en marcha. El tiempo era tan malo que la tarde parecía noche y la noche que vino poco después de nuestra salida horrenda y desesperante eternidad. El suelo estaba cubierto de nieve, en cuya floja masa se hundían hasta las rodillas hombres y caballos; habían desaparecido los caminos bajo el espeso sudario blanco y los cerros vecinos parecían una cosa destinada á la muerte, una inmensa losa sepulcral, un monumento cinerario, bajo cuya glacial pesadumbre se escondía el alma de la naturaleza buscando calor en las entrañas de la tierra. El cielo no era cielo, sino un techo blanco. Alumbraba el paisaje esa fría claridad de la nieve, la luz helada como el agua, semejante al fúnebre resplandor de tristes lámparas lejanas.

Malo el camino de por sí, era detestable por ser invisible y los caballos resbalaban al borde los precipicios. Los ginetes bajábamos de nuestras cabalgaduras para vencer andando el frío. La partida iba silenciosa y resignada. Mirando de lejos la vanguardia que se escurría despacio buscando el incierto sendero, parecía una culebra negra que resbalaba inquieta y azorada tras el calor de su agujero. No he visto noche más triste ni ejército más meditabundo. Nadie hablaba. El ténue chasquido de la nieve polvorosa al hundirse bajo las plantas de tanta gente era el único rumor que marcaba el paso de aquellos mil hombres abatidos por fúnebre presentimiento.

Junto á D. Juan Martín reinaba el mismo silencio. Con la barba hundida en el cuello del capote, el héroe había abandonado las riendas de su corcel, que marchaba, como animal práctico é inteligente, cuidando de poner en sólido la herradura y tanteando cuidadosamente el terreno.

En Mirabueno, á donde llegamos por la mañana, supimos que los renegados (pues desde luego recibieron este nombre) estaban con el general Guí hacia Rebollar de Sigüenza. Reanimóse con la noticia D. Juan Martín, y á eso del medio día, después que descansamos y comimos lo que se encontró, la partida se puso de nuevo en marcha.

—Esta noche—me dijo el general—les encontraré en un lado ó en otro, y me cazan ó les cazo. Prepare todo el mundo el pellejo para la más gorda hazaña de nuestra historia... ¡Maldita sea nuestra historia!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Señores, mi alma es hoy un volcán. Ó echa fuera el fuego que tiene dentro ó revienta... ¡Pasarse al francés, pasarse al enemigo!... Ni por miedo á las penas del Infierno, por toda la eternidad, lo haría yo... Á ver: ¿hay alguno más en mi ejército que quiera hacer traición?... Que me lo traigan... quiero verlo... pónganmelo delante... deseo ver la cara del Demonio... Adelante, pues... ¿Están en Rebollar de Sigüenza? ¿Cuántos son? ¿Quinientos mil? No importa... Si no quieren ustedes seguirme, iré yo solo.

Nadie le contestó. La frialdad de la temperatura reinaba también en el ejército. Allí no había más volcán que el pecho de D. Juan Martín.

Entrada ya la noche, el ejército se detuvo. Estábamos en una vasta é irregular planicie. Á nuestra izquierda se elevaban altos cerros; á nuestra derecha el terreno descendía bruscamente en rápido y vertiginoso declive hasta terminar en un barranco cuya profundidad no podía distinguirse. Parecía la noche más oscura, más tenebrosa y siniestra que la anterior. Una lluvia menuda y glacial, nieve fina ó agua congelada en invisibles puntas de aguja, nos azotaba el rostro. El frío era horroroso y temblábamos bajo los capotes, sintiendo imposibilitados los dedos para empuñar las armas.

Un soldado se acercó al general, diciendo:

—Por aquellos cerros de la izquierda baja alguna gente. Han disparado un tiro.

—No puede ser—dijo Sardina.—Estais viendo visiones. No hay nadie capaz de apostarse en aquellos empinados cerros á estas horas, con este frío, y no sabiendo fijamente que pasaríamos por aquí.

—Sí, hay alguien capaz de eso y de más—dijo D. Juan Martín con arrebato.—Allí está mosen Antón... lo veo... sólo mosen Antón es capaz de quitarles su puesto á los cernícalos para acechar la carne que pasa.

—¡Que viene gente!—dijo otra voz.

—¿Son españoles ó franceses?

—¡Españoles!

—Á ellos—gritó D. Juan Martín.—Esperemos á esos cobardes. Esta planicie es buena... desplegad la caballería... Lo malo es este barranco de la derecha... Pero no hay cuidado... aquí estoy yo.

Avanzamos y nuestra vanguardia rompió el fuego.

—¡Ahí están, ahí están!—exclamó exaltado y con júbilo el general.—Conozco á Trijueque... él es... Enriscarse en esa altura para sorprendernos... eso no puede hacerlo más que el diablo ó Trijueque... No bajarán; tienen que venir rodando ó volando... Ánimo... que no haya confusión...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Dejar sola á la vanguardia... Prepárense los caballos en el llano... Toda la demás gente á retaguardia... no se necesitará... Es Trijueque, no me queda duda. Yo le he enseñado estas hazañas... le veo rodando entre las piedras por la montaña abajo, y el aire que hacen sus alas negras, me llega á azotar la cara... No puede ser otro. Sus cuatro patas, al bajar, se llevan por delante medio monte... Es el bravo animal, la bestia traidora más valiente que cien leones, y con una cabeza que no cabe dentro del mundo... ¡Adelante, muchachos! Hay que cazar esa fiera que se nos ha escapado y volverla á la jaula.

Efectivamente, una partida de españoles nos quería cortar el paso; pero no sabíamos si era mandada por Albuín ó Trijueque. Al principio permanecieron en su altura, haciendo fuego: los nuestros quisieron escalarla, mas en vano. Un segundo esfuerzo sirvió para que los empecinados dominasen una parte del terreno enemigo; pero éste era tan favorable que tuvieron que abandonarlo. En la llanura no podíamos temerles, y siendo nuestro objeto pasar adelante, el general dispuso que algunas fuerzas contuvieran á los renegados, mientras el resto del ejército pasaba de largo. Pero nos equivocamos respecto al número de los enemigos, y respecto á su intención de no bajar á la llanura. Bajaron, sí, de improviso y con tal empuje, que lograron por un momento desconcertar nuestras filas, arrojando sobre la nieve muchos cuerpos heridos ó muertos.

—Aquí les quiero ver—exclamó D. Juan Martín abalanzándose al frente de su tropa escogida.—Aquí los quiero ver... que bajen, que vengan acá.

El impetuoso caballo del general lanzóse sobre la infantería enemiga entre un diluvio de balas, y corrimos ciegos tras él los demás, acuchillando y aplastando con furia salvaje. Zumbaban las balas en nuestros oidos, y las bayonetas buscaban el pecho de los fogosos corceles. La embestida no careció de confusión; pero fué tremenda y eficaz, porque deshicimos á los renegados que habían bajado de la montaña.

El caballo de D. Juan Martín cayó gravemente herido. Al punto ofrecí al general el mío, quedándome á pié. En tanto los renegados se retiraban á toda prisa á su altura, donde era difícil seguirles.

—Estamos haciendo el papel que han hecho siempre los franceses en esta clase de guerra—dijo el Empecinado con rabia—y ellos están haciendo el mío... Cria cuervos... ¿Qué gente hemos perdido? Poca cosa. Adelante... ¿Dónde están los carros? Recoger los muertos... digo los heridos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Orejitas.

XV

UANDO esto decía, oyóse de repente vivo fuego de fusilería. No sonaba, no, en la altura que servía de fortaleza á los renegados, sonaba delante de nosotros, allá por donde se extendía el camino que pensábamos seguir. Hubo un momento de angustiosa perplejidad. Miramos y nada vimos; las sombras de la noche ocultaban el cercano peligro. De repente en el ejército mil voces clamaron:

—¡Los franceses, los franceses!

—¡Gracias á Dios!—gritó D. Juan Martín. Franceses y traidores, todo junto... Así les acabaremos á todos de una vez.

—Tenemos retirada segura—gritó Sardina que había examinado el terreno á nuestra espalda.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Cómo retirada?—bramó el general.—Maldita noche que no alumbra. Que se repliegue toda la tropa, y esperemos... Á ver... que los de Orejitas tomen posición á la izquierda.

—Es mal sitio, porque amenazan los renegados desde la altura.

—Pues á la derecha.

—Á la derecha, sí: pero cuidado con el barranco.

—Esta gente no sirve para nada. ¿Son muchos los franceses?

—No vemos nada.

—Son muchos, muchísimos— gritó una voz.

—Mejor, mucho mejor... El Crudo á vanguardia. Crudo, mucho cuidado. Clavarse en el suelo... hasta ver si empujan fuerte. Si empujan blando echarse encima... si empujan gordo... aguantar. Aquí estoy yo con mi gente... Buena presa vamos á hacer hoy.

La avanzada francesa embistió á nuestro ejército. El vivo fuego indicaba empeño formidable de una y otra parte. Nuestra vanguardia llevaba ventaja; pero ¡ay! sobre la blancura de la nieve se destacaban enormes masas de franceses, y de pronto no sólo la vanguardia, sino toda la línea se vió amenazada.

Apretando los dientes y crispando los puños D. Juan Martín gritó:

—¡Morir antes que retirarnos!

Destrozada nuestra derecha, y no pudiendo desarrollarse por aquel lado táctica alguna á causa de la peligrosa configuración del terreno, retrocedió con violencia. Sardina, tratando de restablecer el orden para la retirada, se internó entre la tropa y pudo conseguir algo. Pero los franceses, cuyo número era muy superior al nuestro, se echaban encima, no daban tiempo á ordenar la resistencia, y hostilizados nosotros por el frente desde la montaña, nos hallábamos en la situación más crítica que darse puede.

D. Juan Martín, extraviado, furioso, febril, vociferaba de este modo:

—¡Aquí estoy, venid aquí!... Vengan traidores y franceses.

—No podemos hacer nada ¡rayo!—exclamó Sardina;—pero aún podemos salvarnos.

—¡Resistir á todo trance!... Los empecinados no pueden rendirse—clamaba el general.

Y abandonando el caballo se lanzó sable en mano al combate. Su presencia hizo muy buen efecto, y aquellos pobres soldados rendidos de fatiga y muertos de frío, resistieron en medio de la nieve el tremendo ataque de los franceses. No peleaban en correcta línea nuestros guerrilleros, porque ni sabían hacerlo, ni el sitio y la oscuridad lo permitieran,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y la cuestión se decidía en luchas parciales de grupos que encontrándose frente á frente se destrozaban con ferocidad. En los sitios de mayor empeño estaban D. Juan y Sardina con todos los de su comitiva, defendiéndonos más bien que atacando, pues ya no era posible conservar ilusiones respecto al resultado de aquel funesto encuentro. Era difícil demarcar con exactitud los límites de cada uno de los ejércitos, ni señalar donde acababa el uno y empezaba el otro, pues en aquella revuelta masa habíanse mezclado los unos con los otros en brutal choque sin arte ni táctica. La nieve pisoteada era fango y sangre, y nos hundíamos en aquel mar de espuma, que nos salpicaba el rostro. Los movimientos eran difíciles por la falta de suelo, y más que batalla, aquello parecía un baile de exterminio en las regiones á donde por vez primera se llevaran los odios humanos.

De pronto un remolino espantoso agitó aquellos cuerpos incansables; redobláronse los gritos y todos cambiamos de sitio, mezclándonos más que antes; fuimos arrastrados, como si la movediza escena corriera de un punto á otro, dividiéndose, quebrándose en pedazos mil. Nuevas fuerzas francesas habían entrado en el campo de batalla avanzando con orden, y dejando tras sí á un gran número de empecinados.

—¡Que nos copan!—gritó con pánico una voz que reconocí como la de Sardina.

Miré en derredor mio, y no ví á ninguno de los que peleaban á mi lado. Pero no tardé en sentir muy cerca de mí la voz del Empecinado que gritaba:

—¡Aquí estoy, ¡cuernos de Satanás! ¡Rayo de Dios! Veremos si hay quien se atreva á ponérseme delante.

Corrí allá. D. Juan Martín, acompañado de sus mas fieles amigos, se defendía con bravura, y allí mataban franceses y renegados de lo lindo. Era un grupo aquel que atraía y fascinaba. En el centro el general se multiplicaba, y con el espectáculo de su heroismo no había á su lado quien no se sintiera con fuerza sobrenatural y un gran aliento para ayudarle. La idea de que cayese prisionero dábanos á todos un coraje loco que retardaba el fin de tan encarnizada lucha.

Al fin, de entre la masa de enemigos que teníamos delante, destacóse una negra figura á caballo. Era mosen Antón que venía gritando:

—¡Ahí está!... no le dejeis escapar.

—¡Ven á cogerme!... animal...—exclamó el Empecinado.—¡Aguarda, traidor Judas!

Y quiso lanzarse en medio de fuego. Una mano vigorosa asió por el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

brazo al jefe de la partida y le arrastró hacia atrás. En medio del estruendo de aquel instante supremo oí la voz de Sardina, diciendo:

—Retirémonos... Juan, ahí tienes mi caballo... Vuela en él.

En derredor mío yacían muchos cuerpos que cayeron para no levantarse más. Yo me asombraba de encontrarme vivo... Retrocedímos haciendo fuego. Los aullidos de los franceses y los renegados anunciaban el júbilo de la victoria. Ibamos á caer prisioneros. Ya no había resistencia posible, y permanecer allí era locura, porque si los fusileros con quienes nos habíamos batido, apenas inspiraban cuidado, detrás venía una fuerte columna de dragones con mosen Antón á la cabeza. Estábamos vencidos. Era preciso escapar.

—No hay remedio—dije para mí.—Nos cogen prisioneros.

Retrocedí sin precipitación, aguardando con relativa tranquilidad mi suerte, y al borde del barranco encontré á D. Juan Martín, llevado ó mejor dicho arrastrado por sus amigos.

—¡Que vienen... que nos cogen!—gritó una voz.

Los caballos con rápida carrera avanzaban acuchillando á los dispersos. En un instante estuvieron sobre nosotros y algunos renegados á pié avanzaban trabuco en mano.

—¡Á ese, á ese... ahí está!—gritaban con feroces berridos.

Todos corrieron por el llano; D. Juan Martín, agitando los brazos con temblor frenético, vomitó estas palabras.

—Ladrones... ¡venid por mí! ¡Coged al Empecinado!

Y diciéndolo, se precipitó por el barranco abajo, y resbalando por la nieve, se hundió en aquel abismo, cuyo fondo ocultaba la oscuridad de la noche.

Los bandidos miraban á todos lados; los caballos se encabritaron al llegar al borde y perdióse en aquellos toda esperanza de echar mano al bravo guerrillero. Esto pasó en un período de segundos más breve que el tiempo empleado por mí en contarlo. No me es posible precisar de un modo exacto todos los detalles de aquel suceso, y hasta es probable que altere sin saberlo el orden con que se sucedían, porque lo que pasa en tales momentos de confusión y espanto queda en la memoria con rasgos y formas indecisas como la sensación producida por el relámpago ó las turbias sombras de la pesadilla... Sólo puedo decir, sin precisar sitio ni momento, que el Crudo, otros tres y yo nos vimos rodeados por una chusma que nos quería coger prisioneros.

—Aquí nos tienes—exclamé asiendo vigorosamente la carabina por el cañón y descargando con la culata golpe tan vigoroso sobre la cabeza

(c) 2008 Ministerio de Cultura

del más cercano, que le tendí sobre la nieve.

Nos dispararon varios tiros, el Crudo cayó á mi lado y una navaja atravesó mi manga derecha rozándome la piel... Sé que corrí hacia un punto donde sentía la voz de Orejitas y Sardina... Sé que no pude llegar hasta ellos, y que me encontré junto á otros empecinados que aún se defendían bravamente... Pero no puedo decir por dónde escaparon los que lograron hacerlo... En la confusión con que mi mente me presenta hoy estos recuerdos, sólo veo con claridad lo que voy á contar, y es que por un espacio de tiempo que me pareció muy largo corrí sobre la nieve sin encontrar á nadie en mi carrera, oyendo, sí, gritos, voces, juramentos, aullidos, que ora sonaban á mi derecha, ora á mi izquierda. Miré hacia atrás, y ví algunos caballos, no sé si diez ó ciento que corrían en la misma dirección que yo... apreté el paso y ví delante de mí sobre el pisoteado fango de nieve un bulto, un trapo, un envoltorio, del cual salía un lastimero llanto. A pesar de la oscuridad se distinguían dos delicadas mane-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

citas, alzándose hacia el Cielo. Maquinalmente y casi sin detenerme, cogí el bulto entre mis brazos y seguí corriendo. Pero los caballos que seguían mis pasos, me alcanzaron al fin.

—¡Date, date!—gritaban á mi espalda.

Me sentí asido fuertemente. Había caido prisionero.

En derredor mío había muchos franceses, todos frenéticos, poseidos de la terrible borrachera de la victoria. Uno de ellos apuntóme con su fusil al pecho, con intento de matarme. Otro, desviando el cañón, me dijo mezclando el francés con el castellano:

—¿Qué traes ahí, *fripon*?... Un *petit*... ¿Dónde lo has robado?

—Deja á un lado el *petit*, que te vamos á fusilar—dijo otro.

—Es un ofical—indicó un tercero, mostrándome benevolencia.

El guerrillero llamado Narices estaba á mi lado sujeto por dos robustos dragones, y al poco rato aparecieron otros cuatro empecinados prisioneros.

—Para esta canalla no debe haber cuartel—exclamó un sargento;—fusilémosles.

Narices, con un movimiento rapidísimo, se desasió de los que le sujetaban, y esgrimiendo la navaja, gritó:

—¡Compañeros, á mí!... Despachemos á estos cobardes.

Y asestó tal puñada al sargento, que le dejó seco. Ibamos á secundar su movimiento; pero acudiendo otros, nos ataron despiadadamente. Al ver á un camarada muerto, quisieron rematarnos á todos allí mismo; pero un oficial dió órden de diferir la ejecución, y luego presentóse un hombre, cuya cara reconocí al momento.

—Es Araceli—me dijo—después hablaremos.

—Recoja usted su *petit*—me dijo el oficial.

Dos horas después, al cabo de una marcha penosa, entraba en Rebollar de Sigüenza custodiado por los dragones franceses. Éramos doscientos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVI

L llegar al pueblo, la mayor parte de los prisioneros fueron distribuidos en varias casas. Los considerados como *tunantes* que era preciso exterminar, fuimos conducidos á la parte alta de la casa del Ayuntamiento y encerrados separadamente. Al entrar en mi prisión, el peso del Empecinadillo me era insoportable: arrojéme sobre el suelo, poniéndole á mi lado, y cuando los franceses me dejaron solo no tardé en dormirme profundamente. Mis ojos, al abrirse, recibieron la impresión de la claridad del día, é hirió mis oidos el débil quejido del chiquillo que pedía de comer. Abrigado por el pedazo de colcha que le servía de capote, el pobre niño estaba en un rincón, muy bien colocado y envuelto en una manta desconocida para mí, como si una mano cariñosa lo agasajara en aquella posición durante mi sueño. Yo no recordaba haberlo hecho.

El niño estaba caliente. Yo sentía mucho frío. Reconociendo el sitio en que me encontraba, ví que era una habitación abohardillada, grande y de techo tan bajo, que era difícil estar en pié sin tocar con la cabeza en el maderámen. Entraba la luz por una reja compuesta de ocho barrotes machihembrados y poco gruesos, pero nuevos y fuertes. Una puerta de viejas tablas muy sólidas, aseguradas con planchas de hierro y con barrotes y dobles resguardos cerraba la entrada. No había mueble alguno en aquella fría y tristísima estancia.

Despertó, como he dicho, el Empecinadillo, y extrañando el sitio ó la ausencia de mamá Santurrias, y más que nada la falta de alimento, puso el grito en el cielo. Yo apuré todas las razones imaginables para convencerle de su importunidad, mas nada logré. Por fortuna no tardamos en ser visitados por un soldado francés, que nos traía nuestro desayuno.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Ya sabreis—me dijo en lengua mixta—que vais á ser arcabuceado.

Alargóme un pan, y como yo no hiciera movimiento alguno para tomarlo, él mismo cortó un pedazo para darlo al pequeño.

—Que vais á ser arcabuceado por traidor—repitió alzando la voz y cuadrándose ante mí.—Si cuando os cogieron prisionero os hubiérais contentado con vuestra suerte... Pero asesinásteis al sargento Duclós...

Miré entonces fijamente al francés. Era un toro, un pedazo de hombre capaz de derribar una pared á puñetazos. Su rostro sanguíneo se adornaba con una pomposa barba rubia que le salía desde los encendidos pómulos, y aún la nariz atomatada no estaba exenta de pelo. El conjunto de su imponente persona era un buen modelo de las históricas figuras con que la escultura oficial ha adornado los trofeos del Imperio. Usaba la enorme gorra lanuda, y su corpachón se cubría casi totalmente con el delantal de cuero blanco, distintivo de los gastadores.

Contrariado sin duda por mi laconismo, alzó la voz, y coléricamente repitió:

—¡Arcabuceado!... Sí señor... ¿Lo oís bien? Vuestro camarada, que está en el cuarto próximo, lo sabe también y se ha puesto á rezar. ¿No rezais vos?... Es preciso limpiar de tunantes este país... Es la opinión del Emperador y la mía.

Mientras se expresaba de este modo advertí que sus miradas más que á mí se dirigían al Empecinadillo, ocupado en devorar un pedazo de pan.

—¡Pobre niño!—dijo el francés con lástima.—Esta madrugada, cuando os trajeron aquí, el pequeño estaba muy frío. Le pusísteis en el suelo... ¡Qué inhumano sois! ¿No temiais que se helara? Yo, mientras dormíais, le arropé junto á vos, y además le cubrí con ese pedazo de manta que veis.

Estas palabras me hicieron fijar la atención en mi carcelero con algún interés.

—Suponiendo que tendría hambre, os he servido el desayuno temprano y además le he traido esto.

El francés metiendo la mano bajo el mandil de cuero, sacó un pequeño roscón de mazapan que presentó al Empecinadillo, el cual una vez recobrada su actividad y travesura con la pitanza, sintiendo en su espíritu el generoso impulso de los grandes hechos, se lanzó al centro de la pieza sable en mano, ejecutando algunas maniobras militares. No era corto de genio y más se entusiasmaba cuanto más le aplaudían. El francés le miraba con admiración y ternura, siguiéndole en sus inquietos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

giros y vueltas; se sonrió y luego volviendo hacia mí sus ojazos alegres, y su boca risueña, me dijo estas palabras:

—Cuando os hayan arcabuceado, recogeré á vuestro niño y me lo llevaré conmigo... Es muy lindo y muy galán...

No le respondí nada.

—Haceis bien en traer vuestro niño á la guerra. Así os distraeis con él... Lo dicho, cuando os despachen, me quedaré con esta alhaja y le llevaré conmigo á todas partes. No le faltará nada y le enseñaré á que me llame *papá*.

Al decir esto noté súbita alteración en las rudas facciones del soldado. Hizo algunos visages como luchando con una importuna sensibilidad; mas no pudiendo vencerla, le ví que con disimulo se llevaba la mano á los ojos para limpiarse una lágrima.

—¿Llora usted?—le dije.

—¡No... yo llorar!—exclamó ahuecando la voz.—Nada de eso... Es que... Os diré la verdad. Este muñeco me recuerda á mi pequeño Cláudio, á quien dejé en mi pueblo. Yo soy de Arnay-le-Duc, en Borgoña. Mi niño tiene ahora dos años y medio y debe estar lo mismo que este.

—¿Es usted casado?

—Sí—respondió cogiendo al Empecinadillo en una de sus rápidas vueltas y besándole con brutal cariño.—Soy, casado, pero en la última conscripción el Emperador echó mano á los casados. Es un dolor, una picardía, ¿no es verdad? Ahora que nadie nos oye... Separarle á uno de su mujer y de su hijo para traerle á esta maldita guerra de España, que no se acaba nunca... Mi pequeño Cláudio no se aparta de mi memoria.

En aquel caso sí podía decirse que el chiquilllo era comido á besos. El francés oprimía de tal modo la cabecita y el cuerpo de mi camarada, que éste lloró.

—No llores, mi amor—le dijo.—Hagamos el ejercicio... tum, turum, tum... ¡Marchen! ¡Armas al hombro!

Y marcando vivamente el paso, recorrió el descomunal soldado la habitación, imitando el ruido de cornetas y tambores. Viéndole con el niño en brazos, recordaba yo las imágenes de San Cristóbal que había visto en algunas catedrales.

Por fin el gastador dejó al chico á mi lado despues de besarle mucho y de prometerle que le traería alguna golosina. En el mismo instante como yo mirase al exterior por la reja, único respiro de la triste pieza,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

púsome su pesada mano en el hombro, y me dijo ya sin sensibilidades ni enternecimientos:

—No creais que podreis escaparos. No os salvará ni la astucia, ni la fuerza ni el soborno, ni nada. Esta reja cae sobre el balcón, y del balcón abajo no podreis saltar sin romperos el espinazo. Al fin de la huerta hay un centinela, y lo que es por esa puerta me parece que no encontrareis salida... Y cuidado con intentar alguna picardía, porque...

Me miró con expresión terrible y amenazadora.

—Creo que os mandarán al otro mundo esta tarde. Si quereis que se anticipe la función, tratad de escaparos.

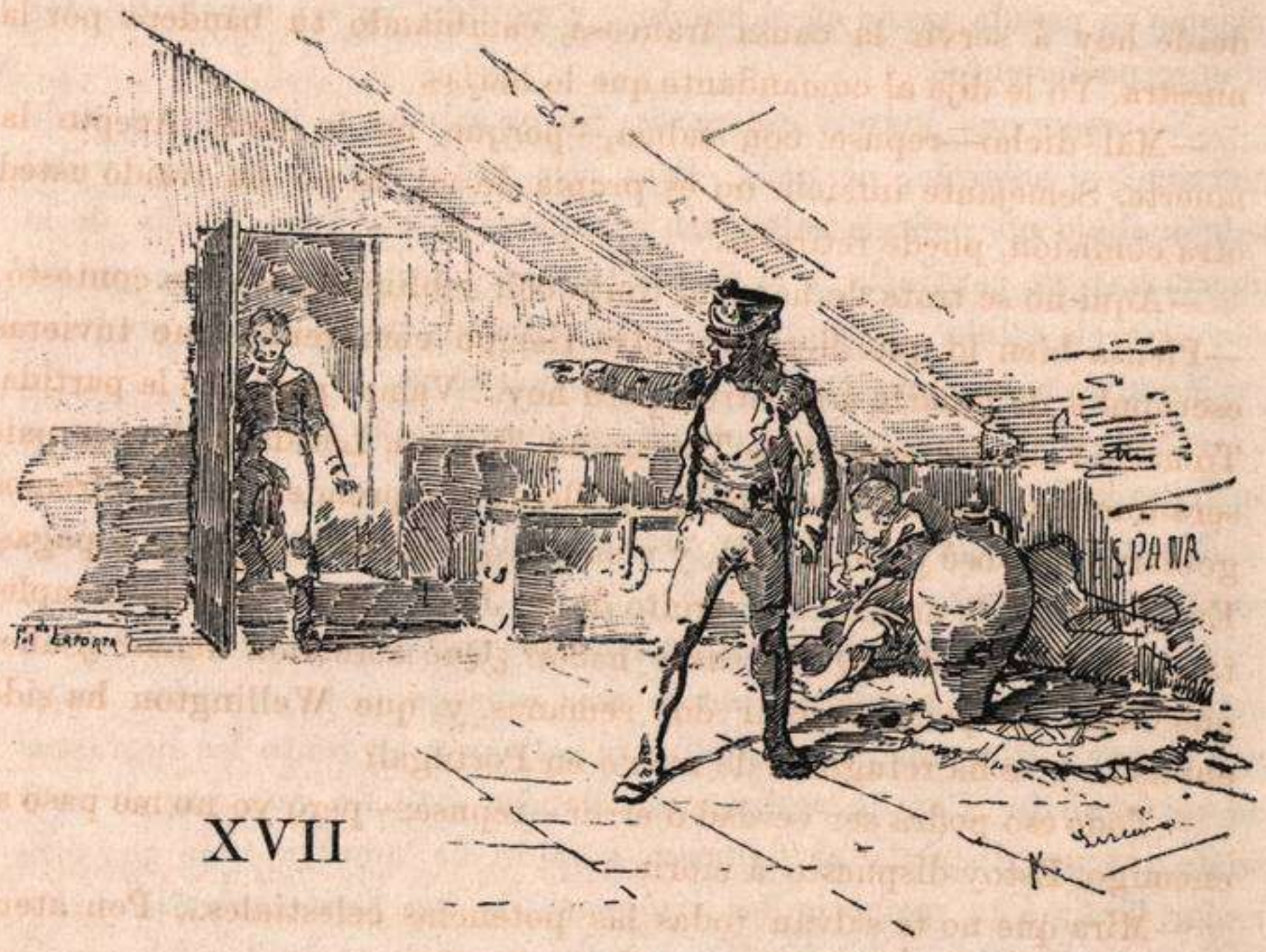
Marchóse después de hablar así, despidiéndose del Empecinadillo con fiestas y besos.

Cuando me quedé solo, medité largo rato sobre mi suerte, y si en un momento me dejé arrebatar por la más amarga desesperación, luego con elevar á Dios mis pensamientos se calmaron un tanto las borrascas de mi espíritu. Con la resignación llenóse éste de una paz dulce y triste que me disponía al doloroso cambio de nuestra vida por otra mejor. Traía á la memoria las imágenes de las personas amadas, hablaba con ellas, les dirigía tiernas palabras y explorando después con la mirada del espíritu el tiempo futuro, aquel tiempo en que nadie se acordaría de mi existencia cortada en flor, me sumergía en hondas melancolías. Pero la esperanza no abandona al hombre cristiano. Yo traía á Dios á mi corazón. No puedo expresar de otro modo aquel empeño mío de santificar mis últimas horas.

Habían pasado dos horas desde la visita del gastador, cuando la puerta de mi prisión se abrió de nuevo, y presentóse el hombre que pasó por delante de mí como imagen fugaz en el momento de caer prisionero.

Era D. Luis de Santorcaz. Había variado bastante su aspecto desde la última vez que le ví en Madrid, y estaba pálido su rostro y desmejorada y enflaquecida su persona, como quien convalece de penosa enfermedad. En cambio había ganado mucho en el vestir y al pronto sorprendía su buen porte, no exento de nobleza y grave elegancia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XVII

No sospechabas tú verme en este sitio—me dijo.—¿Te acuerdas de mí? ¿Necesito refrescarte la memoria?

—No, recuerdo bien.

—Estás hecho un personaje, y es lástima que te quiten la vida—dijo buscando un asiento con la vista.—¿No hay aquí donde sentarse? No puedo estar en pié. Padezco mucho.

—¿Está usted enfermo?

—Sí—me respondió, echándose en el suelo y oprimiendo su pecho con la mano izquierda, mientras se apoyaba en el derecho brazo.—He contraido una enfermedad en el corazón... es de tanto sentir. Soy desgraciado, Gabriel; no se puede vivir con estas serpientes enroscadas en el órgano principal de la vida... Con que vamos á ver, joven; ya nos conocemos de antiguo y son ociosos los preámbulos. Vengo aquí á salvarte la vida.

—Lo agradezco—dije levantándome.—¿Me puedo marchar?

—No, todavía no. Antes hablaremos. No se te puede perdonar por tu linda cara. El comandante está furioso, porque tú y los que contigo fueron hechos prisioneros asesinaron á traición al sargento Duclós. No hay perdón para una cosa semejante. Sin embargo, considerando que eres oficial, el comandante te perdona, con tal que te comprometas

(c) 2008 Ministerio de Cultura

desde hoy á servir la causa francesa, cambiando tu bandera por la nuestra. Yo le dije al comandante que lo harías.

—Mal dicho—repuse con calma,—porque no lo haré. Acepto la muerte. Semejante infamia no es propia de mí. Si no ha traido usted otra comisión, puede retirarse.

—Aquí no se trata de hacer el tonto con sublimidades—me contestó. —Piensa bien lo que dices. En otro tiempo comprendo que tuvieras escrúpulos de pasarte á nosotros; pero hoy... Vamos ganando la partida. Tomada Valencia, sometidas Tarragona, Tortosa, Lérida, todo este país será nuestro. Los más famosos guerrilleros comprenden que tendremos gobierno de José para un rato, y vienen á que les demos grados y pagas. En la batalla de anoche el ejército de D. Juan Martín ha sido completamente destrozado. ¿Qué piensas hacer? ¿Qué ambición tienes? ¿Sabes que Cádiz no podrá resistir dos semanas, y que Wellington ha sido envuelto y se ha refugiado de nuevo en Portugal?

—Todo eso podrá ser verdad ó error—repuse;—pero yo no me paso al enemigo. Estoy dispuesto á morir.

—Mira que no te salvan todas las potencias celestiales... Pon atención... ¿No oyes ruido en la pieza inmediata?

Al través del muro se oían voces y fuertes pisadas.

—Es que sacan á Narices para arcabucearle. Á tí te tocará esta tarde ó mañana temprano, porque siendo oficial de ejército es preciso dar á esto la forma de proceso.

—Solo, abandonado, pobre, sin fortuna, sin honores—respondí,—prefiero la muerte á la deshonra. Hay en mí un alma que no se vende. Este hombre oscuro se consuela de la muerte en la grandeza de su conciencia. Sr. D. Luis, hágame usted el favor de dejarme solo.

D. Luis calló un breve rato. Luego oimos algunos tiros y temblé. Un sudor frío inundó mi frente, y mi espíritu, que yo creía fuerte, vaciló. Puedo deciros que sentí tambalear mi conciencia como un edificio que amenaza ruina.

—Narices ha dejado de existir—dijo Santorcaz clavando en mí sus expresivos ojos.—Se me olvidaba decirte que tendrás el grado inmediato, dinero, y si quieres un título de nobleza...

—Lo que quiero es la muerte—exclamé, sintiendo que de improviso se redoblaba mi entereza.—Quiero la muerte, sí, porque aborrezco la vida en medio de esta vil canalla. Antes que estrechar la mano de un español renegado ó de un francés, me dejaré morir de hambre en esta prisión, si no me matan pronto ó me ponen en libertad. Sr. Santorcaz,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

si no quiere usted que le manifieste cuánto desprecio á la miserable gente que me quiere sobornar, y á usted mismo y á todos los renegados y perjuros que están con los franceses, déjeme usted solo. Quiero estar solo. Vaya usted con Dios ó con el Diablo.

Poniéndome en pié le volví la espalda.

—Bien—dijo Santorcaz con calma,—me retiro y te dejo solo. Pero dí, ¿es tuyo este chiquillo? Es preciso retirarlo de aquí. Puesto que no quieres vivir, voy á decir al comandante tu resolución... Ya no te veré más, porque parto dentro de una hora para Cifuentes.

Esta palabra me hizo extremecer, y volviendo al lado de Santorcaz, le miré con extraviados ojos.

—¿Por qué me miras así?—me preguntó.

—Por nada—repuse.

—Puesto que voy á Cifuentes—añadió,—me ofrezco á llevar, si gustas confiármelos, tus últimos recuerdos para dos personas que no te quieren mal, y que están en dicha villa.

Al oir esto, no pude, no, no pude contener una amarguísima congoja que llenó mi pecho, oprimió mi garganta, turbó mi cerebro, paralizando en mí la vida por breve tiempo. Hice esfuerzos por vencer aquel dolor inmenso... iba á llorar, nada ménos que á llorar como un chiquillo delante de mi sobornador: y reconcentrando en el corazón toda la energía de mi voluntad, me lo retorcí, lo ahogué, lo acogoté como se acogota á un animal que muerde, venciéndole al fin.

—No tengo ningún recado que mandar—exclamé mirando frente á frente al afrancesado.

—Es lástima—dijo él con aquella flema imperturbable que le abandonaba rara vez;—es lástima que no te despidas de ellas, porque según oí, madre é hija te aprecian mucho.

—Lo sé...—repuse vacilando.—Les enviaría una carta, mas no con usted.

—Haces mal, porque forzosamente he de verlas. ¡Pobrecitas, cómo se entristecerán cuando sepan que has muerto! Dame alguna prenda tuya, tu reloj, un anillo, cualquier cosa para llevárselo á la que has considerado hasta aquí como destinada á ser tu esposa.

Con esta puñalada Santorcaz me atravesó de parte á parte el corazón.

—No tengo nada que mandar—repuse sombriamente.—¿Y se puede saber con qué fin va usted á casa de esas señoras?

—Debiera reirme de tu pregunta y enviarte á paseo. Pero á un hombre

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que va á morir deben guardársele ciertas consideraciones. ¿Sabes que la condesa desde hace algunos días está enferma en cama? Voy á Cifuentes, porque ha llegado la ocasión de apropiarme lo que me pertenece. Inés es mi hija.

No le contesté nada.

—Las supercherías—prosiguió—empleadas para desfigurar la verdad, han hecho muy desgraciada á la pobre condesa. Ha reñido con su tía; reclama sus derechos de madre, y la ley no le hace caso. D. Felipe ha muerto en Madrid el mes pasado después de poner en duda en un documento solemne la legitimación de la muchacha. Yo quiero cortar bruscamente la cuestión llevándome á mi hija conmigo. Este ha sido el pensamiento de toda mi vida; y si en la Córte no lo pude conseguir, lo conseguiré en Cifuentes. Cuando descubrí que estaban en esta villa, me puse enfermo de alegría.

Tampoco le contesté nada.

—Ya no está en mi poder—prosiguió—porque no he querido promover un escándalo. Estas cosas deben hacerse con arte...

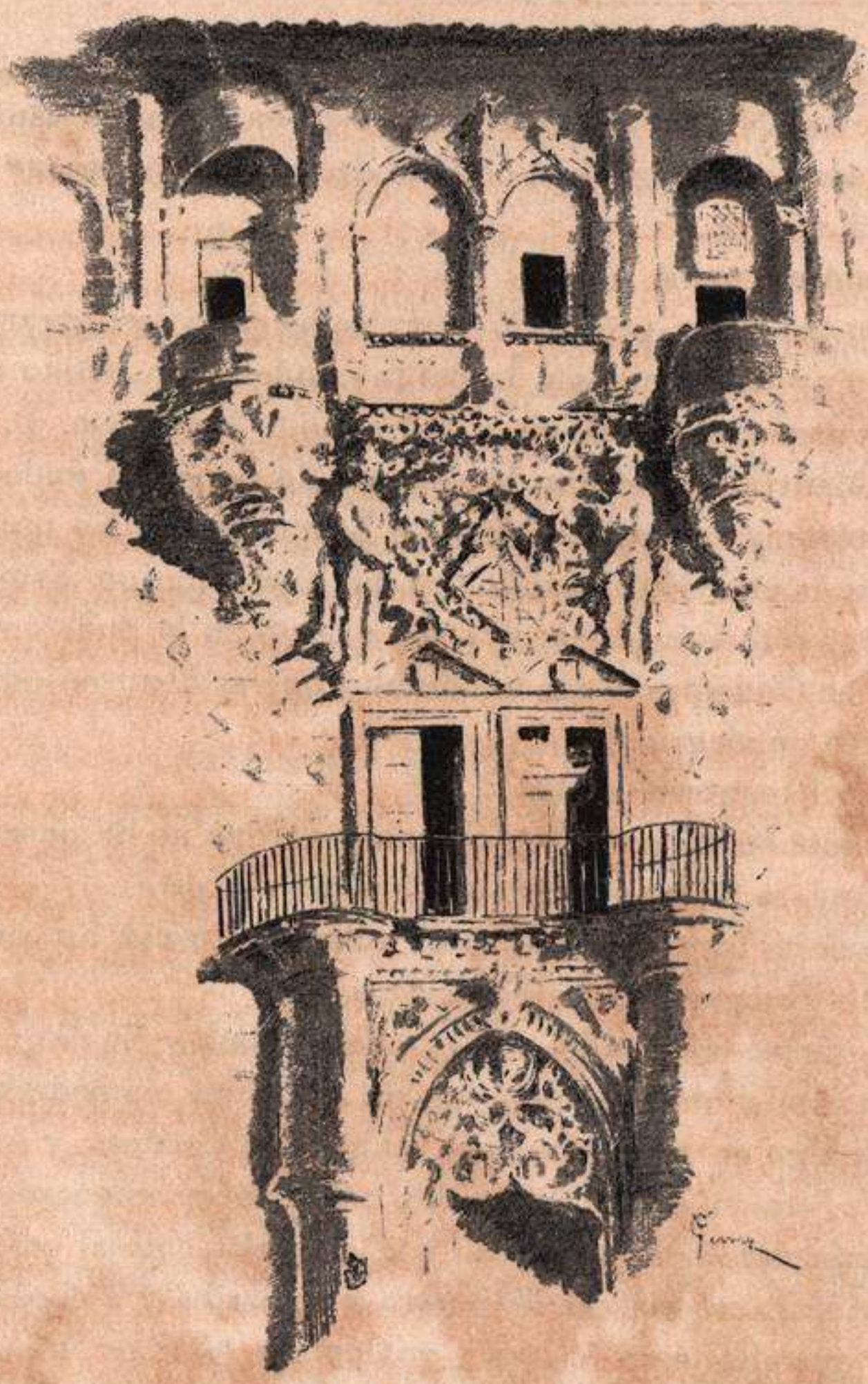
—¡Con cuánta fuerza se han desarrollado en usted los sentimientos paternales!—exclamé con colérica ironía.

—No te burles—respondió con la misma calma.—Ya sé que me tienes por un malvado abominable, por un calavera empedernido y sin corazón. Si algo de esto es verdad, culpa á la condesa y á su familia, no á mí. Yo era un buen muchacho. ¡Ay! me envenenaron el alma.... Afortunadamente ahora me toca á mí. La vuelta colosal que he dado al mundo ¡quién lo creería! me ha puesto á mí arriba y á ellos abajo. Pasó la hora en que ellos eran fuertes y yo débil, y estamos en la hora de mi poder y de su flaqueza. Descargaré la mano rompiendo lo que encuentre.

Yo estaba aterrado ¿á qué negarlo? Largo tiempo miré en silencio á aquel hombre, interrogándole con la vista. Quería sondearle y temía al mismo tiempo conocer sus pavorosos secretos.

—Á un desgraciado que va á morir—me dijo mudando de postura para conllevar las dolencias de su pecho—se le puede confiar cualquier cosa. Voy á decirte lo necesario para que no veas en mí una criatura díscola y vengativa que se goza en hacer daño.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XVIII

El Empecinadillo dormía á mi lado. Santorcaz me habló así:

—"Yo soy salamanquino y mi familia es de labradores honrados con puntas de hidalguía. Estudiando en la gran Universidad, tuve una disputa con un joven de Ciudad-Rodrigo, nos desafiamos, le maté y este funesto suceso me obligó á huir de aquel país, viniendo á Alcalá para seguir mis estudios. Era yo muy travieso, armaba frecuentes camorras, corría la tuna como nadie,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

me batía con el Demonio, apedreaba á los maestros y mis diabluras traían conmovida á la ciudad complutense. Te diré además, aunque parezca vanidad, que era yo entonces muy hermoso, y á más de hermoso, atrevido, de fácil palabra, y con arte habilísimo para congraciarme con todo el mundo y principalmente con las muchachas. Mi imaginación impetuosa era mi única riqueza, mas de tal modo pareciame estimable este tesoro en aquella edad, que con él lo tenía todo.

„Cuatro compañeros y yo corríamos la tuna por estos pueblos, y en una noche de invierno pedimos hospitalidad en el castillo de Cifuentes. El frío y el cansancio me habían afectado de tal modo que al día siguiente me encontré gravemente enfermo. Mis amigos se marcharon y yo me quedé allí. Asistiéronme los dueños de aquel palacio con mucho cariño, pero cuando sané me despidieron de la casa. Yo salí con el corazón hecho pedazos, porque estaba enamorado.

„Cambió mi carácter; volvíme taciturno, huía del bullicio, y las soledades eran mi delicia. Olvidé los estudios, olvidé á mis padres y á mis amigos, y puedo decir que no vivía en el mundo. Vagaba por los alrededores de Cifuentes extraño á la hermosa naturaleza que me rodeaba, y para mí no había cielo, ni árboles, ni ríos, ni montañas. Ocupado mi interior por una inmensidad indefinible que se había metido en mí, el mundo era para mí como un paisaje lejano del cual no se ven más que sombras, indignas de que se fijara la vista en ellas.

„Un año pasó de este modo. La veía muy rara vez en Madrid, muy rara vez en Cifuentes, y en un viaje que hicieron á Andalucía, seguí á la familia, caminando á pié. Volvieron á Cifuentes en el invierno del 92, pero me ví detenido en Madrid por un suceso lamentable, y fué que habiendo contraido bastantes deudas por mi desmedido lujo en el vestir, mis acreedores dieron conmigo en la cárcel. Al fin salí. Si en aquella ocasión hubiera yo renunciado á mis locos devaneos, conformándome con la humildad de mi posición, mi suerte en el mundo habría sido distinta. Pero entonces la idea de renunciar al tormento era para mí mucho más dolorosa que el tormento mismo.

„Corrí á Cifuentes. Mil estratagemas ingeniosas, la audacia y la cavilación reunidas me permitieron entrar en el castillo. Yo adoraba aquellas piedras antiguas que encerraban la más extraordinaria, la más preciosa y admirable obra del Criador. ¡Cuánto las he aborrecido después!

„Recuerdo cómo avanzaba yo lentamente por la penumbra de aquella

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sala, inmediata al torreón del Mediodía; recuerdo aquellas paredes cubiertas de tapices, adornadas con armas, retratos y arcones de encina tallada. Me parece que aquellas horas son las únicas en que he vivido, y que lo demás de mi existencia es una oscura pesadilla de cuarenta años. Al sentirme amado, me decía: "No puedo ser yo mismo este sér bienaventurado que aquí está.„

„Una mañana, al descolgarme del torreón con una escala de cuerda, los criados me vieron, y como me maltrataran de un modo soez, creyéndome ladrón, disparé mis pistolas sobre ellos y maté á uno. Fuí llevado á la cárcel de Guadalajara, de donde los mismos señores de Cifuentes me sacaron, temiendo que si llevaban adelante la causa, se descubriera su deshonra.

„Mientras con habilidad suma hicieron esfuerzos para que todo quedase en la sombra, emprendieron contra mí una persecución cruel, con la cual me era muy difícil luchar. Varias veces estuve á punto de ser cogido en las levas que hacían en el interior del país para llevar gente á los barcos del Rey; me vigilaban constantemente, y extendieron de tal modo la opinión de que yo era un vicioso, calavera y vagabundo, que varios respetables sugetos á quienes mi padre me había recomendado cuando vine á Madrid, me cerraron las puertas de su casa.

„Yo quería quitarme de encima la pesadumbre de la infamia que habían arrojado sobre mí; luchaba con las piedras que se me habían caído encima sepultándome, y mis débiles manos no podían levantar una sola. Quise ser militar y solicité una bandolera, pero no me hicieron caso. Quise estudiar, pero ya era tarde. Había pasado la edad de los estudios, olvidándoseme lo que á tiempo aprendí. Mi padre, á cuya noticia llegó la artificial fama de mis faltas, me escribió diciéndome que no volviera más á su casa y que me considerase huérfano.

„Intenté verla; pero esto era ya más imposible que escalar el Cielo. Mis cartas no llegaban á ella. Sus padres, al resguardarla de mí, habían tenido arte para librarla de toda mancha ante la sociedad. Jamás secreto alguno ha sido mejor guardado.

„Caí enfermo, y convaleciente aún, los alguaciles me prendieron en mi casa para llevarme como vagabundo al arsenal de Cartagena, simplemente porque les daba la gana. No pude resistir; pero en el camino me escapé, y con mil dificultades y privaciones y peligros fuí á Francia.

„Entré en París el 21 de Enero del 93, y sin saber cómo me encontré en una gran plaza, donde el pueblo estaba reunido para ver matar á un

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hombre. Este era Luis XVI. Cuando el verdugo enseñó al pueblo su cabeza, yo aplaudí como los demás, gritando: "Está muy bien hecho.„

„¡Ay! Aquella sociedad, aquel cáos, aquel infierno era lo que hacía falta á mi turbada y rabiosa alma. Sentíame entre tal gente inundado de salvaje alegría. Al instante tomé parte en todos los alborotos, frecuenté las tribunas de la Convención, acompañaba chillando y aullando á las pobres víctimas que iban en carreta desde la Conserjería á la plaza de la Guillotina, y me emborraché como los parisienses con el vapor de la sangre y el bárbaro frenesí revolucionario. Tenía siempre la vista fija en mi país, y cuando la Convención declaró la guerra á España en la sesión del 7 de Marzo, yo, que estaba en la tribuna, grité: "¡Me alegro llevaremos allá todo esto!„

„Yo habitaba con Marchena en un miserable cuartucho del barrio de San Marcial. Ibamos á los Jacobinos y á los clubs más soeces, más desvergonzados, más cínicos de la gran ciudad. Los dos vivíamos en lo más execrable de aquella fermentación horrible. En la puerta de la casa que nos albergaba, pusimos un cartel que decía: *Aquí se enseña el ateismo por principios.*

„Marchena y yo nos adiestramos pronto en la lengua francesa. Él escribía folletos contra los frailes y yo peroraba en los clubs. Nos hicimos amigos de Marat y de Robespierre, que nos tenían por grandes hombres. Cuando la Montaña triunfó de la Gironda yo me sentía inflamado por la pasión política, y recorría las calles con el populacho pidiendo la cabeza de los veintiun convencionales encerrados en la cárcel. El 16 de Octubre nos dieron la cabeza de María Antonieta, y el 31 las de los veintiun girondinos. ¡Cuán presentes están estos horrores en mi memoria, y qué huella dejaron en mi entendimiento y en mi espíritu! Al contacto de las llamaradas de aquel incendio, yo sentí nacer en mí nuevas y espantosas pasiones.

„Yo era de los más frenéticos. Toda la sangre derramada me parecía poca para reformar una sociedad que no era de mi gusto, y estimaba lo mejor hacerla desaparecer en la guillotina, dejando á Dios el cuidado de hacer otra nueva. ¿Pero á qué nombrar á Dios? Entonces sólo el nombrarlo era un insulto á la razón, única divinidad que adorábamos. Marchena y yo habíamos inventado un Dios irrisorio al cual llamábamos Ibrascha.

„En mi delirio, insulté públicamente á Robespierre, nuestro protector y amigo, porque había proclamado la existencia del Sér Supremo. ¡El pícaro Maximiliano se pasaba á los realistas! Mi amigo y yo fuimos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

presos y aguardábamos en la Conserjería la carreta que nos debía llevar á la guillotina.

„Una exaltación febril, una embriaguez de imaginación nos enloquecía, y anhelábamos la muerte, no con la entereza del estóico, sino con el estúpido heroismo de la calentura política. Caí gravemente enfermo, y un pobre cura que compartía nuestro calabozo quiso convertirme. Gritando como un insensato *¡no hay más Dios que Ibrascha!*, maltraté á aquel buen hombre...

„La caída de Robespierre y la subida de los Termidorianos nos puso al fin en libertad. Pero en la insurrección de las Secciones contra la Convención en Vendimiario, fuí mal herido y estuve á punto de morir, Cuando sané, encontréme viejo, gastado, débil, y con una fuerte disposición á la sensibilidad. Me causaba horror la presencia de mis antiguos compañeros, y buscando la soledad pasaba muchas horas llorando. Convalecía mi alma. Cuando salí á las calles de París después de muchos meses de encierro, advertí que la fiebre de la revolución iba pasando.

"Sentí vivo deseo de volver á España y volví. Dulces memorias alegraban mi alma y experimentaba alivio placentero pensando en la que había amado. Pero al dar en Madrid los primeros pasos, salióme al encuentro mi reputación de revolucionario y guillotinista. La que era ya condesa y mujer casada no quiso recibirme, y advertí que ya no le inspiraba desdén sino horror. La familia gestionó para enviarme á los presidios de Ceuta... No puedo pintar la rabia, el furor que esto me producía. Mi corazón agitóse de nuevo con pasiones salvajes. Recordé á París, recordé la Convención, y las carretas que iban desde la Conserjería á la plaza. Yo hablaba de esto y todos se reían de mí.

„Iba á las tertulias de las librerías, y los poetas y hombres ilustrados me tenían por loco. Los necios me aplaudían. Ocupábame en fundar lógias y clubs que al punto se poblaron de tontos... Huí de nuevo de España, lleno el pecho de rencores y afiliándome en el ejército de Bonaparte, estuve en Montenotte, en Mondovi y en Lodi. Cuando él fué á Egipto, le dejé y viví en París practicando varios oficios. Alistéme luego en tiempo del Imperio y le serví hasta la capitulación de Erfurth.

„Ya sabes que vine á España después de la invasión. ¡Qué inmensa alegría! Figurábaseme que los piés de los doscientos mil franceses que vinieron, eran míos y que con todos ellos estaba yo pisoteando el aborrecido suelo pátrio... La condesa estaba viuda. Quise verla y toda la familia se horrorizó de nuevo. Tú conoces mi viaje á Andalucía, donde serví accidentalmente la causa nacional: pero mi corazón me impelía á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

servir á mi patria adoptiva, á mi querida Francia que había cortado la cabeza al Rey y á los nobles.

„Creo que conoces mis proyectos. Busqué á mi hija. Quise recogerla, pero no pude. Al fin las circunstancias me han favorecido de tal modo, que este deseo ardiente de mi vida se cumplirá mañana mismo.

—Yo no veo en esto sino una cruel venganza. Muero con la esperanza de que Dios protegerá á esas dos personas que no quieren separarse.

—Eres un necio. Cifuentes está ocupado por los franceses, y no dejan que salga ni una mosca.

—¡Están presas!—exclamé con angustia.

—Presas, sí. La condesa se ha puesto bajo la protección del jefe de brigada Verdier; él no permitirá que se las ofenda.

—Dios bendiga á ese buen caballero.

—Joven amigo—me dijo con socarronería,—yo sé mas que el brigadier Verdier. Y no te digo más, porque me marcho. Por última vez te pregunto si aceptas lo que te he propuesto.

—¿Pasarme al enemigo? Los hombres como yo no hacen tales infamias. Ruego á usted que se marche. Quiero estar sólo.

—¡Desgraciado joven!—exclamó contemplándome con lástima.—Dios sabe que me es imposible salvarte. La ley de la guerra es inexorable. El general Belliard ha dado órdenes terribles para exterminar la pillería de las partidas. Dame la mano, Gabriel.

Levantóse no sin trabajo y acercándose á mí, estrechó mi mano.

—Este hombre empedernido—me dijo con cierta alteración en la voz—no siente indiferencia al considerar tu triste suerte. Adios... ¿No me das ningún recado?

No contesté nada. Mi postración, mi abatimiento moral eran extraordinarios.

—Adios—repitió apretándome ambas manos. Las mías estaban heladas y las suyas ardían.

Se despidió de mí, sin arrancarme una palabra más. Yo me hallaba en un estado de estupefacción dolorosa, y cual si todas mis facultades se hallasen en suspenso. La abundancia, la aglomeración de ideas en mi cerebro, hacía un efecto parecido al de no tener ninguna. Me había vuelto estúpido. No podía fijarme en ningun orden determinado de pensamientos, porque en mi cabeza reinaba el cáos. Mi vida pasada y la futura, aquella vida frustrada, se revolvían en él, y me era imposible expulsar de mí aquella tenebrosa balumba para llenar sólo con Dios mi entendimiento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIX

El Empecinadillo, después de hartarse segunda vez de pan, dió varios paseos militares por la prisión. Luego sintiéronse pasos fuera, acompañados de una tos perruna, y mi tierno compañero corrió azorado hacia mí gritando:—*El coco.*

Mosen Antón entró en la estancia, buscándome con la vista. Al verme, acercóseme con cierto respeto, y su cabeza tropezó repetidas veces en las vigas del techo; mas encorvándose llegó hasta mí, y apoyando las manos en las rodillas, doblado por la cintura y alargado el hocico, me contempló largo rato. Yo no me movía. El Empecinadillo, refugiándose en el rincón detrás de mí, metió la cabeza entre el pedazo de manta, y no hizo movimiento alguno mientras estuvo allí el coco.

Trijueque, golpeándome con la punta del pié, me dijo:

—Araceli, ¿duerme usted?... ¡Oh conciencia tranquila!

—Mosen Antón, ¿viene usted á convertirme?—le pregunté.

Turbóse ligeramente, y luego doblándose para sentarse, habló así en voz baja:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No se puede aguantar á esa canalla.

—¿Á qué canalla?

—Á los franceses.

—No se habla mal de los amigos, Sr. Trijueque, ¿le han hecho ya general en premio de su traición?

Mosen Antón se puso pálido.

—El general Guí—dijo con violenta ira—me llamó esta mañana para darme una bolsita con dinero. La tiré y salí sin decir nada... Araceli... ¿lo creerá usted? Esos canallas se burlan de mí, me llaman *monsieur le chanoine*, y hace poco los soldados me pedían riendo la bendición. Dí á uno tan fuerte bofetada que lo doblé... Pero vamos á otra cosa: el comandante me dijo: "Ese desgraciado que está arriba necesitará tal vez oir exhortaciones espirituales. Suba usted, padre, y á ver si le convence de que se pase á nuestro campo.„ ¿Hase visto insolencia semejante?... ¡Tratar de este modo á un hombre, á un guerrero como mosen Antón!

—He oido que á los franceses no les gustan los curas soldados.

—Así debe de ser—repuso con amargura el buen ex-párroco,—porque me manifiestan un desprecio... ¡Y quieren que le catequice á usted para que sea afrancesado! ¡No, mil veces no! ¿Sabe usted lo que le aconsejo? Que los mande á paseo... Vale más una muerte gloriosa...

Trijueque dió tan fuerte puñada en el suelo, que creí se había roto la mano.

—¡Morir, morir mil veces es mejor!—exclamó como hablando consigo mismo.—No se pase usted á los franceses, que son unos ladronazos sin vergüenza... ¡Ay, con qué gusto les vería arder á todos!... Pero vamos á cuentas. Dígame usted, ¿qué piensan de mí en la partida?

—Hablan de mosen Antón con tanto desprecio, que si yo fuera mosen Antón, me moriría de vergüenza.

El cura dejó caer la cabeza sobre el pecho, y estuvo largo rato meditabundo.

—¿Y Juan Martín, qué dice?—preguntó después.

—¿Qué ha de decir el hombre que se ha visto vendido del modo más vil, el hombre á quien un traidor amigo tendió celada tan horrible como la de anoche?... ¿Qué ha de decir de los que se pasaron al enemigo y guiaron ó ayudaron á éste para coparnos y matar á nuestro general?

—¡Matarle no!—dijo vivamente el guerrillero.

—Ó cogerle prisionero, que es peor. D. Juan Martín habrá muerto tal vez, y su grande alma ha recibido la recompensa acordada á los justos. Los infames traidores vivirán aborrecidos y despreciados de todo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

el mundo, y los mismos franceses huirán de ellos con horror, porque la traición es una mancha que no se cubre ni se borra.

De lo más hondo del pecho de Trijueque salió un suspiro ó resoplido.

—Juan Martín nos trataba muy mal—dijo.—No le podíamos aguantar. Se empeñaba en deslucirme... Yo quería mandar por mi cuenta y hacer lo que me diera la gana... Yo tengo un genio muy malo, y no me gusta que nadie se ponga sobre mí... Cuando ví que Albuín se marchó al campo enemigo, tuve tentaciones de hacer lo mismo; pero por el pronto me vencí. Estuve pensándolo mucho tiempo... ¡ay qué noches! Yo no podía dormir, ¡me reviento en Judas! La cólera que sentía contra Juan porque no me dejaba hacer mi gusto, y las promesas de los franceses...

—Dicen allá que le prometieron á usted un arzobispado.

—¡Mentira! ¿Quién dice tal cosa? ¡Eso es burlarse de mí!—exclamó mirándome con ojos furiosos.—Lo que me prometieron fué darme el mando de tres mil hombres. El general Guí me escribió una carta llamándome el *primer estratégico del siglo*, y diciéndome que el Emperador y el Rey José querían conocerme.

No pude contener la risa. Viéndome reir púsose más furioso el gran Trijueque, deslenguándose en improperios contra los franceses.

—¡Quién me lo había de decir! Pero estos perros me las pagarán todas juntas... ¡Engañarle á uno, engañar á un hombre que sería capaz de revolver el mundo si le dieran tres mil hombres escogidos; á un hombre que sería capaz de afianzar la corona en las sienes del Rey José ó en las del Rey Fernando, según su antojo y voluntad!

—En resúmen, señor cura—le dije,—usted está en camino de arrepentirse de su traición, y volverse al campo empecinado. Creo que lo recibirían como merece, es decir, á tiros. No habrá entre todos los leales que siguieron la suerte de D. Juan Martín, uno solo que no se crea deshonrado sólo de tocar la mano de mosen Antón.

Miróme el guerrillero con expresión extraña. Había en ella tanto de congoja como de ira. Después de una pausa me dijo:

—No, mosen Antón no vuelve atrás... No es este hombre de los que piden perdón. Lo que hice, hecho está. Soy una montaña y no me ablando con gotas de agua... ¡Me reviento en Judas! Váyase Juan Martín con mil demonios, y si los franceses me tratan mal que me traten, y si me llaman *monsieur le chanoine*, que me lo llamen, y si me quieren matar que me maten. Yo no me doblo; lo que hice, hecho está... Pues no faltaba más... Conmigo no se juega. Tan canalla son los unos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

como los otros... Pero no me arrepiento, no. Agradezca Juan Martín á Dios que no le hayamos cogido.

—Esos fieros, Sr. Trijueque—le dije,—prueban una conciencia alborotada.

—¿Y usted cómo tiene la suya?—me preguntó con interés.

—La mía está tranquila. Voy á morir. Mi alma se turba al considerar este trance; pero he cumplido con mi deber, no he hecho traición, no he vendido á mis jefes, no he cometido la vileza de auxiliar á mis enemigos. Muero con dolor, pero con calma.

Trijueque me miró largo rato. Luego tomándome la mano me la estrechó con fuerza, y me dijo:

—Aunque parezca mentira, le tengo á usted envidia.

—Lo comprendo,—repuse—porque á pesar de mi situación no me cambiaría con usted.

El cura se levantó sobresaltado; su cabeza dió en el techo, mas sin hacer caso del golpe ni del dolor consiguiente, corrió varias veces de un extremo á otro de la estancia.

—Mosen Antón—le dije,—cálmese usted. Un hombre de tal temple debe sufrir con más entereza la adversidad.

Yo, vencido y destinado á morir, consolaba al vencedor y al verdugo.

—¡Hermoso fin será el de usted!—exclamó parándose ante mí.—Bajará usted á la esplanada, y entrando con severo continente en el cuadro, usted mismo mandará el fuego. Bonito final. Eso se llama morir como un valiente, y no por castigo de traición, sino por la ley fatal de la guerra que á veces trae estas castástrofes... Y ahora, Sr. Araceli—añadió sentándose de nuevo junto á mí,—aconséjeme usted lo que debo hacer.

—El insigne mosen Antón, el gran estratégico, el hombre eminente, ¿necesita que yo le aconseje? ¿yo, que no valgo nada y que voy á morir? Hanle mandado aquí para que me exhorte y venimos á parar en que yo he de exhortarle.

—Sí—repuso el gigante con cierto embarazo pueril en la palabra.—Es que yo... yo soy bastante desgraciado. Desde anoche no sé lo que pasa en mí. Paréceme que el alma, esta grande alma mía, me da saltos dentro del pecho... paréceme que el Cielo... (desde anoche, todo desde anoche)... se me ha caído encima y que tengo que estar con las manos en alto, sosteniéndolo para que no me aplaste.

—Pues bien—dije,—ya sé el mal que padece mosen Antón. Me lo figuraba. La situación en que me hallo me autoriza para aconsejar á persona de más edad y experiencia. ¿Quiere usted curarse de su mal?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Pues no hay más que un remedio, y consiste en huir de aquí, abandonando á los franceses, buscar á D. Juan Martín, si es que vive, echarse á sus piés, pedirle perdón humildemente y suplicarle le conceda á usted, no el mando de un batallón, que eso es imposible, ni siquiera el mando de una compañía, sino una plaza de simple soldado en su ejército.

—¡Eso jamás!—exclamó con súbita agitación el guerrillero.—¡Usted se burla de mí! Rayos y truenos... ¿Soy algún monigote?... ¡Pedir perdón! No sé cómo lo escucho con paciencia.

—Pues desechado ese remedio, aún queda otro, el único.

—¿Cuál?

—Ahorcarse. Es de un efecto inmediato. Siga usted el ejemplo de Judas, después de haber vendido á Jesús.

—¡Qué consejos da usted! ¡Pedir perdón á Juan Martín!...

—Como le veo á usted arrepentido...

—Arrepentido precisamente, no...—dijo con afectada entereza.—Un hombre como Trijueque... sabe lo que hace y por qué lo hace...

—Entonces no hablemos más... Que le aproveche á usted el arzobispado que le van á dar.

—¡Arzobispado á mí!—clamó con furia, sacudiéndome el brazo.—Sepa usted que de mí no se ríe nadie, nadie.

—Mosen Antón—indiqué deseando poner fin á aquella conferencia, déjeme usted solo.

—No me da la gana... Vamos á ver... He subido para ayudarle á usted á bien morir, y si me ven bajar tan pronto, esa canalla dirá que *monsieur le chanoine* despacha á los reos demasiado pronto...

—Sin embargo, si alguien nos oye creerá que el reo es usted y yo el padre capellán.

—En resumidas cuentas, Sr. Araceli—dijo con mucha impaciencia,—¿qué cree usted que debo hacer?

—Ya lo he dicho, á no ser que prefiera el buen cura quedarse entre los franceses diciendo misa...

—¡No, no, no!—gritó con exaltada inquietud, haciendo gestos de loco. Yo no puedo pedir perdón á Juan Martín. Desde anoche, un demonio está montado sobre mi hombro, y con la boca pegada á mi oido me dice: "Pide perdón á Juan Martín...„ No, mil veces no. Este hombre, este gran Trijueque, este corazón de bronce no puede ser capaz de tanta bajeza... Juan Martín me ha faltado, me ha humillado, no quería que yo fuese general como él, cuando me siento con alma y cabeza para mandar todos los ejércitos de Napoleón.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—D. Juan quería que sus subalternos le obedecieran. Esta es su gran culpa.

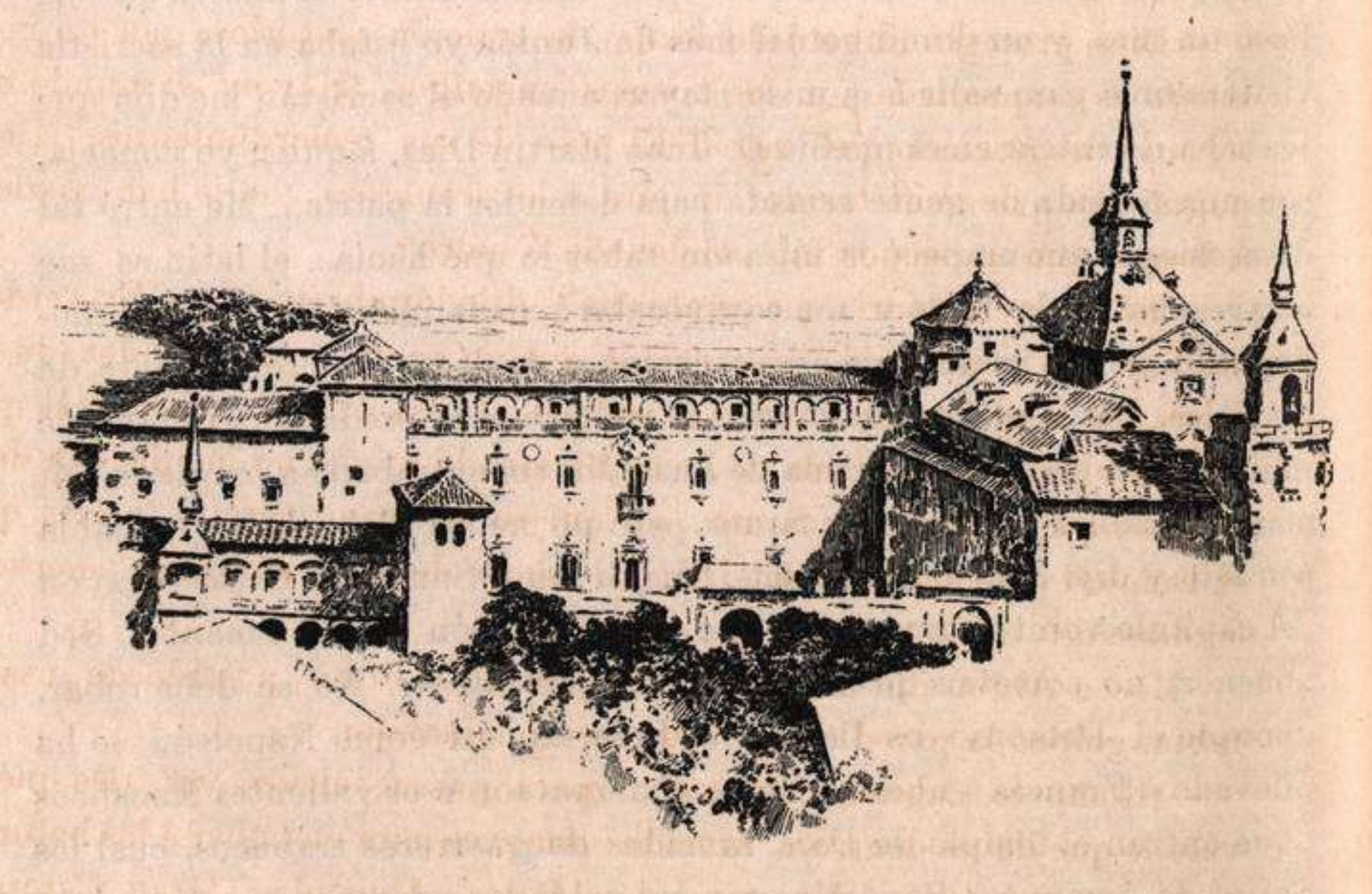
—Juan tenía envidia de mis victorias.

—Él le sacó á usted de la nada, y le dió nombre y poder.

—Es verdad, no negaré que debo á mi enemigo la reputación que he adquirido, porque hace tres años yo no era más que cura. ¡Qué tiempos! Me parece que fué ayer, y al recordarlo, el corazón me baila en el pecho... Desde mi juventud conocí que Dios no me había llamado por el camino de la Iglesia. Frecuentemente, ya después de ser clérigo, pensaba en batallas y duelos, y más que con la lectura de teólogos y doctores, mi espíritu se apacentaba con las obras de Ginés Perez de Hita, de D. Diego y D. Bernardino de Mendoza... y otros historiadores de guerras. En mi curato de Botorrita viví tranquilamente muchos años. Yo era un Juan Lanas: decía misa, predicaba, asistía á los enfermos y daba limosna á los pobres. ¡Ay! En tanto tiempo, ni siquiera supe cómo se mataba un mosquito. Pero mi alma, sin saber por qué, no estaba contenta con aquella vida, y mi pensamiento vivía en otras esferas. Estalló la guerra. El día en que llegó á Botorrita la noticia de los sucesos del Dos de Mayo, me puse furioso, me volví salvaje. Salí á la calle, y entrando en casa de un vecino, empecé á dar gritos, por lo cual me llevaron en triunfo... ¡Ay, qué día! Compré un trabuco y me ocupé en disparar tiros al aire, diciendo: "Ya cayó un francés... allá va otro...„ Pasó un mes, y un domingo del mes de Junio, yo estaba en la sacristía vistiéndome para salir á la misa mayor, cuando el sacristán me dijo que acababa de entrar en el pueblo D. Juan Martín Díez, á quien yo conocía, con una partida de gente armada para defender la patria... Me entró tal desasosiego, que empecé la misa sin saber lo que hacía... el latín se me atravesaba en la boca y me equivocaba á cada instante. Como el monaguillo me advirtiera mis equivocaciones, le dí un bofetón delante de los fieles. Dicho el Evangelio subí al púlpito para predicar, á punto que muchos hombres de la partida de Juan Martín entraban en la iglesia. Mi plan era hablar del Espíritu Santo; pero no me acordaba de lo que había pensado y dije á los botorritanos: "Hijos míos, San Juan Crisóstomo en „el capítulo veinte y nueve escribe que Napoleón es un tunante... Sed „buenos, no cometais pecados. *Napoleo precitus est.* No se debe robar, „porque el Demonio os llevará al Infierno, así como Napoleón se ha „llevado á Francia á nuestro Rey... ¿Quiénes son esos valientes Macabeos „que entran el templo de Dios, armados de guerreros trabucos, cual los „hijos de Asmoneo? Benditos sean los soldados que vienen con su tren

(c) 2008 Ministerio de Cultura

„de escopetas y navajas, como Matatías, cuando marchó contra Antioco „Epifano. ¿Y quién es aquel belicoso Josué que ahora entra por la puer- „tecilla de las Ánimas? ¿Quién puede ser sino el santo varón de Castrillo „de Duero, que va á Gabaón en su jaca negra, para vencer á Adonisedec „rey de Jebús? Celebremos con cánticos la caída de las murallas de „Jericó, al son de los bélicos cuernos y de las retumbantes castañue- las.„ Y en este estilo, seguí, ensartando disparates. Yo no sabía lo que predicaba. El pueblo y los guerrilleros se volvieron locos y con sus patadas y gritos atronaron la iglesia. Seguí mi misa... ¡Ay! cuando consumí no supe lo que hice: no respondo de haber tratado con mira- miento al santo cuerpo y á la santa sangre de Nuestro Señor... El cáliz se me volcó. Durante el lavatorio, el monaguillo entusiasmado se puso á dar brincos delante del altar... Yo no cabía en mí y los piés se me levantaban del suelo. Todo cuanto tocaba ardía, y hasta dentro de mí creí sentir las llamas de un volcán. Cuando me volví al pueblo para decir *Dominus vobiscum*, alcé los brazos y grité con toda la fuerza de mis pulmones: *¡Viva Fernando VII, muera Napoleón!...* Juan Martín, su- biendo precipitadamente al presbiterio, me abrazó, y yo por primera y única vez en mi vida me eché á llorar. El pueblo aplaudía, llorando también. Un momento después, yo había ensillado mi caballo y se- guía la partida de Juan Martín.„



(c) 2008 Ministerio de Cultura

XX

AYA usted preparando su espíritu con esos recuerdos—le dije,—y al fin comprenderá que no tiene otro camino que pedir perdón á D. Juan de esa gran villanía que usted cometió en un momento de despecho. Todos los hombres tienen un mal cuarto de hora.

—No... nada de perdones—repuso dejando caer la cabeza sobre el pecho.—Juan me ha tratado mal. Tiene envidia de mis hazañas. ¡Oh! Si le hubiera yo cogido anoche, le habría dicho. "Ea, Sr. Empecinado, ¿de qué le valen á usted esos humos? Ya está usted á merced de mosen Antón... Abajo esos galones y váyase usted á su casa. Le hubiéramos perdonado, tomando yo el mando de toda la gente, pues así lo concerté con Albuín.

—Dios protegió al soldado leal, y la traición victoriosa por un momento es despreciada por los mismos enemigos. ¿Hay en el mundo un sér más desgraciado que usted? El peso de sus remordimientos, la repugnancia que como traidor inspira á los franceses, ¿no le han movido á desear cambiarse por mí, condenado á morir?

—¡Sí... me cambiaría, me cambiaría!—dijo lúgubremente.—En verdad no hay un hombre más desgraciado que yo en toda la redondez de la tierra. El Manco está contento, porque al fin... ese no quería más que dinero y ya lo tiene. Pero yo he ambicionado lo que no me pueden dar, lo que no alcanzaré nunca, no... yo quiero un gran ejército, y creí que el Demonio me lo daría. El Demonio se rie de mí y me llama *¡monsieur le chanoine!*

Mosen Antón dió un salto, y con frenético ardor, poseido de insana rabia, golpeó la pared con su cabeza, exclamando:

—¡Rómpete, cabeza, rómpete!... ¿para qué me sirves ya? ¿De qué te vale lo que llevas dentro?... inventa sermones para embobar á los botorritanos, y nada más. ¡Epaminondas, César, Alejandro, Gran Capitan

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Bonaparte! Vosotros tuvísteis ejércitos que mandar, yo no mandaré más que en mi iglesia, y el ama y mi sobrina y el sacristán y el monago me obedecerán tan sólo.

—Basta—dije apartándole de la pared, temiendo que realmente se estrellara el cráneo.

El Empecinadillo sacó la cabeza fuera de la manta, para mirar un instante con aterrados ojos á Trijueque. Después se volvió á esconder.

—Hasta que no me echen abajo esta montaña que llevo sobre los hombros... Mi cabeza es demasiado grande y harto pesada para uno solo. Con ella habría para dar entendimiento á veinte.

Los ojos se le querían saltar de las irritadas órbitas; respiraba con ardiente resoplido y el aspecto de su cara era el de un delirante.

—Me voy dijo.—Quiero pasear por el campo... pensaré lo que debo hacer. Valiente jóven, ánimo. La situación de usted es de las más gloriosas.

—Sí—repuse con honda tristeza.

—Le fusilarán de madrugada. Su recuerdo quedará vivo y respetado en el ejército. "¡Araceli, dirán, gran muchacho! Murió por no querer pasarse al enemigo...„ Se escribirá su nombre en la historia... ¡bonita página...! hermosa vida y más hermosa muerte!

No le respondí nada.

—¿Será usted capaz de flaquear en el momento supremo? Esa alma varonil ¿será capaz de sentir turbación cuando el cuerpo se vea dentro del fúnebre cuadro?

—No.

—Ánimo. Si le viera á usted decaer de su apogeo glorioso, tendría un disgusto. Pues no se envanecería poco esa vil canalla si usted se afrancesara... No, no, vil gentuza francesa... no le tendreis... El heróico joven morirá antes que servir bajo vuestra ignominiosa bandera... ¡Maldito sea el español que cae en vuestros lazos! miserables secuaces del gran bandido!... Valor, joven. Que le vea yo á usted dentro del cuadro, abatiendo con su noble altivez, la vanidad de esos cobardes.

—Es extraño que de tal modo me hable un hombre que ha hecho lo que ha hecho.

—No me hable usted de mí. Yo soy un... Anoche, santo Dios... cómo me abrumaba el peso... Con que valor, mucho valor... Este ejemplo que tengo ante la vista me entusiasma... Francamente, cuando ví que subía á conferenciar con usted ese farsante á quien llaman Santorcaz, temí...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Le conozco hace tiempo. Ese hombre y yo no podemos hacer buena compañía.

—El se las prometía muy felices. Es un bribón. En verdad no es de los que peor me tratan. Dicen que todas esas idas y venidas al ejército francés y el recorrer los pueblos de la Alcarria es por cuestión de unos amores con cierta jovenzuela de Cifuentes.

—¿Eso dicen?

—Sí... y ahora me viene á la memoria que entre él y ese zascandil de D. Pelayo, que vino acá conmigo, están tramando una picardía... El nombre del Sr. Araceli danza en la fiesta.

—¿Mi nombre?

—Sí; pero ¿qué le importan estas tonterias á un hombre que está con un pié en la inmortalidad?

—Cuénteme usted todo lo que sepa...

—Ello es que... á ver si me acuerdo. Tiene uno la cabeza tan llena de ideas, que no se fija en lo que se dice á su lado...

—Haga usted memoria. Nada me sorprenderá, pues todo lo he previsto.

—Ello es que...—dijo rascándose la oreja.—¡Ah! ya me acuerdo. Hay una chica en Cifuentes.

—Es muy natural que haya, no una sino varias.

—Y esa chica es al modo de novia de Araceli. Un gran soldado como usted no debe meterse en noviazgos... ¡Ah! es evidente que Santorcaz quiere llevársela. En verdad, fusilarle á uno y quitarle después su novia es un poco fuerte. Pero no haga usted caso. Ánimo, joven. Las grandes almas desprecian las pequeñeces del mundo.

—¿No sabe usted más?

—Sí. Ese D. Luis estaba esta mañana discurriendo el modo de sacarla... Si pudiera acordarme de lo que dijo... ¡Cómo se reían los tunantes!... El D. Pelayo mostró á Santorcaz una carta que usted había escrito á esa damisela desde Sigüenza, y que le confió á él para que la llevase.

—Es verdad. Hace más de diez días—dije con la mayor ansiedad.

—Santorcaz la leyó. Después, después... ya me acuerdo. Después dijo que era preciso escribir otra imitando la letra de usted.

—¿Para qué?...

—Una cartita en que se figurase que usted escribía á la tal chiquilla... (¿para qué se mete usted en chicoleos con las muchachas?) pues... una esquela diciéndole: "Estaba preso en Gargoles, y me he escapado. Unos „amigos me han escondido. Quiero veros, lucero mío, sí... quiero veros·

(c) 2008 Ministerio de Cultura

„Venid al instante. Sé que vuestra mamá está enferma en cama. No le „digais nada. Tengo que confiaros una cosa, de que depende el por- „venir etc... Salid un momento por la puertecilla de la huerta. Estoy en „la casa de enfrente. Fiaos del que os entregará esta, que es mi mejor „amigo... Cuando yo subí, D. Pelayo, que es gran pendolista, estaba escribiendo la carta. El Demonio son los enamorados. Hé aquí una debilidad que yo no he tenido nunca. Esos bribones quieren obligarla á salir de la casa para echarle el guante.

Al oir esto quedéme absorto y mudo. Después la sangre saltó dentro de mí, y una cólera impetuosa se desató en mi pecho. Levantándome con ímpetu frenético, corrí á la puerta, que Trijueque había cerrado por dentro guardando la llave, y la sacudí con violencia.

—¡Quiero salir!—grité.—¡Quiero salir! No puedo estar aquí ni un momento más. ¡Mi libertad, que me devuelvan mi libertad!

Mosen Antón, corriendo tras mí, me sujetó.

—¿Qué es eso de libertad? Silencio.

El furor me abrasaba la sangre. Mi corazón estallaba, y olvidé mi próxima muerte.

—¡Quiero mi libertad! ¡Yo necesito salir de aquí, hablaré al comandante!... ¡Esos infames merecen que les arranque las entrañas!

Dí tan fuertes patadas en la puerta, que el edificio retemblaba con violenta convulsión.

—Araceli—dijo Trijueque alzando la voz,—esa puerta no se pasa sino para ir al cuadro ó para ponerse al amparo de la bandera francesa.

Exaltado por la ira, loco, fuera de mí, ardiendo todo, cuerpo y alma, grité:

—Pues bien, me paso á los franceses... me paso, hago traición. Pero que me saquen de aquí; que me den mi libertad... quiero correr fuera de aquí... Tengo que hacer en otra parte.

—¡Desgraciado, insensato, miserable!—exclamó Trijueque estrechándome en sus brazos de hierro.—¿Así habla un español valiente y patriota, así se renuncia á la gloria, al honor? Silencio, porque si vuelves á hablar de pasarte al enemigo, aquí mismo... ¡Pasarse á la canalla!... ¡Ahí es nada!... ¡Eso quisieran ellos!... No lo consentiré.

—¿Quién habla así?—grité luchando con el coloso para desasirme de él.—El mayor y más vil traidor del mundo. Usted, mosen Antón, que ha vendido á su jefe...

—Pero yo...—repuso con gran turbación.—Repara que yo soy...

Lanzando un rugido, se cubrió la cara con las manos y exclamó:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Yo soy un hombre indigno, un Judas!

Al ruido que ambos hicimos, acudió gente, y abriendo mosen Antón la puerta, llenóse mi prisión de oficiales y soldados.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó el oficial de guardia, mirándome con fieros ojos.

—¿Ha querido escapar atropellando á *monsieur le chanoine*?—dijo otro observando la turbación de Trijueque.

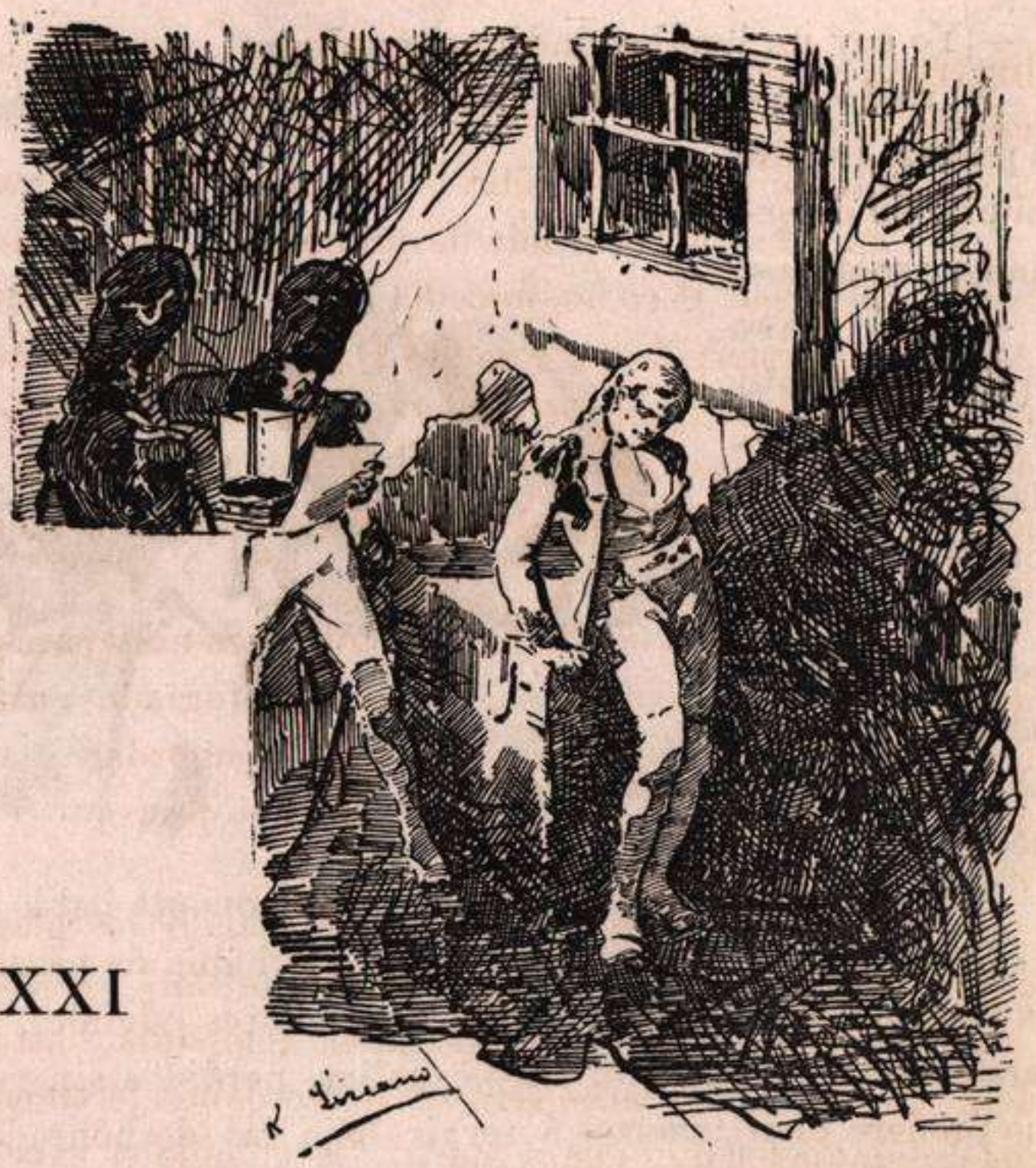
Éste con voz campanuda y acción imponente habló así:

Es un salvaje, un bárbaro, y al que le habla de pasarse á los franceses le quiere matar. Había que oirle, señores oficiales, había que oirle. Para él todos ustedes son unos canallas, perdidos sin vergüenza, y dice que prefiere cien muertes á servir bajo las deshonradas banderas del Imperio. Cuando se lo propuse se echó sobre mí llamándome traidor... No hay que hablarle más que de la honra, de la conciencia y otras maaderías... Á este joven se le ha puesto en la cabeza que primero es el honor que nada. Mi opinión es que le fusilen al momento.

Los franceses no comprendieron la ironía de las palabras de mosen Antón. Yo, abrumado, confundido por tan extraña salida, sentí desfallecer mi ánimo y disiparse aquella exaltación que me habia hecho pedir á voces la deshonra. Contesté afirmativamente al oficial, cuando me preguntó si me ratificaba en lo dicho por el clérigo; fuéronse todos y quedé solo otra vez.

El día empezaba á declinar. Mi alma cayó en la oscuridad. Estaba irritada, demente y forcejeaba en doloroso pugilato con las sombras, con las ideas, con las sensaciones. Á ratos apetecía la libertad con vehemencia terrible; después se abrazaba á la cruz de su honor, anhelando no separarse de ella. ¡Cuán difícil me es pintar lo que pasó dentro de mí aquella noche! Si alguien ha visto la muerte delante de sí y ha abofeteado sin respeto ni pavor la imágen del tránsito terrible, para echarse después llorando en sus brazos y decirle: "Vamos, vamos de una vez,, comprenderá lo que yo padecí.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXI

En aquellos instantes de turbacion espantosa reflexioné que una defección fingida no me serviría de nada, porque los franceses me retendrían allí, imposibilitándome acudir á Cifuentes, como yo deseaba. Era preciso, pues, resignarse á morir. La traición no cabía en mi pecho, y me aterraba más que la muerte desconsolada, fría y sin gloria que tenía tan cerca.

Largo tiempo estuve solo. Turbaba el silencio de la solitaria pieza la voz del Empecinadillo que hablaba con sus juguetes en un rincón. El pobre chico, cuando se sentía fatigado de correr, sacaba de entre sus ropas objetos diferentes que le servian de diversión. Un par de botones eran caballos, un pedazo de clavo hacía de coche, y una piedra de chispa, de cochero. Si su fantasía se inclinaba á las cosas militares, las mismas baratijas eran cañones, cuerpos de ejército y generales. Otras veces eran personas que le hablaban y sostenían con él chispeantes diálogos. En mi tribulación ¡cuán inefable deleite experimentaba oyéndole!

Entró ya de noche un oficial en compañía del mismo soldado que me visitara por la mañana. Echóme el primero á la cara la luz de una

(c) 2008 Ministerio de Cultura

linterna, y después leyó un papel que parecía ser mi sentencia de muerte.

—Al romper el día—añadió—sereis pasado por las armas.

Era extraña la sentencia de un consejo de guerra que me mandaba fusilar sin oirme. Pero no procedía hacer reflexiones sobre esta anomalía. Ademas, los guerrilleros, excepto D. Juan Martín, acostumbraban despachar á cuantos franceses caían en sus manos sin molestarse en el uso de procedimientos. Los enemigos al ménos tenían la consideración de leerle á uno un papel donde constaba la picardía inaudita de defender la patria.

El zapador traía comida abundante para mí y para el Empecinadillo, que recogiendo sus juguetes, se había refugiado entre mis brazos. Es costumbre, hasta en los campamentos, engordar y emborrachar á los que van á morir, aunque no consta este precepto entre las obras de caridad de la religión cristiana.

—Mi teniente—dijo el soldado arreglando los platos en el suelo,—creo que debe retirarse de aquí este chiquillo.

—Si el preso quiere retenerlo en su compañía hasta mañana, dejadlo aquí, Plobertín. Ese niño será suyo. No debe mortificarse inútilmente á los desgraciados que van á morir. La comida es excelente, señor español, y el vino de lo mejor.

Después de esta explosión de sentimientos caritativos, el francés me miró con lástima.

—Mañana—prosiguió—se recogerá este infeliz huérfano para entregarlo en el primer hospicio que encontremos en el camino.

Retiróse el oficial, y Plobertín seguía poniendo en orden los platos. Observéle á la luz de la linterna, y con gran sorpresa ví su rostro bañado en lágrimas.

—¿Qué tiene usted?—le pregunté.

Plobertín, por única respuesta, corrió hacia el Empecinadillo, y estrechándole en sus brazos, lo besó con ardiente efusión.

—Es una mengua—dijo—que un soldado del Imperio llore á moco y baba, ¿no es verdad? Pero no lo puedo remediar. Mis camaradas se han reido de mí. Al ver esta noche á vuestro niño, el corazón se me ha derretido... Señor oficial, me muero de dolor.

Sin cuidarse de la comida que me servía, sentóse ante mí, sosteniendo al chico sobre sus piernas cruzadas.

—Toma—dijo sacando del bolsillo varias golosinas.—Te voy á hacer un vestido de lancero y una espadita de hierro con su vaina y correaje.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Me dejaré emplumar antes que permitir, como quiere el teniente Houdinot, que te quedes en un hospicio. ¡Ay, mi pequeño Claudio; corazón y alma mía! Mañana me pertenecerás. El pobre soldado, ausente de su hogar, triste y sin familia te llevará en sus brazos.

—¡Cuánta sensiblería! Ya sabemos que vuestro niño era como éste.

—Sí—exclamó con intensa congoja.—Era como este, era, señor oficial, pero ya no es. ¿No dije á usted que hoy esperábamos el correo de Francia? Pues el correo vino; ójala no viniera. El corazón me anunciaba una desgracia. ¡Ay, mi hijo único, mi pequeño Claudio, el alma de mi vida está ya en el Cielo!

Cubriéndose el rostro con ambas manos, lloró sin consuelo.

—En la Borgoña—añadió—el sarampión se está llevando todos los niños. El señor cura Riviere me escribe (porque mi esposa, á causa de su desolación no puede hacerlo, además de que no sabe escribir), y me dice que el pequeño Claudio... mi corazón se despedaza. El pobre niño no se apartaba de mi memoria en toda la campaña. ¡Oh! Si yo hubiera estado en Arnay-le-Duc, mi pequeñín no hubiera muerto... ¡Cómo es posible! Tiene la culpa el Emperador... ese ambicioso sin corazón... ¡Que Dios le quite al rey de Roma, como me ha quitado el mío!... Yo también tenía mi rey de Roma, que no nació para hacer daño á nadie... ¡Pobre de mí! No tengo consuelo... Era rubio como este, con dos pedazos de cielo azul por ojos, y este aire marcial, esta gracia, esta monería. Cuando yo le tomaba en brazos para llevarle á paseo, me sentía más orgulloso que un rey y todos los papanatas de Arnay-le-Duc se morían de envidia...

La congoja le impedía hablar. La cara del Empecinadillo se perdía en sus magníficas barbas, humedecidas por las lágrimas. Aquella personificación de la fuerza humana, aquel león, cuya sola vista causaba miedo, estaba delante de mí, dominado y vencido por el amor de un niño.

—La semejanza—dijo—de este angelito con el mío es tanta, que me parece que Dios después de llamar á mi pequeño Claudio al Cielo, lo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

envía á hacerme una visita. Como me den la licencia en Marzo, espero entrar en Arnay-le-Duc con vuestro muñeco en brazos y presentarme en mi casa diciendo: "Señora Catalina, aquí lo traigo. El buen Dios que sabía mi soledad, lo mandó á mi campamento. Has estado sola unos meses... Todo no ha de ser para tí... Ya estamos juntos los tres. Convidemos á todos los vecinos, celebremos una fiesta, pongamos á la cabecera de la mesa al cura Mr. Riviere, para que nos explique este milagro de Dios.„

Después, y mientras el Empecinadillo comía, me miró fijamente y me dijo:

—Aquí hace bastante frío. Además, este chico os servirá de estorbo. ¿Por qué no me lo dais desde ahora?

—Sr. Plobertín—repuse,—este niño no se separará de mí, mientras yo viva, ¿verdad, lucero?

El Empecinadillo, saltando de los brazos del zapador, corrió á arrojarse en los míos.

—Ven acá, tunante—le dije.—Tú no quieres á los asesinos de papá... Dile á ese animal que se marche, que no quieres verle.

El niño miró á Plobertín con miedo y se aferró á mi cuello, juntando su cara con la mía.

—Os equivocais, Sr. Plobertín—añadí—si pensais apoderaros de esta criatura luego que yo muera. La dejaré en poder del comandante, el cual en su caballerosidad no permitirá que por más tiempo esté ausente de sus padres.

—¿No es vuestro?

—¡Qué desatino!—¿Habeis visto alguna vez que un oficial lleve sus hijos á la guerra?

—Muchas veces; en los ejércitos imperiales se han criado algunos niños.

—Este que veis aquí es hijo de los señores duques de Alcalá. Hallábase en poder de su nodriza en un pueblo de la Alcarria; quemaron nuestros soldados el lugar, recogiendo á este señor duquito; mas sabida por D. Juan Martín la elevación de su origen, ordenó que fuese entregado en Jadraque á la servidumbre del señor duque que lo está buscando. Con este fin lo llevábamos, cuando nos sorprendieron los renegados y los franceses. Yo lo recogí del campo de batalla, á punto de ser pisoteado por la caballería.

Plobertín, hombre de poca perspicacia, creyó lo del ducado.

Antes de morir lo entregaré al señor comandante para que lo retenga

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en su poder hasta que pueda ser puesto en manos de la gente del de Alcalá. Os advierto que el señor duque es partidario y amigo del Rey José. Con que pensad si vuestro comandante tendrá cuidado de complacerle.

Plobertín lo creyó todo. Bestia de mucha fuerza pero de poca astucia, no supo evitar el lazo que yo le tendía. Mirábame con asombro y desconsuelo.

—De modo que no hay pequeño Claudio para el Sr. Plobertín—añadí. —Sois un hombre sensible, un padre cariñoso; pero Dios ha querido probaros, y el consuelo que deseábais os será negado. Sin embargo (al decir esto acerquéme más á él) os propongo un medio para que adquirais este juguete que tanto os agrada.

—¿Cuál?

—No puede ser más sencillo—le contesté con serenidad.—Dejadme escapar y os dejaré esta prenda.

Levantóse con viveza el león y enfurecido me dijo:

—¡Que os deje escapar! ¿Qué habeis dicho? ¿Por quién me tomais? ¿Creeis que somos aquí como en las partidas? ¿Creeis que los franceses nos vendemos por un cigarrillo como vuestros guerrilleros?... ¡Escapar! ¡Sólo Dios haciendo un milagro os salvaría!

—Sr. Plobertín, un buen soldado como vos ¿será cómplice del asesinato que se va á perpetrar en mí?

—¡Asesinato!—exclamó mostrándome sus formidables puños. Que os salpiquen los sesos ¿á mí que me importa? Lo mismo debieran hacer con todos los españoles, á ver si de una vez se acababa esta maldita guerra... Miradme bien, mirad estas manos. ¿Creeis que necesito armas contra un alfeñique como vos? Si lo dudais y quereis probarlo, hablad segunda vez de escaparos. Estando en Portugal con Junot, custodiaba á un preso. Quiso fugarse, le cogí el cuello con la izquierda y con la derecha díle tan fuerte martillazo sobre el cráneo, que ahorré algunos cartuchos á los tiradores que le aguardaban en el cuadro...

Luego quiso tomar en brazos al Empecinadillo, diciendo:

—Dame un beso, amor mío, que me voy. Despídete de tu papá.

El chiquillo se aferró á mi cuello con toda su fuerza, y ocultando el rostro, sacudió sus patitas que azotaron la cara del formidable zapador. Gruñendo y jurando alejóse éste, después de darme las buenas noches con muy mal talante.

La débil esperanza que me había reanimado por un momento, desaparecía.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXII

USE al Empecinadillo sobre mis rodillas, y le dije:

—Pobre niño, esperé que me salvarías; pero Dios no lo quiere.

Pareció que me entendía y se puso á llorar.

—No llores, no llores... á ver, come de este pastel que el Sr. Plobertín ha traido para tí. Parece que está bueno.

La soledad y profunda tristeza en que me encontraba, me inducían á comunicarme con mi compañero, cual si fuese una persona capaz de comprenderme.

—Considera tú si no es una iniquidad lo que van á hacer conmigo. Matarme, asesinarme, porque es un asesinato, hijo mío, ¿no lo crees así? ¿Qué he hecho yo? Servir lealmente á la patria. Esos esclavos de Bonaparte, que le obedecen como máquinas y le sirven como perros, no comprenden el sentimiento de la patria.

El Empecinadillo me miró con sus dulces ojos azules llenos de luz y de expresión. Creyendo advertir en su mirada el más categórico asentimiento á mi discurso, proseguí de este modo:

—¡Glorioso es morir sin culpa! ¡Gran premio del bien obrar, de la inocencia y de la virtud, es esa inmortalidad gozosa que la religión nos ha ofrecido, niño mío! Pero mi alma no está tranquila, mi alma no tiene bastante serenidad ni bastante entereza para afrontar los horrores del tránsito, y se apega un poco á la tierra. ¡Qué infeliz soy! Bien lo sabes tú. En mi vida agitada, triste y dolorosa, sin padres, sin familia, sin fortuna, obligado á luchar con el destino y á vivir con mis propios esfuerzos, sólo dos personas me han amado con desinteresado y santo cariño. Esas dos personas están á punto de ser víctimas de una infame acción, y aquí me tienes imposibilitado de socorrerlas, preso, dispuesto á morir, casi muerto ya. ¡Qué triste momento! ¿No me dices nada, no me consuelas?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El Empecinadillo se comía su pastel.

—Come, hermoso animalito, no tengas reparo de comer—continué;—aprovecha el tiempo, aprovecha las horas de tu inocencia, estas horas en que siempre hallarás personas caritativas que te den el sustento, que te abriguen y consuelen. Pero crecerás, crecerás; la carga de la vida empezará á pesar sobre tus hombros hoy libres; ¡sabrás lo que son penas, luchas, fatigas y dolores!

Le abracé y besé con dolorosa emoción. Era la única forma viva del mundo delante de mí, y su pequeño corazón, que yo sentía palpitar entre mis brazos, parecía indicarme la despedida de los sentimientos que yo había logrado inspirar en la tierra. Le apretaba contra mí, como si quisiera metérmelo en el pecho.

—¿Me quieres mucho?—le pregunté.

—Sí—me respondió, añadiendo mi nombre, desfigurado por su media lengua.

—¿De veras me quieres mucho?—le pregunté de nuevo experimentando las más puras delicias al oirle decir que me amaba.—¿Y quieres que me maten?

Movía la cabeza negativamente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Yo experimentaba una angustia insoportable y el corazón se me deshacía. Nuevamente me sentí atacado de la desesperación, y levantándome impetuosamente y corriendo á la reja, intenté moverla con colosales esfuerzos. La reja, bien clavada en el muro, no se movía, y aunque sus barrotes no eran muy gruesos, tenían la robustez suficiente para no ceder al empuje de manos humanas, aunque fueran las del zapador Plobertín.

—Y si pudiera romper esta reja—dije para mí,—¿de qué me serviría, si la salida de la huerta está cerrada, y todo custodiado por centinelas?

Corrí por la habitación como un demente, aplicando el oido á la cerradura de la puerta, tocaba con mis manos las vigas del techo, por ver si alguna cedía, golpeaba con violentos puntapiés las paredes. No había salida por ninguna parte.

En tanto mi compañero, bien porque tuviera frío, bien porque se asustara de verme en tan lastimoso estado de locura, empezó á llorar á gritos.

—Calla, mi niño, calla por Dios...—le dije;—tus llantos me hacen daño. ¡Plobertín va á venir y te comerá!

No me engañaba. Al poco rato sentí que descorrían los pesados

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cerrojos, y entraron un sargento que hacía de carcelero y Plobertín muy irritado, diciendo:

—¿Por qué llora ese niño? Desde abajo le he sentido. Lo estais mortificando, señor oficial, y os las vereis conmigo... ¿Qué te ha hecho este judío, amor mío, qué quieres?

—Sr. Plobertín—dije,—hacedme el favor de no molestarme más con vuestras visitas. Me quejaré al comandante por la mañana.

—Señor oficial—dijo él furiosamente,—os advierto que si seguís mortificando á la criatura, no podreis decirle nada al comandante, porque aquí mismo... Ya me conoceis... Contento está el comandante de vos... No entro de guardia hasta la madrugada; estaré abajo; y si siento llorar otra vez al pequeño Claudio... Sin duda os habreis comido las golosinas que traje para él...

—Vámonos, Plobertín—dijo el sargento.—El comandante ha mandado que se le deje tranquilo.

Se fueron. El muchacho calló. Arropándole para que durmiera, le dije:

—Empecinadillo, no hay más remedio que resignarse á la muerte. Duerme, niñito mío; recemos antes. ¿Sabes rezar?

Sus labios articularon dos ó tres vocablos de los más feos, atroces é indecentes de nuestra lengua.

—Eso no se dice, chiquillo. ¿Mamá Santurrias no te ha enseñado el Padre nuestro, ni siquiera el Bendito?

Me contestó en la lengua que sabía.

—Chiquillo, ¿tú no sabes que hay un Dios, el que te da de comer, el que te ha dado la vida, el que ahora ha dispuesto que me la quiten á mí?

Esto no lo entendía, y me miraba atentamente. En mi pecho se desbordaba el sentimiento religioso, y mi alma, en su exaltación, buscaba otra alma que armonizase con ella, que la acompañase, guiándola en su misterioso vuelo.

—Empecinadillo—proseguí sin caer en la cuenta de que hablaba con un niño,—recemos. Dios dispone del destino de las criaturas. Dios da la vida y la muerte. Yo elevo mi espíritu al Supremo bien, y le digo: "Señor que estás en los cielos, recíbeme en tu seno.„

El huérfano, repentinamente atacado de una jovialidad inagotable, pronunciaba, recalcándolas con complacencia infantil, las palabrotas de su repertorio. Yo quisiera poderlas copiar; pero el pudor del lenguaje me lo veda, quitando todo su interés á la escena que describo.

—Niñito mío—le dije,—olvida esas barbaridades que te han enseñado.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Pero eres un ángel, y en tu boca el fango es oro. Pide á Dios por mí. ¿Tú sabes quién es Dios?

Sin responder nada, miraba al techo.

—Dios está arriba—añadí,—encima del cielo azul, ¿sabes? Recemos juntos, y pidámosle piedad para la desgraciada víctima de las pasiones de los hombres... Pero tú no entiendes esto... Duérmete, pobrecillo que es locura hacerte participar de mi congoja.

Quise rezar solo y no podía, no podía, porque no se puede rezar mintiendo. Las palabras formuladas en mi pensamiento, sin pasar á la boca, expresaban piadosa resignación con la muerte; pero la voz de mi corazón repetía dentro de mí con estruendo más sonoro que el eco de cien tempestades: "quiero vivir.„

—Empecinadillo—grité dando rienda suelta á mi dolor,—no duermas, no, no me dejes solo. Pidamos á Dios que me dé la libertad y la vida.

El niño abrió los ojos y me habló... como él sabía hablar.

—¡No blasfemes, por piedad!—exclamé horrorizado.—¡Dios mío! Las palabras de los hombres, ¿llegan hasta tí?

Mi compañero empezó á dar palmadas y á reir.

—¿Por qué ries, ángel? Tu risa me causa inmenso dolor.

Arrojóse sobre mí, besándome, y después me dió varias bofetadas. Le cogí en brazos, y mi mano chocó con un cuerpo extraño, que anteriormente había tocado; pero en el cual hasta entonces, por circunstancias especiales del espíritu, no fijara yo la atención. Con avidez registré las ropas, mejor dicho, los envoltorios que cubrían al Empecinadillo, y encontré una cavidad, un inmundo bolsillo lleno de baratijas. Saquélo todo, y ví un pedazo de cazoleta, un cordón verde, dos ó tres botones, una corona arrancada á un bordado y una lima, un pedazo de lima como de cuatro pulgadas de largo, bastante ancha, con diente duro y afilado.

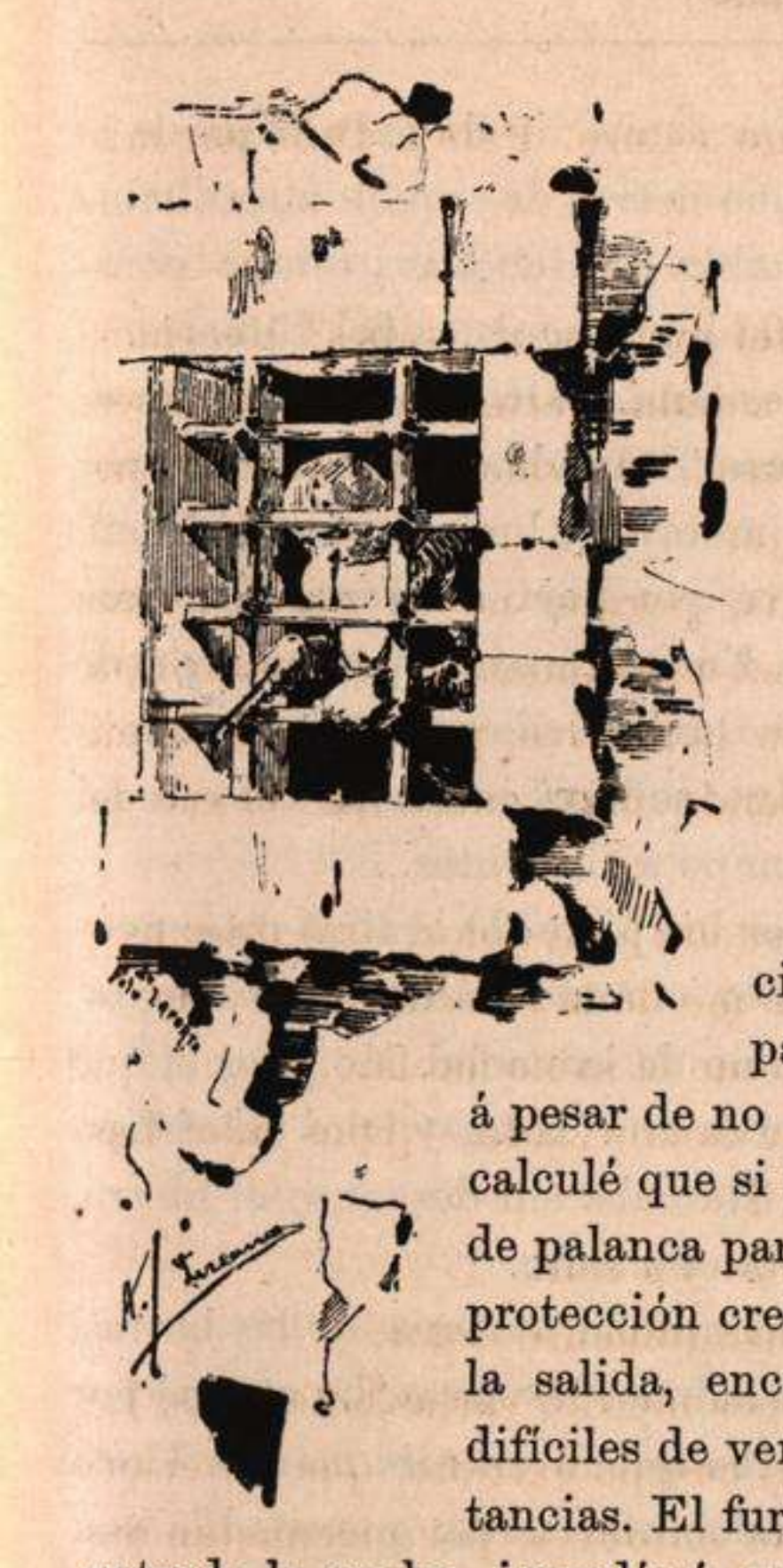
Un rayo de luz iluminó de súbito mi entendimiento. ¡Una lima! Era fácil limar uno ó dos de los hierros de la reja y desengranar los demás... Levantéme de un salto... Me creía salvado, y dí gracias á Dios con una sola frase, con una exclamación pronunciada por todo mi sér... Corrí á la reja... probé la herramienta... Era admirable, y comía el hierro con su bien templada dentadura.

—¿De dónde has sacado esto?—pregunté al Empecinadillo.

—*Mocavelde*—me contestó.

—Ya... se la robaste á Moscaverde, el cerrajero de la partida... Hiciste bien... Dios bendiga tus manos de angel. Duérmete ahora que voy á trabajar, y cuidado como lloras.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXIII

Empecé mi tarea. El hierro cedía fácilmente; pero la faena era larga, y no parecía fácil terminarla en toda la noche, á pesar de no ser grande el grueso de las barras. Yo calculé que si lograba arrancar dos, éstas me servirían de palanca para quitar las otras. Fiando en Dios, cuya protección creí segura; no calculé que una vez abierta la salida, encontraría después obstáculos quizás más difíciles de vencer. Tenía á mi favor algunas circunstancias. El furioso viento que había empezado á soplar entrada la noche, impedía á mis carceleros oir el chirrido de la lima. Además la lluvia glacial que inundaba la tierra, ¿no haría perezosos á los centinelas? ¿No era probable que se retirasen, que se durmiesen, que se helasen ó que se los llevase el Demonio?

—¡Dios está comigo!—exclamé.—Adelante. Veremos lo que dice Plobertín, si logro escaparme. Aquí le dejaré su pequeño Claudio, mi ángel tutelar, mi salvador.

Al mismo tiempo examinaba la configuración del terreno en lo exterior. Como á tres varas de la reja había un balcón largo y ruinoso, el cual estaba á bastante altura sobre el suelo, á diez varas próximamente según observé desde arriba. Aquella fachada daba á una huerta triangular: por el costado derecho la limitaba una construcción baja, que debía ser granero, cuadra ó almacén; y por el izquierdo un muro de tres varas de alto daba á un patio donde los franceses jugaban á la pelota durante el día. En el ángulo del fondo había una puerta por la cual podía salirse (siempre que estuviese abierta) á una pequeña esplanada, donde había una choza que servía de garita al centinela. En aquel mo-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mento no podía distinguir los objetos á causa de la oscuridad de la noche; pero durante el día había visto que detrás de aquel muro había un precipicio. La casa, como todo el pueblo de Rebollar, estaba construida sobre una gran peña al borde de la honda cuenca del Henares.

—Necesito hacer una cuerda dije para mí.—De aquí al balcón es fácil saltar; pero del balcón al suelo necesito ayuda... me escurriré por la huerta, para lo cual me favorecen las matas... y luego entra lo difícil, saltar la tapia por el ángulo... el declive que baja al Henares no será muy rápido y podré descender á gatas... En tal caso, la operación puede hacerse sin que me vea el centinela que debe haber en aquella choza de la esplanada. Ánimo, Dios es conmigo: señora condesa, Inés de mi vida, rogad á Dios por mí. Llegaré á tiempo á Cifuentes...

Las manos me sangraban, heridas por los picos de la lima rota; pero seguía en mi trabajo, deteniéndome sólo cuando calmado el viento, reinaba en torno á la casa el grave silencio de la noche. Me parecía que no sólo mis manos, sino mis brazos, eran una lima, y que mi cuerpo todo estaba erizado de dientes de acero. Rascaba sin descanso el hierro, que oxidado por algunas partes, cedía blandamente.

Al fin establecí la solución de continuidad en una de las barras; pero no pude arrancarla, por estar engastada en las otras. La ataqué por otra parte, y al fin á eso de la media noche quedó en mis manos. Uséla como palanca; mas no me fué posible adelantar nada; emprendíla con otra barra, y al fin, señores, al fin, después de esfuerzos inauditos, cuando hirieron mis oidos las campanadas de un relój lejano que marcaban las tres, la reja estaba en disposición de dar salida al pobre prisionero.

Faltaba la cuerda. Con la misma lima, desgarré en anchas tiras mi capote, quedándome completamente desabrigado. No siendo ni con mucho suficiente, tomé la manta del Empecinadillo, y con los diversos lienzos torcidos y anudados convenientemente, fabriqué una cuerda que bien podía resistir el peso de mi cuerpo. No hay que perder tiempo. ¡Afuera!—exclamé con toda mi alma.

Pero una contrariedad inesperada me detuvo. El Empecinadillo, sintiéndose sin abrigo empezó á llorar, á dar gritos como los que á prima noche habían hecho subir al fiero zapador Plobertín.

—Estoy perdido—dije acariciándole.—Por Dios y por todos los santos, Empecinadito de mi alma, si gritas soy perdido. Calla, calla, desgraciado.

Pero no callaba, y yo ardía en impaciencia y temblaba de terror.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Calla—repetí.—Pero, hombre, no seas cruel; hazte cargo de que me pierdes. ¿No ves que quiero escaparme? ¿No ves que me van á matar? Fuiste mi salvación y ahora me pierdes.

Cuando le tomé en mis brazos, calló; pero desde que le abandonaba, su voz de clarinete atronaba la estancia. Había que optar entre estos dos extremos; ó dejarle allí tapándole la boca, lo cual equivalía á matarle, ó llevármelo conmigo. Fuéme preciso tomar esta resolución, que no dejaba de ofrecer algún peligro. El infeliz comprendió que yo me marchaba y se colgó de mi cuello, adhiriéndose á mí con brazos y piernas.

Semejante carga me molestaba en mi huida; pero la acepté con gusto. No me fué difícil saltar al balcón; pero del balcón á la huerta el descenso fué bastante penoso, porque mis manos ensangrentadas y ateridas de frío, empuñaban con torpeza la cuerda. Debilitado también mi cuerpo por el insomnio y el no comer, hallábame en estado poco á propósito para la aventura; mas la ansiedad y el deseo de verme libre avivaban mis fuerzas.

En la huerta me detuve un instante. Fuera del mugido del viento, el silencio era profundo. No se sentía rumor alguno de voces humanas. Avanzando despacio por entre las matas sin hojas, hundíanse mis piés en el lodo, y en tan poco tiempo la lluvia me había empapado la ropa. Seguía con precaución hasta el ángulo final y allí observé que la choza que servía de garita en la esplanada de la derecha estaba ocupada por un centinela. Le sentí toser y ví el débil fulgor de una pipa encendida. Á pesar de esto se podía escalar la tapia por el ángulo y saltar afuera, siempre que hubiese terreno donde poner los piés del otro lado.

Estreché á la criatura contra mí. Con los ojos le mandé callar, y el pobrecito, participando de mi ansiedad apenas respiraba. Escalé la tapia, valido de la fuerte cepa de una parra que en ella se apoyaba, y al llegar al borde, donde me puse á horcajadas, el espanto y la desesperación se apoderaron de mí. ¡Maldición y muerte!

Era imposible saltar afuera, porque del otro lado de la tapia no había terreno, sino un precipicio, un abismo sin fondo. Levantada la pared en la cima de la roca, desde los mismos cimientos empezaba un despeñadero horrible, por donde ni el hombre ni ningún cuadrumano, como no fuera el gato montés, podían dar un paso. El agua de la lluvia al precipitarse por allí abajo de roca en roca, entre la maleza y los espinos producía un rumor medroso, semejante á quejidos lastimeros. El burbujar de la impetuosa corriente, la presteza con que el abismo deglutía los chorros, indicaban que el cuerpo que por allí abajo se aventurara, sería

(c) 2008 Ministerio de Cultura

precipitado, atraído, despedazado, masticado por las rocas y engullido al fin por el hidrópico Henares en ménos de un minuto.

El borde, á pesar de la oscuridad, se veía perfectamente: lo demás se

adivinaba por el ruido. Allá abajo el murmullo y zumbido de un hervidero indicaban el Henares, hinchado, espumoso, insolente, riachuelo que se convertía en inmenso río por la lluvia y el rápido deshielo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Comprendí la imposibilidad de saltar por allí, á ménos que no quisiese suicidarme. No había más salida que por la derecha, saltando á la esplanada. Era ésta pequeña y había en ella dos cosas; un cañón y la choza del centinela. Saltar cuidadosamente, deslizándose sin ruido á lo largo del muro, y escurrirse por detrás de la choza, era cosa dificilísima, pero no imposible del todo. Aunque la abertura de la garita daba frente á frente á la tapia, restaba aún la esperanza de que el centinela se durmiese. ¡Oh, Dios magnánimo y misericordioso! Si se dormía, yo podía escaparme.

Avancé, pues, cuidadosamente por lo alto del muro, con peligro de resbalar sobre los húmedos ladrillos. Entónces comprendí cuán mal había hecho en traer al Empecinadillo, que estorbaba mis movimientos, cuando debían ser flexibles y resbaladizos como los de una culebra. Por un momento me ocurrió dejarle en la huerta; pero esta idea fué prontamente desechada. Resolví perecer ó salvarme con él.

Por fin llegué á traspasar el espacio en que las ramas de un árbol seco me resguardaban de la vista del centinela. Halléme cerca de la garita, y me agaché para ocultarme todo lo posible. Si en aquel instante supremo el centinela no me veía, era señal evidente de que Dios había cerrado sus ojos con benéfico sueño. Medí con la vista el espacio que me separaba del piso de la explanada, y lo hallé corto. Podía saltar sin peligro, sosteniéndome con las manos en las junturas de los ladrillos, áun á riesgo de perder la mitad de los dedos. Observé el interior de la garita. Estaba oscura como boca de lobo, y no se distinguía nada en ella.

Ya me disponía á saltar, cuando una voz colérica me hizo extremecer gritando:

—¡Eh! ¡Alto! ¿quién va?

De la garita salió un hombre alto, fuerte, terrible. El terror que su vista me causara en aquel momento, en aquel lugar, le engrandeció tanto á mis ojos, que creí ver la punta de su sombrero tocando el Cielo. El obstáculo que me detenía era tan grande como el mundo... Quedéme helado y sin movimiento. Ya no habia esperanza para mí, y cuando el coloso me apuntó con su fusil, exclamé reconociéndole:

—¡Fuego, Sr. Flobertín! Tirad de una vez.

El Empecinadillo había roto el silencio.

—Os escapais... ¿Llevais el muchacho con vos?—dijo el zapador dejando de apuntarme.—Ahora mismo os volvereis por donde habeis venido; *¡sacrebleu!* Agradeced á esa criatura, pegada á vuestro cuerpo,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que no os haya dejado seco de un fusilazo... Adentro pronto, bajad á la huerta, ó aquí mismo... Hombre cruel y sin caridad, ¿no veis que ese niño va á morir de frío?... Ya os ajustaremos las cuentas. ¡Adentro!

—Sr. Plobertín, volveré á mi prisión: no os sofoqueis. Estos ladrillos son resbaladizos, y es preciso andar con precaución sobre ellos.

—¿Habeis roto la reja? ¡Por la sandalia del Papa, os juro!... Si os hubieran despachado esta mañana como yo decía...

—He escapado por un milagro, ¡por un milagro de Dios! Vuestro pequeño Claudio me ha salvado.

El soldado se acercó á la tapia con actitud que más indicaba curiosidad que amenaza.

—Yo estaba durmiendo—continué—cuando me despertó una música sobrenatural. Ví al pequeño Claudio delante de mí, rodeado de otros ángeles de su tamaño y todos inundados en una celeste luz, de cuyos resplandores no podeis formar idea, Sr. Plobertín, sin haberlos visto. Corrieron todos á la reja, y el pequeño Claudio, con sus manecitas delicadas, rompió los hierros cual si fueran de cera. La visión desapareció enseguida, recobrando el muñeco su forma natural. Quise huir solo; pero vuestro niño se pegó á mí con tanta fuerza, que no pude separarle. Dios lo ha puesto á mi lado para que perezca ó se salve conmigo.

No podía distinguir las facciones de Plobertín; pero por su silencio comprendí que experimentaba cierto estupor. Cuando esto dije, deslicéme trabajosamente hacia el sitio desde donde había explorado el despeñadero, y exclamé:

—Sr. Plobertín, no he salido de mi encierro para volver á él. Si no me permitís la fuga estoy decidido á morir. Dad un paso hacia mí, hacedme fuego, llamad á vuestros compañeros, y en el mismo instante vereis cómo me precipito en este abismo horrible. Estoy resuelto á salvarme ó á morir. ¿Lo oís bien, Sr. Plobertín? ¿lo oís?... En cambio si me dejais escapar, os devolveré á vuestro pequeño Claudio, para que goceis de él toda la vida. Decidlo pronto, porque hace mucho frío.

—Gastais bromas muy raras. ¿Me juzgais capaz de creer tales simplezas?

—Imbécil—exclamé con exaltación, y poseido ya del vértigo que á la vez el abismo y la muerte producían en mí.—Tu alma de verdugo es incapaz de comprender una acción semejante. Prefiero darme la muerte á caer otra vez en tus manos.

—¡Alto, bergante!—me dijo.—No deis un paso más y hablaremos... Bajad á la huerta y yo entraré en ella.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Al instante abrió la puerta que comunicaba la explanada con la huerta, y se puso junto á la tapia debajo de mí. Estirándose todo, alargó la mano y tocó el pié del Empecinadillo.

—Está muerto de frío—dijo.—Dádmelo acá.

—Poco á poco—repuse.—Va conmigo á visitar la corriente del Henares. Apartaos de la tapia y respondedme sin pérdida de tiempo, si puedo contar con vuestra bondad.

—Soy un hombre que nunca ha faltado á su deber—dijo.—Sin embargo, os dejaré marchar. ¿Cómo saltásteis del balcón?

—Con una cuerda.

—Pues bien, poned la cuerda en el tejado de los graneros, para que mañana crean que os fugásteis por las eras del pueblo.

—Es un trabajo penoso del cual podeis encargaros vos, Sr. Plobertín. La ocurrencia es hábil y no podrán acusaros mañana.

—Pero dadme acá ese *bebé* que se muere de frío. Le subiré otra vez á la prisión para que se crea que lo dejásteis allí.

—Muy bien pensado; pero no me fío de vos.

—Cuando Plobertín da su palabra... Os digo que podeis huir tranquilo. Ya os indicaré la vereda.

—Jurádmelo por vuestro niño muerto, por la señora Catalina, por el alma de vuestros padres.

—Yo soy un hombre de honor, y no necesito jurar... pero si os empeñais lo juro... Echad acá ese muchacho.

—Es que todavía necesito deciros algunas condiciones...

—Acabad.

—Necesito un capote; he hecho trizas el mío y me voy á helar por esos campos. Dadme el vuestro.

—No sois poco melindroso... Bien, ¡rayo de Dios! os daré el capote.

—Necesito algo más.

—¿Más? á fé que sois pesado.

—No puedo emprender mi camino sin algún arma para defenderme. ¿Teneis una pistola?

—El Demonio cargue con vos... No sé cómo tengo paciencia y no os dejo que os estrelleis por ahí abajo... ¿Y para qué quereis la pistola?

—Para lo que os he dicho, y además para que me sirva de defensa contra vos, si me haceis traición. En cuanto chisteis á mi lado os levantaré la tapa de los sesos.

—¡Dudar de mí! No sois caballero como yo. Dejad caer el muchacho sobre mis brazos y tendreis la pistola.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Si os parece bien, dadme el arma primero.

—¡Tomadla, con mil bombas!—exclamó sacándola de la pistolera y alargándomela cogida por el cañón.

—Parece cargada... bien. Ahora hacedme el favor de ir al otro extremo de la huerta y dejar ahí vuestro fusil.

Plobertín hizo lo que le mandaba. Cuando volvió al pié de la tapia, bajé sin cuidado y le dije:

—Tened la bondad de marchar delante de mí. Si gritais ó intentais engañarme, os haré fuego. Cuando esté fuera del campamento cambiaremos el muñeco por el capote. En marcha.

Plobertín abrió la puerta, seguíle y me condujo á una vereda por donde podía fácilmente huir sin necesidad de atravesar el Henares, rodeando el pueblo para subir á la sierra.

—Tomad vuestro niño—le dije cuando me creí seguro.—Dios lo resucita y os lo devuelve en pago de vuestra buena obra... Escribid á la señora Catalina el hallazgo y dadle memorias mías. Es una excelente señora, á quien aprecio mucho.

—¡Ah, no sabeis bien todo lo que vale!—dijo con la mayor sencillez.

—Adios, vuestro capote àbriga bien... No os olvideis de poner la cuerda en el tejado de la cuadra. No os acusarán de mal centinela. Decidme: ¿el Sr. de Santorcaz ha salido para Cifuentes?

—Salen al rayar el día.

—Quedad con Dios.

—Un momento después yo corría por la sierra buscando el camino de Algora.

La lluvia había disminuido un poco; pero los senderos estaban intransitables. Además, no era fácil atravesar la sierra sin perderse y á cada instante corría peligro de caer en poder de los destacamentos franceses. Esperaba hallar auxilio en los caseríos no ocupados por el enemigo y quien me proporcionase lo más necesario, es decir, ropa seca, comida, armas y sobre todo un caballo. Caminé largo trecho sin encontrar á nadie, y ya de día, como sintiese ruido de cabalgaduras, apartéme de la senda y oculto tras un matorral observé quién pasaba. Eran españoles y franceses, á juzgar por algunas voces de los dos idiomas que oí desde mi escondite, y figurándome serían renegados los dejé pasar ocultándome mejor hasta que les consideré bastante lejos. Su paso, sin embargo, fué un bien para mí, porque me sirvió de guía, y algunas horas después salí de la sierra, pisando el camino real.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIV

Pedí hospitalidad en una casucha donde había un anciano inválido y una mujer joven, ambos muy afligidos por las vejaciones que habían sufrido de los franceses el día anterior, y cuando les conté cómo había escapado, con gran gozo diéronme de comer y alguna ropa que troqué por la mía húmeda y desgarrada. Pero no pudieron proporcionarme lo que más deseaba, y los dejé, continuando mi marcha hacia el Mediodía.

En un caserío cerca de Algora encontré algunos españoles, á quienes al punto conocí. Eran de la partida de Orejitas. Nos felicitamos por el encuentro y me dieron noticias de D. Juan Martín.

—Dicen que D. Juan vive y ha ido con algunos hacia la sierra—me dijo uno. Está juntando la gente y nosotros vamos en busca suya. Orejitas está herido y D. Vicente no tiene novedad.

—Pues vamos todos allá—repue.—¿Decís que hacia Cifuentes?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No; en Cifuentes está el francés.

—De todos modos, amigos míos, yo quisiera que me proporcionárais un caballo.

—¡Un caballo! Por medio daríamos nosotros un ojo de la cara.

—Entremos en esta casa á tomar un bocado.

—¡Muchachos, á correr!—gritaba uno viniendo con precipitación hacia nosotros.—¡Que vienen, que vienen!

—¿Quién viene?

—Los franceses.

—¿Cuántos son?

—Diez.

—Nosotros seis—dije contando las filas.—Tenemos buenas armas. Pero ¿dónde están esos señores?

—Acaban de entrar en el pueblo—añadió el mensagero—y se han metido en la posada junto al molino. Son de caballería.

—Pues ataquémosles, muchachos—exclamé resuelto á todo.—Si hay alguno entre nosotros que prefiera hacer á pié la jornada que se retire.

—Esto debe pensarse—dijo uno, que era sargento veterano en la partida.—¿Perico, los has visto tú, ó tu miedo?

—¡Los he visto!

—¿Han dejado los caballos y se han metido en la posada para comer y beber?

—No: están en el corralón, todos á caballo, trasegando el tinto. Parece que van á seguir su camino. Son tiradores. Llevan carabina, sable y pistolas. Da miedo verles.

—¡Á ellos!—grité sin saber lo que decía. Les quitaremos los caballos.

—Están prevenidos—repuso el sargento.—Pero por mí no ha de quedar. Vamos allá.

—¿El posadero es nuestro?—pregunté.

—No; pero su mujer es capaz de cualquier cosa.

Algunos, considerando altamente peligrosa la hazaña, no querían seguirme. Pero al fin, echándoles en cara su cobardía, pude convencerles, y desviándonos del camino nos metimos en el pueblo por las callejas del Norte, acercándonos á la posada y al molino del Sr. Perogordo sigilosamente. Entramos por una puerta excusada que nos condujo á la cocina y desde allí subimos á la parte alta del edificio para explorar las fuerzas enemigas y escoger posición. Miraba yo hacia el patio por un ventanillo abierto en la alcoba de la señora Bárbara, esposa de Perogordo, mientras los compañeros aguardaban mis órdenes en la pieza

(c) 2008 Ministerio de Cultura

inmediata, cuando sentí que por detrás me tiraban del capote. Al volverme ví á la señora Bárbara que en voz baja me dijo:

—¿Se atreven ustedes á mandar al Infierno á esos herejes?

—De eso me ocupaba, señora—repuse observando á los franceses que estaban á caballo en el patio, recibiendo el vino que les servía el criado de Perogordo.

—En la cocina—añadió la posadera—tengo un gran calderón de agua hirviendo. Lo puse al fuego para pelar el cerdo que matamos esta mañana; pero voy á rociar con él á esos marranos.

—No se precipite usted—dije deteniéndola,—porque puede malograrse el patriótico pensamiento de arrojar el agua.

—Aquí tiene usted la escopeta de mi marido, el hacha, el cuchillo grande y dos pedreñales.

—¡Magnífico arsenal!

Entró el Sr. Perogordo, diciendo:

—Es preciso tener prudencia. Esos condenados me quemarán la casa.

—Eres un mandria, Blas—repuso la señora Bárbara.—Si les hubieras echado en el vino esos polvos que te dió el boticario para los ratones, reventarían todos, sin necesidad de hacer aquí una carnicería. Te veo yo muy agabachado, Blas... Ea, tengamos la fiesta en paz.

—Señor oficial—me dijo Perogordo,—lo mejor será que usted y los suyos salgan al camino para esperar fuera á los franceses.

—Señor Perogordo—repuse,—haré lo que me convenga para acabar con ellos. Tienen magníficos caballos que nos hacen mucha falta.

—¡Qué bien parlado!—exclamó la posadera.—Estos tres que están bajo la ventana grande, parece que están pidiendo el agua del Santo Bautismo. Voy allá.

Y diciendo y haciendo, la diligente y más que diligente patriota señora Bárbara corrió á la habitación inmediata, y empuñando las asas de un enorme caldero de agua caliente, que poco antes había subido, vaciólo por la ventana sobre los cuerpos de los franceses, que, á pesar del frío no recibieron con agrado aquel sistema de calefacción. Oyéronse gritos horribles, relincharon con espantoso alarido los caballos, y en el mismo instante, mi gente empezó á hacer fuego desde las ventanas altas, mientras Doña Bárbara, su hija y la criada arrojaban con esa presteza propia de mujeres feroces, ladrillos, piedras y cuanto habían á la mano.

—Cese el fuego—grité furioso,—abajo todo el mundo. Atacarles cuerpo á cuerpo.

(c) 2008,Ministerio de Cultura

Corrimos abajo y la emprendimos con los imperiales, embistiéndoles con tanta energía, que no pudieron resistir mucho tiempo. Además de que la sorpresa les tenía desconcertados, tres de ellos habían quedado incapaces de defensa, con el horrible sacramento administrado por la atroz posadera. Los caballos les estorbaban dentro del corralón. Alguno echó pié á tierra y nos recibió á sablazos, descalabrando con fuerte mano á todo el que se acercaba; pero al fin pudimos más que ellos, porque la gente del pueblo acudió con hoces y azadas, y la señora Bárbara con su hija se dió la satisfacción de arrastrar á uno hasta el brocal del pozo arrojándole dentro, sin duda para curarle con agua fría las heridas ocasionadas por la caliente.

Cuatro de ellos huyeron, corriendo á uña de caballo y los demás ó quedaron fuera de combate, ó se dejaron maniatar para permanecer allí como prisioneros de guerra, bajo la vigilancia de la señora Bárbara.

Perogordo se me acercó después del combate, y con gran aflicción me dijo:

—Señor oficial, ¿y quién me paga el gasto? Esa loca de mi mujer tiene la culpa de todo. Detrás de estos franceses vendrán otros, porque ahora dominan en el país, y ¡pobre casa mía!

Pero yo no me cuidaba de contestarle, y recogiendo del campo de batalla un sable, dos buenas pistolas y una escopeta, monté en el caballo que me pareció mejor. En el mismo momento agolpóse la gente del lugar en la portalada del corralón, y mirando todos con espanto hacia lo alto del camino, decían:

—¡Los franceses, los franceses!...

En efecto, venían en la misma dirección que yo había seguido, pero no eran dos ni tres, sino más de cincuenta. No quise detenerme á contarlos, y picando espuelas lancé á mi caballo á toda carrera por el camino abajo en dirección á Cifuentes.

—Cuatro leguas largas hay de aquí allá—me decía para mí.—Aunque el caballo está cansado, podré recorrerlas en dos horas. Esos que entraban en Algora cuando yo salía deben ser Santorcaz y algún destacamento que le acompañe. Llegaré antes que ellos á Cifuentes, y podré si no ponerlas á salvo, al ménos prevenirlas. Vuela, caballo, vuela.

Pero el caballo, desobedeciendo mis órdenes, no volaba, y un cuarto de hora después de la salida, ni siquiera corría medianamente. Al fin dió en la flor de pararse, insensible al látigo, á la espuela y á los denuestos, y sólo con blandas exhortaciones podía convencerle de que me

(c) 2008 Ministerio de Cultura

llevase al paso y cojeando. Mi ansiedad era inmensa, pues temía verme alcanzado y cogido por los franceses, que castigarían inmediatamente en mí la escapatoria de Rebollar y la diablura de Algora. Apenas había andado una legua, después de hora y media de marcha, cuando llegué á un caserío donde ofrecí cuanto llevaba (la suma no era ciertamente deslumbradora), si me proporcionaban un caballo; pero todo fué inútil. Imposibilitado de marchar con rapidez, seguí, resuelto á abandonar la cabalgadura y á internarme en el monte, en caso de que me viera en peligro de caer en manos de los que venían detrás.

Era cerca de media tarde, cuando sentí el trote vivo del destacamento que había entrado en Algora mientras yo salía; hundí las espuelas á mi caballo; mas el pobre animal, que apenas podía ya con el peso de su cuerpo, dió con éste en tierra para no levantarse más. Á toda prisa me aparté del camino, escondiéndome en un matorral cercano. Cuando pasaron cerca, sorprendiéronse de ver el animal en mitad del camino; algunos sospecharon que yo estaría oculto en los alrededores y les ví abandonar la senda como para buscarme, pero sin duda no faltó entre ellos quien creyese más oportuno seguir camino adelante, y en efecto, siguieron. Distinguí perfectamente á mosen Antón.

Después de este suceso perdí toda esperanza. Ya no podía llegar á tiempo á Cifuentes. Mi desesperación y rabia eran tan grandes que eché á correr camino abajo deseando seguir á los ginetes. Mi sangre hervía, mi corazón iba á estallar, rompíase mi cerebro en mil pedazos y el sofocado aliento me ahogaba. Arrojéme en el suelo, maldiciendo mi suerte y evocando en mi ayuda no sé qué potencias infernales. Mis ojos distinguían por todos lados inmenso horizonte y en toda aquella tierra no había un caballo para mí. Fijé la vista en el fango del camino y todo él estaba lleno de las huellas que deja la herradura. ¡Tanto animal yendo y viniendo y ni uno solo para mí!

Aún entonces conservaba alguna esperanza.

—Ellos se detienen mucho en los pueblos—me dije.—Beben y comen en todos los mesones. Si se detuvieran más de tres horas en otra parte, quizás no lleguen á Cifuentes hasta la noche. De aquí á la noche bien pueden andarse cuatro leguas. Ánimo, pues.

Seguí adelante. En el camino unos pastores dijéronme que el Empecinado y D. Vicente Sardina habían pasado muy de mañana por la sierra y que caminaban hacia Yela. Preguntéles por los atajos que podrían llevarme más pronto á Cifuentes; pero sus noticias eran tan vagas que juzgué prudente seguir por el camino para no perderme.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXV

VANZANDO siempre encontré antes de llegar á Moranchel un obstáculo en que hasta entonces no había pensado, un obstáculo invencible y aterrador, el Tajuña, bastante crecido para que nadie intentase vadearlo. La barca estaba al otro lado abandonada y sola. Sentéme en una piedra junto al río y pensé en Dios. Al punto vino á mi memoria la Caleta de Cádiz y mi habilidad natatoria. Extendí la vista por la superficie del agua: agitóme una bulliendora inquietud, y aquella fuerza secreta que me impelía á seguir adelante, redoblóse en mí. Pensarlo era perder el tiempo. Arrolléme el capote en torno al cuello, abandoné la escopeta, y cogiendo el sable entre los dientes me lancé al agua.

Los primeros pasos en ella me dieron esperanza; pero al poco rato sentíme transido de frío; mis piés fueron dos pedazos de inmóvil hielo, mis piernas rígidas no me pertenecían y en vano se esforzaba la voluntad en darles movimiento. Aquella muerte glacial invadía mi cuerpo subiéndome hasta el pecho. Tendiendo la vista con angustia á las dos orillas, ví más cerca aquella de donde había partido: mis brazos remaron en el agua para acercarme á ella: hice esfuerzos terribles; pero no podía

(c) 2008 Ministerio de Cultura

llegar porque la corriente me arrastraba río abajo y además la masa de agua interna me chupaba hacia dentro. Recordando sin embargo que la serenidad es lo único que puede salvar en tales casos, me esforcé por adquirir tranquilidad y aplomo. Felizmente aún podía disponer de los brazos; trabajé poderosamente con ellos, pero aquella orilla no se aproximaba á mí tanto como yo quería. Por fin ¡Dios misericordioso! una rama que besaba las aguas estuvo al alcance de mí. Agarrándome á aquella mano del Cielo que me salvaba, pude al cabo pisar tierra. Había perdido el capote en el agua y me moría de frío en la misma ribera de donde partí.

A pesar de tan horribles contratiempos, la tenacidad de mi propósito era tan grande que aún creí posible seguir mi camino. Sin embargo, mi estado era tal que si no me guarecía bajo techo, estaba en peligro evidente de perecer aquella noche. Y la noche venía á toda prisa, lóbrega, húmeda, helada, espantosa. Miré en derredor y no ví casa, ni cabaña, ni choza, ni abrigo. Estaba desamparado, completamente solo en medio de la Naturaleza irritada contra el hombre. Todo en torno mío tendía á exterminarme y no podía considerar sino que aquel suelo, aquel viento, aquellas pardas nubes venían contra mí.

Otro hubiera cedido, pero yo no cedí. Tenía delante el aparato formidable de la Naturaleza y de las circunstancias que me decían "de aquí no pasarás;„ mas ¿qué vale esto al lado del poder invencible de la voluntad humana, que cuando da en ser grande, ni Cielo ni tierra la detienen?

Corrí para vencer el frío; pero las articulaciones me lo impedían con su agudo dolor. Procurando animarme, hablé conmigo en voz alta y canté, como los niños cuando tienen miedo. El sonido de mi propia voz me halagaba en aquella soledad horrorosa y á ratos sentía no ser dueño de mi pensamiento. Corriendo en diversas direcciones vencí un poco el frío; pero las ropas empapadas no querían secarse. Me parecía que llevaba todo el Tajuña encima de mí.

Después que cerró completamente la noche, sentí ruido de voces.

—Gracias á Dios que está habitado el planeta—dijo para mí.—El género humano no ha concluido.

Las voces sonaban del otro lado del río, hacia la barca.

—Alguien pasa el río—exclamé con alegria.—Dejarán la barca en este lado y podré pasar después.

Al punto conocí que eran franceses, porque algunas palabras llegaron hasta mí. Escondíme aguardando á que pasaran... ¡Ay! ¡Cómo bendije

(c) 2008 Ministerio de Cultura

su aparición! ¡Con qué gozo sentí el suave rumor del agua agitada por la pértiga! ¡Cómo conté los segundos que duró el viaje y los que emplearon en desembarcar y marcharse! Pero se me heló la sangre en las venas, cuando ví desde mi escondite que uno de ellos quedaba en la embarcación, y que otro de los que se alejaron le dijo:

—Espera ahí, pues volveremos antes de media noche. Que la barca no se mueva de esta orilla.

El peligro, sin embargo, no era invencible. Un hombre no es un ejército. Acerquéme lentamente á la orilla, miré á la barca y ví á mi marinero dispuesto á pasar bien la noche, abrigado en su capote.

—No hay tiempo que perder—dije;—echémonos encima.

En efecto, de buenas á primeras, lleguéme á él y le dí un sablazo de plano sobre la espalda. Saltó el maldito gritando:

—¿Quién va?... ¿qué quiere usted?

—¿Qué he de querer? Pasar.

Al punto reconocí en él á un renegado, que había servido con mosen Antón.

—No se pasa—repuso.—¡Qué modos, hombre! ¿Y quién es usted?

—Ya me conoces bien. Si quieres ir al agua ahora mismo, ándate con preguntas y no desates la barca.

—Es Araceli—dijo.—Vamos á ver, ¿y si no me diera la gana de pasar?

Sin hacerle caso, me metí en la embarcación y con la pértiga la empujé hacia la otra orilla. El renegado no puso obstáculo, y ayudándome, me dijo:

—Pero ¿no le fusilaron á usted esta mañana?

—Parece que no.

—¿Sabe usted que andan azorados?

—¿Quiénes?

—Los musiures. *Paeje* que D. Juan está en la sierra con alguna gente. Yo me voy otra vez con D. Juan. Nos han engañado.

—Díme, ¿has visto á mosen Antón?

—Ha quedado con los demás del destacamento y el Sr. D. Luis en una venta que hay á mano derecha del camino á una legua de Cifuentes.

—¿Los has dejado allí? ¿Sabes si se detendrán mucho?

—Me *paeje* que sí. Están todos borrachos. Se conoce que no tienen prisa. Trijueque y el jefe francés han tenido una riña por el camino. Creo que nos empecinamos otra vez.

—¿Tienes qué comer?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Medio pan puedo dar á usted. Ahí va.

Antes de poner el pié en tierra, comí con ansia. Luego que desembarqué, despidiéndome del renegado, seguí precipitadamente mi camino. Todavía tenía esperanzas de llegar á tiempo.

—Como saben que nadie les ha de estorbar—dije para mí,—irán con calma. Dios alargue su borrachera... Sin embargo, si resuelven poner en ejecución su plan á prima noche, es cosa perdida. Si le dejan para la mañana... ¡Dios poderoso, llévame pronto allá!

El frío me mortificaba mucho, sin que me fuese posible vencerlo con la velocidad de la carrera, porque lleno mi cuerpo de dolores agudísimos, me era muy difícil andar á prisa. No llovía, y á causa del recio viento que reinara durante el día, el piso estaba algo duro, además de que la fuerte helada de aquella noche petrificaba el suelo. Á poco de alejarme del río, noté que necesitaba gran esfuerzo para seguir andando; quería avivar el paso, pero mientras más á prisa marchaba, más viva sentía aquella resistencia de mis piernas á llevarme adelante. Sentéme para recobrar fuerzas, y al sentarme, aumentóse mi mal estar. Dentro de mí surgía una inclinación enérgica al reposo, un deseo profundo de no mover brazo ni pierna. Quise sacudir la pereza y anduve otro poco; pero al corto trecho sentí que desde las rodillas abajo mi persona no era mi persona, sino un apéndice extraño, una extremidad de madera ó de hierro que me obedecía, sí, pero ¡de qué mala gana!

Moví los brazos, y ¡cosa singular! encontréme sin manos, es decir, perdí la sensación de poseerlas. Esto me produjo mucha congoja; pero aún permanecía potente en medio del invasor enfriamiento el horno de mi corazón que no anhelaba descanso sino carrera.

—Tú no te enfriarás corazón—exclamé.—Mientras tú conserves una chispa de calor, el cuerpo de Gabriel marchará adelante. Si es preciso me daré de palos.

Quise gritar y cantar; pero mi garganta se negó á articular sonidos, Parecía que una invisible mano me la apretaba.

—Esto no es nada—pensé.—Ninguna falta me hace la voz. Ánimo, corazón. Parece que llevo una fragua dentro de mí. Pero la fragua se iba extinguiendo también. Bien pronto mis rodillas fueron una masa dura, rígida, mohosa, un gozne roñoso y sin juego. Al notarlo, hice lo que me había prometido, me apaleé. Pero ¡ay! mi brazo derecho no pudo manejar el sable, que se me escapó de la mano... Anduve más... quise de nuevo correr, y mis piernas se doblaron ¡Qué sensación tan extraña! El suelo helado me parecía caliente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Esto no es nada—dije.—¡Fuera pereza! Arriba, caballero.

Erguí la cabeza, moví el cuerpo, pero nada más. Mis manos, que aún conservaban alguna sensibilidad, tocaron unos objetos largos, inertes y fríos, y al notar que eran mis piernas, no pude evitar una sonrisa fúnebre. Mi voluntad poderosa quería reanimar aquel vidrio que había sido mi carne y mi sangre; pero no pudo. El corazón latía con furia y en mis oidos un zumbar monotono me enloquecía con lúgubre música. De momento en momento me achicaba. La conciencia corporal iba estrechando los límites de mi persona; y sentí que el mundo exterior, el cosmos, digámoslo así, aunque parezca pedantería, empezaba en mi cintura y en mis hombros.

—Tremendo es—pensé—que esté uno metido dentro de una cosa que se hiela como el agua... ¡Dios inhumano, un rayo que me derrita!

Yo tenía un alma y me reconocía piedra.

Mi cuerpo tendía cada instante con más fuerza á la inmovilidad absoluta. Como el moribundo desea la vida, deseé que alguien viniese y á martillazos me machacara.

Con ansiedad inmensa, mi vista exploró el camino, y allá lejos, muy lejos, observé gente que venía. Sonaba rumor de caballos, que acrecía acercándose.

—Serán franceses—me dije.—¡Malditos sean! Me salvarán, y otra vez estoy en poder de esa canalla.

Efectivamente, eran franceses, si bien cuando estuvieron próximos, á pesar de que iba yo perdiendo el claro uso de mis sentidos, creí distinguir voces españolas empeñadas con las francesas en viva disputa. Venían también algunos renegados. Después de tantos esfuerzos, de tantas luchas, cuando se había agotado la energía de mi cuerpo y de mi espíritu, volvía á encontrarme prisionero. Casi anhelé que pasaran de largo sin hacerme caso. Pero oí á mi lado la voz de mosen Antón, que decía:

—Aquí hay un hombre helado. Es Araceli. Es preciso llevarle al mesón.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVI

Hallábame después de un espacio de tiempo, cuya longitud no puedo apreciar, en el interior de una venta, y en una habitación tan parecida á mi famosa prisión en Rebollar de Sigüenza, que pensé que no había salido de ella. Pero una observación atenta me hizo ver alguna diferencia y principalmente el montón de paja con que me habían cubierto, y cuyo suave calor me volvía lentamente á la vida. Á mi lado estaban algunos renegados y mosen Antón. El local era la parte alta de una venta del camino ocupada por los franceses con los caseríos inmediatos.

—Estoy otra vez prisionero—dije instintivamente.

—Sí señor—repuso el clérigo con cierta socarronería.—Y ahora no se nos escapará usted.

—¿Qué hora es?—pregunté.

—¿Para qué quiere usted saberlo?

—Es que quisiera marcharme, Sr. Trijueque. ¿Qué distancia hay de aquí á Cifuentes?

—No es mucha; pero aunque pudiera usted salir, amiguito, y fuera á donde desea, no conseguiría nada. Otros le han tomado la delantera.

Ya había previsto la noticia, y la pena y rabia que sentía apenas se aumentó.

—Supongo que estos bandidos me castigarán por haberme escapado de Rebollar y por lo de Algora.

—Los castigos y crueldades de esta gentuza—me dijo mosen Antón acercando su rostro á mi oido y expresándose en voz muy queda,—honran y enaltecen á la víctima.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Algunos renegados salieron, y los franceses que quedaron en la habitación, dormían. Trijueque pudo hablarme con más libertad.

—Ya llegó á su colmo mi paciencia—me dijo,—y estoy decidido á romper con estos pillos. Son más orgullosos que Rodrigo en la horca y á los que nos hemos pasado á sus banderas, nos humillan tratándonos con un desprecio... Mi rabia es tan grande, Araceli, que les ahorcaría á todos sin piedad, si en mi mano estuviera. ¿Querrá usted creer que siguen prodigándome insultos, y que su insolencia para conmigo, va en aumento? No satisfechos con llamarme *monsieur le chanoine*, se empeñan en denigrarme más, y hoy un oficial me llamó *monseigneur l'eveque*.

—Mosen Antón, ¿los demás renegados que están aquí piensan lo mismo que usted?—le pregunté sintiendo que por encanto me restablecía.

—Lo mismo. Todos desean volver allá.

—¿Cuántos son?

—No llegamos á veinte.

—¿Y los franceses?

—En esta venta y en las casas inmediatas hay más de ciento. La lucha sería muy desigual.

—La traición ha vuelto cobarde al gran Trijueque. Somos pocos; pero vale más morir que ser juguete de esta chusma.

—Sí, y mil veces sí—exclamó el cura con exaltación.—Araceli, veo que hay un gran corazón dentro de ese cuerpo. Con que... Pero déjeme usted que le explique—añadió bajando la voz,—he sabido que Juan Martín está vivo y ha reunido alguna gente.

—También yo lo he sabido. ¿Y dónde están?

—Un pastor me dijo que Sardina había ido á parar á Grajanejos... Juan Martín pasó ayer tarde por la sierra. Muchos dispersos estaban en Yela.

—Es fácil que se hayan reunido y traten de reconstituir el ejército.

—Creo que sí, y harán bien—dijo el ogro.—Me alegraría de que diesen una paliza á esta gente. Si mi previsión militar, si mi conocimiento del país no me engaña esta vez—añadió bajando más la voz,—Juan Martín y Sardina reunirán su gente en Cíbicas que está á legua y media de aquí... ¡qué admirable posición para caer sobre este destacamento y hacerlo polvo!... Si yo estuviera en su lugar... pero ni el uno ni el otro ven más allá de sus narices.

—Hay que hacer un esfuerzo para salir de aquí. Nos uniremos á don Juan, y usted, luego que le pida perdón...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Yo perdón!... ¡perdón!—dijo el guerrillero con voz cavernosa y ademan sombrío.—Eso jamás.

—Nos presentaremos al Empecinado.

—Yo no; mi decoro, mi dignidad...—añadió balbuciendo.—En suma, mosen Antón se cortará con sus propias manos su gran cabeza, que envidiarían más de cuatro, primero que volver atrás del paso que dió. Los hombres de mi estambre no retroceden, y lo que hicieron hecho está... Mi intento ahora es renunciar á la guerra y marcharme á morir á Botorrita.

Después de meditar un momento, mosen Antón se levantó para marcharse.

—No me deje usted solo—le dije deteniéndole.

—No puedo estar aquí más... Quiero correr fuera... quiero huir. ¿No he dicho á usted que Juan Martín está en Cibicas?

—Mejor.

—¿Figúrese usted—añadió con espanto—que viene aquí, que sorprende á estos bolos, que nos coge á todos, que me ve...

—¡Oh! Ese suceso es demasiado feliz para que pueda suceder. Estamos dejados de la mano de Dios.

—Yo me voy.

—¿En dónde está Albuín?

—No lo sé ni quiero saberlo. ¡Ojalá se lo tragara la tierra!... Condenado Juan Martín: si tuviera dos dedos de frente, podía caer encima de este destacamento y aniquilarlo. Todos los generales del mundo son unos zotes. Si yo tuviera un ejército, ¡me reviento en!... si yo tuviera un ejército de españoles, de franceses, de griegos, de chinos ó de demonios... ¡Maldita sea mi estrella!... ¡Oh, qué gozo sería que Juan Martín aplastara á esta vil gentuza! Yo sin tomar partido por unos ni por otros, aplaudiría desde lejos; sí señor, aplaudiría... ¡Llamarme *monsigneur l'eveque*, ultrajar á un guerrero como yo!... Dan el mando de media compañía al hombre que puede coger cincuenta mil soldados en la palma de la mano, y sembrarlos sobre el campo de batalla, sin que ninguno caiga fuera de su natural puesto... á mí, que salgo al campo, doy un resoplido, huelo media España y ya sé por donde anda el enemigo; á mí, que soy capaz... pero no quiero hacer elogios de mí mismo.

—Sr. Trijueque, usted está corroido, abrasado por los remordimientos.

—¿Yo?... ¡qué desatino!—exclamó con enfado.—Sr. Araceli, de mí no se burla un mozalvete. ¿Soy algún muñeco para que se ponga en duda la entereza de mis acciones?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Hagamos una hombrada, señor cura.—Hable usted á los renegados que están en la venta. Sublevémonos contra esa canalla, y así acabaremos de una vez. Ó muerte ó libertad.

Trijueque se frotó las manos y arqueó las cejas, más negras que la noche.

—¡Admirable suceso!—dijo.—Nos sublevamos, vencemos ¿y después?...

—Nos uniremos á D. Juan Martín.

El cura, frunciendo el ceño, demostró disgusto.

—No... ¡me voy, me voy á mi pueblo!—exclamó con febril inquietud. —¿Y quiere usted que nos sublevemos, que pasemos por sobre los cuerpos de estos cobardes?... Después de hecho eso no podemos permanecer solos. Necesitamos buscar á Juan Martín, y si nos unimos á él, forzosamente me tiene que ver.

—Bien, ¿y qué?

—Y si me ve, me dirá algo.

—Y usted le confesará que se equivocó, que se alucinó.

—¡Rayos y centellas!—gritó con furor.—¿Soy niño de teta?... Araceli, este hombre de bronce, esta naturaleza de gigante, este Trijueque á quien Dios formó por equivocación con el material que tenía preparado para veinte hombres, no se doblega ante nadie. ¿Por qué he de exponerme á que él me vea? En este momento no temo á todos los ejércitos franceses, no temo á todo el mundo armado contra mí; pero si Juan Martín entra por esa puerta y me mira, y me echa encima el rayo de sus ojos negros, caigo rodando al suelo... ¡Váyase Juan Martín con mil demonios! Quiero huir de la Alcarria; quiero irme á Aragón y pronto, ahora mismo...

—Hagamos antes la gran calaverada. Yo estoy enfermo. Solo no puedo nada; pero al lado de mosen Antón, me encuentro capaz de todo. Los renegados tienen buenas armas.

Trijueque iba á contestarme, cuando sentimos gran ruido abajo, ruido de gente de armas á pié y á caballo, que acababa de entrar en la venta.

—Ahí están—dijo el clérigo.—¿No conoce usted una voz entre todas las voces? Es la de su amigo de usted el Sr. D. Luis de Santorcaz.

Ciego de ira me lancé hacia la puerta; pero un francés que la custodiaba, me detuvo, amenazándome con ensartarme en su bayoneta. Al principio no vino á mi mente palabra bastante dura para manifestar mi cólera: luché un rato con el atleta que me prohibía salir, y grité repetidas veces...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Bandidos! Infame Santorcaz, embustero y falsario!

Trijueque llegóse á mí y con una sonrisa de brutal estoicismo, que me hizo el efecto de un bofetón, me dijo:

—Sr. Araceli, es increible que un guerrero animoso tome tan á pechos este sainete de amores.

—Aparte usted á ese miserable que me impide salir, y veremos.

Eché mano á la empuñadura del sable que el guerrillero llevaba en el cinto; pero con rápido movimiento Trijueque detuvo mi mano. En el mismo instante sentí gritos de mujer que helaron la sangre en mis venas. Pugné de nuevo por salir; pero manos poderosas me sujetaron.

Entró precipitadamente un hombre que no era otro que el señor D. Pelayo, el cual dijo:

—¿Dónde está el señor obispo?... ¡Ah! ya lo veo... Necesitan abajo á *Su Ilustrísima.*

—¿Para qué, deslenguado, sin vergüenza? ¿Va á marchar mi compañía?

—No señor. Es que se han atascado las ruedas del coche en que llevábamos á esa señorita y como la mula no podía tirar de él, dijeron: "¡Que venga Su Ilustrísima!„ ¡Pronto, abajo... á tirar del carro... arre!

—D. Pelayo—dijo Trijueque,—no te extrangulo por conmiseración. Díle al falsario y bellaco que te mandó, que tire del carro, si gusta.

—D. Luis está más borracho que una cuba—repuso D. Pelayo riendo. —¡Oh, qué noche! Y todavía no sé cuanto voy ganando. Me ha prometido hacerme oficial de la guardia del Rey José...

Imposibilitado de hacer movimiento alguno, vomité los denuestos más horribles sobre aquel miserable.

—Muy bravo está el Sr. Araceli—me dijo envalentonándose al ver que no podía hacerle daño.

—Infame tahur, pide á Dios que no te deje caer en mis manos, si algún día puedo hacer uso de ellas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Pelayo.

XXVII

Sentí otra vez angustiosos gritos de mujer que pedía socorro. Al verme hacer colosales esfuerzos para desasirme, al oir mis alaridos de furor, Trijueque, poseido de indignación si no tan ruidosa, tan intensa como la mía, abandonó la estancia, diciéndome:

—Esto no se puede tolerar... Mi sangre hierve.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

D. Pelayo, riendo como vil bufón, exclamó:

—¿Se enfada también porque chilla la de Cifuentes?.... ¡Qué guapa es! Mimos y suspiritos por todo el camino... Nos traía locos... Será preciso taparle la boquirrita con un pañuelo... Araceli, que pase usted buena noche. Adios...

Todo esto se ofreció á mis sentidos como las imágenes de un delirio. "¿Estoy despierto?„ me preguntaba. Mi cuerpo se blandía entre las lazadas de la cuerda con que aquellos bárbaros le habían sujetado y no me quedaba libre más que la voz para echar por su conducto en forma de improperios horribles toda mi alma. Cuando pasado algún tiempo, quedó en silencio la venta y alejáronse los que poco antes entraran en ella, yo había sufrido una trasformación horrorosa. Me había vuelto imbécil. Surgían en mi pensamiento las ideas con un aspecto entre risible y monstruoso, y dominado por un terror pueril no podía expresar cosa alguna sin reir, sin desbordarme en una hilaridad atrabiliaria que desgarraba mi pecho, envolviendo en sombras tristísimas mi alma.

Á pesar de mi singular situación de espíritu, entendía perfectamente lo que á mi lado hablaban.

—Este fué el que escapó de la casa de Ayuntamiento en Rebollar de Sigüenza—dijo uno.—Bravo mozo.

—Y el que dirigió la matanza de nuestros compañeros en la batalla de Algora—afirmó otro. No se asesina á los franceses impunemente. Es preciso quitaros de enmedio.

—Sin embargo, merece un vaso de vino—dijo un tercero, acercándolo á mis labios.

Un comandante subió y estuvo examinándome largo tiempo.

—Parece que se finge demente este joven para evitar el castigo. Desatadle y veremos.

Hicieron lo que se les mandaba.

—Si os pusiera en libertad—me preguntó el comandante,—¿qué haríais?

—¡Matar!—repuse con siniestra calma.

—¿Es cierto que os escapásteis de la prisión en Rebollar?

—Sí.

—¿Y asesinásteis á los tiradores que llevaban un parte mío al general Guí?

—Yo quería un caballo—respondí.

—Responded á lo que os pregunto—dijo con enfado,—y no os hagais el tonto. Puedo mandaros fusilar al momento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Es lo que deseo—repuse, sintiéndome otra vez invadido por la risa.

—Si pensais salvaros así, es peor. Estoy inclinado á la benevolencia, porque ha intercedido hace poco por vos una persona á quien estimo, un español del orden civil, que sirve lealmente al Rey José.

La imagen de Santorcaz pasó sangrienta y terrible por delante de mis ojos.

—No le hagais caso—dije.—Es un borracho, como vos y como vuestro Rey José.

Dije esto, no como quien habla, sino como quien escupe. Con tales palabras pronuncié mi sentencia. Pero había llegado á una situación física y moral tan deplorable, que la muerte era para mí un accidente sin importancia. Me sentía enfermo otra vez, mortificado por acerbos dolores; y además, la idea de que Dios me había abandonado en mi noble empresa, decretando el triunfo del crímen, dábame un profundo desaliento, en virtud del cual casi empezaba á morir. Recordaba los sucesos de aquella noche con la vaguedad indiferente y triste con que el alma inmortal parece ha de recordar en los instantes que siguen á la muerte los últimos accidentes del mundo recién abandonado, de cuya esfera el infinito acaba de separarla.

Cuando me bajaron, apenas me podía mover; mas los franceses, con inhumanidad indisculpable, me empujaban golpeándome. Un oficial, sin embargo, me tomó la mano y con noble delicadeza rogóme que descansase en uno de los bancos de piedra que había en el patio. Allí escuché claramente estas palabras, dichas al comandante por otro oficial:

—Este joven no debe de estar en su sano juicio.

—Interrogadle otra vez—ordenó el comandante, alejándose:

—¿Habeis servido mucho tiempo á las órdenes del general Empecinado?—me preguntaron.

Entróme de nuevo el ánsia de reir y les contesté de un modo que no les satisfizo.

—¿Estuvísteis en la acción de Rebollar, donde murió el célebre don Juan Martín Díez?

Al oir esto contúvoseme la risa y sentí alguna claridad en mi espíritu.

—D. Juan Martín no ha muerto—respondí.

—¿Vive ese buen hombre?—dijo con ironía uno de los oficiales.—¿Por dónde lleva ahora sus fabulosos ejércitos de bandidos?

—Si vive—añadió otro de los que me observaban,—no debe tener un

(c) 2008 Ministerio de Cultura

solo hombre consigo, pues disuelta la gran partida, unos están con nosotros y otros han formado cuadrillas de salteadores.

Solté de nuevo la risa, y el oficial afirmó:

—El miedo y los padecimientos le vuelven imbécil: haced un esfuerzo y fijaos bien en lo que os pregunto. ¿No sabeis á dónde se ha retirado lo que quedó del disuelto ejército de D. Juan Martín?

Un rayo de luz entró en mi mente.

—El ejército de D. Juan Martín—respondí con serenidad—no se ha disuelto. Se dividió y ha vuelto á reunirse.

—¿En dónde está?

Desde el patio donde nos encontrábamos se veía todo el país cercano por Occidente. Era la hora en que las primeras claridades del alba comiezan á iluminar la tierra, y sobre el turbio cielo se destacaban vagamente unos cerros escalonados. Mirando al horizonte, señalé con mi mano temblorosa, y dije:—Allí.

—Allí--repitieron los oficiales—En esa dirección, á legua y media de distancia, hay una aldea llamada Cibicas. Sabemos que á prima noche merodeaba por allí una cuadrilla de bandoleros. ¿Es ese el ejército que decís? ¿En qué os fundais para asegurar que allí se han reunido los grupos disueltos del ejército empecinado?

—Lo adivino—repuse experimentando el sacudimiento nervioso que me hacía reir.

—El estado de este joven—dijo uno de ellos—es tal que debe suponerse no existe en él verdadera responsabilidad.

—Sois demasiado jurista, Saint-Amand—dijo otro.—Los guerrilleros son gente astuta. Aacordaos de aquel bárbaro patriota gallego que después de haber envenenado á treinta franceses, se fingió tonto para eludir el castigo.

Otro de los oficiales se apartó de mí para dar algunas órdenes y ví que algunos soldados marchaban de acá para allá. Entonces oí claramente que un zapador que acababa de entrar en el patio, dijo á los demás:

—Los escuchas han anunciado la aproximación de alguna gente del lado de Cibicas.

—Merodeadores y gente menuda.

—Pienso que se debe enviar media compañía á vigilar el sendero que hay en aquel cerro. ¿Dónde está el comandante?

—Duerme—repuso otro,—y ha mandado que no se le despierte, á ménos que venga aviso del general Gui.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Oyóse un disparo.

—Ha sonado un tiro en las avanzadas ¿Qué es eso?

En el mismo instante el vivo redoblar de un tambor llegando hasta nosotros, infundió cierta inquietud á aquella gente, y empezaron á no ocuparse gran cosa de mí.

—No es nada—indicó uno.

—¿Cómo que no es nada?—exclamó azoradamente un oficial que con precipitación acababa de entrar en el patio.—Por el sendero de Cibicas ha aparecido mucha gente. Se corren por ese cerro de la izquierda que está sobre nuestras cabezas. ¡Á las armas!

—Llamar al comandante.

—Es preciso escarmentar á esos miserables. Son ladrones de caminos.

Oí un disparo, y después otro, y luego muchos.

—Varios soldados franceses aparecieron corriendo con precipitación, y un grito terrible resonó en aquel recinto, un grito que al punto puso gran pánico en el ánimo de aquellos desapercibidos guerreros. El grito era:—"¡Los empecinados! ¡Á las armas!„

En efecto, eran los míos. El movimiento previsto por la atrevida mente de mosen Antón se había verificado, y las tropas que asediaban el campamento francés eran unos quinientos hombres que con gran trabajo había logrado reunir Sardina. Las guerrillas no necesitan, como los ejércitos, mil prolijos melindres para organizarse. Se organizan como se disuelven, por instinto, por ley misteriosa de su inquieta y traviesa índole. Desparrámanse como el humo al ser vencidos, y se condensan como los vapores atmosféricos, para llover sobre el enemigo cuando ménos éste lo espera.

Bien pronto se entabló la lucha. Los guerrilleros atacaron con brío, como gente ofendida y rabiosa que quiere vengar un agravio. Los franceses se defendieron bien; mas no les fué posible contener á mis amigos, que tuvieron tiempo de acercarse en silencio y escoger la posición y el punto de ataque que les pareció más ventajoso. Un pelotón de imperiales, colocado al abrigo de una casucha inmediata al edificio en que yo estaba, resistieron con sublime denuedo; pero no tenían los franceses bastante gente, y los de Sardina entraron por distintos puntos de la aldea atropellándolo todo. No he visto nunca mayor saña para acorralar y destruir á un enemigo que se replega y cede después de haber hecho colosales esfuerzos. Los empecinados no daban cuartel á nadie y ¡ay de aquel que se oponía á su paso! Cuando entraron victoriosos en el patio, grité con toda la fuerza que me permitía mi voz:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Aquí, bravos compañeros! Dadme un sable, que todavía os puedo ayudar. En la cuadra de la derecha se han escondido algunos... Otros tratan de escaparse por el arroyo... ¡Á ellos! Rematadlos.

Me sentí poseido del trágico furor de la matanza, y las crueldades de mis camaradas con los franceses enardecían mi alma. En medio del patio, un espectáculo terrible puso límite á mi exaltación. Un hombre bajó precipitadamente de las habitaciones altas. Era el comandante francés. Viendo á los suyos que saltaban las tapias para huir ó se escondían en los sótanos, gritó blandiendo el sable:

—Deteneos, miserables, y ved aquí á qué precio vende su vida un guerrero de las Pirámides y de Austerlitz.

Y acometió á los nuestros con furia, más propia de leones que de hombres.

—¡Atrás, bandidos!—gritaba;—no hay más rey de España que José I.

Diciendo esto, cayó en tierra para no levantarse jamás.

Poco después me estrechaba en sus brazos el bravo y noble Sardina.

La partida victoriosa tornó al punto á la sierra, atravesando aquel país fragoso, cubierto de espesos matorrales, y abriéndose paso por entre el apretado ramaje de las arboledas. Diéronme ropa, un caballo, y medianamente enfermo les seguí. No me fué posible adquirir noticia de la dirección que había tomado Santorcaz con su presa, y mientras la Providencia me deparaba alguna luz, resolví bajar á Cifuentes, que estaba á muy corta distancia del sitio donde hicimos alto al medio día. No había peligro alguno en tal expedición, porque acordadamente con la marcha de Sardina, D. Juan Martín había hecho otra sobre Cifuentes, cuya guarnición puso á tiempo piés en polvorosa.

Bajé, pues, á la villa, donde me recibió D. Juan con gran agasajo. Tenía un brazo derecho en cabestrillo, á consecuencia de la fuerte contusión alcanzada, cuando *se salvó*, como dice la historia, *echándose á rodar por un despeñadero abajo*. Contóme cómo pudo allegar alguna gente y congregarla sin descanso, gracias á la docilidad y buenas prendas de los que á todo trance le seguían; y yo, á instancias suyas, le referí los lances de mi prisión y las dos entrevistas que tuve con el gran Trijueque.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVIII

No me detuve con él en largas conferencias, porque impaciente por ver á Amaranta, corrí sin perder tiempo al célebre castillo. Encontréla en estado tan deplorable de cuerpo y de espíritu, que tardó en reconocerme cuando me presenté. ¡Cómo había decaido en el breve espacio de algunos días aquella

(c) 2008 Ministerio de Cultura

incomparable naturaleza tan potente en su fenomenal hermosura, que parecía destinada á no ajarse ni con los años ni con las pesadumbres, cual inalterable modelo de una raza perfecta!

Aumentada con la palidez y demacración la intensa negrura de sus ojos, había perdido aquella dulce armonía de su rostro. Ya no era esbelto y flexible su talle, y un enflaquecimiento repentino desfiguraba aquellos hermosos hombros y garganta, que no habían tenido rival. La voz, cuyo timbre producía antes inexplicable sensación en los que la escuchaban, se había debilitado y enronquecido, y por la congoja del pecho, necesitaba hacer dolorosos esfuerzos para hacerse oir.

Cuando me reconoció, arrojóse llorando en mis brazos, estrechándome en ellos durante largo tiempo con fuerza nerviosa y un ardiente anhelo de que sólo es capaz el maternal cariño. Ni ella ni yo podíamos hablar. Sus lágrimas mojaban mi seno.

Miróme luego, asombrándose de encontrarme tan desfigurado como yo la encontré á ella. Volvióme á abrazar con efusión, y me dijo:

—¡Hijo mío! ¡Cuánto has padecido!

—Inútilmente—respondí, sentándome junto á ella y besando sus manos,—porque he llegado tarde.

Callamos de nuevo, sin acertar con las palabras propias para expresar nuestra congoja.

—¡La hemos perdido para siempre!—exclamó elevando al Cielo los ojos bañados en lágrimas. ¡Bien sospechaba yo que ese hombre no me perdonaría jamás! ¡Ha esperado largo tiempo la ocasión de su venganza, y al fin la ha consumado!

—Señora, le dije—no se ha perdido todo. Yo buscaré á Inés por toda España, por todo el mundo si es preciso, y al fin, con la ayuda de Dios, espero encontrarla.

La infeliz, sin contestarme de palabra, expresó en su rostro la más dolorosa duda.

—No—repitió,—ya sabía yo que ese hombre no me perdonaría... Pero esto me parece un sueño. Mi hija desapareció de mi lado sin que hasta ahora me haya sido posible averiguar cómo y á qué hora. Sé que unos aldeanos la vieron conducida en un coche y custodiada por españoles y franceses... y nada más... El corazón me dice que no la volveré á ver... ¿Piensas tú lo mismo? Ese hombre me impondrá condiciones ignominiosas que no podré aceptar sin deshonrarme.

Cubrióse el rostro con las manos.

—Señora—le dije,—ó no valgo nada, ó la arrancaré del poder de ese

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hombre. Es para mí una deuda de honor, y á satisfacerla me consagraré mientras tenga un aliento de vida. Este infame atropello me hiere en lo más delicado de mi sér. He sido robado, señora vilmente robado, porque Inés es mía, ¿no lo sabía usted?

—Es tuya—respondió la condesa.—No me atrevo á negarlo. En este momento terrible, cuando me siento herida, castigada sin duda por Dios; cuando veo por tierra mi orgullo, cuando volviendo á todos lados los ojos, no veo más que ruinas; en esta triste ocasión, en que considero disipadas mis glorias, oscurecido el lustre de mi casa, perdido mi prestigio y valimiento; ahora que me veo enferma y quizás próxima al sepulcro, me parece que el mayor, el único consuelo de mi alma es estrecharte entre mis brazos y llamarte mi hijo. Gabriel, te prometo, te juro que si encuentras á Inés, si me la devuelves, será tu mujer. ¿Quién puede oponerse á esto?

—Nadie, señora—respondí con orgullo.—Nadie.

Estreché sus hermosas manos entre las mías. Era el único lenguaje que mi emoción me permitía.

—Sólo en el mundo, abandonado á mí mismo—le dije después de una larga pausa,—me echo de hoy para siempre en los brazos de la que fué mi ama y hoy representa para mí la familia, la amistad, el amor, todo aquello que me ha faltado, y que busco con el afán del sediento en mi solitaria vida.

—Y yo te recibo en ellos—exclamó.—¿Por qué no? ¿Quién me lo impide? Dios ha lanzado tu vida con la nuestra, y todas las potencias de la tierra no pueden separarla. ¿Debo atender á mi familia? Pero yo estoy loca. ¿Acaso tengo familia? Perseguida por mis parientes, olvidada de todos, Dios ha dispuesto las cosas de modo que mi único amparo, mi único consuelo sea este generoso joven, tú, Gabriel, que con mi pobre hija llenas el vacío de mi corazón. ¡Cómo se elevan las personas, Dios mío, cómo triunfan finalmente las dotes elevadas del alma, abriéndose camino por entre la miseria, la humildad y el olvido del mundo, para establecer su imperio sobre las gentes! ¿De qué valeis, grandezas exteriores, títulos vanos, fortuna y pompas de los hombres? Como ejemplo de lo que sois, aquí me teneis. En cambio, ¿quién puede negar que existe una aristocracia de las almas cuya nobleza, aunque la ahoguen desgracias y privaciones, al fin ha de abrirse paso y llevar su dominio hasta las mismas esferas donde campean llenos de hinchazón los orgullosos? Ejemplo eres tú, ¡hijo mío!... Me siento desfallecer al darte este nombre que trae á mi espíritu desconocidas alegrías... Gabriel, búscala, búscala

(c) 2008 Ministerio de Cultura

por piedad, pronto, hoy mismo. De eso depende que veas en mí la más desgraciada ó la más feliz entre las mujeres nacidas; de eso depende el cariño que te debo tener, que tengo ya por tí; de eso depende todo, querido mío. Vas á probarme la energía de tu voluntad, el temple de tu alma y si eres digno de aquello que con tan noble audacia has deseado y solicitado, desafiándome á mí, á toda mi familia y al mundo entero.

—Señora y madre mía—exclamé puesto de rodillas ante ella, con la solemne expresión de quien descubre ante Dios lo más hondo de su conciencia,—no hay dentro de mí una sola gota de sangre que me pertenezca. Pertenezco á mi familia, por quien desde hoy vivo. Si no amase á Inés como la amo, la buscaría por la tierra y moriría cien veces por devolverla á la persona que con cuatro palabras ha engrandecido mi alma á mis propios ojos, abriéndome los horizontes de la vida; haciéndome ver que los latidos de mi corazón no eran un esfuerzo solitario, inútil y perdido en el cáos de los sentimientos humanos; llenando de una vez este vacío y poblando esta soledad espantosa que desde el nacer me rodea. Si no la amara como la amo, y aún con la certidumbre de que no había de ser para mí, yo emplearía toda mi voluntad, toda mi fuerza y la vida toda en rescatarla de sus infames secuestradores. Tengo la seguridad de que lo conseguiré. Señora, Dios está con nosotros; y si en la ocasión terrible que acaba de pasar no nos ha favorecido, es porque nos exige mayores y más nobles esfuerzos para merecer el galardón de su misericordia infinita. Señora condesa—añadí levantándome,—ánimo. Dios está con nosotros.

La desgraciada madre se arrojó de nuevo en mis brazos. Entonces advertí su deplorable situación en lo relativo al vestir y á las diversas comodidades domésticas que una persona de su posición exigía. Contestando á mi pregunta, dijo:

—¿Pero no sabes que los franceses al retirarse esta mañana se lleva-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ron todo lo que había en la casa? Hace ya días que me quitaron el último dinero que tenía. Hoy no han dejado ni una pieza de ropa, ni una manta de abrigo, ni un mantel. Rompieron toda la loza porque no podían llevársela. Nada te digo de la plata y vajillas de valor, pues todo eso pasó hace tiempo al tesoro del Rey José. En suma, hijo mío, esta mañana he necesitado un alfiler, y he tenido que pedirlo prestado. Esta ropa con que me visto es de la tía Pepa, mujer de uno de los guardas del monte. ¿Verdad que estoy guapa?

—Poco á poco se irá usted curando de su afición á los extranjeros—le dije con melancólica jovialidad.

—No, ya estoy curada por completo... Pero dí, ¿qué piensas hacer? ¡En qué horrible trance nos hallamos! ¿Has averiguado algo de la dirección que tomaron esos bandidos?

—Es demasiado pronto. No será imposible averiguarlo. Debe tenerse en cuenta que su vida no corre peligro. Además, para ocultarla de un modo absoluto, Santorcaz tendrá que ocultarse también él mismo, y un hombre que funda su poder en un cargo público, ha de estar visible en alguna parte. La situación no es desesperada ni mucho ménos. Santorcaz es un hombre, no un demonio.

—¿Podrás darme hoy mismo alguna esperanza, alguna noticia satisfactoria?—me preguntó con amargo desconsuelo.

—Es difícil. Entre tanto, procure usted reposar de tanta fasiga, calmar un poco las angustias de su corazón destrozado.... Es urgente proporcionar á usted algunas comodidades.

—No te preocupes de eso, ni emplees en mí un tiempo precioso. Yo estoy bien así.

—Escribiremos á Madrid para que el administrador de la casa envíe á usted ropas, vajilla y dinero.

—Es inútil—me respondió sonriendo.—Mi señor administrador tiene órden del jefe de la familia para no darme nada mientras yo misma no escriba á dicho jefe, pidiéndole perdón de mis... faltas. Y como antes que dar este paso pediré limosna de puerta en puerta...

Esta revelación me indujo á tristes meditaciones.

—Ya te he dicho que vienen penosísimos y horribles días para mí... Hablan de mis faltas. Sin duda he cometido alguna muy grande, inmensa...—dijo cerrando los ojos como aletargada ó para rodearse de las sombras que le permitieran explorar con ojo seguro su conciencia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIX

La contemplé largo rato, lleno de tristeza y consideraba á qué extremo de desventura había descendido la que yo conocí en el apogeo de la grandeza, de los honores y del orgullo. Después de largo silencio, abrió los ojos y mirándome inmóvil á su lado, me tomó la mano y besándola me dijo:

—No tengo más amparo que mi paje del Escorial en aquellos tiempos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

felices en que yo era una de las más poderosas personas de la monarquía, cuando repartía bandoleras, prebendas, mitras, canongías y ejecutorias. ¡Dios mío cuánto he descendido!

Dí á la condesa todo el dinero que llevaba, y además todo el que pude lograr me prestasen mis amigos. Después bajé á la plaza en busca de noticias. D. Juan Martín había resuelto permanecer en Cifuentes dos ó tres días para rehacer sus fuerzas y organizar convenientemente su partida. No había peligro alguno en estacionarse allí, porque esperábamos de un momento á otro en el mismo Cifuentes á las tropas de D. Pedro Villacampa, el cual venía de Murcia para regresar á Aragón pasando por Cuenca á la Alcarria alta. Todo aquel país estaba seguro de franceses, mientras los dos célebres guerrilleros lo ocupasen, así como de Algora para arriba no había un palmo de terreno de que pudiera llamarse rey el Sr. D. Fernando VII. El Empecinado, para no permanecer ocioso, había mandado destacar pequeñas cuadrillas que recorrían la sierra y vertiente izquierda del Tajuña para observar al enemigo y sorprender algún destacamento que se descuidase, lo cual, como se ha visto, ocurría con harta frecuencia.

En la mañana siguiente del día en que me presenté á la condesa, estaba D. Juan Martín conferenciando con Villacampa en la portada del convento de dominicos, cuando ví llegar á Sardina, que jovialmente decía:

—Le hemos cogido, Juan, hemos cazado á la pobre bestia azorada que no sabía en cual agujero de estos montes meterse.

—Apuesto á que me hablas de Trijueque—dijo D. Juan Martín con disgusto.—No quiero verle.

—Es un pícaro de tal calidad, que si no se hace un escarmiento con él, no podremos en lo sucesivo fiarnos ni aun de nuestra propia camisa —dijo Sardina.—La gente le ha querido fusilar y él lo pide á gritos; pero he mandado que antes te lo presenten.

—Que no me lo traigan acá—voceó D. Juan Martín.—Que no me lo pongan delante, porque si una vez maté un asno á puñetazos en Perales de Tajuña, no quiero hacer estas gracias todos los días.

No tardó, sin embargo, en aparecer mosen Anton. ¡Horrible espectáculo! Traíanlo con las manos atadas á la espalda, y los más pillos, desvergonzados y crueles voluntarios de aquella partida asían la larga cuerda por el otro extremo, obligándole con repetidos golpes y puntapiés á marchar delante. Mosen Anton había enflaquecido, se había vuelto más pálido, más verde, más negro, y hasta parecía haber crecido en su

(c) 2008 Ministerio de Cultura

descomunal estatura en el breve espacio de dos días. La siniestra cara estaba de tal modo desfigurada, tan contraidas las enérgicas facciones, y al mismo tiempo había tal ferocidad en la delirante expresión de su mirada, que ésta constituía toda su fisonomía. Su rostro eran sus ojos sanguinolentos y espantados. Había perdido la gorra y pañizuelo que cubrían su cabeza, mostrando la convexidad lobulosa y deforme de su cabeza calva. Su sotana veíase ya reducida á un compuesto de girones que se enlazaban unos con otros, dejando entre sí agujeros disparatados é irregulares, por cuyas luces se veían las piernas del héroe traidor, que no temblaba de frío ni de miedo.

—¿Dónde le habeis cogido?—preguntó D. Juan Martín, contemplando con estupor la triste imágen del que fué su amigo.

—Hácia Canredondo—contestó uno.—Venía hácia acá con otros cuatro. Nosotros gritamos: "Mosen Anton, date, date„ y corrimos tras él.

—¿Hizo resistencia?

—Ninguna. Vino derecho hácia nosotros diciendo: "Aquí me teneis, amigos. Disparad sobre mí...„ Cuando le atamos para traerle aquí se puso furioso y por poco... Verdad que éramos diez y ocho contra cuatro y no nos acobardamos...

—¡Ya estás otra vez delante de mí, perro!—exclamó el Empecinado apretando los puños y las mandíbulas, pálido de cólera.—¿Dime qué debo hacer contigo, infame traidor que me vendiste al enemigo?

—Á los traidores de mi clase se les fusila sin piedad—dijo mosen Anton frunciendo el torvo ceño y sin mirar al general;—no se les pasea por el campamento como á una mona ó á un perro gracioso para hacer reir á los soldados...

—Díme, alma más negra que la de Satanás—gritó D. Juan,—¿hay algún castigo que sea para tí más terrible que la muerte? porque la muerte para ese corazón tan grande como una montaña, es ménos sensible que un rasguño.

—Haces bien en creer que no temo la muerte—dijo Trijueque.—Mil veces he despreciado la vida en beneficio tuyo, por conquistarte honores, grados, fama... Mátame de una vez, bárbaro, pero no me insultes.

—Antes has de confesar que cuanto hago en contra tuya lo tienes merecido—dijo el general.—Has de confesar que para tu infame traición la muerte es benevolencia y caridad. Desgraciado, ¿hay en en esa alma alguna otra cosa que bravura?

—Sí—repuso el cura sombríamente.—Hay algo más, hay ambición de gloria, de llevar á cabo grandes proezas, de asombrar al mundo con el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

poder de un solo hombre, hay una ánsia horrorosa de que ningun nacido valga más que yo, ni pueda más que yo; hay la costumbre de mirar siempre para abajo cuando quiero ver al género humano.

—Bárbaro envidioso—exclamó D. Juan,—eres capaz de vender á Dios por... evidia, sí, por envidia de que Él haya hecho el mundo y tú no... En fin, Trijueque, confiesa delante de mí tu infame alevosía y te perdonaré la vida.

—¡Yo... confesar!...—exclamó mosen Antón como quien oye el mayor absurdo.—Lo que hice, hecho está.

—Todavía sostiene que estuvo bien hecho—dijo el Empecinado.—Todavía sostendrá que pasarse al enemigo, hacer armas contra sus compatriotas, vender á su general, tenderle una emboscada para cogerle prisionero son acciones que merecen premio. Este hombre es así; si le ahorcan cien veces, y cien veces resucita, no confesará su crímen.

D. Pedro Villacampa que oía este diálogo, rompió al fin el silencio, diciendo:

—¡Desgraciado Trijueque!... Lástima que tan grandes guerreros no tengan una conciencia á prueba de sobornos. Y después de todo, el buen cura recibiría una bicoca... ¡Que hombres tan bravos se vendan por mil ó dos mil duros!...

Mosen Antón expresó en su semblante la más amarga ira.

—Sr. Villacampa—dijo,—agradezca usted que estoy amarrado como una bestia salvaje; que si no, mosen Antón no se dejaría insultar villanamente. En todo el mundo no hay bastante dinero para comprarme: sépalo usted y cuantos me oyen.

—De eso respondo—dijo D. Juan Martín—Trijueque es capaz de pegar fuego al universo por despecho; pero si ve á sus piés todos los tesoros de la tierra, no se bajará á cogerlos. Dentro de este animal hay tanto orgullo que no queda hueco para nada más. Por orgullo se hizo francés.

—¡Yo francés! ¡Qué dices, desgraciado!—exclamó el cura haciendo esfuerzos por desasirse de la cuerda que le sujetaba.—No hay paciencia para soportar tal injuria. Yo no soy francés. Huí de mi campo, no por servir á los franceses, sino porque ellos me sirvieran á mí. Huí de mi campo para castigar tu fiero orgullo, para desposeerte de un puesto que, en mi entender, me pertenecía, para emanciparme de una superioridad que me era insoportable, porque yo, mosen Antón Trijueque, no quepo debajo de nadie, ni he nacido para la obediencia; porque yo he nacido para llevar gente detrás de mí, no para ir detrás de nadie; porque yo, que siento las maniobras de la guerra, como sientes tú la pulga que te

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pica, necesito dar pasto á mi iniciativa, porque mi cerebro pide batallas, marchas, movimientos y operaciones que no puede realizar un subalterno; porque yo necesito un ejército para mí solo, para mi propio gusto, para llenar todo este país con mis hazañas, como lo lleno con mi guerrero espíritu. Por eso te abandoné; por eso rompí los hierros que me sujetaban y levanté el vuelo, graznando á mis anchas sin traba alguna. Por eso traté de coparte, y adiviné tu movimiento, y me subí á los riscos de Rebollar, donde tú no habías subido jamás, y me dispuse á caer sobre tí y aniquilarte para que vieses cómo se burla esta águila poderosa de los cernícalos que te rodean; por eso llamé á los franceses en mi ayuda, y si no te cogimos fué porque los franceses no quisieron hacer lo que yo decía y me despreciaron, figurándose ¡oh, inmundas y rastreras lagartijas! que era un traidor adocenado... Yo desprecio á los franceses, yo desprecio á todos: me basto y me sobro. Fuerte soy en la adversidad y no bajo, no, del alto picacho donde clavo los garfios de mis patas y desde donde os veo, como ratas que corren tras una miga de pan... ¡Quieres que cante el *yo pecador* y me humille ante tí... ¡Eso jamás, jamás, jamás! Reconozco que me salió mal la empresa y estoy consumido por la rabia.

—Por los remordimientos, dilo de una vez, espantajo,—exclamó el general. Estoy viendo tu miserable alma cómo se retuerce dentro del cuerpo, cómo se hace un ovillo, ¡caramba! y se muerde á sí misma porque no puede soportar su afrenta. Vuelve la vista á todos lados. ¿No te espantan las miradas de todos esos bravos soldados que te desprecian? ¿No conoces que el peor de todos vale más que tú? ¿No te cambiarías por el último condenado furriel de mi ejército?

—¡La muerte, la muerte!—exclamó Trijueque con desesperación.—No estoy arrepentido, no, de mi acción, pero estoy furioso. Por no haber sabido triunfar, merezco que me echen del mundo á fusilazos ó que me corten esta gran cabeza, esta montaña cuyo peso no puedo resistir.

—Cura de Botorrita—dijo gravemente D. Juan,—eres un desgraciado, y principio á tenerte compasión. Díme una palabra, una palabra sola que sea no súplica humillante de perdón, sino una palabra que demuestre que en esa alma hay un tantico así de sentimiento por haber vendido al jefe y al amigo... Tengo ganas de perdonar, ¡rayo de Dios!

—¿Quieres oir la palabra?—dijo Trijueque lúgubremente.—Pues óyela: "Fuego„ esa es la palabreja. Fuego sobre mí. No quiero vivir: me ahogo en el mundo. Estoy como un hombre á quien dijeran: "Camina cien leguas dentro de un barril de aceitunas.„ Fuera, fuera de aquí...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Muchachos, allí hay una pared... preparad vuestros fusiles, y matadme como gusteis, bien ó mal, y apuntad á donde os plazca, con tal que me apunteis.

—Cura de Botorrita—dijo D. Juan Martín con voz grave y poniéndose pálido,—en esta ocasión terrible quiero también que mi voluntad esté sobre la tuya. Te perdono. Irás al pueblo de donde en mal hora te saqué, y predicarás, y dirás misa, que es tu verdadero oficio.

—Mi oficio es enseñar el arte sublime de la guerra á los tontos—repuso el cura sintiéndose herido en lo más sensible de su orgullo con lo del curato.

—Marcha á tu pueblo—repuso el general sin hacer caso del dardo.—Los clérigos no toman las armas. Te perdono y te destituyo. Ea, muchachos, arrancadle esa charretera que lleva en el hombro. Tan noble insignia no debe adornar el cuerpo de un infame traidor.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXX

La canalla que rodeaba al pobre guerrillero destituido no esperó segunda orden para arrancarle la charretera. Mosen Antón dió un salto y cayó al suelo.

—Ahora desatadle y que se vaya con Dios.

—¡Me perdonas tú, miserable!...—exclamó con gran coraje la víctima. —¿Y quién te ha pedido ese perdón que arrojas como un hueso? No soy perro hambriento, y no roeré tu perdón. Recógelo.

Empezaron á desatarle. Con furor salvaje revolvióse Trijueque contra los que le rodeaban, y gritó:

—Juan Martín, no mandes desatar á Trijueque, no dejes en libertad las manos de Trijueque.

—Desatadle—repitió el general.

—Mosen Antón quedó al instante libre.

—¿Piensas que te temo?—añadió D. Juan.—Cura de Botorrita, vete á tu iglesia, arrodíllate delante del altar y pídele á Dios que te perdone tu crímen como te lo perdono yo.

Diciendo esto, entró con Villacampa y Sardina en el convento de dominicos.

Los soldados, cuando el general se marchó, dieron en mortificar á mosen Antón. Éste abriéndose paso con el empuje de sus brazos de hierro, gritó:

—Acabad conmigo de una vez.

Con la presteza y la iniciativa propias de la verdadera travesura, uno de los circunstantes había hecho un gorro de papel y lo encajó en la calva cabeza del guerrillero exonerado, diciendo:

—Ya tiene el señor obispo su mitra. Échenos la bendición.

Otro quiso ponerle en la mano una caña, y dijo:

—Aquí tienes el báculo.

—Santurrias—dijo Viriato,—trae aquel pedazo de estera vieja para hacerle la capa pluvial.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Matadme—gritó la víctima,—pero no insulteis al que ha sido vuestro coronel.

Por mi parte sentía viva lástima del infeliz guerrillero, y recordando además que me había salvado la vida después del paso del Tajuña, no pude ménos de interceder en su favor. Lo libré primero de las insignias episcopales, y tomándole luego el brazo, traté de llevarlo fuera del pueblo para que huyese.

Gran trabajo me costó conseguir esto último, porque la multitud le hostigaba, insultándole del modo más despiadado y atroz.

—Señor cura, diga una misa por su propia alma que se ha llevado el Demonio.

—Señor cura, si los franceses pagan á mil doblones un coronel, ¿qué dan por un soldado?

—Señor cura, que se metió á general y no sirve más que para tirar de una carreta... ¿Pues no quería mandar un ejército?

—De gallinas tal vez ó de monagos.

—Si es un bobo: los franceses lo destinaron á que les limpiara las botas...

Además de injuriarle con estas y otras frases, á cada paso tiraban de la larga cuerda que aún llevaba atada en su cintura y que le arrastraba detrás como un largo rabo.

Empujando aquí y allí, haciendo valer mi autoridad contra tan ruín gente, logré al fin sacarlo de la villa. Hice que todos volviesen atrás dejándonos solos y señalando la sierra, le dije al despedirle:

—Huya usted por aquí, desgraciado, y que Dios dé paz á su conciencia.

Le observé bien. Estaba horrible, con los ojos húmedos, las mejillas amoratadas, la boca espumante, y todo tembloroso y convulso.

—Hace mucho frío esta tarde—le dije, ofreciéndole mi capote.—Llévesélo usted.

Mas en vez de aceptar la oferta y darme las gracias, rechazóla, diciéndome bruscamente:

—No necesito nada. Adios.

Y sin dignarse mirarme, se internó en la sierra.

Figuraos cuál sería mi indignación, cuando en la plaza de Cifuentes (media hora después de la partida de mosen Antón) ví que se me acercaba con semblante risueño y sin duda con el injurioso intento de abrazarme, el Sr. D. Pelayo en persona.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El infame me dijo riendo con toda la desvergüenza tunesca de las Universidades de aquel tiempo:

—Al fin Dios me depara el gustazo de ver sano y salvo al señor de Araceli. ¡Que inaudita alegría! ¿Cómo va de salud, señor y dueño mío?

—¡Ah, miserable ladrón falsario!--exclamé con violenta ira, cogiéndole por el cuello y arrojándole al suelo con intento de deshacer contra las piedras tan execrable reptil.

—¡Oh!—dijo con dolor—me ha deshecho usted las rodillas, querido señor mío. Ya, ya comprendo la causa de su disgustillo, poca cosa, una broma mía.

Ahora mismo vas á morir, infame, estrellado contra estas piedras—grité golpeándole sin piedad.

—Perdón, perdón, Sr. de Araceli, perdón para este delincuente. Déjeme usted decir dos palabras, dos palabricas, y luego será más amigo mío que Pílades fué de Orestes.

—Díme, ¿te cogieron con mosen Antón?

—Quiá: yo vine esta mañana. Cuando ví la cosa mal parada allá, me abracé á las banderas de la patria y entré en Cifuentes gritando: "¡Viva el Empecinado y Fernando VII...!„ Otros cuatro y yo pedimos perdón al general, diciendo que nos habían engañado.

—Truhán redomado. Ahora mismo vas á dejar de existir, si no me dices á donde llevásteis tú, Santorcaz y demás bandidos á la desgraciada joven que robásteis en esta villa.

—Sr. de Araceli—repuso,—déjeme usted respirar un poco y diré lo que sé... por piedad, quietas las manos. Pues por la salvación de mi alma, señor y dueño mío, juro y rejuro que no sé donde está aquella hermosa señorita. Si miento que me muera aquí mismo.

—Tú saliste con ellos de la venta.

—Es cierto; pero como había llegado á mi noticia que D. Juan Martín estaba en Cibicas, ví la cosa mal parada y corrí á presentarme á él. Pregunte usted al mismo general si no me le presenté de madrugada.

—Mientes como un bellaco y vas á morir.

—Señor, querido señor Araceli, por el que murió en la cruz, juro que digo verdad. ¿Sabe usted quién puede informarle del pueblo á donde llevaron á la novia de usted?... ¡hermosa novia á fé mía!

—¿Quién lo sabe?

—Mosen Antón. ¿Por qué no le preguntó usted?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Mosen Antón fué con Santorcaz?

—Sí, mosen Antón condujo el convoy hasta no sé qué pueblo donde parece que la dejaron y luego regresó.

—¡Y ese desgraciado huyó sin decirme nada!—exclamé con viva inquietud.—Corro á buscarle.

Salí precipitadamente del pueblo, internándome en la sierra por la misma senda que había seguido el cura guerrillero. Como principiaba á anochecer y concluía oscurísima la tarde, era inútil que tratase de buscarle con la vista delante de mí. Corriendo, grité varias veces:

—¡Mosen Antón, mosen Antón!

—Pero nadie me respondía. Á un cuarto de legua de Cifuentes y cuando me disponía á regresar creyendo que el cura había tomado dirección distinta, divisé un gran bulto negro, un cuerpo y los girones de la hopalanda agitada por el viento. ¡Qué horror! Todo esto colgaba sacudiéndose aún de las ramas de una poderosa encina.

—¡Júdas! — exclamé con pavor, alzando la vista para observar aquel despojo.

Recé un Padre Nuestro y me volví á Cifuentes.

FIN DE JUAN MARTÍN EL EMPECINADO

Diciembre de 1874.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

I

Las siguientes cartas, supliendo ventajosamente mi narración, me permitirán descansar un poco.

Madrid 14 *de Marzo de* 1812.

Querido Gabriel: Si no has sido más afortunado que yo, lucidos estamos. De mis averiguaciones no resulta hasta ahora otra cosa que la triste certidumbre de que el comisario de policía no está ya en esta

(c) 2008 Ministerio de Cultura

córte, ni presta servicio á los franceses, ni á nadie como no sea al Demonio. Después de su excursión á Guadalajara, pidió licencia, abandonó luego su destino, y al presente nadie sabe de él. Quién le supone en Salamanca, su tierra natal, quién en Búrgos ó en Vitoria, y algunos aseguran que ha pasado á Francia, antiguo teatro de sus criminales aventuras. ¡Ay, hijo mio, para qué habrá hecho Dios el mundo tan grande, tan sumamente grande, que en él no es posible encontrar el bien que se pierde! Esta inmensidad de la creación sólo favorece á los pillos, que siempre encuentran donde ocultar el fruto de sus rapiñas.

Mi situación aquí ha mejorado un poco. He capitulado, amigo mío; he escrito á mi tía contándole lo ocurrido en Cifuentes, y el jefe de mi ilustre familia me demuestra en su última carta que tiene lástima de mí. El administrador ha recibido orden de no dejarme morir de hambre. Gracias á esto y al buen surtido de mi antiguo guarda-ropas, la pobre condesa no pedirá limosna por ahora. He tratado de vender las alhajas, los encajes, los tapices y otras prendas no vinculadas; pero nadie las quiere comprar. En Madrid no hay una peseta, y cuando el pan está á catorce y á diez y seis reales, figúrate quién tendrá humor para comprar joyas. Si esto sigue, llegará día en que tenga que cambiar todos mis diamantes por una gallina.

Para que comprendas cuán glorioso porvenir aguarda á mi histórica casa, uno de los astros más brillantes del cielo de esta gran monarquía, me bastará decirte que el pleito entre nuestra familia y la de Rumblar se ha entablado ya, y la cancillería de Granada ha dado á luz con este motivo una montaña de papel sellado, que, si Dios no lo remedia, crecerá hasta lo sumo y nuestros nietos veránla con cimas más altas que las de la misma Sierra Nevada. La de Rumblar se engolfa con delicia en este mar de jurisprudencia. Me parece que la veo. Convertiría el linaje humano en jueces, escribas, alguaciles y roe-pandectas para que todo cuanto respira pudiese entender en su cuita.

El licenciado Lobo, que frecuentemente me visita con el doble objeto de ilustrarme en mi asunto y de pedirme una limosna (hoy en Madrid la piden los altos servidores del Estado), me ha dicho que en el tal pleito hay materia para un ratito, es decir que no pasará un par de siglos mal contados sin que la Sala dé su sentencia ó un auto para mejor proveer, que es el colmo de las delicias. Me asegura también el susodicho Lobo, que si nos obstinamos en trasmitir á Inés los derechos mayorazguiles, es fácil que perdamos el litigio dentro de algunos meses, pues para perder no es preciso esperar siglos. Las informalidades que hubo en el re-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

conocimiento y la indiscreción de mi pobre tío, que ya bajó al sepulcro, ponen á nuestra heredera en muy mala situación para reclamar su mayorazgo. Nuestro papel se reduce hoy, según Lobo, á reclamar la no trasmisión del mayorazgo á la casa de Rumblar, fundándonos en varias razones de *posesión civilísima, agnación rigurosa, masculinidad nuda, emineidad, saltuario*, con otras lindas palabras que voy aprendiendo para recreo de mi triste soledad y entretenimiento de mis últimos días.

Mi tía dice que yo tengo la culpa de este desastre y cataclismo en que va á hundirse la más gloriosa casa que ha desafiado siglos y afrontado el desgaste del tiempo, sin criar hasta ahora ni una sola carcoma, y funda su anatema en mi oposición al proyectado himeneo de nuestro derecho con el derecho de los de Rumblar. Verdaderamente no carece de razón mi tía, y sin duda se me preparan en el Purgatorio acerbos tormentos por haber ocasionado con mi tenacidad este conflicto.

Esta carta te la envío á Sepúlveda. Creo que serán infructuosas tus pesquisas en todo el camino de Francia hasta Aranda. Procura ir á Zamora. Yo sigo aquí mis averiguaciones con ardor infatigable; y demostrando gran celo por la causa francesa, he adquirido conocimiento con empleados de alta y baja estofa, principalmente de policía pública y secreta.

Si te unes á la división de Cárlos España, avísamelo. Creo que conviene á tu carrera militar el abandonar á esos feroces guerrilleros; mas por Dios no pases al ejército de Extremadura. Creo que de ese lado no vendrá la luz que deseamos; sigue en Castilla mientras puedas, hijo mío, y no abandones mi santa empresa. Escríbeme con frecuencia. Tus cartas y el placer que me causa contestarlas son mi único consuelo. Me moriría si no llorara y si no te escribiera.

22 de Marzo.

No puedes figurarte la miseria espantosa que reina en Madrid. Me han dicho que hoy está la fanega de trigo á 540 reales. Los ricos pueden vivir, aunque mal; pero los pobres se mueren por esas calles á centenares sin que sea posible aliviar su hambre. Todos los arbitrios de la caridad son inútiles, y el dinero busca alimentos sin encontrarlos. Las gentes desvalidas se disputan con ferocidad un troncho de col, y las sobras de aquellos pocos que tienen todavía en su casa mesa con manteles. Es imposible salir á la calle, porque los espectáculos que se ofrecen á cada momento á la vista causan horror y desconfianza de la Providencia infinita. Vénse á cada paso los mendigos hambrientos, arrojados en el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

arroyo, y en tal estado de demacración que parecen cadáveres en que ha quedado olvidado un resto de inútil y miserable vida. El lodo y la inmundicia de las calles y plazuelas les sirven de lecho y no tienen voz sino para pedir un pan que nadie puede darles.

Si la policía se lo permitiera, maldecirían á los franceses, que tienen en sus almacenes copioso repuesto de galleta, mientras la Nación se muere de hambre. Dicen que de Agosto acá se han enterrado veinte mil cuerpos, y lo creo. Aquí se respira muerte; el silencio de los sepulcros reina en Platerías, en San Felipe y en la Puerta del Sol. Como han derribado tantos edificios, entre ellos Santiago, San Juan, San Miguel, San Martín, los Mostenses, Santa Ana, Santa Catalina, Santa Clara y bastantes casas de las inmediatas á Palacio, las muchas ruinas dan á Madrid el aspecto de una ciudad bombardeada. ¡Qué desolación, qué tristeza!

Los franceses se pasean satisfechos, alegres, rollizos por este cementerio, y su policía mortifica de un modo cruel á los vecinos pacíficos. No se permiten grupos en las calles, ni pararse á hablar, ni mirar á las tiendas. Á los tenderos se les aplica una multa de 200 ducados si permiten que los curiosos se detengan en las puertas ó vidrieras, de modo que á cada rato los pobres horteras tienen que salir á apalear á sus parroquianos con la vara de medir.

Ayer dispuso el Rey que hubiese corrida de toros para divertir al pueblo; ¡qué sarcasmo! Me han dicho que la plaza estaba desierta. Figúrome ver en el redondel á media docena de esqueletos vestidos con el traje bordado de plata y oro, y más deseosos de comerse al toro que de trastearlo. Asistió José, que de este modo piensa ganar la voluntad del pueblo de Madrid.

Dícese que se trata de reunir Córtes en Madrid, no sé si también para divertir al pueblo. Azanza, ministro de Su Majestad Bonaparciana, me dijo que así levantarían *un altar frente á otro altar*. Creo que el retablo de aquí no tendrá tantos devotos como el que dejamos en Cádiz.

Ahora dicen que Napoleón va á emprender una guerra contra el emperador de todas las Rusias. Esto será favorable á España, porque sacarán tropas de la Península, ó al ménos no podrán reparar las bajas que contínuamente sufren. Veo la causa francesa bastante malparada, y he observado que los más discretos de entre ellos no se hacen ya ilusiones respecto al resultado final de esta guerra.

De nuestro asunto ¿qué puedo decir que no sea triste y desconsolador? Nada, hijo mío, absolutamente nada. Mis indagaciones no dan re-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sultado alguno, no he podido adquirir ni la más pequeña luz, ni el indicio más ligero. Sin embargo, confío en Dios y espero. Dirijo esta carta á Santa María de Nieva, que es lo más seguro.

1.º *de Abril.*

Poco ó nada tengo que añadir á mi carta de 22 de Marzo. Continúo en la oscuridad; pero con fé. ¡Cuánta se necesita para permanecer en Madrid! Esto es un purgatorio por la miseria, la soledad, la tristeza, y un infierno por la corrupción, las violencias é inmoralidades de todo género que han introducido aquí los franceses. Yo no creo, como la mayoría de las gentes, que nuestras costumbres fueran perfectas antes de la invasión; pero entre aquel recatado y compungido modo de vivir y esta desvergonzada licencia de hoy, es preferible á todas luces lo primero. La policía francesa es un instituto de cuya perversidad no se puede tener idea, sino viviendo aquí y viendo la execrable acción de esta máquina, puesta en las más viles manos.

Multitud de comisarios y agentes, escogidos entre la hez de la sociedad, se encargan de atrapar á los indivíduos que se les antoja y almacenarlos en la Cárcel de Villa, sin forma de juicio, ni más guía que la arbitrariedad y la delación. El motivo aparente de estas tropelías es la *complicidad con los insurgentes*; pero los malvados de uno y otro bando se dan buena maña para utilizar esta nueva inquisición que hará olvidar con sus gracias las lindezas de la pasada. Todo aquel que quiere deshacerse de una persona que le estorba, encuentra fácil medio para ello, y aún ha habido quien, no contentándose con ver emparedado á su enemigo, le ha hecho subir al cadalso. Se cuentan cosas horribles, tan horribles que me resisto á darles crédito, entre ellas la maldad de una señora de esta córte, que mal avenida con su esposo le delató como insurgente y despacharon la causa en cosa de tres días, lo necesario para

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ir de la callejuela del Verdugo á la plaza de la Cebada. También se habla de un tal Vazquez, que delató á su hermano mayor, y de un tal Escalera que subió la del patíbulo por intrigas de su manceba.

Hay una *Junta criminal* que inspira más horror que los jueces del infierno. Los hombres bajos que la forman condenan á muerte á los que leen los papeles de los insurgentes, á los *empecinados*, que aquí llaman *madripáparos*, y á todo sér sospechoso de relaciones con los *espías, ladrones, asesinos, bandoleros, cuatreros y... tahures*, á quienes llamais vosotros guerrilleros y soldados de la patria.

Una de las cosas más criticadas á los franceses, además de su infame policía, es la introducción de los bailes de máscaras. En esto hay exageración, porque antes que tales escandalosas reuniones fuesen instituidas en nuestro morigerado país, había intrigas y gran burla de la vigilancia de padres y maridos. Yo creo que las caretas no han traido acá todos los pecados grandes y chicos que se les atibuyen. Pero la gente honesta y timorata brama contra tal novedad, y no se oye otra cosa sino que con los tapujos de las caras ya no hay tálamo nupcial seguro, ni casa honrada, ni padre que pueda responder del honor de sus hijas, ni doncella que conserve su espíritu libre y limpio de deshonestos pensamientos. Creo que no es justa esta enemiga contra las caretas, más cómodas aunque no más disimuladoras que los antiguos mantos, y tengo para mí que muchas personas hablan mal de las reuniones de máscaras porque no las encuentran tan divertidas ni tan oscuritas como las verbenas de San Juan y San Pedro.

Pero la novedad que más indignada y fuera de sus casillas trae á esta buena gente, es un juego de azar llamado la *roleta*, donde parece baila el dinero que es un gusto. Los franceses son Barrabás para inventar cosas malas y pecaminosas. No respetan nada, ni áun las veneradas prácticas de la antigüedad, ni áun aquello que forma parte desde remotísimas edades, de la ejemplar existencia nacional. Lo justo habría sido dejar que los padres y los hijos de familia se arruinaran con la baraja, siguiendo en esto sus patriarcales y jamás alteradas costumbres, y no introducir *roletas* ni otros aparatos infernales. Pero los franceses dicen que la *roleta* es un adelanto con respecto á los naipes, así como la guillotina es mejor que la horca, y la policía mucho mejor que la Inquisición.

Lo peor de esto es que, según dicen, la tal endemoniada *roleta*, no sólo es consentida por el gobierno francés, sino que es de su propiedad, y para él son las pingües ganancias que deja. De este modo los franceses piensan embolsarse el poco dinero que han dejado en nuestras arcas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

No concluiré sin ponerte al corriente de un proyecto que tengo, y que, realizado, me parece ha de ser más eficaz para nuestro objeto que todas las averiguaciones y busquedas hechas hasta ahora. El plan, hijo mío, consiste en interesar al mismo José en favor mío. Pienso ir á Palacio, donde seré recibida por el señor Botellas, el cual no desea otra cosa y ve el Cielo abierto cuando le anuncian que un grande de España quiere visitarle. Hasta ahora he resistido todas las sugestiones de varios personajes amigos míos que se han empeñado en presentarme al Rey; pero, pensándolo mejor, estoy decidida á ir á la Córte. En Diciembre del 8 traté á los dos Bonaparte, y las bondades que encontré en José me hacen esperar que no será inútil este paso que doy, áun á riesgo de comprometerme con una causa que considero perdida. Adios: te informaré de todo.

22 de Abril.

He estado en Palacio, hijo mío, y me he prosternado ante su católica majestad de oropel, á quien sirven unos pocos españoles, moviéndose bulliciosamente para parecer muchos. Si yo dijera á cualquier habitante de Madrid que José I, conocido aquí por el *tuerto*, ó por *Pepe Botellas*, es una persona amable, discreta, tolerante, de buenas costumbres, y que no desea más que el bien, me tendrían por loca ó quizás por vendida á los franceses.

José I.

Recibióme *Copas* con gozo. El buen señor no puede ocultarlo cuando alguna persona de categoría dá, al visitarle, una especie de tácito asentimiento á su usurpación. Sin duda cree posible ser dueño de España conquistando uno á uno los corazones. Habrías de ver su diligencia y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

extremado empeño de hacer cumplidos. Cierto es que su etiqueta es ménos severa y finchada que la de nuestros reyes, sin perder por eso la dignidad, antes bien aumentándola. Habla hasta con familiaridad, se rie, también se permite algunas gentilezas galantes con las damas, y á veces bromea con cierta causticidad muy fina, propia de los italianos. El acento extranjero es lo único que afea su palabra. Confunde á menudo su lengua natal con la nuestra y hay ocasiones en que es preciso hacer grandes esfuerzos para no reir.

Su figura no puede ser mejor. José vale mucho más que el barrilete de su hermano. Poco falta á su rostro grave y expresivo para ser perfecto. Viste comunmente de negro, y el conjunto de su persona no puede ser más agradable. No necesito decirte que cuanto hablan las gentes por ahí sobre sus turcas, es un arma inventada por el patriotismo para ayudar á la defensa nacional. José no es borracho. También se cuentan de él mil abominaciones referentes á vicios distintos del de la embriaguez; pero sin negarlos rotundamente, me resisto á darles crédito. En resúmen, Botellas (nos hemos acostumbrado de tal manera á darle este nombre, que cuesta trabajo llamarle de otra manera) es un Rey bastante bueno, y al verle y tratarle, no se puede ménos de deplorar que lo hayan traido, en vez del nacimiento y el derecho, la usurpación y la guerra.

Sus partidarios aquí son pocos, tan pocos, que se pueden contar. Esta dinastía no tiene más súbditos leales que los ministros y dos ó tres personas colocadas por ellos en altos puestos. Estos españoles que le sirven parecen víctimas humilladas y no tienen aquel aire triunfador y vanaglorioso que suelen tomar aquí los que por méritos propios ó ageno favor se elevan dos dedos sobre los demás. Viven ó avergonzados ó medrosos, sin duda porque preven que el *lord* ha de dar al traste con todo esto. Algunos, sin embargo, se hacen ilusiones y dicen que tendremos Botellas, Azumbres y Copas por los siglos de los siglos.

No pertenece á estos Moratín, el cual está más triste y más pusilánime que nunca. Ya no es secretario de la Interpretación de Lenguas, sino bibliotecario mayor, cargo que debe desempeñar á maravilla. Pero él no está contento; tiene miedo á todo, y más que á nada á los peligros de una segunda evacuación de la córte por los franceses. Me ha dicho que el día en que cayese el poder intruso no daria dos cuartos por su pellejo; pero creo que su hipocondría y pésimo humor, entenebreciendo su alma, le hacen ver enemigos en todas partes. Está enfermo y arruinado; mas trabaja algo, y ahora nos ha dado *La escuela de los maridos*, traducción

(c) 2008 Ministerio de Cultura

del francés. Ni la he visto representar ni he podido leerla, porque mi espíritu no puede fijarse en nada de esto.

Moratín viene á verme á menudo con su amigo Estala, el cual es afrancesado rabioso y ardiente como aquel lo es tímido y melancólico. Aquí no pueden ver á Estala, que publica artículos furibundos en *El Imparcial*, y hace poco escribió, aludiendo á España, que *los que nacen en un país de esclavitud no tienen patria sino en el sentido en que la tienen los rebaños destinados para nuestro consumo.* Por esto y otros atroces partos de su ingenio que publica la *Gaceta*, es aborrecido aún más que los franceses.

Maiquez sigue en el Príncipe, y como José ha señalado á su teatro 20.000 reales mensuales para ayuda de costa, le tachan también de afrancesado. Ahora, según veo en el diario, dan alternativamente el *Orestes*, *La mayor piedad de Leopoldo el Grande* y una mala comedia arreglada del alemán, cuyo título es *Ocultar, de honor movido, al agresor el herido.*

Maiquez.

El teatro está, según me dicen, vacío. La pobre Pepilla Gonzalez, de quien no te habrás olvidado, se muere de miseria, porque no pudiendo representar, á causa de una enfermedad que ha contraido, está sin sueldo, abandonada de sus compañeros. Lo estaría de todo el mundo, si yo no cuidase de enviarle todos los días lo muy preciso para que no espire. Pepilla, el venerable padre Salmón y mi confesor Castillo, son las únicas personas á quienes puedo favorecer, porque el estado de mi hacienda y la carestía de las subsistencias no me permiten más. Te asombrará que los opulentos padres de la Merced necesiten de limosnas para vivir; pero á tal situación ha llegado la indigencia pública en la córte de España, que los más gordos se han puesto como alambres.

De intento he dejado para el fin de mi carta nuestro querido asunto, porque quiero sorprenderte. ¿No has adivinado en el tono de mi epístola que estoy ménos triste que de ordinario? Pero nada te diré hasta que no tenga seguridad de no engañarte. Refrena tu impaciencia, hijo mío... Gracias á José se han suministrado algunos datos preciosos, y muy pronto, según acaba de decirme Azanza, este resplandor de la verdad será luz clara y completa. Adios.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

21 *de Mayo.*

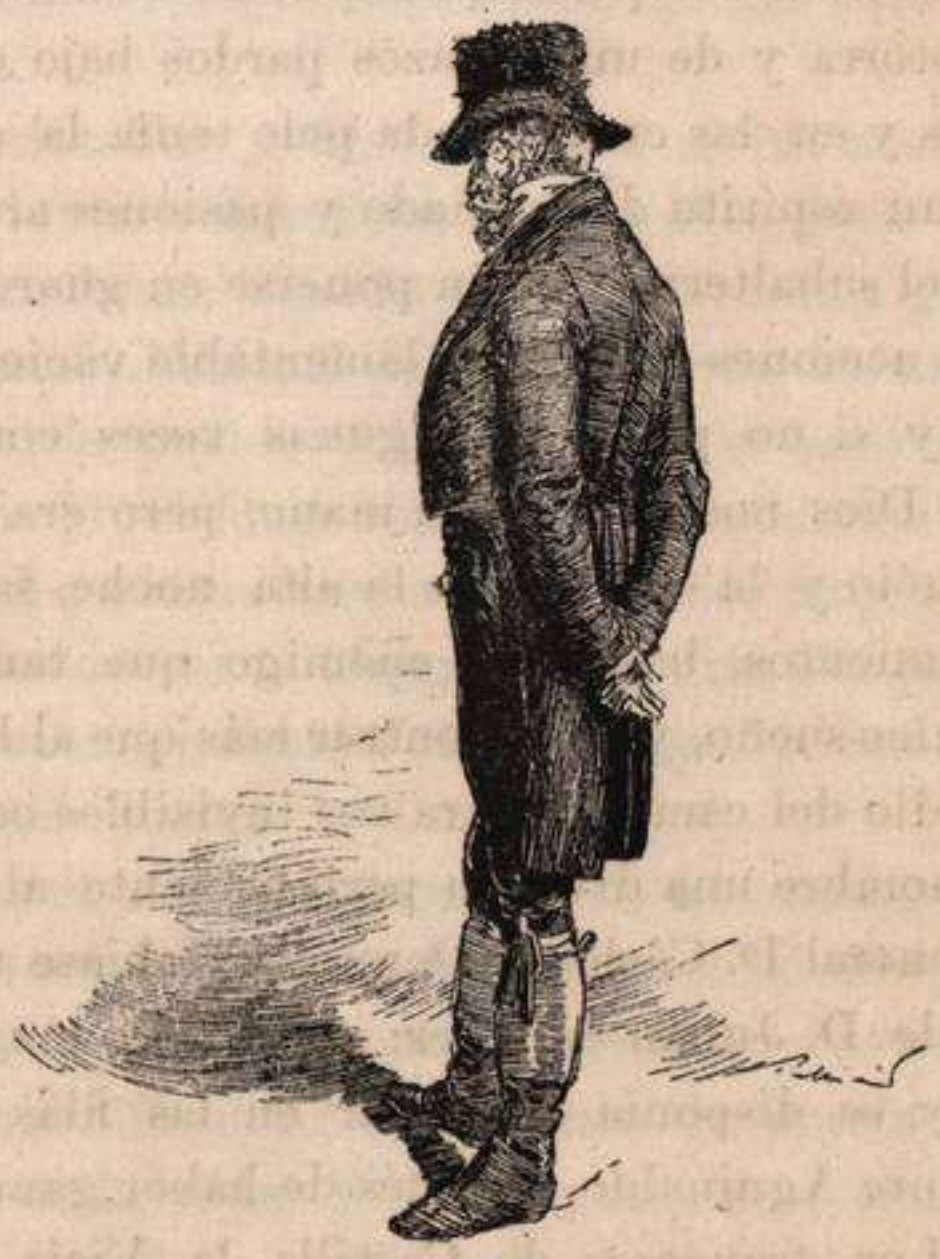
Albricias, querido amigo, hijo y servidor mío. Ya está descubierto el paradero de nuestro verdugo. ¡Benditos sean mil veces José y esa desconocida reina Julia, cuyo nombre invoqué para inclinarle en mi favor! Santorcaz no ha pasado todavía á Francia. Desde aquí, querido mío, considerándote en camino hacia Occidente, puedo decirte como á los niños cuando juegan á la gallina ciega: "Que te quemas.„ Sí, chiquillo, alarga la mano y cogerás al traidor. ¡Cuántas veces buscamos el sombrero y lo llevamos puesto! Aquello que consideramos más perdido está comunmente más cerca. La idea de que esta carta no te encuentre ya en Piedrahita me espanta. Pero Dios no puede sernos tan desfavorable y tú recibirás este papel; inmediatamente marcharás hacia Plasencia, y valido de tu astucia, de tu valor, de tu ingenio ó de todas estas cualidades juntas, penetrarás en la vivienda del pícaro para arrancarle la joya robada que lleva siempre consigo.

¡Cuánto trabajo ha costado averiguarlo! Há tiempo que Santorcaz dejó el servicio. Su carácter, su orgullo, su extravagancia, le hacían insoportable á los mismos que le colocaron. Por algún tiempo fué tolerado en gracia de los buenos servicios que presta, mas se descubrió que pertenecía á la sociedad de los *filadelfos*, nacida en el ejército de Soult, y cuyo objeto era destronar al Emperador, proclamando la república. Quitáronle el destino poco después de habernos robado á Inés, y desde entonces ha vagado por la Península fundando lógias. Estuvo en Valladolid, en Búrgos, en Salamanca, en Oviedo; mas luego se perdió su rastro, y por algún tiempo se creyó que había entrdo en Francia. Finalmente, la policía francesa (la peor cosa del mundo produce algo bueno) ha descubierto que está ahora en Plasencia, bastante enfermo y un tanto imposibilitado de trastornar á los pueblos con sus logias y cónclaves revolucionarios. ¡Qué indignidad! Los perdidos, los tunantes, los mentirosos y falsarios quieren reformar el mundo!... Estoy colérica, amigo mío, estoy furiosa.

El que ha completado mis noticias sobre Santorcaz es un afrancesado no ménos loco y trapisondista que él, José Marchena, ¿le conoces? uno que pasa aquí por clérigo relajado, una especie de abate que habla más francés que español, y más latin que francés, poeta, orador, hombre de facundia y de chiste, que se dice amigo de madama Stael, y parece lo fué realmente de Marat, Robespierre, Legendre, Tallien y demás gentuza. Santorcaz y él vivieron juntos en Paris. Son hoy muy amigos,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

se escriben muy á menudo. Pero este Marchena es hombre de poca reserva y contesta á todo lo que le preguntan. Por él sé que nuestro enemigo no goza de buena salud, que no vive sino en las poblaciones ocupadas por los franceses, y que cuando pasa de un punto á otro, se disfraza hábilmente para no ser conocido. ¡Y nosotros le creíamos en Francia! ¡Y yo te decía que no fueras al ejército de Extremadura! Vé, corre, no tardes un solo día. El ejército del *lord* debe andar por allí. Te escribiré al cuartel general de D. Cárlos España. Contéstame pronto. ¿Irás á donde te mando? ¿Encontrarás lo que buscamos? ¿Podrás devolvérmelo? Estoy sin alma.



Santorcaz.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

II

UANDO recibí esta carta marchaba á unirme al ejército llamado de Extremadura, pero que no estaba ya en Extremadura, sino en Fuente Aguinaldo, territorio de Salamanca.

En Abril había yo dejado definitivamente la compañía de los guerrilleros para volver al ejército. Tocóme servir á las órdenes de un mariscal de campo llamado Cárlos Espagne, el que después fué conde de España, de fúnebre memoria en Cataluña. Hasta entonces aquel joven francés, alistado en nuestros ejércitos desde 1792, no tenía celebridad, á pesar de haberse distinguido en las acciones de Barca del Puerto, de Tamames, del Fresno y de Medina del Campo. Era un excelente militar, muy bravo y fuerte; pero de carácter variable y díscolo. Digno de admiración en los combates, movían á risa ó á cólera sus rarezas cuando no había enemigos delante. Tenía una figura poco simpática, y su fisonomía, compuesta casi puede decirse exclusivamente, de una nariz de cotorra y de unos ojazos pardos bajo cejas angulosas, revueltas, movibles y en las cuales cada pelo tenía la dirección que le parecía, revelaba un espíritu desconfiado y pasiones ardientes ante las cuales el amigo y el subalterno debían ponerse en guardia.

Muchas de sus acciones revelaban lamentable vaciedad en los aposentos cerebrales, y si no peleamos algunas veces contra molinos de viento, fué porque Dios nos tuvo de su mano; pero era frecuente tocar llamada en el silencio y la soledad de la alta noche, salir precipitadamente de los alojamientos, buscar al enemigo que tan á deshora nos hacía romper el dulce sueño, y no encontrar más que al lunático España vociferando en medio del campo contra sus invisibles compatriotas.

Mandaba este hombre una división perteneciente al ejercito de que era comandante general D. Cárlos O'Donnell. Habíase unido por aquel tiempo la partida de D. Julian Sanchez, guerrillero muy afortunado en Castilla la Vieja, y se disponía á formar en las filas de Wellington, establecida en Fuente Aguinaldo, después de haber ganado á Badajoz á fines de Marzo. Los franceses de Castilla la Vieja, mandados por Marmont, andaban muy desconcertados. Soult, operaba en Andalucía sin atreverse á atacar al *lord* y éste decidió avanzar resueltamente hacia Castilla. En resúmen, la guerra no tomaba mal aspecto para nosotros; por el contrario, parecía en evidente declinación la estrella imperial, después de los golpes sufridos en Ciudad-Rodrigo, Arroyomolinos y Badajoz.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Yo había recibido el empleo de comandante en Febrero de aquel mismo año. Por mi ventura mandé durante algún tiempo (pues también fuí jefe de guerrillas) una partida que corrió el país de Aranda y luego las sierras de Covarrubias y la Demanda. Á principios de Marzo tenía la seguridad de que Santorcaz no estaba en aquel país. Alargué atrevidamente mis excursiones hasta Búrgos, ocupada por los franceses, entré disfrazado en la plaza, y pude saber que el antiguo comisario de policía había residido allí meses antes. Bajando luego á Segovia, continué mis pesquisas; pero una orden superior me obligó á unirme á la división de D. Cárlos España.

Obedecí, y como en los mismos días recibiese la última carta de las que puntualmente he copiado, juzgué favor especial del Cielo aquella disposición militar que me enviaba á Extremadura. Pero, como he dicho, Wellington, á quien debiera unirse España, había dejado ya las orillas del Tiétar. Nosotros debíamos salir de Piedrahita para unirnos á él en Fuente Aguinaldo ó en Ciudad-Rodrigo. De aquí se podía ir fácilmente á Plasencia.

Mientras con zozobra y desesperación revolvía en mi mente distintos proyectos, ocurrieron sucesos que no debo pasar en silencio.

Después de larguísima jornada durante la tarde y gran parte de una hermosísima noche de Junio, España ordenó que descansásemos en Santibañez de Valvaneda, pueblo que está sobre el camino de Béjar á Salamanca. Teníamos provisiones relativamente abundantes, dada la gran escasez de la época, y como reinaba en el ejército muy buena disposición á divertirse, allí era de ver la algazara y alegría del pueblo á la media noche cuando tomamos posesión de las casas, y con las casas, de los jergones y baterías de cocina.

Tocóme habitar en el mejor aposento de una casa que tenía resabios de palacio y honores de mesón. Acomodó mi asistente para mí una hermosa cama, y no tengo inconveniente en decir que me acosté, sí, señores, sin que nada extraordinario ni con asomos de poesía me ocurriese en aquel acto vulgar de la vida. Y también es cierto, aunque igualmente prosáico, que me dormí, sin que en el crepúsculo de mis sentidos me impresionase otra cosa que la histórica canción cantada á media voz por mi asistente en la habitación contigua:

En el Carpio está Bernardo
y el Moro en el Arapil,
como va el Tormes por medio
non se pueden combatir.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

III

Me dormí y no se crea que ahora van á salir fantasmas, ni que los rotos artesonados ó vetustas paredes de la histórica casa, ogaño palacio y hoy venta, se moverán para dar entrada á un deforme vestiglo, ni mucho ménos á una alta doncella de acabada hermosura que venga á suplicar me tome el trabajo de desencantarla ó prestarle cualquier otro servicio, ora del dominio de la fábula, ora de las bajas realidades. Ni esperen que dueña barbuda, ni enano enteco, ni jigante fiero vengan súbito á hacerme reverencias y mandarme les siga por luengos y oscuros corredores que conducen á maravillosos subterráneos llenos de sepulturas ó tesoros. Nada de esto hallarán en mi relato los que le escuchan. Sepan tan sólo que me dormí. Por largo tiempo, á pesar de la profundidad del sueño, no me abandonó la sensación del ruido que sonaba en la parte baja de la casa. Las pisadas de los caballos retumbaban en mi cerebro con eco lejano, produciendo vibración semejante á las de un hondo temblor de tierra. Pero estos rumores cesaron poco á poco, y al fin todo quedó en silencio. Mi

(c) 2008 Ministerio de Cultura

espíritu se sumergió en esa esfera sin nombre, en que desaparece todo lo externo, absolutamente todo, y se queda él solo, recreándose en sí propio ó jugando consigo mismo.

Pero de repente, no sé á qué hora, ni después de cuantas horas de sueño, despertóme una sensación singularísima, que no puedo descifrar, porque sin que fuese afectado ninguno de mis sentidos, me incorporé rápidamente diciendo: "¿quién está aquí?„

Ya despierto, grité á mi asistente:

—Tribaldos, levántate y enciende luz.

Casi en el mismo instante en que esto decía, comprendí mi engaño. Estaba enteramente solo. No había ocurrido otra cosa sino que mi espíritu, en una de sus caprichosas travesuras (pues esto son indudablemente las fantasmagorías del sueño) había hecho el más común de todos, que consiste en fingirse dos, con ilusoria y mentida división, alterando por un instante su eternal unidad. Este misterioso *yo y tú* suele presentarse también cuando estamos despiertos.

Pero si en mi alcoba nada ocurría de extraño fuera de mí, como lo demostró al entrar en ella Tribaldos alumbrando y registrando, algo ocurría en los bajos del edificio, donde el grave silencio de la noche fué interrumpido por fuerte algazara de gentes, coches y caballos.

—Mi comandante—dijo Tribaldos sacando el sable para dar tajos en el aire á un lado y otro,—esos pillos no quieren dejarnos dormir esta noche. ¡Afuera, tunantes! ¿Pensais que os tengo miedo?

—¿Con quién hablas?

—Con los duendes, señor—repuso.—Han venido á divertirse con usía, después que jugaron conmigo. Uno me cogía por el pié derecho, otro por el izquierdo, y otro más feo que Barrabás atóme una cuerda al cuello, con cuyo tren y el tirar por aquí y por allí me llevaron volando á mi pueblo para que viese á Dorotea hablando con el sargento Moscardón.

—¿Pero crees tú en duendes?

—¡Pues no he de creer, si los he visto! Más paseos he dado con ellos que pelos tengo en la cabeza—repuso con acento de convicción profunda.—Esta casa está llena de sus señorías.

—Tribaldos, hazme el favor de no matar más mosquitos con tu sable. Deja los duendes y baja á ver de qué proviene ese infernal ruido que se siente en el patio. Parece que han llegado viajeros; pero según lo que alborotan, ni el mismo sir Arturo Wellesley con todo su séquito traería más gente.

Salió el mozo dejándome solo, y al poco rato le ví aparecer de nuevo,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

murmurando entre dientes frases amenazadoras, y con desapacible mohín en la fisonomía.

—¿Creerá mi comandante que son ingleses ó príncipes viajantes los que de tal modo atruenan la casa? Pues son cómicos, señor, unos comiquillos que van á Salamanca para representar en las fiestas de San Juan. Lo ménos conté ocho entre damas y galanes, y traen dos carros con lienzos pintados, trajes, coronas doradas, armaduras de cartón y mogigangas. Buena gente... El ventero les quiso echar á la calle; pero han sacado dinero y su majestad el Sr. Chiporro, al ver lo amarillo, les tratará como á duques.

—¡Malditos sean los cómicos! Es la peor raza de bergantes que hormiguea en el mundo.

—Si yo fuera D. Cárlos España—dijo mi asistente demostrándome los sentimientos benévolos de su corazón,—cogería á todos los de la compañía, y llevándolos al corral, uno tras otro, á toditos les arcabuceaba.

—Tanto no.

—Así dejarían de hacer picardías. Pedrezuela y su endemoniada mujer la María Pepa del Valle, cómicos eran. Había que ver con qué talento hacía él su papel de comisionado regio y ella el de la señora comisionada regia. De tal modo engañaron á la gente, que en todos los pueblos por donde corrían les creyeron, y en el Tomelloso, que es el mío, y no es tierra de bobos, también.

—Ese Pedrezuela—dije, sintiendo que el sueño se apoderaba nuevamente de mí—fué el que en varios pueblos de la márgen del Tajo condenó á muerte á más de sesenta personas.

—El mismo que viste y calza—repuso;—pero ya las pagó todas juntas, porque cuando el general Castaños y yo fuimos á ayudar al *lord* en el bloqueo de Ciudad-Rodrigo, cogimos á Pedrezuela y á su mujercita y los fusilamos contra una tapia. Desde entónces, cuando veo un cómico, muevo el dedo buscando el gatillo.

Tribaldos salió para volver un momento después.

—Me parece que se marchan ya—dije advirtiendo cierto acrecentamiento de ruido que anunciaba la partida.

—No, mi comandante--repuso riendo;--es que el sargento Panduro y el cabo Rocacha han pegado fuego al carro donde llevan los trebejos de representar. Oiga mi comandante chillar á los reyes, príncipes y senescales al ver cómo arden sus tronos, sus coronas y mantos de armiño. ¡Cáspita; cómo graznan las princesas y archipámpanas! Voy abajo á ver si esa canalla llora aquí tan bién como en el teatro... El jefe de la compañía

(c) 2008 Ministerio de Cultura

da unos gritos... ¿Oye, mi comandante?... Vuelvo abajo á verlos partir.

Claramente oí aquella entre las demás voces irritadas, y lo más extraño es que su timbre, aunque lejano y desfigurado por la ira, me hizo extremecer. Yo conocía aquella voz.

Levantéme precipitadamente y vestíme á toda prisa; pero los ruidos extinguiéronse poco á poco, indicando que las pobres víctimas de una cruel burla de soldados, salían á toda prisa de la venta. Cuando yo salía, entró Tribaldos y me dijo.

—Mi comandante, ya se ha ido esa flor y nata de la pillería. Todo el patio está lleno con pedazos encendidos de los palacios de Varsovia y con los yelmos de cartón y la sotana encarnada del Dux de Venecia.

—¿Y por qué lado se han ido esos infelices?

—Hacia Grijuelo.

—Es que van á Salamanca. Coge tu fusil y sígueme al momento.

—Mi comandante, el general España quiere ver á usía ahora mismo. El ayudante de su excelencia ha traido el recado.

—El Demonio cargue contigo, con el recado, con el ayudante y con el general... Pero me he puesto el corbatín del revés... dame acá esa casaca, bruto... pues no me iba sin ella.

—El general le espera á usía. De abajo se sienten las patadas y voces que da en su alojamiento.

Al bajar á la plaza, ya los incómodos viajeros habían desaparecido. D. Cárlos España me salió al encuentro diciéndome:

—Acabo de recibir un despacho del *lord*, mandando marchar hacia Santi Spíritus... Arriba todo el mundo; tocar llamada.

Y así concluyó un incidente que no debiera ser contado, si no se relacionara con otros curiosísimos que se verán á continuación.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IV

EJANDO el camino real á la derecha, nos dirigimos por una senda áspera y tortuosa para atravesar la sierra. Vino la aurora y el día sin que en todo él ocurriese ningún suceso digno de ser marcado con piedra blanca, negra ni amarilla, mas en el siguiente tuve un encuentro que desde luego señalo como de los más felices de mi vida.

Marchábamos perezosamente al medio día sin cuidado ni precauciones, por la seguridad de que no encontraríamos franceses en tan agrestes parajes. Iban cantando los soldados, y los oficiales disertando en amena conversación sobre la campaña emprendida, dejábamos á los caballos seguir en su natural y pacífica andadura, sin espolearles ni reprimirles. El día era hermoso y á más de hermoso algo caliente, por lo cual caía la llama del sol sobre nuestras espaldas, calentándolas más de lo necesario.

Yo iba de vanguardia. Al llegar á la vista de San Estéban de la Sierra, pueblo pequeño, mas rodeado de frondosa verdura y grata sombra de árboles, á cuyo amparo habíamos resuelto sestear, sentí algazara en los primeros grupos de soldados, que marchaban delante, rotas las filas y haciendo de las suyas con los aldeanos que se aparecían en el camino.

—No es nada, mi comandante—me contestó Tribaldos, á quien pregunté la causa de tan escandalosa gritería.—Son Panduro y Rocacha que han topado con un fraile agustino, y más que agustino pedigüeño, y más que pedigüeño tunante, el cual no se apartó del camino cuando la tropa pasaba.

—¿Y qué le han hecho?

—Nada más que jugar á la pelota—respondió riendo.—Su paternidad llora y calla.

—Veo que Rocacha monta un asno y corre en él hacia el lugar.

—Es el asno de su paternidad, pues su paternidad trae un asno consigo cargado de patatas podridas.

—Que dejen en paz á ese pobre hombre, ¡por vida de!... exclamé con ira—y que siga su camino.

Adelantéme y distinguí entre soldados, que de mil modos le mortificaban, á un bendito cogulla, vestido con el hábito agustino, y azorado y lloroso.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Señor—decía mirando piadosamente al Cielo y con las manos cruzadas,—que esto sea en descargo de mis culpas!

Su hábito descolorido y lleno de agujeros cuadraba muy bien á la miserable catadura de un flaquísimo y amarillo rostro, donde el polvo con lágrimas ó sudores amasado formaba costras parduscas. Lejos de revelar aquella miserable persona la holgura y saciedad de los conventos urbanos, los mejores criaderos de gente que se han conocido, parecía anacoreta de los desiertos ó mendigo de los caminos. Cuando se vió ménos hostigado, volvió á todos lados los ojos buscando su desgraciado compañero de infortunio, y como le viese volver á escape y jadeando, oprimidos los hijares por el poderoso Rocacha, se apresuró á acudir á su encuentro.

En tanto yo miraba al buen fraile, y cuando le ví volver, tirando ya del cordel de su asno reconquistado, no pude reprimir una exclamación de sorpresa. Aquella cara, que al pronto despertó vagos recuerdos en mi mente, reveló al fin su enemiga, y á pesar de la edad trascurrida y de lo injuriada que estaba por años y penas, la reconocí como perteneciente á una persona con quien tuve amistad en otro tiempo.

—Sr. Juan de Dios—exclamé deteniendo mi caballo á punto que el fraile pasaba junto á mí.—¿Es usted ó no el que veo dentro de esos hábitos y detrás de esa capa de polvo?

El agustino me miró sobresaltado, y luego que por buen rato me contemplara, díjome así con melífluo acento:

—¿De dónde me conoce el señor general? Juan de Dios soy en efecto. Doy las gracias á su eminencia por haber mandado que me devolvieran el burro.

Juan de Dios.

—¿Eminencia me llama usted...?—repuse.—Todavía no me han hecho cardenal.

—En mi turbación no sé lo que me digo. Si su alteza me dá licencia, me retiraré.

—Antes pruebe á ver si me conoce. ¿Mi cara ha variado tanto desde aquel tiempo en que estábamos juntos en casa de D. Mauro Requejo?

Este nombre hizo extremecer al buen agustino, que fijó en mí sus ojos calenturientos, y más bien espantado que sorprendido dijo:

—¿Será posible que el que tengo delante sea Gabriel? ¡Jesús mío! Señor general, ¿es usted Gabriel, el que en Abril de 1808...? Lo recuerdo bien... Déme usted á besar sus piés... ¿Con que es Gabriel en persona?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—El mismo soy. ¡Cuánto me alegro de que nos hayamos encontrado! Usted hecho un frailito...

—Para servir á Dios y salvar mi alma. Hace tiempo que abracé esta vida tan trabajosa para el cuerpo como saludable para el alma. ¿Y tú, Gabriel...? ¿Y usted, Sr. D. Gabriel, se dedicó á la milicia? También es honrosa vida la de las armas, y Dios premia á los buenos soldados, algunos de los cuales han sido santos.

—Á eso voy, padre, y usted parece que ya lo ha conseguido, porque su pobreza no miente y su cara de mortificación me dice que ayuna los siete reviernes.

—Yo soy un humildísimo siervo de Dios—dijo bajando los ojos,—y hago lo poco que está en mi miserable poder. Ahora, señor general, experimento mucho gozo en ver á usted... y en reconocer al generoso mancebo que fué mi amigo, y con esto y su vénia, me retiro, pues este ejército va sierra adentro y yo busco el camino real.

—No permito que nos separemos tan pronto, amigo mío, usted está fatigado y además no tiene cara de haber cumplido aquel precepto que manda empiece la caridad por uno mismo. En ese pueblo descansará el regimiento. Vamos á comer lo que haya, y usted me acompañará para que hablemos un poco, refrescando viejas memorias.

—Si el señor general me lo manda, obedeceré, porque mi destino es obedecer—dijo marchando junto á mí en dirección al pueblo.

—Veo que el asno tiene mejor pelaje que su dueño y no se mortifica tanto con ayunos y vigilias. Le llevará á usted como una pluma, porque parece una pieza de buena andadura.

—Yo no monto nunca en él—me respondió sin alzar los ojos del suelo.—Voy siempre á pié.

—Eso es demasiado.

—Llevo conmigo este bondadoso animal para que me ayude á cargar las limosnas y los enfermos que recojo en los pueblos para llevarlos al hospital.

—¿Al hospital?

—Sí señor. Yo pertenezco á la Orden Hospitalaria que fundó en Granada nuestro santo padre y patrono mío el gran San Juan de Dios, hace doscientos y setenta años poco más ó ménos. Seguimos en nuestros estatutos la regla del gran San Agustín, y tenemos hospitales en varios pueblos de España. Recogemos los mendigos de los caminos, visitamos las casas de los pobres para cuidar á los enfermos que no quieren ir á la nuestra y vivimos de limosnas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Admirable vida, hermano!—dije bajando del caballo y encaminándome con otros oficiales y el hermano Juan á un boquecillo que á la vera del pueblo estaba, donde á la grata sombra de algunos corpulentos y frescos árboles nos prepararon nuestros asistentes una frugal comida.

—Ate usted su burro en el tronco de un árbol—dije á mi antiguo amigo—y acomódese sobre este césped junto á mí, para que demos al cuerpo alguna cosa, que todo no ha de ser para el alma.

—Haré compañía al Sr. D. Gabriel—dijo Juan de Dios humildemente luego que ató la cabalgadura.—Yo no como.

—¿Que no come? ¿Por ventura manda Dios que no se coma? ¿Y cómo ha de estar dipuesto á servir al prójimo un cuerpo vacío? Vamos, señor Juan de Dios, deje á un lado esa cortedad.

—Yo no como viandas aderezadas en cocina, ni nada caliente y compuesto que tenga olor á gastronomía.

—¿Llama gastronomía á este carnero fiambre y seco y á este pan más duro que la roca?

—Yo no puedo probar eso—repuso sonriendo.—Me alimento tan sólo con yerbas del campo y raíces silvestres.

—Hombre, lo admiro; pero francamente... Al menos beberá usted un trago de vino. Es de Rueda.

—No bebo más que agua.

—¡Hombre... agua y yerbecitas del campo! Lindo comistrajo es ese. En fin, si de tal modo se salva uno...

—Ya hace tiempo que hice voto firmísimo de vivir de esa manera, y hasta hoy, D. Gabriel mío, aunque no limpio de pecados, tengo la satisfacción de no haber cometido el de faltar á mi voto una sola vez.

—Pues no insisto, amigo. No se vaya usted á condenar por culpa mía. La verdad es que tengo un hambre... Pobre Sr. Juan de Dios...

—¡Quién había de decir que nos encontraríamos después de tantos años...! ¿No es verdad?

—Sí señor.

—Yo creí que usted había pasado á mejor vida. Como desapareció...

—¡Entré en la Orden en Enero del año 9. Acabé mis primeros ejercicios en Marzo y recibí las primeras órdenes el año pasado. Todavía no soy fraile profeso.

—¡Cuántas cosas han pasado desde que no nos vemos!

—¡Sí señor, cuántas!

—Usted, retirado del mundo, vive de un modo beatífico sin penas ni alegrías, contento de su estado.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Juan de Dios exhaló un suspiro profundísimo y después bajó los ojos. Observándole bien, advertí las señales que en su extenuado rostro patentizaban no ser jactancia de beato aquello de las campestres yerbecitas y agua de los arroyos cristalinos. Bordeaba sus ojos un cerco violáceo muy intenso que hacía más vivo el brillo de sus pupilas, y marcábansele los huesos de la cara bajo la estirada y amarillenta piel. Su expresión era la de las almas exaltadas por una piedad que igualmente hace sus efectos en el espíritu y en el sistema nervioso. Misticismo y enfermedad al mismo tiempo es una devoción singular que ha llevado hermosísimas figuras al cielo de las grandezas humanas. Si en un principio creí ver en Juan de Dios un poco de artificio é hipocresía, muy luego convencíme de lo contrario, y aquel santo varón arrojado por las tempestades mundanas á la vida contemplativa y austera, estaba inflamado por un fervor ardiente y verdadero. Se le veía quemarse, se observaba la combustión de aquel cuerpo, que poco á poco se convertía en ceniza, calcinado por la llama de la espiritual calentura; se veía que aquel hombre apenas tocaba á la tierra, apenas al mundo de los vivos, y que la miserable arcilla que aún mantenía el noble espíritu con endeble atadura, se iba descomponiendo y desmenuzando grano á grano.

—Es admirable, amigo mío--le dije,—que haya llegado á tan lisonjero estado de santidad un hombre que no se vió libre ciertamente de las pasiones mundanas.

La fisonomía de fray Juan de Dios contrájose con ligero temblor, Pero serenándose al punto su rostro, me dijo:

—¿No sabe usted qué ha sido de aquellos benditos señores de Requejo? Sentiría que les hubiese pasado alguna desgracia.

—No he vuelto á saber de ellos. Estarán cada vez más ricos, porque los pícaros hacen fortuna.

El fraile no hizo gesto alguno de asentimiento.

—Pero Dios les habrá castigado al fin—continué,—por los martirios que hicieron padecer á aquella infeliz muchacha...

Al decir esto, advertí que en las venas de aquel miserable cuerpo humano, que la tumba pedía para sí, quedaba todavía un resto de sangre. Bajo la piel de la cara se traslucieron por un instante las hinchadas venas azules, y un ligero tinte amoratado encendió la austera frente. No me hubiera sorprendido más ver una imágen de madera sonrojándose al contacto del beso de las devotas.

—Dios sabrá lo que tiene que hacer con los señores de Requejo por esa conducta—me contestó.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Creo que no le será indiferente á usted saber el fin que ha tenido aquella desgraciada joven.

—¿Indiferente? no—repuso poniéndose como un cadáver.

—¡Oh! Las personas destinadas á padecer...—dije observando atentamente la impresión que en el santo producían mis palabras.—Aquella pobre joven tan buena, tan bonita, tan modesta...

—¿Qué?

—Ha muerto.

Yo creí que Juan de Dios se conmovería al oir esto; pero con gran sorpresa ví su rostro resplandeciente de serenidad y beatitud. Mi asombro llegó á su colmo cuando en tono de convicción profundísima, dijo:

—Ya lo sabía. Murió en el convento de Córdoba, donde la encerró su familia en Junio de 1808.

—¿Y cómo sabe usted eso?—pregunté respetando el engaño del pobre agustino.

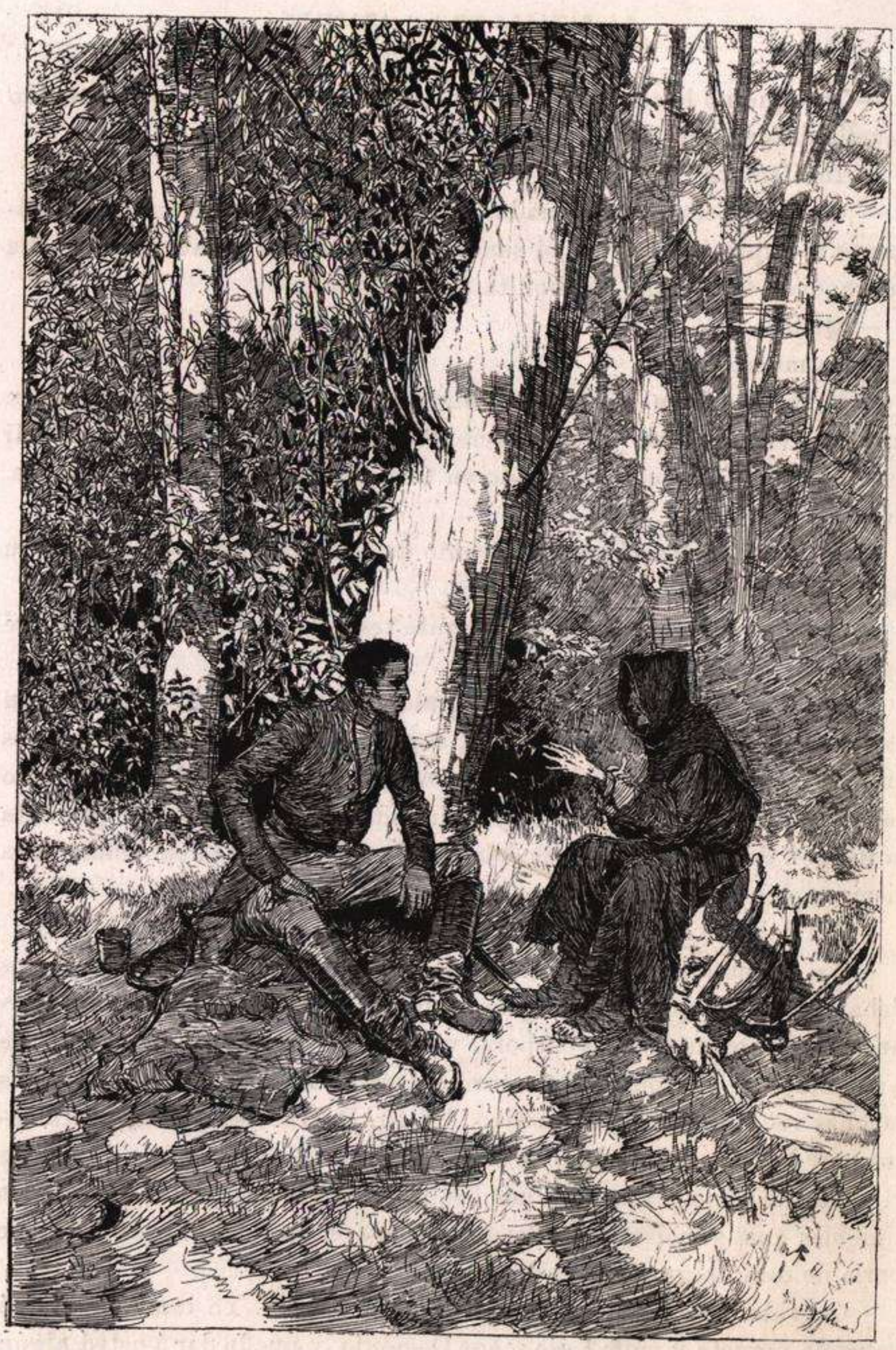
—Nosotros tenemos visiones singulares. Dios permite que por un estado especial de nuestro espíritu, sepamos algunos hechos ocurridos en país lejano, sin que nadie nos lo cuente. Inés murió. Yo la he visto repetidas veces en mis éxtasis, y es indudable que sólo se nos presenta la imágen de las personas que han tenido la suerte de abandonar para siempre este ruin y miserable mundo.

—Así debe de ser.

—Así es, aunque los torpes ojos del cuerpo crean otra cosa. ¡Ay! Los del alma son los que no se engañan nunca, porque hay siempre en ellos un rayo de eterna luz. La corporal vista es un órgano de quien dispone á su antojo el Demonio para atormentarnos. Lo que vemos en ella es muchas veces ilusorio y fantástico. Yo, Sr. D. Gabriel, padezco tormentos muy horrorosos por las contínuas pruebas á que sujeta mi espíritu el Señor de Cielo y tierra, y por los pérfidos amaños del Ángel de las tinieblas que, anhelando perderme, juega con mis débiles sentidos y se burla de esta desgraciada criatura.

—Querido amigo, cuénteme usted lo que le pasa. Yo también sirvo á veces de juguete y mofa á ese señor Demonio, y puedo dar á usted algún buen consejo sobre el modo de vencerle y burlarse de él en vez de ser burlado.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



V

—Puesto que usted ha nombrado á una persona que tanta parte ha tenido en que yo abandonase el perverso siglo, y puesto que usted co-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

noció entonces mis secretos, nada debo ocultarle. Cuando Dios me crió dispuso que padeciese, y he padecido como ningún otro mortal sobre la tierra. Antes de sentir en mi alma el rayo divino de la eterna gracia, que me alumbró el sendero de esta nueva vida, una pasión mundana me hizo desgraciado. Después que me abracé á la santa cruz para salvarme, las turbaciones, debilidades y agonías de mi espíritu han sido tales que pienso es esto disposición de Dios para que conozca en vida Infierno y Purgatorio antes de subir á la morada de los justos... Amé á una mujer, con tanta exaltación, que mi naturaleza quedó en aquel trance trastornada. Cuando comprendí que todo había concluido, yo no tenía ya entendimiento, memoria ni voluntad. Era una máquina, señor oficial, una máquina estúpida: mis sentidos estaban muertos. Vivía en las tinieblas, pues nada veía, y en una especie de letargoso asombro. Varias veces he pensado después si como aquel estupor mío será el limbo á donde van los que apenas han nacido.

—Justo. Así debe de ser.

—Cuando volví en mí, querido señor, formé el proyecto de hacerme fraile. Yo había concluido para el mundo. Me confesé con grandísimo fervor. El padre Busto aprobó con entusiasmo mi propósito de consagrar á la religión el resto de mis tristes días, y como yo manifestara deseo de entrar en la Orden más pobre y donde más trabajase el cuerpo y más apartadas de mundanales atractivos estuviese el ánima, señalóme esta regla de hermanos hospitalarios. ¡Ay! mi alma recibió un consuelo inexplicable. Buscaba los sitios solitarios para meditar, y meditando sentía rodeada mi cabeza de celestial atmósfera. ¡Qué luz tan pura! ¡Qué dulzura y suave silencio en el aire!

—¿Y después?

—¡Ay! después empezaron nuevamente mis infortunios bajo otra forma. Dios decretó que yo padeciese, y padeciendo estoy... Oígame usted un momento más. Comencé mis estudios y las prácticas religiosas para ingresar en la Orden. Recibiéronme una mañana en el convento, donde vestí el traje de lego. Dí aquel día mis lecciones más contento que nunca, asistí como fámulo á los pobres de la enfermería, y por la tarde, tomando el segundo tomo de *Los hombres de Cristo*, por el maestro fray Luis de León, libro que me agradaba en extremo, fuíme á la huerta y en el sitio más secreto y callado de ella, entregué mi espíritu á las delicias de la lectura. No había acabado el capítulo hermosísimo que se titula *Descripción de la miseria humana y orígen de su fragilidad*, cuando sentí un calofrío muy intenso en todo mi cuerpo, una gran turbación, una

(c) 2008 Ministerio de Cultura

zozobra muy viva, pues toda la sangre agolpóse en mi pecho, y experimenté una sensación que no puedo decir si era gozo profundísimo ó agudo dolor. Una extraña figura, bulto ó sombra impresionó mi vista, miré, y la ví; era ella misma, sentada en el banco de piedra junto á mí.

—¿Quién?

—¿Necesito decir su nombre?

—Ya.

—El libro se me cayó de las manos, observé la asombrosa visión, pues visión era, y el mundano amor renació violentamente en mi pecho como la explosión de una mina. Quedé absort ›, señor, mudo y entre suspendido y aterrado. Era ella misma, y me miraba con sus dulces ojos, trastornándome. Separábala de mí una distancia como de media vara; mas no hice movimiento alguno para acercarme á ella, porque el mismo estupor, la admiración que tal prodigio de belleza me producía, el mismo fuego amoroso que quemaba mi sér, teníanme arrobado y sin movimiento. Estaba vestida con riquísima túnica de blanca y sutil tela, la cual, así como las nubes ocultan el sol sin esconderlo, ocultaba su hermoso cuerpo, antes empañándolo que cubriéndolo. Bajo la falda asomaba desnudo uno de sus delicados piés; sus cabellos, ensortijados con arte incomparable le caían en hermosas guedejas á un lado y otro de la cara entre sartas de orientales perlas, y en la mano derecha sostenía un pequeño ramillete de olorosas flores, cuya esencia llegaba hasta mí embriagándome el sentido.

—En verdad, Sr. Juan de Dios, que nunca he visto á la señorita Inés en semejante traje, no muy propio por cierto para pasear en jardines.

—¿Qué había usted de verla, si aquella imágen no era forma corporal y tangible, sino una fábrica engañosa del Demonio, que desde aquel día me escogió para víctima de sus abominables experimentos?

—¿Y la joven del pié desnudo y el ramo de flores, no dijo alguna palabrilla?

—Ni media, hermano.

—¿Y usted no le dijo nada, ni traspasó el espacio de media vara que había entre los dos?

—No podía hablar. Acerquéme, sí, á ella, y en el mismo momento desapareció.

—¡Qué picardía! Pero el Demonio es así; amigo mío, ofrece y no da.

—Mucho tardé en reponerme de la horrible sensación que aquello dejó en mi alma. Al fin recogí el libro, y dirigí mis pensamientos á Dios. Ay, qué extraña sensación! Tan extraña es que no puedo explicarla·

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Figuraos, querido señor, que mis pensamientos al remontarse al Cielo tomando forma material, fueran detenidos y rechazados por una mano poderosa. Esto ni más ni ménos era lo que yo sentía. Quería pensar y no tenía espíritu más que para sentir. Por mi cuerpo corrían á modo de relámpagos del movimiento, unas convulsiones ardientes... ¡Ay! no, no puedo de modo alguno explicar esto... En mi cuerpo chisporroteaba algo, como mechas que se van apagando, y cuyas pavesas mitad fuego mitad ceniza caen al suelo... Levantéme; quise entrar en la iglesia; pero.. ¿creerá usted que no podía? No, no podía. Alguien me tiraba de la cola del hábito hacia fuera. Corrí á la celda que me habían destinado, y arrojándome en el suelo, puse la frente sobre mis manos y mis manos sobre los ladrillos. Así estuve toda la noche orando y pidiendo á Dios que me librara de aquellas horribles tentaciones, diciéndole que yo no quería pecar sino servirle; que yo quería ser bueno y puro y santo.

—¿Por qué no contó usted el caso á otros frailes experimentados en cosas de visiones y tentaciones?

—Así lo hice al punto. Consulté aquella misma tarde con el padre Rafael de los Angeles, varón muy pío y que me mostraba gran cariño, el cual me dijo que no tuviese cuidado, pues para desnudar el entendimiento (así mismo lo dijo), de tales aprensiones imaginarias y naturales bastaba una piedad constante, una mortificación infatigable y una humildad sin límites. Añadióme que él en los primeros años de vida monástica había experimentado iguales aprietos y compromisos, mas que al fin con las rudas penitencias y lecturas místicas había convencido al Demonio de la inutilidad de sus esfuerzos para pervertirlo, con lo cual le dejó tranquilo. Aconsejóme que entrase en la vida activa de la Orden, que marchase en pos de las miserias y lástimas del mundo, recogiendo enfermos por los pueblos para traerlos á los hospitales; que vagase por los campos, haciendo corporal ejercicio y alimentándome con yerbas y raíces, para que el miserable y torpe cuerpo, privado de todo regalo, adquiriese la sequedad y rigidez que ahuyentan la concupiscencia. Encargóme además, que durmiese poco, y jamás sobre blanduras, sino más bien encima de duras rocas ó picudas zarzas, siempre que pudiere; que así mismo me apartase de toda sociedad de amigos, esquivando coloquios sobre negocios mundanos, no mostrando afición á persona alguna, sino huyendo de todos para no pensar más que en la perfección de mi alma.

—Y haciéndolo así, ha conseguido usted...

—Así lo he hecho, hermano, mas poco ó nada he conseguido. Cerca

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de tres años de mortificacionos, de ejercicios, de penitencias, de vigilias, de rigores, de dormir en campo raso y comer berraza y jaramaros crudos, si han fortalecido mi espíritu, librándome de aquellas vagueda- des voluptuosas que al principio ponían al borde del precipicio mi santidad, no me han librado de los contínuos asaltos del ángel infernal, que un día y otro, señor, en el campo y bajo techo, en la dulce oscuridad de la alta y triste noche, lo mismo que á la luz deslumbradora del sol, me pone ante los ojos la imágen de la persona que adoré en el siglo. ¡Ay! en aquel tiempo, cuando estábamos en la tienda, yo blasfemé, sí... me acuerdo que un día entré en la iglesia y arrodillándome delante del Santísimo Sacramento, dije: "Señor, te aborreceré, te negaré, si no me la das, para que nuestras almas y nuestros cuerpos estén siempre unidos en la vida, en la sepultura y en la eternidad.„ Dios me castiga por haberle amenazado.

—De modo que siempre...

—Sí, siempre, siempre lo veo, unas veces en esta, otras en la otra forma, aunque por temporadas el Demonio me permite descansar y no veo nada. Esta funesta desgracia mía me ha impedido hasta ahora recibir los últimos y más sublimes grados del sacramento del Orden, pues me creo indigno de que Dios baje á mis manos. ¡Es terrible sentirse uno con el corazón y el espíritu todo dispuesto á la santidad, y no poder conseguir el perfecto estado! Yo me desespero y lloro en silencio, al ver cuán felices son otros frailes de mi Orden, los cuales disfrutan con la paz más pura, las delicias de visiones santas, que son el más regalado manjar del espíritu. Unos en sus meditaciones ven ante sí la imágen de Cristo crucificado, mirándoles con ojos amorosísimos; otros se deleitan contemplando la celestial figura del Niño Dios; á otros les embelesa la presencia de Santa Catalina de Siena ó Santa Rosa de Vitervo, cuya castísima imágen y y compuestos ademanes incitan á la oración y á la austeridad; pero yo ¡desgraciado de mí! yo, pecador abominable, que sentí quemadas mis entrañas por el mundano amor, y me alimenté con aquel rocío divino de la pasión, y empapé el alma en mil

(c) 2008 Ministerio de Cultura

liviandades inspiradas por la fantasía, me he enfermado para siempre de impureza, me he derretido y moldeado en un desconocido crisol que me dejó para siempre en aquella ruín forma primera. No puedo ser santo, no puedo arrojar de mí esta segunda persona que me acompaña sin cesar. ¡Oh, maldita lengua mía! Yo había dicho: "quiero unirme á ella en la vida, en la sepultura y en la eternidad,„ y así está sucediendo.

Fray Juan de Dios bajó la cabeza y estuvo largo rato meditando.

—¿En qué nuevas formas se ha presentado?—le pregunté.

—Una mañana iba por el campo, y abrasado por la sed, busqué un arroyo en que apagarla. Al fin bajo unos frondosos álamos que entre peñas negruscas erguían sus viejos troncos, ví una corriente cristalina que convidaba á beber. Después que bebí sentéme en una peña, y en el mismo instante cogióme la singular zozobra que me anunciaba siempre la influencia del ángel del mal. Á corta distancia de mí, estaba una pastora; ella misma, señor, hermosa como los querubines.

—¿Y guardaba algún rebaño de vacas ó carneros?

—No señor, estaba sola, sentada como yo sobre una peña, y con los nevados piés dentro del agua, que movía ruidosamente haciendo saltar frías gotas las cuales salpicando me mojaron el rostro. Había desatado los negros cabellos y se los peinaba. No puedo recordar bien todas las partes de su vestido; pero sí que no era un vestido que la vestía mucho. Mirábame sonriendo. Quise hablar y no pude. Dí un paso hacia ella y desapareció.

—¿Y después?

—La volví á ver en distintos puntos. Yo me encontraba dentro de Ciudad-Rodrigo cuando la asaltó el *lord* en Enero de este mismo año. Hallábame sirviendo en el hospital, cuando comenzó el cerco, y entonces otros buenos padres y yo salíamos á asistir á los muchos heridos franceses que caían en la muralla. Yo estaba aterrado, pues nunca había visto mortandad semejante, é invocaba sin cesar á la divina Madre de nuestro Señor para que por su intercesión se amansase la furia de los anglo-portugueses. El día 18 el arrabal, donde yo estaba, dióme idea de como es el Infierno. Deshacíase en mil pedazos el convento de San Francisco, donde íbamos colocando los heridos... Los franceses burlábanse de mí, y como á los frailes nos tenían mucha ojeriza por creernos autores de la resistencia que se les hace, me maltrataron de palabra y obra... ¡Ay! cuando entraron los aliados en la plaza, yo estaba herido, no por las balas de los sitiadores, sino por los golpes de los sitiados. Los ingleses, españoles y portugueses entraron por la brecha. Al oir aquel

(c) 2008 Ministerio de Cultura

laberinto de imprecaciones victoriosas, pronunciadas en tres idiomas distintos, sentí gran espanto. Unos y otros se destrozaban como fieras... yo, exánime y moribundo, yacía en tierra en un charco de sangre y fango y rodeado de cuerpos humanos. Abrasábame una sed rabiosa, una sed, querido señor mío, tan ardiente como si mis venas estuviesen llenas de fuego, y la boca, lengua y paladar fuesen en vez de carne viva y húmeda, estopa inerte y seca. ¡Qué tormento! Yo dije para mí. "Gracias á tí, Señor, que te has dignado llevarme á tu seno. Ha llegado la hora de mi muerte.„ No había acabado de decirlo, mejor dicho, de pensarlo, cuando sentí en mis labios el celeste contacto del agua fresca. Suspiré y mi espíritu sacudió su fúnebre sopor. Abrí los ojos y ví pegada á mis ardientes labios una blanca mano, en cuya palma ahuecada brillaba el cristalino licor tan fresco y puro como al manar de la rústica fuente.

—¿Y en qué traza venía entonces la señorita Inés?

—Venía de monja.

—¿Y las monjas daban de beber en el hueco de la mano.

—Aquella sí. Pintar á usted cuán hermosa estaba su cara entre las blancas tocas y cuán bien le sentaba la austeridad de la pobre estameña del traje, me sería imposible. Apenas la miré cuando voló de súbito, dejándome más sediento que antes.

—Una cosa me ocurre, Sr. Juan de Dios—dije condolido en extremo de la extraña enfermedad del desgraciado hospitalario,—y es que siendo esa persona un artificio del más malo, del más pícaro y desvergonzado espíritu creado por Dios, y habiendo ocasionado á usted tantos disgustos, congojas, mortales ánsias y acalorados paroxismos, parecía natural que la tomase usted en aborrecimiento y que viese en ella más bien una espantable y horrenda fealdad que ese portento de hermosura que con tanto deleite encarece.

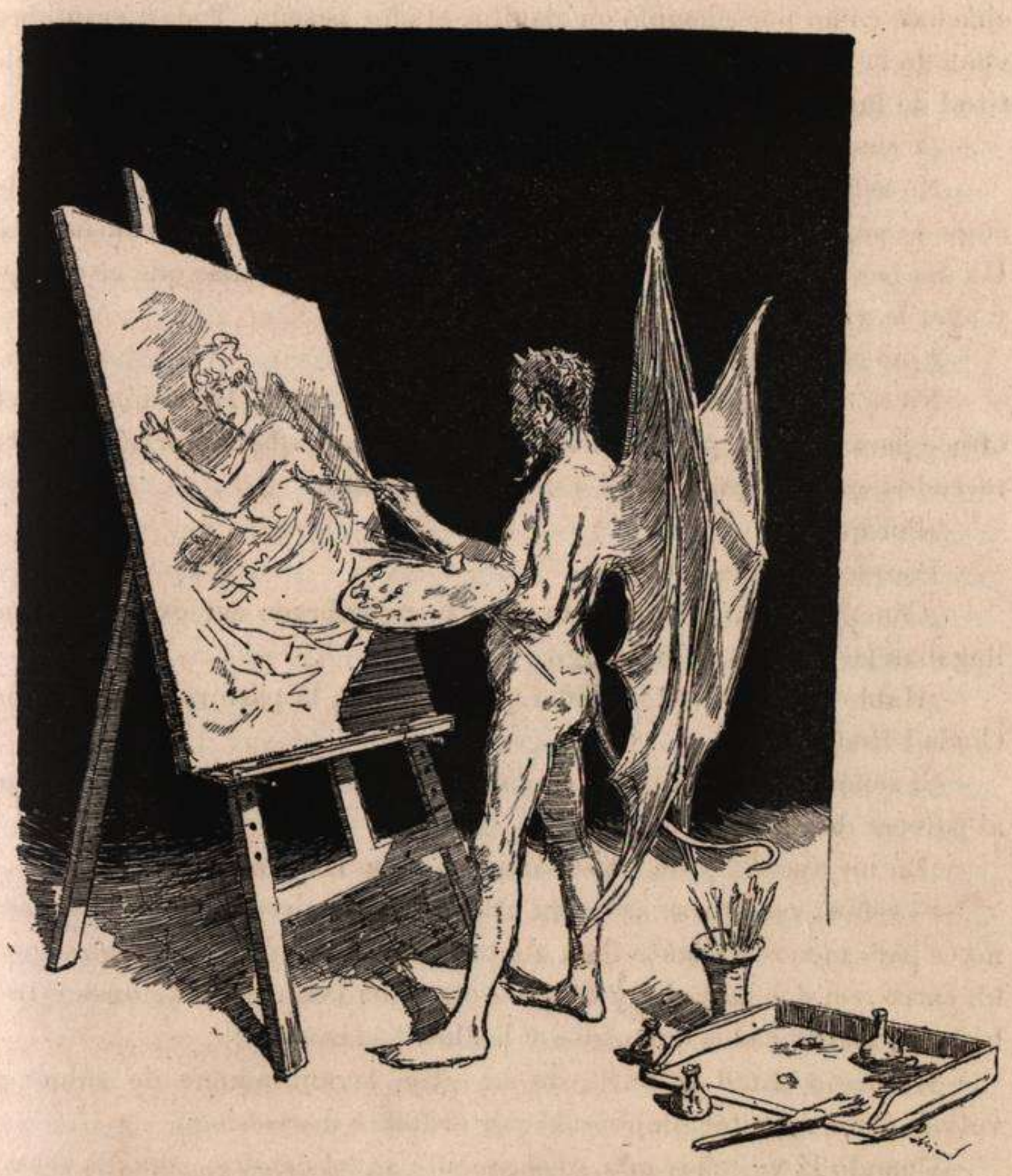
Fray Juan de Dios suspiró tristemente y me dijo:

—El Malo no presenta jamás á nuestros ojos cosas aborrecibles ni repugnantes, sino antes bíen hermosas, odoríferas, ó gratas al paladar, al olfato, al oido y al tacto. Bien sabe él lo que se hace. Si ha leido usted la vida de la madre Santa Teresa de Jesús, habrá visto que alguna vez el Demonio le pintó delante la imágen de Nuestro Señor Jesucristo para engañarla. Ella misma dice que el Malo es gran pintor, y añade que cuando vemos una imágen muy buena, aunque supiésemos la ha pintado un mal hombre, no dejaríamos de estimarla.

—Eso está muy bien dicho... Se me ocurre otra cosa. Si yo hubiera sido atormentado de esa ruín manera por el espíritu maligno, el cual

(c) 2008 Ministerio de Cultura

según voy viendo, es un redomado tunante, habría tratado de perseguir la imágen, de tocarla, de hablarle, para ver si efectivamente era vana ilusión ó materia corpórea.



—Yo lo he hecho, querido señor y amigo mío—repuso el hospitalario con acento ya debilitado por el mucho hablar,—y nunca he podido poner mis manos sobre ella, habiendo conseguido tan sólo una vez tocar el alda de su vestido. Puedo asegurar á usted que á la vista su figura se me ha representado siempre como una criatura humana con su natural espesor, corpulencia y el brillo y la dulzura de los ojos, el dulce aliento de la boca, y la añadidura del vestido flotando al viento, en fin, todo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en tal manera fabricado que es imposible no creerla persona viva y como las demas de nuestra especie.

—¿Y siempre se presenta sola?

—No señor, que algunas veces la he visto en compañía de otras muchachas, como por ejemplo en Sevilla el año pasado. Todas eran obra vana de la infernal industria, pues desaparecieron con ella, como multitud de luces que se apagan de un solo soplo.

—¿Y siempre desaparece así como luz que se apaga?

—No señor, que á veces corre delante de mí, y la sigo, y ó se pierde entre la multitud, ó avanza tanto en su camino que no puedo alcanzarla. Un día la ví en una soberbia cabalgadura que corría más que el viento, y ayer la ví en un carro.

—¿Que corría también como el viento?

—No señor, pues apenas corría como un mal carro. La visión de ayer ofrece para mí una particularidad aterradora, y que me prueba cierta recrudescencia y gravedad del mal que padezco.

—¿Por qué?

—Porque ayer me habló.

—¿Cómo?—exclamé sonriendo, mas no asombrado del extremo á que llegaban las locuras de mi amigo.

—¿Habló al fin, la señorita del pié desnudo, la pastora, la monja de Ciudad-Rodrigo?

—Sí señor. Iba en un carro en compañía de unos cómicos que venían al parecer de Extremadura.

—¡En un carro!... ¡Con unos cómicos!... ¡De Extremadura!

—Sí señor: veo que se asombra usted y lo comprendo, porque el caso no es para ménos. Delante iban algunos hombres á caballo; luego seguía un carro con dos mujeres, y después otro carro con decoraciones y trebejos de teatro, todos quemados y hechos pedazos.

—Hermano, usted se burla de mí—dije levantándome de súbito y volviéndome á sentar, impulsado por ardiente desasosiego.

—Cuando la ví, señor mío, experimenté aquel calofrío, aquella sensación entre placentera y dolorosa que acompaña á las terribles crísis de mi obsesión.

—¿Y cómo iba?

—Triste, arropada en un manto negro.

—¿Y la otra mujer?

—Engañosa imaginación sin duda, la acompañaba en silencio.

—¿Y los hombres que iban á caballo?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Eran cinco, y uno de ellos vestía de juglar con calzón de tres colores y montera da picos. Disputaban, y otro de ellos, que parecía mandar á todos, era una persona de buena apostura y presencia, con barba picuda como la del Demonio.

—¿No sintió usted olor de azufre?

—Nada de eso, señor. Aquellos hombres hablaban con animación y nombraron á unos soldados que les habían quemado sus cachivaches.

—Sospecho, querido hermano Juan—dije con turbación,—que ya no es usted sólo el endemoniado, sino que yo lo estoy también, pues esos cómicos, y esas mujeres, y esos carros, y esos trastos de teatro son reales y efectivos, y aunque no los ví, sé que estuvieron en Santibañez de Valvaneda. ¿Sería que alguna de las cómicas se le antojó á usted ser la misma persona de marras, sin que en esto hubiese la más lijera picardía por parte de la majestad infernal?

—Bien he dicho yo—continuó el fraile con candor—que esta aparición de hoy es la más extraordinaria y asombrosa que he tenido en mi vida, pues en ella la demoniaca hechura ha presentado tales sintomas, señales y vislumbres de realidad, que al más licurgo y despreocupado engañaría. Esta es también la primera vez que la imágen querida, además de tomar cuerpo macizo de mujer, ha remedado la humana voz.

—¿Ha hablado?

—Sí señor; ha hablado—dijo el hospitalario con terror.—Su voz no es la misma que aún resuena en mis oidos, desde que la oí en casa de Requejo, así como su figura en el día de hoy me ha parecido más hermosa, más robusta, más completa y más formada. Tal como la ví en el convento, en el bosque, en la iglesia y en Ciudad-Rodrigo era casi una niña, y hoy...

—Pero si habló, ¿qué dijo?

—Yo me acerqué al carro, la miré, miróme ella también... Sus ojos eran rayos que me quemaban cuerpo y alma. Luego apareció asombrada, muy asombrada... ¡Ay! sus labios se movieron y pronunciaron mi propio nombre. "Sr. Juan de Dios, dijo, ¿se ha hecho usted fraile?...„ Me pareció que iba yo á morir en aquel mismo momento. Quise hablar y no pude. Ella hizo ademán de darme una limosna, y de pronto el hombre que parecía mandar á todos, como advirtiera mi presencia junto al carro de las cómicas, detuvo el caballo, y volviéndose me dijo con voz fiera: "Largo de aquí, holgazán pancista.„ Ella dijo entonces: "Es un pobre mendicante que pide limosna.„ El hombre alzó el palo para pegarme y ella dijo: "Padre, no le hagas daño.„

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Está usted seguro de que dijo eso?

—Sí, seguro estoy; mas el infame, como criatura infernal que era, enemigo natural de las personas consagradas al servicio de Dios, llamóme de nuevo holgazán, y recibí al mismo tiempo tal porrazo en la cabeza que caí sin sentido.

—Sr. Juan de Dios—le dije después de reflexionar un poco sobre lo extraño de aquella aventura,—júreme usted que es verdad cuanto ha dicho y que no es su ánimo burlarse de mí.

—¡Yo burlarme, señor oficial de mi alma!—exclamó el hospitalario que estuvo á punto de llorar viendo que se ponía en duda su veracidad. —Cierto es lo que he dicho, y tan evidente es que hay Demonio en el Infierno, como que hay Dios en el Cielo, pues infinito es en el mundo el número de casos de obsesión, y todos los días oimos contar nuevas tropelías y estupendas gatadas del mortificador del linaje humano.

—¿Y no puede usted precisar el sitio en que ocurrió eso del carro de comediantes?

—Pasado Santibañez de Valvaneda, como á tres leguas. Iban á buen paso camino de Salamanca.

El infeliz hospitalario no podía mentir, y en cuanto á la endemoniada composición de las cosas y personas referidas, yo tenía mis razones para creer que entre los primeros y el último encuentro del fraile había alguna diferencia.

De nuevo le insté para que tomase alguna cosa, y segunda vez se resistió á dar á su cuerpo regalo alguno. Ya nos disponíamos á marchar, cuando le ví palidecer, si es que cabía mayor grado de amarillez en su amojamada carne; le ví aterrado, con los ojos medio salidos del casco, el labio inferior trémulo y toda su persona desasosegada. Miraba á un punto fijo detrás de mí, y como yo rápidamente me volviese y nada hallase que pudiera motivar aquel espanto, le pregunté la causa de sus terrores y si allí entre tantos soldados se atrevía Satanás á hacer de las suyas.

—Ya se ha desvanecido—dijo con voz débil y dejando caer desmayadamente los brazos.

—¿Pues qué, otra vez ha estado aquí?

—Sí en aquel grupo donde bailan los soldados... ¿Ve usted que hay allí unas mozas de San Estéban?

—Es cierto; pero ó yo he olvidado la cara de la señora Inés ó no está entre ellas—repuse sin poder contener la risa.—Si estuviera, bien se le podían decir cuatro frescas por ponerse á bailar con los soldados.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues dude usted de que ahora es de día, señor mío—afirmó no repuesto aún de la emoción,—pero no dude usted de que estaba allí. Veo que el Demonio recrudece sus tentaciones y aumenta el rigor de sus ataques contra los reductos de mi fortaleza, y esto lo hace porque estoy pecando...

—¿Pecando ahora, pecando por hablar con un antiguo amigo?

—Sí señor, pues pecar es entregar sin freno el espíritu á los deleites de la conversación con gente seglar. Además he estado aquí descansando más de hora y media, cosa que en tres años no he hecho, y he gustado de la fresca sombra de estos árboles. Alma mía—añadió con exaltado fervor, arriba, no duermas, vigila sin cesar al enemigo que te acecha, no te entregues al corruptor deleite de la amistad, ni desmayes un solo momento, ni pruebes las dulzuras del reposo. Alerta, alerta siempre.

—¿Se marcha usted ya?—dije, al ver que desataba al buen pollino.—Vamos, no rechazará usted este pedazo de pan para el camino.

Tomólo y poniéndoselo en la boca al pacífico asno, que no estaba sin duda por cenobíticas abstinencias, cogió él para sí un puñado de yerba y la guardó en el seno.

—Ó es un farsante—dije para mí—ó el más puro y candoroso beato que ciñe el cíngulo monacal.

—Buenas tardes, Sr. D. Gabriel—dijo con humilde acento. Me voy á Béjar para seguir mañana á Candelario, donde tenemos un hospital. ¿Y usted, á dónde marcha?

—¿Yo? á donde me lleven; tal vez á conquistar á Salamanca, que está en poder de Marmont.

—Adios, hermano y querido señor mío—repuso.—Gracias, mil gracias por tantas bondades.

Y tirando del torzal partió con el burro tras sí. Cuando su enjuta figura negruzca se alejó al bajar un cerro, parecióme ver en él un cuerpo que melancólicamente buscaba su perdida sepultura sin poder encontrarla.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VI

Dos días después, más allá de Dios le guarde, un gran acontecimiento turbó la monotonía de nuestra marcha. Y fué que á eso de la madrugada nuestras tropas avanzadas prorrumpieron en exclamaciones de júbilo; mandóse formar, dando á las compañías el marcial concierto y la buena apariencia que han menester para presentarse ante un militar inteligente, y algunos acudieron por orden del general á cortar ramos á los vecinos carrascales para tejer no sé si coronas, cenefas ó triunfales arcos. Al llegar al camino de Ciudad-Rodrigo vimos que apareció falange numerosa de hombres vestidos de encarnado y caballeros en ligerísimos corceles; verlos y exclamar todos en alegre concierto: "¡viva el *lord*!„ fué todo uno.

—Es la caballería de Cottón de la división del general Graham—dijo D. Cárlos España.—Señores, cuidado no hagamos alguna gansada. Los ingleses son muy ceremoniosos y se paran mucho en las formas. Si se coge bastante carrasca haremos un arquito de triunfo para que pase por él el vencedor de Ciudad-Rodrigo, y yo le echaré un discurso que traigo preparado elogiando su pericia en el arte de la guerra y la Constitución de Cádiz, cosas ambas bonísimas, y á las cuales deberemos el triunfo al fin y á la postre.

—No es el señor lord muy amigo de la Constitución de Cádiz—dijo D. Julian Sanchez, que á derecha mano de D. Cárlos estaba;—pero á nosotros ¿qué nos vá ni qué nos viene en esto? Derrotemos á Marmont y vivan todos los milores.

—Los ginetes rojos llegaron hasta nosotros, y su jefe, que hablaba español como Dios quería, cumplimentó á nuestro brigadier, diciéndole que su excelencia el señor duque de Ciudad-Rodrigo no tardaría en llegar á Santi Spíritus. Al punto comenzamos á levantar el arco de ramajes y palitroques á la entrada de dicho pueblo, y viérais allí que un dómine del país apareció trayendo unos al modo de targetones de lienzo con sendos letreros y versos que él mismo había sacado de su cabeza, y en las cuales piezas poéticas se encomiaban hasta más allá de los cuernos de la luna las virtudes del moderno Fabio, ó sea el Sr. D. Arturo Wellesley, lord vizconde de Wellington de Talavera, duque de Ciudad-Rodrigo, grande de España y par de Inglaterra.

Iban llegando unos tras otros numerosos cuerpos de ejército, que se desparramaban por aquellos contornos ocupando los pueblos inmediatos,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y al fin entre los más brillantes soldados escoceses, ingleses y españoles, apareció una silla de postas, recibida con aclamaciones y vítores por las tropas situadas á un lado y otro del camino. Dentro de ella ví una nariz larga y roja, bajo la cual lucieron unos dientes blanquísimos. Con la rapidez de la marcha apenas pude distinguir otra cosa que lo indicado y una sonrisa de benevolencia y cortesía que desde el fondo del carruaje saludó á las tropas.

No debo pasar en silencio, aunque esto concuerde mal con la gravedad de la historia, que al pasar el coche bajo el arco triunfal, como éste no lo habían construido ingenieros ni artífices romanos, con la sacudida y golpe que recibiera de una de las ruedas, hizo como si quisiera venirse abajo, y al fin se vino, cayendo no pocas ramas y lienzos sobre la cabeza del dómine, que tuviera parte tan importante en su malhadada fábrica. Como no hubo que lamentar desgracia alguna, celebróse con risas la extraña ruina. Los chicos apoderáronse al punto de los targetones, que eran como de tres cuartas de diámetro, y abriéndoles en el centro un agujero y metiendo por él la cabeza se pasearon delante de Wellington con aquella valona ó flamenca golilla.

Entre tanto D. Cárlos España desembuchaba su discurso delante del lord, y luego que concluyera, presentóse el dómine con el amenazador proyecto de hablar también. Consintiólo el general, que como persona finísima disimulaba su cansancio, y oyendo las pedanterías del orador, movía la cabeza, acompañando sus gestos de la especial sonrisa inglesa, que hace creer en la existencia de algún intermandibular, del cual tiran para plegar la boca como si fuera una cortina.

—Mi comandante—me dijo con cara de júbilo mi asistente cuando me aparté de los generales para ocuparme del alojamiento,—¿no ha visto usía el otro ejército que viene detrás?

—Serán los portugueses.

—¡Qué portugueses ni qué garambainas! Son mujeres, un ejército de mujeres. Esto se llama darse buena vida. Los ingleses, en vez de impedimenta llevan la faldamenta. Así da gusto de hacer la guerra.

Miré y ví veinte, ¿qué digo, veinte? cuarenta y aún cincuenta carros, coches y vehículos de distintas formas llenos todos de mujeres, unas al parecer de alta, otras de baja calidad, y de distinta belleza y edad, aunque por lo general, dicho sea esto imparcialmente, predominaba el género feo. Al punto que pararon los vehículos entre nubes de polvo, vierais descender con presteza á las señoras viajeras y resonar una de las más discordes algarabías que pueden oirse. Por un lado chillaban

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ellas llamando á sus consortes, y ellos por otro penetraban en la femenil multitud gritando: *Anna, Fanny, Mathilda, Elisabeth.* En un instante formáronse alegres parejas, y un tumultuoso concierto de voces guturales y de inflexiones agudas y de articulaciones líquidas llenó los aires.

Pero como la división aliada que acababa de llegar no podía pernoctar entera en aquel pueblo, una parte de ella siguió el camino adelante hacia Aldehuela de Yeltes. Tornaron á montar en sus carricoches muchas de las hembras formando parte del convoy de víveres y municiones, y otras quedaron en Santi Spíritus. El día pasó, ocupándonos todos en buscar el mejor alojamiento posible; pero como éramos tantos, al caer de la tarde no habíamos resuelto la cuestión. En cuanto á mí, cuando me creía obligado á dormir en campo raso, Tribaldos me notificó que el dómine del lugar tenía sumo placer en cederme su habitación. Después de visitar á mi honrado patrono, salí á desempeñar varias obligaciones militares, y ya me retiraba á casa, cuando junto al camino sentí gritos y voces de alarma. Corrí á donde sonaban, y no era más sino que por el camino adelante venía un cochecillo cuyo caballo le arrastraba dando tan terribles tumbos y saltos, que cada instante parecía iba á deshacerse en pedazos mil. Cuando con rapidez inmensa pasó por delante de nosotros, un grito de mujer hirió mis oidos.

—En ese coche va una mujer, Tribaldos—grité á mi asistente que se había unido á mí.

—Es una inglesa, señor, que se quedó rezagada y detrás de las demás.

—¡Pobre mujer!... ¿Y no hay entre tantos hombres uno solo que se atreva á detener el caballo y salvar á esa desgraciada?... Parece que no va desbocado... Detiene el paso... Corramos allá.

—El coche se ha salido del camino—dijo Tribaldos con espanto—y ha parado en un sitio muy peligroso.

Al instante ví que el carricoche estaba á punto de despeñarse. Habiéndose enredado el caballo entre unas jaras, se había ido al suelo, quedando como reventado á consecuencia del fuerte choque que recibiera. Pero como la pendiente era grande, la gravedad lo atraía hacia lo hondo del barranco.

Me era imposible ver la situación terrible de la infeliz viajera sin acudir pronto á su socorro. Había caido el coche sin romperse; más lo peligroso estaba en el sitio. Corrí allá solo, bajé tropezando á cada paso y despegando con mi planta piedrecillas que rodaban con siniestro ruido, y llegué al fin á donde se había detenido el vehículo. Una mujer lanzaba desde el interior lastimeras voces.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señora—grité—allá voy. No tenga usted cuidado. No caerá al barranco.

El caballo pataleaba en el suelo, pugnaba por levantarse y con sus movimientos de dolor y desesperación arrastraba el coche hacia el abismo. Un momento más y todo se perdía. Apoyéme en una enorme piedra fija, y con ambas manos detuve el coche que se inclinaba.

—Señora—grité con afán,—procure usted salir. Agárrese á mi cuello... sin miedo. Si salta usted en tierra no hay qué temer.

—No puedo, no puedo caballero, exclamó con dolor.

—¿Se ha roto usted alguna pierna?

—No, caballero... veré si puedo salir.

—Un esfuerzo... Si tardamos un instante los dos caeremos abajo.

No puedo describir los prodigios de mecánica que ambos hicimos. Ello es que en casos tan apurados, el cuerpo humano, por maravilloso instinto, imprime á sus miembros una fuerza que no tiene en instantes ordinarios, y realiza una serie de admirables movimientos que después no pueden recordarse ni repetirse. Lo que sé es que como Dios me dió á entender, y no sin algún riesgo mío, saqué á la desconocida de aquel grave compromiso en que se encontraba, y logré al fin verla en tierra. Asido á las piedras la sostuve y me fué forzoso llevarla en brazos al camino.

—Eh, Tribaldos, cobarde, holgazán—grité á mi asistente, que había acudido en mi auxilio—ayúdame á salir de aquí.

Tribaldos y otros soldados, que no me habían prestado socorro hasta entonces, me ayudaron á salir, porque es condición de ciertas gentes no arrimarse al peligro que amenaza sino al peligro vencido, lo cual es cómodo y de gran provecho en la vida.

Una vez arriba, la desconocida dió algunos pasos.

—Caballero, os debo la vida—dijo recobrando el perdido color y el brillo de los ojos.

Miss Fly.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VII

ra como de veinte y tres años, alta y esbelta. Su airosa figura, su acento dulce, su hermoso rostro, aquel tratamiento de *vos* que ceremoniosa me daba, sin duda por poseer á medias el castellano, me hicieron honda y duradera impresión.

Apoyóse en mí, quiso dar algunos pasos; mas al punto sus piernas desmayadas se negaron á sostenerla. Sin decir nada la tomé en brazos y dije á Tribaldos:

—Ayúdame; vamos á llevarla á nuestro alojamiento.

Por fortuna éste no estaba lejos, y bien pronto llegamos á él. En la puerta la inglesa movió la cabeza, abrió los ojos y me dijo:

—No quiero molestaros más, caballero. Podré subir sola. Dadme el brazo.

En el mismo momento apareció presuroso y sofocado un oficial inglés, llamado sir Tomás Parr, á quien yo había conocido en Cádiz, y enterado brevemente de la lamentable ocurrencia, habló con su compatriota en inglés.

—¿Pero habrá aquí una habitación *confortable* para la señora?—me dijo después.

—Puede descansar en mi propia habitación,—dijo el dómine que había bajado oficiosamente al sentir el ruido.

—Bien—dijo el inglés.—Esta señorita se detuvo en Ciudad-Rodrigo más de lo necesario y ha querido alcanzarnos. Su temeridad nos ha dado ya muchos disgustos. Subámosla. Haré venir al médico mayor del ejército.

—No quiero médicos—dijo la desconocida.—No tengo herida grave: una ligera contusión en la frente y otra en el brazo izquierdo.

Esto lo decía subiendo apoyada en mi brazo. Al llegar arriba dejóse caer en un sillón que en la primera estancia había y respiró con desahogo expansivo.

—Á este caballero debo la vida—dijo señalándome.—Parece un milagro.

—Mucho gusto tengo en ver á usted, mi querido Sr. Araceli—me dijo el joven inglés.—Desde el año pasado no nos habíamos visto. ¿Se acuerda usted de mí... en Cádiz?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Me acuerdo perfectamente.

—Usted se embarcó con la expedición de Blake. No pudimos vernos, porque usted se ocultó después del duelo en que dió la muerte á lord Gray.

La inglesa me miró con profundo interés y curiosidad.

—Este caballero...—dijo.

—Es el mismo de quien os he hablado hace días—contestó Parr.

—Si el libertino que ha hecho desgraciadas á tantas familias de Inglaterra y España hubiese tropezado siempre con hombres como vos... Según me han dicho, lord Gray se atrevió á mirar á una persona que os amaba... La energía, la severidad y la nobleza de vuestra conducta son superiores á estos tiempos.

—Para conocer bien aquel suceso—dije yo, no ciertamente orgulloso de mi acción,—sería preciso que yo explicase algunos antecedentes...

—Puedo aseguraros que antes de conoceros, antes de que me prestaseis el servicio que acabo de recibir, sentía hacia vos una grande admiración.

Dije entónces todo lo que la modestia y el buen parecer exigían.

—¿De modo que esta señora se alojará aquí?—me dijo Parr.—Donde yo estoy, es imposible. Dormimos siete en una sola habitación.

—He dicho que le cederé la mía, la cual es digna del mismo sir Arturo—dijo Forfolleda,—pues este era el nombre del dómine.

—Entonces estará bien aquí.

Sir Tomás Parr habló largamente en inglés con la bella desconocida y después se despidió. No dejaba de causarme sorpresa que sus compatriotas abandonasen aquella hermosa mujer que sin duda debía tener esposo ó hermanos en el ejército; pero dije para mí: "será que las costumbres inglesas lo ordenan de este modo.„

En tanto la señora de Forfolleda (pues Forfolleda tenía señora) bizmó el brazo de la desconocida, y restañó la sangre de la rozadura que recibiera en la cabeza, con cuya operación dimos por concluidos los cuidados quirúrgicos y pensamos en arreglar á la señora cuarto y cama en que pasar la noche.

Un momento después el precioso cuerpo de la dama inglesa descansaba sobre un lecho algo más blando que una roca, al cual tuve que conducirla en mis brazos, porque la acometió nuevamente aquel desmayo primero que la imposibilitaba toda acción corporal. Ella me dió las gracias en silencio, volviendo hacia mi sus hermosos ojos azules, que dulcemente y con la encantadora vaguedad y extravío que sigue á los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

desmayos se fijaron, primero en mi persona y después en las paredes de la habitación. Más la miraba yo y más hermosa me parecía á cada momento. No puedo dar idea de la extremada belleza de sus ojos azules. Todas las facciones de su rostro distinguíanse por la más pura corrección y finura. Los cabellos rubios hacían verosímil la imágen de las trenzas de oro tan usada por los poetas, y acompañaban la boca los más lindos y blancos dientes que pueden verse. Su cuerpo, atormentado bajo las ballenas de un apretado jubón, del cual pendían faldas de amazona, era delgadísimo, mas no carecía de las redondeces y elegantes contornos y desigualdades que distinguen á una mujer de un palo torneado.

Forfolleda.

—Gracias, caballero—dijo con acento melancólico y usando siempre el *vos*.—Si no temiera molestaros os suplicaría que me dieseis algún alimento.

—¿Quiere la señora un pedazo de pierna de carnero—dijo Forfolleda, que arreglaba los trastos de la habitación,—unas sopas de ajo, chocolate ó quizás un poco de salmorejo con guindilla? También tengo abadejo. Dicen que al Sr. D. Arturo le gusta mucho el abadejo.

—Gracias—repuso la inglesa con mal humor,—no puedo comer eso. Que me hagan un poco de té.

Fuí á la cocina, donde la señora de Forfolleda me dijo que allí no había té ni cosa que lo pareciese, añadiendo que si ella probara tan sólo un buche de tal enjuagadero de tripas, arrojaría por la boca juntamente con los hígados la primer leche que mamó. Luego se puso á reprender á su esposo por admitir en la casa á herejes luteranos y calvinistas, cuales eran los ingleses; mas el dómine refutó victoriosamente el ataque afirmando que merced á la ayuda de los herejes luteranos y calvinistas, la católica España triunfaría de Napoleón, lo cual no significaba más que Dios se vale del mal para producir el bien.

—Vete á cualquier casa donde haya ingleses—dije á Tribaldos,—y trae té. ¿Sabes lo que es?

—Unas hojas arrugaditas y negras. Ya sé... todas las noches lo tomaba la mujer del capitán.

Volví al lado de la inglesa que me dijo no podía comer cosa alguna

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de nuestra cocina, y habiéndome pedido pan, se lo dí mientras llegaba el anhelado té.

Al poco rato entró Tribaldos trayendo una ancha taza que despedía un olor extraño.

—¿Qué es esto?—dijo la dama con espanto, cuando los vapores del condenado licor llegaron á su nariz.

—¿Qué menjurgue has puesto aquí, maldito?—exclamé amenazando al aturdido mozo.

—Señor, no he puesto nada, nada más que las hojas arrugaditas, con un poco de canela y de clavo. La señora de Forfolleda dijo que así se hacía, y que lo había compuesto muchas veces para unos ingleses que fueron á Salamanca á ver la catedral vieja.

La inglesa prorrumpió en risas.

—Señora, perdone usted á ese animal que no sabe lo que hace. Voy yo mismo á la cocina y beberá usted té.

Poco después volví con mi obra, que debió satisfacer á la interesada, pues la aceptó con gozo.

—Ahora, señora mía, me retiraré, para que descanse usted—le dije.—Déme usted órdenes para mañana ó para esta noche misma. Si quiere usted que avise á su esposo... ó es que se halla en la división de Picton que no está en este pueblo...

—Señor oficial—dijo solemnemente, bebiendo su té,—yo no tengo esposo; yo soy soltera.

Esto puso el límite á mi asombro, y vacilante al principio en mis ideas no supe contestarle sino con medias palabras.

—¡Buena pieza será esta que se ha colgado de mi brazo!—dije para mí.—Los franceses traen consigo mujeres de mala vida, pero de los ingleses, no sabía que...

—Soltera, sí—añadió con aplomo y apartando la taza de sus labios.—Os asombrais de ver una señorita como yo en un campo de batalla, en tierra extranjera y lejos, muy lejos de su familia y de su patria. Sabed que vine á España con mi hermano, oficial de ingenieros de la división de Hill, el cual hermano mío pereció en la sangrienta batalla de Albuera. El dolor y la desesperación tuviéronme por algunos días enferma y en peligro de muerte; pero me reanimó la conciencia de los deberes que en aquel trance tenía que cumplir, y consagréme á buscar el cuerpo del pobre soldado para enviarle á Inglaterra al panteón de nuestra familia. En poco tiempo cumplí esta triste misión, y hallándome sola traté de volver á mi país. Pero al mismo tiempo me cautivaban de tal

(c) 2008 Ministerio de Cultura

modo la historia, las tradiciones, las costumbres, la literatura, las artes, las ruinas, la música popular, los bailes, los trajes de esta Nación tan grande en otro tiempo y otra vez grandísima en la época presente, que formé el proyecto de quedarme aquí para estudiarlo todo, y prévia licencia de mis padres, así lo he hecho.

—Sabe Dios qué casta de pájaro serás tú—dije para mi capote; y luego en voz alta añadí sosteniendo fijamente la dulce mirada de sus ojos de cielo.—¡Y los padres de usted consintieron, sin reparar en los contínuos y graves peligros á que está expuesta una tierna doncella sola y sin amparo en país extranjero, en medio de un ejército! Señora, por amor de Dios...

—¡Ah! no conoceis sin duda que nosotras las hijas de Inglaterra estamos protejidas por las leyes de tal manera y con tal rigor, que ningún hombre se atreve á faltarnos al respeto.

—Sí, así dicen que pasa en Inglaterra. Y parece que allá salen las señoritas solas á paseo y viajan solas ó acompañadas de cualquier galancete.

—Aunque fuera su novio no importa.

—¡Pero estamos en España, señora, en España! Usted no sabe bien en qué país se ha metido.

—Pero sigo al ejército aliado y estoy al amparo de las leyes inglesas—dijo sonriendo.—Caballero, faltad al pudor si os parece, intentad galantearme de una manera ménos decorosa que la que empleais para amar á esa Dulcinea que fué causa de la muerte de Gray, y lord Wellington os mandará fusilar, si no os casais conmigo.

—Me casaría, señora.

—Caballero, veo que quizás sin malicia principiais á faltar al comedimiento.

—Pues no me casaría.... Permítame usted que me retire.

—Podeis hacerlo—me dijo levantándose penosamente para cerrar por dentro la puerta.

—Os agradeceré que mañana hagais traer mi maleta. Felizmente no la traía conmigo. Está en el convoy.

—Se traerá la maleta. Buenas noches, señora.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VIII

Fuera de la estancia sentí el ruido de los cerrojos que corría por dentro la hermosa inglesa y me retiré á mi aposento que era el rincón de un oscuro pasillo, donde Tribaldos me había arreglado un lecho con mantas y capotes. Tendíme sobre aquellas durezas y en buena parte de la noche no pude conciliar el sueño; de tal modo se había encajado dentro de mi cerebro la extraña señora inglesa, con su caida, sus desmayos, su té y su acabada hermosura. Pero al fin, rendido por el gran cansancio, me dormí sosegadamente. Por la mañana, díjome la señora de Forfolleda que la señorita rubia estaba mejor, que había pedido agua y té y pan, ofreciendo dinero abundante por cualquier servicio que se le prestara. Como manifestase deseos de entrar á saludarla, añadió la Forfolleda que no era conveniente, por estar la señorita arreglándose y componiéndose, á pesar de las heridas leves de su brazo.

Al salir á mis quehaceres, que fueron muchísimos y me ocuparon

(c) 2008 Ministerio de Cultura

casi todo el día, encontré á sir Tomás Parr, á quien encargué lo de la maleta.

Por la tarde, después del gran trabajo de aquel día que me hizo poner un tanto en olvido á la interesante dama, regresé á casa de Forfolleda, y ví á gran número de ingleses que entraban y salían, como diligentes amigos que iban á informarse de la salud de su compatriota. Entré á saludarla, y la pequeña estancia estaba llena de casacas rojas pertenecientes á otros tantos hombres rubios que hablaban con animación. La joven inglesa reía y bromeaba, y habíase puesto tan linda, sin cambiar de traje, que no parecía la misma persona demacrada, melancólica y nerviosa de la noche anterior. La contusión del brazo entorpecía algo sus graciosos movimientos.

Después que nos saludamos y cambié con aquellos señores algunos fríos cumplidos, uno de ellos invitó á la señorita á dar un paseo; otro ponderó la hermosura de la apacible tarde, y no hubo quien no dijese una palabra para decidirla á dejar la triste alcoba. Ella, sin embargo, afirmó que no saldría hasta la siguiente mañana, y con estos diálogos y otros en que la graciosa joven no hacía maldito caso de su libertador, vino la noche y con la noche luces dentro del cuarto y tras las luces un par de teteras que trajeron los asistentes de los ingleses. Entonces se alegraron todos los semblantes y empezó el trasiego con tanto ahinco que el que ménos se echó dentro un río de licor de la China, sin que ni un momento cesase la charla. Trajeron después botellas de vino de Jerez, que en un santiamén dejaron como cuerpos sin alma, porque toda ella pasó á fortificar las de aquellos claros varones; mas ninguno perdió su gravedad. Brindamos á la salud de Inglaterra, de España, y á eso de las nueve nos retiramos todos, despidiéndonos la hermosa ninfa con afabilidad, pero sin que ni con frase, ni gesto, ni mirada me distinguiese de los demás.

Me retiraba á mi escondite cuando sentí que la desconocida echaba el cerrojo. Aquella noche me mortificó como en la anterior un tenaz desvelo; mas ya estaba á punto de vencerlo, cuando hízome saltar en el lecho el chirrido del cerrojo con que aseguraba su cuarto la consabida. Miré hacia la puerta, pues desde mi alcoba-rincón se distinguía esta muy bien, y ví á la inglesa que salía, encaminándose á una galería ó solana que había al otro confin del pasillo y de la casa. Como había dejado abierta la puerta, la luz de su cuarto iluminaba la casa lo suficiente para ver cuanto pasaba en ella.

Llegó la inglesa á la destartalada galería y abriendo una ventana

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que daba al campo se asomó. Como estaba vestido, fácil me fué levantarme en un momento y dirigirme hacia ella con paso quedo para no asustarla. Cuando estuve cerca, volvió la cara y con gran sorpresa mía, no se inmutó al verme. Antes bien con imperturbable tranquilidad, me dijo:

—¿Andais rondando por aquí?... Hace en aquel cuarto un calor insoportable.

—Lo mismo sucede en el mío, señora—dije;—cuando la he visto á usted estaba pensando salir al campo á respirar el aire fresco de la noche.

—Eso mismo estaba pensando yo también... La noche está hermosa... ¿y pensais salir...?

—Sí, señora, pero si usted lo permite tendré el honor de acompañarla y juntos disfrutaremos de este suave ambiente, del grato aroma de esos pinares...

—No... salid, bajad, iré yo también,—dijo con viva resolución y mucha naturalidad.

—Entró rápidamente en su cuarto, de donde sacara una capa de forma extraña y echándosela sobre los hombros, me suplicó que cuidadosamente la embozara por no tener ella aún agilidad en su brazo herido; y una vez que la envolví bién, salimos ambos, sin tomar ella mi brazo, y como dos amigos que van á paseo. Por todas partes se oía rumor de soldados, y la claridad de la luna permitía ver todos los objetos y conocer á las personas.

—Súbitamente y sin contestar á no sé qué vulgar frase pronunciada por mí, la inglesa me dijo:

—Ya sé que sois noble, caballero. ¿Á qué familia perteneceis? ¿Á los Pachecos, á los Vargas, á los Enriquez, á los Acuñas, á los Toledos ó á los Dávilas?

—Á ninguna de esas, señora –le respondí ocultando con mi embozo la sonrisa que no pude contener,—sino á los Aracelis de Andalucía, que descienden, como usted no ignora, del mismo Hércules.

—¿De Hércules? No lo sabía ciertamente—repuso con naturalidad.—¿Hace mucho que estais en campaña?

—Desde que empezó, señora.

—Sois valiente y generoso, sin duda—dijo mirándome fijamente al rostro.—Bien se conoce en vuestro semblante que llevais en las venas la sangre de aquellos insignes caballeros que han sido asombro y envidia de Europa por espacio de muchos siglos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señora, usted me favorece demasiado.

—Decidme; ¿sabeis tirar las armas, domar un potro, derribar un toro, tañer la guitarra y componer versos?

—No puedo negar que un poco entiendo en alguna, sino en todas esas habilidades.

Después de pequeña pausa y deteniendo el paso, me preguntó bruscamente:

—¿Y estais enamorado?

Durante un rato no supe qué responder; tan extrañas me parecían aquellas palabras.

—¿Cómo no, siendo español, siendo joven y siendo militar?—contesté decidido á llevar la conversación á donde la fantasía de mi incógnita amiga quisiera llevarla.

—Veo que os sorprende mi modo de hablaros,—añadió ella.—Acostumbrado á no oir en boca de vuestras mojigatas paisanas sino medias palabras, vulgaridades, y frases de hipocresía, os sorprende esta libertad con que me expreso, estas extrañas preguntas que os dirijo... Quizás me juzgueis mal...

—Oh, no señora.

—Pero mi honor no depende de vuestros pensamientos. Seríais un necio si creyerais que esto es otra cosa que una curiosidad de inglesa, casi diré de artista y de viajera. Las costumbres y los caractéres de este país son dignos de profundo estudio.

—De modo que lo que quiere es estudiarme—dije entre diente.—Resignémonos á ser libro de texto.

—El hombre que ha dado muerte á lord Gray, que ha realizado esa gran obra de justicia, que ha sido brazo de Dios y vengador de la moral ultrajada, excita mi curiosidad de un modo pasmoso... Me han hablado de vos con admiración y contádome algunos hechos vuestros dignos de gran estima... Dispensad mi curiosidad, que escandalizaría á una española y que sin duda os escandaliza á vos... Habiendo matado á Gray por celos, claro que estabais enamorado.

Y vuestra dama (esto de *vuestra dama* me hizo reir de nuevo), ¿habita en algún castillo de estas cercanías ó en algún palacio de Andalucía? ¿Es noble como vos?...

Al oir esto comprendí que tenía que habérmelas con una imaginación exaltada y novelesca, y al punto apoderóse de mí cierto espíritu de socarronería. No me inclinaba á burlarme de la inglesa, que á pesar de su sentimentalismo fuera de ocasión no era ridícula; pero mi carácter

(c) 2008 Ministerio de Cultura

me inducía á seguir la broma, como si dijéramos, prestándome á los caprichos de aquella idealidad tan falsa como encantadora. Todos somos algo poetas, y es muy dulce embellecer la propia vida, y muy natural regocijarnos con este embellecimiento, áun sabiendo que la trasformación es obra nuestra. Así es que con cierta exaltación novelesca también, mas no con completa seriedad, contesté á la inglesa:

—Noble es, señora, y hermosísima y principal; pero ¿de qué me vale tener en ella un dechado de perfecciones, si un funesto destino la aleja constantemente de mí? ¿Qué pensará, usted, señora, si le digo que hace tiempo cierto maligno encantador la tiene trasfigurada en la persona de una vulgar comiquilla que recorre los pueblos formando parte de una compañía de histriones de la legua?

Esto era, sin duda, demasiado fuerte.

—Caballero—dijo la inglesa con estupor;—¿pués qué, todavía hay encantamentos en España?

—Encantamentos, precisamente no—dije tratando de abatir el vuelo; pero hay artes del Demonio, y sino artes del Demonio, malicias y ardides de hombres perversos.

—Veo que leeis libros de caballería.

—Pues ¿quién duda que son los más hermosos entre todos los que se han escrito? Ellos suspenden el ánimo, despiertan la sensibilidad, avivan el valor, infunden entusiasmo por las grandes acciones, engrandecen la gloria y achican el peligro en todos los momentos de la vida.

—¡Engrandecen la gloria y achican el peligro!—exclamó deteniéndose.—Si esto que habeis dicho es verdad, sois digno de haber nacido en otros tiempos... pero no he entendido bien eso de que vuestra dama está trasformada en una comiquilla...

—Así es, señora. Si pudiera contar á usted todo lo que ha precedido á esta trasformación, no dudo que usted me compadecería.

—¿Y dónde están la encantada y el encantador? Les doy estos nombres porque veo que creeis en encantamentos.

—Están en Salamanca.

—Como si estuvieran en el otro mundo. Salamanca está en poder de los franceses.

—Pero la tomaremos.

—Decís eso como si fuera lo más natural del mundo.

—Y lo es. No se ría usted de mi petulancia; pero si todo el ejército aliado desapareciera y me quedase solo...

—Iríais solo á la conquista de la ciudad, quereis decir.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Ah, señora!—exclamé con énfasis.—Un hombre que ama no sabe lo que dice. Veo que es un desatino.

—Un desatino relativo—repuso.—Pero ahora comprendo que os estais burlando de mí. Os habeis enamorado de una cómica y quereis hacerla pasar por gran señora.

—Cuando entremos en Salamanca podré convencer á usted de que no me burlo.

—No dudo que haya cómicos en el país, ni ménos cómicas guapas—dijo riendo.—Hace dos días pasó por delante de mí una compañía que me recordó el carro de las Córtes de la Muerte. Iban allí siete ú ocho histriones y en efecto, dijeron que iban á Salamanca.

—Llevaban dos ó tres carros. En uno de ellos iban dos mujeres, una de ellas hermosísima. Venían de Plasencia.

—Me parece que sí.

—Y en otro carro llevaban lienzos pintados.

—Los habeis visto; pero no sabeis lo que yo sé. Cuando pasaron delante de mí, sorprendiéndome por su extraño aspecto, que me recordaba una de las más graciosas aventuras del *Libro*, un vecino de Puerto de Baños me dijo: "Esos no son cómicos, sino pícaros masones que se "disfrazan así para pasar por entre los españoles, que les descuartizarían "si les conocieran.„

—No me dice usted nada que yo no sepa—contesté.—Señora, ¿ha oido usted decir á lord Wellington cuándo lanzará nuestros regimientos sobre Salamanca?

—Impaciente estais... Quiero saber otra cosa. ¿Amais á vuestra Dulcinea de una manera ideal y sublime, embelleciéndola con vuestro pensamiento aún más de lo que ella es en sí, atribuyéndole cuantas perfecciones pueden idearse y consagrándole todos los dulces trasportes de un corazón siempre inflamado?

—Así, así mismo, señora—dije con entusiasmo que no era enteramente falso, y deseando ver á donde iba á parar aquella misteriosa mujer, cuyo carácter comenzaba á penetrar.—Parece que lee usted en mi alma como en un libro.

Después que oyó esto, permaneció largo rato en silencio, y luego reanudó el diálogo con una brusca variación de ideas, que era la tercera en aquel extraño coloquio.

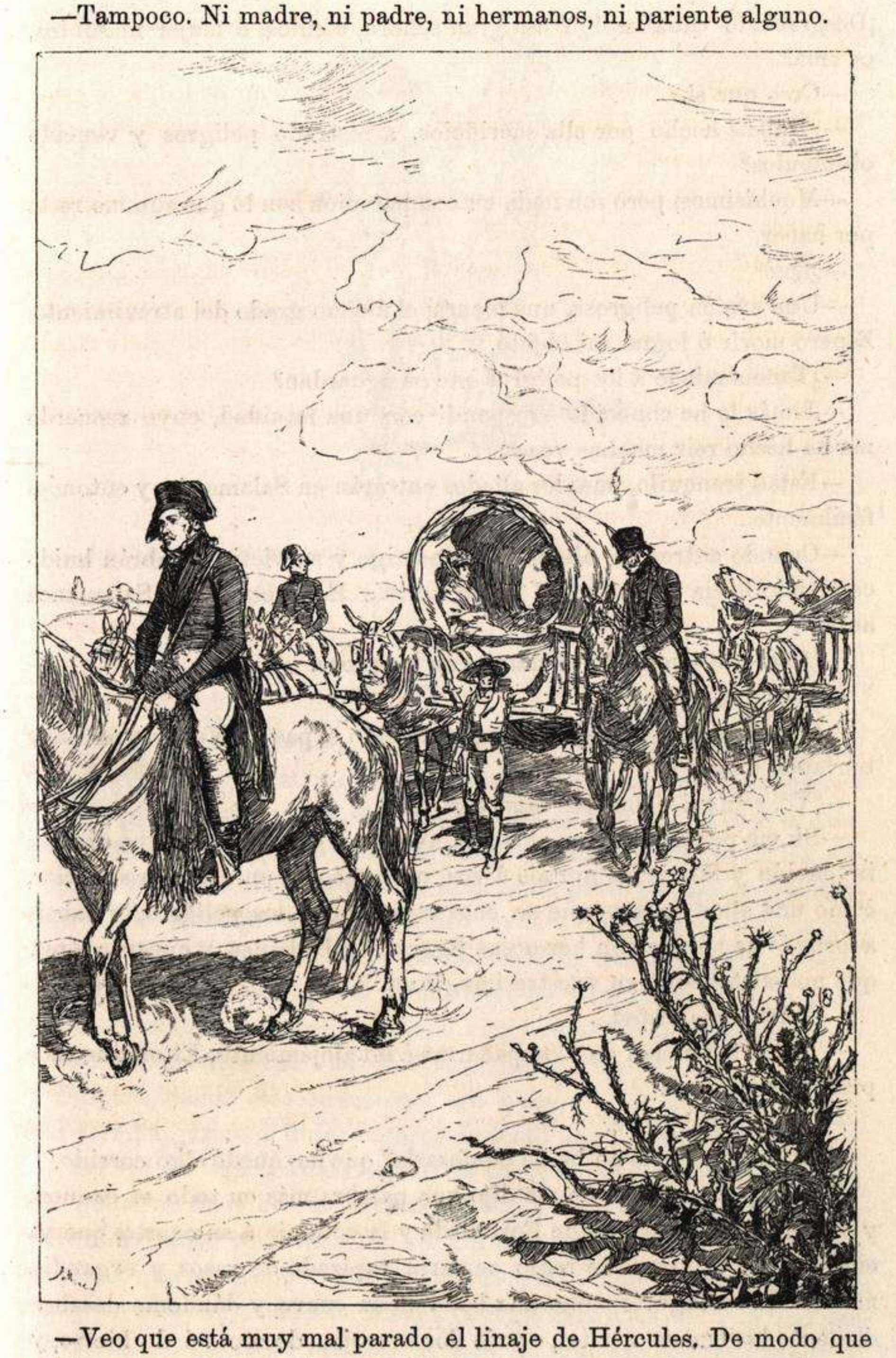
—Caballero, ¿teneis madre?—me dijo.

—No señora.

—¿Ni hermanas?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Tampoco. Ni madre, ni padre, ni hermanos, ni pariente alguno.



—Veo que está muy mal parado el linaje de Hércules. De modo que estais solo en el mundo,—añadió la dama con acento compasivo.—

(c) 2008 Ministerio de Cultura

¡Desgraciado caballero! ¿Y esa gran señora, cómica, ó mujer masónica, os ama?

—Creo que sí.

—¿Habeis hecho por ella sacrificios, arrostrado peligros y vencido obstáculos?

—Muchísimos; pero son nada en comparación con lo que aún me resta por hacer.

—¿Qué?

—Una acción peligrosa, una locura; el último grado del atrevimiento. Espero morir ó lograr mi objeto.

—¿Teneis miedo á los peligros que os aguardan?

—Jamás lo he conocido—respondí con una fatuidad, cuyo recuerdo me ha hecho reir muchas veces.

—Estad tranquilo, pues los aliados entrarán en Salamanca, y entonces fácilmente...

—Cuando entren los aliados, mi enemigo y su víctima habrán huido corriendo hacia Francia. Él no es tonto... Es preciso ir á Salamanca antes...

—¡Antes de tomarla!—exclamó con asombro.

—¿Por qué no?

—Caballero—dijo súbitamente deteniendo el paso.—Veo que os estais burlando de mí.

—¡Yo, señora!—contesté algo turbado.

—Sí; me poneis ante los ojos una aventura caballeresca; que es pura invención y fábula; os pintais á vos mismo como un carácter superior, como una alma de esas que se engrandecen con los peligros, y habeis adornado la afición con hermosas figuras de Dulcinea y encantadores, que no existen sino en vuestra imaginación.

—Señora mía, usted...

—Tened la bondad de acompañarme á mi alojamiento. El olor de esos pinares me marea.

—Como usted guste.

Confieso ¿por qué no he de confesarlo? que me quedé algo corrido.

La elegante inglesa no me dijo una palabra más en todo el camino, y cuando subimos á casa de Forfolleda y la conduje á su cuarto, que ya empezaba á figurárseme regio camarín tapizado de rasos y organdís, metióse en su tugurio como una hada en su cueva, y dándome desabridamente las buenas noches, corrió los cerrojos de oro... ó de hierro, y me quedé solo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Gabriel.

IX

Acomodándome en mi lecho, hablé conmigo de esta manera:

—¿La tal inglesa será una de esas mujeres de equívoca honradez que suelen seguir á los ejércitos? Las hay de diferentes especies; pero en realidad, jamás ví en pos de los soldados de la patria ninguna tan hermosa ni de porte tan noble y aristocrático. He oído que tras el ejército francés van pájaros de diverso plumaje. ¡Bah!... ¿pues no dicen que Massena ha tenido tan mala suerte en Portugal por la corrupción de sus oficiales y soldados, y áun por sus propios descuidos con ciertas amazonas muy emperifolladas que andaban en los campamentos tan á sus anchas como en Paris?...

Después, dando otra dirección á mis ideas, dije á punto que empezaba á embargarme el dulce entorpecimiento que precede al sueño:

—Tal vez me equivoque. Después de haber conocido á lord Gray, no debo poner en duda que las extravagancias y rarezas de la gente inglesa carecen de límite conocido. Tal vez mi compañera de alojamiento sea tan cabal, que la misma virginidad parezca á su lado una moza de partido, y yo estoy injuriándola. Mañana preguntaré á los oficiales ingleses que conozco... Como no sea una de esas naturalezas impresionables y acaloradas que nacen al acaso en el Norte, y que buscan como las golon-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

drinas los climas templados, bajan llenas de ansiedad al Mediodía, pidiendo luz, sol, pasiones, poesía, alimento del corazón y de la fantasía, que no siempre encuentran ó encuentran á medias, y van con febril deseo tras de la originalidad, tras las costumbres raras y adoran los caracteres apasionados, aunque sean casi salvajes, la vida aventurera, la galantería caballeresca, las ruinas, las leyendas, la música popular y hasta las groserías de la plebe siempre que sean graciosas.

Diciendo ó pensando así y enlazando con estos otros pensamientos que más hondamente me preocupaban, caí en profundísimo sueño reparador. Levantéme muy temprano á la mañana siguiente, y sin acordarme para nada de la hermosa inglesa, cual si la noche limpiara todas las telas de araña fabricadas y tendidas el día anterior dentro de mi cerebro, salí de mi alojamiento.

—Marchamos hacia San Muñoz—me dijo Figueroa, oficial portugués amigo mío que servía con el general Picton.

—¿Y el *lord?*

—Va á partir no sé á dónde. La división de Graham está sobre Tamames. Nosotros vamos á formar el ala izquierda con la división de don Carlos España y la partida de D. Julián Sanchez.

Cuando nos dirigíamos juntos al alojamiento del general, pedíle informes de la dama inglesa cuya figura y extraños modos he dado á conocer, y me contestó:

—Es miss Fly, ó lo que es lo mismo, miss Mosquita, Mariposa, Pajarita ó cosa así. Su nombre es Athenais. Tiene por padre á lord Fly, uno de los señores más principales de la Gran Bretaña. Nos ha seguido desde la Albuera, pintando iglesias, castillos y ruinas en cierto librote que trae consigo, y escribiendo todo lo que pasa. El *lord* y los demás generales ingleses la consideran mucho, y si quieres saber lo que es bueno, atrévete á faltar al respeto á la señorita Fly, que en inglés se dice *Flái*, pues ya sabes que en esa lengua se escriben las palabras de una manera y se pronuncian de otra, lo cual es un encanto para el que quiere aprenderla.

Acto contínuo referí á mi amigo las escenas de la noche anterior y el paseo que en la soledad de la noche dimos miss Fly y yo por aquellos contornos, lo que oído por Figueroa, causó á éste muchísima sorpresa.

—Es la primera vez—dijo—que la rubita tiene tales familiaridades con un oficial español ó portugués, pues hasta ahora á todos les miró con altanería...

—Yo la tuve por persona de costumbres un tanto libres.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Así parece, porque anda sola, monta á caballo, entra y sale por medio del ejército, habla con todos, visita las posiciones de vanguardia antes de una batalla y los hospitales de sangre después... Á veces se aleja del ejército para recorrer sola los pueblos inmediatos, mayormente si hay en éstos abadías, catedrales ó castillos, y en sus ratos de ocio no hace más que leer romances.

Hablando de este y de otros asuntos empleamos la mañana, y cerca del medio día fuimos al alojamiento de Carlos España, el cual no estaba allí.

—España—nos dijo el guerrillero Sanchez—está en el alojamiento del cuartel general.

—¿No marcha lord Wellington?

—Parece que se queda aquí, y nosotros salimos para San Muñoz dentro de una hora.

—Vamos al alojamiento del duque—dijo Figueroa;—allí sabremos noticias ciertas.

Estaba lord Wellington en la Casa-Ayuntamiento, la única capaz y decorosa para tan insigne persona. Llenaban la plazoleta, el soportal, el vestíbulo y la escalera multitud de oficiales de todas las graduaciones, españoles, ingleses y lusitanos que entraban y salían, formaban corrillos, disputando y bromeando unos con otros en amistosa intimidad, cual si todos perteneciesen á una misma familia. Subimos Figueroa y yo, y después de aguardar más de hora y media en la antesala, salió España y nos dijo:

—El general en jefe pregunta si hay un oficial español que se atreva á entrar disfrazado en Salamanca para examinar los fuertes y las obras provisionales que ha hecho el enemigo en la muralla, ver la artillería y enterarse de si es grande ó pequeña la guarnición, y abundantes ó escasas las provisiones.

—Yo voy—repuse resueltamente, antes que el general concluyese.

—Tú—dijo España con la desdeñosa familiaridad que usaba hablando con sus oficiales,—¿tú te atreves á emprender viaje tan arriesgado? Ten presente que es preciso ir y volver.

—Lo supongo.

—Es preciso atravesar las líneas enemigas, pues los franceses ocupan todas las aldeas del lado acá del Tormes.

—Se entra por donde se puede, mi general.

—Luego has de atravesar la muralla, los fuertes, has de penetrar en la ciudad, visitar los acantonamientos, sacar planos...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Todo eso es para mí un juego, mi general. Entrar, salir, ver... una diversión. Hágame vuecencia la merced de presentarme al señor Duque, diciéndole que estoy á sus órdenes para lo que desea.

—Tú eres un atolondrado, y no sirves para el caso—repuso D. Carlos. —Buscaremos otro. No sabes una palabra de geometría ni de fortificación.

—Eso lo veremos—contesté sofocado.

—Y es preciso, es preciso ir—añadió mi jefe.—Aún no ha formado el lord su plan de batalla. No sabe si asaltará á Salamanca ó la bloqueará; no sabe si pasará el Tormes para perseguir á Marmont, dejando atrás á Salamanca, ó si... ¿Dices que te atreves tú?...

—¿Pues no me he de atrever? Me vestiré de charro, entraré en Salamanca vendiendo hortalizas ó carbón. Veré los fuertes, la guarnición, las vituallas, sacaré un croquis y me volveré al campamento... Mi general—añadí con calor,—ó me presenta vuecencia al Duque ó me presento yo solo.

—Vamos, vamos al momento—dijo España, entrando conmigo en la sala.

Junto á una gran mesa colocada en el centro, estaba el duque de Ciudad-Rodrigo con otros tres generales examinando una carta del país, y tan profundamente atendían á las rayas, puntos y letras con que el geógrafo designara los accidentes del terreno, que no alzaron la cabeza para mirarnos. Hízome seña D. Carlos España de que debíamos esperar, y en tanto dirigí la vista á distintos puntos de la sala para examinar, siguiendo mi costumbre, el sitio en que me encontraba. Otros oficiales hablaban en voz baja retirados del centro, y entre ellos ¡oh sorpresa! ví á miss Fly, que sostenía conversación animada con un coronel de artillería llamado Simpson.

Por fin, lord Wellington levantó los ojos del mapa y nos miró. Hice una amabilísima reverencia; entonces el inglés me miró más, observándome de piés á cabeza. También yo le observé á él á mis anchas, gozoso de tener á mi vista á una persona tan amada entonces por todos los españoles, y que tanta admiración me inspiraba á mí. Era Wellesley bastante alto, de cabellos rubios y rostro encendido, aunque no por las causas á que el vulgo atribuye las inflamaciones epidérmicas de la gente inglesa. Ya se sabe que es proverbial en Inglaterra la afirmación de que el único grande hombre que no ha perdido jamás su dignidad después de los postres, es el vencedor de Tipoo Sayd y de Bonaparte.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Lord Wellington.

X

REPRESENTABA Wellington cuarenta y cinco años, y esta era su edad, la misma exactamente que Napoleón, pues ambos nacieron en 1769, el uno en Mayo y el otro en Agosto. El sol de la India y el de España habían alterado la blancura de su color sajón. Era la nariz, como antes he dicho, larga y un poco bermellonada; la frente, resguardada de los rayos del sol por el sombrero, conservaba su blancura y era hermosa y serena como la de una estatua griega, revelando un pensamiento sin agitación y sin fiebre, una imaginación encadenada y gran facultad de ponderación y cálculo. Adornaba su cabeza un mechón de pelo ó tupé que no usaban ciertamente las estatuas griegas, pero que no caía mal, siviendo de vértice á una mollera inglesa. Los grandes ojos azules del general miraban con frialdad, posándose vagamente sobre el objeto observado, y observaban sin aparente interés. Era la voz sonora, acompasada, medida, sin cambiar de tono, sin exacerbaciones ni acentos duros, y el conjunto de su modo de expresarse, reunidos el gesto, la voz y los ojos, producía grata impresión de respeto y cariño.

Su excelencia me miró, como he dicho, y entonces D. Carlos España dijo:

—Mi general, este joven desea desempeñar la comisión de que vue-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cencia me ha hablado hace poco. Yo respondo de su valor y de su lealtad; pero he intentado disuadirle de su empeño, porque no posee conocimientos facultativos.

Aquello me avergonzó, mayormente porque estaba delante de miss Fly, y porque, en efecto, yo no había estado en ninguna academia.

—Para esta comisión—dijo Wellington en castellano bastante correcto,—se necesitan ciertos conocimientos...

Y fijó los ojos en el mapa. Yo miré á España y España me miró á mí. Pero la vergüenza no me impidió tomar una resolución, y sin encomendarme á Dios ni al diablo, dije:

—Mi general. Es cierto que no he estado en ninguna academia; pero una larga práctica de la guerra en batallas y sobre todo en sitios, me ha dado tal vez los conocimientos que vuecencia exige para esta comisión. Sé levantar un plano.

El duque de Ciudad-Rodrigo, alzando de nuevo los ojos, hablo así:

—En mi cuartel general hay multitud de oficiales facultativos; pero ningún inglés podría entrar en Salamanca, porque sería al instante descubierto por su rostro y por su lenguaje. Es preciso que vaya un español.

—Mi general—dijo con fatuidad España,—en mi división no faltan oficiales facultativos. He traido á este, porque se empeñó en hacer alarde de su arrojo delante de vuecencia.

Miré con indignación á D. Cárlos, y luego exclamé con la mayor vehemencia:

—Mi general, aunque en esta empresa existan todos los peligros, todas las dificultades imaginables, yo entraré en Salamanca y volveré con las noticias que vuecencia desea.

Tranquila y sosegadamente lord Wellington me preguntó:

—Señor oficial, ¿dónde empezó usted su vida militar?

—En Trafalgar—contesté.

Cuando esta histórica y grandiosa palabra resonó en la sala en medio del general silencio, todas las cabezas de las personas allí presentes se movieron como si perteneciesen á un solo cuerpo, y todos los ojos fijáronse en mí con vivísimo interés.

—¿Entonces ha sido usted marino?—interrogó el duque.

—Asistí al combate teniendo catorce años de edad. Yo era amigo de un oficial que iba en el *Trinidad*. La pérdida de la tripulación me obligó á tomar parte en la batalla.

—¿Y cuándo empezó usted á servir en la campaña contra los franceses?

—El 2 de Mayo de 1808, mi general. Los franceses me fusilaron en la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Moncloa. Salvéme milagrosamente; pero en mi cuerpo han quedado escritos los horrores de aquel día.

—¿Y desde entonces se alistó usted?

—Alistéme en los regimientos de voluntarios de Andalucía, y estuve en la batalla de Bailén.

—¡También en la batalla de Bailén!—dijo Wellington con asombro.

—Sí, mi general, el 19 de Julio de 1808. ¿Quiere vuecencia ver mi hoja de servicios que comienza en dicha fecha?

—No, me basta—repuso Wellington.

—¿Y después?

—Volví á Madrid, y tomé parte en la jornada del 3 de Diciembre. Caí prisionero y me llevaban á Francia.

—¿Le llevaron á usted á Francia?

—No, mi general, porque me escapé en Lerma, y fuí á parar á Zaragoza en tan buena ocasión, que alcancé el segundo sitio de aquella inmortal ciudad.

D. Carlos España.

—¿Todo el sitio?—dijo Wellington con creciente interés hacia mi persona.

—Todo, desde el 19 de Diciembre hasta el 12 de Febrero de 1809. Puedo dar á vuecencia noticia circunstanciada de todas las peripecias de aquel grande hecho de armas, gloria y orgullo de cuantos nos encontramos en él.

—¿Y á qué ejército pasó usted luego?

—Al del Centro, y serví bastante tiempo á las órdenes del duque del Parque. Estuve en la batalla de Tamames y en Extremadura.

—¿No se encontró usted en nuevo asedio?

—En el de Cádiz, mi general. Defendí durante tres días el castillo de San Lorenzo de Puntales.

—¿Y luego formó usted parte de la expedición del general Blake á Valencia?

—Sí, mi general; pero me destinaron al segundo cuerpo que mandaba O'Donnell, y durante cuatro meses, serví á las órdenes del Empecinado en esa singular guerra de partidas en que tanto se aprende.

—¿También ha sido usted guerrillero?—dijo Wellington sonriendo.—Veo que ha ganado usted bien sus grados. Irá usted á Salamanca, si así lo desea.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señor, lo deseo ardientemente.

Todos los presentes seguían observándome, y miss Fly con más atención que ninguno.

—Bien—añadió el héroe de Talavera, fijándo alternativamente la vista en mí y en el mapa.—Tiene usted que hacer lo siguiente: Se dirigirá usted hoy mismo disfrazado á Salamanca, dando un rodeo para entrar por Cabrerizos. Forzosamente ha de pasar usted por entre las tropas de Marmont que vigilan los caminos de Ledesma y Toro. Hay muchas probabilidades de que sea usted arcabuceado por espía; pero Dios proteje á los valientes, y quizás... quizás logre usted penetrar en la plaza. Una vez dentro sacará usted un cróquis de las fortificaciones, examinando con la mayor atención los conventos que han sido convertidos en fuertes, los edificios que han sido demolidos, la artillería que defiende los aproches de la ciudad, el estado de la muralla, las obras de tierra y fagina, todo absolutamente, sin olvidar las provisiones que tiene el enemigo en los almacenes.

—Mi general—repuse,—comprendo bien lo que se desea, y espero contentar á vuecencia. ¿Cuándo debo partir?

—Ahora mismo. Estamos á doce leguas de Salamanca. Con la marcha que emprenderemos hoy, espero que pernoctemos en Castro-verde, cerca ya de Valmuza. Pero adelántese usted á caballo y pasado mañana martes podrá entrar en la ciudad. En todo el martes ha de desempeñar por completo esta comisión, saliendo el miércoles por la mañana para venir al cuartel general, que en dicho día estará seguramente en Bernuy, pues le aguardo á usted el miércoles á las doce en punto de la mañana. No acostumbro esperar.

—Corriente, mi general. El miércoles á las doce estaré en Bernuy de vuelta de mi expedición.

—Tome usted precauciones. Diríjase usted á la calzada de Ledesma, pero cuidando de marchar siempre fuera del arrecife. Disfrácese usted bien, pues los franceses dejan entrar á los aldeanos que llevan víveres á la plaza; y al levantar el cróquis evite en lo posible las miradas de la gente. Lleve usted armas, ocultándolas bien: no provoque á los enemigos; fínjase amigo de ellos, en una palabra, ponga usted en juego su ingenio, su valor, y todo el conocimiento de los hombres y de la guerra que ha adquirido en tantos años de activa vida militar. El *Mayor* general del ejército entregará á usted la suma que necesite para la expedición.

—Mi general—dije—¿tiene vuecencia algo más que mandarme?

—Nada más—repuso sonriendo con benevolencia—sino que adoro la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

puntualidad y considero como orígen del éxito en la guerra la exacta apreciación y distribución del tiempo.

—Eso quiere decir que si no estoy de vuelta el miércoles á las doce, desagradaré á vuecencia.

—Y mucho. En el tiempo marcado puede hacerse lo que encargo. Dos horas para sacar el cróquis, dos para visitar los fuertes, ofreciendo en venta á los soldados algún artículo que necesiten, cuatro para recorrer toda la población y sacar nota de los edificios demolidos, dos para vencer obstáculos imprevistos, media para descansar. Son diez horas y media del martes por el día. La primera mitad de la noche para estudiar el espíritu de la ciudad, lo que piensan de esta campaña la guarnición y el vecindario, una hora para dormir y lo restante para salir y ponerse fuera del alcance y de la vista del enemigo. No deteniéndose en ninguna parte puede usted presentárseme en Bernuy á la hora convenida.

—Á la orden de mi general—dije disponiéndome á salir.

Lord Wellington, el hombre más grande de la Gran Bretaña, el rival de Bonaparte, la esperanza de Europa, el vencedor de Talavera, de la Albuera, de Arroyo Molinos y de Ciudad-Rodrigo, levantóse de su asiento, y con una grave cortesanía y cordialidad, que inundó mi alma de orgullo y alegría, dióme la mano, que estreché con gratitud entre las mías.

Salí á disponer mi viaje.

Hallábame una hora después en una casa de labradores ajustando el precio del vestido que había de ponerme, cuando sentí en el hombro un golpecito producido al parecer por un látigo que movían manos delicadas. Volvíme y miss Fly, pues no era otra la que me azotaba, dijo:

—Caballero, hace una hora que os busco.

—Señora, los preparativos de mi viaje me han impedido ir á ponerme á las órdenes de usted.

Miss Fly no oyó mis últimas palabras, porque toda su atención estaba fija en una aldeana que teníamos delante, la cual, por su parte, amamantando un tierno chiquillo, no quitaba los ojos de la inglesa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señora—dijo ésta,—¿me podreis proporcionar un vestido como el que tenis puesto?

La aldeana no entendía el castellano corrompido de la inglesa, y mirábala absorta sin contestarle.

—Señorita Fly—dije,—¿va usted á vestirse de aldeana?

—Sí—me respondió sonriendo con malicia.—Quiero ir con vos.

—¡Conmigo!—exclamé con la mayor sorpresa.

—Con vos, sí; quiero ir disfrazada con vos á Salamanca—añadió tranquilamente, sacando de su bolsillo algunas monedas para que la aldeana la entendiese mejor.

—Señora, no puedo creer sino que usted se ha vuelto loca—dije.—¿Ir conmigo á Salamanca, ir conmigo en esta expedición arriesgada y de la cual ignoro si saldré con vida?

—¿Y qué? ¿No puedo ir porque hay peligro? Caballero, ¿en qué os fundais para creer que yo conozco el miedo?

—Es imposible, señora, es imposible que usted me acompañe—afirmé con resolución.

—Ciertamente no os creía grosero. Sois de los que rechazan todo aquello que sale de los límites ordinarios de la vida. ¿No comprendeis que una mujer tenga arrojo suficiente para afrontar el peligro, para prestar servicios difíciles á una causa santa?

—Al contrario, señora, comprendo que una mujer como usted es capaz de eminentes acciones, y en este momento miss Fly me inspira la más sincera admiración; pero la comisión que llevo á Salamanca es muy delicada, exige que nadie vaya al lado mío, y menos una señora que no puede disfrazarse, ocultando su lengua extranjera y noble porte.

—¿Que no puedo disfrazarme?

—Bueno, señora—dije sin poder contener la risa.—Principie usted por dejar su guardapiés de amazona, y póngase el manteo, es decir, una larga pieza de tela que se arrolla en el cuerpo, como la faja que ponen á los niños.

Miss Fly miraba con estupor el extraño y pintoresco vestido de la aldeana.

—Luego—añadí—desciña usted esas hermosas trenzas de oro, construyéndose en lo alto un moño del cual penderán cintas, y en las sienes dos rizos de rueda de carro con orquillas de plata. Cíñase usted después la jubona de terciopelo, y cubra en seguida sus hermosos hombros con la prenda más graciosa y difícil de llevar, cual es el dengue ó rebocillo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Athenais se ponía de mal humor, y contemplaba las singulares prendas que la charra iba sacando de un arcón.

—Y después de calzarse los zapatitos sobre media de seda calada, y ceñirse el picote negro bordado de lentejuelas, ponga usted la última piedra á tan bello edificio, con la mantilla de rocador prendida en los hombros.

La señorita Mariposa me miró con indignación comprendiendo la imposibilidad de disfrazarse de aldeana.

—Bien—afirmó mirándome con desdén.—Iré sin difrazarme. En realidad no lo necesito, porque conozco al coronel Desmarets, que me dejará entrar. Le salvé la vida en la Albuera... Y no creais, mi conocimiento con el coronel Desmarets puede seros útil...

—Señora—le dije poniéndome serio,—el honor que recibo y el placer que experimento al verme acompañado por usted son tan grandes, que no sé cómo expresarlos. Pero no voy á una fiesta, señora, voy al peligro. Además, si éste no asusta á una persona como usted ¿nada significa el menoscabo que pueda recibir la opinión de una dama ilustre que viaja con hombre desconocido por vericuetos y andurriales?

—Menguada idea teneis del honor, caballero—exclamó con nobleza y altanería.—Ó vuestros hechos son mentira, ó vuestros pensamientos están muy por debajo de ellos. Por Dios, no os arrastreis al nivel de la muchedumbre, porque conseguireis que os aborrezca. Iré con vos á Salamanca.

Y tomando el partido de no contestar á mis razonables observaciones, se dirigió al cuartel general, mientras yo tomaba el camino de mi alojamiento para trocarme de oficial del ejército en el más rústico charro que ha aparecido en campos salmantinos. Con mi calzón estrecho de paño pardo, mis medias negras y zapatos de vaca, con mi chaleco cuadrado, mi jubón de aldetas en la cintura y cuchillada en la sangría, y el sombrero de alas anchas y cintas colgantes que encajé en mi cabeza, estaba que ni pintado. Completaron mi equipo por el momento una cartera que cosí dentro del jubón con lo necesario para trazar algunas líneas, y el alma de la expedición, ó sea el dinero que puse en la bolsa interna del cinto.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XI

A está mi Sr. de Araceli en campaña me dije.—El miércoles á las doce de vuelta en Bernuy... ¡En buena me he metido!... Si la inglesa da en el hito de acompañarme, soy hombre perdido... Pero me opondré con toda energía, y como no entre en razón, denunciaré al general en jefe el capricho de su audaz paisana para que acorte los vuelos de esta sílfide andariega y voluntariosa.

No era tanta mi inmodestia que supusiese á Athenais movida exclusivamente de un antojo y afición á mi persona; pero aún creyéndome indigno de la solícita persecución de la hermosa dama, resolví poner en práctica un medio eficaz para librarme de aquel enojoso, aunque adorable y tentador estorbo, y fué que bonitamente y sin decir nada á nadie, como D. Quijote en su primera salida, eché á correr fuera de Santi Spíritus y delante de la vanguardia del ejército, que en aquel momento comenzaba á salir para San Muñoz.

Pero juzgad, ¡oh señores míos! ¡cuál sería mi sorpresa cuando á poco de haber salido espoleando mi cabalgadura, que en el andar allá se iba con Rocinante, sentí detrás un chirrido de ásperas ruedas y un galope de rocín y un crugir de látigo y unas voces extrañas de las que en todos los idiomas se emplean para animar á un bruto perezoso! Juzgad de mi sorpresa cuando me volví y ví á la misma miss Fly dentro de un cochecillo indescriptible, no menos destartalado y viejo que aquel de la célebre catástrofe, guiando ella misma y acompañada de un rapazuelo de Santi Spíritus.

Al llegar junto á mí, la inglesa profería exclamaciones de triunfo. Su rostro estaba enardecido y risueño, como el de quien ha ganado un premio en la carrera, sus ojos despedían la viva luz de un gozo sin límites; algunas mechas de sus cabellos de oro flotaban al viento, dándole el fantástico aspecto de no sé qué deidad voladora de esas que corren por los frisos de la arquitectura clásica, y su mano agitaba el látigo con tanta gallardía como un centáuro su dardo mortífero. Si me fuera lícito

(c) 2008 Ministerio de Cultura

emplear las palabras que no entiendo bien aplicadas á la figura humana, pero que son de uso comun en las descripciones, diría que estaba *ra liante.*

—Os he alcanzado—dijo con acento verdaderamente triunfal.—Si *mistress* Mitchell no me hubiera prestado su carricoche, habría venido sobre una cureña, Sr. Araceli.

Y como nuevamente le expusiera yo los inconvenientes de su determinación, me dijo:

—¡Qué placer tan grande experimento! Esta es la vida para mí; libertad, independencia, iniciativa, arrojo. Iremos á Salamanca... Sospecho que allí tendreis algo que hacer además de la comisión de lord Wellington... Pero no me importan vuestros asuntos. Caballero, sabed que os desprecio.

—¿Y qué he hecho para merecerlo?—dije poniendo mi cabalgadura al paso del caballo de tiro y aflojando la marcha, lo cual ambas bestias agradecieron mucho.

—¿Qué? Llamar locura á este designio mío. No tienen otra palabra para expresar nuestra inclinación á las impresiones desconocidas, á los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

grandes objetos que entrevé el alma sin poderlos precisar, á las caprichosas formas con que nos seduce el acaso, á las dulces emociones producidas por el peligro previsto y el éxito deseado.

—Comprendo toda la grandeza del varonil espíritu de usted; pero ¿qué puede encontrar en Salamanca digno del empleo de tan insignes facultades? Voy como espía, y el espionaje no tiene nada de sublime.

—¿Querreis hacerme creer—dijo con malicia—que vais á Salamanca á la comisión de lord Wellington?

—Seguramente.

—Un servicio á la patria no se solicita con tanto afán. Recordad lo que me díjisteis acerca de la persona á quien amais, la cual está presa, encantada ó endemoniada (así lo habeis dicho) en la ciudad á donde vamos.

Una risa franca vino á mis labios, mas la contuve diciendo:

—Es verdad; pero quizás no tenga tiempo para ocuparme de mis propios asuntos.

—Al contrario—dijo con gracia suma.—No os ocupareis de otra cosa. ¿Se podrá saber, caballero Araceli, quién es cierta condesa que os escribe desde Madrid?

—¿Cómo sabe usted...?—pregunté con asombro.

—Porque poco antes de salir yo de casa de Forfolleda, llegó un oficial con una carta que había recibido para vos. La miré por fuera, y ví unas armas con corona. Vuestro asistente dijo: "Ya tenemos otra cartita de mi señora la condesa.„

—¡Y yo salí sin recoger esa carta!—exclamé contrariado. —Vuelvo al instante á Santi Spíritus.

Pero miss Fly me detuvo con un gesto encantador, diciendo con gracejo sin igual:

—No seais impetuoso, joven soldado; tomad la carta.

Y me la dió, y al punto la abrí y la leí. En ella me decía simplemente, á más de algunas cosas dulces y lisongeras para mí, que por Marchena acababa de saber que nuestro enemigo se disponía á salir de Plasencia para Salamanca.

—Parece que os dan alguna noticia importante, según lo mucho que reflexionais sobre ella—me dijo Athenais.

—No me dice nada que yo no sepa. La infeliz madre, agobiada por el dolor y la impaciencia, me apremia sin cesar para que le devuelva el bien que le han quitado.

—Esa carta es de la mamá de la encantada—dijo la señorita Mariposa

(c) 2008 Ministerio de Cultura

con incredulidad.—Forjais historias muy lindas, caballero; pero que no engañarán á personas discretas como yo.

Recorrí la carta con la vista, y seguro de que no contenía cosa alguna que á los extraños debiera ocultarse, pues la misma condesa había hecho público el secreto de su desgraciada maternidad, la dí á miss Fly para que la leyese. Ella, con intensa curiosidad, la leyó en un momento, y repetidas veces alzó los ojos del papel para clavarlos en mí, acompañando su mirada de expresivas exclamaciones y preguntas.

—Yo conozco esta firma—dijo primero.—La condesa de ***. La ví y la traté en el puerto de Santa María.

—En Enero del año 10, señora.

—Justamente... Y dice que sois su angel tutelar, que espera de vos su felicidad... que os deberá la vida... que cambiaría todos los timbres de su casa por vuestro valor, por la nobleza de vuestro corazón y la rectitud de vuestros altos sentimientos.

—¿Eso dice?... pasé la vista sin fijarme más que en lo esencial.

—Y también que tiene completa confianza en vos, porque os cree capaz de salir bien en la gran empresa que traeis entre manos... Que Inés (¿con que se llama Inés?), á pesar de lo mucho que vale por su hermosura y por sus prendas, le parece poco galardón para vuestra constancia...

Miss Fly me devolvió la carta. Estaba inflamada por una dulce confusión, casi diré por arrebatador entusiasmo, y su brillante fantasía, despertándose de súbito con briosa fuerza, agrandaba sin duda hasta límites fabulosos la aventura que delante tenía.

—¡Caballero!—exclamó sin ocultar el espansivo y grandioso arrobamiento de su alma poética—esto es hermosísimo, tan hermoso que no parece real. Lo que yo sospechaba y acaba de revelárseme por completo tiene tanta belleza como las mentiras de los romances y las novelas. De modo que vos al ir á Salamanca vais á intentar...

—Lo imposible.

—Decid mejor dos imposibles--afirmó Athenais con exaltado acento—porque la comisión de Wellington... ¡Qué sublime paso, qué incomparable atrevimiento, Sr. Araceli! El coronel Simpson decía hace poco que hay noventa y nueve probabilidades contra una de que sereis fusilado.

—Dios me protegerá, señora.

—Seguramente. Si no hubieran existido en el mundo hombres como vos, no habría historia ó sería muy fastidiosa. Dios os protegerá. Haceis muy bien... apruebo vuestra conducta. Os ayudaré.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Pero todavía insiste usted?

—¡Extraño suceso!—dijo sin hacer caso de mi pregunta—¡y cómo me seduce y cautiva! En España, sólo en España podría encontrarse esto que enciende el corazón, despierta la fantasía y da á la vida el aliciente de vivas pasiones que necesita. Una joven robada, un caballero leal que, despreciando toda clase de peligros, va en su busca y penetra con ánimo fuerte en una plaza enemiga, y aspira sólo con el valor de su corazón y los ardides de su ingenio á arrancar el objeto amado de las bárbaras manos que la aprisionan... ¡Oh, qué aventura tan hermosa! ¡Qué romance tan lindo!

—¿Gustan á usted, señora, las aventuras y los romances?

—¿Que si me gustan? ¡Me encantan, me enamoran, me cautivan más que ninguna lectura de cuantas han inventado los ingenios de la tierra! —repuso con entusiasmo.—¡Los romances! ¿Hay nada más hermoso, ni que con elocuencia más dulce y majestuosa hable á nuestra alma? Los he leido y los conozco todos, los moriscos, los históricos, los caballerescos, los amorosos, los devotos, los vulgares, los de cautivos y forzados y los satíricos. Los leo con pasión, he traducido muchos al inglés en verso ó prosa.

—¡Oh señora mía é insigne maestra!—dije, afirmando para mí que la enfermedad moral de miss Fly era una monomanía literaria.—¡Cuánto deben á usted las letras españolas!

—Los leo con pasión—añadió sin hacerme caso—pero ¡ay! los busco ansiosamente en la vida real y no puedo, no puedo encontrarlos.

—Justo, porque esos tiempos pasaron, y ya no hay Lindarajas, ni Tarfes, ni Bravoneles, ni Melisendras—afirmé, reconociendo que me había equivocado en mi juicio anterior respecto á la enfermedad de la Pajarita.—¿Pero de veras se ha empeñado usted en encontrar en la vida real los romances? por ejemplo, aquellas moritas vestidas de verde que se asomaban á las rejas de plata para despedir á sus galanes cuando iban á la guerra; aquellos mancebos que salían al redondel con listón amarillo ó morado; aquellos barbudos reyes de Jaen ó Antequera que...

—Caballero—dijo con gravedad interrumpiéndome—¿habeis leido los romances de Bernardo del Carpio?

—Señora—respondí turbado—confieso mi ignorancia. No los conozco. Me parece que los he oido pregonar á los ciegos; pero nunca los compré. He descuidado mucho mi instrucción, miss Fly.

—Pues yo los sé todos de memoria, desde

(c) 2008 Ministerio de Cultura

En los reinos de León
el quinto Alfonso reinaba;
hermosa hermana tenía,
doña Jimena se llama,

hasta la muerte del héroe, donde hay aquello de

Al pié de un túmulo negro
está Bernardo del Carpio.

Incomparable poesía! Después de la *Iliada* no se ha compuesto nada mejor. Pues bien. ¿No conoceis ni siquiera de oidas el romance en que *Bernardo liberta de los moros á su amada Estela, y al Carpio que tenían cercado?*

—Eso ha de ser bonito.

—Parece que resucitan los tiempos—dijo miss Fly con cierta vaguedad inexplicable, al modo de expresión profética en el semblante;—parece que salen de su sepultura los hombres, revistiendo su forma antigua, ó que el tiempo y el mundo dan un paso atrás para aliviar su tristeza, renovando por un momento las maravillas pasadas... La Naturaleza, aburrida de la vulgaridad presente, se viste con las galas de su juventud, como una vieja que no quiere serlo... retrocede la Historia, cansada de hacer tonterías, y con pueril entusiasmo hojea las páginas de su propio diario y luego busca la espada en el cajón de los olvidados y sublimes juguetes... ¿pero no veis esto, Araceli, no lo veis?

—Señora, ¿qué quiere usted que vea?

—El romance de Bernardo y de la hermosa Estela, que por segunda vez...

Al decir esto, el caballo que arrastraba no sin trabajo el carricoche de la poética Athenais, empezó á cojear, sin duda porque no podía reverdecer, como la Historia, las lozanas robusteces y agilidades de su juventud. Pero la inglesa no paró mientes en esto, y con gravedad suma continuó así:

—También tiene ahora aplicación el romance de D. Galván, que no está escrito; pero que puede recogerse de boca del pueblo como lo he hecho yo. En él, sin embargo, D. Galván no hubiera podido sacar de la torre á la infanta, sin el auxilio de una hada ó dama desconocida que se le apareció...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El caballo entonces, que ya no podía con su alma, tropezó cayendo de rodillas.

—Mi estimable hada, aquí tiene usted la realidad de la vida.—le dije. —Este caballo no puede seguir.

—¡Cómo!—exclamó con ira la inglesa.—Andará. Si no enganchad el vuestro al carricoche, é iremos juntos aquí.

—Imposible, señora, imposible.

—¡Qué desolación! Bien decía mistress Mitchelle, que este animal no servía para nada. Á mí, sin embargo, me pareció digno del carro de Faetonte.

Levantamos al animal, que dió algunos pasos y volvió á caer al poco trecho.

—Imposible, imposible—exclamé.—Señora me veo obligado muy á pesar mío á abandonar á usted.

—¡Abandonarme!—dijo la inglesa.

En sus hermosos ojos brilló un rayo de aquella cólera augusta que los poetas atribuyen á las diosas de la antigüedad.

—Sí, señora; lo siento mucho. Va á anochecer. De aquí á Salamanca hay diez leguas, el miércoles á las doce tengo que estar de vuelta en Bernuy. No necesito decir más.

—Bien, caballero—dijo con temblor en los labios y acerba reconvención en la mirada.—Marchaos. No os necesito para nada.

—El deber no me permite detenerme ni una hora más—dije volviendo á montar en mi caballo, después que, ayudado por el aldeanillo, puse sobre sus cuatro patas al de miss Fly.—El ejército aliado no tardará... ¡Ah! ya están aquí. En aquella loma aparecen las avanzadas... Las manda Simpson, su amigo de usted, el coronel Simpson... Con que déme usted su licencia... No dirá usted, señora mía, que la dejo sola... Allí viene un ginete. Es Simpson en persona.

Miss Fly miró hacia atrás con despecho y tristeza.

Adios, hermosa señora mía—grité picando espuelas.—No puedo detenerme. Si vivo contaré á usted lo que me ocurra.

Apresurado por mi deber, me alejé á todo escape.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XII

MARCHÉ aquella tarde y parte de la noche, y después de dormir unas cuantas horas en Castrejón, dejé allí el caballo, y habiendo adquirido gran cantidad de hortalizas, con más un asno flaquísimo y tristón, hice mi repuesto y emprendí la marcha por una senda que conducía directamente, según me indicaron, al camino de Vitigudino. Halléme en éste al medio día del lunes: mas una vez que lo reconocí, apartéme de él, tomando por atajos y vericuetos hasta llegar al Tormes, que pasé para llegar al camino de Ledesma y lugar de Villamayor. Por varios aldeanos que encontré en un mesón jugando á la calva y á la rayuela, supe que los franceses no dejaban entrar á nadie que no llevase carta de seguridad dada por ellos mismos, y que aún así detenían á los vendedores en la plaza sin dejarlos pasar adelante para que no pudiesen ver los fuertes.

—No me hán quedado ganas de volver á Salamanca, muchacho—me dijo el charro fornido y obeso, que me dió tan lisonjeros informes después de convidarme á beber en la puerta del mesón.—Por milagro de Dios y de María Santísima está vivo el señor Baltasar Ciperez, ó sea yo mismo.

—¿Y por qué?

—Porque... verás. Ya sabes que han mandado vayan á trabajar á las fortificaciones todos los habitantes de estos pueblos. El lugar que no envía á su gente es castigado con saqueo y á veces con degüello... Bien dicen que el diablo es sutil. La costumbre es que mientras los aldeanos trabajan, los soldados estén quietos, hablando y fumando, y de trecho en trecho hay sargentos con látigo en mano que están allí con mucho ojo abierto para ver el que se distrae ó mira al Cielo ó habla á su compañero... Bien dijo el otro que el diablo no duerme y todo lo añasca... En cuanto se descuida uno tanto así... ¡plás!...

Ciperez.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Le toman la medida de las espaldas.

—Yo tengo mala sangre—añadió Ciperez—y no creo haber nacido para esclavo. Soy aldeano rico, estoy acostumbrado á mandar y no á que me den de latigazos. Á perro viejo no hay tus tus... Así es que cuando aquel Lucifer me...

—Si soy yo el azotado, allí mismo lo tiendo.

—Yo cerré los ojos; yo no ví más que sangre, yo me metí entre todos porque... ¡Baltasar Ciperez azotado por un francés!... Yo daba mojicones... quien no puede dar en el asno da en la albarda. En fin, allí nos machacamos las liendres durante un cuarto de hora... Mira las resultas.

El rico aldeano, apartando la anguarina puesta del revés, según uso del país, mostróme su brazo vendado y sostenido en un pañuelo al modo de cabestrillo.

—¿Y nada más? Pues yo creí que le habían ahorcado á usted.

—No, tonto, no me ahorcaron. ¿De veras lo creías tú? Habríanlo hecho si no se hubiera puesto de parte mía un soldado francés, llamado Molichard, que es buen hombre y un tanto borracho. Como éramos amigos y habíamos bebido tantas copas juntos, se dió sus mañas, y sacándome del calabozo me puso salvo, aunque no sano, en la puerta de Zamora. ¡Pobre Molichard, tan borracho y tan bueno! Ciperez el rico, no olvidará su generosa conducta.

—Sr. Ciperez—dije al leal salamanquino—yo voy á Salamanca y no tengo carta de seguridad. Si su merced me proporcionara una...

—¿Y á qué vas á allá?

—Á vender estas verduras—repuse mostrando mi pollino.

—Buen comercio llevas. Te lo pagarán á peso de oro. ¿Llevas lo que ellos llaman *jericó*?

—¿Habichuelas? Sí. Son de Castrejón.

El aldeano me miró con atención algo suspicaz.

—¿Sabes por donde anda el ejército inglés?—me preguntó clavando en mí los ojos.—Por la uña se saca el león...

—Cerca está, Sr. Ciperez. ¿Con que me da su merced la carta de seguridad?...

—Tú no eres lo que pareces—dijo con malicia el aldeano.—¡Vivan los buenos patriotas y mueran los franceses, todos los franceses, menos Molichard, á quien pondré sobre las niñas de mis ojos!

—Sea lo que quiera... ¿me da su merced la carta de seguridad?

—Baltasarillo—gritó Ciperez—llégate aquí.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Del grupo de los jugadores salió un joven como de veinte años, vivaracho y alegre.

—Es mi hijo—dijo el charro.—Es un acero... Baltasarillo, dame tu carta de seguridad.

—Entonces...

—No, no vayas mañana á Salamanca. Vuelve conmigo á Escuernavacas. ¿No dices que tu madre quedó muy triste?

—Madre tiene miedo á las moscas; pero yo no.

—¿Tú no?

—Por miedo de gorriones no se dejan de sembrar cañamones—repuso el mancebo.—Quiero ir á Salamanca.

—Á casa, á casa. Te mandaré mañana con un regalito para el señor Molichard... Dame tu carta.

El joven sacó su documento y entregómelo el padre diciendo:

—Con este papel te llamarás Baltasarillo Ciperez, natural de Escuernavacas, partido de Vitigudino. Las señas de los dos mancebos allá se van. El papel está en regla y lo saqué yo mismo hace dos meses, la última vez que mi hijo estuvo en Salamanca con su hermana María, cuando la fiesta del rey Copas.

—Pagaré á su merced el servicio que me ha hecho—dije echando mano á la bolsa, cuando Baltasarito se apartó de mí.

—Ciperez el rico no toma dinero por un favor—dijo con nobleza.—Creo que sirves á la patria, ¿eh? Porque á pesar de ese pelaje... Tan bueno es como el Rey y el Papa el que no tiene capa... Todos somos unos. Yo también...

—¿Cómo recibirán estos pueblos al *lord* cuando se presente?

—¿Cómo le han de recibir...? ¿Le has visto? ¿Está cerca?—preguntó con entusiasmo.

—Si su merced quiere verle, pásese el miércoles por Bernuy.

—¡Bernuy! Estar en Bernuy es estar en Salamanca—exclamó con exaltado gozo.—El refrán dice: "Aquí caerá Sansón;„ pero yo digo: aquí caerá Marmont y cuantos con él son. ¿Has visto los estudiantes y y los mozos de Villamayor?

—No he visto nada, señor.

—Tenemos armas—dijo con misterio Ciperez.—Ténganos el pié al herrar y verá del que cojeamos... Cuando el *lord* nos vea...

Y luego, llevándome aparte con toda reserva, añadió:

—Tú vas á Salamanca mandado por el *lord*, ¿eh?... como si lo viera... No haya miedo. El que tiene el padre alcalde, seguro va á juicio. Bien,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

amigo... has de saber que en todos estos pueblos estamos preparados, aunque no lo parece. Hasta las mujeres saldrán á pelear... Los franceses quieren que les ayudemos, pero lo que has de dar al mulo dálo al gato, y sacarte há de cuidado. Yo serví algún tiempo con Julian Sanchez, y muchas veces entré en la ciudad como espía... Mal oficio... pero en manos está el pandero que lo saben bien tañer.

—Sr. Ciperez—dije.—¡Vivan los buenos patriotas!

—No esperamos más que ver al inglés para echarnos todos al campo con escopetas, hoces, picos, espadas y cuanto tenemos recogido y guardado.

—Y yo me voy á Salamanca. ¿Me dejarán trabajar en las fortificaciones?

—Peligrosillo es. ¿Y el látigo? Quien á mí me trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano... Pero si ahora no trabajan los aldeanos en los fuertes.

—¿Pues quién?

—Los vecinos de la ciudad.

—¿Y los aldeanos?

—Los ahorcan si sospechan que son espías. Que ahorquen. Al freir de los huevos lo verán, y á cada puerco le llega su San Martin... Por mí nada temo ahora, porque en salvo está el que repica.

—Pero yo...

—Ánimo, joven... Dios está en el Cielo... y con esto me voy hacia Valverdón, donde me esperan doscientos estudiantes y más de cuatrocientos aldeanos. ¡Viva la patria y Fernando VII! ¡Ah! por si te sirvo de algo, puedes decir en Salamanca, que vas á buscar hierro viejo para tu señor padre Ciperez el rico... adios...

—Adios, generoso caballero.

—¿Caballero yo? Poco va de Pedro á Pedro... Aunque las calzo no las ensucio... Adios, muchacho, buena suerte. ¿Sabes bien el camino? Por aquí adelante, siempre adelante. Encontrarás pronto á los franceses; pero siempre adelante, adelante siempre. Aunque mucho sabe la zorra, más sabe el que la toma.

Nos despedimos el bravo Ciperez y yo dándonos fuertes apretones de manos, y seguí á buen paso mi camino.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIII

ETÚVEME á descansar en Cabrerizos ya muy alta la noche del lunes al martes, y al amanecer del día siguiente, cuando me disponía á hacer mi entrada en la ciudad, insigne maestra de España y de la civilización del mundo, los franceses, que hasta entonces no me habían incomodado, aparecieron en el camino. Era un destacamento de dragones que custodiaba cierto convoy enviado por Marmont desde Fuentesauco. Á pesar de que no había motivo para creer que aquellos señores se metieran conmigo, yo temía una desgracia; mas disimulé mi zozobra y recelo, arreando el pollino y afectando divertir la tristeza del camino con cantares alegres.

No me engañó el corazón, pues los invasores de la patria ¡que comidos de lobos sean antes, ahora y después! sin intentar hacerme manifiesto daño, antes bien un beneficio aparente, contrariaron mi plan de un modo lastimoso.

—Hermosas hortalizas—dijo en francés un cabo llevando su caballo al mismo paso que mi pollino.

—No dije nada, y ni siquiera le miré.

—¡Eh, imbécil!—gritó en lengua híbrida dándome con su sable en la espalda—¿llevas esas verduras á Salamanca?

—Sí, señor—respondí afectando toda la estupidez que me era posible.

Un oficial detuvo el paso y ordenó al cabo que comprase toda mi mercancía.

—Todo, lo compramos todo—dijo el cabo sacando un bolsillo de trapo mugriento.—*¿Combien?*

Hice señas negativas con la cabeza.

—¿No llevas eso á Salamanca para venderlo?

—No señor, es para un regalo.

—¡Al diablo con los regalos! Nosotros compramos todo, y así, gran imbécil, podrás volverte á tu pueblo.

Comprendí que resistir á la venta era infundir sospechas, y les pedí un sentido por las verduras, cuya escasez era muy grande en aquella época y en aquel país. Mas enfurecido el soldado, amenazóme con abrir-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

me bonitamente en dos: subió luego el precio más de lo ofrecido, bajé yo un tantico, y nos ajustamos. Recibí el dinero, mi pollino se quedó sin carga, y yo sin motivo aparente para justificar mi entrada en la ciudad, porque á los que no iban con víveres les daban con la puerta en los hocicos. Seguí, sin embargo, hacia adelante, y el cabo me dijo:

—¡Eh, buen hombre! ¿No os volveis á vuestro pueblo? No he visto mayor estúpido.

—Señor—repuse—voy á cargar mi burro de hierro viejo.

—¿Tienes carta de seguridad?

—¿Pues no la he de tener? Cuando estuve en Salamanca hace dos meses, para ver las fiestas del Rey, me la dieron... Pero como ahora no llevo carga puede que no me dejen entrar á recoger el hierro viejo. Si el señor cabo quiere que vaya con su mercé para que diga como me compró las verduras... pues, y que voy por hierro viejo.

—Bueno, *saco de papel*, pon tu burro al paso de mi caballo y sígueme; más no sé si te dejarán entrar porque hay órdenes muy rigorosas para evitar el espionaje.

Llegamos á la puerta de Zamora y allí me detuvo con muy malos modos el centinela.

—Déjalo pasar—dijo mi cabo;—le he comprado las verduras y va á cargar de hierro su jumento.

Miróme el cabo de guardia con recelo, y al ver retratada en mi semblante aquella beatífica estupidez propia de los aldeanos que han vivido largo tiempo en lo más intrincado de selvas y dehesas, dijo así:

—Estos palurdos son muy astutos. ¡Eh! *monsieur le badaud.* En esta semana hemos ahorcado á tres espías.

Yo fingí no comprender, y él añadió:

—Puedes entrar si tienes carta de seguridad.

Mostré el documento y entonces me dejaron pasar.

Atravesé una calle larga, que era la de Zamora y me condujo en derechura á una grande y hermosa plaza de soportales, ocupada á la sazón por un gran gentío de vendedores. Busqué en las inmediaciones posada donde dejar mi burro para poder dedicarme con libertad al objeto de mi viaje, y cuando hube encontrado un mesón, que era el mejor de la ciudad, y acomodado en él con buen pienso de paja y cebada á mi pacífico compañero, salí á la calle. Era la de la Rua, según me dijo una muchacha á quien pregunté. Mi afán era trasladarme al recinto murallado para recorrerlo todo. De prontó ví multitud de personas de diversas clases que marchaban en tropel llevando cada cual al hombro azadón ó pico.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Escoltábanles soldados franceses, y no iban ciertamente muy á gusto aquellos señores.

—Son los habitantes de la ciudad que van á trabajar á las fortificaciones—dije para mí.—Los franceses les llevan á la fuerza.

Apartéme á un lado por temor á que mi curiosidad infundiese sospechas, y andando sin rumbo ni conocimiento de las calles, llegué á un convento, por cuyas puertas entraban á la sazón algunas piezas de artillería. De repente sentí una pesada mano sobre mi hombro, y una voz que en mal castellano me decía:

—¿No tomais una azada, holgazán? Venid conmigo á casa del comisario de policía.

—Yo soy forastero—repuse;—he venido con mi borriquito...

—Venid y se sabrá quien sois—continuó mirándome atentamente.—Si *par exemple*, fueseis *espión*...

Mi primer intento fué resistirme á seguirle; pero hubiérame vendido la resistencia, y parecía más prudente ceder. Afectando la mayor humildad seguí á mi extraño aprehensor, el cual era un soldado pequeño y vivaracho, ojinegro, morenito y oficioso, cuyo empaque y modos me hacían poquísima gracia. En el recodo que hacía una calle tortuosa y oscura, traté de burlarle, quedándome un instante atrás para poner los piés en polvorosa con la ligereza que me era propia; mas adivinando el menguado mis intenciones, asióme del brazo y socarronamente me dijo:

—¿Creis que soy menos listo que vos? Adelante y no deis coces, porque os levanto la tapa de los sesos, señor patán. Ya no me queda duda que sois *espión*. Estabais observando la artillería de las monjas Bernardas. Estabais midiendo la muralla. Sabed que aquí hay unos funcionarios muy astutos que espían á los espías, y yo soy uno de ellos. ¿No habeis bailado nunca al extremo de una cuerda?

Nuevamente sentí impulsos de librarme de aquel hombre por la violencia; mas por fortuna tuve tiempo de reflexionar sofocando mi cólera, y fiando mi salvación á la astucia y al disimulo. Llevóme el endemoniado francesillo á un vasto edificio, en cuyo patio ví mucha tropa, y deteniéndose conmigo ante un grupo formado de cuatro robustos y poderosos militarotes de brillante uniforme, bigotazos retorcidos é imponente apostura, me señaló con expresión de triunfo.

—¿Qué traes, *Tourlourou*?--preguntó con fastidio el más viejo de todos.

—Un *crapaud* pescado ahora mismo.

Quitéme el sombrero, y con aire contrito y humildísimo hice varias reverencias á aquellos apreciables sugetos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Un *crapaud*!—repitió el viejo oficial, dirigiéndose á mí con fieros ojos.—¿Quién sois?

—Señor—dije cruzando las manos.—Ese señor soldado me ha tomado por un espía. Yo vengo de Escuernavacas á buscar hierro viejo, tengo mi burro en el mesón de una tal tía Fabiana, y me llamo Baltasar Ciperez para lo que vuecencia guste mandar. Si quieren ahorcarme, ahórquenme...—y luego sollozando del modo más lastimoso y exhalando gritos de dolor que hubieran conmovido al mismísimo bronce, exclamé: —¡Adios, madre querida, adios, padre de mi corazón; ya no vereis más á vuestro hijito; adios, Escuernavacas de mi alma, adios! Pero yo, ¿qué he hecho, qué he hecho yo, señores?

El oficial anciano dijo con calma imperturbable:

—Sargento Molichard; mandad que le encierren en el calabozo. Después le interrogaremos. Ahora estoy muy ocupado. Voy á ver al *Marechal de Logis*, porque se dice que esta tarde saldremos de Salamanca.

—Presentóse otro francés alto como un poste, derecho como un uso, flaco y duro y flexible cual caña de Indias, de fisonomía curtida y burlona, ojos vivos, lacios y negros bigotes, y manos y piés de descomunal magnitud. Cuando ví á aquel pedazo de militar, de cuya osamenta pendía el uniforme como de una percha; cuando oí su nombre, una idea salvadora iluminó súbito mi cerebro, y pasando del pensamiento á la ejecución con la rapidez de la voluntad humana en casos de apuro, lancé una exclamación en que al mismo tiempo puse afectadamente sorpresa y júbilo; corrí hacia él, me abracé con vehemente ardor á sus rodillas, y llorando dije:

—¡Oh, Sr. Molichard de mi alma, Sr. Molichard, queridísimo y reverenciadísimo! Al fin le encuentro. Y ¡cuánto le he buscado sin que estos pícaros me dieran razón de su merced! Déjeme que le abrace, que bese sus rodillas y que le reverencie y acate y venere... ¡Oh, Santa Virgen María: qué gozo tan grande!

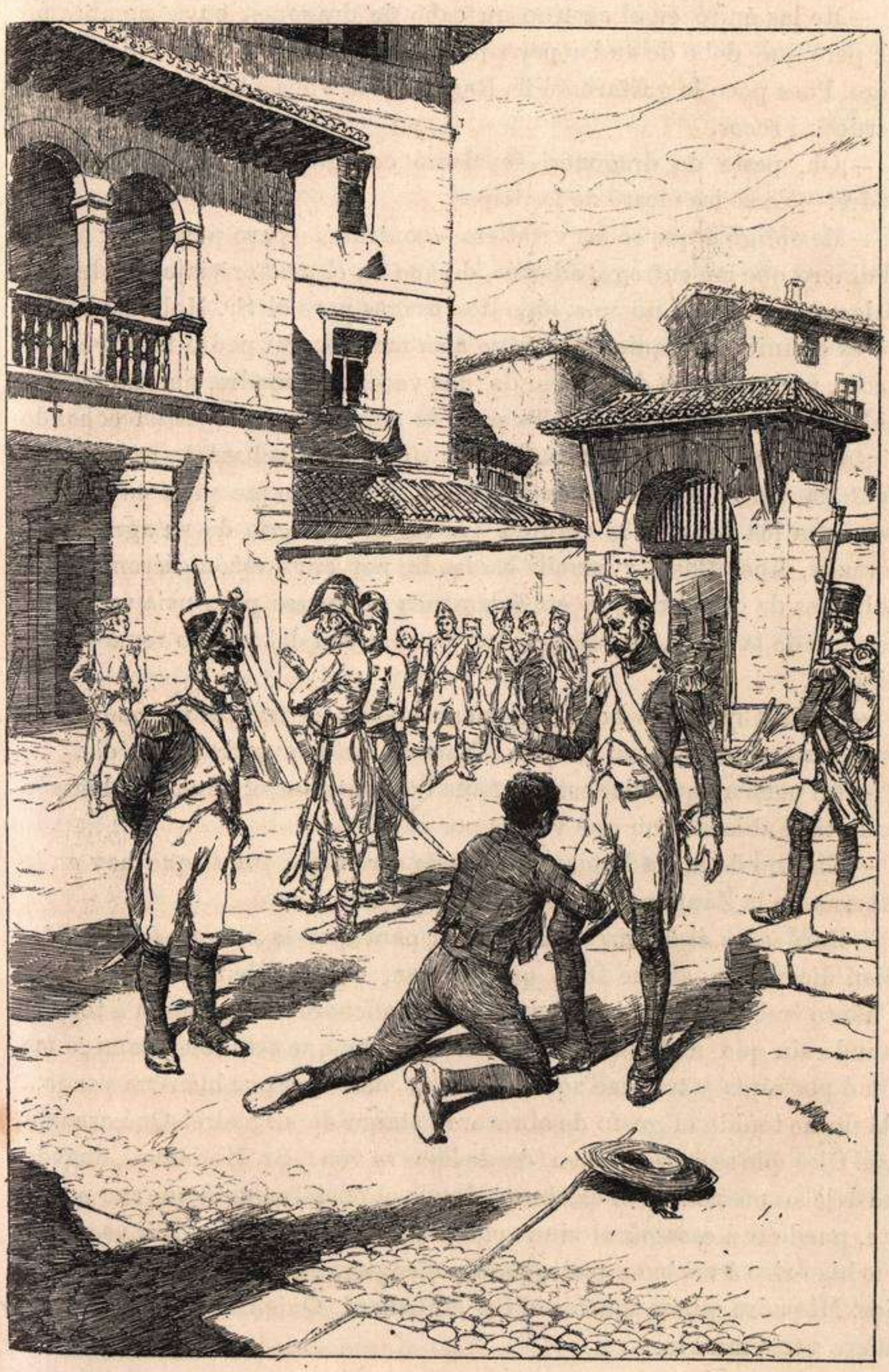
—¿Estais loco, buen hombre?—dijo el francés sacudiendo sus piernas.

—Pero ¿no me conoce usía?—añadí.—Pero, ¿cómo me ha de conocer, si no me ha visto nunca? Déme esa mano para que la bese y viva mil años el buen Sr. Molichard, que salvó á mi padre de la muerte. Soy Baltasar Ciperez, mire mi carta de seguridad, soy hijo del tío Baltasar á quien llaman Ciperez el rico, natural de Escuernavacas. Bendito sea el Sr. Molichard. Estoy en Salamanca porque háme mandado mi padre con un obsequio para su merced.

—¡Un obsequio!—exclamó el sargento con alborozado semblante.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sí señor, un obsequio miserable, pues lo que usía ha hecho no lo pagará mi padre con los pobres frutos de su huerta.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Verduras! ¿Y dónde están?—dijo Molichard volviendo en derredor los ojos.

—Me las quitó en el camino un cabo de dragones, cuyo nombre no sé; pero que debe de andar por aquí y podrá dar testimonio de lo que digo. Pues poco le gustaron á fé. Regostóse la vieja á los bledos, no dejó verdes ni secos.

—¡Oh, peste de dragones!—exclamó con furia el protector de mi padre.—Yo se las sacaré de las tripas.

—Me obligó á que se las vendiera—continué;—pero puedo dar á usía el dinero que me entregó; además, de que en el primer viaje que haga á Salamanca traeré, no una, sino dos cargas para el Sr. Molichard. Mas no es el único obsequio que traigo á su merced. Mi padre no sabía qué hacer, porque quien da luego da dos veces; mi madre, que no ha venido en persona á ponerse á los piés de usía, porque le están echando cintas nuevas á la mantilla, quería que padre echase la casa por la ventana para obsequiar á su protector, y cuando me puse en camino pensaron los dos que la verdura era regalo indigno de su agradecido corazón, liberalidad y mucha hacienda; por cuya razón diéronme tres doblones de oro para que en Salamanca comprase para usía un tercio de vino de la Nava, que aquí lo hay bueno, y el del pueblo revuelve los hígados.

—El Sr. Ciperez es hombre generoso—dijo el francés pavoneándose ante sus amigos, que no estaban ménos absortos y gozosos que él.

—Lo primero que hice esta mañana fué contratar el tercio en el mesón de la tía Fabiana. Con que vamos por él...

—El vino de la tía Fabiana no puede ser mejor que el que hay en la taberna de la Zángana. Puedes comprarlo allí.

—Daré aina el dinero á su merced para que lo compre á su gusto. Bien dicen que al que Dios quiere bien, en casa le traen de comer. ¡Cuánto trabajo para encontrar al Sr. Molichard! Preguntaba á todo el mundo sin que nadie me diera razón, hasta que este buen amigo me tomó por espía y trájome aquí... no hay mal que por bien no venga... ¡Al fin he tenido el gusto de abrazar al amigo de mi padre! ¡Qué casualidad! Ojos que se quieren bien, desde lejos se ven... Sr. Molichard, cuando me deje su merced en el calabozo, donde el oficial mandó que me pusieran, puede ir á escoger el vino que más le acomode. ¡Bendito sea Dios que hizo rico á mi buen padre para poder pagar con largueza los beneficios! Mi padre quiere mucho al Sr. Molichard. Quien te da el hueso no quiere verte muerto.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—En lo de ensartar refranes—dijo Molichard,—se conoce la sangre del Sr. Ciperez.

—Si bien canta el cura, no le va en zaga el monaguillo.

Molichard pareció indeciso y después de consultar á su compañeros con la vista y algún monosílabo que no entendí, me dijo:

—Yo bien quisiera no encerraros en el calabozo, porque, en verdad, cuando le obsequian á uno de parte del Sr. Ciperez... pero...

—No... no se apure por mí el Sr. Molichard—dije con la mayor naturalidad del mundo.—Ni quiero que por mí le riña el señor oficial. Al calabozo. Como estoy seguro de que el señor oficial y todos los oficiales del mundo se convencerán de que no soy malo...

—En el calabozo lo pasareis mal, joven...—dijo el francés.—Veremos. Se le dirá al oficial que...

—El oficial no se acuerda ya de lo que mandó—afirmó Tourlourou, quien, por encantamiento, había olvidado sus rencores contra mí.

—¡Eh! Jean-Jean—gritó Molichard llamando á un compañero que cercano al lugar de la escena pasaba, y en cuya pomposa figura conocí al cabo de dragones que comprara mis verduras en el camino.

Acercóse Jean-Jean, por quien fuí al punto reconocido.

—Buen amigo—le dije,—me parece que fué su merced quien me compró las verduras que traje para el señor.

—¿Para Molichard?...

—¿No dije que era para un regalo?

—Á saber que eran para este *chauve souris*—dijo Jean-Jean,—no os hubiera dado un céntimo por ellas.

—Jean-Jean -dijo Molichard en francés,--¿te gusta el vino de la Nava?

—Verlo no. ¿Dónde lo hay?

—Mira, Jean-Jean. Este joven me ha regalado un trago. Pero tenemos que ponerlo en el calabozo...

—¡En el calabozo!

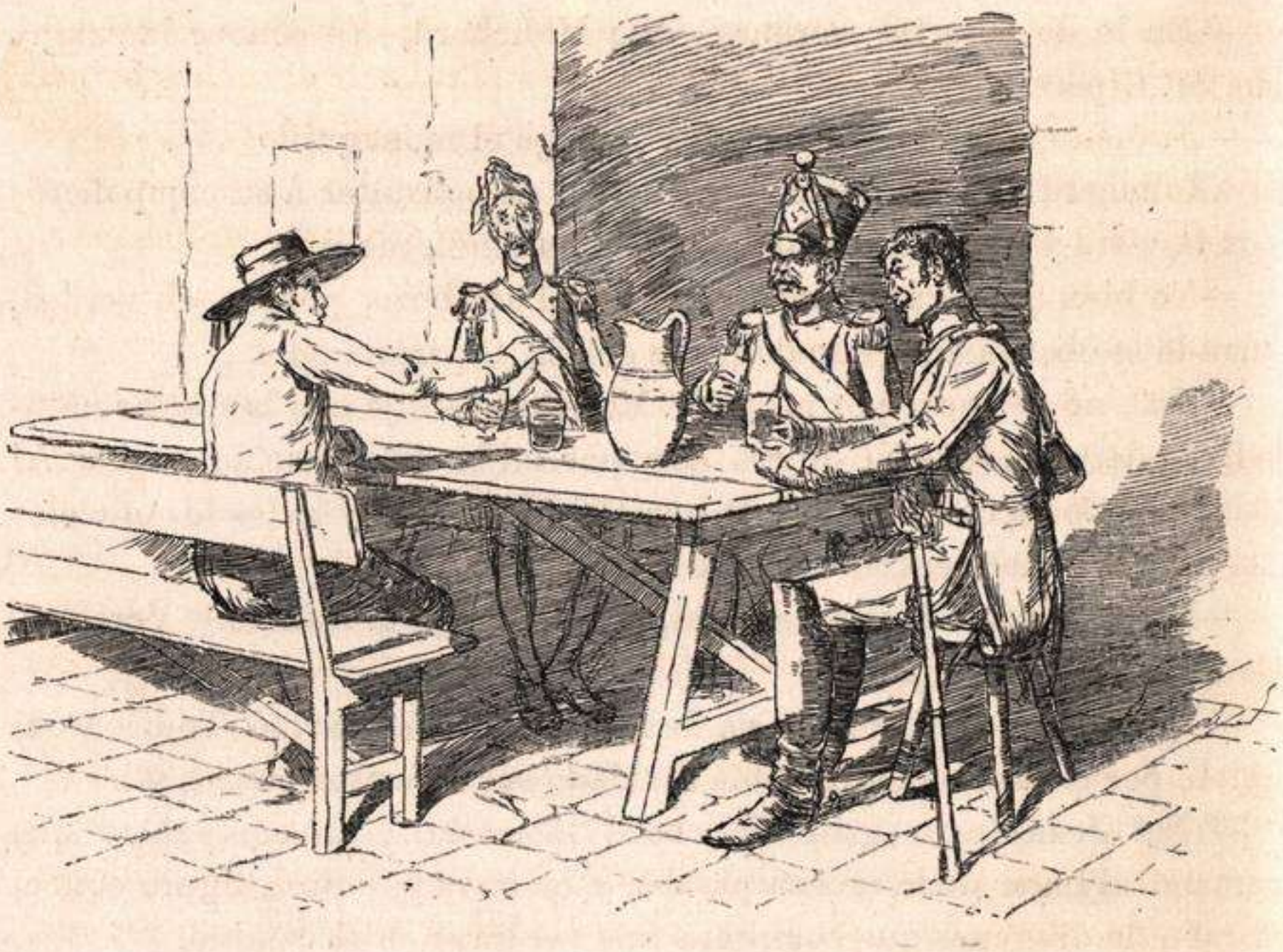
—Sí, *mon vieux*, le han tomado por espía sin serlo.

—Vámonos á la taberna los cuatro—dijo Tourlourou—y luego el señor se quedará en su calabozo.

—Yo no quiero que por mí se indispongan sus mercedes con los jefes —dije con humildad y apocamiento.—Llévenme á la prisión, enciérrenme... Cada lobo en su senda y cada gallo en su muladar.

—¿Qué es eso de encerrar?—gritó Molichard en tono campechano y tocando las castañuelas con los dedos.—Á casa de la Zángana, *messieurs*. Ciperez, nosotros respondemos de tí.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XIV

Y si se enfada el oficial? Yo no me muevo de aquí.

—Un francés, un soldado de Napoleón—dijo Tourlourou con un gesto parecido al de Bonaparte señalando las pirámides,—no bebe tranquilo mientras que su amigo español se muere de sed en una mazmorra. Bravo Ciperez—añadió abrazándome,—sois el primero entre mis camaradas. Abracémonos... Bien, así... amigos hasta la muerte. Señores, ved juntos aquí *l'aigle de l'Empire et le lión de l'Espagne.*

Francamente, á mí, león de España, me hacían poquísima gracia, como aquella, los brazos del águila del Imperio.

Y con esto y otros excesos verbales de los tres servidores del gran imperio, me sacaron fuera del cuartel y en procesión lleváronme á un ventorrillo cercano á las fortificaciones de San Vicente.

—Sr. Molichard, aparte del tercio de lo de la Nava, que es regalo de mi señor padre, yo pago todo el gasto—dije al entrar.

En poco tiempo, Tourlourou, Molichard y Jean-Jean, regalaron sus

(c) 2008 Ministerio de Cultura

venerandos cuerpos con lo mejor que había en la bodega, y hélos aquí que por grados perdían la serenidad, si bien el cabo de dragones parecía tener más resistencia alcohólica que sus ilustres compañeros de armas y de vino.

—¿Tiene mucha hacienda vuestro padre?—me preguntó Molichard.

—Bastante para pasar—respondí con modestia.

—Llámanle Ciperez el rico.

—Cierto, y lo es... Veo que mi obsequio parece poco... Por ahí se empieza. Ya sabemos que sobre un huevo pone la gallina.

—No digo eso. ¡Á la salud de *monsieurrrr* Ciperez!

—Esto que hoy he traido, es porque como venía á mercar hierro viejo... Pero mi padre y mi madre y toda mi familia, vendrán en procesión *solene* con algo mejor. Sr. Molichard, mi hermana quiere conocer al Sr. Molichard...

—Es una linda muchacha, según decía Ciperez. ¡Á la salud de María Ciperez!

—Muy guapa. Parece un sol, y cuantos la ven la tienen por princesa.

—Y una buena dote... Si al fin irá uno á dejar su pellejo en España. Digamos como Luis XIV. "Ya no hay *Pirrineos.*„ Bebed, Baltasarico.

—Yo tengo muy floja la cabeza. Con tres medias copas que he bebido, ya estoy como si me hubieran metido á toda Salamanca entre sien y sien—dije fingiendo el desvanecimiento de la embriaguez.

Jean-Jean cantaba:

Le crocodile en partant pour la guerre
disait adieux á ses petits enfants.
Le malheureux
trainait sa queue
dans la poussiere...

Tourlourou, después de remedar el gato y el perro, púsose de pié y con gesto majestuoso exclamó:

—Camaradas, desde lo alto de esta botella *quarrrrente siécles vous contemplent.*

Yo dije á Molichard:

—Señor sargento, como no acostumbro beber, me he mareado de tal modo... Voy á salir un momento á tomar el aire. ¿Ha escogido usted su vino de la Nava?

Y sin esperar contestación pagué á la Zángana.

—Bien; vamos un momento afuera—repuso Molichard tomándome del brazo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Al salir encontréme en un sitio que no era plaza, ni patio, ni calle; sino más bien las tres cosas juntas. Á un lado y otro veíanse altas paredes, unas á medio derribar, otras en pié todavía, sosteniendo los techos destrozados. Al través de estos se distinguía el interior abierto de los que fueron templos, cuyos altares habían quedado al aire libre; y la luz del día, iluminando de lleno las pinturas y dorados, daba á éstos el aspecto de viejos objetos de prendería cuando los anticuarios de feria los amontonan en la calle. Soldados y paisanos trabajaban llevando escombros, abriendo zanjas, arrastrando cañones, amontonando tierra, acabando de demoler lo demolido á medias, ó reparando lo demolido con exceso. Ví todo esto y acordándome de lord Wellington, puse mi alma toda en los ojos. Yo hubiera querido abarcar de un solo golpe de vista lo que ante mí tenía y guardarlo en mi memoria, piedra por piedra, arma por arma, hombre por hombre.

—¿Qué es esto que hacen aquí, Sr. Molichard?—pregunté cándidamente.

—¡Fortificaciones, animal!—dijo el sargento, que después que se llenó el cuerpo con mi vino, había empezado á perderme el respeto.

—Ya, ya comprendo—repuse afectando penetración.—Para la guerra. ¿Y cómo llaman este sitio?

—Esto en que estamos es el fuerte de San Vicente, y aquí había convento de benedictinos, que se derribó. Una guarida de mochuelos, mi amiguito.

—¿Y qué van á hacer aquí con tanto cañón?—pregunté estupefacto.

—Pues no eres poco bestia. ¿Qué se ha de hacer? Fuego.

—¡Fuego!—dije medrosamente.—¿Y todos á la vez?

—Te pones pálido, cobarde.

—Uno, dos, tres, cuatro... allí traen otro. Son cinco. Y esa tierra, mi sargento, ¿para qué es?

—No he visto bestia semejante. ¿No ves que se están haciendo escarpa y contra escarpa?

—¿Y aquel otro caserón hecho pedazos que se ve más allá?

—Es el castillo árabe-romano. *¡Foudre et tonnerre!* Eres un ignorante... Dame la mano, que San Cayetano me baila delante.

—¿San Cayetano?

—¿No lo ves, zopenco? Aquel convento grande que está la derecha. También lo estamos fortificando.

—Esto es muy bonito, Sr. Molichard. Será gracioso ver esto cuando empiece el fuego. ¿Y aquellos paredones que están derribando?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—El colegio Trilingüe... *triquis lingüis* en latin, esto es, *de tres lenguas.* Todavía no han acabado el camino cubierto que baja á la Alberca.

—Pero aquí han derribado calles enteras, Sr. Molichard—dije avanzando más y dándole el brazo para que no se cayese.

—Pues no parece sino que vienes del Limbo. *¡Ventre de bœuf!* ¿No ves que hemos echado al suelo la calle larga para poder esparcir los fuegos de San Vicente?...

—Y allí hay una plaza...

—Un baluarte.

—Dos, cuatro, seis, ocho cañones nada ménos. Esto da miedo.

—Juguetes... Los buenos son aquellos cuatro, los del rebellin.

—Y por aquí va un foso...

—Desde la puerta hasta los Milagros, bruto.

—¿Y detrás?... Jesús, María y José ¡qué miedo!

—Detrás el parapeto donde están los morteros.

—Vamos ahora por aquel lado.

—¿Por San Cayetano?... ¡Oh!... Veo que eres curioso, curiosito... *Saperlotte.* Te advierto que si sigues haciendo tales preguntas y mirando con esos ojos de buey... me harás creer que ciertamente eres espía... y á la verdad, amiguito, sospecho...

El sargento me miró con descaro y altanería. Llegó á la sazón Tourlourou en lastimoso estado, y mal sostenido por su amigo Jean-Jean, que entonaba una canción guerrera.

—*¡Espión,* sí, *espión!*—dijo Tourlourou señalándome.—Sostengo que es *espión.* ¡Al calabozo!

—Francamente, caballero Ciperez—dijo Molichard—yo no quisiera faltar á la disciplina, ni que el jefe me pusiera en el nicho por tí.

—Tiene este mancebo—afirmó Jean-Jean sentándome la mano en el hombro con tanta fuerza, que casi me aplastó—cara de tunante.

—Desde que lo ví, sospeché algo malo—dijo Molichard.—No está uno seguro de nadie en esta maldita tierra de España. Salen espías de debajo de las piedras...

Yo me encogí de hombros, fingiendo no entender nada.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Pero no os dije que estaba observando el convento de Bernardas, cuya muralla se está aspillerando? -dijo Tourlourou.

Comprendí que estaba perdido; pero esforcéme en conservar la serenidad. De pronto entró en mi alma un rayo de esperanza, al oir pronunciar á Jean-Jean las siguientes palabras en mal castellano:

—Sois unos bestias. Dejadme á mí el Sr. Ciperez que es mi amigo.

Pasó un brazo por encima de mi hombro con familiaridad cariñosa aunque harto pesada.

—Volvámonos al cuartel—dijo Molichard.—Yo entro de guardia á las diez.

Y asiéndome por el brazo añadió:

—*¡Peste, mille pestes!*... ¿Queriais escapar?

—En el cuartel se le registrará—exclamó Tourlourou.

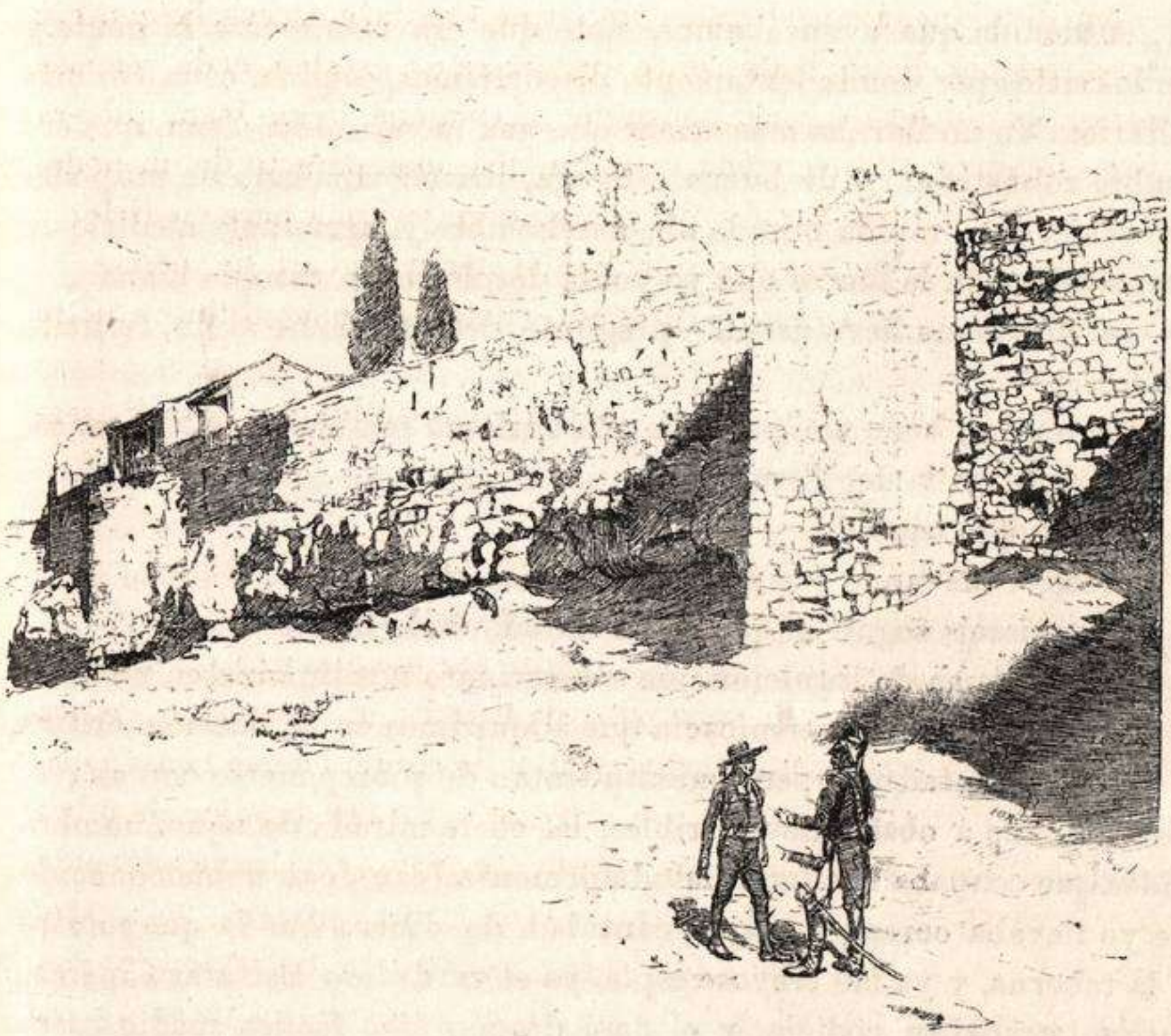
—Fuera de aquí *goguenards*—dijo con energía Jean-Jean.—El señor Ciperez es mi amigo y le tomo bajo mi protección. Andad con mil demonios y dejádmelo aquí.

Tourlourou reía; pero Molichard miróme con ojos fieros, é insistió en llevarme consigo; mas aplicóle mi improvisado protector tan fuerte porrazo en el hombro que al fin resovió marcharse con su compañero, ambos describiendo eses y otros signos alfabéticos con sus desmayados cuerpos.

He referido con alguna minuciosidad los hechos y dichos de aquellos bárbaros, cuya abominable figura no se borró en mucho tiempo de mi memoria. Al reproducir los primeros no me he separado de la verdad lo más mínimo. En cuanto á las palabras, imposible sería á la retentiva más prodigiosa conservarlas tal y como de aquellas embriagadas bocas salieron, en jerga horrible que no era español ni francés. Pongo en castellano la mayor parte, no omitiendo aquellas voces extranjeras que más impresas han quedado en mi memoria, y conservo el tratamiento de *vos*, que comunmente nos daban los franceses poco conocedores de nuestro modo de hablar.

¿La protección de Jean-Jean era desinteresada ó significaba un nuevo peligro mayor que los anteriores? Ahora se verá si tienen mis amigos paciencia para seguir oyendo el puntual relato de mis aventuras en Salamanca el dia 16 de Junio de 1812, las cuales, á no ser yo mismo protagonista y actor principal de todas ellas, las diputara por hechuras engañosas de la fantasía ó invenciones de novelador para entretener al vulgo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XV

L Sr. Jean-Jean me tomó el brazo y llevándome adelante por entre aquellas tristes ruinas, dijome:

—Amigo Ciperez, he simpatizado con vos; nos pasearemos juntos... ¿Cuándo pensais dejar á Salamanca? Os juro que lo sentiré.

Tan relamidas expresiones fueron funestísimo augurio para mí, y encomendé mi alma á Dios. En mi turbación, ni siquiera reparé en el aparato de guerra que á mi lado había, y olvidéme ¡oh Jesús divino! de lord Wellington, de Inglaterra y de España.

—Mucho me agrada su compañía—dije afectando valor.—Vamos á donde usted quiera.

Sentí que el brazo del francés, cual máquina de hierro, apretaba fuertemente el mío. Aquel apretón quería decir: "No te me escaparás,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no.„ Á medida que avanzábamos, noté que era más escasa la gente y que los sitios por donde lentamente discurríamos, estaban cada vez más solitarios. Yo no llevaba más armas que una navaja. Jean-Jean, que era hombre robustísimo y de buena estatura, iba acompañado de un poderoso sable. Con rápida mirada observé hombre y arma para medirlos y compararlos con la fuerza que yo podía desplegar en caso de lucha.

—¿Á dónde me lleva usted?—pregunté deteniéndome al fin, resuelto á todo.

—Seguid, mi buen amigo—dijo con burlesco semblante.—Nos pasearemos por la orilla del Tormes.

—Estoy algo cansado.

Paróse, y clavando sus pequeños ojos en mí, me dijo:

—¿No quereis seguir al que os ha librado de la horca?

Con esa llama de intuición que súbitamente nos ilumina en momentos de peligro, con la perspicacia que adquirimos en la ocasión crítica en que la voluntad y el pensamiento tratan de sobreponerse con angustioso esfuerzo á obstáculos terribles, leí en la mirada de aquel hombre la idea que ocupaba su alma. Indudablemente Jean-Jean había conocido que yo llevaba conmigo mayor cantidad de dinero que la que mostré en la taberna, y ya me creyese espía, ya el verdadero Baltasar Ciperez, tentó mi caudal su codicia, y el fiero dragón ideó fáciles medios para apropiárselo. Aquel equívoco aspecto suyo, aquel solitario paraje por donde me conducía, indicaban su criminal proyecto, bien fuese este matarme para dar luego con mi cuerpo en el río, bien fuese espoliarme, denunciándome luego como espía.

Por un instante sentí cobarde y vencida el alma, trémulo y frío el cuerpo: la sangre toda se agolpó á mi corazón, y ví la muerte, un fin horrible y oscuro, cuyo aspecto afligió mi alma más que mil muertes en el terrible y glorioso campo de batalla... Miré en derredor y todo estaba desierto y solo. Mi verdugo y yo éramos los únicos habitantes de aquel lugar triste, abandonado y desnudo. Á nuestro lado ruinas deformes iluminadas por la claridad de un sol que me parecía espantoso; delante el triste río, donde el agua remansada y quieta no producía, al parecer, ni corriente ni ruido; más allá la verde orilla opuesta. No se oía ninguna voz humana, ni paso de hombre ni de bruto, ni más rumor que el canto de los pájaros que alegremente cruzaban el Tormes para huir de aquel sitio de desolación en busca de la frescura y verdor de la otra ribera. No podía pedir auxilio á nadie más que á Dios.

Pero sentí de pronto la iluminación de una idea divina, divina, sí,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que penetró en mi mente, lanzada como rayo invisible de la inmortal y alta fuente del pensamiento; sentí no sé qué dulces voces en mi oido, no sé qué halagüeñas palpitaciones en mi corazón, un brío inexplicable, una esperanza que me llenaba todo, y sentir esto, y pensarlo, y formar un plan, fué todo uno. Hé aquí como.

Bruscamente y disimulando tanto mi recelo cual si fuera yo el criminal y él la víctima, detuve á Jean-Jean, tomé una actitud severa resuelta y grave, le miré como se mira á cualquier miserable que va á prestarnos un servicio, y en tono muy altanero le dije:

—Sr. Jean-Jean: este sitio me parece muy á propósito para hablar á solas.

El hombre se quedó lelo.

—Desde que le ví á usted, desde que le hablé, le tuve por hombre de entendimiento, de actividad, y esto precisamente, esto, es lo que yo necesito ahora.

Vaciló un momento, y al fin estúpidamente me dijo:

—De modo que...

—No, no soy lo que parezco. Se puede engañar á esos imbéciles Tourlourou y Molichard; pero no á usted.

—Ya me lo figuraba—afirmó.—Sois espía.

—No. Extraño que un entendimiento como el tuyo haya incurrido en vulgaridad—dije tuteándole con desenfado.—Ya sabes que los espías son siempre rústicos labriegos que por dinero exponen su vida. Mírame bien. Á pesar del vestido, ¿tengo cara de labriego?

—No, á fé mía. Sois un caballero.

—Sí, un caballero, un caballero, y tú también lo eres, pues la caballerosidad no está reñida con la pobreza.

—Ciertamente que no.

—¿Y has oido nombrar al marqués de Rioponce?

—No... sí... sí me parece que le he oido nombrar.

—Pues ese soy yo. ¿Podré vanagloriarme de haber encontrado en este día aciago para mí, un hombre de buenos sentimientos que me sirva, y al cual demostraré mi gratitud recompensándole con lo que él nunca ha podido soñar?... Por que tú como soldado eres pobre, ¿no es cierto?

—Pobre soy—dijo, no disimulando la avaricia que por las claras ventanas de sus ojos asomaba.

—Escasa es la cantidad que llevo sobre mí; pero para la empresa que hoy traigo entre manos he traido suma muy respetable, hábilmente encerrada dentro del pelote que rellena el aparejo de mi cabalgadura.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Dónde dejásteis vuestro pollino?—preguntó.

Me quería comer con los ojos.

—Eso se queda para después.

—Si sois espía, no conteis conmigo para nada, señor marqués—dijo con cierta confusión.—No haré nunca traición á mis banderas.

—Ya he dicho que no soy espía.

—*C'est dróle.* ¿Pues qué demonios os trae á Salamanca en ese traje, vendiendo verduras y haciéndoos pasar por un campesino de Escuernavacas.

—¿Qué me trae? Una aventura amorosa.

Dije esto y lo anterior con tal acento de seguridad, tanto aplomo y dominio de mí mismo, que en los ojos del que había querido ser mi asesino observé, juntamente con la avaricia, la convicción.

—¡Una aventura amorosa!—dijo asaltado nuevamente por la duda, después de breve meditación.—¿Y por qué no habes venido tal y como sois? ¿Para qué ocultaros así de toda Salamanca?

—¡Qué pregunta!... Á fé que en ciertos momentos pareces un niño inocente. Si la aventura amorosa fuera de esas que se vienen á la mano por medios fáciles y comunes, tendrias razón; pero esta de que me ocupo es peligrosa y tan difícil, que es indispensable ocultar por completo mi persona.

—¿Es que algún francés os ha quitado vuestra novia?—preguntó el dragón sonriendo por primera vez en aquel diálogo.

—Casi, casi... parece que vas acertando. Hay en Salamanca una persona que amo y á quien me llevaré conmigo, si puedo; otra que aborrezco y á quien mataré si puedo.

—¿Y esa segunda persona es quizás alguno de nuestros queridos generales?—dijo con sequedad.—Señor marqués, no conteis conmigo para nada.

—No, esa persona no es ningún general, ni siquiera es francés. Es un español.

—Pues si es español, *le diable m'emporte*... podeis tratarle todo lo mal que os agrade. Ningún francés os dirá una palabra.

—No, porque ese hombre es poderoso, y aunque español, há tiempo que sirve la causa francesa. Es travieso como ninguno, y si me hubiera presentado aquí dando á conocer mi nombre, habríame sido imposible evitar una persecución rápida y terrible, ó quizás la muerte.

—En una palabra, señor mío—dijo con impaciencia,—¿qué es lo que quereis que yo haga para serviros?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Primero que no me denuncies, estúpido—exclamé tratándole despóticamente para establecer mejor aún mi superioridad;—después que me ayudes á buscar el domicilio de mi enemigo.

—¿No lo sabeis?

—No. Es esta la primera vez que vengo á Salamanca. Como vuestros groseros camaradas quisieron prenderme, no he tenido tiempo de nada.

—Ahora que nombrais á mis camaradas...—dijo Jean-Jean con mucho recelo—me ocurre... Cuidado que hicisteis bien el papel de aldeano. No me he olvidado de los refranes. Si ahora también...

—¿Sospechas de mí?—grité con altanería.

—Nada de soberbia, señor marquesito—repuso con insolencia.—Ved que puedo denunciaros.

—Si me denuncias, sólo experimento la contrariedad de no poder llevar adelante mi proyecto; pero tú perderás lo que yo pudiera darte.

—No hay que reñir—dijo en tono benévolo.—Referidme en qué consiste esa aventura amorosa, pues hasta ahora no me habeis dicho más que vaguedades.

—Un miserable hijo de Salamanca, un perdido, un *sans culotte* ha robado de la casa paterna á cierta gentil doncella, de la más alta nobleza de España, un angel de belleza y de virtud...

—¡La ha robado!... Pues qué, ¿así se roban doncellas?

—La ha robado por satisfacer una venganza, que la venganza es el goce de su alma perversa; por retener en su poder una prenda que le permita amenazar á la más honrada y preclara casa de Andalucía, como retienen los ladrones secuestradores la persona del rico, pidiendo á la familia la suma del rescate. Por largo tiempo ha sido inútil toda mi diligencia y la de los parientes de esa desgraciada joven para averiguar el lugar donde la esconde su fementido secuestrador; pero una casualidad, un suceso insignificante al parecer, pero que ha sido aviso de Dios, sin duda, me ha dado á conocer que ambos están en Salamanca. Él no habita sino las ciudades ocupadas por los franceses, porque teme la ira de sus paisanos, porque es un hombre maldito, traidor á su patria, irreligioso, cruel, un mal español y un mal hijo, Jean-Jean, que, devorado por impío rencor hacia la tierra en que nació, le hace todo el daño que puede. Su vida tenebrosa, como la de los topos, empléase en fundar y en propagar sociedades de masonería, en sembrar discordias, en levantar del fondo de la sociedad la hez corrompida que duerme en ella, en arrojar la simiente de las turbaciones de los pueblos. Favorécenle ustedes porque favorecen todo lo que divida, aniquile y desarme á los espa-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ñoles. Él corre de pueblo en pueblo, ocultando en sus viajes nombre, calidad y ocupación para no provocar la ira de los naturales, y cuando no puede viajar acompañado por las tropas francesas, se oculta con los más indignos disfraces. Ultimamente ha venido de Plasencia á Salamanca fingiéndose cómico, y su cuadrilla imitaba tan perfectamente una compañía de la legua, que pocos en el tránsito sospecharon el engaño...

—Ya sé quién es—dijo súbitamente y sonriendo Jean-Jean.—Es Santorcaz.

—El mismo. D. Luis de Santorcaz.

—Á quien algunos españoles tienen por brujo, encantador y nigromante. Y para entenderos con ese mal sugeto—añadió el francés,—¿os disfrazais de ese modo? ¿Quién os ha dicho que Santorcaz es poderoso entre nosotros? Lo sería en Madrid; pero no aquí. Las autoridades le consienten, pero no le protejen. Hace tiempo que ha caido en desgracia.

—¿Le conoceis bien?

—Pues ya; en Madrid éramos amigos. Le escolté cuando salió á Toledo á conferenciar con la Junta, y nos hemos reconocido después en Salamanca. Estuvo aquí hace tres meses, y después de una ausencia corta, ha vuelto... Caballero marqués, ó lo que seais, para luchar contra semejante hombre no necesitais llevar ese vestido burdo ni disimular vuestra nobleza; podeis hacer con él lo que mejor os convenga, incluso matarle, sin que el gobierno francés os estorbe. Oscuro, olvidado, y no muy bien quisto, Santorcaz se consuela con la masonería, y en la lógia de la calle de Tentecios unos cuantos perdidos españoles y franceses, lo peor sin duda de ambas naciones, se entretienen en exterminar al género humano, volviendo al mundo patas arriba, suprimiendo la aristocracia y poniendo á los reyes una escoba en la mano, para que barran las calles. Ya veis que esto es ridículo. Yo he ido varias veces allí en vez de ir al teatro, y en verdad que no debieran disfrazarse de cómicos, porque realmente lo son.

—Veo que eres un hombre de grandísimo talento.

—Lo que soy—dijo el soldado en tono de alarmante sospecha—es un hombre que no se mama el dedo. ¿Cómo es posible que siendo vuestro único enemigo un hombre tan poco estimado y siendo vos marqués de tantas campanillas, necesiteis venir aquí vendiendo verdura y engañando á todo el pueblo, cual si no hubierais de luchar con un intrigante de baja estofa, sino con todos nosotros, con nuestro poder, nuestra policía, y el mismo gobernador de la plaza, el general Thiebaut-Tibo?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Jean-Jean razonaba lógicamente, y por breve rato no supe qué contestarle.

—*Connu, connu*... Basta de farsas. Sois espía—exclamó con acento brutal.—Si después de venir aquí como enemigo de la Francia, os burlais de mí, juro...

—Calma, calma, amigo Jean-Jean—dije procurando esquivar el gran peligro que me amenazaba, después que lo creí conjurado.—Ya te dije que una aventura amorosa... ¿No has reparado que Santorcaz lleva consigo una joven...

—Sí, ¿y qué? Dicen que es su hija...

—¡Su hija!—exclamé afectando una cólera frenética;—¿ese miserable se atreve á decir que es su hija? No puede ser.

—Así lo dicen, y en verdad que se le parece bastante—repuso con calma mi interlocutor.

—¡Oh! por Dios, amigo mío, por todos los santos, por lo que más ames en el mundo, llévame á casa de ese hombre, y si delante de mí se atreve á decir que Inés es su hija le arrancaré la lengua.

—Lo que puedo aseguraros es que la he visto paseando por la ciudad y sus alrededores, dando el brazo á Santorcaz, que está muy enfermo, y la muchacha, muy linda por cierto, no tenía modos de estar descontenta al lado del masón, pues cariñosamente le conduce por las calles y le hace monerías... Y ahora, *mon petit*, salís con que es vuestra novia, y una señora encantada ó *princesse d'Araucanie*, según habeis dado á entender... Bueno, ¿y qué?

—Que he venido á Salamanca para apoderarme de ella y restituirla á su familia, empresa en la cual espero que me ayudarás.

—Si ha sido robada, ¿por qué esa familia, que es tan poderosa, no se ha quejado al Rey José?

—Porque esa familia no quiere pedir nada al Rey José. Eres más preguntón que un fiscal, y yo no puedo sufrirte más—grité sin poder contener mi impaciencia y enojo.—¿Me sirves, sí ó no?

Jean-Jean, viendo mi actitud resuelta, vaciló un momento y después me dijo:

—¿Qué tengo qué hacer? ¿Llevaros á la calle del Cáliz donde está la casa de Santorcaz, entrar, acogotarle y coger en brazos á la encantada?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Eso sería muy peligroso. Yo no puedo hacer eso sin ponerme antes de acuerdo con ella, para que prepare su evasión con prudencia y sin escándalo. ¿Puedes tú entrar en la casa?

—No muy fácilmente, porque el Sr. Santorcaz tiene costumbres de anacoreta y no gusta de visitas; pero conozco á Ramoncilla, una de las dos criadas que le sirven y podría introducirme en caso de gran interés.

—Pues bien; yo escribo dos palabras, haces que lleguen á manos de la señorita Inés, y una vez que esté prevenida...

—Ya os entiendo, tunante—dijo con malicia de zorro y burlándose de mí.—Quereis que me quite de vuestra presencia para escaparos.

—¿Todavía dudas de mi sinceridad? Atiende á lo que escribo con lapiz en este papel.

—Apoyando un pedazo de papel en la pared escribí lo siguiente, que por encima de mi hombro leía Jean-Jean.

"Confía en el portador de este escrito que es un amigo mío y de tu mamá la condesa de***, y al cual señalarás el sitio y hora en que puedo verte, pues habiendo venido á Salamanca decidido á salvarte, no saldré de aquí sin tí.—*Gabriel.*„

—¿Nada más que esto?--dijo tomando el papel y observándolo con la atención profunda del anticuario que quiere descifrar una inscripción oscura.

—Concluyamos. Tú llevas ese papel; procuras entregarlo á la señorita Inés, y si me traes en el dorso del mismo una sola letra suya, aunque sea trazada con la uña, te entregaré los seis doblones que llevo aquí, dejando para recompensar servicios de más importancia lo que guardé en el mesón.

—¡Sí, bonito negocio!—dijo el francés con desdén.—Yo voy á la calle del Cáliz, y en cuanto me aleje, vos que no deseais sino perderme de vista, echais á correr, y...

—Iremos juntos y te esperaré en la puerta...

—Es lo mismo, porque si subo y os dejo fuera...

—¡Desconfías de mí, miserable!—exclamé inflamado por la indignación, que se mostró de un modo terrible en mi voz y en mi gesto.

—Sí, desconfío... En fin, voy á proponeros una cosa, que me dará garantía contra vos. Mientras voy á la calle del Cáliz, os dejaré encerrado en paraje muy seguro, del cual es imposible escapar. Cuando vuelva de mi comisión os sacaré y me dareis el dinero.

La ira se desbordaba en mí, mas viendo que era imposible escapar del poder de tan vil enemigo, acepté lo que me proponía, reconociendo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que entre morir y ser encerrado durante un espacio de tiempo que no podía ser largo; entre la denuncia como espía y una retención pasajera, la elección no era dudosa.

—Vamos—le dije con desprecio;—llévame á donde quieras.

Sin hablar más, Jean-Jean marchó á mi lado y volvimos á penetrar en aquel laberinto de ruinas, de edificios medio demolidos y revueltos escombros donde empezaban las fortificaciones. Vimos primero alguna gente en nuestro camino, y después la multitud que iba y venía, y trabajaba en los parapetos, amontonando tierra y piedras, es decir, fabricando la guerra con los restos de la religión. Ambos silenciosos llegamos á un pórtico vasto, que parecía ser de convento ó colegio, y nos dirigimos ó un cláustro, donde ví hasta dos docenas de soldados, que tendidos por el suelo jugaban y reían con bullicio, gente feliz en medio de aquella nacionalidad destruida, pobres jóvenes sencillos é ignorantes de las causas que les habían movido á convertir en polvo la obra de los siglos.

—Este es el convento de la Merced Calzada—me dijo Jean-Jean.—No se ha podido acabar de demoler, porque había mucha faena por otro lado. En lo que queda nos acuartelamos doscientos hombres. ¡Buen alojamiento! Benditos sean los frailes. *¡Charles le Temeraire!*—gritó después llamando á uno de los soldados que estaban en el corro.

—¿Qué hay?—dijo adelantándose un soldado pequeño y gordiflón.—¿Á quién traes contigo?

—¿Dónde está mi primo?

—Por ahí anda. *¡Pied-de-mouton!*

Presentóse al poco rato un sargento bastante parecido á mi acompañante maldito, y éste le dijo:

—*Pied-de-mouton*, dame la llave de la torre.

Un instante después, Jean-Jean entraba conmigo en un aposento que no era ni oscuro ni húmedo, como suelen ser los destinados á encerrar prisioneros.

—Permitidme, *señor pequeño marqués*—me dijo con burlona cortesía,—que os encierre aquí mientras voy á la calle del Cáliz. Si me dais antes de partir los doblones prometidos, os dejaré libre.

—No—repuse con desprecio.—Para tener la recompensa sin el servicio, necesitas matarme, vil. Inténtalo y me defenderé como pueda.

—Pues quedaos aquí. No tardaré en volver.

Marchóse, cerrando por fuera la puerta, que era gruesísima.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVI

L verme solo, toqué los muros, cuyo espesor de dos varas anunciaba una solidez de construcción á prueba de terremotos... ¡Triste situación la mía! Cerca del medio día, y antes de que pudiera adquirir todos los datos que mi general deseaba, encontrábame prisionero, imposibilitado de recorrer solo y á mis anchas la población. Hablando en plata, Dios no me había favorecido gran cosa, y á tales horas, poco sabía yo, y nada había hecho.

Sentéme fatigado, alcé la cabeza para explorar lo que había encima, y ví una escalera que arrancando del suelo, seguía doblándose en los ángulos, y enrollándose hasta perderse en alturas que no distinguía claramente mi vista. Los negros tramos de madera subían por el prisma interior, articulándose en las esquinas como una culebra con coyunturas, y las últimas vueltas perdíanse arriba en la alta región de las campanas. Una luz vivísima, entrando por las rasgadas ventanas sin vidrios, iluminaba aquel largo tubo vertical, en cuya parte inferior me

(c) 2008 Ministerio de Cultura

encontraba. Atracción poderosa llamábame hacia arriba, y subí corriendo. Más que subir, aquella veloz carrera mía fué como si me arrojara en un pozo vuelto al revés.

Saltando los escalones de dos en dos, llegué á un piso donde varios aparatos destruidos me indicaron que allí había existido un reloj. Por fuera una flecha negra que estuviera dando vueltas durante tres siglos, señalaba con irónica inmovilidad una hora que no había de correr más. Por todas partes pendían cuerdas; pero no había campanas. Era aquello el cadáver de una cristiana torre, mudo é inerte como todos los cadáveres. El reloj había cesado de latir marcando la oscilación de la vida, y las lenguas de bronce habían sido arrancadas de aquellas gargantas de piedra que por tanto tiempo clamaran en los espacios, saludando el alba naciente, ensalzando al Señor en sus grandes días y pidiendo una oración para los muertos. Seguí subiendo, y en lo más alto dos ventanas, dos enormes ojos miraban atónitos el vasto cielo y la ciudad y el país, como miran los espantados ojos de los muertos, sin brillo y sin luz. Al asomarme á aquellas cavidades, lancé un grito de júbilo.

Debajo de mi vista se desarrollaba un mapa de gran parte de la ciudad y sus contornos, su río y su campiña.

Un viento suave mugía en la bóveda de la torre solitaria, articulando en aquel cráneo vacío sílabas misteriosas. Figurábaseme que la mole se tambaleaba como una palmera, amenazando caer antes que las piquetas de los franceses la destruyeran piedra á piedra. Á veces me parecía que se elevaba más, más todavía, y que la ciudad ilustre, la insigne *Roma la chica*, se desvanecía allá abajo perdiéndose entre las brumas de la tierra. Ví otras torres, los tejados, las calles, la majestuosa masa de las dos catedrales, multitud de iglesias de diferentes formas que habían tenido el privilegio de sobrevivir; innumerables ruinas, donde centenares de hombres, parecidos á hormigas que arrastran granos de trigo, corrían y se mezclaban; ví el Tormes, que se perdía en anchas curvas hacia Poniente, dejando á su derecha la ciudad y faldeando los verdes campos del Zurguén por la otra orilla; ví las plataformas, las escarpas, y contraescarpas, los rebellines, las cortinas, las troneras, los cañones, los muros aspillerados, los parapetos hechos con la columnata de los templos, los espaldones amasados con el polvo y la tierra que fueron huesos y carne de venerables monjas y frailes; ví los cañones enfilados hacia afuera, los morteros, el foso, las zanjas, los sacos de tierra, los montones de balas, los parques al aire libre... ¡Oh, Dios poderoso, me diste más de lo que yo pedía! Vagaba por la ciudad imposibilitado de cumplir con mi deber,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

amenazado de muerte, expuesto á mil peligros, vendido, perdido, condenado, sin poder ver, sin poder mirar, sin poder escuchar, sin poder adquirir idea exacta ni áun confusa de lo que me rodeaba, hasta que un brazo de piedra, recogiéndome de entre las ruinas del suelo, alzóme en los aires para que todo lo viese.

—Bendito sea el Señor omnipotente y misericordioso—exclamé.—Después de esto no necesito más que ojos, y afortunadamente los tengo.

La torre de la Merced tenía suficiente elevación para observar todo desde ella. Casi á sus piés estaba el colegio del Rey, seguía San Cayetano; después, en dirección al ocaso, el colegio mayor de Cuenca, y por último, los Benitos; en la elevación de enfrente, ví una masa de edificios arruinados, cuyos nombres no conocía, pero cuyas murallas se podían determinar perfectamente, con las piezas de artillería que las guarnecían. Volviéndome al lado opuesto, ví lo que llamaban Teso de San Nicolás, los Mostenses, el Monte Olivete, y entre estas posiciones y aquellas, el foso y los caminos cubiertos que bajaban al puente.

Desde la puerta de San Vicente, donde estaba el rebellín con los cuatro cañones giratorios de que habló Molichard, partía un foso que se enlazaba con los Milagros. En la parte anterior y superior del foso había una línea de aspilleras sostenida por fuerte estacada. Todo el edificio de San Vicente estaba aspillerado, y sus fuegos podían dirigirse al interior de la ciudad y al campo. San Cayetano era imponente. Demolido casi por completo, habían formado espacioso terraplén con baterías de todos calibres, y sus fuegos podían barrer la plazuela del Rey, el puente y la explanada del Hospicio.

Aunque el recelo de que mi carcelero volviese pronto me obligó á trazar con mucha precipitación el dibujo que deseaba, éste no salió mal, y en él representé imperfectamente, pero con mucha claridad, lo mucho y bueno que veía. Hícelo ocultándome tras el antepecho de la torre, y aunque la proyección geométrica dejaba algo que desear como obra de ciencia, no olvidé detalle alguno, indicando el número de cañones con precisión escrupulosa. Terminado mi trabajo, guardélo muy cuidadosamente y bajé hasta la entrada de la torre. Echándome sobre el primer escalón, aguardé al Sr. Jean-Jean, con intento de fingir que dormía cuando él llegase.

Tardó bastante tiempo, poniéndome en cuidado y zozobra; mas al fin apareció, y le recibí haciendo como que me despertaba de largo y sabroso sueño. La expresión de su rostro parecióme de feliz augurio. Dios había empezado á protejerme, y hubiera sido crueldad divina torcer mi

(c) 2008 Ministerio de Cultura

camino en aquella hora cuando tan fácil y transitable se presentaba delante de mí, llevándome derechamente á la buena fortuna.

—Podeis seguirme—dijo Jean-Jean.—He visto á vuestra adorada.

—¿Y qué?—pregunté con la mayor ansiedad.

—Me parece que os ama, señor marqués—dijo en tono de lisonja y sonriendo con el servilismo propio de quien todo lo hace por dinero.—Cuando le dí vuestro billete, se quedó más blanca que el papel en que lo escribísteis... El Sr. Santorcaz, que está muy enfermo, dormía. Yo llamé á Ramoncilla, le prometí un doblón si hacía venir á la niña delante de mí para darle el billete; pero ¡cosa imposible! La niña está encerrada y el amo cuando duerme, guarda la llave debajo de la almohada... Insistí, prometiendo dos doblones... Entró la muchacha, hizo señas, apareció por un ventanillo una hermosísima figura, que alargó la mano... Subíme á un tonel... no era bastante y puse sobre el tonel una silla... ¡Oh, señor marqués! Después de leer el papel me dijo que fuéseis al momento y luego como le indicase que necesitábais ver dos letras suyas para creerme, trazó con un pedazo de carbón esto que aquí veis... si he ganado bien mis seis doblones—añadió lisonjeándome con una de esas cortesías que sólo saben hacer los franceses,—vuecencia lo dirá.

El pícaro había cambiado por completo en gesto y modales para conmigo. Tomé el papel y decía "*Ven al instante*," trazado en caractéres que reconocí al momento. Los garabatos con que los ángeles deben de escribir en el libro de ingresos del Cielo el nombre de los elegidos no me hubieran alegrado más.

Sin hacerme repetir la súplica indirecta, pagué á Jean-Jean.

Salimos á toda prisa de la torre, atalaya de mi espionaje, y luego del cláustro y convento arruinado; enderezando nuestros pasos por calles ó callejuelas, pasamos por delante de la catedral, y luego nos internamos de nuevo por varias angostas vías, hasta que al fin paróse Jean-Jean y dijo:

—Aquí es. Entremos despacito, aunque sin miedo, porque nadie nos estorba llegar hasta el patio. Ramoncilla nos dejará pasar. Después Dios dirá.

Atravesamos el portal oscuro, y empujando una puerta divisamos un patio estrecho y húmedo, donde se nos apareció Ramoncilla, la cual gravemente hizo señas de que no metiésemos ruido, y luego inclinó su cabeza sobre la palma de la mano, para indicar sin duda que el señor seguía durmiendo. Avanzamos paso á paso, y Jean-Jean, sin abandonar su sonrisa de lisonja, señalóme una estrecha ventana que se abría en uno

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de los muros del patio. Miré, pero nadie asomó por ella. Mi emoción era tan grande que me faltaba el aliento, y dirigía con extravío los ojos á todos lados como quien ve fantasmas.

Sentí un ruido extraño, un rumor como el de las alas de un insecto cuando surca el aire junto á nuestra cabeza, ó el roce de una sutil tela con otra.

Alcé la vista y la ví, ví á Inés en la ventana, sosteniendo la cortina con la mano izquierda y fijo en la boca el índice de la derecha para imponerme silencio. Su semblante expresaba un temor semejante al que nos sobrecoge cuando nos vemos al borde de un hondo precipicio sin poder detener ya la gravitación que nos empuja hácia él. Estaba pálida como la muerte, y el mirar de sus espantados ojos me trastornaba el juicio.

Ví una escalera á mi derecha y me precipité por ella, pero la criada y el francés dijéronme, más con signos que con palabras, que subiendo por allí no podía entrar. Moví los brazos ordenando á Inés que bajase; pero hizo ella signos negativos que me desesperaron más.

—¿Por dónde subo?—pregunté.

La infeliz llevóse ambas manos á la cabeza, lloró, y repitió su negativa. Luego parecía quererme decir que esperase.

—Subiré—dije al francés, buscando algún objeto que disminuyese la distancia.

Pero Jean-Jean, oficioso y solícito, como quien ha recibido seis doblones, había ya rodado el tonel que en un ángulo del patio estaba y puéstolo bajo la ventana. Aquel auxilio era pequeño, pues aún faltaba gran trecho sin apoyo ni asidero alguno. Yo devoraba con los ojos la pared, ó más que pared, inaccesible montaña, cuando Jean-Jean, rápido, diligente y risueño, subió al tonel señalándome sus hombros. Comprender su idea y utilizarla fué obra del mismo momento, y trepando por aquella escalera de carne francesa, así con mis trémulas manos el antepecho de la ventana. Estaba arriba.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVII

ALLÉME frente á Inés que me miraba, confundiendo en sus ojos la expresión de dos sentimientos muy distintos; la alegría y el terror. No se atrevía á hablarme; puso violentamente su mano en mi boca cuando quise articular la primera palabra; inundó de lágrimas ardientes mi pecho, y luego, indicándome con movimientos de inquietud que yo no podía estar allí, me dijo:

—¿Y mi madre?

—Buena... ¿qué digo buena?... medio muerta por tu ausencia... ven al instante... Estás en mi poder... ¿Lloras de alegría?

La estreché con vehemente cariño en mis brazos y repetí:

—¡Sígueme al momento... pobrecita!... Te ahogas aquí... tanto tiempo buscándote... ¡Huyamos, vida y corazón mío!

La noticia de mi próxima muerte no me hubiera producido tanto dolor como las palabras de Inés cuando, temblando en mis brazos, me dijo:

—Márchate tú. Yo no.

Separéme de ella y la miré como se mira un misterio que espanta.

—¿Y mi madre?—repitió ella.

Su voz débil y quejumbrosa apenas se oía. Resonaba tan sólo en mi alma.

—Tu madre te aguarda. ¿Ves esta carta? Es suya.

Arrebatándome la carta de las manos, la cubrió de besos y lágrimas y se la guardó en el seno. Luego con rapidez suma se apartó de mí, señalándome con insistencia el patio.

El espíritu que va consentido al Cielo y encuentra en la puerta á San Pedro que le dice: "Buen amigo, no es este vuestro destino; tomad „por aquella senda de la izquierda,„ ese espíritu que equivoca el camino, porque ha equivocado su suerte, no se quedará tan absorto como me quedé yo.

En mi alma se confundían y luchaban también sentimientos diversos; primero una inmensa alegría, después la zozobra, mas sobre todos dominaron la rabia y el despecho, cuando ví que aquella criatura tan

(c) 2008 Ministerio de Cultura

amada, á quien yo quería devolver la libertad, me despedía sin que se pudiera traslucir el motivo. ¡Era para volverse loco! Encontrarla después de tantos afanes, entrever la posibilidad de sacarla de allí para devolverla á su angustiada madre, á la sociedad, á la vida; recobrar el perdido tesoro del corazón, tomarlo en la mano y sentir rechazada esta mano...

—¡Ahora mismo vas á salir de aquí conmigo!—dije sin bajar la voz y estrechando tan fuertemente su brazo que, á causa del dolor, no pudo reprimir un ligero grito.

Arrojóse á mis plantas y tres veces, tres veces, señores, con acento que heló la sangre en mis venas, repitió:

—No puedo.

—¿No me mandaste que viniera?—dije recordando el papel escrito con carbón.

Tomó de una mesa un largo pliego escrito recientemente, y dándomelo, me dijo:

—Toma esa carta, vete y haz lo que te digo en ella. Te veré otro día por esta ventana.

—No quiero—grité haciendo pedazos el papel.—No me voy sin tí.

Me asomé por la ventana y ví que Jean-Jean y Ramoncilla habían desaparecido. Inés se arrodilló de nuevo ante mí.

—¡La llave, trae pronto la llave!—dije bruscamente. Levántate del suelo... ¿oyes?...

—No puedo salir—murmuró.—Vete al momento.

Sus grandes ojos abiertos con espanto, me expulsaban de la casa.

—¡Estás loca!—exclamé.—Dime "muere,„ pero no digas "vete...„ Ese hombre te impide salir conmigo; tiene tanto poder sobre tí que te hace olvidar á tu madre y á mí que soy tu hermano, tu esposo, á mí que he recorrido media España buscándote, y cien veces he pedido á Dios que tomara mi vida en cambio de tu libertad... ¿Te niegas á seguirme?... Díme donde está ese verdugo, porque quiero matarlo; no he venido más que á eso.

Su turbación hizo espirar las palabras en mi garganta. Estrechó amorosamente mi mano, y con voz angustiosa que apenas se oía, me dijo:

—Si me quieres todavía, márchate.

Mi furor iba á estallar de nuevo con mayor violencia, cuando un acento lejano, un eco que llegaba hasta nosotros debilitado por la distancia, clamó repetidas veces:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Inés, Inés.

Una campanilla sonó al mismo tiempo con discorde vibración.

Levantóse ella despavorida, trató de componer su rostro y cabello secando las lágrimas de sus ojos, vino hacia mí poniendo en la mirada toda su alma para decirme que callase, que estuviese quieto, que la obeciese retirándome, y partió velozmente por un largo pasadizo que se abría en el fondo de la habitación.

Sin vacilar un instante la seguí. En la oscuridad, servíanme de guía su forma blanca, que se deslizaba entre las dos negras paredes, y el ruido de su vestido al rozar contra una y otra en la precipitada marcha. Entró en una habitación espaciosa y bien iluminada, en donde entré también. Era su dormitorio, y al primer golpe de vista advertí la agradable decencia y pulcritud de aquella estancia, amueblada con arte y esmero. El lecho, las sillas, la cómoda, las láminas, la fina estera de colores, los jarros de flores, el tocador, todo era bonito y escogido.

Cuando puse mis piés en la alcoba, ella que iba mucho más aprisa que yo, había pasado á otra pieza contigua por una puerta vidriera, cuya luz cubrían cortinas blancas de indiana con ramos azules. Allí me detuve y la ví avanzar hacia el fondo de una vasta estancia medio oscura, en cuyo recinto resonaba la voz de Santorcaz. El rencor me hizo reconocerle en la penumbra de la ancha cuadra, y distinguí la persona del miserable, doloridamente recostada en un sillón con las piernas extendidas sobre un taburete y rodeado de almohadas y cojines.

También pude ver que la forma blanca de Inés se acercaba al sillón: durante corto rato ambos bultos estuvieron confundidos y enlazados, y sentí el estallido de amorosos besos que imprimían los labios del hombre sobre las mejillas de la mujer.

—Abre, abre esas maderas, que está muy oscuro el cuarto—dijo Santorcaz—y no puedo verte bien.

Inés lo hizo así, y la copiosa y rica luz del Mediodía iluminó la estancia. Mis ojos la escudriñaron en un segundo, observando todo, personajes y escena. Á Santorcaz con la barba crecida y casi enteramente blanca, el rostro amarillo, hundidos los ojos de fuego, surcada de arrugas la hermosa y vasta frente, huesosas las manos, fatigado el aliento, no le hubiera conocido otro que yo, porque tenía grabadas en la mente sus facciones con la claridad del rostro aborrecido. Estaba viejo, muy viejo. La pieza contenía armas puestas en bellas panoplias, algunos muebles antiguos de gastado entalle, muchos libros, diversos armarios, arcones, un lecho cuyo dosel sostenían torneadas columnas y un ancho

(c) 2008 Ministerio de Cultura

velador lleno de papeles en confusión revueltos. Inés se juntó al hombre á quien por su vejez prematura puedo llamar anciano.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Por qué has tardado en venir?—dijo Santorcaz con acento dulce y cariñoso, que me causó gran sorpresa.

—Estaba leyendo aquel libro... aquel libro... ya sabes—dijo la muchacha con turbación.

El anciano tomando la mano de Inés la llevó á sus labios con inefable amor.

—Cuando mis dolores—prosiguió—me permiten algún reposo y duermo, hija mía, en el sueño me atormenta una pena angustiosa; me parece que te vas y me dejas solo, que te vas huyendo de mí. Quiero llamarte y no puedo proferir voz alguna; quiero levantarme para seguirte y mi cuerpo convertido en estátua de hierro no me obedece...

Callando un momento para reposar su habla fatigosa, prosiguió luego así:

—Hace un instante dormía con un sueño indeciso. Me parecía que estaba despierto. Sentí voces en la habitación que da al patio; te ví dispuesta á huir, quise gritar; un peso horroroso, una montaña, oprimía mi pecho... todavía moja mi frente el sudor frío de aquella angustia... Al despertar eché de ver que todo era una nueva repetición del mismo sueño que me atormenta todas las noches... Dí, ¿me abandonarás? ¿abandonarás á este pobre enfermo, á este hombre ayer joven, hoy anciano y casi moribundo, que te ha hecho algún daño, lo confieso, pero que te ama, te adora como no suelen amar los hombres á sus semejantes, sino como se adora á Dios ó á los ángeles? ¿Me abandonarás, me dejarás solo?...

—No—dijo Inés.

Aquel monosílabo apenas llegó hasta mí.

—¿Y me perdonas el mal que te he hecho, la libertad que te he quitado? ¿Olvidas las grandezas vanas y falaces que has perdido por mí...?

—Sí—contestó la muchacha.

—Pero no me amarás nunca como yo te amo. La prevención, el horror que te inspiré en los primeros días no podrá borrarse de tu corazón, y esto me desespera. Todos mis esfuerzos para complacerte, mi empeño en hacerte agradable esta vida, el bienestar tranquilo que te he proporcionado, todo es inútil... La odiosa imagen del ladrón no te dejará ver en mí la venerable faz del padre. ¿No estás aún convencida de que soy un hombre bueno, honrado, leal, cariñoso, y no un mónstruo abominable como creen algunos necios?

Inés no contestó. La observé dirigiendo inquietas miradas á los vidrios, tras los cuales yo me ocultaba.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Si por algo temo la muerte, es por tí—continuó el anciano.—¡Oh! si pudiera llevarte conmigo sin quitarte la vida... Pero ¿quién asegura que moriré...? No, mi enfermedad no es mortal. Viviré muchos años á tu lado, mirándote y bendiciéndote, porque has llenado el vacío de mi existencia. ¡Bendito sea el *Sér Supremo!* Viviré, viviremos, hija mía; yo te prometo que serás feliz... ¿Pero no lo eres ahora? ¿Qué te falta...? ¿No me respondes...? Estás aterrada, te causo miedo...

El anciano calló un momento, y durante breve rato no se oyó en la habitación más que el batir de las ténues alas de una mosca que se sacudía contra los cristales, engañada por la trasparencia de éstos.

—¡Dios mío!—exclamó él con amargura.—¿Seré yo tan criminal como dicen? ¿Lo crees tú así? Dímelo con franqueza... ¿Me juzgas un malvado? Hay en mi vida hechos extraños, hija mía, ya lo sabes; pero todo se explica y se justifica en este mundo... ¿Qué razón hay para que te posea tu madre que durante tanto tiempo te tuvo abandonada, pudiendo recogerte, y no te posea yo, que te amo por lo ménos tanto como ella? no, que te amo más, muchísimo más, porque en la condesa pudo siempre el orgullo más que la maternidad, y jamás te llamó hija. Te tenía á su lado como un juguete precioso ó fútil pasatiempo. Hija mía, la holgazanería, la corrupción y la vanidad de esos grandes, tan despreciables por su carácter, no tienen límites. Aborrece á esa gente, convéncete de la superioridad que tienes sobre ellos por la nobleza de tu alma; no les hagas el honor de ocupar tu entendimiento con una idea relativa á su vil orgullo. Haz tus alegrías con sus tormentos, y espera con deleite el día en que todos ellos caigan en el lodo. Apacenta tu fantasía con el espectáculo de reparación y justicia de esa gran caída que les espera, y acostúmbrate á no tener lástima de los explotadores del linaje humano, que han hecho todo lo posible para que el pueblo baile sobre sus cuerpos, después de muertos... ¿Pero estás llorando, Inés...? Siempre dices que no entiendes esto. No puedo borrar de tu alma el recuerdo de otros días...

Inés no contestó nada.

—Ya..—dijo Santorcaz con amarga ironía, después de breve pausa. —La señorita no puede vivir sin carroza, sin palacio, sin lacayos, sin fiestas y sin pavonearse como las cortesanas corrompidas en los palacios de los reyes... Un hombre del *estado llano* no puede dar esto á una señorita, y la señorita desprecia á su padre.

La voz de Santorcaz tomó un acento duro y reprensivo.

—Quizás esperes volver allá...—añadió.—Quizás trames algún plan contra mí... ¡Ah! ingrata; si me abandonas, si tu corazón se deja sobornar

(c) 2008 Ministerio de Cultura

por otros amores, si menosprecias el cariño inmenso, infinito, de este desgraciado... Inés, dame la mano, ¿por qué lloras...? vamos, vamos, basta de gazmoñerías... Las mujeres son mimosas y antojadizas... Vamos, hijita, ya sabes que no quiero lágrimas. Inés, quiero un rostro alegre, una conformidad tranquila, un ademán satisfecho...

El anciano besó á su hija en la frente, y después dijo:

—Acerca una mesa, que quiero escribir.

No pudiendo contenerme más, empujé las vidrieras para penetrar en la habitación.

—¡Un hombre, un ladrón!—gritó Santorcaz.

—El ladrón eres tú—afirmé adelantando con resolución.

—¡Oh! Te conozco, te conozco...—exclamó el anciano levantándose no sin trabajo de su asiento y arrojando á un lado almohadas y cojines.

Inés al verme lanzó un grito agudísimo, y abrazando á su padre:

—No le hagas daño—dijo—se marchará.

—Necio—gritó él.—¿Que buscas aquí? ¿Cómo has entrado?

—¿Qué busco? ¿Me lo preguntas, malvado?—exclamé poniendo todo mi rencor en mis palabras.—Vengo á quitarte lo que no es tuyo. No temas por tu miserable vida, porque no me ensañaré en ese infeliz cuerpo á quien Dios ha dado el merecido infierno con anticipación; pero no me provoques, ni detengas un momento más lo que no te pertenece, reptil, porque te aplasto.

Al mirarme, los ojos de Santorcaz envenenaban y quemaban. ¡Tanta ponzoña y tanto fuego había en ellos!

—Te esperaba...—gritó.—Sirves á mis enemigos. Hijo del pueblo, que comes las sobras de la mesa de los grandes, sabe que te desprecio. Enfermo é inválido estoy; mas no te temo. Tu vil condición y el embrutecimiento que da la servidumbre, te impulsarán á descargar sobre mí la infame mano con que cargas la litera de los nobles. Desprecio tus palabras. Tu lengua, que adula á los poderosos é insulta á los débiles, sólo sirve para barrer el polvo de los palacios. Insúltame ó mátame; pero mi adorada hija, mi hija que lleva en sus venas la sangre de un mártir del despotismo, no te seguirá fuera de aquí.

—Vamos—grité á Inés ordenándole imperiosamente que me siguiera, y despreciando aquel gárrulo estilo revolucionario que tan en boga estaba entonces entre afrancesados y masones.—Vamos fuera de aquí.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVIII

NÉS no se movía. Parecía la estátua de la indecisión. Santorcaz, gozoso de su triunfo, exclamó:

—¡Lacayo, lacayo! Dí á tus indignos amos que no sirves para el caso.

Al oir esto, una nube de sangre cubrió mis ojos; sentí llamas ardientes dentro de mi pecho, y abalancéme hacia aquel hombre. El rayo, al caer, debe sentir lo que yo sentí. Alargó su brazo para coger una pistola que en la cercana mesa había, y al dirigirla contra mi pecho, Inés se interpuso tan violentamente, que si disparara, hubiérala muerto sin remedio.

—¡No le mates, padre!—gritó.

Aquel grito, el aspecto del anciano enfermo, que arrojó el arma lejos de sí, renunciando á defenderse, me sobrecogieron de tal modo, que quedé mudo, helado y sin movimiento.

—Díle que nos deje en paz—murmuró el enfermo abrazando á su hija.—Sé que conoces hace tiempo á ese desgraciado.

La muchacha ocultó en el pecho del padre su rostro lleno de lágrimas.

—Joven sin corazón—me dijo Santorcaz con voz trémula.—Márchate; no me inspiras odio ni afecto. Si mi hija quiere abandonarme y seguirte, llévatela.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Clavó en su hija los ojos ardientes, apretando con su mano huesosa, no menos dura y fuerte que una garra, el brazo de la infeliz joven:

—¿Quieres huir de mi lado y marcharte con ese mancebo?—añadió soltándola y empujándola nuevamente lejos de sí.

Dí algunos pasos hacia adelante para tomar la mano de Inés.

—Vamos—le dije.—Tu madre te espera.—Estás libre, querida mía, y se acabaron para tí el encierro y los martirios de esta casa, que es un sepulcro habitado por un loco.

—No, no puedo salir—me dijo Inés corriendo al lado del anciano, que le echó los brazos al cuello y la besó con ternura.

—Bien, señora—dije con un despecho tal, que me sentí impulsado á no sé qué execrables violencias.—Saldré. Nunca más me verá usted; nunca más verá usted á su madre.

—Bien sabía yo que no eras capaz de la infamia de abandonarme—exclamó el anciano llorando de júbilo.

Inés me lanzó una mirada encendida y profunda, en la cual sus negras pupilas, al través de las lágrimas, dijéronme no sé qué misterios, manifestáronme no sé qué enigmáticos pensamientos que en la turbación de aquel instante no pude entender. Ella quiso sin duda decirme mucho; pero yo no comprendí nada. El despecho me ahogaba.

—Gabriel—dijo el anciano recobrando la serenidad,—aquí no haces falta. Ya has oido que te marches. Supongo que habrás traído escala de cuerda; mas para que bajes más seguro, toma la llave que hay sobre esa mesa, abre la puerta que hay en el pasillo, y por la escalera que veas baja al patio. Te ruego que dejes la llave en la puerta.

Viendo mi indecisión y perplegidad, añadió con punzante ironía:

—Si puedo serte útil en Salamanca, dímelo con franqueza. ¿Necesitas algo? Parece que no has comido hoy, pobrecillo. Tu rostro indica vigilias, privaciones, trabajos, hambre... En la casa del hombre del *estado llano* no falta un pedazo de pan para los pobres que vienen á la puerta. ¿Sucede lo mismo en casa de los nobles?

Inés me miró con tanta compasión, que yo la sentí por ella, pues no se me ocultaba que padecía horriblemente.

—Gracias—respondí con sequedad:—no necesito nada. El pedazo de pan que he venido á buscar no ha caído en mi mano; pero volveré por él... Adios.

Y tomando la llave, salí bruscamente de la estancia, de la escalera, del patio, de la horrible casa; pero padre, hija, estancia, patio y casa, todo lo llevaba dentro de mí.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Cuando me encontré en la calle, traté de reflexionar para que la razón, enfriando mi sofocante ira, iluminara un poco mi entendimiento sobre aquel inesperado suceso; pero en mí no había más que pasión, una irritación salvaje que me hacía estúpido. Fuera ya de la escena, lejos ya de los personajes, traté de recordar también la expresión de las fisonomías, para escudriñar antecedentes, indagar causas y secretos. Estos no pueden salir desde el fondo de las almas á la superficie de los apasionados discursos en un diálogo ardiente entre personas que con ardor se aman ó se odian.

Á veces sentía no haber extrangulado á aquel hombre envejecido por las pasiones; á veces sentía hacia él inexplicable compasión. La conducta de Inés, tan desfavorable para mi amor propio, infundíame á ratos una ira violenta, ira de amante despreciado, y á ratos un estupor secreto con algo de la instintiva admiración que producen las grandezas de la Naturaleza cuando está uno cerca de ellas, cuando sabe uno que las va á ver, pero no las ha visto todavía.

Mi cerebro estaba lleno con la anterior entrevista. Pasaba el tiempo, pasaba yo maquinalmente de un sitio á otro, y aún los tenía á los dos ante la vista, á ella afligida y espantada, queriendo ser buena con su padre y conmigo; á Santorcaz furioso, irónico, díscolo é insultante conmigo, tierno y amoroso con ella. Observando bien á Inés, ahondando en aquel dolor suyo y en aquella su patética simpatía por la miseria humana, no había realmente nada de nuevo. En él sí, mucho.

Yo traía el pasado y lo ponía delante; registraba toda aquella parte de mi vida en que tuviera relación con ambos personajes. Finalmente, hice, respecto á mi propio pensar y sentir en aquella ocasión un raciocinio que iluminó un poco mi espíritu.

—Largo tiempo, y hoy mismo, al encontrarme frente á él—dije,—he considerado á ese hombre como un malvado, y no he considerado que es un padre.

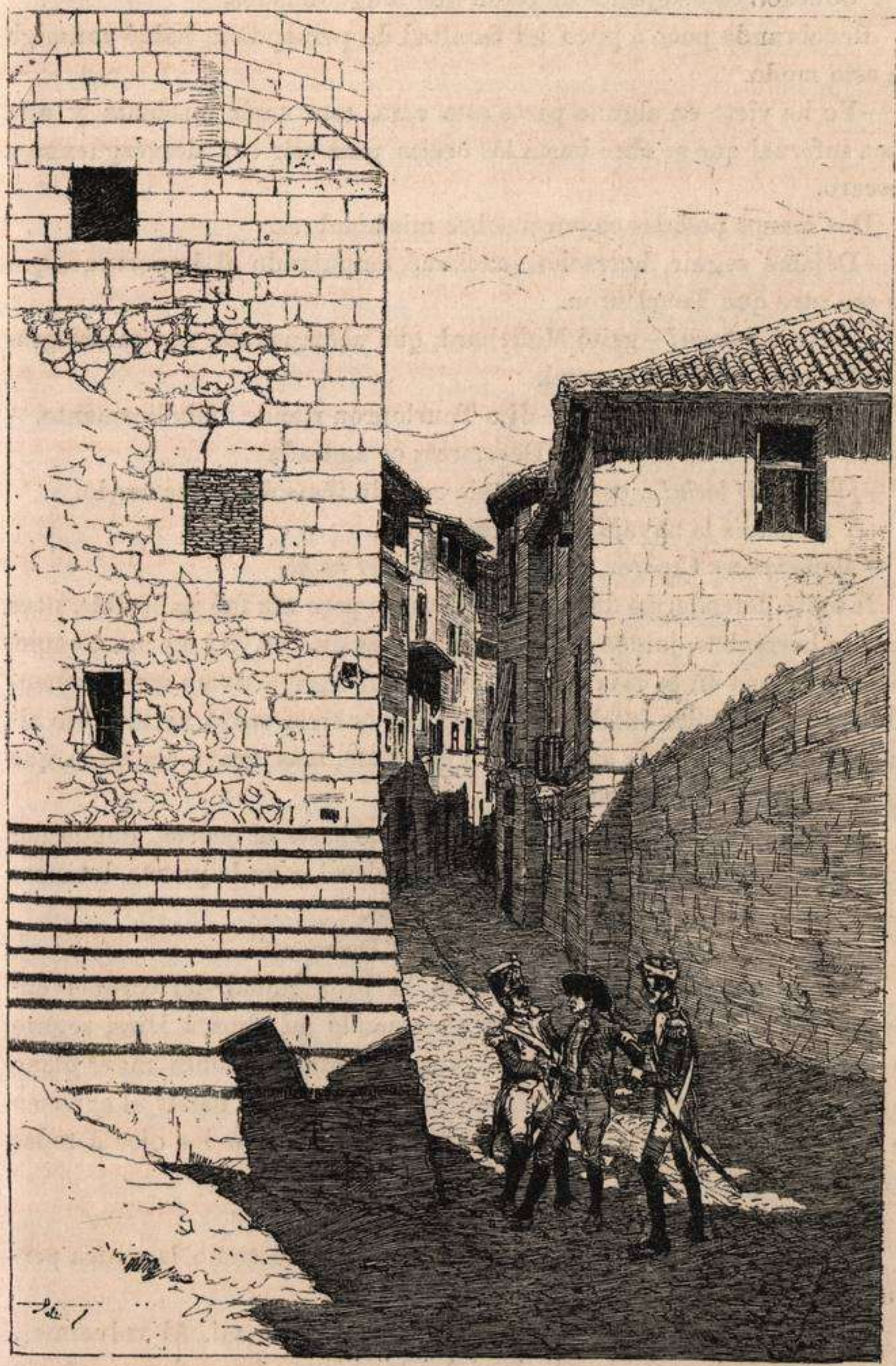
Sin duda me había acostumbrado á ver aquel asunto desde un punto de vista que no era el más conveniente.

Así pensando y sintiendo, con el cerebro lleno, el corazón lleno, proyectando en redor mío mi agitado interior, lo cual me hacía ver de un modo extraño lo que me rodeaba, sin vivir más que para mí mismo, olvidado en absoluto lo que me llevara á Salamanca, discurrí por varias calles que no conocía.

De improviso ante mi cara apareció una cara. La ví con la indiferencia que inspira un figurón pintado, y tardé mucho tiempo en llegar

(c) 2008 Ministerio de Cultura

al convencimiento de que yo conocía aquel rostro. En las grandes abstracciones del alma, el despertar es lento y va precedido de una serie de



(c) 2008 Ministerio de Cultura

raciocinios en que aquélla disputa con los sentidos sobre si reconoce ó no lo que tiene delante. Yo razoné al fin, y dije para mí:

—Conozco estos ojuelos de ratón que tengo delante.

Recobrando poco á poco mi facultad de percepción, hablé conmigo de este modo:

—Yo he visto en alguna parte esta cara, esta nariz insolente y esta boca infernal que se abre hasta las orejas para reir con desvergüenza y descaro.

Dos manos pesadas cayeron sobre mis hombros.

—Déjame seguir, borracho—exclamé, empujando al importuno, que no era otro que Tourlourou.

—*¡Satané farceur!*—gritó Molichard, que acompañaba por mi desgracia al otro.—Venid al cuartel.

—*Drole de pistolet*.... venid—dijo Tourlourou riendo diabólicamente.—Caballero Ciperez, el coronel Desmarets os aguarda...

—*¡Ventre de biche!*... os escapásteis cuando ibais á ser encerrado.

—Y sacásteis la navaja para asesinarnos.

—*Monseigneur* Ciperez, *vous serais coffré et niché.*

Intenté defenderme de aquellos salvajes; pero me fué imposible, pues aunque borrachos, juntos tenían más fuerzas que yo. Al mismo tiempo, como la escena en la casa de Santorcaz embargaba de un modo lamentable mis facultades intelectuales, no me ocurría ardid ni artificio alguno que me sacase de aquel nuevo conflicto, más grave sin duda que los vencidos anteriormente.

Lleváronme, mejor dicho, arrastráronme hasta el cuartel, donde por la mañana tuve el honor de conocer á Molichard, y en la puerta detúvose Tourlourou, mirando al extremo de la calle.

—*Dame*...—chilló—allí viene el coronel Desmarets.

Cuando mis verdugos anunciaron la proximidad del coronel encargado de la policía de la ciudad, encomendé mi alma á Dios, seguro de que, si por casualidad me registraban y hallaban sobre mí el plano de las fortificaciones, no tardaría un cuarto de hora en bailar al extremo de una cuerda, como ellos decían. Volví angustiado los ojos á todas partes, y pregunté:

—¿No está por ahí el Sr. Jean-Jean?

Aunque el dragón no era un santo, le consideré como la única persona capaz de salvarme.

El coronel Desmarets se acercaba por detrás de mí. Al volverme... ¡oh asombro de los asombros!... le ví dando el brazo á una dama, señores

(c) 2008 Ministerio de Cultura

míos, á una dama que no era otra que la mismísima miss Fly, la mismísima Athenais, la mismísima Pajarita.

Quedéme absorto, y ella al punto saludóme con una sonrisa vanagloriosa que indicaba su gran placer por la sorpresa que me causaba.

Molichard y su vil compañero adelantáronse hacia el coronel, hombre grave y de más que mediana edad, y con todo el respeto que su embrutecedora embriaguez les permitiera, dijéronle que yo era espía de los ingleses.

—¡Insolentes!—exclamó con indignación y en francés miss Fly.—¿Os atreveis á decir que mi criado es espía? Señor coronel, no hagais caso de esos miserables á quienes rebosa el vino por los ojos. Ese muchacho es el que ha traido mi equipaje, y el que con vuestra ayuda he buscado inútilmente hasta ahora por la ciudad... Dí, tonto, ¿dónde has puesto mi maleta?

—En el mesón de la Fabiana, señora—respondí con humildad.

—Acabáramos. Buen paseo he hecho dar al señor coronel que me ha ayudado á buscarte... Dos horas corriendo calles y plazas...

—No se ha perdido nada, señora—le dijo Desmarets con galantería. —Así habeis podido ver lo más notable de esta curiosísima ciudad.

—Sí; pero necesitaba sacar algunos objetos de mi maleta, y este idiota... Es idiota, señor coronel...

—Señora—dije señalando á mis dos crueles enemigos.—Cuando iba en busca de su excelencia, estos borrachos me llevaron engañado á una taberna, bebieron á mi costa, y luego que me quedé sin un real, dijeron que yo era espía y querían ahorcarme.

Miss Fly miró al coronel con enfado y soberbia, y Desmarets, que sin duda deseaba complacer á la bella amazona, recogió todo aquel femenino enojo para lanzarlo militarmente sobre los dos bravos franchutes, los cuales al verse convertidos de acusadores en acusados, parecían más beodos que antes y más incapaces de sostenerse sobre sus vacilantes piernas.

—¡Al cuartel, canalla!—gritó el jefe con ira.—Yo os arreglaré dentro de un rato.

Molichard y Tourlourou, asidos del brazo, confusos y tan lastimosamente turbados en lo moral como en lo físico; entraron en el edificio dando traspiés, y recriminándose el uno al otro.

—Os juro que castigaré á esos pícaros—dijo el bravo oficial.—Ahora, puesto que habeis encontrado vuestra maleta, os conduciré á vuestro alojamiento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sí, lo agradeceré—dijo miss Fly poniéndose en marcha, ordenándome que la siguiera.

—Y luego—añadió Desmarets—daré una orden para que se os permita visitar el hospital. Tengo idea de que no ha quedado en él ningún oficial inglés. Los que había hace poco, sanaron y fueron cangeados por los franceses que estaban en Fuente-Aguinaldo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Entonces habrá muerto!—exclamó con afectada pena miss Fly.—¡Desgraciado joven! Era pariente de mi tío el vizconde de Marley... ¿Pero no me acompañais al hospital?

—Señora, me es imposible. Ya sabeis que Marmont ha dado orden para que salgamos hoy mismo de Salamanca.

—¿Evacuais la ciudad?

—Así lo ha dispuesto el general. Estamos amenazados de un sitio riguroso. Carecemos de víveres, y como las fortificaciones que se han hecho son excelentes, dejamos aquí ochocientos hombres escogidos que bastarán para defenderlas. Salimos hacia Toro para esperar á que nos envíen refuerzos del Norte ó de Madrid.

—¿Y marchais pronto?

—Dentro de una hora. Sólo de una hora puedo disponer para serviros.

—Gracias... Siento que no podais ayudarme á buscar á ese valiente joven, paisano mío, cuyo paradero se ignora y es causa de este mi intempestivo y molesto viaje á Salamanca. Fué herido, y cayó prisionero en Arroyomolinos. Desde entonces no he sabido de él... Dijéronme que podía estar en los hospitales franceses de esta ciudad.

—Os proporcionaré un salvo conducto para que visiteis el hospital, y con esto no necesitais de mí.

—Mil gracias; creo que llegamos á mi alojamiento.

—En efecto, este es.

Estábamos en la puerta del mesón de la Lechuga, distante no más de veinte pasos de aquel donde yo había dejado mi asno. Desmarets despidióse de miss Fly, repitiendo sus cumplidos y caballerescos ofrecimientos.

—Ya veis—me dijo Athenais cuando subíamos á su aposento—que hicisteis mal en no permitir que os acompañase. Sin duda habeis pasado mil contrariedades y conflictos. Yo, que conozco de antiguo al bravo Desmarets, os los hubiera evitado.

—Señora de Fly, todavía no he vuelto de mi asombro, y creo que lo que tengo delante no es la verídica y real imágen de la hermosa dama inglesa, sino una sombra engañosa que viene á aumentar las confusiones

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de este día. ¿Cómo ha venido usted á Salamanca, cómo ha podido entrar en la ciudad, cómo se las ha compuesto para que ese viejo relamido, ese Desmarets?...

—Todo eso que os parece raro, es lo más natural del mundo. ¡Venir á Salamanca! Existiendo el camino, ¿os causa sorpresa? Cuando con tanta grosería y vulgares sentimientos me abandonásteis, resolví venir sola. Yo soy así. Quería ver cómo os conducíais en la difícil comisión, y esperaba poder prestaros algún servicio, aunque por vuestra ingratitud no merecíais que me ocupara de vos.

—¡Oh! Mil gracias, señora. Al dejar á usted lo hice por evitarle los peligros de esta expedición. Dios sabe cuánta pena me causaba sacrificar el placer y el honor de ser acompañado por usted.

—Pues bien, señor aldeano, al llegar á las puertas de la ciudad, acordéme del coronel Desmarets, á quien recogí del campo de batalla después de la Albuera, curando sus heridas y salvándole la vida: pregunté por él, salió á mi encuentro, y desde entonces no tuve dificultad alguna ni para entrar aquí ni para buscar alojamiento. Le dije que me traía el afán de saber el paradero de un oficial inglés, pariente mío, perdido en Arroyomolinos y como deseaba encontraros, fingí que uno de los criados que traía conmigo, portador de mi maleta, había desaparecido en las puertas de la ciudad. Deseando complacerme, Desmarets me llevó á distintos puntos. ¡Dos horas paseando!... Estaba desesperada... Yo miraba á todos lados diciendo: "¿Dónde estará ese bestia?... Se habrá quedado lelo mirando los fuertes... es tan bobo...„

—¿Y el mozuelo que acompañaba á usted?

—Entró conmigo. ¿Os burlábais del carricoche de mistres Mitchell? Es un gran vehículo, y tirado por el caballo que me dió Simpson, parecía el carro de Apolo... Veamos ahora, señor oficial, cómo habeis empleado el tiempo, y si se ha hecho algo que justifique la confianza del señor duque.

—Señora, llevo sobre mí un plano de las fortificaciones muy oculto... Además poseo innumerables noticias que han de ser muy útiles al general en jefe. He experimentado mil contratiempos; pero al fin, en lo relativo á mi comisión militar, todo me ha salido bien.

—¡Y lo habeis hecho sin mí! —dijo la Mariposa con despecho.

—Si tuviera tiempo de referir á usted las tragedias y comedias de que he sido actor en pocas horas... pero estoy tan fatigado que hasta el habla me va faltando. Los sustos, las alegrías, las emociones, las cóleras de este día abatirían el ánimo más esforzado y el cuerpo más vigoroso,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cuanto más el ánimo y cuerpo míos, que están el uno aturdido y apesadumbrado, el otro, tan vacío de toda sólida sustancia, como quien no ha comido en diez y seis horas.

—En efecto, pareceis un muerto—dijo entrando en su habitación.—Os daré algo de comer.

—Es una felicísima idea—respondí—y pues tan milagrosamente nos hemos juntado aquí, lo cual prueba la conformidad de nuestro destino, conviene que nos establezcamos bajo un mismo techo. Voy á traer mi burro, en cuyas alforjas dejé algo digno de comerse. Al instante vuelvo. Pida usted en tanto á la mesonera lo que haya... pero pronto, prontito...

Fuí al mesón donde había dejado mi asno, y al entrar en la cuadra sentí la voz del mesonero muy enfrascada en disputa con otra que reconocí por la del venerable Sr. Jean-Jean.

—Muchacho—me dijo el mesonero al entrar,—este señor francés se quería llevar tu burro.

—¡Excelencia!—afirmó cortesmente aunque muy turbado Jean-Jean—no me quería llevar la bestia... preguntaba por vos.

Acordéme de la promesa hecha al dragón, y del ánima de la albarda, invención mía para salir del paso.

—Jean-Jean—dije al francés—todavía necesito de tí. Hoy salen los franceses, ¿no es verdad?

—Sí señor, pero yo me quedo. Qedamos veinte dragones para escoltar al gobernador.

—Me alegro—dije disponiéndome á llevar el burro conmigo.—Ahora, amigo Jean-Jean, necesito saber si el tal jefe de los masones se dispone á salir hoy también de Salamanca. Es lo más probable.

—Lo averiguaré, señor.

—Estoy en el mesón de al lado, ¿sabes?

—La *Lechuga*, sí.

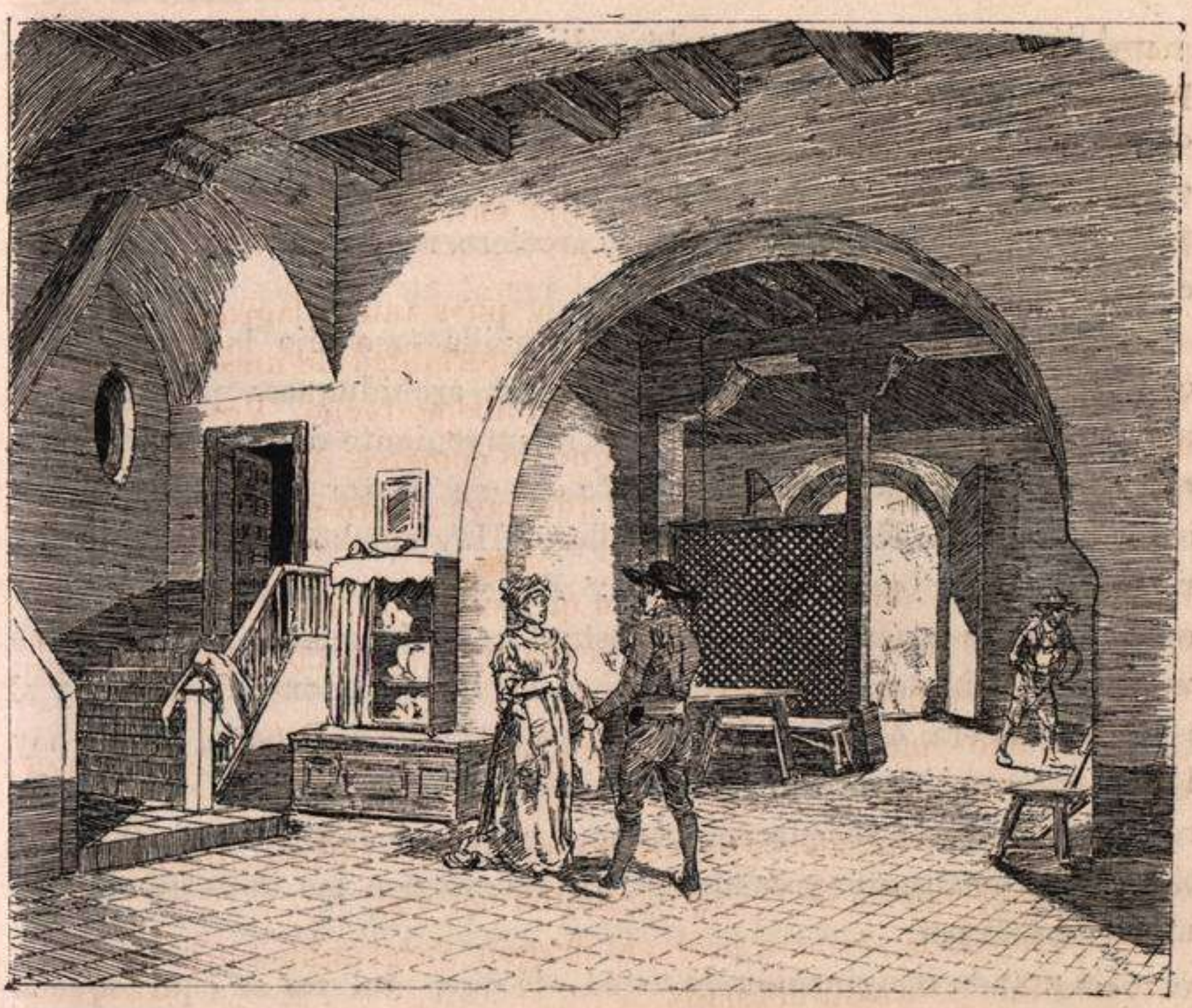
—Allí te espero. Tenemos mucho que hacer hoy, amigo Jean-Jean.

—No deseo más que servir á su excelencia.

—Y yo pago bien á los que me sirven.

Miss Fly, pretextando que la criada del mesón no debía enterarse de lo que hablábamos, me sirvió la frugal comida ella misma, lo cual, si no era conforme á los cánones de la etiqueta inglesa, concordaba perfectamente con las circunstancias.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XIX

UESTRA tristeza—dijo la inglesa—me prueba que si en la comisión militar salisteis bien, no sucede lo mismo en lo demás que habeis emprendido.

—Así es en efecto, señora—repuse,—y juro á usted que mi pesadumbre y descorazonamiento son tales que nunca he sentido cosa igual en ninguna ocasión de mi vida.

—¿No está vuestra princesa en Salamanca?

—Está, señora—repuse,—pero de tal manera, que más valdría no estuviese aquí ni en cien leguas á la redonda. Porque ¿de qué me sirve hallarla si la encuentro...

—Encantada—dijo la inglesa, interrumpiéndome con picante jovialidad—y convertida, como Dulcinea, en rústica y fea labradora la que era finísima señora.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Allá se va una cosa con otra—dije—porque si mi princesa no ha perdido nada de la gallardía de su presencia, ni de la sin igual belleza de su rostro, en cambio ha sufrido en su alma trasformación muy grande, porque no ha querido aceptar la libertad que yo le ofrecí, y prefiriendo la compañía de su bárbaro carcelero, me ha puesto bonitamente en la puerta de la calle.

—Eso tiene una explicación muy sencilla—me dijo la dama riendo con verdadero regocijo,—y es que vuestra archiduquesa prisionera ya no os ama. ¿No habeis pensado en el inconveniente de presentaros ante ella con ese vestido? El largo trato con su raptor le habrá inspirado amor hacia éste. No os riais, caballero. Hay muchos casos de damas robadas por los bandidos de Italia y Bohemia, que han concluido por enamorarse locamente de sus secuestradores. Yo misma he conocido á una señorita inglesa que fué robada en las inmediaciones de Roma, y al poco tiempo era esposa del jefe de la partida. En España, donde hay ladrones tan poéticos, tan caballerescos, que casi son los únicos caballeros del país, ha de suceder lo mismo. Lo que me contais, señor mío, no tiene nada de absurdo y cuadra perfectamente con las ideas que he formado de este país.

—La grande imaginación de usted—le dije,—tal vez se equivoque al querer encontrar ciertas cosas fuera de los libros; pero de cualquier modo que sea, señora, lo que me pasa es bien triste... porque...

—Porque amais más á vuestra niña, desde que ella adora á ese pachá de tres colas, á ese Fra-Diávolo, en quien me figuro ver un grandísimo ladrón, pero hermoso como los más hermosos tipos de Calabria y Andalucía, más valiente que el Cid, gran ginete, espadachín sublime, algo brujo, generoso con los pobres, cruel con los ricos y malvados, rico como el Gran Turco, y dueño de inmensas pedrerías que siempre le parecen pocas para su amada. También me lo figuro como Cárlos Moor, el más poético é interesante de los salteadores de caminos.

—¡Oh! miss Fly, veo que usted ha leido mucho. Mi enemigo no es tal como usted le pinta, es un viejo enfermo.

—Pues entonces, Sr. Araceli—dijo Athenais con disgusto,—no trateis de engañarme pintando á esa joven como una persona principal, porque si se ha aficionado al trato de un viejo enfermo, habrá sido por avaricia, cualidad propia de costureras, doncellas de labor, cómicas ú otra gente menuda, á cuyas respetables clases creo desde ahora que pertenecerá esa tan decantada señora que adorais.

—No he engañado á usted respecto á la elevación de su clase. Res-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pecto á la afición que ha podido sentir hacia su secuestrador, no tiene nada de vituperable, porque es su padre.

—¡Su padre!—exclamó con asombro.—Eso sí que no estaba escrito en mis libros. ¿Y á un padre que retiene consigo á su hija, le llamais ladrón? Eso sí que es extraño. No hay país como España para los sucesos raros y que en todo difieren de lo que es natural y corriente en los demás países. Explicadme eso, caballero.

—Usted cree que todos los lances de amor y de aventura han de pasar en el mundo conforme á lo que ha leido en las novelas, en los romances, en las obras de los grandes poetas y escritores, y no advierte que las cosas extrañas y dramáticas suelen verse antes en la vida real que en los libros, llenos de ficciones convencionales y que se reproducen unas á otras. Los poetas copian de sus predecesores, los cuales copiaron de otros más antiguos, y mientras fabrican este mundo vano, no advierten que la naturaleza y la sociedad van creando á escondidas del público y recatándose de la imprenta mil novedades que espantan ó enamoran.

Yo hacía esfuerzos de ingenio por sostener de algún modo un coloquio en que miss Fly con su ardoroso sentimiento poético me llevaba ventaja, y á cada palabra mía su atrevida imaginación se inflamaba más volando en pos de sucesos raros, desconocidos, novelescos, fuente de pasión y de idealismo. No puedo negar que Athenais me causaba sorpresa, porque yo, en mi ignorancia, no conocía el sentimentalismo que entonces estaba en moda entre la gente del Norte, invadiendo literatura y sociedad de un modo extraordinario.

—Referidme eso—me dijo con impaciencia.

Sin temor de cometer una indiscreción, conté punto por punto á mi hermosa acompañante todo lo que el lector sabe. Oíame tan atentamente y con tales apariencias de agrado, que no omití ningún detalle. Algunas veces creí distinguir en ella señales más bien de entusiasmo varonil que de emoción femenina, y cuando puse punto final en mi relato, levantóse y con ademán resuelto y voz animosa, hablóme así:

—¿Y vivís con esa calma, caballero, y referís esos dramas de vuestra vida como si fueran páginas de un libro que habeis leido la noche anterior? No sois español, no teneis en las venas ese fuego sublime que impulsa al hombre á luchar con las imposibilidades. Os estais ahí mano sobre mano contemplando á una inglesa y no se os ocurre entrar en esa casa, arrancar á esa infeliz mujer del poder que la aprisiona; echar una cuerda al cuello de ese hombre para llevarle á una casa de locos; no se os ocurre comprar una espada vieja y batiros con medio mundo, si me-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dio mundo se opone á vuestro deseo; romper las puertas de la casa, pegarle fuego si es preciso; coger á la muchacha sin tratar de persuadirla á que os siga, y llevarla donde os parezca conveniente; matar á todos los alguaciles que os salgan al paso, y abriros camino por entre el ejército francés si el ejército francés en masa se opone á que salgais de Salamanca. Confieso que os creí capaz de esto.

—Señora—exclamé con ardor—dígame usted en qué libro ha leido eso tan bonito que acaba de decirme. Quiero leerlo también, y después probaré si tales hazañas son posibles.

—¿En qué libro, menguado?—repuso con exaltación admirable.—En el libro de mi corazón, en el de mi fantasía, en el de mi alma. ¿Quereis que os enseñe algo más?

—Señora—afirmé confundido,—el alma de usted es superior á la mía.

—Vamos al instante á esa casa—dijo tomando un látigo, y disponiéndose á salir.

Miré á miss Fly con admiración; pero con una admiración que no era enteramente seria, quiero decir que algo se reía dentro de mí.

—¿Á dónde, señora, á dónde quiere usted que vayamos?

—¡Y lo pregunta!—exclamó Athenais.—Caballero, si os hubiera creído capaz de hacerme esa pregunta que indica las indecisiones de vuestra alma, no hubiera venido á Salamanca.

—No, si comprendo perfectamente—respondí, no queriendo aparecer inferior á mi interlocutora.—Comprendo... vamos á esa casa... pues... á hacer una barbaridad, una que sea sonada... yo me atrevo á ello, y aún á cosas mayores.

—Entonces...

—Precisamente pensaba en eso. Yo no conozco el miedo.

—Ni los obstáculos, ni los peligros, ni nada. Así, así, caballero, así se responde—gritó con acalorado y sonoro acento.

Su inflamado semblante, sus brillantes ojos, el timbre de su patética voz, tenían extraño poder sobre mí, y despertaban no sé qué vagas sen-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

saciones de grandeza, dormidas en el fondo de mi corazón, tan dormidas que yo no creía que existiesen. Sin saber lo que hacía, levantéme de mi asiento, gritando con ella:

—¡Vamos, vamos allá!

—¿Estais preparado?

—Ahora recuerdo que necesito una espada... vieja.

—Ó nueva... No será malo ver á Desmarets.

—Yo no necesito de nadie, me basto y me sobro—exclamé con brío y orgullo.

—Caballero—dijo ella con entusiasmo—eso debiera decirlo yo para parecerme á Medea.

—Decía que no podemos contar con Desmarets—indiqué pensando un poco en lo positivo—porque sale hoy de Salamanca.

En aquel momento sentimos ruido en el exterior. Era el ejército francés que salía. Los tambores atronaban la calle. Apagaba luego sus retumbantes clamores el paso de los escuadrones de caballería, y por último, el estrépito de las cureñas hacía retemblar las paredes cual si las conmoviera un terremoto. Durante largo tiempo estuvieron pasando tropas.

—Espero ser yo quien primero lleve á lord Wellington la noticia de que los franceses han salido de Salamanca—dije en voz baja á miss Fly, mirando el desfile desde nuestra ventana.

—Allí va Desmarets—repuso la inglesa fijando su vista en las tropas.

En efecto, pasaba á caballo Desmarets al frente de su regimiento, y saludó á miss Fly con galantería.

—Hemos perdido un protector en la ciudad—me dijo;—pero no importa; no lo necesitaremos.

En este momento sonaron algunos golpecitos en la puerta; abrí y se nos presentó el Sr. Jean-Jean, que sombrero en mano, hizo varios arqueos y cortesías...

—Excelencia, la mesonera me dijo que estabais aquí, y he venido á deciros...

—¿Qué?

Jean-Jean miró con recelo á miss Fly; pero al punto le tranquilicé, diciéndole:

Puedes hablar, amigo Jean-Jean.

—Pues venía á deciros—prosiguió el soldado,—que ese señor Santorcaz saldrá de la ciudad. Como Salamanca va á ser sitiada, huyen esta noche muchas familias, y el masón no será de los últimos, según me ha

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dicho Ramoncilla. Ha salido hace un momento de su casa, sin duda para buscar carros y caballerías.

—Entonces se nos va á escapar—dijo miss Fly con viveza.

—No saldrán—repuso—hasta después de media noche.

—Amigo Jean-Jean, quiero que me proporciones un sable y dos pistolas.

—Nada más fácil, excelencia—contestó.

—Y además una capa... Luego que sea de noche, prepararás el coche...

—No se encuentra ninguno en la ciudad.

—Abajo tenemos uno. Enganchas el caballo, que también está abajo, y lo llevas á la puerta más próxima á la calle del Cáliz.

—Que es la de Santi-Spíritus... Os advierto que Santorcaz ha vuelto á su casa; le he visto acompañado de sus cinco amigotes, cinco hombres terribles, y que son capaces de cualquier cosa...

—¡Cinco hombres!...

—Que no permiten se juegue con ellos. Todas las noches se reunen allí y están bien armados.

—¿Tienes algún amigo que quiera ganarse unos cuantos doblones, y que además sea valiente, sereno y discreto?

—Mi primo *Pied-de-mouton* es bueno para el caso, pero está algo enfermo. No sé si *Charles le Temeraire* querrá meterse en tales fregados; se lo diré.

—No necesitamos de vuestros amigos—dijo miss Fly.—No queremos á nuestro lado gente soez. Iremos enteramente solos.

—Dentro de un momento tendreis las armas—afirmó Jean-Jean.—¿Y no me decís nada de vuestro asno?

—Te lo regalaré con albarda y todo... mas no busques ya nada en ella. Lo que merezcas te lo daré cuando nos hallemos sin peligro fuera de las puertas de la ciudad.

Jean-Jean me miró con expresión sospechosa; pero, ó renació pronto en su pecho la confianza, ó supo disimular su recelo, y se marchó. Cuando de nuevo se me puso delante al anochecer y me trajo las armas, ordenéle que me esperase en la calle del Cáliz, con lo cual dimos la inglesa y yo por terminados los preparativos de aquel estupendo y nunca visto suceso, que verá el lector en los capítulos siguientes.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XX

L llegar á esta parte de mi historia, oblígame á detenerme cierta duda penosa que no puedo arrojar lejos de mí, aunque de mil maneras lo intento. Es el caso que, á pesar de la fidelidad y veracidad de mi memoria, que tan puntualmente conserva los hechos más remotos, dudo si fuí yo mismo quien acometió la temeridad en cuestión, apretado á ello por el poético y voluntarioso ascendiente de una hermosa mujer inglesa, ó si habiéndolo yo soñado, creí que lo hice, como muchas veces sucede en la vida, por no ser fácil deslindar lo soñado de lo real; ó si en vez de ser mi propia persona la que á tales empeños se lanzara, fué otro yo quien supo interpretar los fogosos sentimientos y caballerescas ideas de la hechicera Athenais. Ello es que, teniéndome por cuerdo hoy, como entonces, me cuesta trabajo determinarme á afirmar que fuí yo propio el autor de tal locura,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

aunque todos los datos, todas las noticias y las tradiciones todas concuerdan en que no pudo ser otro. Ante la evidencia inclino la frente y sigo contando.

Vino, pues, la noche, envolviendo en sus sombras todo el ámbito de *Roma la chica*. Salimos miss Fly y yo, y atravesando la Rua, nos internamos por las oscuras y torcidas calles que nos debían llevar al lugar de nuestra misteriosa aventura. Bien pronto, ignorantes ambos de la topografía de la ciudad, nos perdimos y marchamos al acaso, procurando brujulearnos por los edificios que habíamos visto durante el día; mas con la oscuridad no distinguíamos bien la forma de aquellas moles que nos salían al paso. Á lo mejor nos hallábamos detenidos por una pared gigantesca, cuya eminencia se perdía allá en los cielos; luego creeríase que la enorme masa se apartaba á un lado para dejarnos libre el paso de una calleja, alumbrado á lo lejos por las lamparillas de la devoción, encendida ante una imágen.

Seguíamos adelante creyendo encontrar el camino buscado, y tropezábamos con un pórtico y una torre que en las sombras de la noche venían cada cual de distinto punto y se juntaban para ponérsenos delante. Al fin conocimos la catedral entre aquellas montañas de oscuridad que nos cercaban. Distinguimos perfectamente su vasta forma irregular, sus torres, que empiezan en una edad del arte y acaban en otra, sus ojivas, sus cresterías, su cúpula redonda, y detrás del nuevo edificio, la catedral vieja, acurrucada junto á él buscando abrigo. Quisimos orientarnos allí, y tomando la dirección que creímos más conveniente, bien pronto tropezamos con los pórticos gemelos de la Universidad, en cuyo frontispicio las grandes cabezas de los Reyes Católicos nos contemplaron con sus absortos ojos de piedra. Deslizándonos por un costado del vasto edificio, nos hallamos cercados de murallas por todas partes, sin encontrar salida.

—Esto es un laberinto, miss Fly—dije no sin mal humor;—busquemos hacia la espalda de la catedral esa dichosa calle. Si no, pasaremos la noche andando y desandando calles.

—¿Os apurais por eso? Cuanto más tarde mejor.

—Señora, lord Wellington me espera mañana á las doce en Bernuy. Me parece que he dicho bastante... Veremos si aparece algún transeunte que nos indique el camino.

Pero ninguna alma viviente se veía por aquellos lugares.

—¡Qué hermosa ciudad!—dijo miss Fly con arrobamiento contemplativo.—Todo aquí respira la grandeza de una edad gloriosa é ilustre.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

¡Cuán excelsos, cuán poderosos no han sido los sentimientos que han necesitado tanta, tantísima piedra para manifestarse! ¿Para vos no dicen nada esas altas torres, esas largas ojivas, esos techos, esos gigantes que alzan sus manos hacia el Cielo, esas dos catedrales, la una anciana y de rodillas, arrugada, inválida, agazapada contra el suelo y al arrimo de su hija; la otra flamante y en pié, hermosa, inmensa, lozana, respirando vida en su robusta mole? ¿Para vos no dicen nada esos cien colegios y conventos, obra de la ciencia y la piedra reunidas? ¿Y esos palacios de los grandes señores, esas paredes llenas de escudos y rejas, indicio de soberbia y precaución? ¡Dichosa edad aquella en que el alma ha encontrado siempre de qué alimentar su insaciable hambre! Para las almas religiosas el monasterio, para las heróicas la guerra, para las apasionadas el amor, más hermoso cuanto más contrariado, para todas la galantería, los grandes afectos, los sacrificios sublimes, las muertes gloriosas... La sociedad vive impulsada por una sola fuerza, la pasión... El cálculo no se ha inventado todavía. La pasión gobierna el mundo y en él pone su sello de fuego. El hombre lo atropella todo por la posesión del objeto amado, ó muere luchando ante las puertas del hogar que se le cierra... Por una mujer se encienden guerras y dos naciones se destrozan por un beso... La fuerza que aparentemente impera no es el empuje brutal de los modernos, sino un aliento poderoso, el resoplido de los pulmones de la sociedad, que son el honor y el amor.

—No vendría mal el discursito—murmuré, si al fin encontráramos...

Cuando esto decía habíamos perdido de vista la catedral, y nos internábamos por calles angostas y oscuras, buscando en vano la del Cáliz. Vimos una anciana que apoyándose en un palo marchaba lentamente arrimada á la pared, y le pregunté:

—Señora, ¿puede usted decirme dónde está la calle del Cáliz?

—¿Buscan la calle del Cáliz y están en ella?—repuso la vieja con desabrimiento.—¿Van á la casa de los masones ó á la logia de la calle de Tentenecios? Pues sigan adelante y no mortifiquen á una pobre vieja que no quiere nada con el Demonio.

—¿Y la casa de los masones, cuál es, señora?

—Tiénela en la mano y pregunta...—contestó la anciana.—Ese portalón que está detrás de usted es la entrada de la vivienda de esos bribones; ahí es donde cometen sus feas heregías contra la religión, ahí donde hablan pestes de nuestros queridos reyes... ¡Malvados! ¡Ay, con cuánto gusto iría á la Plaza Mayor para veros quemar! Dios querrá quitarnos de en medio á los franceses que tales suciedades consienten... Masones

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y franceses todos son unos, la pata derecha y la izquierda de Satanás.

Marchóse la vieja hablando consigo misma, y al quedarnos solos reconocí en el portalón que cerca teníamos la casa de Santorcaz.

—¡Cuántas veces habremos pasado por aquí sin conocer la casa!—dijo miss Fly.—Si yo la hubiese visto una sola vez... pero parece que sois torpe, Araceli.

La puerta era un antiquísimo arco bizantino, compuesto de seis ú ocho curvas concéntricas, por donde corrían misteriosas formas vegetales, gastadas por el tiempo, cascabeles y entrelazadas cintas; y en la imposta unos diablillos, monos ó no sé qué desvergonzados animales que hacían cabriolas, confundiendo sus piernecillas enjutas con los tallos de la hojarasca de piedra. Letras ininteligibles y que sin duda expresaban la época de la construcción, dejaban ver sus trazos grotescos y torcidos, como si un dedo vacilante las trazara al modo de conjuro. Estaba reforzada la puerta con garabatos de hierro tan mohosos como apolilladas y rotas las mal juntas tablas, y un grueso llamador en figura de culebrón enroscado pendía en el centro, aguardando una impaciente mano que lo moviese.

Yo interrogué á miss Fly con la mirada, ví que acercaba su mano al aldabón.

—¿Ya, señora?—dije deteniendo su movimiento.

—¿Pues á qué esperais?

—Conviene explorar primero al enemigo... La casa es sólida... Jean-Jean dijo que había dentro... ¿cuántos hombres?

—Cincuenta, si no recuerdo mal... pero aunque sean mil...

—Es verdad, aunque sea un millón.

Vimos que se acercaba un hombre, y al punto reconocí á Jean-Jean.

—Vienen refuerzos, señora—dije.—Verá usted que pronto despacho.

Miss Fly, asiendo el aldabón, dió un golpe.

Yo toqué mis armas, y al ver que no se me habían olvidado, no pude evitar un sentimiento que no sé si era burla ó admiración de mí mismo, porque á la verdad, señores, lo que yo iba á hacer, lo que yo intentaba en aquel momento ó era una tontería ó una acción semejante á aquellas perpetuadas en romances y libros de caballería. Yo recordaba haber leido en alguna parte que un desvalido amante llegaba bonitamente y sin más ayuda que el valor de su brazo, ó la protección de tal ó cual potencia nigromántica, á las puertas de un castillo donde el más barbudo y záfio moro ó gigante de aquellos agrestes confines, tiene encerrada á la más delicada doncella, princesa ó emperatriz que ha peinado

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hebras de oro y llorado líquidos diamantes, y el tal desvalido amante grita desde abajo: "Fiero arraez, ó bárbaro sultán, vengo á arrancarte esa real persona que aprisionada guardas, y te conjuro que me la des al instante si no quieres que tu cuerpo sea partido en dos pedazos por esta mi espada; y no te rías ni me amenaces, porque aunque tuvieras más ejércitos que llevó el partho á la conquista de la Grecia, ni uno solo de los tuyos quedará vivo.„

—Así, señores, así, ni más ni menos, era lo que yo iba á emprender. Cuando toqué las pistolas del cinto, y el tahalí de que pendía la tajante espada y me eché el embozo á la capa, y el ala del ancho sombrero sobre la ceja, confieso que entre los sentimientos que luchaban en mi corazón, predominó la burla, y me reí en la oscuridad. Tenía yo un aire de personaje de valentías, guapezas y gatuperios, que habría puesto miedo en el ánimo más valeroso, cuando no mofa y risa; pero miss Fly había leido sin duda las hazañas de D. Rodulfo de Pedrajas, de Pedro Cadenas, Lampuga, Gardoncha y Perotudo, y mi catadura le había de parecer más propia para enamorar que para reir.

—Viendo que no respondían, cogí el aldabón y repetí los golpes.

Yo no medía la extensión del peligro que iba á afrontar, ni era posible reflexionar en ello, aunque habría bastado un destello de luz de mi razón para exclarecerme el horrible jaleo en que me iba á meter... Yo no pensaba en esto, porque sentía inexplicable deleite que tiene para la juventud enamorada todo lo que es misterioso y desconocido, más bello y atractivo cuanto más peligroso; porque sentía dentro de mí un deseo de acometer cualquier brutalidad sin nombre, que pusiese mi fuerza y mi valor al servicio de la persona á quien más amaba en el mundo.

No se olvide que aún me duraba el despecho y la sofocación de la mañana. El recuerdo de las escenas que antes he descrito completaba mi ceguera; y realizar por la violencia lo que no pude conseguir por otro medio, era sin duda gran atractivo para mi excitado espíritu. En la calle me aguijonaba la fantasía, y desde dentro me llamaba el corazón, toda mi vida pasada y cuanto pudiese soñar para el porvenir... ¿Quién no rompe una pared, aunque sea con la cabeza, cuando le impulsan á ello dos mujeres, una desde dentro y otra desde fuera?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXI

No debo negar que la hermosa inglesa había adquirido gran ascendiente sobre mí. No puedo expresar aquel dominio suyo y aquella esclavitud mía, sino empleando una palabra muy usada en las novelas, y que ignoro si indicará de un modo claro mi idea; pero no teniendo á mano otro vocablo, la emplearé. Miss Fly me fascinaba. Aquella grandeza de espíritu, aquel sentimiento alambicado y sin mezcla de egoismo que había en sus palabras, aquel carácter que atesoraba, tras una extravagancia sin ejemplo, todo el material, digámoslo así, de las grandes acciones, hallaban secreta simpatía en un rincón de mi sér. Me reía de ella y la admiraba; parecíanme disparates sus consejos y los obedecía. Aquella inmensidad de su pensamiento tan distante de la realidad me seducía, y antes que confesarme cobarde para seguir el vuelo de su voluntad poderosa, hubiérame muerto de vergüenza.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Repetí con más fuerza los golpes, y nada se oía en el interior de la casa. Oscuridad y silencio como el de los sepulcros reinaban en ella. El animalejo, lagarto, ó culebrón que figuraba la aldaba, alzó (al menos así parecía) su cabeza llena de herrumbre y clavando en mí los verdes ojuelos, abrió la horrible boca para reirse.

—No quieren abrir—me dijo Jean-Jean.—Sin embargo, dentro están: les he visto entrar... Son los principales afrancesados que hay en la ciudad, más masones que el gran Copto, y más ateos que Judas... Mala gente. Mi opinión, señor marqués, es que os marcheis. El coche os aguarda en la puerta de Santi-Spíritus.

—¿Tienes miedo, Jean-Jean?

—Además, señor marqués—continuó éste, debo advertiros que pronto ha de pasar por aquí la ronda... Vos y la señora teneis todo el aspecto de gente sospechosa... Todavía hay quien cree que sois espía y la señora también.

—¿Yo espía?—dijo miss Fly con desprecio. Soy una dama inglesa.

—Márchate tú, Jean-Jean, si tienes miedo.

—Haceis una locura, caballero—repuso el dragón.—Esos hombres van á salir y á todos nos molerán á palos.

Creí sentir el ruido de las maderas de una ventanilla que se abre en lo alto, y grité:

—¡Ah de la casa! Abrid pronto.

—Es una locura, señor marqués—dijo el dragón bruscamente.—Vámonos de aquí...

Entonces noté en el semblante hosco y sombrío de Jean-Jean una alteración muy visible que no era ciertamente la que produce el miedo.

—Repito que os dejo solo, señor marqués... La ronda va á venir... Vamos hacia Santi-Spíritus ó no respondo de vos.

Su insistencia y el empeño de llevarnos hacia las afuera de la ciudad. infundió en mí terrible sospecha.

Miss Fly redobló los martillazos, diciendo:

—Será preciso echar la puerta abajo, si no abren.

Los garabatos de hierro que reforzaban la puerta, se contrajeron, haciendo muecas horribles, signos burlescos, figurando no sé si extrañas sonrisas ó mohines ó visages de misteriosos rostros.

—Yo empezaba á perder la paciencia y la serenidad. Jean-Jean me causaba inquietud y temí una alevosía, no por la sospecha de espionaje, como él había dicho, sino por la tentación de robarnos. El caso no era nuevo, y los soldados que guarnecían las poblaciones del pobre país

(c) 2008 Ministerio de Cultura

conquistado, cometían impunemente todo linaje de excesos. Además, la aventura iba tomando carácter grotesco, pues nadie respondía á nuestros golpes ni asomaba rostro humano en la alta reja.

—Sin duda no hay aquí rastro de gente. Los masones se han marchado y ese tunante nos ha traido aquí para expoliarnos á sus anchas.

De pronto ví que alguien aparecía en el recodo que hace la calle. Eran dos personas que se fijaron allí como en acecho. Dirijíme hacia el dragón; pero éste sin esperar á que le hablase, nos abandonó súbitamente para unirse á los otros.

—Ese miserable nos ha vendido—exclamé rugiendo de cólera.—Señora, estamos perdidos. No contábamos con la traición.

—¡La traición!—dijo confusa miss Fly.—No puede ser.

No tuvimos tiempo de razonar, porque los dos que nos observaban y Jean-Jean se nos vinieron encima.

—¿Qué haceis aquí?—me preguntó uno de ellos, que era soldado de artillería sin distintivo alguno.

—No tengo que darte cuenta—respondí.—Deja libre la calle.

—¿Es esta la tarasca inglesa?—dijo el otro dirigiéndose á miss Fly con insolencia.

—¡Tunante!—grité desenvainando.—Voy á enseñarte cómo se habla con las señoras.

—El marquesito ha sacado el asador—dijo el primero.—Jóvenes, venid al cuerpo de guardia con nosotros, y vos, *milady sauterelle,* dad el brazo á *Charles le Temeraire* para que os conduzca al palacio del cepo.

—Araceli—me dijo miss Fly,—toma mi látigo y échalos de aquí.

—*Pied-de-mouton,* atraviésalo—vociferó el artillero.

Pied-de-mouton como sargento de dragones, iba armado de sable. *Cárlos el Temerario* era artillero y llevaba un machete corto, arma de escaso valor en aquella ocasión. En un momento rapidísimo, mientras Jean-Jean vacilaba entre dirigirse á la inglesa ó á mí, acuchillé á *Pied-de-mouton* con tan buena suerte, con tanto ímpetu y tanta seguridad, que le tendí en el suelo. Lanzando un ronco aullido cayó bañado en su sangre... Me arrimé á la pared para tener guardadas las espaldas y esperé á Jean-Jean que, al ver la caida de su compañero, se apartó de miss Fly, mientras Cárlos el Temerario se inclinaba á reconocer el herido. Rápida como el pensamiento Athenais se bajó á recoger el sable de éste. Sin esperar á que Jean-Jean me atacase y viéndole algo desconcertado, fuíme sobre él; mas sobrecogido dió algunos pasos hacia atrás, bramando así:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—*¡Corne du Diable! ¡Mile millions de bombardes!...* ¿Creeis que os tengo miedo?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Diciéndolo apretó á correr á lo largo de la calle, y más ligero que el viento le siguió Cárlos. Ambos gritaban:

—¡Á la guardia, á la guardia!

—Cerca hay un cuerpo de guardia, señora. Huyamos. Aquí dió fin el romance.

Corrimos en dirección contraria á la que ellos tomaron, mas no habíamos andado siete pasos, cuando sentimos á lo lejos pisadas de gente y distinguimos un pelotón de soldados que á toda prisa venía hacia nosotros.

—Nos cortan la retirada, señora—dije retrocediendo.—Vamos por otro lado.

Buscamos una boca-calle que nos permitiera tomar otra dirección y no la encontramos. La patrulla se acercaba. Corrimos al otro extremo, y sentí la voz de nuestros dos enemigos, gritando siempre:

—¡Á la guardia!...

—Nos cogerán—dijo miss Fly con serenidad incomparable, que me inspiró aliento.—No importa. Entreguémonos.

En aquel instante, como pasáramos junto al pórtico, en cuyo aldabón habíamos martillado inútilmente, ví que la puerta se abría y asomaba por ella la cabeza de un curioso, que sin duda no había podido dominar su anhelo de saber lo que resultaba de la pendencia... El Cielo se abría delante de nosotros. La patrulla estaba cerca, pero como la calle describía un ángulo muy pronunciado, los soldados que la formaban no podían vernos. Empujé aquella puerta y á aquel hombre, que curiosamente y con irónica sonrisa en el rostro se asomaba; y aunque ni una ni otro quisieron ceder al principio, hice tanta fuerza que bien pronto miss Fly y yo nos encontramos dentro, y con presteza increible corrí los pesados cerrojos.

—¿Qué hace usted?—preguntó con estupor un hombre á quien ví delante de mí, y que alumbraba el angosto portal con su linterna.

—Salvarme y salvar á esta señora—respondí atendiendo á los pasos que un rato después de nuestra entrada sonaban en la calle, fuera de la puerta.—La patrulla se detiene...

—Ahora examina el cuerpo...

—No nos han visto entrar...

—Pero, ó yo estoy tonto ó es Araceli el que tengo delante—dijo aquel hombre, el cual no era otro que Santorcaz.

—El mismo, Sr. D. Luis. Si su intento es denunciarme, puede hacerlo entregándome á la patrulla; pero ponga usted en lugar seguro á esta

(c) 2008 Ministerio de Cultura

señora hasta que pueda salir libremente de Salamanca... Todavía están ahí—añadí con la mayor agitación.—¡Cómo gruñen!... parece que reco gen el cuerpo... ¿Estará muerto ó tan sólo herido?...

—Se marchan—dijo Athenais.—No nos han visto entrar... Creerán que ha sido una pendencia entre soldados, y mientras aquellos pícaros no expliquen...

—Adelante, señores—dijo Santorcaz con petulancia.—El primer deber del hijo del pueblo es la hospitalidad, y su hogar recibe á cuantos han menester el amparo de sus semejantes. Señora, nada tema usted.

—¿Y quién os ha dicho que yo temo nada? –dijo con arrogancia miss Fly.

—Araceli, ¿eras tú quien me echaba la puerta abajo hace un momento?

Vacilé un momento en contestar, y ya tenía la palabra en la boca cuando miss Fly se anticipó diciendo:

—Era yo.

Santorcaz después de hacer una cortesía á la dama inglesa, permaneció mudo y quieto esperando oir los motivos que había tenido la señora para llamar tan reciamente.

—¿Por qué me mirais con la boca abierta?—dijo bruscamente miss Fly.—Seguid y alumbrad.

Santorcaz me miró con asombro. ¿Quién le causaría más sorpresa, yo ó ella? Á mi vez yo no podía menos de sentirla también, y grande, al ver que el jefe de los masones nos recibía con urbanidad.

Subimos lentamente la escalera. Desde ésta oíanse ruidosas voces de hombres en lo interior de la casa. Cuando llegamos á una habitación desnuda y oscura, que alumbró débilmente la linterna de Santorcaz, éste nos dijo:

—¿Ahora podré saber qué buscan ustedes en mi casa?

—Hemos entrado aquí buscando refugio contra unos malvados que querían asesinarnos. Mi deseo es que oculte usted á esta señora si por acaso insistieran en perseguirla dentro de la casa.

—¿Y á tí?—me preguntó con sorna.

—Yo estimo mi vida—repuse—y no quisiera caer en manos de Jean-Jean; pero nada pido á usted, y ahora mismo saldré á la calle, si me promete poner en seguridad á esta señora.

—Yo no abandono á los amigos—dijo Santorcaz con aquella sandunga y marrullería que le eran habituales.—La dama y su galán pueden respirar tranquilos. Nadie les molestará.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXII

Miss Fly se había sentado en un incómodo sillón de vaqueta, único mueble que en la destartalada estancia había, y sin atender á nuestro diálogo, miraba los dos ó tres cuadros apolillados que pendían de las paredes, cuando entró la criada trayendo una luz.

—¿Es esta vuestra hija?—preguntó vivamente la inglesa, clavando los ojos en la moza.

—Es Ramoncilla, mi criada—repuso Santorcaz.

—Deseo ardientemente ver á vuestra hija, caballero—dijo la inglesa. —Tiene fama de ser muy hermosa.

—Después de lo presente—dijo el masón con galantería,—no creo que halla otra más hermosa... Pero volviendo á nuestro asunto, señora, si usted y su esposo desean...

—Este caballero no es mi esposo—dijo miss Fly sin mirar á Santorcaz.

—Bien; quise decir su amigo.

—No es tampoco mi amigo, es mi criado—dijo la dama con enojo.—Sois en verdad impertinente.

Santorcaz me miró, y en su mirada conocí que no daba fé á la afirmación de la dama.

—Bien... ¿Usted y su criado piensan permanecer en Salamanca?...

—No, precisamente lo que queremos es salir sin que nadie nos moleste. No puedo realizar el objeto que me trajo á Salamanca y me marcho...

—Pues á entrambos sacaré de la ciudad antes del día—dijo Santorcaz —porque estoy preparándolo todo para salir á la madrugada.

—¿Y llevais á vuestra hija?—preguntó con gran interés miss Fly.

—Mi hija me ama tanto—respondió el masón con orgullo,—que nunca se separa de mí.

—¿Y adonde vais ahora?

—Á Francia. No pienso volver á poner los piés en España.

—Mal patriota sois...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señora... dígame usted su tratamiento para designarle con él. Aunque hijo del pueblo y defensor de la igualdad, sé respetar las gerarquías que han establecido la monarquía y la historia.

—Decidme simplemente *señora*, y basta.

—Bien, puesto que la señora quiere conocer á mi hija, se la voy á mostrar—dijo Santorcaz.—Dígnese la señora seguirme.

Seguímosle, y nos llevó á una sala, compuesta con más decoro que la que dejábamos, é iluminada por un velón de cuatro mecheros. Ofreció

el anciano un asiento á la inglesa, y luego desapareció volviendo al poco rato con su hija de la mano. Cuando la infeliz me vió, quedóse pálida como la muerte, y no pudo reprimir un grito, grito de asombro que por su intensidad parecía de miedo.

—Hija mía, esta es la señora que acaba de entrar en casa pidiéndome hospitalidad para ella y para el mancebo que la acompaña.

Inés estaba como quien ve fantasmas. Tan pronto miraba á miss Fly

(c) 2008 Ministerio de Cultura

como á mí, sin convencerse de que eran reales y tangibles las personas que tenía delante. Yo sonreía tratando de disipar su confusión con el lenguaje de los ojos y las facciones; pero la pobre muchacha estaba cada vez más absorta.

—Sí que es hermosa—dijo miss Fly con gravedad.—Pero no quitais los ojos de este joven que me acompaña. Sin duda le encontrais parecido á otro que conoceis. Hija mía, es el mismo que pensais, el mismo.

—Sólo que este perillán—dijo Santorcaz sacudiéndome el brazo con familiaridad impertinente—ha cambiado tanto... Cuando era oficial se le podía mirar; pero después que ha sido expulsado del ejército por su cobardía y mal comportamiento y puéstose á servir...

Tan grosera burla no merecía que la contestase, y callé dejando que Inés se confundiese más.

—Caballero—dijo miss Fly con enojo volviéndose hacia Santorcaz,—si hubiese sabido que pensabais insultar á la persona que me acompaña, habría preferido quedarme en la calle. Dije que era mi criado; pero no es cierto. Este caballero es mi amigo.

—Su amigo—añadió D. Luis.—Justo, eso decía yo.

—Amigo leal y caballero intachable, á quien agradeceré toda la vida el servicio que me ha prestado esta noche exponiendo su vida por mí.

Nueva confusión de Inés. Mudaba de color su alterado semblante á cada segundo, y todo se le volvía mirar á la inglesa y á mí, como si mirándonos, leyéndonos, devorándonos con la vista, pudiera aclarar el misteriosísimo enigma que tenía delante.

La venganza es un placer criminal, pero tan deleitoso que en ciertas ocasiones es preciso ser santo ó arcángel para sofocar esta partícula, para extinguir esta pavesa de infierno que existe en nuestro corazón. Así es que sintiendo yo en mí la quemadura de aquel diabólico fuego del alma que nos induce á mortificar alguna vez á las personas que más amamos, dije con gravedad:

—Señora mía, no merecen agradecimiento acciones comunes que son un deber para todas las personas de honor. Además, si se trata de agradecer, ¿qué podría decir yo, al recordar las atenciones que de usted he merecido en el cuartel general aliado, y antes de que viniésemos ambos á Salamanca?

Miss Fly pareció muy regocijada de estas palabras mías, y en su mirada resplandeció una satisfacción que no se cuidaba de disimular. Inés observaba atentamente á la inglesa, queriendo leer en su rostro lo que no había dicho.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señor Santorcaz—dijo la Mosquita después de una pausa,—¿no pensais en casar á vuestra hija?

—Señora, mi hija parece hasta hoy muy contenta de su estado y de la compañía de su padre. Sin embargo, con el tiempo... No se casará con un noble; ni con un militar, porque ella y yo aborrecemos á esos verdugos y carniceros del pueblo.

—Podemos darnos por ofendidos con lo que decís contra dos clases tan respetables—repuso con benevolencia miss Fly.—Yo soy noble y el señor es militar. Con que...

—Es hablar en términos generales, señora. Por lo demás, mi hija no quiere casarse.

—Es imposible que siendo tan linda, no tenga los pretendientes á millares—dijo miss Fly mirándola.—¿Será posible que esta hermosa niña no ame á nadie?

Inés en aquel instante no podía disimular su enojo.

—Ni ama ni ha amado jamás á nadie—contestó oficiosamente su padre.

—Eso no, Sr. Santorcaz—dijo la inglesa.—No trateis de engañarme, porque conozco de la cruz á la fecha la historia de vuestra adorada niña, hasta que os apoderásteis de ella en Cifuentes.

Inés se puso roja como una cereza, y me miró no sé si con desprecio ó con terror. Yo callaba, y midiendo por mi propia emoción la suya, decía para mí con la mayor inocencia: "La pobrecita será capaz de enfadarse."

—Tonterías y mimos de la infancia—dijo Santorcaz, á quien había sabido muy mal lo que acababa de oir.

—Eso es—añadió la inglesa señalando sucesivamente á Inés y á mí. —Ambos son ya personas formales, y sus ideas así como sus sentimientos han tomado camino más derecho. No conozco el carácter y los pensamientos de vuestra encantadora hija; pero conozco el grande espíritu, el noble entendimiento del joven que nos escucha, y puedo aseguraros que leo en su alma como en un libro.

Inés no cabía en sí misma. El alma se le salía por los ojos en forma de aflicción, de despecho, de no sé qué sentimiento poderoso, hasta entonces desconocido para ella.

—Hace algún tiempo—añadió la inglesa—que nos une una noble, franca y pura amistad. Este caballero posee un espíritu elevado. Su corazón, superior á los sentimientos mezquinos de la vida ordinaria, arde en el deseo fogoso de una vida grandiosa, de lucha, de peligro, y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no quiere asociar su existencia á la menguada medianía de un hogar pacífico, sino lanzarla á los tumultos de la guerra, de la sociedad, donde hallará pareja digna de su alma inmensa.

No pude reprimir una débil risa; pero nadie, felizmente, á no ser Inés que me observaba, advirtió mi indiscreción.

—¿Qué decís á esto?—preguntó Atenais á mi novia.

—Que me parece muy bien—contestó allá como Dios le dió á entender, entre atrevida y balbuciente.—Cuando se tiene un alma de tal inmensidad parece propio afrontar los peligros de una patrulla, en vez de llamar á la primera puerta que se presenta.

—Ya comprenderá usted, señora—dijo D. Luis,—que mi hija no es tonta.

—Sí; pero lo sois vos—contestó desabridamente miss Fly.

Y diciéndolo, en la casa retumbaron aldabazos tan fuertes como los que nosotros habíamos dado poco antes.

—¡La patrulla!—exclamé.

—Sin duda—dijo Santorcaz.—Pero no haya temor. He prometido ocultar á ustedes. Si manda la patrulla Cerizy, que es amigo mío, no hay nada que temer. Inés, esconde á la señora en el cuarto de los libros, que yo archivaré á este sugeto en otro lado.

Mientras Inés y miss Fly desaparecieron por una puerta excusada, dejéme conducir por mi antiguo amigo, el cual me llevó á la habitación donde por la mañana le había visto, y en la cual estaban aquella noche y en aquella ocasión cinco hombres sentados alrededor de la ancha mesa. Ví sobre ésta libros, botellas y papeles en desorden, pudiendo decirse que las tres clases de objetos ocupaban igualmente á todos. Leían, escribían y echaban buenos tragos, sin dejar de charlar y reir. Observé además que en la estancia había armas de todas clases.

—Otra vez te atruenan la casa á aldabonazos, papá Santorcaz—dijo, al vernos entrar, el más joven, animado y vivaracho de los presentes.

—Es la ronda—respondió el masón.—A ver donde escondemos á este joven. Monsalud, ¿sabes quién manda la ronda esta noche?

—Cerizy—contestó el interpelado, que era un joven alto, flaco y moreno, bantante parecido á una araña.

—Entonces no hay cuidado—me dijo.—Puedes entrar en esta habitación y esconderte allí, por si acaso quiere subir á beber una copa.

Escondido, mas no encerrado, en la habitación que me designara, permanecí algún tiempo, el necesario para que Santorcaz bajase á la puerta, y por breves momentos conferenciase con los de la ronda, y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

para que el jefe de ésta subiese á honrar las botellas que galantemente le ofrecían.

—Señores—exclamó el oficial francés entrando con Santorcaz—buenas noches... ¿Se trabaja? Buena vida es esta.

—Cerizy—dijo el llamado Monsalud llenando una copa,—á la salud de Francia y España reunidas.

—Á la salud del gran imperio galo-hispano—dijo Cerizy alzando la copa.—Á la salud de los buenos españoles.

—¿Qué noticias, amigo Cerizy?—preguntó otro de los presentes, viejo ceñudo y feo.

—Que el lord está cerca... pero nos defenderemos bien. ¿Han visto ustedes las fortificaciones?... Ellos no tienen artillería de sitio... El ejército aliado es un ejército *pour rire*...

—¡Pobrecitos!—exclamó el viejo, cuyo nombre era Bartolomé Canencia.—Cuando uno piensa que van á morir tantos hombres... que se va á derramar tanta sangre...

—Señor filósofo—indicó el francés—porque ellos lo quieren... Convenza usted á los españoles de que deben someterse...

—Descanse usted un momento, amigo Cerizy.

—No puedo detenerme... Han herido á un sargento de dragones en esta calle...

—Alguna disputa...

—No se sabe... los asesinos han huido... Dicen que son espías.

—¡Espías de los ingleses!... Si Salamanca está llena de espías.

—Han dicho que un español y una inglesa... ó no sé si un inglés acompañado de una española... Pero no puedo detenerme. Se me mandó registrar las casas... Decidme: ¿no hay logia esta noche?

—¿Logia? Si nos marchamos...

—¿Se marchan?—dijo el francés.—Y yo que estaba concluyendo á toda prisa mi *Memoria sobre las distintas formas de la tiranía*.

—Léasela usted á sí propio—indicó el filósofo Canencia.—Lo mismo me pasará á mí con mi *Tratado de la libertad individual* y mi traducción de Diderot.

—¿Y por qué es esa marcha?

—Porque los ingleses entrarán en Salamanca—dijo Santorcaz—y no queremos que nos cojan aquí.

—Yo no daría dos cuartos por lo que me quedara de pescuezo, después de entrar los aliados—advirtió el más joven y más vivaracho de todos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Los ingleses no entrarán en Salamanca, señores—afirmó con petulancia el oficial.

Santorcaz movió la cabeza con triste expresión dubitativa.

—Y pues así echan ustedes á correr, desde que nos hallamos comprometidos, Sr. Santorcaz—añadió Cerizy con la misma petulancia y cierto tonillo reprensivo,—sepa usted que en el cuartel general de Marmont no estarán los masones tan seguros como aquí.

—¿Que no?

—No; porque no son del agrado del general en jefe, que nunca fué aficionado á sociedades secretas. Las ha tolerado porque era preciso alentar á los españoles que no seguían la causa insurgente; pero ya sabe usted que Marmont es algo *bigot*.

Marmont.

—Sí...

—Pero lo que no sabe usted es que han venido órdenes apremiantes de Madrid para separar la causa francesa de todo lo que trascienda á masonería, ateismo, irreligiosidad y filosofía.

—Lo esperaba, porque José es también algo...

—*Bigot*... Con que buen viaje y no fiar mucho del general en jefe.

—Como no pienso parar hasta Francia, mi querido señor Cerizy...—dijo Santorcaz—estoy sin cuidado.

—No se puede vivir en esta abominable Nación—afirmó el viejo filósofo.—En París ó en Burdeos publicaré mi *Tratado de la libertad individual* y mi traducción de Diderot.

—Buenas noches, Sr. Santorcaz, señores todos.

—Buenas noches y buena suerte contra el lord, Sr. Cerizy.

—Nos veremos en Francia—dijo el francés al retirarse.—Qué lástima de logia... Marchaba tan bien... Sr. Canencia, siento que no conozca usted mi *Memoria sobre las tiranías*.

Cuando el jefe de la ronda bajaba la escalera, sacóme de mi escondite Santorcaz, y presentándome á sus amigos, dijo con sorna.

—Señores, presento á ustedes un espía de los ingleses.

No le contesté un palabra.

—Bien se conoce, amiguito... pero no reñiremos—añadió el masón ofreciéndome una silla y poniéndome delante una copa que llenó.—Bebe.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Yo no bebo.

—Amigo Ciruelo—dijo D. Luis al más joven de los presentes,—te quedarás en Salamanca hasta mañana, porque en lugar tuyo va á salir este joven.

—Sí, eso es—objetó Ciruelo mirándome con enojo.—Y si vienen los aliados y me ahorcan... Yo no soy espía de los ingleses.

—¡Ingleses, franceses!...—exclamó el filósofo Canencia en tono sibilítico...—hombres que se disputan el terreno, no las ideas... ¿Qué me importa cambiar de tiranos? Á los que como yo combaten por la filosofía, por los grandes principios de Voltaire y Rousseau, lo mismo les importa que reinen en España las casacas rojas ó los capotes azules.

—¿Y usted qué piensa?—me dijo Monsalud, observándome con curiosidad.—¿Entrarán los aliados en Salamanca?

—Sí señor, entraremos—contesté con aplomo.

—Entraremos... luego usted pertenece al ejército aliado.

—Al ejército aliado pertenezco.

—¿Y cómo está usted aquí?—me preguntó con ademán y tono de la mayor fiereza otro de los presentes, que era hombre más fuerte y robusto que un toro.

—Estoy aquí, porque he venido.

Necesitaba hacer grandes esfuerzos para sofocar mi indignación.

—Este joven se burla de nosotros—dijo Ciruelo.

—Pues yo sostengo que los aliados no entrarán en Salamanca—añadió Monsalud.—No traen artillería de sitio.

—La traerán...

—Ignoran con qué clase de fortificaciones tienen que habérselas.

—El duque de Ciudad-Rodrigo no ignora nada.

—Bueno, que entren—dijo Santorcaz.—Puesto que Marmont nos abandona...

—Lo que yo digo—indicó el filósofo;—casacas rojas ó casacas azules... ¿qué más da?

—Pero es indigno que favorezcamos á los espías de Wellington—exclamó con ira el bárbaro Mosalud, levantándose de su asiento.

Yo decía para mí:

—No habrá en esta maldita casa un agujero por donde escapar solo con ella.

—Siéntate y calla, Monsalud—dijo Santorcaz.—Á mí me importa poco que *Narices* entre ó no en Salamanca. Ponga yo el pié en mi querida Francia... Aquí no se puede vivir.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Si siguieran los franceses mi parecer—dijo el joven Ciruelo con la expresión propia de quien está seguro de manifestar una gran idea,—antes de entregar esta ciudad histórica á los aliados, la volarían. Basta poner seis quintales de pólvora en la catedral, otros seis en la Universidad, igual dósis en los Estudios Menores, en la Compañía, en San Estéban, en Santo Tomás y en todos los grandes edificios... Vienen los aliados, ¿quieren entrar? ¡fuego! ¡Qué hermoso montón de ruinas! Así se consiguen dos objetos; acabar con ellos y destruir uno de los más terribles testimonios de la tiranía, barbarie y fanatismo de esos ominosos tiempos, señores...

—Orador Ciruelo, tú harás revoluciones—dijo Canencia con majestuosa petulancia.

—Lo que yo afirmo—gruñó Monsalud,—es que venzan ó no los aliados, no me marcharé de España.

—Ni yo—mugió el toro.

—Prefiero volverme con los insurgentes—dijo el quinto personaje, que hasta entonces no había desplegado los bozales labios.

—Yo me voy para siempre de España—afirmó Santorcaz. Veo mal parada aquí la causa francesa. Antes de dos años Fernando VII volverá á Madrid.

—¡Locura, necedad!

—Si esta campaña termina mal para los franceses, como creo...

—¿Mal? ¿Por qué?

—Marmont no tiene fuerzas.

—Se las enviarán. Viene en su auxilio el Rey José con tropas de Castilla la Nueva.

—Y la división Esteve, que está en Segovia.

—Y el ejército de Bonnet viene cerca ya.

—Y también Cafarellí con el ejército del Norte.

—Todavía no ha venido—dijo Santorcaz con tristeza.—Bien, si vienen esas tropas y ponen los franceses toda la carne en el asador...

—Vencerán.

—¿Qué crees tú, Araceli?

—Que Marmont, Bonnet, Esteve, Carafelli y el Rey José, no hallarán tierra por donde correr si tropiezan con los aliados—dije con gran aplomo.

—Lo veremos, caballero.

—Eso es, lo verán ustedes—repuse.—Lo veremos todos. ¿Saben ustedes bien lo que es el ejército aliado que ha tomado á Ciudad-Rodrigo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y Badajoz? ¿Saben ustedes lo que son esos batallones portugueses y españoles, esa caballería inglesa?... Figúrense ustedes una fuerza inmensa, una disciplina admirable, un entusiasmo loco, y tendrán idea de esa ola que viene y que todo lo arrollará y destruirá á su paso.

Los seis hombres me miraban absortos.

—Supongamos que los franceses son derrotados; ¿qué hará entonces el Emperador?

—Enviar más tropas.

—No puede ser. ¿Y la campaña de Rusia?

—Que va muy mal, según dicen—indiqué yo.

—No va sino muy bien, caballero—exclamó Monsalud con gesto amenazador.

—Las últimas noticias—dijo el quinto personaje, que tenía facha de militar, y era hombre fuerte, membrudo, imponente, de mirar atravesado y antipática catadura—son estas. Acabo de leerlas en el papel que nos han mandado de Madrid. El Emperador es esperado en Varsovia. El primer cuerpo va sobre Piegel; el mariscal duque de Regio, que manda el segundo, está en Wehlan; el mariscal duque de Elchingen, en Soldass; el rey de Westphalia en Varsovia...

—Eso está muy lejos y no nos importa nada—dijo Santorcaz con disgusto.—Por bien que salga el Emperador de esa campaña temeraria, no podrá en mucho tiempo mandar tropas á España... y parece que Soult anda muy apretado en Andalucía y Suchet en Valencia.

—Todo lo ves negro—gritó con enojo Monsalud.

—Veo la guerra del color que tiene ahora... De modo que á Francia me voy y salga el sol por Antequera.

—Triste cosa es vivir de esta manera—dijo el filósofo.—Somos ganado trashumante. Verdad es que no pasamos por punto alguno sin dejar la semilla del *Contrato social* que germinará pronto poblando el suelo de verdaderos ciudadanos... Y es además de triste vergonzoso vernos obligados á pasar por cómicos de la legua.

—No me vestiré más de payaso, aunque me aspen—declaró Monsalud.

—Y yo, antes de dejarme descuartizar por afrancesado, me volveré con los insurgentes—indicó el que tenía figura y corpulencia de salvaje toro.

—Nada perdemos con adoptar nuestro disfraz—dijo D. Luis.—Con que se vista uno y nos siga el carro lleno de trebejos, bastará para que no nos hagan daño en esos feroces pueblos... Con que en marcha, señores. Araceli, dame tus armas, porque nosotros no llevamos ninguna... En caso contrario, no me expondré á sacarte.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Se las dí, disimulando la rabia que llenaba mi alma, y al punto empezaron los preparativos de marcha. Unos corrían á cerrar sus breves maletas, más llenas de papeles que de ropas. Arregló Ramoncilla el equipaje de su amo y no tardaron en atronar la casa los ruidos que caballerías y carros hacían en el patio. Cuando pasé á la habitación donde estaban Inés y miss Fly, sorprendióme hallarlas en conversación tirada, aunque no cordial al parecer, y en el semblante de la primera advertí un hechicero mohín irónico, mezclado de tristeza profunda. Yo ocultaba y reprimía en el fondo de mi pecho una tempestad de indignación, de zozobra. Aun allí, rodeado de tan diversa gente, miraba con angustia á todos los rincones, ansiando descubrir alguna brecha, algún resquicio por donde escapar solo con ella. Creíame capaz de las hazañas que soñaba el alto espíritu de miss Fly.

Pero no había medio humano de realizar mi pensamiento. Estaba en poder de Santorcaz, como si dijéramos, en poder del Demonio. Traté de acercarme á Inés para hablarla á solas un momento, con esperanzas de hallar en ella un amoroso cómplice de mi deseo; pero Santorcaz con claro designio y miss Fly quizás sin intención, me lo impidieron. Inés misma parecía tener empeño de no honrarme con una sola mirada de sus amantes ojos.

Athenais, conservando su falda de amazona, se había trasfigurado, escondiendo graciosamente su busto y hermosa cabeza bajo los pliegues de un manto español.

—¿Qué tal estoy así?—me dijo riendo en un instante en que nos quedamos solos.

—Bien—contesté friamente, preocupado con otra imagen que atraía los ojos de mi alma.

—¿Nada más que bien?

—Admirablemente. Está usted hermosísima.

—Vuestra novia, Sr. Araceli—dijo con expresión festiva y algo impertinente,—es bastante sencilla.

—Un poco, señora.

—Está buena para un pobre hombre. . ¿Pero es cierto que amais... á eso?

—¡Oh! Dios de los cielos—dije para mí sin hacer caso de miss Fly,—¿no habrá un medio de que yo escape solo con ella?

Iba la inglesa á repetir su pregunta, cuando Santorcaz nos llamó dándonos prisa para que bajásemos. Él y sus amigos habían forrado sus personas en miserables vestidos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Las dos señoras en el coche que guiará Juan—dijo D. Luis.—Tres á caballo y los otros en el carro. Araceli, entra en el carro con Monsalud y Canencia.

—Padre, no vayas á caballo—dijo Inés.—Estás muy enfermo.

—¿Enfermo? Más fuerte que nunca... Vamos: en marcha... Es muy tarde.

Distribuyéronse los viajeros conforme al programa, y pronto salimos en burlesca procesión de la casa y de la calle y de Salamanca. ¡Oh, Dios poderoso! Me parece que había estado un siglo dentro de la ciudad. Cuando sin hallar obstáculos en las calles ni en la muralla, me ví fuera de las temibles puertas, me pareció que tornaba á la vida.

Según orden de Santorcaz, el cochecillo donde iban las dos damas marchaba delante, seguían los ginetes, y luego los carros, en uno de los cuales tocóme subir con los dos interesantes personajes citados. Al verme en el campo libre, si se calmó mi desasosiego por los peligros que corría dentro de *Roma la chica*, sentí una aflicción vivísima por causas que se comprenderán fácilmente. Me era forzoso correr hacia el cuartel general, abandonando aquel extraño convoy donde iban los amores de toda mi vida, el alma de mi existencia, el tesoro perdido, encontrado y vuelto á perder, sin esperanza de nueva recuperación. Llevado, arrastrado yo mismo por aquella cuadrilla de demonios, ni áun me era posible seguirla, y el deber me obligaba á separarme en medio del camino. La desesperación se apoderó de mí, cuando mis ojos dejaron de ver en la oscuridad de la noche á las dos mujeres que marchaban delante. Salté al suelo y corriendo con velocidad increible, pues la hondísima pena parecía darme alas, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Inés, miss Fly!... aquí estoy... parad, parad...

Santorcaz corrió al galope detrás de mí y me detuvo.

—Gabriel—gritó—yo te he sacado de la ciudad y ahora puedes marcharte dejándonos en paz. Á mano derecha tienes el camino de Aldeatejada.

—¡Bandido!—exclamé con rabia.—¿Crees que si no me hubieras quitado las armas me marcharía solo?

—¡Muy bravo estás!... Buen modo de pagar el beneficio que acabo de hacerte... Márchate de una vez. ¡Te juro que si te vuelves á poner delante de mí y te atreves á amenazarme, haré contigo lo que mereces...!

—¡Malvado!...—grité abalanzándome al arzón de su cabalgadura y hundiendo mis dedos en sus flacos muslos.—¡Sin armas estoy y podré dar cuenta de tí!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El caballo se encabritó, arrojándome á cierta distancia.

—¡Dáme lo que es mío, ladrón!—exclamé tornando hacia mi enemigo. —¿Crees que te temo? Baja de ese caballo... devuélveme mi espada y veremos.

Santorcaz hizo un gesto de desprecio, y en el silencio de la noche oí el rumor de su irónica risa. El otro ginete, que era el semejante á un toro, se le unió incontinenti.

—Ó te marchas ahora mismo—dijo D. Luis—ó te tendemos en el camino.

—La señora inglesa ha de partir conmigo. Hazla detener—dije sofocando la inmensa cólera que á causa de mi evidente inferioridad me sofocaba.

—Aquella dama irá donde quiera.

—¡Miss Fly, miss Fly!—grité ahuecando ambas manos junto á mi boca.

Nadie me respondía, ni aún llegaba á mis oidos el ruido de las ruedas del coche. Corrí largo trecho al lado de los caballos, fatigado, jadeante, cubierto de sudor y con profunda agonía en el alma... Volví á gritar luego diciendo:

—¡Inés, Inés! ¡Aguarda un instante... allá voy!

Las fuerzas me faltaban. Los ginetes se dirigieron en disposición amenazadora hacia mí; pero un resto de energía física que aún conservaba me permitió librarme de ellos, saltando fuera del camino. Pasaron adelante los caballos, y las carcajadas de Santorcaz y del hombre-toro resonaron en mis oidos como el graznar de pájaros carniceros que revoloteaban junto á mí describiendo pavorosos círculos en torno á mi cabeza. Si mi cuerpo estaba desmayado y casi exánime, conservaba aún voz poderosa, y vociferé mientras creí que podía ser oido:

—¡Miserables!... ya caereis en mi poder... ¡Eh, Santorcaz, no te descuides!... ¡Allá iré yo!... ¡allá iré!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIII

IEN pronto se extinguió á lo lejos el ruido de herraduras y ruedas. Me quedé solo en el camino. Al considerar que Inés había estado en mi mano y que no me había sido posible apoderarme de ella, sentía impulsos de correr hacia adelante, creyendo que la rabia bastaría á hacer brotar de mi cuerpo las voladoras alas del condor... En mi desesperada impotencia me arrojaba al suelo, mordía la tierra y clamaba al Cielo con alaridos que habrían aterrado á los transeuntes, si por aquella desolada llanura hubiese pasado en tal hora alma viviente... ¡Se me escapaba quizá para siempre! Registré el horizonte en derredor y todo lo ví negro; pero las imágenes de los dos ejércitos pertenecientes á las dos Naciones más poderosas del mundo se presentaron á mi agitada imaginación. ¡Por allí los franceses... por allí los ingleses! Un paso más y el humo y los clamores de la más sangrienta batalla se elevarán hasta el Cielo; un paso más y temblará, con el peso de tanto cuerpo que cae, este suelo en que me sostengo.—¡Oh, Dios de las batallas, guerra y exterminio es lo que deseo! exclamé.—Que no quede un solo hombre de aquí hasta Francia... Araceli, al cuartel real... Wellington te espera.

Esta idea calmó un tanto mi exaltación y me levanté del suelo en que yacía. Cuando dí los primeros pasos experimenté esa suspensión del ánimo, ese asombro indefinible que sentimos en el momento de observar la falta ó pérdida de un objeto que poco antes llevábamos.

—¿Y miss Fly? —dije deteniéndome estupefacto.—No lo sé... adelante

Seguro de que los franceses habían tomado la dirección de Toro, me encaminé yo hacia el Mediodía buscando el Valmuza, riachuelo que corre á cuatro ó cinco leguas de la capital. Marchaba á pié con toda la prisa que me permitían el mucho cansancio corporal y las fatigas del alma, y á las ocho de la mañana entré en Aldea-Tejada, después de vadear el Tormes y recorrer un terreno áspero y desigual desde Tejares. Unos aldeanos dijéronme antes de llegar allí que no había franceses en los alrededores ni en el pueblo, y en éste oí decir que por Siete Carreras y Tornadizos se habían visto en la noche anterior muchísimos ingleses.

—Cerca están los míos—dije para mí,—y tomando algo de lo necesario para sustentarme seguí adelante.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Nada me aconteció digno de notarse hasta Tornadizos, donde encontré la vanguardia inglesa y varias partidas de D. Julian Sanchez. Eran las diez de la mañana.

—Un caballo, señores, préstenme un caballo—les dije.—Si no, prepárense á oir al señor duque... ¿Dónde está el cuartel general? Creo que en Bernuy. Un caballo pronto.

Al fin me lo dieron, y lanzándolo á toda carrera primero por el camino y después por trochas y veredas, á las doce menos cuarto estaba en el cuartel general. Vestí á toda prisa mi uniforme, informándome al mismo tiempo de la residencia de lord Wellington, para presentarme á él al instante.

—El duque ha pasado por aquí hace un momento—me dijo Tribaldos. —Recorre el pueblo á pié.

Un momento después encontré en la plaza al señor duque que volvía de su paseo; conocióme al punto, y acercándome á él le dije:

—Tengo el honor de manifestar á vuecencia que he estado en Salamanca y que traigo todos los datos y noticias que vuecencia desea.

—¿Todos?—dijo Wellington sin hacer demostración alguna de benevolencia ni de desagrado.

—Todos, mi general.

—¿Están decididos á defenderse?

—El ejército francés ha evacuado hayer tarde la ciudad, dejando solo ochocientos hombres.

Wellington miró al general portugués Troncoso que á su lado venía. Sin comprender las palabras inglesas que se cruzaron, me pareció que el segundo afirmaba:

—Lo ha adivinado vuecencia.

—Este es el plano de las fortificaciones que defienden el paso del puente—dije, alargando el croquis que había sacado.

Tomándolo Wellington, después de examinarlo con profundísima atención, preguntó:

—¿Está usted seguro de que hay piezas giratorias en el rebellín, y ocho piezas comunes en el baluarte?

—Las he contado, mi general. El dibujo será imperfecto; pero no hay en él una sola línea que no sea representación de una obra enemiga.

—¡Oh! Un foso desde San Vicente al Milagro,—exclamó con asombro.

—Y un parapeto en San Vicente.

—San Cayetano parece fortificación importante.

—Terrible, mi general.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Y estas otras en la cabecera del puente...

—Que se unen á los fuertes por medio de estacadas en zig-zag.

—Está bien—dijo con complacencia, guardando el croquis.—Ha desempeñado usted su comisión satisfactoriamente á lo que parece.

—Estoy á las órdenes de mi general.

Y luego, volviendo en derredor la perspicaz mirada, añadió:

—Me dijeron que miss Fly cometió la temeridad de ir también á Salamanca á ver los edificios. No la veo.

—No ha vuelto—dijo un inglés de los de la comitiva.

Interrogáronme todos con alarmantes miradas y sentí cierto embarazo. Hubiera dado cualquier cosa porque la señorita Fly se presentase en aquel momento.

—¿Que no ha vuelto?—dijo el duque con expresión de alarma y clavando en mí sus ojos.—¿Dónde está?

—Mi general, no lo sé—respondí bastante contrariado.—Miss Fly no fué conmigo á Salamanca. Allí la encontré y después .. Nos separamos porque me era preciso estar en Bernuy antes de las doce.

—Está bien—dijo lord Wellington como si creyese haber dado excesiva importancia á un asunto que en sí no lo tenía.—Suba usted al instante á mi alojamiento para completar los informes que necesito.

No había dado dos pasos, puesto humildemente á la cola de la comitiva del señor duque, cuando detúvome un oficial inglés, algo viejo, pequeño de rostro, no menos encarnado que su uniforme, y cuya carilla arrugada y diminuta se distinguía por cierta vivacidad impertinente, de que eran signos principales una nariz picuda y unos espejuelos de oro. Acostumbrados los españoles á considerar ciertas formas personales como inherentes al oficio de militar, nos causaban sorpresa y aun risa aquellos oficiales de artillería y estado mayor que parecían catedráticos, escribanos, vistas de aduanas ó procuradores. Miróme el coronel Simpson, pues no era otro, con altanería; miréle yo á él del mismo modo, y una vez que nos hubimos mirado á sabor de entrambos, dijo él:

—Caballero, ¿dónde está miss Fly?

—Caballero, ¿lo sé yo acaso? ¿Me ha constituído el Duque en custodio de esa hermosa mujer?

—Se esperaba que miss Fly regresase con usted de su visita á los monumentos arquitectónicos de Salamanca.

—Pues no ha regresado, caballero Simpson. Yo tenía entendido que miss Fly podía ir y venir y partir y tornar cuando mejor le conviniese.

—Así debiera ser y así lo ha hecho siempre—dijo el inglés;—pero es-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tamos en una tierra donde los hombres no respetan á las señoras, y pudiera suceder que Athenais, á pesar de su alcurnia, no tuviese completa seguridad de ser respetada.

—Miss Fly es dueña de sus acciones—le contesté.—Respecto á su tardanza ó extravío, ella sola podrá informar á usted cuando parezca.

Era ciertamente gracioso exigirme la responsabilidad de los pasos malos ó buenos de la antojadiza y volandera inglesa, cuando ella no conocía freno alguno á su libertad, ni tenía más salvaguardia de su honor que su honor mismo.

—Esas explicaciones no me satisfacen, caballero Araceli—me dijo Simpson, dignándose dirigir sobre mí una mirada de enojo, que adquiría importancia al pasar por el cristal de sus espejuelos.—El insigne lord Fly, conde de Chichester, me ha encargado que cuide de su hija...

—¡Cuidar de su hija! ¿Y usted lo ha hecho?... Cuando estuvo á punto de perecer en Santi-Spiritus, no le ví á su lado... ¡Cuidar de ella! ¿De qué modo se cuida á las señoritas en Inglaterra? ¿Dejando que los españoles les ofrezcan alojamiento, que las acompañen á visitar abadías y castillos?

—Siempre han acompañado á esa señorita dignos caballeros que no abusaron de su confianza. No se temen debilidades de miss Fly, que tiene el mejor de los guardianes en su propio decoro; se temen, caballero Araceli, las violencias, los crímenes que son comunes en las naturalezas apasionadas de esta tierra. En suma, no me satisfacen esas explicaciones.

—No tengo que añadir, respecto al paradero de miss Fly, ni una palabra más á lo que ya tuve el honor de manifestar á lord Wellington.

—Basta, caballero—repuso Simpson poniéndose como un pimiento.—Ya hablaremos de esto en ocasión más oportuna. He manifestado mis recelos á D. Carlos de España, el cual me ha dicho que no era usted de fiar... Hasta la vista.

Apartóse de mí vivamente para unirse á la comitiva que estaba muy distante, y dejóme en verdad pensativo el venerable y estudioso oficial. Poco después, D. Carlos España me decía riendo con aquella expresión franca y un tanto brutal que le era propia:

—Picarón redomado, ¿dónde demonios has metido á la amazona? ¿Qué has hecho de ella? Ya te tenía yo por buena alhaja. Cuando el coronel Simpson me dijo que estaba sobre ascuas, le contesté: "No tenga usted duda, amigo mío; los españoles miran á todas las mujeres como cosa propia."

Traté de convencer al general de mi inocencia en aquel delicado

(c) 2008 Ministerio de Cultura

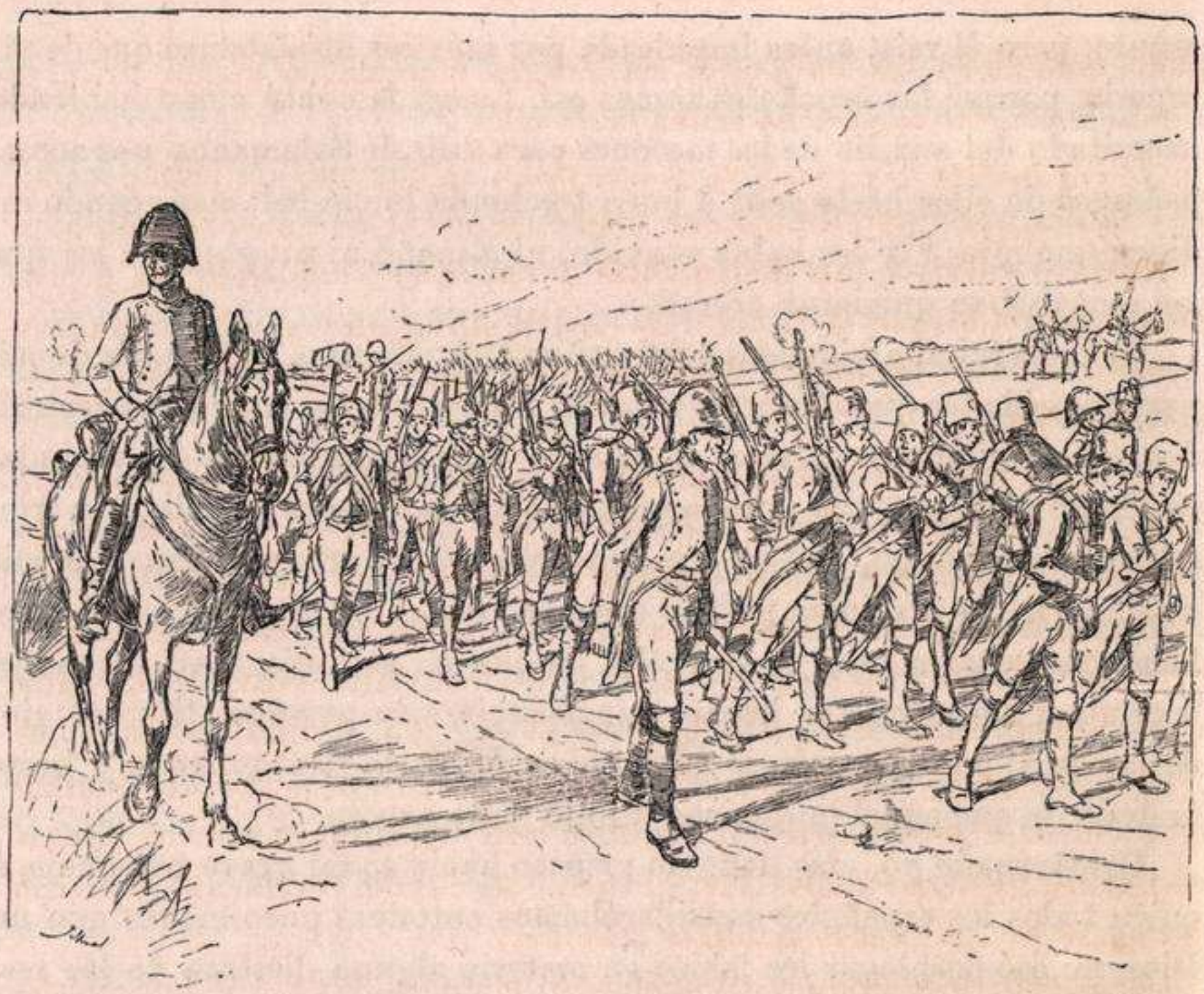
asunto; pero él reía, antes impulsado por móviles de alabanza que de vituperio, porque los españoles somos así. Luego le conté cómo habiendo necesitado del auxilio de los masones para salir de Salamanca, nos acompañamos de ellos hasta salir á buen trecho de la ciudad; mas cuando indiqué que miss Fly les había seguido, ni España ni ninguno de los que me escuchaban quisieron creerme.

Cuando fuí al alojamiento del general en jefe para informarle de mil particularidades que él quería conocer relativas á los conventos destruídos, á municiones, á víveres, al espíritu de la guarnición y del vecindario, hallé al duque, con quien conferencié más de hora y media, tan frío, tan severo conmigo, que se me llenó el alma de tristeza. Recogía mis noticias, harto preciosas para el ejército aliado, sin darme claras y vehementes señales, cual yo esperaba, de que mi servicio fuese estimado, ó como si estimando el hecho menospreciara la persona. Hizo elogios del croquis; pero me pareció advertir en él cierta desconfianza y hasta la duda de que aquel minucioso dibujo fuese exacto.

Consternado yo, mas lleno de respeto hacia aquel grave personaje, á quien todos los españoles considerábamos entonces poco ménos que un Dios, no osé desplegar los labios en materia alguna distinta de las respuestas que tenía que dar; y cuando el héroe de Talavera me despidió con una cortesía rígida y fría como el movimiento de una estatua que se dobla por la cintura, salí lleno de confusiones y sobresaltos, mas también de ira, porque yo comprendía que alguna sospecha tan grave como injusta deslustraba mi buen concepto. ¡Después de tantos trabajos y fatigas por prestar servicio tan grande al ejército aliado, no se me trataba con mayor estima que á un vulgar y mercenario espía! ¡Yo no quería grados ni dinero en pago de mis servicios! Quería consideración, aprecio, y que el *lord* me llamase su amigo, ó que desde lo alto de su celebridad y de su genio dejase caer sobre mi pequeñez cualquier frase afectuosa y conmovedora, como la caricia que se hace al perro leal; pero nada de esto había logrado. Trayendo á mi memoria á un mismo tiempo y en tropel confuso las sofocaciones del día anterior, mi croquis, mis servicios y mis apuros, los horrendos peligros, y después la fisonomía severa y un tanto ceñuda de lord Wellington, el despecho me inspiraba frases íntimas como la siguiente:

—Quisiera que hubieses estado en poder de Jean-Jean y de Tourlourou, á ver si ponías esa cara... Una cosa es mandar desde la tienda de campaña, y otra hacer en las murallas... Una cosa es la orden, y otra el peligro... Expóngase uno cien veces á morir por un...

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXIV

STA y otras cosas peores que me callo decía yo aquella tarde cuando partimos hacia Salamanca, á cuyas inmediaciones llegamos antes de anochecido, alejándonos después de la ciudad para pasar el Tormes por los vados del Canto y San Martín. Por todas partes oía decir:

—Mañana atacaremos los fuertes.

Yo que los había visto, que los había examinado, conocía que esto no podía ser.

—¡Si creerán ustedes que esos fuertes son juguetes como los que se hicieron en Madrid el 3 de Diciembre!—decía yo á mis amigos, dándome cierta importancia.—¡Si creerán ustedes que la artillería que los defiende es alguna batería de cocina!

Y aquí encajaba descripciones ampulosas, que concluían siempre así:

—Cuando se han visto las cosas, cuando se las ha medido palmo á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

palmo, cuando se las ha puesto en dibujo con más ó menos arte, es cuando puede formarse idea acabada de ellas.

—Dí, ¿y á miss Fly también la has visto, la has medido palmo á palmo y la has puesto en dibujo con más ó menos arte?—me preguntaban.

Esto me volvía á mis melancolías y *saudades* (hablando en portugués) ocasionadas por el disfavor de lord Wellington y el ningún motivo é injusticia de su frialdad y desabrimiento con un servidor leal y obediente soldado.

Lord Wellington mandó atacar los fuertes por mera conveniencia moral y por infundir aliento á los soldados, que no habían combatido desde Arroyo Molinos. Harto conocía el señor duque que aquellos fuertes formados sobre las robustísimas paredes de los conventos no caerían sino ante un poderoso tren de batir, y al efecto hizo venir de Almeida piezas de gran calibre. Esperando, pues, el socorro, y simulando ataques pasaron dos ó tres días, en los cuales nada histórico ni particular ocurrió digno de ser contado, pues ni adquirió lord Wellington nuevos títulos nobiliarios, ni pareció miss Fly, ni tuve noticias del rumbo que tomaron los traviesos y mil veces malditos masones.

De lo ocurrido entonces únicamente merecen lugar, y por cierto muy preferente, en estas verídicas relaciones, las miradas que me echaba de vez en cuando el coronel Simpson y sus palabras agresivas, á que yo le contestaba siempre con las peores disposiciones del mundo. Y francamente, señores, yo estaba inquieto, casi tan inquieto como el sabio coronel Simpson, porque pasaban días y continuaba el eclipse de miss Fly. Creí entender que se hacían averiguaciones minuciosas; creí entender ¡oh, cielos! que me amenazaba un interrogatorio severo, al cual seguirían rigurosas medidas penales contra mí; pero Dios, para salvarme sin duda de castigos que no merecía, permitió que el día 20 muy de mañana apareciese en los cerros del Norte... no la romancesca é interesante inglesa, sino el mariscal Marmont con 40.000 hombres.

El mismo día en que se nos presentó el francés por el mismo camino de Toro, se suspendió el ataque de los fuertes é hicimos varios movimientos para tomar posiciones si el enemigo nos provocaba á trabar batalla. Mas pronto se conoció que Marmont no tenía ganas de lanzar su ejército contra nosotros, siendo su intento, al aproximarse, distraer las fuerzas sitiadoras y tal vez introducir algún socorro en los fuertes. Pero Wellington, aunque no había recibido la artillería de Almeida, persistía con tenacidad sajona en apoderarse de San Vicente y de San Cayetano, los dos formidables conventos arreglados para castillos por una irrisión

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de la historia. ¡Me parecía estar viéndolos aún desde la torre de la Merced!

La tenacidad, que á veces es en la guerra una virtud, también suele ser una falta, y el asalto de los conventos lo fué manifiestamente, cosa rara en Wellington, que no acostumbraba cometer faltas. La división española se hallaba en Castellanos de los Moriscos observando al francés, que ya se corría á la derecha, ya á la izquierda, cuando nos dijeron que en el asalto infructuoso de San Cayetano habían perecido 120 ingleses y el general Rowes, distinguidísimo en el ejército aliado.

—Ahora se ve como también los grandes hombres cometen errores—dije á mis amigos.—A cualquiera se le alcanzaba que San Vicente y San Cayetano no eran corrales de gallinas; pero respetemos las equivocaciones de los de arriba.

—¡Ya está! ¡ya está ahí... albricias! ¡ya la tenemos ahí!—exclamó don Carlos España, que á la sazón, de improviso, se había presentado.

—¿Quién, miss Fly?—pregunté con vivo gozo.

—La artillería, señores, la artillería gruesa que se mandó traer de Almeida. Ya ha llegado á Pericalbo: esta tarde estará en las paralelas, se montará mañana y veremos lo que valen esos fuertes que fueron conventos.

—¡Ah, bien venida sea!... creí que hablaba usted de miss Fly, por cuya aparición daría las dos manos que tengo...

Vino efectivamente, no miss Fly, que acerca de ésta ni alma viviente sabía palabra, sino la artillería de sitio, y Marmont, que lo adivinó, quiso pasar el río para distraer fuerzas á la izquierda del Tormes. Le vimos correrse á nuestra derecha, hacia Huerta, y al punto recibimos orden de ocupar á Aldealuenga. Como los franceses cruzaron el Tormes, lo pasó también el general Graham, y en vista de este movimiento pusieron los piés en polvorosa. Marmont, que no tenía bastantes fuerzas, careciendo principalmente de caballería, no osaba empeñar ninguna acción formal.

Por lo demás, ante la artillería de sitio, San Vicente y San Cayetano no ofrecieron gran resistencia. Los ingleses (y esto lo digo de referencia, pues nada ví), abrieron brecha el 27 é incendiaron con bala roja los almacenes de San Vicente. Pidieron capitulación los sitiados; mas Wellington, no queriendo admitir condiciones ventajosas para ellos, mandó asaltar la Merced y San Cayetano, escalando el uno y penetrando en el otro por las brechas. Quedó prisionera la guarnición.

Este suceso colmó de alegría á todo el ejército, mayormente cuando

(c) 2008 Ministerio de Cultura

vimos que Marmont se alejaba á buen paso hacia el Norte, ignorábamos si en dirección á Toro ó á Tordesillas, porque nuestras descubiertas no pudieron determinarlo á causa de la oscuridad de la noche. Pero hé aquí que pronto debíamos saberlo, porque la división española y las guerrillas de D. Julián Sanchez recibieron orden de dar caza á la retaguardia francesa, mientras todo el ejército aliado, una vez asegurada Salamanca, marchaba también hacia las líneas del Duero.

Era la mañana del 28 de Junio, cuando nos encontrábamos cerca de Sanmorales, en el camino de Valladolid á Tordesillas. Según nos dijeron, la retaguardia enemiga y su impedimenta habían salido de dicho lugar pocas horas antes, llevándose, según la inveterada é infalible costumbre, todo cuanto pudieron haber á la mano. Pusiéronse al frente de la división el conde de España y D. Julián Sanchez con sus intrépidos guerrilleros que conocían el país como la propia casa, y se mandó forzar la marcha para poder pescar algo del pasado convoy de los franchutes. Sin reparar las fuerzas después del largo caminar de la noche, corrió nuestra vanguardia hacia Babilafuente, mientras los demás rebuscábamos en Sanmorales lo que hubiese sobrado de la reciente limpia y rapiña del enemigo. Provistos al fin de algo confortativo, seguimos también hacia aquel punto, y al cabo de dos horas de penosa jornada, cuando calculábamos que nos faltarían apenas otras dos para llegar á Babilafuente, distinguimos este lugar en lontananza, mas no lo determinaba la perspectiva de las lejanas casas, ni ninguna alta torre, ni castillete, ni menos colina ó bosquecillo, sino una columna de negro y espeso humo, que partiendo de un punto del horizonte, subía y se enroscaba hasta confundirse con la blanca masa de las nubes.

—Los franceses han pegado fuego á Babilafuente—gritó un guerrillero.

—Apretar el paso... en marcha... ¡Pobre Babilafuente!

—Queman para detenernos... creen que nos estorba el tizne... ¡Adelante!

—Pero D. Carlos y Sanchez les deben haber alcanzado—dijo otro.—Parece que se oyen tiros.

—Adelante, amigos. ¿Cuánto podemos tardar en ponernos allá?

—Una hora y minutos.

Vióse luego otra negra columna de humo que salía de paraje más lejano, y que en las alturas del cielo parecía abrazarse con la primera.

—Es Villorio que arde también—dijeron.—Esos ladrones queman las trojes después de llevarse el trigo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Ya más cerca, divisamos las rojas llamas oscilando sobre las techumbres, y una multitud de mujeres despavoridas, ancianos y niños corrían por los campos huyendo con espanto de aquella maldición de los hombres, más terrible que la del cielo. Por lo que aquellos infelices nos pudieron decir entre lágrimas y gritos de angustia, supimos que los de España y Sanchez entraban á punto que salían los franceses después de incendiar el pueblo; que se habían cruzado algunos tiros entre unos y otros, pero sin consecuencias, porque los nuestros no se ocuparon más que de cortar el fuego.

Estábamos como á doscientos pasos de las primeras casas de la infortunada aldea, cuando una figura extraña, hermosa, una verdadera y agraciada obra de la fantasía, una gentil persona, tan distinta de las comunes imágenes terrestres como lo son de la vulgar vida las admirables creaciones de la poesía del Norte, una mujer ideal llevada por arrogante y veloz caballo, pasó allá lejos ante la vista, semejante á los gallardos ginetes que cruzan por los rosados espacios de un sueño artístico, sin tocar la tierra, dando al viento cabellera y crin, y modificando, según los cambiantes de la luz, su majestuosa carrera. Era una figura de amazona, vestida no sé si de negro ó de blanco, pero igual á aquellas mujeres galopantes, con cuya apostura y arranque ligero se representa al aire, al fuego, lo que vuela y lo que quema, y que corría en verdad, animando al corcel con varoniles exclamaciones. Iba la gentil persona fuera del camino, en dirección contraria á la nuestra, por un extenso llano, cruzado de zanjas y charcos, que el corcel saltaba con airoso brincar, asociando de tal modo el empuje y brío á la voluntad del ginete, que hembra y caballo parecían una sola persona. Tan pronto se alejaba como volvía la fantástica figura; pero á pesar de su carrera y de la distancia, al punto que la ví, dióme un vuelco el corazón, subióseme la sangre con violento golpe al cerebro, y temblé de sorpresa y alegría. ¿Necesito decir quién era?

Lanzando mi caballo fuera del camino, grité:

—Miss Fly, señorita Mariposa... señora Pajarita... señora Mosquita... ¡Carísima Athenais... Athenais!

—Pero la Pajarita no me oía y seguía corriendo, mejor dicho, revoloteando, yendo, viniendo, tornando á partir y á volver, y trazando sobre el suelo y en la claridad del espacio, caprichosos círculos, ángulos, curvas y espirales.

—¡Miss Fly, miss Fly!

El viento impedía que mi voz llegase hasta ella.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXV

vivé el paso, sin apartar los ojos de la hermosa aparición, la cual creeríase iba á desvanecerse cual caprichosa hechura de la luz ó del viento... Pero no, era la misma miss Fly; y buscaba una senda en aquella engañosa planicie, surcada por zanjas y charcos de inmovil agua verdosa.

—¡Eh... señora Mosquita!... ¡que soy yo!... Por aquí... por este lado.

Por último, llegué cerca de ella y oyó mi voz, y vió mi propia persona, lo cual hubo de causarle al parecer mucho gusto y sacarla de su confusión y atolondramiento. Corrió hacia mí riendo y saludándome con exclamaciones de triunfo, y cuando la ví de cerca, no pude menos de advertir la diferencia que existe entre las imágenes trasfiguradas y embellecidas por el pensamiento y la triste realidad, pues el corcel que montaba, por cierto á mujeriegas, la intrépida Athenais, distaba mucho de parecerse á aquel volador Pegaso que se me representara poco antes; ni daba ella al viento la cabellera, cual llama de fuego simbolizando el pensamiento, ni su vestido negro tenía aquella diafanidad ondulante que creí distinguir primero, ni el cuartajo, pues cuartajo era, tenía más cerneja que media docena de mustios y amarillentos pelos, ni la misma miss Fly estaba tan interesante como de ordinario, aunque sí hermosa, y por cierto bastante pálida, con las trenzas mal entretejidas por arte de los dedos, sin aquel concertado desgaire del peinado de las Musas, y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

finalmente, con el vestido en desorden anti-armónico á causa del polvo, arrugas y girones que en diversos puntos tenía.

—Gracias á Dios que os encuentro—exclamó alargándome la mano.—D. Carlos España me dijo que estábais en la retaguardia.

Mi gozo por verla sana y libre, lo cual equivalía á un testimonio precioso de mi honradez, me impulsó á intentar abrazarla en medio de campo, de caballo á caballo, y habría puesto en ejecución mi atrevido pensamiento, si ella no lo impidiera un tanto suspensa y escandalizada.

—En buen compromiso me ha puesto usted—le dije.

—Me lo figuraba—respondió riendo.—Pero vos teneis la culpa. ¿Por qué me dejasteis en poder de aquella gente?

—Yo no dejé á usted en poder de aquella gente; ¡malditos sean ellos mil veces!... Desapareció usted de mi vista y el masón me impidió seguir. ¿Y nuestros compañeros de viaje?

—¿Preguntais por la Inesita?—La encontrareis en Babilafuente—dijo poniéndose seria.

—¿En ese pueblo? ¡Bondad divina!... Corramos allí... ¿Pero han padecido ustedes algún contratiempo? ¿Hánse visto en algún peligro? ¿Las han mortificado esos bárbaros?

—No, me he aburrido y nada más. Á la hora y media de salir de Salamanca tropezamos con los franceses, que echaron el guante á los masones diciendo que en Salamanca habían hecho el espionaje por cuenta de los aliados. Marmont tiene orden del Rey para no hacer causa comun con esos pillos tan odiados en el país. Santorcaz se defendió, mas un oficial llamóle farsante y enmbustero y dispuso que todos los de la brillante comitiva quedásemos prisioneros. Gracias á Desmarets, me han tratado á mí con mucha consideración.

—¡Prisioneros!

—Sí, nos han tenido desde entonces en ese horrible Babilafuente, mientras el lord tomaba á Salamanca. ¡Y yo que no he visto nada de eso! ¿Se rindieron los fuertes? ¡Qué gran servicio prestásteis con vuestra visita á Salamanca! ¿Qué os dijo milord?

—Sí, sí, hable usted á milord de mí... Contento está su excelencia de este leal servidor... Sepa miss Fly que lejos de agradar al duque, me ha tomado entre ojos y se dispone á formarme consejo de guerra por delitos comunes.

—¿Por qué, amigo mío? ¿Qué habeis hecho?

—¿Qué he de hacer? Pues nada, señora Pajarita, nada más sino seducir á una honesta hija de la Gran Bretaña, llevármela conmigo á Salamanca,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ultrajarla con no sé qué insigne desafuero, y después, para colmo de fiesta, abandonarla pícaramente, ó esconderla, ó matarla, pues sobre este punto, que es el lado negro de mi feroz delito, no se han puesto aún de acuerdo lord Wellington y el coronel Simpson.

Miss Fly rompió en risas tan francas, tan espontáneas y regocijadas, que yo también me reí. Ambos marchábamos á buen paso en dirección á Babilafuente.

—Lo que me contais, Sr. Araceli—dijo, mientras se teñía su rostro de rubor hechicero,—es una linda historia. Tiempo hacía que no se me presentaba un acontecimiento tan dramático, ni tan bonito embrollo. Si la vida no tuviera estas novelas, ¡cuán fastidiosa sería!

—Usted disipará las dudas del general devolviéndome mi honor, miss Fly, pues de la pureza de sentimientos de usted no creo que duden milord ni sir Abraham Simpson. Yo soy el acusado, yo el ladrón, yo el ogro de cuentos infantiles, yo el gigantón de leyenda, yo el morazo de romance.

—¿Y no os ha desafiado Simpson?—preguntó demostrándome cuánta complacencia producía en su alma aquel extraño asunto.

—Me ha mirado con altanería y díchome palabras que no le perdono.

—Le matareis, ó al menos le herireis gravemente, como hicisteis con el desvergonzado é insolente lord Gray—dijo con extraordinaria luz en la mirada.—Quiero que os batais con alguien por causa mía. Vos acometeis las empresas más arriesgadas por la simpatía que tienen los grandes corazones con los grandes peligros; habeis dado pruebas de aquel valor profundo y sereno cuyo arranque parte de las raíces del alma. Un hombre de tales condiciones no permitirá que se ponga en duda su dignidad, y á los que duden de ella, les convencerá con la espada en un abrir y cerrar de ojos.

—La prueba más convincente, Athenais, ha de ser usted... Ahora pensemos en socorrer á esos infelices de Babilafuente. ¿Corre Inés algún peligro? ¡Loco de mí! ¡Y me estoy con esta calma! ¿Está buena? ¿Corre algún peligro?

—No lo sé—repuso con indiferencia la inglesa.—La casa en que estaban empezó á arder.

—¡Y lo dice con esa tranquilidad!

—En cuanto se anunció la entrada de los españoles y me ví libre, salí en busca del jefe. D. Cárlos España me recibió con agrado, y no tuvo inconveniente en cederme un caballo para volver al cuartel general.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Santorcaz, Monsalud, Inés y demás compañía masónica habrán huido también?

—No todos. El gran capitán de esta masonería ambulante está postrado en el lecho desde hace tres días y no puede moverse. ¿Cómo quereis que huya?

—Eso es obra de Dios—dije con alegría y acelerando el paso.—Ahora no se me escapará. De grado ó por fuerza arrancaremos á Inés de su lado y la enviaremos bien custodiada á Madrid.

—Falta que quiera separarse de su padre. Vuestra dama encantada es una joven de miras poco elevadas, de corazón pequeño; carece de imaginación y de... de arranque. No ve más que lo que tiene delante. Es lo que yo llamo una ave doméstica. No, señor Araceli, no pidais á la gallina que vuele como el águila. Le hablareis el lenguaje de la pasión y os contestará cacareando en su corral.

—Una gallina, señorita Athenais—le dije, entrando en el pueblo,—es un animal útil, cariñoso, amable, sensible, que ha nacido y vive para el sacrificio, pues da al hombre sus hijos, sus plumas y finalmente su vida; mientras que un águila... pero esto es horroroso, miss Fly... arde el pueblo por los cuatro costados...

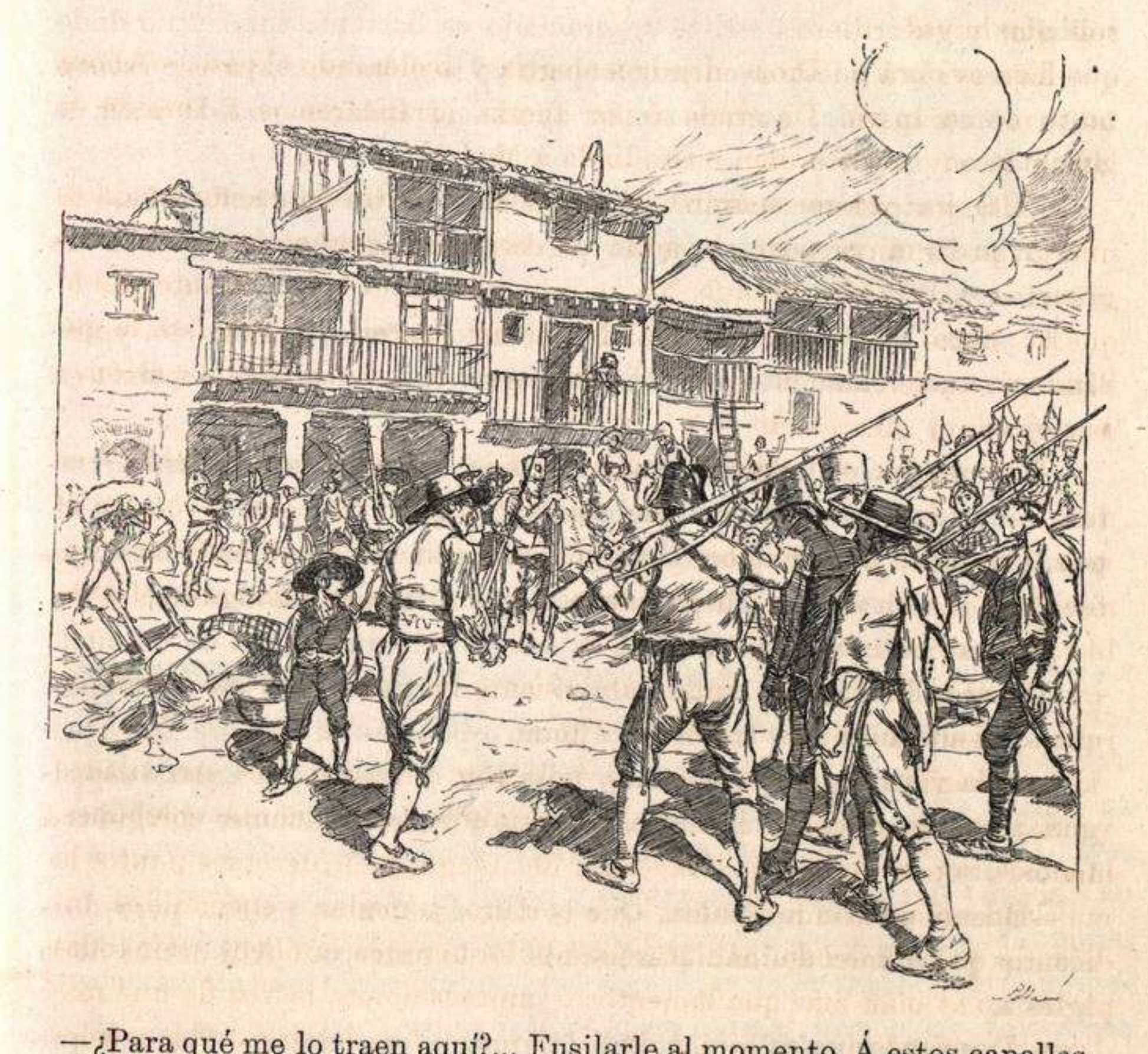
—Desde la llanura presenta Babilafuente un golpe de vista incomparable... Siento no haber traido mi álbum.

Las frágiles casas se venían al suelo con estrépito. Los atribulados vecinos se lanzaban á la calle, arrastrando penosamente colchones, muebles, ropas, cuanto podían salvar del fuego, y en diversos puntos la multitud señalaba con espanto los escombros y maderos encendidos, indicando que allí debajo habían sucumbido algunos infelices. Por todas partes no se oían más que lamentos é imprecaciones, la voz de una madre preguntando por su hijo, ó de los tiernos niños desamparados y solos que buscaban á sus padres. Muchos vecinos y algunos soldados y guerrilleros se ocupaban en sacar de las habitaciones á los que estaban amenazados de no poder salir, y era preciso romper rejas, derribar tabiques, deshacer puertas y ventanas para penetrar desafiando las llamas, mientras otros se dedicaban á apagar el incendio, tarea difícil porque el agua era escasa. En medio de la plaza D. Carlos España daba órdenes para uno y otro objeto, descuidando por completo la persecución de los franceses, á quienes solamente se pudieron coger algunos carros. Gritaba el general desaforadamente y su actitud y fisonomía eran de loco furioso.

Miss Fly y yo echamos pié á tierra en la plaza, y lo primero que se ofreció á nuestra vista fué un infeliz, á quien llevaban maniatado cuatro

(c) 2008 Ministerio de Cultura

guerrilleros empujándolo cruelmente á ratos ó arrastrándole cuando se resistía á seguir. Una vez que le pusieron ante la espantosa presencia de D. Carlos España, éste cerrando los puños y arqueando las negras y tempestuosas cejas, gritó de esta manera:



—¿Para qué me lo traen aquí?... Fusilarle al momento. Á estos canallas afrancesados que sirven al enemigo se les aplasta cuando se les coge, y nada más.

Observando las facciones de aquel hombre, reconocí al Sr. Monsalud. Antes de referir lo que hice entonces, diré en dos palabras, por qué había venido á tan triste estado y funesta desventura. Sucedió que los pobres masones, igualmente malquistos con los franceses que salían y los españoles que entraban en Babilafuente, optaron, sin embargo por aquellos, tratando de seguirles. Excepto Santorcaz, que seguía en deplorabe estado, todos corrieron, pero tuvo tan mala suerte el travieso Monsalud, que al saltar una tapia buscando el camino de Villorio, le echaron el guante los guerrilleros, y como desgraciadamente le conocían

(c) 2008 Ministerio de Cultura

por ciertas fechorías, ni santas ni masónicas, que cometiera en Béjar, al punto le destinaron al sacrificio en expiación de las culpas de todos los masones y afrancesados de la Península.

—Mi general—exclamé, abriéndome paso entre la muchedumbre de soldados y guerrilleros.—Este desgraciado es bastante tuno y no dudo que ha servido á nuestros enemigos; pero yo le debo un favor que estimo tanto como la vida, porque sin su ayuda no hubiera podido salir de Salamanca.

—¿Á qué viene ese sermón?—dijo con feroz impaciencia España.

—Á pedir á vuecencia que le perdone, conmutándole la pena de muerte por otra.

El pobre Monsalud, que estaba ya medio muerto, se reanimó, y mirándome con vehemente expresión de gratitud, puso toda su alma en sus ojos.

—Ya vienes con boberías, ¡rayo de Dios! Araceli, te mandaré arrestar...—exclamó el conde haciendo extrañas gesticulaciones.—No se te puede resistir, joven entrometido... Quitadme de delante á ese sabandijo, fusiladle al momento... ¡Es preciso castigar á alguien! ¡á alguien!

Á pesar de esta viva crueldad, que á veces manifestaba de un modo imponente, España no había llegado aún á aquel grado de exaltación que años adelante hizo tan célebre como espantoso su nombre. Miró primero á la víctima, después á mí y miss Fly, y luego que hubo dado algún desahogo á su cólera con palabrotas y recriminaciones dirigidas á todos, dijo:

—Bueno, que no le fusilen. Que le den doscientos palos... pero doscientos palos bien dados... Muchachos, os lo entrego... Allí detras de la iglesia.

—¡Doscientos palos!—murmuró la víctima con dolor.—Prefiero que me den cuatro tiros. Así moriré de una vez.

Entonces aumentó el barullo, y un guerrillero apareció diciendo:

—Arden todas las sementeras y las eras del lado de Villorio, y arde también Villoruela y Riolobos y Huerta.

Desde la plaza, abierta al campo por un costado, se distinguía la horrible perspectiva. Llamas vagas y erráticas surgían aquí y allí del seco suelo, corriendo por sobre las mieses, cual cabellera movible, cuyas últimas negras guedejas se perdían en el Cielo. En los puntos lejanos las columnas de humo eran en mayor número y cada una indicaba la troj ó panera que caía bajo la planta de fuego del ejército fugitivo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVI

Yo nunca había visto desolación semejante. Los enemigos en retirada quemaban, talaban, arrancando los tiernos árboles de las huertas, haciendo luminarias con la paja de las eras. Cada paso suyo aplastaba una cabaña, talaba una mies, y su rencoroso aliento de muerte destruía como la cólera de Dios. El rayo, el pedrisco, el simoun, la lluvia y el terremoto obrando de consuno no habrían hecho tantos estragos en poco tiempo. Pero el rayo y el simoun, todas las iras del Cielo juntas, ¿qué significan comparadas con el despecho de un ejército que se retira? Fiero animal herido, no tolera que nada viva detrás de sí.

D. Carlos España tomó una determinación rápida.

—Á Villorio, á Villorio sin descansar—gritó montando á caballo.—Sr. D. Julián Sanchez, á ver si les cogemos. Además hay que auxiliar también á esos otros pueblos.

Las órdenes corrieron al momento, y parte de los guerrilleros con dos regimientos de línea se aprestaron á seguir á D. Carlos.

—Araceli—dijo éste,—quédate aquí aguardando mis órdenes. En caso de que lleguen hoy los ingleses, sigues hacia Villorio; pero entre tanto aquí... Apagar el fuego lo que se pueda; salvar la gente que se pueda, y si se encuentran víveres...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Bien, mi general.

—Y á ese bribón que hemos cogido, cuidado como le perdonas un solo palo. Doscientos cabalitos y bien aplicados. Adios. Mucho orden, y... ni uno ménos de doscientos.

Cuando me ví dueño del pueblo y al frente de la tropa y guerrillas que trabajaban en él, empecé á dictar órdenes con la mayor actividad. Excuso decir que la primera fué para librar á Monsalud del horrible tormento y descomunal castigo de los palos; mas cuando llegué al sitio de la lamentable escena, ya le habían aplicado veintitres cataplasmas de fresno, con cuyos escozores estaba el infeliz á punto de entregar rabiando su alma al Señor. Suspendí el tormento, y aunque más parecía muerto que vivo, aseguráronme que no iría de aquella, por ser los masones gente de siete vidas, como los gatos.

Miss Fly me indicó sin pérdida de tiempo la casa que servía de asilo á Santorcaz, una de las pocas que apenas habían sido tocadas por las llamas. Vociferaban á la puerta algunas mujeres y aldeanos, acompañados de dos ó tres soldados, esforzándose las primeras en demostrar con toda la elocuencia de su sexo, que allí dentro se guarecía el mayor pillo que desde muchos años se había visto en Babilafuente.

—El que llevaron á la plaza—decía una vieja—es un santo del Cielo comparado con este que aquí se esconde, el capitán general de todos esos luciferes.

—Como que hasta los mismos franceses les dan de lado. Diga usted, señá Frasquita, ¿por qué llaman masones á esta gente? Á fé que no entiendo el *voquible*.

—Y los tales, cuando entran en un pueblo, apandan todas las doncellas que encuentran. Pues digo: también hay que tener cuidado con los niños, pues se los llevan para criarlos á su antojo, que es en la fé de Majoma.

Los soldados habían empezado á derribar la puerta y las mujeres les animaban, por la mucha inquinia que había en el pueblo contra los masones. Ya vimos lo que le pasó á Monsalud. Seguramente Santorcaz, con ser el pontífice máximo de la secta trashumante, no habría salido mejor librado si en aquella ocasión no hubiese llegado yo. Luego que la puerta cediera á los recios golpes y hachazos, ordené que nadie entrase por ella, dispuse que los soldados, custodiando la entrada, contuvieran y alejasen de allí á las mujeres chillonas y procaces, y subí. Atravesé dos ó tres salas cuyos muebles en desórden anunciaban la confusión de la huida. Todas las puertas estaban abiertas, y libremente pude avanzar de estan-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cia en estancia hasta llegar á una pequeña y oscura, donde ví á Santorcaz y á Inés, él tendido en miserable lecho, ella al lado suyo, tan estrechamente abrazados los dos que sus figuras se confundían en la penumbra de la sala. Padre é hija estaban aterrados, trémulos, como quien de un momento á otro espera la muerte, y se habían abrazado para aguardar juntos el trance terrible. Al conocerme, Inés dió un grito de alegría.

—Padre—exclamó,—no moriremos. Mira quién está aquí.

Santorcaz fijó en mí los ojos que lucían como dos ascuas en el cadavérico semblante, y con voz hueca, cuyo timbre heló mi sangre, dijo:

—¿Vienes por mí, Araceli? Ese tigre carnicero que os manda te envía á buscarme porque los oficiales del matadero están ya sin trabajo?... Ya despacharon á Monsalud, ahora á mí...

—No matamos á nadie—respondí acercándome.

—No nos matarán —exclamó Inés derramando lágrimas de gozo.—Padre, cuando esos bárbaros daban golpes á la puerta, cuando esperábamos verlos entrar armados de hachas, espadas, fusiles y guillotinas para cortarnos la cabeza, como dices que hacían en París, ¿no te dije que había creído escuchar la voz de Araceli? Le debemos la vida.

El masón clavaba en mí sus ojos, mirándome cual si no estuviera seguro de que era yo. Su fisonomía estaba en extremo descompuesta, hundidos los ojos dentro de las cárdenas órbitas, crecida la barba, lustrosa y amarilla la frente. Parecía que habían pasado por él diez años desde las escenas de Salamanca.

—Nos perdonan la vida—dijo con desdén.—Nos perdonan la vida cuando me ven enfermo y achacoso, sin poder moverme de este lecho, donde me ha clavado mi enfermedad. El conde de España ¿va á subir aquí?

El conde de España se ha ido de Babilafuente.

Cuando dije esto, el anciano respiró como si le quitaran de encima enorme peso. Incorporóse ayudado por su hija, y sus facciones, contraidas por el terror, se serenaron un poco.

—¿Se ha marchado ese verdugo.... hacia Villorio?... Entonces escaparemos por... por... y los ingleses, ¿dónde están?

—Si se trata de escapar, en todas partes hay quien lo impida. Se acabaron las correrías por los pueblos.

—De modo que estoy preso—exclamó con estupor.—¡Soy prisionero tuyo, prisionero de...! ¡Me has cogido como se coge á un ratón en la trampa, y tengo que obedecerte y seguirte tal vez!

—Sí, preso hasta que yo quiera.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Y harás de mí lo que se te antoje, como un chiquillo sin piedad que martiriza al león en su jaula porque sabe que éste no puede hacerle daño.

—Haré lo que debo, y ante todo...

Santorcaz, al ver que fijé los ojos en su hija, estrechóla de nuevo en sus brazos, gritando:

—No la separarás de mí, sino matándola, ruin y miserable verdugo... ¿Así pagas el beneficio que en Salamanca te hice?... Manda á tus bárbaros soldados que nos fusilen, pero no nos separes.

Miré á Inés y ví en ella tanto cariño, tan franca adhesión al anciano, tanta verdad en sus demostraciones de afecto filial, que no pude menos de cortar el vuelo á mi violenta determinación.

—Aquí encuentro un sentimiento cuya existencia no sospechaba—dije para mí;—un sentimiento grande, inmenso, que se me revela de improviso y que me espanta y me detiene y me hace retroceder. He creido caminar por sendero continuado y seguro, y he llegado á un punto en que el sendero acaba y empieza el mar. No puedo seguir... ¿Qué inmensidad es esta que ante mí tengo? Este hombre será un malvado, será carcelero de la infeliz niña; será un enemigo de la sociedad, un agitador, un loco que merece ser exterminado; pero aquí hay algo más. Entre estos dos séres, entre estas dos criaturas tan distintas, la una tan buena, la otra odiosa y odiada, existe un lazo que yo no debo ni puedo romper, porque es obra de Dios. ¿Qué haré?...

Á estas reflexiones sucedieron otras de igual índole, mas no me llevaron á ninguna afirmación categórica respecto á mi conducta, y me expresé de este modo, que me pareció el más apropiado á las circunstancias.

—Si usted varía de conducta podrá tal vez vivir cerca, cuando no al lado de su hija, y verla y tratarla.

—¡Variar de conducta!... ¿Y quién eres tú, mancebo ignorante, para decirme que varíe de conducta, y dónde has aprendido á juzgar mis acciones? Estás lleno de soberbia porque el despotismo te ha enmascarado con esa librea y puesto esas charreteras que no sirven sino para marcar la gerarquía de los distintos opresores del pueblo... ¡Qué sabes tú lo que es conducta, necio! Has oido hablar á los frailes y á D. Carlos España, y crees poseer toda la ciencia del mundo.

—Yo no poseo ciencia alguna—respondí exasperado,—¿pero se puede consentir que criaturas inocentes y honradas y dignas por todos conceptos de mejor suerte, vivan con tales padres?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Y á tí, extraño á ella, extraño á mí, ¿qué te importa ni qué te va en esto?—exclamó agitando sus brazos y golpeando con ellos las ropas del desordenado lecho.

—Sr. Santorcaz, acabemos. Dejo á usted en libertad para ir á donde mejor le plazca. Me comprometo á garantizarle la mayor seguridad hasta que se halle fuera del país que ocupa el ejército aliado. Pero esta joven es mi prisionera y no irá sino á Madrid al lado de su madre. Si han nacido por fortuna en usted sentimientos tiernos que antes no conocía, yo aseguro que podrá ver á su hija en Madrid siempre que lo solicite.

Al decir esto, miré á Inés, que con extraordinario estupor dirigía los ojos á mí y á su padre alternativamente.

—Eres un loco—dijo D. Luis.—Mi hija y yo no nos separaremos. Háblale á ella de este asunto, y verás cómo se pone... En fin, Araceli, ¿Nos dejas escapar, sí ó no?

—No puedo detenerme en discusiones. Ya he dicho cuanto tenía que decir. Entre tanto quedarán en la casa y nadie se atreverá á hacerles daño.

—¡Preso, cogido, Dios mío!—exclamó Santorcaz antes aflijido que colérico, y llorando de desesperación.—¡Preso, cogido por esta soldadesca asalariada á quien detesto; preso antes de poder hacer nada de provecho, antes de descargar un par de buenos y seguros golpes!... ¡Esto es espantoso! Soy un miserable... no sirvo para nada... lo he dejado todo para lo último... me he ocupado en tonterías... lo grave, lo formal es destruir todo lo que se pueda, ya que seguramente nada existe aquí digno de conservarse.

—Tenga usted calma, que el estado de ese cuerpo no es á propósito para reformar el linaje humano.

—¿Crees que estoy débil, que no puedo levantarme?—gritó intentando incorporarse con esfuerzos dolorosos.—Todavía puedo hacer algo... esto pasará, no es nada... aún tengo pulso... ¡Ay! en lo sucesivo no perdonaré á nadie. Todo aquel que caiga bajo mi mano perecerá sin remedio.

Inés le ponía las manos en los hombros para obligarle á estarse quieto y recogía la ropa de abrigo que los movimientos del enfermo arrojaban á un lado y otro.

—¡Preso, cogido como un ratón!—prosiguió éste.—Es para volverse loco... ¡Cuando había fundado treinta y cuatro logias en que se afiliaba lo más atrevido y lo más revoltoso, es decir, lo mejor y lo más malo de todo el país!... ¡Oh! ¡esos indignos franceses me han hecho traición! Les he servido, y este es el pago... Araceli, ¿dices que estoy preso, que me

(c) 2008 Ministerio de Cultura

llevarán á la cárcel de Madrid, á Ceuta tal vez?... ¡Maldigo la infame librea del despotismo que vistes! ¡Ceuta!... Bueno; me escaparé como la otra vez... mi hija y yo nos escaparemos. Aún tengo agilidad, aliento, brío; todavía soy joven... ¡Caer en poder de estos verdugos con charreteras, cuando me creía libre para siempre y tocaba los resultados de mi obra de tantos años!... porque sí, no sois más que verdugos con charreteras, grados falsos y postizos honores. ¡Mujeres de la tierra, parid hijos para que los nobles los azoten, para que los frailes los excomulguen y para que estos sayones los maten!... ¡Bien lo he dicho siempre! La masonería no debe tener entrañas, debe ser cuel, fría, pesada, abrumadora como el hacha del verdugo... ¿Quién dice que yo estoy enfermo, que yo estoy débil, que me voy á morir, que no puedo levantarme más...? Es mentira, cien veces mentira... Me levantaré y ¡ay del que se me ponga delante! Araceli, cuidado, cuidado, aprendiz de verdugo... todavía...

Siguió hablando algún tiempo más; pero le faltaba gradualmente el aliento, y las palabras se confundían y desfiguraban en sus labios. Al fin no oíamos sino mugidos entrecortados y guturales que nada expresaban. Su respiración era fatigosa, había cerrado los ojos; pero los abría de cuando en cuando con la súbita agitación de la fiebre. Toqué sus manos y despedían fuego.

—Este hombre está muy malo—dije á Inés, que me miraba con perplejidad.

—Lo sé; pero en esta casa no hay nada, ni tenemos remedios, ni comida, en una palabra, nada.

Llamando á mi asistente que estaba en la calle, le dí orden de que proporcionase á Inés cuanto fuese preciso y existiera en el lugar.

—Mi asistente no se separará de aquí mientras lo necesites—dije á mi amiga.—La puerta se cerrará. Puedes estar tranquila. En todo el día no saldremos de aquí. Adios, me voy á la plaza, pero volveré pronto, porque tenemos que hablar, mucho que hablar.

Cuando volví, estaba sentada junto al lecho del enfermo, á quien miraba fijamente. Volviendo la cabeza, indicóme con un signo que no debía hacer ruido. Levantóse luego, acercó su rostro al de Santorcaz y cerciorada de que permanecía en completo y bienhechor reposo, se dispuso á salir del cuarto. Juntos fuimos al inmediato, no cerrando sino á medias la puerta, para poder vigilar al desgraciado durmiente, y nos sentamos el uno frente al otro. Estábamos solos, casi solos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVII

Has tenido nuevas noticias de mi madre?—me preguntó conmovida.

—No, pero pronto la veremos...

—¡Aquí, Dios mío! Tanta felicidad no es para mí.

—Le escribiré hoy diciendo que te he encontrado, y que no te me escaparás. Le diré que venga al instante á Salamanca.

—¡Oh! Gabriel... haces precisamente lo mismo que yo deseaba, lo que deseaba hace tanto tiempo... Si hubieras sido prudente en Salamanca; y me hubieras oido antes de...

—Querida mía, tienes que explicarme muchas cosas que no he entendido—le dije con amor.

—¿Y tú á mí? Tú sí que tienes necesidad de explicarte bien. Mientras no lo hagas, no esperes de mí una palabra, ni una sola.

—Hace seis meses que te busco, alma mía, seis meses de fatigas, de penas, de ansiedad, de desesperación... ¡Cuánto me hace trabajar Dios antes de concederme lo que me tiene destinado! ¡Cuánto he padecido por tí, cuánto he llorado por tí! Dios sabe que te he ganado bien.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Y durante ese tiempo—preguntó con graciosa malicia,—¿te ha acompañado esa señora inglesa, que te llama su caballero y que me ha vuelto loca á preguntas?

—¿Á preguntas?

—Sí; quiere saberlo todo, y para cerrarle el pico he necesitado decirle cómo y cuando nos conocimos. Lo que se refiere á mí le importa poco; tu vida es lo que le interesa; me ha mareado tanto deseando saber las locuras y sublimidades que has hecho por esta infeliz, que no he podido menos de divertirme á costa suya...

—Bien hecho, querida mía.

—¡Qué orgullosa es...! Se ríe de cuanto hablo, y según ella, no abro la boca más que para decir vulgaridades. Pero la he castigado... Como insistiese en conocer tus empresas amorosas, le he dicho que después de Bailén quisieron robarme veinticinco hombres armados, y que tú solo les mataste á todos.

Inés sonreía tristemente, y yo sofocaba la risa.

—También le dije que en el Pardo, para poder hablarme, te disfrazaste de duque, siendo tal el poder de la falsa vestimenta, que engañaste á toda la corte y te presentaron al Emperador Napoleón, el cual se encerró contigo en su gabinete, y te confió el plan de su campaña contra el Austria.

—Así te vengas tú—dije encantado de la malicia de mi pobre amiga. —Dame un abrazo, chiquilla, un abrazo ó me muero.

—Así me vengo yo. También le dije que estando en Aranjuez pasabas el Tajo á nado todas las noches para verme; que en Córdoba entraste en el convento y maniataste á todas las monjas para robarme; que otra vez anduviste ochenta leguas á caballo para traerme una flor; que te batiste con seis generales franceses porque me habían mirado, con otras mil heroicidades, acometimientos y amorosas proezas que se me vinieron á la memoria á medida que ella me hacía preguntas. Eh, caballerito, no dirá usted que no cuido de su reputación... Te he puesto en los cuernos de la luna... Puedes creer que la inglesa estaba asombrada. Me oía con toda su hermosa boca abierta... ¿Qué crees? Te tiene por un Cid, y ella cuando ménos se figura ser la misma Doña Jimena.

—¡Cómo te has burlado de ella!—exclamé acercando mi silla á la de Inés.—¿Pero has tenido celos?... Díme si has tenido celos, para estarme riendo tres días...

—Caballero Araceli—dijo arrugando graciosamente el ceño,—sí, los he tenido y los tengo...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Celos de esa loca!...—si es una loca—contesté riendo con el alma inundada de regocijo.—Inés de mi vida, dame un abrazo.

Las lindas manecitas de la muchacha se sacudían delante de mí y me azotaban el rostro al acercarse. Yo pillándolas al vuelo, se las besaba.

—Inesilla, querida mía, dame un abrazo... ó te como.

—Hambriento estás.

—Hambiento de quererte, esposa mía. ¿Te parece?... seis meses amando á una sombra. ¿Y tú?...

Yo no sabía qué decir. Estaba hondamente conmovido. Mi desgraciada amiga quiso disimular su emoción; pero no pudo atajar el torrente de lágrimas que pugnaba por salir de sus ojos.

—No te acuerdes de esa mujer, si no quieres que me enfade. Es imposible que tú, con la elevación de tu alma, con tu penetración admirable, hayas podido...

—No, no lloro por eso, querido amigo mío—dijo mirándome con profundo afecto.—Lloro... no sé por qué. Creo que de alegría.

—¡Oh! Si miss Fly estuviera aquí, si nos viera juntos, si viera cómo nos amamos por bendición especial de Dios, si viera este cariño nuestro, superior á las contrariedades del mundo, comprendería cuánta diferencia hay de sus chispazos poéticos á esta fuente inagotable del corazón, á esta luz divina en que se gozan nuestras almas, y se gozarán por los siglos de los siglos.

—No me nombres á miss Fly... Si en un momento me afligió el conocerla, ya no hago caso de ella...—dijo secando sus lágrimas.—Al principio, francamente... tuve dudas, más que dudas, celos; pero al tratarla de cerca se disiparon. Sin embargo, es muy hermosa, más hermosa que yo.

—Ya quisiera parecerse á tí. Es un marimacho.

—Es además muy rica, según ella misma dice. Es noble... Pero á pesar de todos sus méritos, miss Fly me causaba risa, no sé por qué: yo reflexionaba y decía: "Es imposible, Dios mío. No puede ser... Caerán sobre mí todas las desgracia menos esta...„ ¡Oh! esta sí que no la hubiera soportado.

—¡Qué bien pensaste! Te reconozco, Inés. Reconozco tu grande alma. Duda de todo el mundo, duda de lo que ven tus ojos; pero no dudes de mí, que te adoro.

—Mi corazón se desborda...—exclamó oprimiéndose el seno con una mano que se escapó de entre las mías.—Hace tiempo que deseaba llorar así... delante de tí... ¡Bendito sea Dios que empieza á hacer caso de lo que le he dicho!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Inés, yo también he tenido celos, queridita; celos de otra clase, pero más terribles que los tuyos.

—¿Por qué?—dijo mirándome con severidad.

—¡Pobre de mí!... Yo me acordaba de tu buena madre y decía mirándote: "Esta pícara ya no nos quiere."

—¿Qué no os quiero?

—Alma mía: ahora te pregunto como á los niños; ¿á quién quieres tú?

—Á todos—contestó con resolución.

Esta respuesta, tan concisa como elocuente, me dejó confuso.

—Á todos—repitió.—Si no te creyera capaz de comprenderlo así, ¡cuán poco valdrías á mis ojos!

—Inés, tú eres una criatura superior—afirmé con verdadero entusiasmo.—Tú tienes en tu alma mayor porción de aliento divino que los demás. Amas á tus enemigos, á tus más crueles enemigos.

—Amo á mi padre—dijo con entereza.

—Sí; pero tu padre...

—Vas á decir que es un malvado, y no es verdad. Tú no le conoces.

—Bien, amiga mía, creo lo que me dices; pero las circunstancias en que has ido á poder de ese hombre no son las más á propósito para que le tomaras gran cariño...

—Hablas de lo que no entiendes. Si yo te dijera una cosa...

—Espera... déjame acabar... Ya sé lo que vas á decir. Es que has encontrado en él cuando menos lo esperabas un noble y profundo cariño paternal.

—Sí, pero he encontrado algo más.

—¿Qué?

—La desgracia. Es el hombre más desdichado, más sin ventura que existe en el mundo.

—Es verdad: la nobleza de tu alma no tiene fin... pero díme: seguramente no hallarán eco en ella los sentimientos de odio y el frenesí de ese desgraciado.

—Yo espero reconciliarle—dijo sencillamente—con los que odia ó aparenta odiar, pues su cólera contra ciertas personas no brota del corazón.

—¡Reconciliarle!—repetí con verdadero asombro.—¡Oh! Inés, si tal hicieras, si tan grande objeto lograras tú con la sola fuerza de tu dulzura y de tu amor, te tendría por la más admirable persona de todo el mundo... Pero debe haber ocurrido entre tí y él mucho que ignoro, querida

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mía. Cuando te viste arrebatada por ese hombre de los brazos de tu madre enferma, ¿no sentiste?...

—Un horror, un espanto... no me recuerdes eso, amiguito, porque me extremezco toda... ¡Qué noche, qué agonía! Yo creí morir, y en verdad pedía la muerte... Aquellos hombres... todos me parecían negros, con el pelo erizado y las manos como garfios... aquellos hombres me encerraron en un coche. Encarecerte mi miedo, mis súplicas, aquel contínuo llorar mío durante no sé cuantos días, sería imposible. Unas veces desesperada y loca, les decía mil injurias, otras pedíales de rodillas mi libertad. Durante mucho tiempo me resistí á tomar alimento y también traté de escaparme... Imposible, porque me guardaban muy bien... Después de algunos días de marcha, fuéronse todos y él quedó solo conmigo en un lugar que llaman Cuellar.

—¿Y te maltrató?

—Jamás; al principio me trataba con aspereza; pero luego, mientras más me ensoberbecía yo, mayor era su dulzura. En Cuellar me dijo que nunca volvería á ver á mi madre, lo cual me causó tal desesperación y angustia, que aquella noche intenté arrojarme por la ventana al campo. El suicidio, que es tan gran pecado, no me aterraba... Trájome en seguida á Salamanca, y allí le oí repetir que jamás vería á mi madre. Entonces advertí que mis lágrimas le conmovían mucho... Un día, después que largo rato disputamos y vociferamos los dos, púsose de rodillas delante de mí, y besándome las manos, me dijo que él no era un hombre malo.

—Y tú, ¿sospechabas algo de tu parentesco con él?

—Verás... Yo respondí que le tenía por el más malo, el más abominable sér de toda la tierra, y entonces fué cuando me dijo que era mi padre... Esta revelación me dejó tan suspensa, tan asombrada, que por un instante perdí el sentido... Tomóme en sus brazos, y durante largo rato me prodigó las más afectuosas caricias... Yo no lo quería creer... En lo íntimo de mi alma acusé á Dios por haberme hecho nacer de aquel monstruo... Después, como advirtiese mi duda, mostróme un retrato de mi madre y algunas cartas que escogió entre muchas que tenía... Yo estaba medio muerta... aquello me parecía un sueño. En la angustia y turbación de tan dolorosa escena, fijé la vista en su rostro y un grito se escapó de mis labios.

—¿No le habías observado bien?

—Sí, yo había notado cierto incomprensible misterio en su fisonomía; pero hasta entonces no ví... no ví que su frente era mi frente, que sus ojos eran mis ojos. Aquella noche me fué imposible dormir: entróme una

(c) 2008 Ministerio de Cultura

fiebre terrible y me revolvía en el lecho, creyéndome rodeada de sombras ó demonios que me atormentaban. Cuando abría los ojos, le hallaba sentado á mis piés, sin apartar de mí su mirada penetrante que me hacía temblar. Me incorporé y le dije: "¿Por qué aborrece usted á mi querida madre?„ Besándome las manos me contestó: "Yo no la aborrezco: ella es la que me aborrece á mí. Por haberla amado soy el más infeliz de los hombres; por haberla amado soy este oscuro y despreciado satélite de los franceses que en mí ves; por haberla adorado te causo espanto hoy en vez de amor.„ Entonces yo le dije: "Grandes maldades habrá hecho usted con mi madre para que ella le aborrezca.„ No me contestó... Se esforzaba en calmar mi agitación, y desde aquella noche hasta el fin de la enfermedad que padecí no se apartó de mi lado ni un momento. Cuanto puede inventarse para distraer á una criatura triste y enferma, él lo inventó; contábame historias, unas alegres, otras terribles, todas de su propia vida, y finalmente refirióme lo que más deseaba conocer de ésta... Yo temblaba á cada palabra. Había empezado á inspirarme tanta compasión, que á ratos le suplicaba que callase y no dijese más. Poco á poco fuí perdiéndole el miedo: me causaba cierto respeto; pero amarle... ¡eso imposible!... Yo no cesaba de afirmar que no podía vivir lejos de mi madre, y esto, si le enfurecía de pronto, era motivo después para que redoblase sus cariños y consideraciones conmigo. Su empeño era siempre convencerme de que nadie en el mundo me quería como él. Un día, impaciente y acongojada por el largo encierro, le hablé con mucha dureza; él se arrojó á mis piés, pidióme perdón del gran daño que me había causado, y lloró tanto, tanto...

—¿Ese hombre ha derramado una lágrima?—dije con sorpresa.—¿Estás segura? Jamás lo hubiera creído.

—Tantas y tan amargas derramó, que me sentí no ya compasiva, sino también enternecida. Mi corazón no nació para el odio, nació para responder á todos los sentimientos generosos, para perdonar y reconciliar. Tenía delante de mí á un hombre desgraciado, á mi propio padre, solo, desvalido, olvidado; recordaba algunas palabras oscuras y vagas de mi madre acerca de él, que me parecían un poco injustas. Lástima profunda oprimía mi pecho; la adoración, la loca idolatría que aquel infeliz sentía por mí, no podían serme indiferentes, no, de ningún modo, á pesar del daño recibido. Le dije entonces cuantas palabras de consuelo se me ocurrieron, y el pobrecito me las agradeció tanto, tantísimo... Por la primera vez en su vida era feliz.

—¡Angel del cielo -exclamé,—no prosigas! Te comprendo y te admiro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Suplicóme entonces que le tratase con la mayor confianza, que le

dijese *padre* y *tú* al uso de Francia, con lo cual experimentaría gran consuelo, y así lo hice. Ese hombre terrible que espanta á cuantos le oyen

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y no habla más que de exterminar y de destruir, temblaba como un niño al escuchar mi voz; y olvidado de la guillotina, de los nobles, y de lo que él llama el *estado llano*, estaba horas enteras en éxtasis delante de mí. Entonces formé mi proyecto, aunque no le dije nada, esperando que el dominio que ejercía sobre él llegase al último grado.

—¿Qué proyecto?

—Volver aquel cadaver á la vida, volverle al mundo, á la familia, desatar aquel corazón de la rueda en que sufría tormento, sacar del infierno aquel infeliz réprobo y extirpar en su alma el odio que le consumía. Durante algún tiempo no hablé de volver al lado de mi madre, ni me quejé de la larga y triste soledad, antes bien aparecía sumisa y áun contenta. Entonces emprendimos esos horribles viajes para fundar logias; empezó la compañía de esos hombres aborrecidos, y no pude disimular mi disgusto. Cuando hablábamos los dos á solas él se reía de las prácticas masónicas, diciendo que eran simples y tontas, aunque necesarias para subyugar á los pueblos. Su odio á los nobles, á los frailes y á los reyes continuaba siempre muy vivo; pero al hablar de mi madre, la nombraba siempre con reserva y también con emoción. Esto era señal lisonjera y un principio de conformidad con mi ardiente deseo. Yo se lo agradecí y se lo pagué mostrándome más cariñosa con él; pero siempre reservada. Los repetidos viajes, las logias y los compañeros de masonería me inspiraban repugnancia, hastío y miedo. No se lo oculté, y él me decía: "Esto acabará pronto. No conquistaré á los necios sino con esta farsa; y como los franceses se establezcan en España, verás la que armo...„ "Padre, le decía yo, no quiero que armes cosas malas ni que mates á nadie, ni que te vengues. La venganza y la crueldad son propias de almas bajas.„ Él me ponderaba las injusticias y picardías que rigen á la sociedad de hoy, asegurando que era preciso volver todo del revés, para lo cual era necesario empezar por destruirlo todo. ¡Cuánto hemos hablado de esto! Por último, tales horrores han dejado de asustarme. Tengo la convicción de que mi pobre padre no es cruel ni sanguinario como parece...

—Así será, pues tú lo dices.

—Estábamos en Valladolid, cuando cayó enfermo, muy enfermo. Un afamado médico de aquella ciudad me dijo que no viviría mucho tiempo. Él, sin embargo, siempre que experimentaba algún alivio, se creía restablecido por completo. En uno de sus más graves ataques, hallándonos en Salamanca, me dijo: "Te robé, hija mía, para hacerte instrumento de la horrible cólera que me devora. Pero Dios, que no consiente sin duda

(c) 2008 Ministerio de Cultura

la perdición de mi alma, me ha llenado de un profundo y celeste amor que antes no conocía. Has sido para mí el angel de la guarda, la imagen viva de la bondad divina, y no sólo me has consolado, sino que me has convertido. Bendita seas mil veces por esta savia nueva que has dado á mi triste vida. Pero he cometido un crimen: tú no me perteneces; entré como un ladrón en el huerto ageno y robé esta flor... No, no puedo retenerte ni un momento más al lado mío contra tu gusto.„ El infeliz me decía esto con tanta sinceridad, que me sentí inclinada á amarle más. Luego siguió diciéndome: "Si tienes compasión de mí; si tu alma generosa se resiste á dejarme en esta soledad, enfermo y aborrecido, acompáñame y asísteme, pero que sea por voluntad tuya y no por violencia mía. Déjame que te bese mil veces, y márchate después si no quieres estar á mi lado.„ No le contesté de otro modo que abrazándole con todas mis fuerzas y llorando con él. ¿Qué podía, qué debía hacer?

—Quedarte.

—Aquella era la ocasión más propia para confiarle mis deseos. Después de repetir que no le abandonaría, díjele que debía reconciliarse con mi madre. Recibió al principio muy mal la advertencia; mas tanto rogué y supliqué, que al fin consintió en escribir una carta. Empecéla yo, y como en ella pusiera no recuerdo qué palabras pidiendo perdón, enfurecióse mucho, y dijo:—"¡Pedir perdón, pedirle perdón! Antes morir.„— Por último, quitando y poniendo frases, dí fin á la epístola; mas al día siguiente le ví bastante cambiado en sus disposiciones conciliadoras, y ¿qué creerás, amigo mío?... Pues rompió la carta, diciéndome: "Más adelante la escribiremos, más adelante. Aguardemos un poco.„ Esperé con santa resignación, y hallándonos en Plasencia, hice una nueva tentativa. Él mismo escribió la carta, empleando en ella no menos de cuatro horas, y ya la íbamos á enviar á su destino, cuando uno de esos aborrecidos hombres que le acompañan entró diciéndole que la policía francesa le buscaba y le perseguía por gestiones de una alta señora de Madrid. ¡Ay, Gabriel! Cuando tal cosa supo, renovóse en él la cólera y amenazó á todo el género humano. No necesito decirte que ni enviamos la carta ni habló más del asunto en algunos días. Pero yo insistía en mi propósito. Al volver á Salamanca le manifesté la necesidad de la reconciliación; enfadóse conmigo, díjele que me marcharía á Madrid, abrazóme, lloró, gimió, arrojóse á mis piés como un insensato, y al fin, hijo, al fin escribimos la tercera carta: la escribí yo misma. Por último mi adorada madre iba á saber noticias de su hija. ¡Ay! aquella noche mi padre y yo charlamos alegremente, hicimos dulces proyectos; maldijimos juntos á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

todos los masones de la tierra, á las revoluciones y á las guillotinas habidas y por haber; nos regocijamos con supuestas felicidades que habían de venir; nos contamos el uno al otro todas las penas de nuestra pasada vida... pero al siguiente día...

—Me presenté yo... ¿no es eso?

—Eso es... ya conoces su caracter... Cuando te vió y conoció que ibas enviado por mi madre, cuando le injuriaste... Su ira era tan fuerte aquel día, que me causó miedo.—"Ahí lo tienes, decía, yo me dispongo á ser bueno con ella, y ella envía contra mí la policía francesa para mortificarme y un ladrón para privarme de tu compañía. Ya lo ves, es implacable... Á Francia, nos iremos á Francia, vendrás conmigo. Esa mujer acabó para mí y yo para ella...„ Lo demás lo sabes tú, y no necesito decírtelo. ¡Esta mañana creimos morir aquí! ¡Cuánto he padecido en este horrible Babilafuente viéndole enfermo, tan enfermo, que no se restablecerá más, viéndonos amenazados por el populacho que quería entrar para despedazarnos!... Y todo ¿por qué? Por la masonería, por esas simplezas que á nada conducen.

—Á algo conducen, querida mía, y la semilla que tu padre y otros han sembrado dará algún día su fruto. Sabe Dios cuál será.

—Pero él no es ateo como otros, ni se burla de Dios. Verdad es que suele nombrarle de un modo extraño, así como el *Sér Supremo*, ó cosa parecida.

—Llámese Dios ó Sér Supremo—exclamé, volviendo á aprisionar entre mis manos las de mi adorada amiga,—ello es que ha hecho obras acabadas y perfectas, y una de ellas eres tú, que me confundes, que me empequeñeces y anonadas más cuanto más te trato y te hablo y te miro.

—Eres tonto de veras; ¿pues qué he hecho que no sea natural?—preguntóme sonriendo.

—Para los ángeles es natural existir sin mancha, inspirar las buenas acciones, ensalzar á Dios, llevar al cielo las criaturas, difundir el bien por el mundo pecador. ¿Que qué has hecho? Has hecho lo que yo no esperaba ni adivinaba, aunque siempre te tuve por la misma bondad; has amado á ese infeliz, el más infeliz de los hombres, y este prodigio que ahora, después de hecho, me parece tan natural, antes me parecía una aberración y un imposible. Tú tienes el instinto de lo divino y yo no; tú realizas con la sencillez propia de Dios las más grandes cosas y á mí no me corresponde otro papel que el de admirarlas después de hechas, asombrándome de mi estupidez por no haberlas comprendido... ¡Inesilla, tú no me quieres, tú no me puedes querer!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Por qué dices eso?—preguntó con candor.

—Porque es imposible que me quieras, porque yo no te merezco.

Al decir esto, estaba tan convencido de mi inferioridad, que ni siquiera intenté abrazarla, cuando cruzando ella las defensoras manos, parecía dejarme el campo libre para aquel exceso amoroso.

—De veras, parece que eres tonto.

—Pero si tu corazón no sabe sino amar, si no sabe otra cosa, aunque de mil modos le enseñe el mundo lo contrario, algo habrá para mí en un rinconcito.

—¿Un rinconcito?... ¿De qué tamaño?

—¡Qué feliz soy! Pero te digo la verdad, quisiera ser desgraciado.

No me contestó sino riéndose, burlándose de mí con un descaro...

—Quiero ser desgraciado para que me ames como has amado á tu padre, para que te desvivas por mí, para que te vuelvas loca por mí, para que... ¿Pero te ríes, todavía te ríes? ¿Acaso estoy diciendo tonterías?

—Más grandes que esta casa.

—Pero, hija, si estoy aturdido. Díme tú, que todo lo sabes, si hay alguna manera extraordinaria de querer, una manera nueva, inaudita...

—Así, así siempre, basta... Ni es preciso tampoco que seas desgraciado. No, dejémonos de desgracias, que bastantes hemos tenido. Pidamos á Dios que no haya más batallas en que puedas morir.

—¡Yo quiero morir!—exclamé, sintiendo que el puro y extremado afecto llevaba mi mente á mil raras sutilezas y tiquis miquis, y mi corazón á incomprensibles y quizás ridículos antojos.

—¡Morir!—exclamó ella con tristeza.—¿Y á qué viene ahora eso? ¿Se puede saber, señor mío querido?

—Quiero morir para verte llorar por mí... pero en verdad esto es absurdo, porque si muriera, ¿cómo podría verte? Díme que me amas, dímelo.

—Esto sí que está bueno. Al cabo de la vejez...

—Si nunca me lo has dicho... Puede que quieras sostener que me lo has dicho.

—¿Que no?—exclamó con jovialidad encantadora.—Pues no.

No sé que más iba á decir ella; pero iba indudablemente á decir algo, más dulce para mí que las palabras de los ángeles, cuando sonó en la estancia una ronca voz.

—No, no te vas, paloma, sin abrazar á tu marido—exclamé estrujando aquel lindo cuerpo, que se escapó de mis brazos para volar al lado del enfermo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVIII

Acerquéme á la puerta de la triste alcoba. Santorcaz no me veía, porque su observación estaba fatigada y torpe á causa del mal, y la estancia medio á oscuras.

—Alguien estaba ahí—dijo el enfermo besando las manos de su hija.—Me pareció sentir la voz de ese tunante de Gabriel.

—Padre, no hables mal de los que nos han hecho un beneficio, no tientes á Dios, no le provoques.

—Yo también le he hecho beneficios, y ya ves cómo me paga: prendiéndome.

—Araceli es un buen muchacho.

—¡Sabe Dios lo que harán conmigo esos verdugos!—exclamó el anciano dando un suspiro.—Esto se acabó, hija mía.

—Se acabaron, sí, las locuras, los viajes, las logias, que sólo sirven para hacer daño—afirmó Inés abrazando á su padre.—Pero subsistirá el amor de tu hija, y la esperanza de que viviremos todos, todos felices y tranquilos.

—Tú vives de dulces esperanzas—dijo—yo de tristes ó funestos recuerdos. Para tí se abre la vida; para mí, lo contrario. Ha sido tan horrible, que ya deseo se cierre esa puerta negra y sombría, dejándome fuera de una vez... Hablas de esperanzas: ¿y si estos déspotas me encie-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

rran en una cárcel, si me envían á que muera á cualquiera de esos muladares del Africa...?

—No te llevarán, respondo de que no te llevarán, padrito.

—Pero cualquiera que sea mi suerte, será muy triste, niña de mi alma... Viviré encerrado, y tú... ¿tú qué vas á hacer? Te verás obligada á abandonarme... Pues qué, ¿vas á encerrarte en un calabozo?

—Sí, me encerraré contigo. Donde tú estés allí estaré yo—dijo la muchacha con cariño.—No me separaré de tí, no te abandonaré jamás, no iré... no, no iré á ninguna parte donde tú no puedas ir también.

No oí voz alguna, sino los sollozos del pobre enfermo.

—Pero en cambio, padrito—continuó ella en tono de amonestación afectuosa,—es preciso que seas bueno, que no tengas malos pensamientos, que no odies á nadie, que no hables de matar gente, pues Dios tiene buena mano para hacerlo; que desistas de todas esas majaderías que te han trastornado la cabeza, y no pierdas la tranquilidad y la salud porque haya un rey de más ó de menos en el mundo; ni hagas caso de los frailes ni de los nobles, los cuales, padre querido, no se van á suprimir y á aniquilarse porque tú lo desees, ni porque así lo quiera el mal humor del Sr. Canencia, del Sr. Monsalud y del Sr. Ciruelo... Hé aquí tres que hablan mal de los nobles, de los poderosos y de los reyes, porque hasta ahora ningún rey, ni ningún señor han pensado en arrojarles un pedazo de pan para que callen y otro para que griten en favor suyo... ¿Con que serás bueno? ¿Harás lo que te digo? ¿Olvidarás esas majaderías?... ¿Me querrás mucho á mí y á todos los que me quieren?

Diciendo esto, arreglaba las ropas del lecho, acomodaba en las almohadas la venerable y hermosa cabeza de Santorcaz, destruía los dobleces y durezas que pudieran incomodarle, todo con tanto cariño, solicitud, bondad y dulzura, que yo estaba encantado de lo que veía. Santorcaz callaba y suspiraba, dejándose tratar como un chico. Allí la hija parecía más que una hija una tierna madre, que se finge enojada con el precioso niño porque no quiere tomar las medicinas.

—Me convertirás en un chiquillo, querida—dijo el enfermo.—Estoy conmovido... quiero llorar. Pon tu mano sobre mi frente para que no se me escape esa luz divina que tengo dentro del cerebro... pon tu mano sobre mi corazón y aprieta. Me duele de tanto sentir. ¿Has dicho que no te separarás de mí?

—No, no me separaré.

—¿Y si me llevan á Ceuta?

—Iré contigo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Irás conmigo!

—Pero es preciso ser bueno y humilde.

—¿Bueno? ¿Tú lo dudas? Te adoro, hija mía. Díme que soy bueno, díme que no soy un malvado y te lo agradeceré más que si me vinieras á llamar de parte del *Sér Sup*... de parte de Dios, decimos los cristianos. Si tú me dices que soy un hombre bueno, que no soy malo, tendré por embusteros á los que se empeñan en llamarme malvado.

—¿Quién duda que eres bueno? Para mí al menos.

—Pero á tí te he hecho algún daño.

—Te lo perdono, porque me amas, y sobre todo porque me sacrificas tus pasiones, porque consientes que sea yo la destinada á quitarte esas espinas que desde hace tanto tiempo tienes clavadas en el corazón.

—¡Y cómo punzan!—exclamó con profunda pena el infeliz masón.—Sí, quítamelas, quítamelas todas con tus manos de angel; quítalas una á una, y esas llagas sangrientas se restañarán por sí... ¿De modo que soy bueno?

—Bueno, sí; yo lo diré así á quien crea lo contrario, y espero que se convencerán cuando yo lo diga. Pues no faltaba más... La verdad es lo primero. Ya verás cuánto te van á querer todos, y qué buenas cosas dirán de tí. Has padecido: yo les contaré todo lo que has padecido.

—Ven—murmuró Santorcaz con voz balbuciente, alargando los brazos para coger en sus manos trémulas la cabeza de su hija.—Trae acá esa preciosa cabeza que adoro. No es una cabeza de mujer, es de angel Por tus ojos mira Dios á la tierra y á los hombres, satisfecho de su obra.

El anciano cubrió de besos la hermosa frente, y yo por mi parte no ocultaré que deseaba hacer otro tanto. En aquel momento dí algunos pasos y Santorcaz me vió. Advertí súbita mudanza en la expresión de su semblante, y me miró con disgusto.

—Es Gabriel, nuestro amigo, que nos defiende y nos proteje—dijo Inés,—¿por qué te asustas?

—Mi carcelero—murmuró Santorcaz con tristeza...—Me había olvidado de que estoy preso.

—No soy carcelero, sino amigo—afirmé adelantándome.

—Sr. Araceli—continuó él con voz grave,—¿á dónde me llevan? ¡Oh, miserable de mí! Malo es caer en las garras de los satélites del despotismo... no, no, hija mía, no he dicho nada; quise decir que los soldados... no puedo negar que odio un poquillo á los soldados, porque sin ellos, ya ves, sin ellos no podrían los reyes... ¡malditos sean los reyes!... no, no, á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mí no me importa que haya reyes, hija mía, allá se entiendan. Sólo que... francamente, no puedo menos de aborrecer un poco á ese muchacho que quiso separarte de mí. Ya se ve, le mandaban sus amos... estos militares son gente servil que los grandes emplean para oprimir á los hijos del pueblo... No le puedo ver, ni tú tampoco, ¿es verdad?

—No sólo le puedo ver, sino que le estimo mucho.

—Pues que entre... Araceli... también yo te estimé en otro tiempo. Inés dice que eres un buen muchacho... Será preciso creerlo... Puesto que ella te estima, ¿sabes lo que yo haría? exceptuarte á tí solo, á tí solito; ponerte á un lado, y á todos los demás enviarles á la guillot... no, no he dicho nada... Si otros la quieren levantar, háganlo en buen hora; yo no haré más que ver y aplaudir... No, no, no aplaudiré tampoco: váyanse al diablo las guillotinas.

—Padre—dijo Inés, da la mano á Araceli, que se marcha á sus quehaceres, y ruégale que vuelva á vernos después. ¡Ay! dicen que va á darse una batalla: ¿no sientes que le suceda alguna desgracia?

—Sí, seguramente—dijo Santorcaz estrechándome la mano.—¡Pobre joven! La batalla será muy sangrienta, y lo más probable es que muera en ella.

—¿Qué dices, padre?—exclamó Inés con terror.

—La mejor batalla del mundo, hija mía, será aquella en que perezcan por completo todos los soldados de los dos ejércitos contendientes.

—¡Pero él no, él no! Me estás asustando.

—Bueno, bueno, que viva él... que viva Araceli. Joven, mi hija te estima, y yo... yo también... también te estimo. Así es que Dios hará muy bien en conservar tu preciosa vida. Pero no servirás más á los verdugos del linaje humano, á los opresores del pueblo, á los que engordan con la sangre del pueblo, á los pícaros frailes y...

—¡Jesús! estás hablando como Canencia, ni más ni menos.

—No he dicho nada; pero este Araceli... á quien estimo... nos aborrece, querida mia, quiere separarnos, es agente y servidor de una persona...

—Á quien estimas también, padre.

—De una persona...—continuó el masón, poniéndose tan pálido que parecía cadáver.

—Á quien amas, padre—añadió la muchacha, rodeando con sus brazos la cabeza del pobre enfermo,—á quien pedirás perdón... por...

El rostro de Santorcaz encendióse de repente con fuerte congestión; sus ojos despidieron rayo muy vivo, incorporóse en el lecho y estirando los brazos y cerrando los puños y frunciendo el terrible ceño gritó:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Yo!... pedirle perdón... perdirle perdón yo... ¡Jamás, jámás!

Diciendo esto cayó en el lecho como cuerpo del que súbitamente y con espanto huye la vida.

Inés y yo acudimos á socorrerle. Balbucía frases ardorosas... llamaba á Inés creyéndola ausente, la miraba con estravío; me despedía con gritos y amenazas; y finalmente, se tranquilizó cayendo en pesado sopor.

—Otra vez será—me dijo Inés con los ojos llenos de lágrimas.—No desconfío. Haz lo que dijimos. Escribe esta tarde mismo.

—Le escribiré y vendrá en seguida á Salamanca. Prepárate á marchar allá con tu enfermo.

Haciendo mucho ruido, llamándome á voces y azotando con su látigo las puertas y los muebles, entró en la casa miss Fly. Recibíla en la sala y al verme sonrió con gracia incomparable, no exenta en verdad de coquetería. Llamó mi atención ver que se había acicalado y compuesto, cosa verdaderamente extraña en aquel lugar y ocasión. Su rostro resplandecía de belleza y frescura. Habíase peinado cual si tuviese á mano los más delicados enseres de tocador, y el vestido, limpio ya de polvo y lodo, disimulaba sus desgarrones y arrugas no sé por qué arte singular, sólo revelado á las mujeres. ¿Por qué no decirlo? Detesto las gazmoñerías y melindres. Sí, lo diré: Athenais estaba encantadora, hechicera, lindísima. Como le manifestase mi sorpresa por aquella restauración de su interesante persona, me dijo:

—Caballero Araceli, después que vuestros soldados han apagado el incendio, quedó un poco de agua para mí. En casa de unos aldeanos me proporcionaron lo preciso para peinarme .. Pero, señor comandante, ¿así cumplís con vuestros deberes? ¿No estareis mejor al frente de vuestras tropas? Hace un rato que ha llegado Leith con su división y pregunta por vos ..

Al saber la noticia, no quise detenerme. Despedíme de Inés, y después de asegurar bien la entrada de la casa y de encomendar á Tribaldos que cuidase á los dos prisioneros, bajé á la plaza, donde miss Fly se separó de mí sin motivo aparente. Empezaban á llegar tropas inglesas. El general Leith, á quien indiqué que España me había mandado proseguir cuando llegaran los ingleses, me ordenó esperar hasta la noche.

—Es imposible perseguir á los franceses de cerca—dijo.—Van muy adelantados, y nos será difícil hacerles daño. Nuestras tropas están cansadas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Quedéme allí no sin gozo, y dispuse lo necesario para que Santorcaz y su hija fuesen trasladados á Salamanca. Felizmente regresaba aquella tarde para quedar allí de guarnición, Buenaventura Figueroa, mi más íntimo y querido amigo, y le dí instrucciones prolijas sobre lo que debía de hacer con mis prisioneros en la ciudad y durante el viaje. Verificóse éste por la noche en un convoy que se envió á *Roma la chica*, y no sin trabajo logré un carromato de regular comodidad, en cuyo interior acomodé á padre é hija, acompañados de Tribaldos y de buen repuesto de víveres para el viaje. Quise darles también dinero, mas rehusólo Inés, y á la verdad no lo necesitaban, porque el Sr. Santorcaz (no sé si lo he dicho), que un año antes heredara íntegro su patrimonio, poseía regular hacienda, sobrada para su modesto traer.

Dí también á Inés instrucciones para que contribuyese á impedir nuevas salidas de su infeliz padre al campo de Montiel de las masónicas aventuras, y ella prometióme con inequívoca seguridad que le encarcelaría convenientemente sin mortificarle, con lo cual, muy apenados nos despedimos los dos, yo por aquella nueva separación, cuyos límites no sabía, y ella por presentimientos del peligro á que expuesto quedaba en la terrible campaña emprendida. En esto, y en escribir á la condesa lo que el lector supone, entretuve gran parte de las últimas horas del día.

Partimos al amanecer del siguiente, persiguiendo á los franceses que no pararon hasta pasar el Duero por Tordesillas, extendiéndose hasta Simancas. Allí reforzó Marmont su ejército con la división de Bonnet, y nosotros le aguardamos en la orilla izquierda vigilando sus movimientos. La cuestión era saber por qué sitio quería el francés pasar el río, para venir al encuentro del ejército aliado, cuyo cuartel general estaba en La Seca.

No quería Marmont, como es fácil suponer, darnos gusto, y sin avisarnos, cosa muy natural también, partió de improviso hacia Toro... ¡En marcha todo el mundo hacia la izquierda, ingleses, españoles, lusitanos, en marcha otra vez hacia el Guareña y hacia aquellos perversos pueblos de Babilafuente y Villorio!

—¡Y á esto llaman hacer la guerra!—decía uno.—Por el mucho ejercicio que hacen, tienen tan buenas piernas los ingleses. Ahora resultará que Marmont no acepta tampoco la batalla en el Guareña y lo buscaremos en el Pisuerga, en el Adaja ó tal vez en el Manzanares ó en el Abroñigal á las puertas de Madrid.

Tan sólo resultó que después de dos semanas de marchas y contramarchas, nos encontramos otra vez en las inmediaciones de Salamanca.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Pero lo más gracioso fué cuando bailamos el minueto, como decían los españoles, pues aconteció que ambos ejércitos marcharon todo un día paralelamente, ellos sobre la izquierda y nosotros sobre la derecha, viéndonos muy bien á distancia de medio tiro de cañón y sin gastar un cartucho. Esto pasó no muy lejos de Salamanca; y cuando nos detuvimos en San Cristóbal, allí eran de ver las burlas motivadas por la tal marcha estratégica que algunos chuscos calificaban de contradanza.

Desde San Cristóbal quise ir á Salamanca: pero me fué imposible, porque no se concedían licencias largas ni cortas. Tuve, sin embargo, el gusto de saber que nada singular había ocurrido en la casa de la calle del Cáliz, durante mi ausencia y las marchas y minuetos del ejército aliado... En cuanto á miss Fly (me apresuro á nombrarla, porque oigo una misma pregunta en los labios de cuantos me escuchan), me había honrado no pocas veces con su encantadora palabra durante los viajes á Tordesillas, á la Nava y al Guareña; pero siempre en cortas y disimuladas entrevistas, cual si existiese algún desconocido estorbo, algún impedimento misterioso de su antes ilimitada libertad. En estas breves entrevistas advertía siempre en ella sin igual dulzura y melancólico abandono, y además una admiración injustificada hacia todas mis acciones, aunque fuesen de las más comunes é insignificantes.

Por lo demás si las entrevistas pecaban de cortas, eran frecuentísimas. No hacíamos alto en punto alguno, sin que se me presentase Athenais, cual mi propia sombra, y recatadamente me hablase, diciéndome por lo general cosas alambicadas y sutiles, cuando no melífluas y apasionadas. La más refinada cortesía y un excelente humor de bromas inspiraban mis contestaciones. Regalábame á cada momento mil monerías, golosinas ó cachivaches de poco valor, que adquiría en los diversos pueblos de la carrera.

Entre tanto (suplico á mis oyentes se fijen bien en esto, porque sirve de lamentable antecedente á uno de los principales contratiempos de mi vida), yo notaba que no se había disipado entre mis compañeros ingleses y españoles la infundada sospecha que el viaje de Athenais á Salamanca despertara. En suma, la Pajarita había vuelto al cuartel general, y mi buena opinión y fama de caballerosidad continuaban tan problemáticas como el día que aparecí en Bernuy. En dos ocasiones en que tuve el alto honor de hablar con el señor duque, experimenté mortal pena, hallándole no sólo desdeñoso sino en extremo austero y desapacible conmigo. Los espejuelos del coronel Simpson despedían rayos olímpicos contra mí y en general cuantas personas conocía en las filas in-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

glesas demostraban de diversos modos poca ó ninguna afición á mi honrada persona.

—Sr. Araceli, Sr. Araceli—me dijo Athenais presentándose de improviso ante mí el 21 de Julio cuando acabábamos de ocupar el cerro comunmente llamado Arapil Chico,—venid á mi lado. Simpson no ha salido aún de Salamanca. ¿Os ha pasado algo desde ayer que no nos hemos visto?

—Nada, señora, no me ha pasado nada. ¿Y á usted?

—Á mí sí; pero ya os lo contaré más adelante. ¿Por qué me mirais de ese modo?... Vos también dais en creer que estoy triste, que estoy pálida, que he cambiado mucho...

—En efecto, miss Fly, se me figura que esa cara no es la misma.

—No me siento bien—dijo con sonrisa graciosa.—No sé lo que tengo... ¡Ah! ¿no sabeis? Dicen que va á darse una gran batalla.

—No lo dudo. Los franceses están hacia Cavarrasa. ¿Cuándo será?

—Mañana... Parece que os alegrais—dijo mostrando un temor femenino que me sorprendió, conociendo como conocía su varonil arrojo.

—Y usted también se alegrará, señora. Un alma como la de usted, para sostenerse á su propia altura, necesita estos espectáculos grandiosos, el inmenso peligro seguido de la colosal gloria. Nos batiremos, señora, nos batiremos con el Imperio, con el enemigo comun, como dicen en Inglaterra, y le derrotaremos.

Athenais no me contestó, como esperaba, con ningún arrebato de entusiasmo, y la poesía de los romances parecía haberse replegado con timidez y vergüenza quizás en lo más escondido de su alma.

—Será una gran batalla y ganaremos—dijo con abatimiento;—pero... morirá mucha gente. ¿No os ocurre que podeis morir vos?

—¿Yo?... ¿y qué importa? ¿Qué importa la vida de un miserable soldado, con tal que quede triunfante la bandera?

—Es verdad; pero no debeis exponeros...—dijo con cierta emoción.—Dicen que la división española no se batirá.

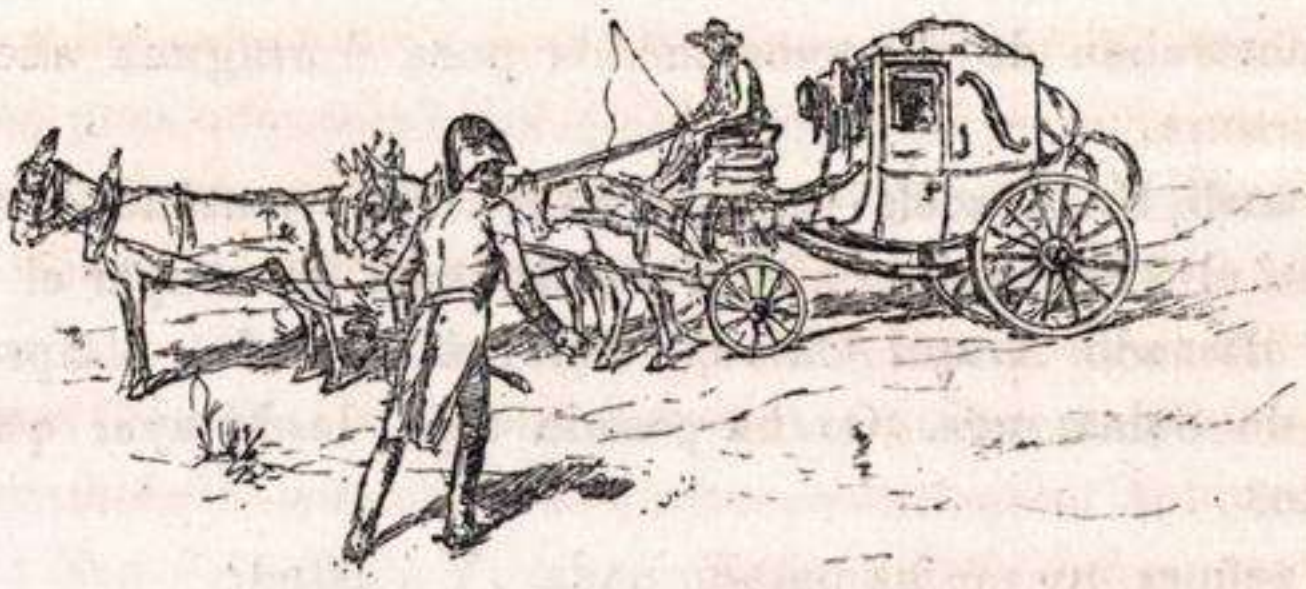
—Señora, no conozco á usted, no es usted miss Fly.

—Voy creyendo lo que decís—afirmó clavando en mí los dulces ojos azules;—voy creyendo que no soy yo miss Fly... Oid bien, Araceli, lo que voy á deciros. Si no entrais en fuego mañana, como espero, avisádmelo... Adios, adios.

—Pero aguarde usted un momento—dije procurando detenerla.

—No, no puedo. Sois muy indiscreto... Si supiérais lo que dicen... adios, adios.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXIX

Dando algunos pasos hacia ella, la llamé repetidas veces; mas en el mismo instante ví un coche ó silla de postas que se paraba delante de mí en mitad del camino; ví que por la portezuela aparecía una cara, una mano, un brazo. . Si era la condesa... ¡Dios poderoso, qué inmensa alegría! Era la condesa que detenía su coche delante de mí, que me buscaba con la vista, que me llamaba con un lindo gesto, que iba á decir sin duda dulcísimas cosas. Corrí hacia ella loco de alegría.

Antes de referir lo que hablamos, conviene que diga algo del lugar y momento en que tales hechos pasaban, porque una cosa y otra interesan igualmente á la historia y á la relación de los sucesos de mi vida que voy refiriendo. El 21 por la tarde pasamos el Tormes, los unos por el puente de Salamanca, los otros por los vados inmediatos. Los franceses, según todas las congeturas, habían pasado el mismo río por Alba de Tormes, y se encontraban al parecer en los bosques que hay más allá de Cavarrasa de Arriba. Formamos nosotros una no muy extensa línea cuya izquierda se apoyaba junto al vado de Santa Marta, y la derecha en el Arapil Chico, junto al camino de Madrid. Una pequeña división inglesa con algunas tropas ligeras ocupaba el lugar de Cavarrasa de Abajo, punto el más avanzado de la línea anglo-hispano-portuguesa.

En la falda del Arapil Chico, y al borde del camino, fué donde se me apareció Athenais, que volvía á caballo de Cavarrasa, y pocos instantes después la señora condesa, mi adorada protectora y amiga. Corrí hacia ella, como he dicho, y con la más viva emoción besé sus hermosas manos que aún asomaban por la portezuela. El inmenso gozo que experimenté apenas me dejó articular otras voces que las de "madre, señora mía,"

(c) 2008 Ministerio de Cultura

voces en que mi alma, con espontaneidad y confianza suma esperaba iguales manifestaciones cariñosas de parte de ella. Mas con amargura y asombro advertí en los ojos de la condesa desdén, enojo, ira, ¡qué sé yo!... una severidad inexplicable que me dejó absorto y helado.

—¿Y mi hija?—preguntó con sequedad.

—En Salamanca, señora—repuse.—No podría usted llegar más á tiempo. Tribaldos, mi asistente, acompañará á usted. Ha sido casualidad que nos hayamos encontrado aquí.

—Ya sabía que estabas en este sitio que llaman el Arapil Chico—me dijo con el mismo tono severo, sin una sonrisa, sin una mirada cariñosa, sin un apretón de manos.—En Cavarrasa de Abajo, donde me detuve un instante, encontré á sir Tomás Parr, el cual me dijo donde estabas, con otras cosas acerca de tu conducta, que me han causado tanto asombro como indignación.

—¡Acerca de mi conducta, señora!—exclamé con dolor tan vivo como si una hoja de acero penetrara en mi corazón.—Yo creía que en mi conducta no había nada que pudiera desagradar á usted.

—Conocí en Cádiz á sir Thomas Parr, y es un caballero incapaz de mentir—añadió ella con indecible resplandor de ira en los ojos que tanta ternura habían tenido en otro tiempo para mí.—Has seducido á una joven inglesa, has cometido una iniquidad, una violencia, una acción villana.

—¡Yo, señora! ¡yo!... ¿Este hombre honrado que ha dado tantas pruebas de su lealtad...? ¿Este hombre ha hecho tales maldades?

—Todos lo dicen... No me lo ha dicho sólo sir Thomas Parr, sino otros muchos; me lo dirá también Wellesley.

—Pues si Wellesley lo afirmara—exclamé con desesperación,—si Wellesley lo afirmara, yo le diría...

—¿Que miente...?

—No, el primer caballero de Inglaterra, el primer general de Europa no puede mentir; es imposible que el duque diga semejante cosa.

—Hay hechos que no pueden disimularse—añadió con pena,—que no pueden desfigurarse. Dicen que la persona agraviada se dispone á pedir que se te obligue al cumplimiento de las leyes inglesas sobre el matrimonio.

Al oir esto, una hilaridad expansiva y una indignación terrible cruzaron sus diversos efectos en mi alma, como dos rayos que se encuentran al caer sobre un mismo objeto, y por un instante se lo disputan. Me reí y estuve á punto de llorar de rabia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señora, me han calumniado, es falso, es mentira que yo...—grité introduciendo por la portezuela del coche primero la cabeza y después medio cuerpo.—Me volveré loco si usted, si esa persona á quien respeto, á quien no podré jamás engañar, da valor á tan infame calumnia.

—¿Con que es calumnia?...—dijo con verdadero dolor.—Jamás lo hubiera creido en tí... Vivimos para ver cosas horribles... Pero díme, ¿veré á mi hija en seguida?

—Repito que es falso. Señora, me está usted matando, me impulsará usted á extremos de locura, de desesperación.

—¿Nadie me estorbará que la recoja, que la lleve conmigo?—preguntó con afán y sin hacer caso del frenesí que me dominaba.—Que venga tu asistente. No puedo detenerme. ¿No decías en tu carta que todo estaba arreglado? ¿Ha muerto ese verdugo? ¿Está mi hija sola?... ¿Me espera?... ¿Puedo llevármela?... responde.

—No sé, señora; no sé nada; no me pregunte usted nada—dije confundido y absorto.—Desde el momento que usted duda de mí...

—Y mucho... ¿En quién puede tenerse confianza?... Déjame seguir... Tú ya no eres el mismo para mí.

—Señora, señora, no me diga usted eso, porque me muero—exclamé con inmensa aflicción.

—Bueno, si eres inocente, tiempo tienes de probármelo.

—No... no... Mañana se da una gran batalla. Puedo morir. Moriré irritado y me condenaré... ¡Mañana! ¡sabe Dios donde estaré mañana! usted va á Salamanca, verá y hablará á su hija; entre las dos fraguarán una red de sospechas y supuestos, donde se enmarañe para siempre la memoria del infeliz soldado, que agonizará quizás dentro de algunas horas en este mismo sitio donde nos encontramos. Es posible que no nos veamos más... Estamos en un campo de batalla. ¿Distingue usted aquellos encinares que hay hacia abajo? Pues allí detrás están los franceses. ¡Cuarenta y siete mil hombres, señora! Mañana este sitio estará cubierto de cadáveres. Dirija usted la vista por estos contornos. ¿Ve usted esa juventud de tres Naciones? ¿Cuántos de estos tendrán vida mañana? Me creo destinado á perecer, á perecer rabiando, porque precipitará mi muerte la idea de haber perdido el amor de las dos personas á quienes he consagrado mi vida.

Mis palabras, ardientes como la voz de la verdad, hicieron algún efecto en la condesa, y la observé suspensa y conmovida. Tendió la vista por el campo, ocupado por tanta tropa, y luego cubrióse el rostro con las manos, dejándose caer en el fondo del coche.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Qué horror!—dijo.—¡Una batalla! ¿No tienes miedo?

—Más miedo tengo á la calumnia.

—Si pruebas tu inocencia, creeré que he recobrado un hijo perdido.

—Sí, sí, lo recobrará usted—exclamé.—¿Pero no basta que yo lo diga, no basta mi palabra? .. ¿Nos conocemos de ayer? ¡Oh! Si á Inés se le dijera lo que á usted han dicho, no lo creería. Su alma generosa me habría absuelto sin oirme.

Una voz gritó:

—¡Ese coche adelante ó atrás!

—Adios—dijo la condesa,—me echan de aquí.

—Adios, señora—respondí con profunda tristeza.—Por si no nos vemos más, nunca más, sepa usted que en el último día de mi vida conservo todos, absolutamente todos los sentimientos de que he hecho gala en todos los instantes de mi vida ante usted y ante otra persona que á entrambos nos es muy cara. Agradezco á usted, hoy como ayer, el amor que me ha mostrado, la confianza que ha puesto en mí, la dignidad que me ha infundido, la elevación que ha dado á mi conciencia... No quiero dejar deudas... Si no nos vemos más...

El coche partió, obligado á ello por una batería á la cual era forzoso ceder el paso. Cuando dejé de ver á la condesa, llevaba ella el pañuelo á los ojos para ocultar sus lágrimas.

Sofocado y aturdido por la pena angustiosa que llevaba mi alma, no reparé que el cuartel general venía por el camino adelante en dirección al Arapil Chico. El duque y los de su comitiva echaron pié á tierra en la falda del cerro, dirigiendo sus miradas hacia Cavarrasa de Arriba. Llamó el lord á los oficiales del regimiento de Ibernia, uno de los establecidos allí, y habiéndome yo presentado el primero, me dijo:

—¡Ah! Es usted el caballero Araceli...

—El mismo, mi general—contesté,—y si vuecencia me permite en esta ocasión hablar de un asunto particular, le suplicaré que haga luz sin pérdida de tiempo sobre las calumnias que pesan sobre mí después de mi viaje á Salamanca. No puedo soportar que se me juzgue con ligereza, por las hablillas de gente malévola.

Lord Wellington, ocupado sin duda con asunto más grave, apenas me hizo caso. Después de registrar rápidamente todo el horizonte con su anteojo, me dijo casi sin mirarme:

—Sr. Araceli, no puedo contestar á usted otra cosa sino que estoy decidido á que la Gran Bretaña sea respetada.

Como yo no había dejado nunca de respetar á la Gran Bretaña, ni á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

las demás potencias europeas, aquellas palabras, que encerraban sin duda una amenaza, me desconcertaron un poco. Los oficiales generales que rodeaban al duque, trabaron con él coloquio muy importante sobre el plan de batalla. Pareciéronme entonces inoportunas y áun ridículas mis reclamaciones, por lo cual un poco turbado, contesté de este modo:

—¡La Gran Bretaña! no deseo otra cosa que morir por ella.

—Brigadier Pack—dijo vivamente Wellington á uno de los que le acompañaban,—en la ayudantía del 23 de línea que está vacante, ponga usted á este joven español, que desea morir por la Gran Bretaña.

—Por la gloria y honor de la Gran Bretaña—añadí.

El brigadier Pack me honró con una mirada de protectora simpatía.

—La desesperación—me dijo luego Wellington—no es la principal fuente del valor; pero me alegraré de ver mañana al señor de Araceli en la cumbre del Arapil Grande. Sr. D. José Olawlor—añadió dirigiéndose á su íntimo amigo, que le acompañaba.—Creo que los franceses se están disponiendo para adelantársenos mañana á ocupar el Arapil Grande.

El duque manifestó cierta inquietud, y por largo tiempo su anteojo exploró los lejanos encinares y cerros hacia Levante. Poco se veía ya porque vino la noche. Los cuerpos de ejército seguían moviéndose para ocupar las posiciones dispuestas por el general en jefe, y me separé de mis compañeros de Ibernia y de la división española.

—Nosotros—me dijo España—vamos al lugar de Torres, en la extrema derecha de la línea, más bien para observar al enemigo que para atacarle. ¡Plan admirable! El general Picton y el portugués d'Urban parece que están encargados de guardar el paso del Tormes, de modo que la situación de los franceses no puede ser más desventajosa. No falta más que ocupar el Arapil Grande.

—De eso se trata, mi general. La brigada Pack, á la cual desde hace un momento pertenezco, amanecerá mañana con la ayuda de Dios en la ermita de Santa María de la Peña, y después... Así lo exige el honor de la Gran Bretaña...

—Adios, mi querido Araceli, pórtate bien.

—Adios, mi querido general. Saludo á mis compañeros desde la cumbre del Arapil Grande.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXX

El Arapil Grande! Era la mayor de aquellas dos esfinges de tierra, levantadas la una frente á la otra, mirándose y mirándonos. Entre las dos debía desarrollarse el día siguiente uno de los más sangrientos dramas del siglo, el verdadero prefacio de Waterlóo, donde sonaron por última vez las trompas de la Iliada del Imperio. Á un lado y otro del lugar llamado de Arapiles se elevaban los dos célebres cerros, pequeño el uno, grande el otro. El primero nos pertenecía, el segundo no pertenecía á nadie en la noche del 21. No pertenecía á nadie por lo mismo que era la presa más codiciada; y el leopardo de un lado y el águila del otro le miraban con anhelo deseando tomarlo y temiendo tomarlo. Cada cual temía encontrarse allí al contrario en el momento de poner la planta sobre la preciosa altura.

Más á la derecha del Arapil Grande, y más cerca de nuestra línea, estaba Huerta, y á la izquierda en punto avanzado, formando el vértice de la cuña, Cavarrasa de Arriba. El de abajo, mucho más distante, y á espaldas del gran Arapil, estaba en poder de los franceses.

La noche era como de Julio, serena y clara. Acampó la brigada Pack en un llano, para aguardar el día. Como no se permitía hacer fuego, los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pobrecitos ingleses tuvieron que comer carne fría; pero las mujeres, que en esto eran auxiliares poderosos de la milicia británica, traían de Aldea-Tejada y áun de Salamanca fiambres muy bien aderezados, que con el rom abundante devolvieron el alma á aquellos desmadejados cuerpos. Las mujeres (y no bajaban de veinte las que ví en la brigada), departían con sus esposos cariñosamente, y según pude entender, rezaban ó se fortalecían el espíritu con recuerdos de la Verde Erin y de la bella Escocia. Gran martirio era para los *highlanders*, que no se les consintiera en aquel sitio tocar la zampoña, entonando las melancólicas canciones de su país; y formaban animados corrillos, en los cuales me metí bonitamente, para tener el extraño placer de oirlos sin entenderles. Érame en extremo agradable ver la conformidad y alegría de aquella gente, trasportada tan lejos de su patria, sostenida en su deber y conducida al sacrificio por la fé de la misma patria... Yo escuchaba con delicia sus palabras y áun entendiendo muy poco de ellas, creí comprender el espíritu de las ardientes conversaciones. Un escocés fornido, alto, hermoso, de cabellos rubios como el oro y de mejillas sonrosadas como una doncella, levantóse al ver que me acercaba al corrillo, y en chapurrado lenguaje, mitad español, mitad portugués, me dijo:

—Señor oficial español, dignaos honrarnos aceptando este pedazo de carne y este vaso de rom, y brindemos á la salud de España y de la vieja Escocia.

—¡Á la salud del Rey Jorge III!—exclamé aceptando sin vacilar el obsequio de aquellos valientes.

Sonoros *hurras* me contestaron.

—El hombre muere y las Naciones viven—dijo dirigiéndose á mí otro escocés que llevaba bajo el brazo el enorme pellejo henchido de una zampoña.—¡*Hurra* por Inglaterra! ¡Qué importa morir! Un grano de arena que el viento lleva de aquí para allá, no significa nada en la superficie del mundo. Dios nos está mirando, amigos, por los bellos ojos de la madre Inglaterra.

No pude ménos de abrazar al generoso escocés, que me estrechó contra su pecho, diciendo:

—¡Viva España!

—¡Viva lord Wellington!—exclamé yo.

Las mujeres lloraban, charlando por lo bajo. Su lenguaje incomprensible para mí, me pareció un coro de pájaras picoteando alrededor del nido.

Los escoceses se distinguían por el pintoresco traje de cuadros rojos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y negros, la pierna desnuda, las hermosas cabezas ossiánicas cubiertas con el sombrero de piel, y el cinto adornado con la guedeja que parecía cabellera arrancada del cráneo del vencido en las salvajes guerras septentrionales. Mezclábanse con ellos los ingleses, cuyas casacas rojas les hacían muy visibles á pesar de la oscuridad. Los oficiales envueltos en capas blancas y cubiertos con los sombreritos picudos y emplumados, nada airosos por cierto, semejaban pájaros zancudos de anchas alas y movible cresta.

Con las primeras luces del día la brigada se puso en marcha hacia el Arapil Grande. Á medida que nos acercábamos, más nos convencíamos de que los franceses se nos habían anticipado por hallarse en mejores condiciones para el movimiento, á causa de la proximidad de su línea. El brigadier distribuyó sus fuerzas, y las guerrillas se desplegaron. Los ojos de todos estaban fijos en la ermita situada como á la mitad del cerro, y en las pocas casas dispersas, únicos edificios que interrumpían á larguísimos trechos la soledad y desnudez del paisaje.

Subieron algunas columnas sin tropiezo alguno, y llegábamos como á cien varas de Santa María de la Peña cuando la ondulación del terreno, descendiendo á nuestros ojos á medida que adelantábamos, nos dejó ver, primero una línea de cabezas, luego una línea de bustos, después los cuerpos enteros. Eran los franceses. El sol naciente que aparecía á espaldas de nuestros enemigos nos deslumbraba, siendo causa de que los viésemos imperfectamente. Un murmullo lejano llegó á nuestros oidos, y del lado acá también los escoceses profirieron algunas palabras; no fué preciso más para que brotase la chispa eléctrica. Rompióse el fuego. Las guerrillas lo sostenían, mientras algunos corrieron á ocupar la ermita.

Precedía á ésta un patio, semejante á un cementerio. Entraron en él los ingleses; pero los imperiales, que se habían colado por el ábside, dominaron pronto lo principal del edificio con los anexos posteriores; así es que aún no habían forzado la puerta los nuestros cuando ya les hacían fuego desde la espadaña de las campanas y desde la claraboya abierta sobre el pórtico.

El brigadier Pack, uno de los hombres más valientes, más serenos y más caballerosos que he conocido, arengó á los *highlanders*. El coronel que mandaba el 3.º de cazadores arengó á los suyos, y todos arengaron, en suma, incluso yo, que les hablé en español el lenguaje más apropiado á las circunstancias. Tengo la seguridad de que me entendieron.

El 23 de línea no había entrado en el patio, sino que flanqueaba la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ermita por su izquierda, observando si venían más fuerzas francesas. En caso contrario, la partida era nuestra, por la sencilla razón de que éramos más hasta entonces. Pero no tardó en aparecer otra columna enemiga. Esperarla, darle respiro, es decir, aparentar siquiera fuese por un momento que se la temía, habría sido renunciar de antemano á toda ventaja.

—¡A ellos!—grité á mi coronel.

—*¡All right!*—exclamó éste.

Y el 23 de línea cayó como una avalancha sobre la columna francesa. Trabóse un vivo combate cuerpo á cuerpo; vacilaron un poco nuestros ingleses, porque el empuje de los enemigos era terrible en el primer momento; pero tornando á cargar con aquella constancia imperturbable que, si no es el heroismo mismo, es lo que más se le parece, toda la ventaja estuvo pronto de nuestra parte. Retiráronse en desórden los imperiales, ó mejor dicho, variaron de táctica, dispersándose en pequeños

(c) 2008 Ministerio de Cultura

grupos, mientras les venían refuerzos. Habíamos tenido pérdidas casi iguales en uno y otro lado, y bastantes cuerpos yacían en el suelo; pero aquello no era nada todavía, un juego de chicos, un prefacio inocente que casi hacía reir.

Nuestra desventaja real consistía en que ignorábamos la fuerza que podían enviar los franceses contra nosotros. Veíamos enfrente el espeso bosque de Cavarrasa, y nadie sabía lo que se ocultaba bajo aquel manto de verdura. ¿Serán muchos, serán pocos? Cuando la intuición, la inspiración ó el genio zahorí de los grandes capitanes no sabe contestar á estas preguntas, la ciencia militar está muy expuesta á resultar vana y estéril como jerga de pedantes. Mirábamos al bosque, y el oscuro ramaje de las encinas no nos decía nada. No sabíamos leer en aquella verdinegra superficie que ofrecía misteriosos cambiantes de color y de luz, fajas movibles y oscilantes signos en su vasta extensión. Era una masa enorme de verdura, un mónstruo chato y horrible que se aplanaba en la tierra con la cabeza gacha y las alas extendidas, empollando quizás bajo ellas innumerables guerreros.

Al ver en retirada la segunda columna francesa, mandó Pack redoblar la tentativa contra la ermita, y los *highlanders* intentaron asaltarla por distintos puntos, lo cual hubiera sido fácil si al sonar los primeros tiros no ocurriese del lado del bosque algo de particular. Creeríase que el mónstruo se movía; que alzaba una de las alas; que echaba de sí un enjambre de homúnculos, los cuales, distinguíanse allá lejos al costado de la madre, pequeños como hormigas. Luego iban creciendo, íbanse acercando... de pigmeos tornábanse en gigantes; lucían sus cascos; sus espadas semejaban rayos flamígeros; subían en ademán amenazador columna tras columna, hombre tras hombre.

El coronel me miró y nos miramos los jefes todos sin decirnos nada. Con la presteza del buen táctico, Pack, sin abandonar el asedio de la ermita, nos mandó más gente y esperamos tranquilos. El bosque seguía vomitando gente.

—Es preciso combatir á la defensiva—exclamó el coronel.

—Á la defensiva, sí. ¡Viva Inglaterra!

—¡Viva el Emperador!—repitieron los ecos allá lejos.

—¡Ingleses, la Inglaterra os mira!

El clamor que antes nos contestara de lejos diciendo: ¡viva el Emrador! resonó con más fuerza. El animal se acercaba y su feroz bramido infundía zozobra.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXI

CUPÁRONSE al instante unas casas viejas y unos tejares que había como á 60 varas á un lado y otro de la ermita, estableciéndose imaginaria línea defensiva, cuyo único apoyo material era una depresión del terreno, una especie de zanja sin profundidad que parecía marcar el linde entre dos heredades. Si yo hubiera mandado toda la fuerza del brigadier Pack, habría intentado jugar el todo por el todo y desconcertar al enemigo atacándole antes que embistiera; pero los ingleses no hacían nunca estas locuras que salen bien una vez y veinte se malogran. Por el contrario, Pack dispuso sus fuerzas á la defensiva: con ojo admirable y rápido se hizo cargo de todos los accidentes del terreno, de las suaves ondulaciones del cerro por aquella parte, del peñón aislado, del arbol solitario, de la tapia ruinosa y todo lo aprovechó.

Llegaron los franceses. Nos miraban desde lejos con recelo, nos olían, nos escuchaban.

¿Habeis visto á la cigüeña alargar el cuello á un lado y otro, de tal modo, que no se sabe si mira ó si oye, sostenerse en un pié, alzando el otro con intento de no fijarlo en tierra hasta no hallar suelo seguro? Pues así se acercaban los franceses. Entre nosotros, algunos reían.

No puedo dar idea del silencio que reinaba en las filas en aquel momento. ¿Eran soldados en acecho ó monjes en oración?... Pero instantáneamente, la cigüeña puso los dos piés en tierra. Estaba en terreno firme. Sonaron mil tiros á la vez y se nos vino encima una oleada humana, compuesta de bayonetas, de gritos, de patadas, de ferocidades sin nombre.

—¡Fuego! ¡muerte! ¡sangre! ¡canallas!—Tales son las palabras con que puedo indicar, por lo poco que entendía, aquella algazara de la indignación inglesa, que mugía en torno mío, un concierto de articulaciones guturales, un graznido al mismo tiempo discorde y sublime como de mil celestiales loros y cotorras charlando á la vez.

Yo había visto cosas admirables en soldados españoles y franceses, tratándose de atacar, pero no había visto nada comparable á los ingleses tratando de resistir. Yo no había visto que las columnas se dejaran acu-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

chillar. El viejo tronco inerte no recibe con tanta paciencia el golpe de la segur que lo corta, como aquellos hombres la bayoneta que los destrozaba. Repetidas veces rechazaron á los franceses haciéndoles correr mucho más allá de la ermita. Había gente para todo, para morir resistiendo y para matar empujando. Por momentos parecía que les rechazábamos definitivamente; pero el bosque, sacando de su plumaje nuevas empolladuras de gente, nos ponía en desventaja numérica, pues si bien del Arapil Chico venían á ayudarnos algunas compañías, no eran en número suficiente.

La mortandad era grande por un lado y por el otro, más por el nuestro, y á tanto llegó, que nos vimos en gran apuro para retirar los muchos muertos y heridos que imposibilitaban los movimientos. El combate se suspendía y se trababa en cortos intervalos. No retrocedíamos ni una línea: pero tampoco avanzábamos, y habíamos abandonado el patio de la ermita por ser imposible sostenerse allí. Las casas de labor y tejares sí eran nuestros, y no parecían los *highlanders* dispuestos á dejárselos quitar, pero esta serie de ventajas y desventajas que equilibraba las dos potencias enemigas, este contrapeso, sostenido á fuerza de arrojo, no podía durar mucho. Que los franceses enviasen gente; que, por el contrario, las enviase lord Wellington, y la cuestión había de decidirse pronto; que la enviasen los dos al mismo tiempo, y entonces... sólo Dios sabía el resultado.

El brigadier Pack me llamó, diciéndome:

—Corred al cuartel general y decid al lord lo que pasa.

Monté á caballo, y á todo escape me dirigí al cuartel general. Cuando bajaba la pendiente en dirección á las líneas del ejército aliado, distinguí muy bien las masas del ejército francés moviéndose sin cesar; pero entre el centro de uno y otro ejército no se disparaba aún ni un solo tiro. Todo el interés estaba todavía en aquella apartada escena del Arapil Grande, en aquello que parecía un detalle insignificante, un capricho del genio militar que á la sazón meditaba la gran batalla.

Cuando pasé juntó á los diversos cuerpos de la línea aliada, llamó mi atención verles quietos y tranquilos esperando órdenes mano sobre mano. No había batalla: es más, no parecía que iba á haber batalla, sino simulacro. Pero los jefes, todos en pié sobre las elevaciones del terreno, sobre los carros de municiones y aun sobre las cureñas, observaban, ayudados de sus anteojos, la peripecia del Arapil Grande, junto á la ermita.

—¿Por qué toda esta gente no corre á ayudar al brigadier Pack?—me preguntaba yo lleno de confusiones.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Era que ni Wellington ni Marmont querían aparentar gran deseo de ocupar el Arapil Grande, por lo mismo que uno y otro consideraban aquella posición como la clave de la batalla. Marmont fingía movimientos diversos para desconcertar á Wellington: amenazaba correr hacia el Tormes para que el ojo imperturbable del capitán inglés se apartase del Arapil; luego afectaba retirarse como si no quisiera librar batalla, y en tanto Wellington, quieto, inmutable, sereno, atento, vigilante, permanecía en su puesto observando las evoluciones del francés, y sostenía con poderosa mano las mil riendas de aquel ejército que quería lanzarse antes de tiempo.

Marmont quería engañar á Wellington; pero Wellington no sólo quería engañar, sino que estaba engañando á Marmont. Éste se movía para desconcertar á su enemigo, y el inglés, atento á las correrías del otro, espiaba la más ligera falta del francés para caerle encima. Al mismo tiempo afectaba no hacer caso del Arapil Grande, y colocó bastantes tropas en la derecha del Tormes para hacer creer que allí quería poner todo el interés de la batalla. En tanto tenía dispuestas fuerzas enormes para un caso de apuro en el gran cerro. Pero ese caso de apuro, según él, no había llegado todavía, ni llegaría, mientras hubiera carne viva en Santa María de la Peña. Eran las diez de la mañana, y fuera de la breve acción que he descrito, los dos ejércitos no habían disparado un tiro.

Cuando atravesé las filas, muchos jefes, apostados en distintos puntos, me dirigían preguntas á que era imposible contestar, y cuando llegué al cuartel general ví á Wellington á caballo, rodeado de multitud de generales. Antes de acercarme á él, ya había dicho expresivamente con el gesto, con la mirada:

—No se puede.

—¿Qué no se puede?—exclamó con calma imperturbable, después que verbalmente le manifesté lo que pasaba allá.

—Dominar el Arapil Grande.

—Yo no he mandado á Pack que dominara el Arapil Grande, porque es imposible—repuso.—Los franceses están muy cerca y desde ayer tienen hechos mil preparativos para disputarnos esa posición, aunque lo disimulan.

—Entonces...

—Yo no he mandado á Pack que dominase por completo el cerro, sino que impidiese á los franceses que se establecieran allí definitivamente. ¿Se establecerán? ¿No existen ya el 23 de línea, ni el 3.º de cazadores, ni el 7.º de *highlan lers*?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Existen... un poco todavia, mi general.

—Con las fuerzas que han ido después basta para el objeto, que es resistir, nada más que resistir. Basta con que ni un francés pise la vertiente que cae hacia acá. Si no se puede dominar la ermita, no creo que falte gente para entretener al enemigo unas cuantas horas.

—En efecto, mi general—dije.—Por muy á prisa que se muera, ochocientos cuerpos dan mucho de sí. Se puede conservar hasta el medio día lo que poseemos.

Cuando esto decía, atendiendo más á las lejanas líneas enemigas que á mí, observé en él un movimiento súbito; volvióse al general Álava que estaba á su lado y dijo:

—Esto cambia de repente. Los franceses extienden demasiado su línea. Su derecha quiere envolverme...

Una formidable masa de franceses se extendían hacia el Tormes, dejando un claro bastante entre ella y Cavarrasa. Era necesario ser ciego para no comprender que por aquel claro, por aquella juntura iba á introducir su terrible espada hasta la empuñadura el genio del ejército aliado.

El cuartel general retrocedió, diéronse órdenes, corrieron los oficiales de un lado para otro, resonó un murmullo elocuente en todo el ejército, avanzaron los cañones, piafaron los caballos. Sin esperar más, corrí al Arapil para anunciar que todo cambiaba. Veíanse oscilar las líneas de los regimientos, y los reflejos de las bayonetas figuraban movibles ondas luminosas; los cuerpos de ejército se extremecían conmovidos por las palpitaciones íntimas de ese miedo singular que precede siempre al heroismo. La respiración y la emoción de tantos hombres daba á la atmósfera no sé qué extraño calor. El aire ardiente y pesado no bastaba para todos.

Las órdenes, trasmitidas con rapidez inmensa, llevaban en sí el pensamiento del general en jefe. Todos lo adivinamos en virtud de la extraña solidaridad que en momentos dados se establece entre la voluntad y los miembros, entre el cerebro que piensa y las manos que ejecutan. El plan era precipitar el centro contra el claro de la línea enemiga y al mismo tiempo arrojar sobre el Arapil Grande toda la fuerza de la derecha, que hasta entonces había permanecido en el llano en actitud de espectativa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXII

ALÁBAME cerca del lugar de partida, cuando un estrépito horrible hirió mis oidos. Era la artilleria de la izquierda enemiga, que tronaba contra el gran cerro. Le atacaba con empuje colosal. Nuestra derecha, compuesta de valientes cuerpos de ejército, subía en el mismo instante á sacar de su aprieto á los incomparables *hinghlanders*, 23 de línea, y 3.º de ligeros, cuyas proezas he descrito.

Pasé por entre la quinta división, al mando del general Leith, que desde el pueblo de los Arapiles marchaba al cerro; pasé por entre la tercera división, mandada por el mayor general Packenham, la caballería del general d'Urban y los dragones del décimo cuarto regimiento, que iban en cuatro columnas á envolver la izquierda del enemigo en la famosa altura; y ví desde lejos la brigada del general Bradford, la de Cole y la caballería de Stapleton Cotton, que marchaban en otra dirección contra el centro enemigo; distinguí asimismo á lo lejos á mis compañeros de la división española formando parte de la reserva mandada por Hope.

La ermita antes nombrada no coronaba el Arapil Grande, pues había alturas mucho mayores. Era en realidad aquella eminencia irregular y escalonada, y si desde lejos no lo parecía, al aventurarse en ella ha-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

llábanse grandes depresiones del terreno, ondulaciones, pendientes, ora suaves, ora ásperas, y suelo de tierra ligeramente pedregoso.

Los franceses, desde el momento en que creyeron oportuno no disimular su pensamiento, aparecieron por distintos puntos y ocuparon la parte más alta y sitios eminentes, amenazando de todos ellos las escasas fuerzas que operaban allí desde por la mañana. La primera división que rompió el fuego contra el enemigo fué la de Packenham, que intentó subir y subió por la vertiente que cae al pueblo. Sostúvole la caballería portuguesa de Urban; pero sus progresos no fueron grandes, porque los franceses, que acababan de salir del bosque, habían tomado posiciones en lo más alto, y aunque la pendiente era suave, dábales bastante ventaja.

Cuando llegué á las inmediaciones de la ermita, el brigadier Pack no había perdido una línea de sus anteriores posiciones; pero sus bravos regimientos estaban reducidos á ménos de la mitad. El general Leith acababa de llegar con la quinta división, y el aspecto de las cosas había cambiado completamente, porque si el enemigo enviaba numerosas fuerzas á la cumbre del cerro, nosotros no le íbamos en zaga, en número ni en bravura.

Pero no había tiempo que perder. Era preciso arrojar hombres y más hombres sobre aquel montón de tierra, despreciando los fuegos de la artillería francesa, que nos cañoneaba desde el bosque, aunque sin hacernos gran daño. Era preciso echar á los franceses de Santa María de la Peña, y después seguir subiendo, subiendo hasta plantar los pabellones ingleses en lo más alto del Arapil Grande.

—El refuerzo ha venido casi antes que la contestación—dije al brigadier Pack.—¿Qué debo hacer?

—Tomar el mando del 23 de línea, que ha quedado sin jefes. ¡Arriba, siempre arriba! Ya veo lo que tenemos que hacer. Sostenernos aquí, atraer el mayor número posible de tropas enemigas, para que Cole y Bradford no hallen gran resistencia en el centro. Esta es la llave de la batalla. ¡Arriba, siempre arriba!

Los franceses parecían no dar ya gran importancia á Santa María de la Peña, y coronaron la altura. Las columnas escalonadas con gran arte, nos esperaban á pié firme. Allí no había posibilidad de destrozarlas con la caballería, ni de hacerles gran daño con los cañones situados á mucha distancia. Era preciso subir á pecho descubierto y echarlos de allí, como Dios nos diera á entender. El problema era difícil, la tarea inmensa, el peligro horrible.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Tocó al 23 de línea la gloria de avanzar el primero contra las inmóviles columnas francesas que ocupaban la altura. ¡Espantoso momento! La escalera, señores, era terrible, y en cada uno de sus fúnebres peldaños, el soldado se admiraba de encontrarse con vida. Si en vez de subir bajase, aquella sería la escalera del infierno. Y sin embargo, las tropas de Pack y de Leith subían. ¿Cómo? No lo sé. En virtud de un prodigio inexplicable. Aquellos ingleses no se parecían á los hombres que yo había visto. Se les mandaba una cosa, un absurdo, un imposible, y lo hacían, ó al ménos lo intentaban.

Al referir lo que allí pasó, no me es posible precisar los movimientos de cada batallón, ni las órdenes de cada jefe, ni lo que cada cual hacía dentro de su esfera. La imaginación conserva con caractéres indelebles y pavorosos lo principal; pero lo accesorio no, y lo principal era entonces que subíamos empujados por una fuerza irresistible; por no sé qué manos poderosas que se agarraban á nuestra espalda. Veíamos la muerte delante, arriba; pero la misma muerte nos atraía. ¡Oh! Quien no ha subido nunca más que las escaleras de su casa, no comprenderá esto.

Como el terreno era desigual, había sitios en que la pendiente desaparecía. En aquellos escalones se trababan combates parciales de un encarnizamiento y ferocidad inauditos. Los valientes del Mediodía, que conocen rara vez el heroismo pasivo de dejarse matar antes que descomponer las filas separándose de ellas, no comprenderán aquella especie de locura imperturbable á que nos conducía la desesperación convertida en virtud. Fácil es á la alta cumbre desprenderse y precipitarse, aumentando su velocidad con el movimiento y caer sobre el llano y arrollarlo é invadirlo; pero nosotros éramos el llano, empeñado en subir á la cumbre, y deseoso de aplastarla, y hundirla y abollarla. En la guerra, como en la naturaleza, la altura domina y triunfa, es la superioridad material, y una forma simbólica de la victoria, porque la victoria es realmente algo que con flamígera velocidad baja rodando y atropellando, hendiendo y destruyendo. El que está arriba tiene la fuerza material y moral, y por consiguiente el pensamiento de la lucha, que puede dirigir á su antojo. Como la cabeza en el cuerpo humano, dispone de los sentidos y de la idea... nosotros éramos pobres fuerzas rastreras, que arañando el suelo, estábamos á merced de los de arriba, y sin embargo, queríamos destronarlos. Figuraos que los piés se empeñaran en arrojar la cabeza de los hombros para ponerse encima ellos, ¡estúpidos que no saben más que andar!

Los primeros escalones no ofrecieron gran dificultad. Moría mucha

(c) 2008 Ministerio de Cultura

gente; pero se subía. Después ya fué distinto. Creeríase que los franceses nos permitían el ascenso á fin de cogernos luego más á mano. Las dis-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

posiciones de Pack para que sufriésemos lo ménos posible, eran admirables. Inutil es decir que todos los jefes habían dejado sus caballos, y unos detrás, otros á la cabeza de las líneas, llevaban, por decirlo así, de la mano á los obedientes soldados. Un orden preciso en medio de las muertes, un paso seguro, un aplomo sin igual regimentando la maniobra, impedía que los estragos fuesen excesivos. Con las armas modernas, aquel hecho hubiera sido imposible.

Era indispensable aprovechar los intervalos en que el enemigo cargaba los fusiles, para correr nosotros á la bayoneta. Teníamos en contra nuestra el cansancio, pues si en algunos sitios la inclinación era poco más que rampa, era en otros regular cuesta. Los franceses reposados, satisfechos y seguros de su posición, nos abrasaban á fuego certero y nos recibían á bayoneta limpia. Á veces una columna nuestra lograba, con su constancia abrumadora, abrirse paso por encima de los cadáveres de los enemigos; mas para esto se necesitaba duplicar y triplicar los empujes, duplicar y triplicar los muertos, y el resultado no correspondía á la inmensidad del esfuerzo.

¡Qué espantosa ascensión! Cuando se empeñaban en algún descanso combates parciales, las voces, el tumulto, el hervidero de aquellos cráteres no son comparables á nada de cuanto la cólera de los hombres ha inventado para remedar la ferocidad de las bestias. Entre mil muertes se conquistaba el terreno palmo á palmo, y una vez que se le dominaba, se sostenía con encarnizamiento el pedazo de tierra necesario para poner los piés. Inglaterra no cedía el espacio en que fijaba las suelas de sus zapatos, y para quitárselo y vencer aquel prodigio de constancia, era preciso á los franceses desplegar todo su arrojo favorecido por la altura: aún así no lograban echar á los británicos por la pendiente abajo. ¡Ay del que rodase primero! Conociendo el peligro inmenso de un pasajero desmayo, de un retroceso, de una mirada atrás, los piés de aquellos hombres echaban raíces. Aun después de muertas, parecía que sus largas piernas se enclavaban en la tierra hasta las rodillas, como jalones que debían marcar eternamente la conquista del poderoso genio de la Inglaterra.

Mas al fin llegó un momento terrible; llegó un momento en que las columnas subían y morían; en que la mucha gente que se lanzaba por aquel talud, destrozada, abrasada, diezmada, sintiéndose mermar á cada paso, entendió que sus esfuerzos no traían gran ventaja. Tras las columnas francesas arrolladas, aparecían otras. Como en el espantoso bosque de Macbeth, en la cresta del Grande Arapil cada rama era un hombre.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Nos acercábamos arriba, y aquel crater superior vomitaba soldados. Se ignora de dónde podía salir tanta gente, y era que la meseta del cerro tenía cabida para un ejército. Llegó, pues, un momento, en que los ingleses vieron venir sobre ellos la cima del cerro mismo, una monstruosidad horrenda que esgrimía mil bayonetas y apuntaba con miles de cañones de fusil. El pánico se apoderó de todos, no aquel pánico nervioso que obliga á correr, sino una angustia soberana y grave que quita toda esperanza, dando resignación. Era imposible, de todo punto imposible, seguir subiendo.

Pero bajar era el punto más dificil. Nada más fácil si se dejaban acuchillar por los franceses, resignándose á rodar sobre la tierra vivos ó muertos. Una retirada en declive paso á paso y dando al enemigo cada palmo de terreno con tanta parsimonia como se le quitó, es el colmo de la dificultad. Pack bramaba de ira, y la sangre agolpada en la carnaza encendida de su rostro parecía querer brotar por cada poro. Era hombre que tenía alma para plantarse solo en la cumbre del cerro. Daba órdenes con ronca voz; pero sus órdenes no se oían ya; esgrimía la espada acuchillando al cielo, porque el cielo tenía sin duda la culpa de que los ingleses no pudiesen continuar adelante.

Había llegado la ocasión de que muriese estóicamente uno para resguardar con su cuerpo al que daba un paso atrás. De este modo se salvaba la mitad de la carne. Una mala retirada arroja en las brasas todo cuanto hay en el asador. Las columnas se escalonaban con arte admirable; el fuego era mas vivo, y cada vez que descendía de lo alto desgajándose uno de aquellos pesados aludes, creeríase que todo había concluído; pero la confusión momentánea desaparecía al instante, las masas inglesas aparecían de nuevo compactas y formidables, y la muerte tenía que contentarse con la mitad. Así se fué cediendo lentamente parte del terreno, hasta que los imperiales dejaron de atacarnos. Habían llegado á un punto en que el cañón inglés les molestaba mucho, y además los progresos de Pakenham por el flanco del Grande Arapil les preocupaba bastante. Reconcentráronse y aguardaron.

En tanto, por otro lado ocurrían sucesos admirables y gloriosos. Todo iba bien en todas partes ménos en nuestro malhadado cerro. El general Cole destrozaba el centro francés. La caballería de Stapleton Cotton, penetrando por entre las descompuestas filas, daba una de las cargas más brillantes, más sublimes y al mismo tiempo más horrorosas que pueden verse. Desde la posición á que nos retiramos, no avergonzados pero sí humillados, distinguíamos á lo lejos aquella admirable función que nos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

causaba envidia. Las columnas de dragones, las falanges de caballos, los más ligeros, los más vivos, los más guerreros que pueden verse, penetraban como inmensas culebras por entre la infantería francesa. Los golpes de los sables ofrecían á la vista un salpicar perenne de pequeños rayos, menuda lluvia de acero que destrozaba pechos, aniquilaba gente, atropellaba y deshacía como el huracán. Los gritos de los ginetes, el brillo de sus cascos, el relinchar de los caballos que regocijaban en aquella fiesta sangrienta sus brutales é imperfectas almas, ofrecían espectáculo aterrador. Indiferentes, como es natural, á las desdichas del enemigo, los corazones guerreros se endiosaban con aquel espectáculo. La confianza huye de los combates, deidad asustada y llorosa, conducida por el miedo; no queda más que la ira guerrera que nada perdona, y el bárbaro instinto de la fuerza, que por misterioso enigma del espíritu se convierte en virtud admirable.

Los escuadrones de Stapleton Cotton, como he dicho, estaban realizando el gran prodigio de aquella batalla. En vano los franceses alcanzaban algunas ventajas por otro lado; en vano habían logrado apoderarse de algunas casas del pueblo de Arapiles. Creyendo que poseer la aldea era importante, tomaron briosamente los primeros edificios y los defendieron con bravura. Se agarraban á las paredes de tierra y se pegaban á ella como los moluscos á la piedra: se dejaban espachurrar contra las tapias antes que abandonarlas, barridos por la metralla inglesa. Precisamente cuando los franceses creían obtener gran ventaja poseyendo el pueblo, y cuando nosotros descendíamos del Arapil Grande, fué cuando la caballería de Dotton penetró como un gran puñal en el corazón del ejército imperial; vióse el gran cuerpo partido en dos, crujiendo y estallando al violento roce de la poderosa cuña. Todo cedía ante ella, fuerza, previsión, pericia, valor, arrojo; porque era una potencia admirable, una unidad abrumadora, compuesta de miles de piezas que obraban armónicamente sin que una sola se discrepara. Los miles de corazas daban idea del *testudo* romano; pero aquella inmensa tortuga con conchas de acero tenía la ligereza del reptil y millares de patas y millares de bocas para gritar y morder. Sus dentelladas ensanchaban el agujero en que se había metido; todo caía ante ella. Gimieron con espanto los batallones enemigos. Corrió Marmont á poner orden y una bala de cañón le quitó el brazo derecho. Corrió luego Bonnet á sustituirle y cayó también. Ferey, Thomieres y Desgraviers, generales ilustres, perecieron con millares de soldados.

En la falda de nuestro cerro se había suspendido el fuego. Un oficial

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que había caído junto á mí al verificar el descenso, era trasportado por dos soldados. Le ví al pasar, y él, casi moribundo, me llamó con una seña. Era sir Thomas Parr. Puesto en el suelo, el cirujano, examinando su pecho destrozado, dió á entender que aquello no tenía remedio. Otros oficiales ingleses, la mayor parte heridos también, le rodeaban. El pobre Parr volvió hacia mí los ojos en que se extinguían lentamente los últimos resplandores de la vida, y con voz débil me habló así:

—Me han dicho antes de la batalla que teneis resentimientos contra mí y que os disponíais á pedirme satisfacción por no sé qué agravios.

—Amigo—exclamé conmovido,—en esta ocasión no puede quedar en mi pecho ni rastro de cólera. Lo perdono y lo olvido todo. La calumnia de que usted se ha hecho eco, seguramente sin malicia, no puede dañar á mi honor; es una ligereza de esas que todos cometemos.

—¿Quién no comete alguna, caballero Araceli?—dijo con voz grave.—Reconoced, sin embargo, que no he podido ofenderos. Muero sin la zozobra de ser odiado... ¿Decís que os calumnié? ¿Os referís al caso de miss Fly? ¿Y á eso llamais calumnia? Yo he repetido lo que he oido.

—¿Miss Fly?

—Como se dice que forzosamente os casareis con ella, nada tengo que echaros en cara. ¿Reconoceis que no os he ofendido?

—Lo reconozco—respondí sin saber lo que respondía.

Parr, volviéndose á sus compatriotas, dijo:

—Parece que perdemos la batalla.

—La batalla se ganará —le respondieron.

Sacó su reloj y lo entregó á uno de los presentes.

—¡Que la Inglaterra sepa que muero por ella! ¡Que no se olvide mi nombre!...—murmuró con voz que se iba apagando por grados.

Nombró á su mujer, á sus hijos, pronunció algunas palabras cariñosas, estrechando la mano de sus amigos.

—La batalla se ganará... ¡Muero por Inglaterra!...—dijo cerrando los ojos.

Algunos leves movimientos y ligeras oscilaciones de sus labios fueron las últimas señales de la vida en el cuerpo de aquel valiente y generoso soldado. Un momento después se añadía un número á la cifra espantosa de los muertos que se había tragado el Arapil Grande.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXIII

La tremenda carga de Stapleton Cotton había variado la situación de las cosas. Leith se apareció de nuevo entre nosotros, acompañado del brigadier Spry. En sus semblantes, en sus gestos lo mismo que en las vociferaciones de Pack, comprendí que se preparaba un nuevo ataque al cerro. La situación del enemigo era ya mucho ménos favorable que anteriormente, porque las ventajas obtenidas en nuestro centro como el avance de la caballería y los progresos del general Cole modificaban completamente el aspecto de la batalla. Packenham, después de rechazarlos del pueblo, les apretaba bastante por la falta oriental del cerro, de modo que estaban expuestos á sufrir las consecuencias de un movimiento envolvente. Pero tenía poderosa fuerza en la vasta colina y además retirada segura por los montes de Cavarrasa. La brigada de Spry, que antes maniobrara en las inmediaciones del pueblo, corrióse á la derecha, para apoyar á Packenham. La división de Leith, la brigada de Pack con el 23 de línea, el 3.º y 5.º de ligeros entraron de nuevo en fuego.

Los franceses, reconcentrándose en sus posiciones de la ermita para arriba, esperaban con imponente actitud. Sonó el tiroteo por diversos puntos; las columnas marcharon en silencio. Ya conocíamos el terreno,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

el enemigo y los tropiezos de aquella ascensión. Como antes, los franceses parecían dispuestos á dejarnos que avanzáramos, para recibirnos á lo mejor con una lluvia de balas; pero no fué así, porque de súbito desgajáronse con ímpetu amenazador sobre Packenham y sobre Leith, atacando con tanto coraje que era preciso ser inglés para resistirlo. Las columnas de uno y otro lado habían perdido su alineación, y formadas de irregulares y deformes grupos ofrecían frentes erizados de picos, si se me permite expresarlo así, los cuales se engastaban unos en otros. Los dos ejércitos se clavaban mútuamente las uñas desgarrándose. Arroyos de sangre surcaban el suelo. Los cuerpos que caían eran á veces el principal obstáculo para avanzar; á ratos se interrumpían aquellos al modo de abrazos de muerte y cada cual se retiraba un poco hacia atrás á fin de cobrar nueva fuerza para una nueva embestida. Observábamos los claros del suelo ensangrentado y lleno de cadáveres, y lejos de desmayar ante aquel espectáculo terrible, reproducíamos con doble furia los mismos choques. Cubierto de sangre, que ignoraba si había salido de mis propias venas ó de las de otro, yo me lanzaba á los mismos dilirios que veía en los demás, olvidado de todo, sintiendo (y esto es evidente), como una segunda, ó mejor dicho, una nueva alma que no existía más que para regocijarse en aquellas ferocidades sin nombre, una nueva alma, en cuyas potencias irritadas se borraba toda memoria de lo pasado, toda idea extraña al frenesí en que estaba metida, Bramaba como los *highlanders*, y ¡cosa extraordinaria! en aquella ocasión yo hablaba inglés. Ni antes ni después supe una palabra de ese lenguaje, pero es lo cierto que cuanto aullé en la batalla me lo entendían, y á mi vez les entendía yo.

El poderoso esfuerzo de los escoceses desconcertó un poco las líneas imperiales, precisamente en el instante en que llegó á nuestro campo la división de Clinton, que hasta entonces había estado en la reserva. Tropas frescas y sin cansancio entraron en acción, y desde aquel momento vimos que las horribles filas de franceses se mantuvieron inactivas aunque firmes. Poco después las vimos replegarse, sin dejar de hacer fuego muy vivo. Á pesar de esto, los ingleses no se lanzaban sobre ellos. Corrió algún tiempo más, y entonces observamos que las tropas que ocupaban lo alto del cerro lo abandonaban lentamente, resguardadas por el frente que seguía haciendo fuego.

No sé si dieron órdenes para ello; lo que sé es que súbitamente los regimientos ingleses, que en distintos puntos ocupaban la pendiente, avanzaron hacia arriba con calma, sin precipitación. La cumbre del

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Grande Arapil era una extensión irregular y vasta, compuesta de otros pequeños cerros y vallecitos. Inmenso número de soldados cabían en ella, pero venía la noche, el centro del ejército enemigo estaba derrotado, su izquierda hacia el Tormes también, de modo que les era imposible defender la disputada altura. Francia empezaba á retirarse, y la batalla estaba ganada.

Sin embargo, no era fácil acuchillar, como algunos hubieran querido, á los franceses que aún ocupaban varias alturas, porque se defendían con aliento y sabían cubrir la retirada. Por nuestro lado fué donde más daño se les hizo. Mucho se trabajó para romper sus filas, para quebrantar y deshacer aquella muralla que protegía la huida de los demás hacia el bosque; pero al principio no fué fácil. El espectáculo de las considerables fuerzas que se retiraban casi ilesas y tranquilamente, nos impulsó á cargar con más brío sobre ellas, y al cabo, tanto se golpeó y machacó en la infortunada línea francesa, que la vimos agrietarse, romperse, desmenuzarse, y en sus innúmeros claros penetraron el puño y la garra del vencedor para no dejar nada con vida. ¡Terrible hora aquella en que un ejécito vencido, tiene que organizar su fuga ante la amenazadora é implacable saña del vencedor, que si huye le destroza y si se queda le destroza también.

Caía la tarde; iba oscureciéndose lentamente el paisaje. Los desparramados grupos del ejército enemigo, rayas fugaces que serpenteaban en el suelo á lo lejos, se desvanecían absorbidos por la tierra y los bosques, entre la triste música de los roncos tambores. Estos y la algazara cercana y el ruido del cañón, que aún cantaba las últimas lúgubres estrofas del poema, producían un estrépito loco que desvanecía el cerebro. No era posible escuchar ni la voz del amigo gritando en nuestro oido. Había llegado el momento en que todo lo dicen las facciones y los gestos, y era inútil dar órdenes, porque no se entendían. El soldado veía llegada la ocasión de las proezas individuales, para lo cual no necesitaba de los jefes, y todo estaba ya reducido á ver quién mataba más enemigos en fuga, quién cogía más prisioneros, quién podía echar la zarpa á un general, quién lograba poner la mano en una de aquellas veneradas águilas que se habían pavoneado orgullosas por toda Europa, desde Berlín hasta Lisboa.

El rugido que atronó los espacios cuando el vencedor, lleno de ira y sediento de venganza se precipitó sobre el vencido para ahogarle, no es susceptible de descripción. Quien no ha oido retumbar el rayo en el seno de las tempestades de los hombres, ignorará siempre lo que son

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tales escenas. Ciegos y locos, sin ver el peligro ni la muerte, sin oir más que el zumbar del torbellino, nos arrojábamos dentro de aquel volcán de rabia. Nos confundíamos con ellos; unos eran desarmados, otros tendían á sus piés al atrevido que les quería coger prisioneros, cual moría matando, cual se dejaba atrapar estóicamente. Muchos ingleses eran sacrificados en el último pataleo de la bestia herida y desesperada: se acuchillaban sin piedad: miles de manos repartían la muerte en todas direcciones, y vencidos y vencedores caían juntos, revueltos y enlazados, confundiendo la abrasada sangre.

No hay en la historia odio comparable al de ingleses y franceses en aquella época. Güelfos y gibelinos, cartagineses y romanos, árabes y españoles, se perdonaban alguna vez; pero Inglaterra y Francia en tiempo del Imperio se aborrecían como Satanás. La envidia simultánea de estos dos pueblos, de los cuales uno dominaba los mares del globo y otro las tierras, estallaba en los campos de batalla de un modo horrible. Desde Talavera hasta Waterlóo, los duelos de estos dos rivales tendieron en tierra un millón de cuerpos. En los Arapiles, una de sus más encarnizadas reyertas, llegaron ambos al colmo de la ferocidad.

Para coger prisioneros, se destrozaba todo lo que se podía en la vida del enemigo. Con unos cuantos portugueses é ingleses, me interné tal vez más de lo conveniente en el seno de la desconcertada y fugitiva infantería enemiga. Por todos lados presenciaba luchas insanas y oía los vocablos más insultantes de aquellas dos lenguas que peleaban con sus injurias como los hombres con las armas. El torbellino, la espiral me llevaba consigo, ignorante yo de lo que hacía; el alma no conservaba más conocimiento de sí misma que un anhelo vivísimo de matar algo. En aquella confusión de gritos, de brazos alzados, de semblantes infernales, de ojos desfigurados por la pasión, ví un águila dorada puesta en la punta de un palo, donde se enrollaba inmundo trapo, una arpillera sin color, cual si con ella se hubieran fregado todos los platos de la mesa de todos los reyes europeos. Devoré con los ojos aquel harapo, que en una de las oscilaciones de la turba fué desplegado por el viento y mostró una N que había sido de oro y se dibujaba sobre tres fajas cuyo matiz era un pastel de tierra, de sangre, de lodo y de polvo. Todo el ejército de Bonaparte se había limpiado el sudor de mil combates con aquel pañuelo agujereado que ya no tenía forma ni color.

Yo ví aquel glorioso signo de guerra á una distancia como de cinco varas. Yo no sé lo que pasó: yo no sé si la bandera vino hasta mí, ó si yo corrí hacia la bandera. Si creyese en milagros, creería que mi brazo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

derecho se alargó cinco varas, porque sin saber cómo, yo agarré el palo de la bandera, y lo así tan fuertemente, que mi mano se pegó á él y lo sacudió y quiso arrancarlo de donde estaba. Tales momentos no caben dentro de la apreciación de los sentidos. Yo me ví rodeado de gente; caían, rodaban, unos muriendo, otros defendiéndose. Hice esfuerzos para arrancar el asta, y una voz gritó en francés:

—Tómala.

En el mismo segundo una pistola se disparó sobre mí. Una bayoneta penetró en mi carne; no supe por donde, pero sí que penetró. Ante mí había una figura lívida, un rostro cubierto de sangre, unos ojos que despedían fuego, unas garras que hacían presa en el asta de la bandera y una boca contraida que parecía iba á comerse águila, trapo y asta, y á comerme también á mí. Decir cuánto odié á aquel monstruo, me es imposible; nos miramos un rato y luego forcejeamos. El cayó de rodillas; una de sus piernas, no era pierna, sino un pedazo de carne. Pugné por arrancar de sus manos la insignia. Alguien vino en auxilio mío, y alguien le ayudó á él. Me hirieron de nuevo, me encendí en ira más salvaje aún, y estreché á la bestia apretándola contra el suelo con mis

(c) 2008 Ministerio de Cultura

rodillas. Con ambas manos agarraba ambas cosas, el palo de la bandera y la espada. Pero esto no podía durar así, y mi mano derecha se quedó sólo con la espada. Creí perder la bandera; pero el acero empujado por mí se hundía más cada vez en una blandura inexplicable, y un hilo de sangre vino derecho á mi rostro como una aguja. La bandera quedó en mi poder; pero de aquel cuerpo que se revolvía bajo el mío surgieron al modo de antenas, garras, ó no sé qué tentáculo rabioso y pegajoso, y una boca se precipitó sobre mí clavando sus agudos dientes en mi brazo con tanta fuerza, que lancé un grito de dolor.

Caí, abrazado y constreñido por aquel dragón, pues dragón me parecía. Me sentí apretado por él, y rodamos por no sé qué declives de tierra, entre mil cuerpos, los unos muertos é inertes, los otros vivos y que corrían. Yo no ví más; sólo sentí que en aquel rodar veloz, llevaba el águila fuertemente cogida entre mis brazos. La boca terrible del mónstruo apretaba cada vez más mi brazo, y me llevaba consigo, los dos envueltos, confundidos, el uno sobre el otro y contra el otro, bajo mil patas que nos pisaban; entre la tierra que nos cegaba los ojos; entre una oscuridad tenebrosa, entre un zumbido tan grande, como si todo el mundo fuese un solo abejón; sin conciencia de lo que era arriba y abajo, con todos los síntomas confusos y vagos de haberme convertido en constelación, en una como criatura cincunvoladora, en la cual todos los miembros, todas las entrañas, toda la carne y sangre y nervios dieron vueltas infinitas y vertiginosas alrededor del ardiente cerebro.

Yo no sé cuánto tiempo estuve rodando; debió de ser poco; pero á mí me pareció algo al modo de siglos. Yo no sé cuándo paré; lo que sé es que el mónstruo no dejaba de formar conmigo una sola persona, ni su feroz boca de morderme... por último, no se contentaba con comerme el brazo, sino que al parecer, hundía su envenenado diente en mi corazón. Lo que también sé es que el águila seguía sobre mi pecho, yo la sentía. Sentía el asta cual si la tuviera clavada en mis entrañas. Mi pensamiento se hacía cargo de todo con extravío y delirio, porque él mismo era una luz ardiente que caía no sé de dónde, y en la inapreciable velocidad de su carrera describía una raya de fuego, una línea sin fin, que... tampoco sé á donde iba. ¡Tormento mayor no lo experimenté jamás! Este se acabó cuando perdí toda noción de existencia. La batalla de los Arapiles concluyó, al menos para mí.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXIV

EJADME descansar un instante y luego contestaré á las preguntas que se me dirigen. Yo no recobré el sentido por completo en un momento, sino que fuí entrando poco á poco en la misteriosa claridad del conocer; fuí renaciendo poco á poco con percepciones vagas; fuí recobrando el uso de algunos sentidos y había dentro de mí una especie de aurora; pero muy lenta, sumamente lenta y penosa. Me dolía la nueva vida, me mortificaba como mortifica al ciego la luz que en mucho tiempo no ha visto. Pero todo era turbación. Veía algunos objetos y no sabía lo que eran. Parecía haber perdido completamente la memoria.

Yo estaba en un sitio (porque indudablemente era un sitio del globo terráqueo); yo veía en torno á mí formas; pero no sabía que las paredes fueran paredes, ni que el techo fuese techo; oía lamentos, pero desconocía aquellas vibraciones quejumbrosas que lastimaban mi oido. Delante muy cerca, frente por frente á mí, ví una cara. Al verla, mi espíritu hizo un esfuerzo para apreciar la forma visible; pero no pudo. Yo no sabía qué cara era aquella; lo ignoraba como se ignora lo que piensa otro. Pero la cara tenía dos ojos hermosísimos que me miraban amorosamente. Todo esto se determinaba en mí por sentimiento, porque ¿entender?... no entendía nada. Así es que por sentimiento adiviné en la persona que tenía delante una como tendencia compasiva y tierna y cariñosa hacia mí.

Pero lo más extraño es que aquel cariño que pendía sobre mí y me protegía como un angel de la Guarda, tenía también voz y la voz vibró en los espacios, agitando todas las partículas del aire y con las partículas del aire todos los átomos de mi sér desde el centro del corazón hasta la punta del cabello. Oía la voz que decía:

—Estais vivo, estais vivo... y estareis también sano.

El hermoso semblante se puso tan alegre, que yo también me alegré.

—¿Me conoceis?—dijo la voz.

No debí de contestar nada, porque la voz repitió la pregunta. Mi sensibilidad era tan grande, que cada palabra cual hoja acerada me atravesaba el pecho. El dolor, la debilidad me vencieron de nuevo, sin duda

(c) 2008 Ministerio de Cultura

porque había hecho esfuerzos de atención superiores á mi estado, y recaí en el desvanecimiento. Cerrando los ojos, dejé de oir la voz. Entonces experimenté una molestia material. Un objeto extraño rozaba mi frente cayéndome sobre los ojos. Como si el angel protector lo adivinara, al punto noté que me quitaban aquel estorbo. Era el cabello en desorden que me caía sobre la frente y las cejas. Sentí una tibia suavidad cariñosa que debía de ser una mano, la cual desembarazó mi frente del contacto enojoso.

Poco después (continuaba con los ojos cerrados) me pareció que por encima de mi cabeza revoloteaba una mariposa, y que después de trazar varias curvas y giros, en señal de indecisión, se posaba sobre mi frente. Sentí sus dos alas abatidas sobre mi piel; pero las alas eran calientes, pesadas y carnosas: estuvieron largo rato impresas en mí, y luego se levantaron produciendo cierto rumor, un suave estallido que me hizo abrir los ojos.

Si rápidamente los abrí, más rápidamente huyó el alado insecto. Pero la misma cara de antes estaba tan cerca de la mía, tan cerca, que su calor me molestaba un poco. Había en ella cierto rubor. Al verla, mi espíritu hizo un esfuerzo, un gran esfuerzo, y se dijo:—¿Qué rostro es este? Creo que conozco este rostro.

Pero no habiendo resuelto el problema, se resignó á la ignorancia. La voz sonó entonces de nuevo, diciendo con acento patético:

—¡Vivid, vivid por Dios!... ¿Me conoceis? ¿Qué tal os sentís? No teneis heridas graves... habeis contraído un ataque cerebral, pero la fiebre ha cedido... Vivireis, vivireis sin remedio, porque yo lo quiero... Si la voluntad humana no resucitara á los muertos, ¿de qué serviría?

En el fondo, allá en el fondo de mi sér, no sé qué facultad, saliendo entumecida de profundo sopor, emitió misteriosas voces de asentimiento.

—¿No me veis?—continuó ella (repito que no sabía quien era).—¿Por qué no me hablais? ¿Estais enfadado conmigo? Imposible, porque no os he ofendido... Si no os ví, si no os hablé con más frecuencia en los últimos días, fué porque no me lo permitían. Ha faltado poco para que me enviasen á mi país, dentro de una jaula... Pero no me pueden impedir que cuide á los heridos, y estoy aquí velando por vos... ¡Cuánto he penado esperando á que abrieseis los ojos!

Sentí mi mano estrechada con fuerza. El rostro se apartó de mí.

—¿Teneis sed?—dijo la voz.

Quise contestar con la lengua; pero el don de la palabra me era

(c) 2008 Ministerio de Cultura

negado todavía. De algún modo, empero, me expliqué afirmativamente, porque el angel tutelar aplicó una taza á mis labios. Aquello me produjo un bienestar inmenso. Cuando bebía apareció otro figura delante de mí. Tampoco sabía precisamente quién era; pero dentro, muy dentro de mí bullía inquieta una chispa de memoria, esforzándose en explicarme con su indeciso resplandor el enigma de aquel otro sér flaco, escuálido, huesoso, triste, de cuyo esqueleto pendía negro traje talar semejante á una mortaja. Cruzando sus manos, me miró con lástima profunda. La mujer dijo entonces:

—Hermano, podeis retiraros á cuidar de los otros heridos y enfermos. Yo le velaré esta noche.

De dentro de aquella funda negra que envolvía los huesos vivos de un hombre, salió otra voz que dijo:

—¡Pobre Sr. D. Gabriel de Araceli! ¡En qué estado tan lastimoso se halla!

Al oir esto, mi espíritu experimentó un gran alborozo. Se regocijó, se conmovió todo, como debió conmoverse el de Colón al descubrir el Nuevo Mundo. Gozándose en su gran conquista, pensó mi espíritu así:

—¿Con que yo me llamo Gabriel Araceli?... Luego yo soy uno que se halló en la batalla de Trafalgar y en el 2 de Mayo... Luego yo soy aquel que...

Este esfuerzo, el mayor de los que hasta entonces había hecho, me postró mucho. Sentíme aletargado. Se extinguía la claridad: venía la noche. Luz rojiza, procedente de triste farol, iluminaba aquel hueco donde yo estaba. El hombre había desaparecido, y sólo quedó la hermosa mujer. Por largo rato me estuvo mirando sin decirme cosa alguna. Su imágen muda, triste y fija delante de mí, cual si estuviese pintada en un lienzo, fué borrándose y desvaneciéndose á medida que yo me sumergía de nuevo en aquella noche oscura de mi alma, de cuyo seno sin fondo poco antes saliera. Dormí no sé cuanto tiempo, y al volver en mi acuerdo, había ganado poco en la claridad de mis facultades. El estupor seguía, aunque no tan denso. El deshielo iba muy despacio.

Mi protectora angelical no se había apartado de mí, y después de darme de beber una sustancia que me causara gran alivio y reanimación, acomodó mi cabeza en la almohada, y me dijo:—¿Os sentís mejor?

Un soplo corrió de mi cerebro á mis labios, que articularon:—Sí.

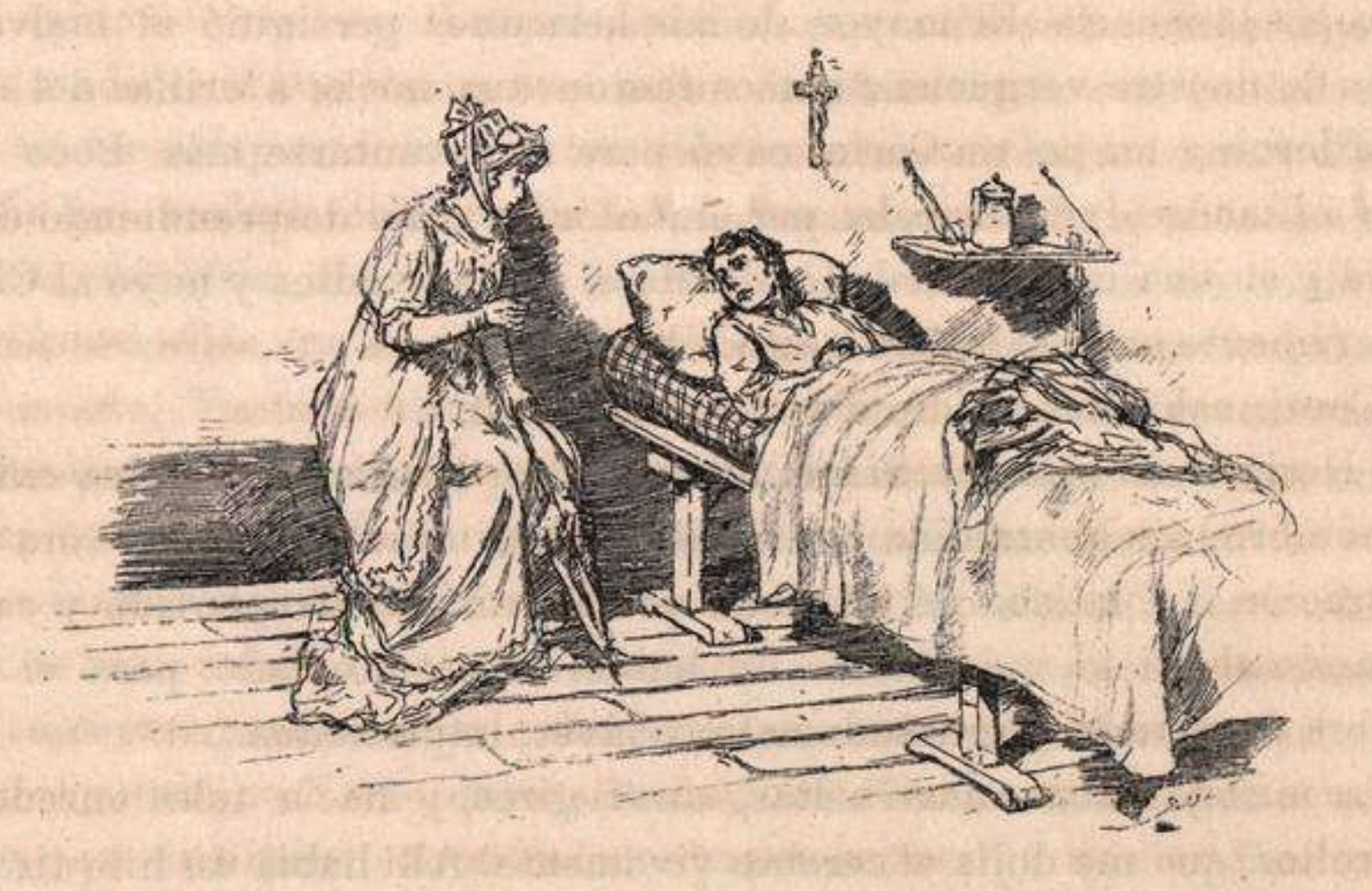
—Ya se conoce—añadió la voz.—Vuestra cara es otra. Creo que va desapareciendo la fiebre.

Contesté segunda vez que sí. En la estupidez que me dominaba no

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sabía decir otra cosa, y me deleitaba el usar constantemente el único tesoro adquirido hasta entonces en los inmensos dominios de la palabra. El *sí* es vocabulario completo de los idiotas. Para contestar á todo que sí, para dar asentimiento á cuanto existe, no es necesario raciocinio ni comparación ni juicio siquiera. Otro ha hecho antes el trabajo. En cambio para decir *no* es preciso oponer un razonamiento nuevo al de aquel que pregunta, y esto exige cierto grado de inteligencia. Como yo me encontraba en los albores del raciocinio, contestar negativamente habría sido un portento de genio, de precocidad, de inspiración.

—Esta noche habeis dormido muy tranquilo—dijo la voz de mi en-



fermera.—Pronto estareis bien. Dadme vuestras manos que están algo frías: os las calentaré.

Cuando lo hacía, un rayo pasó por mi mente, pero tan débil, tan rápido, que no era todavía certeza, sino un presentimiento, una esperanza de conocer, un aviso precursor. En mi cerebro se desembrollaba la madeja; pero tan despacio, tan despacio...

—Me debeis la vida...—continuó la voz perteneciente á la persona cuyas manos apretaban y calentaban las mías,—me debeis la vida.

La madeja de mi cerebro agitó sus hilos; tal esfuerzo hacía por desenredarlos que estuvo á punto de romperlos.

—En vuestro delirio—prosiguió—se os han escapado palabras muy lisonjeras para mí. El alma cuando se ve libre del imperio de la razón se presenta desnuda y sin mordaza; enseña todas sus bellezas y dice todo lo que sabe. Así la vuestra no me ha ocultado nada... ¿Por qué me mirais con esos ojos fijos, negros y tristes como noches? Si con ellos me

(c) 2008 Ministerio de Cultura

suplicais que lo diga, lo diré, aunque atropelle la ley de las conveniencias. Sabed que os amo.

La madeja entonces tiró tan fuertemente de sus hilos, que se iba á romper, se rompía sin remedio.

—No necesitaría decíroslo porque ya lo sabeis—continuó después de larga pausa. Lo que no sabeis es que os amaba antes de conoceros... Yo tenía una hermana gemela más hermosa y más pura que los ángeles. Apuesto á que no sabeis nada de esto... Pues bien, un libertino la engañó, la sedujo, la robó á Dios y á su familia, y mi pobrecita, mi adorada, mi idolatrada Lillian, tuvo un momento de desesperación y se dió á si propia la muerte. El mayor de mis hermanos persiguió al malvado, autor de nuestra vergüenza: ambos fueron una noche á orillas del mar, se batieron y mi pobre Cárlos cayó para no levantarse más. Poco después mi madre, trastornada por el dolor se fué desprendiendo de la tierra y en una mañana del mes de Mayo nos dijo adios y huyó al Cielo. Seguramente nada sabíais de esto.

Continuaba siendo idiota y contesté que sí.

—Después de estos acontecimientos, sobre la haz de la tierra existía un hombre más aborrecido que Satanás. Para mí su solo nombre era una execración. Le odiaba de tal modo que si le viera arrepentido y caminando al Cielo, mis labios no hubieran pronunciado para él una palabra de perdón. Figurándomelo cadáver, lo pisoteaba...

La madeja daba unas vueltas, unos giros, y hacía tales enredos y embrollos, que me dolía el cerebro vivamente. Allí había un hilo tirante y rígido, el cual, doliéndome más que los demás me hizo decir:

—Soy Araceli, el mismo que se halló en Trafalgar y naufragó en el *Rayo* y vivió en Cádiz... En Cádiz hay una taberna, de que es amo el Sr. Poenco.

—Un día—prosiguió,—hallándome en España, á donde vine siguiendo á mi segundo hermano, dijéronme que aquel hombre había sido muerto por otro en duelo de honor. Pregunté con tanta ansiedad, con tan profunda curiosidad el nombre del vencedor, que casi lo supe antes que me lo revelaran. Me dijeron vuestro nombre; me refirieron algunos pormenores del caso, y desde aquel momento ¿por qué ocultarlo? os adoré.

Mi espíritu hizo inexplicables equilibrios sobre dos imágenes grotescas, y puestos en una balanza dos figurones llamados Poenco y don Pedro del Congosto, el uno subía mientras el otro bajaba. En aquel instante debí decir algo más sustancioso que los primitivos *sís*, porque

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ella (yo continuaba ignorando quién era) puso la mano sobre mi frente, y habló así:

—Me adivinábais sin duda, me veíais desde lejos con los ojos del corazón. Yo os busqué durante muchos meses. Tanto tardásteis en aparecer, que llegué á creeros desprovisto de existencia real. Yo leía romances y los aplicaba todos á vos. Erais el Cid, Bernardo del Carpio, Zaide, Abenamar, Celindos, Lanzarote del Lago, Fernan Gonzalez y Pedro Ansurez... Tomábais cuerpo en mi fantasía y yo cuidaba de haceros creer en ella; pero mis ojos registraban la tierra y no podían encontraros. Cuando os encontré, me pareció que ibais á achicaros; pero os vi subir de pronto y tocar el altísimo punto de talla con que yo os había medido. Hasta entonces cuantos hombres traté, ó se burlaban de mí ó no me comprendían. Vos tan sólo me mirasteis cara á cara y afrontasteis las excelsas temeridades de mi pensamiento sin asustaros. Os ví espontáneamente inclinado á la realización de acciones no comunes. Asociéme á ellas, quise llevaros más adelante todavía y me seguísteis ciegamente. Vuestra alma y la mía se dieron la mano y tocaron su frentre la una con la otra, para convencerse de que eran las dos de un mismo tamaño. La luz de entrambos se confundía en una sola.

La madeja de mi conocimiento se resolvió de un modo extraordinario. Los hilos entraban, salían los unos por entre los otros, y culebreaban para separarse y ponerse en orden. Ya aparecían en grupos de distintos colores, y aunque harto enmarañados todavía, muchos de ellos, si no todos, parecían haber encontrado su puesto.

—Vos amabais á otra—prosiguió aquella que empezaba ya á no serme desconocida.—La ví y la observé. Quise tratarla por algún tiempo y la traté y la conocí; la hallé tan indigna de vos, que desde luego me consideré vencedora. Es imposible que me equivoque.

Al oir esto, el corazón mío, que hasta entonces había permanecido quieto y mudo, y dormido como un niño en su cuna, empezó á dar unos saltitos tan vivarachos, y á llamarme con una vocecita tan dulce que realmente me hacía daño. Dentro de mí se fué levantando no sé si diré un vapor, una onda que fué primero tibia y después ardiente, y me subía desde el fondo á la superficie, del sér, despertando á su paso todo lo que dormía; una oleada invasora, dominante, que poseía el don de la palabra, y al ascender por mí iba diciendo: "Arriba, arriba todo."

—¿Qué teneis?—continuó aquella mujer.—Estais agitado. Vuestro rostro se enciende... ahora palidece... ¿Vais á llorar? Yo también lloro. La salud vuelve á vuestro cuerpo, como la sensibilidad á vuestra noble

(c) 2008 Ministerio de Cultura

alma. ¿Será posible que os haya conmovido la revelación que he hecho? No juzgueis mi atrevimiento con criterio vulgar, creyendo que no falto al decoro, á las conveniencias y al pudor diciendo á un hombre que le amo. Yo, al mismo tiempo soy pura como los ángeles y libre como el aire. Los necios que me rodean podrán calumniarme y calumniaros; pero no mancharán mi honra, como no la mancha un amor ideal y celeste al pasar del pensamiento á la palabra... Si durante mucho tiempo he disimulado y aparentado huir de vos, no ha sido por temor á los tontos, sino por provecho de entrambos. Cuando os he visto casi muerto, cuando os he recogido en mis brazos del campo de batalla, cuando os traje aquí y os antendí y os cuidé, tratando de devolveros la vida, tenía gran pena de que murieseis ignorando mi secreto.

El estupor mío tocaba á su fin. Pensamiento y corazón recobraban su pristino ser; pero la palabra tardaba; vaya si tardaba...

—Dios me ha escuchado—añadió ella.—No sólo podeis oirme, sino que vivís; y podreis hablarme y contestarme. Decidme que me amais, y si morís después, siempre me quedará algo vuestro.

Una figura celestial, tan celestial que no parecía de este mundo, se entró dentro de mí, agasajándose y plegándose toda para que no hubiese en mi interior un solo hueco que no estuviese lleno con ella.

—No me contestais una sola palabra—dijo la voz de mi enfermera.—Ni siquiera me mirais. ¿Por qué cerrais los ojos...? ¿Así se contesta, caballero...? Sabed que no sólo tengo dudas, sino también celos. ¿Os habré desagradado en lo que últimamente he hecho? No os lo ocultaré, porque jamás he mentido. Mi lengua nació para la verdad... ¿Ignorais tal vez que vuestra princesa encantada y el bribón de su padre estaban en Salamanca? Quien los trajo, es cosa que ignoro. El desgraciado masón anhelaba la libertad y se la he dado con el mayor gusto, consiguiendo del general un salvo conducto para que saliese de aquí y pudiese atravesar toda España sin ser molestado.

Al oir esto, razón, memoria, sentimientos, palabra, todo volvió súbito á mí con violencia, con ímpetu, con estrépito, como una catarata despeñándose de las alturas del Cielo. Dí un grito, me incorporé en el lecho, agité los brazos, arrojé lejos de mí con instintiva brutalidad aquella hermosa figura que tenía delante, y prorrumpí en exclamaciones de ira. Miré á la dama y la nombré, porque ya la había conocido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXV

El hospitalario que antes ví, entró al oir mis gritos, y ambos procuraron calmarme.

—Otra vez le empieza el delirio—dijo Juan de Dios.

—Yo he sido causa de esta alteración—exclamó miss Fly. Mi propia debilidad me rindió, y caí en el lecho, sofocado por la indignación que sordamente se reconcentraba en mí, no encontrando ni voz suficiente ni fuerzas para expresarse fuera.

—El pobre Sr. Araceli—dijo Juan de Dios con sentimiento piadoso—se volverá loco como yo. El Demonio ha puesto su mano en él.

—Callad, hermano, y no digais tonterías—dijo miss Fly cubriendo mis brazos con la manta y limpiando el sudor de mi frente.—¿Qué hablais ahí de demonios?

—Sé lo que me digo—añadió el agustino, mirándome con profunda lástima.—El pobre D. Gabriel está bajo una influencia maléfica... Lo he visto, lo he visto.

Diciendo esto, destacaba de su puño cerrado dos dedos flacos y puntiagudos, y con ellos se señalaba los ojos.

—Marchad fuera á cuidar de los otros enfermos—dijo miss Fly jovialmente—y no vengais á fastidiarnos con vuestras necedades.

Fuése Juan de Dios y nos quedamos de nuevo solos Athenais y yo. Hallándome ya en posesión completa de mi pensamiento, le hablé así:

—Señora, repítame usted lo que hace poco ha dicho. No entendí bien. Creo que ni mis sentidos ni mi razón están serenos. Estoy delirando, como ha dicho aquel buen hombre.

—Os he hablado largo rato—dijo miss Fly con cierta turbación.

—Señora, no puedo apreciar sino de un modo muy confuso lo que he visto y oido esta noche... Efectivamente, he visto delante de mí una figura hermosa y consoladora; he oido palabras... no sé qué palabras. En mi cerebro se confunden el eco de voces ajenas y el son misterioso de otras que yo mismo habré pronunciado... No distingo bien lo real de lo verdadero; durante algún tiempo he visto los objetos y los semblantes sin conocerlos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Sin conocerlos!

—He oido palabras. Algunas las recuerdo, otras no.

—Tratad de repetir lo sustancial de lo mucho que os he dicho—murmuró Athenais, pálida y grave.—Y si no habeis entendido bien, os lo repetiré.

—En verdad no puedo repetir nada. Hay dentro de mí una confusión espantosa... He creido ver delante de mí una persona, cuya representación ideal no me abandona jamás en mis sueños, una figura que quiero y respeto, porque la creo lo más perfecto que ha puesto Dios sobre la tierra... He creido oir no sé qué palabras dulces y claras, mezcladas con otras que no comprendía... He creido escuchar tan pronto una música del Cielo, tan pronto el fragor de cien tempestades que bramaban dentro de un corazón... Nada puedo precisar... al fin he visto claramente á usted, la he conocido...

—¿Y me habeis oido claramente también?—preguntó acercando su rostro al mío.—Ya sé que no debe darse conversación á los enfermos. Os habré molestado. Pero es lo cierto que yo esperaba con ansia que pudierais oirme. Si por desgracia murierais...

—De lo que he oido, señora, sólo recuerdo claramente que había usted puesto en libertad á una persona á quien yo aprisioné.

—¿Y esto os disgusta?—preguntó la Mosquita con terror.

—No sólo me disgusta, sino que me contraría mucho, pero mucho—exclamé con inquietud, sacudiendo las ropas del lecho para sacar los brazos.

Athenais gimió. Después de breve pausa, miróme con fijeza y orgullo y dijo:

—Caballero Araceli, ¿tanto coraje es porque se os ha escapado el ave encantada de la calle del Cáliz?

—Por eso, por eso es—repetí.

—¿Y seguramente la amais?...

—La adoro, la he adorado toda mi vida. Há tiempo que mi existencia y la suya están tan enlazadas como si fueran una sola. Mis alegrías son sus alegrías, y sus penas son mis penas. ¿En donde está? Si ha dasaparecido otra vez, señora Athenais de mi alma, juro á usted que todos los romances de Bernardo, del Cid, de Lanzarote y de Celindos, me parecerían pocos para buscarla.

Athenais estaba lastimosamente desfigurada. Diríase que era ella el enfermo y yo el enfermero. Largo rato la ví como sosteniendo no sé qué horrible lucha consigo misma. Volvía el rostro para que no viese yo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

su emoción: me miraba después con ira violentísima que se trocaba sin quererlo ella misma en inexplicable dulzura, hasta que levantándose con ademán de majestuosa soberbia, me dijo:

—Caballero Araceli, adios.

—¿Se va usted?—dije con tristeza y tomando su mano, que ella separó vivamente de la mía.—Me quedaré solo... Merezco que usted me desprecie, porque he vuelto á la vida, y mi primera palabra no ha sido para dar las gracias á esta amiga cariñosa, á esta alma caritativa que me recogió sin duda del campo de batalla, que me ha curado y asistido... ¡Señora, señora mía! La vida que usted ha ganado á la muerte vería con gusto el momento en que tuviera que volverse á perder por usted.

—Palabras hermosas, caballero Araceli—me dijo con acento solemne, sin acercarse á mí, mirándome pálida y triste y seria desde lejos, como una sibila sentenciosa que pronunciase las revelaciones de mi destino. —Palabras hermosas; pero no tanto que encubran la vulgaridad de vuestra alma vacía. Yo aparto esa hojarasca y no encuentro nada. Estais compuesto de grandeza y pequeñez.

—Como todo, como todo lo creado, señora—interrumpí.

—No, no—dijo con viveza. Yo conozco algo que no es así; yo conozco algo donde todo es grande. Habeis hecho en vuestra vida y aun en estos mismos días cosas admirables. Pero el mismo pensamiento que concibió la muerte de lord Gray, lo entregais á una vulgar y prosáica ama de casa como un papel en blanco para que escriba las cuentas de la lavandera. Vuestro corazón, que tan bien sabe sentir en algunos momentos, no os sirve para nada y lo entregais á las costureras para que hagan de él un cojincillo en que clavar sus alfileres. Caballero Araceli, me fastidio aquí.

—¡Señora, por Dios, no me deje usted! Estoy muy enfermo todavía.

—¿Acaso no tengo yo rango más alto que el de enfermera? Soy muy orgullosa, caballero. El hermano hospitalario os cuidará.

—Usted bromea, apreciable amiga, encantadora Athenais, usted se burla del verdadero afecto, de la admiración que me ha inspirado.— Siéntese usted á mi lado; hablaremos de cosas diversas, de la batalla, del pobre sir Thomas Parr á quien ví morir...

—Todavía creo que valgo para algo más que para dar conversación á los ociosos y á los aburridos—me contestó con desdén.—Caballero, me tratais con una familiaridad que me causa sorpresa.

—¡Oh! Recordaremos las proezas inauditas que hemos realizado juntos. ¿Se acuerda usted de Jean-Jean?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

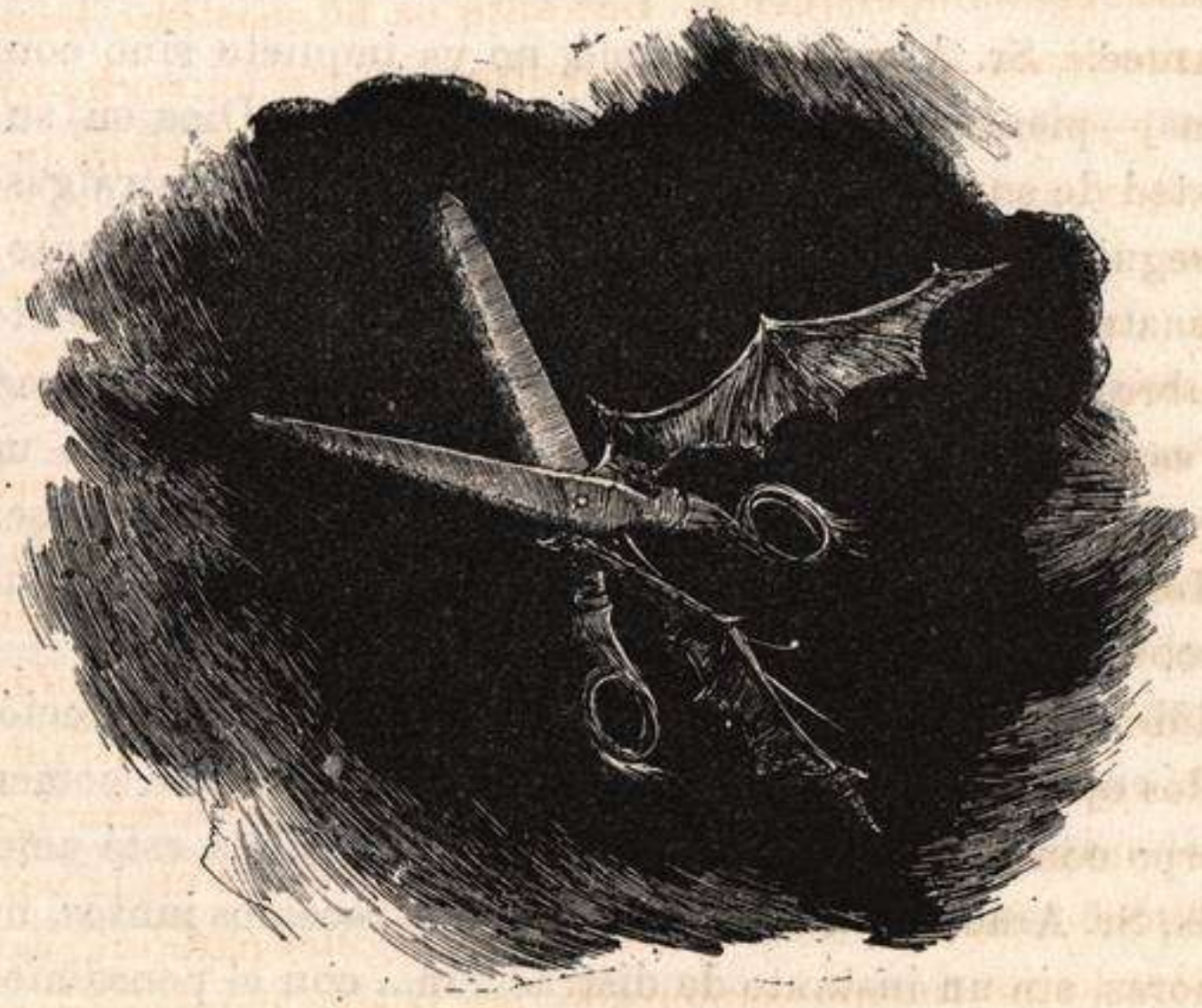
—En verdad sois impertinente. Bastante os he asistido; bastantes horas he pasado junto á vos. Mientras delirabais, me he reido, oyendo las necedades y graciosos absurdos que contínuamente decíais; pero ya estais en vuestro sano juicio y de nuevo sois tonto.

—Pues bien, señora, deliraré, deliraré y diré todas las majaderías que usted quiera, con tal que me acompañe—exclamé jovialmente.—No quiero que usted se marche enojada conmigo.

Miss Fly se apoyó en la pared para no caer. Advertí que la expresión de su rostro pasaba de una furia insensata á una emoción profunda. Sus ojos se inundaron de lágrimas, y como si no le pareciese que sus manos las ocultaban bien, corrió rápidamente hacia afuera Su intención primera fué sin duda salir; mas se quedó junto á la puerta y en sitio donde difícilmente la veía. Con todo, bastaron á revelarme su presencia, ignoro si los suspiros que creí oir ó la sombra que se proyectaba en la pared y subía hasta el techo. Lo que sí no tiene duda alguna para mí, es que después de estar largo tiempo sumergido en tristes cavilaciones, me sentí con sueño, y lentamente caí en uno profundísimo que duró hasta por la mañana. ¿Debo decir que cuando me hallaba próximo á perder completamente el uso de los sentidos, se repitieron los fenómenos extraños que habían acompañado mi penoso regreso á la vida? ¿Debo decir que me pareció ver volar encima y alrededor de mi cabeza un insecto alado, que después vino á posar sobre mi frente sus dos alas blandas, pesadas y ardientes?

Esto no era más que repetición de lo que antes había soñado: el fenómeno más raro entre todos los de aquella rarísima noche vino después, poniendo digno remate á mis confusiones, y fué, señores míos, que no desvanecida aún mi confusión por aquello de la pajarita, advertí que se cernía sobre mi frente una cosa negra, larga, no muy grande, aunque me era muy difícil precisar su tamaño, el cual objeto ó animalucho tenía dos largas piernas y dos picudas alas, que abría y cerraba alternativamente, todo negro, áspero, rígido y extremadamente feo. Aquel horrible crustáceo se replegaba, y entonces parecía un puñal negro; después abría sus patas y sus alas y parecía un escorpión. Lentamente bajaba acercándose á mí, y cuando tocó mi frente sentí frío en todo mi cuerpo. Agitóse mucho, meneó las horribles extremidades repetidas veces, emitiendo un chillido estridente, seco, áspero, que extremecía los nervios, y después huyó.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXXVI

Tras un sueño tan largo como profundo, desperté en pleno día notablemente mejorado. La hermosa claridad del sol me produjo bienestar inmenso, y además del alivio corporal experimentaba cierto apacible reposo del alma. Me recreaba en mi salud como un fátuo en su hermosura.

Á mi lado estaban dos hombres, el hospitalario y un médico militar, que después de reconocerme, hizo alegres pronósticos acerca de mi enfermedad y me mandó que comiese algo suculento si encontraba almas caritativas que me lo proporcionasen. Marchóse á cortar no sé cuantas piernas, y el hermano, luego que nos quedamos solos, se sentó junto á mí, y compungidamente me dijo:

—Siga usted los consejos de un pobre penitente, Sr. D. Gabriel, y en vez de cuidarse del alimento del cuerpo, atienda al del alma, que harto lo ha menester.

—¿Pues qué, Sr. Juan de Dios, acaso voy á morir?—le dije recelando que quisiera ensayar en mí el sistema de las silvestres yerbecillas.

—Para vivir cómo usted vive—afirmó el fraile con acento lúgubre,—vale más mil veces la muerte. Yo al menos la preferiría.

—No entiendo...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sr. Araceli, Sr. Araceli—exclamó, no ya inquieto sino con verdadera alarma,—piense usted en Dios, llame usted á Dios en su ayuda, elimine usted de su pensamiento toda idea mundana, abstráigase usted. Para conseguirlo recemos, amigo mío, recemos fervorosamente por espacio de cuatro, cinco ó seis horas, sin distraernos un momento, y nos veremos libres del inmenso, del horrible peligro que nos amenaza.

—Pero este hombre me va á matar—dije con miedo.—Me manda el médico que coma, y ahora resulta que necesito una ración de seis horas de rezo. Hermanuco, por amor de Dios, tráigame una gallina, un pavo, un carnero, un buey.

—¡Perdido, irremisiblemente perdido!...—exclamó con aflicción suma, elevando los ojos al Cielo y cruzando las manos.—¡Comer, comer! Regalar el cuerpo con incitativos manjares cuando el alma está amenazada, amenazada, Sr. Araceli... Vuelva usted en sí... recemos juntos, nada más que seis horas, sin un instante de distracción... con el pensamiento clavado en lo alto... De esta manera el pérfido se ahuyentará, vacilará al menos antes de poner su infernal mano en un alma inocente, la encontrará atada al Cielo con las santas cadenas de la oración, y quizás renuncie á sus execrables propósitos.

—Hermano Juan de Dios, quíteseme de delante, ó no sé lo que haré. Si usted es loco de atar, yo por fortuna no lo soy, y quiero alimentarme.

—Por piedad, por todos los santos, por la salvación de su alma, amado hermano mío, modérese usted, refrene esos livianos apetitos, ponga cien cadenas á la concupiscencia del mascar, pues por la puerta de la gastronomía entran todos los melindres pecaminosos.

Le miré entre colérico y risueño, porque su austeridad, que había empezado á ser grotesca, me enfadaba y al mismo tiempo me divertía. No, no me es posible pintarle tal como era, tal como le ví en aquel momento. Para reproducir en el lienzo la extraña figura de aquel hombre, á quien los ayunos y la exaltación de la fantasía, llevaran á estado tan lastimoso, no bastaría el pincel de Zurbaran, no; sería preciso revolver la paleta del gran Velazquez para buscar allí algo de lo que sirvió para la hechura de sus inmortales bobos.

Me reí de él, diciéndole:

—Tráigame usted de comer y después rezaremos.

Por única contestación, el hospitalario se arrodilló, y sacando un libro de rezos, me dijo:

—Repita usted lo que yo vaya leyendo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Que me mata este hombre, que me mata! ¡Favor!—grité encolerizado.

Juan de Dios se levantó, y poniendo su mano sobre mi pecho, espantado y tembloroso, me habló así:

—¡Que viene! ¡que va á venir!

—¿Quién?—pregunté cansado de aquella farsa.

—¿Quién ha de ser, desgraciado, quién ha de ser?—dijo en voz baja y con abatimiento.—¿Quién ha de ser sino el torpe enemigo del linaje humano, el negro rey que gobierna el imperio de las tinieblas como Dios el de la luz; aquél que odia la santidad y tiende mil lazos á la virtud para que se enrede? ¿Quién ha de ser sino la inmunda bestia que posee el arte de mudarse y embellecerse, tomando la figura y traje que más fácilmente seducen al descuidado pecador? ¿Quién ha de ser? ¡Extraña pregunta por cierto! ¡Me asombro de la inocente calma con que usted me habla, hallándose, como se halla, en el mismo estado que yo!

Mis carcajadas atronaban la estancia.

—Me alegraré en extremo de que venga—le dije.—¿Cómo sabe usted que va á venir?

—Porque ya ha estado, pobrecito; porque ya ha puesto sus aleves manos sobre usted en señal de posesión y dominio, porque dijo que iba á volver.

—Eso me alegra sobremanera. ¿Y cuándo he tenido el honor de tal visita? No he visto nada.

—¡Cómo había usted de verlo si dormía, desgraciado!—exclamó con lástima.—¡Dormir, dormir! hé aquí el gran peligro. Él aprovecha las ocasiones en que el alma está suelta y haciendo travesuras, libre de la vigilancia de la oración. Por eso yo no duermo nunca, por eso velo constantemente.

—Vino mientras yo dormía...

—Sí; anoche... ¡horrible momento! La señora inglesa que también ha cuidado á usted había salido. Yo estaba solo y me distraje un poco en mis rezos. Sin saber cómo, había dejado volar el pensamiento por espacios voluptuosos y sonrosados... ¡pecador indigno, mil veces indigno...! Yo había puesto el libro sobre mis rodillas, y cerrado los ojos, y dejádome aletargar en sabroso desvanecimiento, cuya vaporosa niebla y blando calor recreaban mi cuerpo y mi espíritu...

—Y entonces, cuando mi bendito hermanuco se regocijaba con tales liviandades, abrióse la tierra, salió una llama de azufre...

—No se abrió la tierra, sino la puerta, y apareció... ¡Ay! apareció en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

aquella forma celestial, robada á las criaturas de la más alta esfera angélica; apareció cual siempre le ven mis pecadores ojos.

—Hermano, hermano, soy feliz y sentiría que estuviera usted cuerdo.

—Apareció, como he dicho, y su vista me convirtió en estátua. Otra de igual catadura le acompañaba, también en forma mujeril, representando más edad que la primera, la tan aborrecida como adorada, que es el terror de mis noches y el espanto de mis días, y el abismo que se traga mi alma.

—¿Y en cuanto me vieron...? Adoro á esos demonios, Sr. Juan de Dios, y ahora mismo voy á mandarles un recadito con usted.

—¿Conmigo? ¡Infeliz precito! Ya vendrán por usted y se lo llevarán con sus satánicas artes.

—Quiero saber qué hicieron, qué dijeron.

—Dijeron: "aquí nos han asegurado que está,„ y luego sus ojos, que todo lo ven en la lobreguez de la horrenda noche, vieron el miserable cuerpo, y se abalanzaron hacia él con ahullidos que parecían sollozos tiernísimos, con lamentos que parecían la dulce armonía del amor materno, llorando junto á la cuna del niño moribundo.

—¡Y yo dormido como un poste! ¡Padre Juan, es usted un imbécil, un majadero! ¿Por qué no me despertó?

—Usted deliraba aún; las dos ¡ay! aquellas dos apariencias hermosísimas, y tan acabadas y perfectas que sólo yo con los perspícuos ojos del alma podía adivinar bajo su deslumbradora estructura la mano del infernal artífice; las dos mujeres, digo, derramaron sobre el pecho y la frente de usted demoniacas chispas, con tan ingeniosa alquimia desfiguradas, que parecían lágrimas de ternura. Pusieron sus labios de fuego en las manos de usted como si las besaran, le arreglaron las ropas del lecho, y después...

—¿Y después?

—Y después, buscáronme con los ojos como para preguntarme algo; mas yo, más muerto que vivo, habíame escondido bajo aquella mesa y temblaba allí y me moría, Sr. D. Gabriel, me moría queriendo rezar y sin poder rezar, queriendo dejar de ver aquel espectáculo y viéndolo siempre .. Por fin, resolvieron marcharse... ya eran dueños del alma de usted y no necesitaban más.

—Se fueron, pues.

—Se fueron diciendo que iban á pedir licencia á no sé quién para trasladar á usted á otro punto mejor... al Infierno cuando menos. De esta manera desapareció de entre los vivos un hermano hospitalario que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

era gran pecador; se lo llevaron una mañana enterito y sin dejar una sola pieza de su corporal estructura.

—¿Y después...? Estoy muy alegre, hermano Juan.

—Después vino esa señora á quien llaman *Doña Flay*, la cual es una criatura angelical, que le quiere á usted mucho. Usted empezó á salir de aquel marasmo ó trastorno en que le dejaron las embajadoras del negro averno: la señora inglesa habló largamente con usted y yo, que me puse á escuchar tras la puerta, oí que le decía mil cositas tiernas, melosas y hechiceras.

—¿Y después?

—Y después usted se puso furioso y entré yo, y la inglesa me mandó salir, y á lo que entendí, mi D. Gabriel se durmió. La inglesa entraba y salía, sin cesar de llorar.

—¿Y nada más?

—Algo más hay, sí, sin duda lo más terrible y espantoso, porque el atormentador del linaje humano, aquel que, según un santo Padre, tiene por cómplice de su infame industria á la mujer, la cual es hornillo de sus alquimias, y fundamento de sus feas hechuras; aquel que me atormenta y quiere perderme, entró de nuevo en la misma duplicada forma de mujer linda...

—Y yo, ¿dormía también?

—Dormía usted con sueño tranquilo y reposado. La señora inglesa estaba junto á aquella mesa envolviendo no sé qué cosa en un papel. Entraron ellas... no espiré en aquel momento por milagro de Dios... se acercaron á usted y vuelta á los aullidos que parecían llantos, y á los signos quirománticos semejantes á blandas y amorosas caricias.

—¿Y no dijeron nada? ¿No dijeron nada á miss Fly ni á usted?

—Sí—continuó después de tomar aliento, porque la fatiga de su oprimido pecho apenas le permitía hablar,—dijeron que ya tenían la licencia y que iban á buscar una litera para trasladar á usted á un sitio que no nombraron... Pero lo más extraño es que al oir esto la señora inglesa, que no estaba menos absorta, ni menos suspendida, ni menos espantada que yo, debió conocer que las tan aparatosas beldades eran obra de aquel que llevó á Jesús á la cima de la montaña y á la cúspide de la ciudad; y sobrecogida como yo, lanzó un grito agudísimo precipitándose fuera de la habitación. Seguíla y ambos corrimos largo trecho, hasta que ella puso fin á su atropellada carrera, y apoyando la cabeza contra una pared, allí fué el verter lágrimas, el exhalar hondos suspiros y el proferir palabras vehementes, con las cuales pedía á Dios miseri-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cordia. Una hora después volví, despertó usted y nada más. Sólo falta que recemos, como antes dije, porque sólo la oración y la vigilancia del espíritu ahuyenta al Malo, así como el pérfido sueño, las regaladas comidas y las conversaciones mundanas le llaman.

Juan de Dios no dijo más; atendía á extraños ruidos que sonaban fuera, y estaba trémulo y lívido.

—¡Aquí, aquí estoy, Inesilla... señora condesa!—exclamé reconociendo

las dulces voces que desde mi lecho oía.—Aquí estoy vivo y sano y contento, y queriéndolas á las dos más que á mi vida.

¡Ay! Entraron ambas y desoladas corrieron hacia mí. Una me abrazó por un costado y otra por otro. Casi me desvanecí de alegría cuando las dos adoradas cabezas oprimían mi pecho.

Juan de Dios huyó de un salto, de un vuelo ó no sé cómo.

Quise hablar y la emoción me lo impedía. Ellas lloraban y no decían nada tampoco. Al fin, Inés levantó los ojos sobre mi frente y la observó con curiosidad y atención.

—¿Qué miras?—le dije.—¿Estoy tan desfigurado que no me conoces?

—No es eso.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La condesa miró también.

—Es que noto que te falta algo—dijo Inés sonriendo.

Me llevé la mano á la frente, y en efecto, algo me faltaba.

—¿Dónde han ido á parar los dos largos mechones de pelo que tenías aquí?

Al decir esto, con sus deditos tocaba mi cabeza.

—Pues no sé... tal vez en la batalla...

Las dos se rieron.

—Queridas mías, recuerdo haber visto en sueños encima de mi cabeza un animalejo frío y negro, y ahora comprendo lo que era aquello: unas tijeras. Tengo aquí sobre la sien una rozadura... ¿la ven ustedes?... Esos pelos me molestaban, y aquí del cirujano. Es hombre entendido que no olvida el más mínimo detalle.

Tantas preguntas tenía que hacer, que no sabía por cual empezar.

—¿Y en qué paró esa batalla?—dije.—¿Dónde está lord Wellington?

—La batalla paró en lo que paran todas, en que se acabó cuando se cansaron de matarse—me respondió una de ellas, no sé cual.

—Pero los franceses se retiraban cuando yo caí.

—Tanto se retiraron—dijo la condesa,—que todavía están corriendo. Wellington les va á los alcances. No tengas cuidado por eso, que ya lo harán bien sin tí... Veremos si te dan algún grado por haber cogido el águila.

—Con que yo cogí un águila...

—Un águila toda dorada, con las alas abiertas y el pico roto, puesta sobre un palo, y con rayos en las garras: la he visto—dijo Inés con satisfacción extendiéndose en pomposas descripciones de la insignia imperial.

—Te encontraron—añadió la condesa, entre muchos muertos y heridos, abrazado con el cadáver de un abanderado francés, el cual te mordía el brazo.

Era la parte de mi cuerpo que más me dolía.

—Te hemos buscado desde el 22—dijo Inés,—y hasta anoche todo ha sido correr y más correr sin resultado alguno. Creímos que habías muerto. Fuí á la zanja grande donde están enterrando los pobres cuerpos. Había tantos, tantos que no los pude ver todos... Aquello parecía una maldición de Dios. Si cuando tal ví hubiera tenido en mi mano el águila que cogiste, la habría echado también en la zanja, y luego tierra, mucha tierra encima.

—Bien, Inesilla, nadie mejor que tú dice las mayores verdades de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

un modo más sencillo. La gloria militar y los muertos de las batallas debieran enterrarse en una misma fosa... En fin, adoradas mías, vivo estoy para quererlas muchísimo, y para casarme con la una, prévio el consentimiento de la otra.

La condesa frunció ligeramente el ceño é Inés me miró el cabello. La felicidad que inundaba mi alma se desbordó en francas risas y expresiones gozosas, á que Inés habría contestado de algún modo, si la seriedad de su madre se lo hubiera permitido.

—Saquemos ahora de aquí á este bergante—dijo la condesa—y después se verá. Debemos dar gracias á esa señora inglesa que te recogió en el campo de batalla y que te ha cuidado tan bien, según nos han dicho. Sé quien es y la hemos visto. La conocí en el Puerto... Por cierto, caballerito, que tenemos que hablar tú y yo.

—¿No está por aquí? ¡Athenais, Athenais!... Se empeñará en no venir cuando la necesitamos. Me alegro infinito de que se conozcan ustedes, creo que este conocimiento me ahorra un disgusto. Miss Fly es persona leal y generosa. ¡Sr. Juan de Dios!... Ese no vendrá aunque le ahorquen. Ha dado en decir que son ustedes el Demonio.

—¿Ese bendito hospitalario?—indicó la condesa.—El médico nos dijo que se había ya escapado dos veces de la casa de locos... Vamos, á ver cómo te arreglamos en la camilla. Llamaremos á otro enfermero.

Cuando salió la condesa, dije á Inés.

—No me has dicho nada de aquella persona...

—Ya lo sabrás todo—me contestó, sin oponerse á que le comiese á besos las manos.—Ven pronto á casa... prueba á levantarte.

—No puedo, hijita, estoy muy débil. Ese hospitalario de mil demonios se propuso hoy matarme de hambre. El agustino empeñado en que no había de comer, y miss Fly volviéndome loco con sus habladurías...

—¡Oh!—dijo Inés con encantadora expresión de amenaza.—¿Esa inglesa ha de estar contigo en todas partes...? Tengo una sospecha, una sospecha terrible, y si fuera cierto... ¿Seré yo demasiado buena, demasiado confiada é inocente, y tú un grandísimo tunante?

Miró de nuevo mi frente, no ya con inquietud, sino con verdadera alarma.

—¡Inesilla de mi corazón!—exclamé.—¡Si tienes sospechas, yo las disiparé! ¿Dudas de mí? Eso no puede ser. No ha sucedido nunca y no sucederá ahora. ¿Puedo yo dudar de tí? ¿Puede quebrantarse la fé de esta religión mútua en que há mucho tiempo vivimos y entrañablemente nos adoramos?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Así ha sido hasta aquí; pero ahora... tú me ocultas... mi madre ha pronunciado al descuido algunas palabras... No, Gabriel, no me engañes. Dímelo, dímelo pronto. Miss Fly te recogió del campo de batalla. Ella lo ha negado; pero es verdad. Nos lo han dicho.

—¡Engañarte yo!... Eso sí que es gracioso. Aunque fuese malo y quisiera hacerlo no podría... Pero te debo decir la verdad, toda la verdad, mujer mía, y empiezo desde este momento... ¿por qué me miras la frente?

—Porque... porque...—dijo pálida, grave y amenazadora—porque ese mechón de pelo te lo ha quitado miss Fly. Yo lo adivino.

—Pues sí, ella misma ha sido—contesté con serenidad imperturbable.

—¡Ella misma!... ¡Y lo confiesa!—exclamó entre suspensa y aterrada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Yo no sabía qué decirle. Pero la verdad salía en onda impetuosa de mi corazón á mis labios. Mentir, fingir, tergiversar, disimular, era indigno de mí y de ella. Incorporándome con dificultad le dije:

—Yo te contaré muchas cosas que te sorprenderán, querida mía. Demos tú y yo las gracias á esa generosa mujer que me recogió de entre los muertos en el Arapil Grande, para que no te quedases viuda.

—En marcha, vamos—dijo la condesa entrando de súbito é interrumpiéndome.—En esta litera irás bien.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXVII

La casa de la calle del Cáliz, á donde por dos veces he trasportado á mis oyentes, y á cuyo recinto nuevamente me han de seguir, si quieren saber el fin de esta puntual historia, era la habitación patrimonial de Santorcaz, que la había heredado de su padre un año antes, con algunas tierras productivas. Componíase el tal caserón de dos ó tres edificios diversos en tamaño y estructura, que compró, unió y comunió entre sí el Sr. D. Juan de Santorcaz, aldeano enriquecido á principios del siglo pasado. Faltaba á aquella vivienda elegancia y belleza; pero no solidez, ni magnitud, ni comodidades, aunque algunas piezas se hallaban demasiado distantes unas de otras y era excesiva la longitud de los corredores, así como el número de escalones que al discurrir de una parte á otra se encontraban.

En los aposentos donde anteriormente les vimos estaba Santorcaz con su hija el 22 de Julio durante la batalla. Esta última circunstancia hará comprender á mis oyentes que no presencié lo que voy á contar; mas si lo cuento de referencia, si lo pongo en el lugar de los hechos presenciados por mí es porque doy tanta fé á la palabra de quien me los contó, como á mis propios ojos y oidos; y así téngase esto por verídico y real.

Estaban, pues, según he dicho, el infortunado D. Luis y su hija en la sala; lamentábase ella de que existieran guerras y maldecía él su triste estado de salud que no le permitía presenciar el espectáculo de aquel día, cuando sonó con terrible estruendo la famosa aldaba del culebrón, y al poco rato el único criado que les servía y el militar que les guardaba anunciaron á los solitarios dueños que una señora quería entrar. Como miss Fly había estado allí algunos días antes, ofreciendo al masón un salvo-conducto para salir de Salamanca y de España, alegrósele á aquel el alma y dió orden de que al punto dejasen pasar é internasen hasta su presencia á la generosa visitante. Trascurridos algunos minutos, entró en la sala la condesa.

Santorcaz rugió como la fiera herida cuando no puede defenderse. Largo rato estuvieron abrazadas madre é hija, confundiendo sus lágri-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mas, y tan olvidadas del resto de la creación, cual si ellas solas existieran en el mundo. Vueltas al fin en su acuerdo, la madre, observando con terror á aquel hombre rabioso y sombrío que clavaba los ojos en el suelo como si quisiera con la sola fuerza de su mirada abrir un agujero en que meterse, quiso llevar á su hija consigo y dijo palabras muy parecidas á las que yo pronuncié en circunstancias semejantes.

Los que vieron mi sorpresa, juzguen cuál sería la de Amaranta cuando Inés se separó de ella, y hecha un mar de lágrimas corrió con los brazos abiertos hacia el anciano, en ademán cariñoso. Absorta miró tan increible movimiento la condesa. Santorcaz, cuando su hija estuvo próxima, volvió el rostro y alargó los brazos para rechazarla.

—Vete de aquí—dijo,—no quiero verte, no te conozco.

—¡Loco!—gritó la muchacha con dolor.—Si dices otra vez que me marche, me marcharé.

Revolvió Santorcaz los fieros ojos de un lado á otro de la estancia, miró con igual rencor á la condesa y á su hija, y temblando de cólera, repitió:

—Vete, vete, te he dicho que te vayas. No quiero verte más. Sal de esta casa con esa mujer, y no vuelvas más.

—Padre—dijo Inés sin dar gran importancia al frenesí del anciano.—¿No me has dicho que esta casa es mía? ¿No me has entregado las llaves? Pues voy á acomodar á esta señora en una habitación de las de la calle, porque hoy es imposible que encuentre posada, y mañana las dos nos iremos, dejándote tranquilo.

Tomando un manojo de llaves y repiqueteando con él, no sin cierta intención zumbona, Inés salió de la estancia seguida de Amaranta, que nada comprendía de aquella tragicomedia.

Luego que se quedó solo, Santorcaz dió algunos paseos por la habitación, recorriéndola en giros y vueltas sin fin, cual macho de noria. Su fisonomía expresaba todo cuanto puede expresar la fisonomía humana, desde la saña más terrible á la emoción más tierna. Tomó después un libro, pero lo arrojó en el suelo á los pocos minutos. Cogió luego una pluma, y después de rasguñar el papel breve rato, la destrozó y pisoteó. Levantóse, y con pasos vacilantes é inseguro ademán, dirigióse á la puerta vidriera, penetró en la estancia próxima, donde había un tocador de mujer y un lecho blanco. De rodillas en el suelo, hizo de la cama reclinatorio, y apoyando el rostro sobre ella, estuvo llorando todo el día.

Si Santorcaz hubiera tenido un oido agudo y finísimo, como el de algunas especies ornitológicas, habría percibido el rumor de ténues

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pasos en el corredor cercano; si Santorcaz hubiera poseido la doble vista, que es un absurdo para la fisiología, pero que no lo parecería si se llegaran á conocer los misteriosos órganos del espíritu, habría visto que no estaba enteramente solo; que una figura celestial batía sus alas en las inmediaciones de la triste alcoba; que sin tocar el suelo con su ligero paso, venía y se acercaba, y aplicaba con gracioso gesto su linda cabeza á la puerta para escuchar, y luego introducía un rayo de sus ojos por un resquicio para observar lo que dentro pasaba; y como si lo que veía y oía la contentase, iluminaba aquellos sombríos espacios con una sonrisa, y se marchaba para volver al poco rato y atender lo mismo. Pero el pobre masón no veía nada de esto. Aquella tarde un ordenanza inglés le trajo un salvo-conducto para salir de Salamanca; pero el masón lo rompió. La condesa é Inés, excepto en los intervalos que ésta salía, hablaban por los codos en las habitaciones de la calle. Figuraos la tarea de dos lenguas de mujer que quieren decir en un día todo lo que han callado en un año. Hablaban sin cesar, pasando de un asunto á otro, sin agotar ninguno, experimentando emociones diversas, siempre sorprendidas, siempre conmovidas, quitándose una á otra la palabra, refiriendo, ponderando, encareciendo, comentando, afirmando y negando.

Esto pasaba el 22 de Julio. De vez en cuando las interrumpía zumbido lejano, extremecimiento sordo de la tierra y del aire. Era la voz de los cañones de Inglaterra y Francia que estaban batiéndose donde todos sabemos. Las dos mujeres cruzaban las manos elevando los ojos al Cielo... Los cañonazos se repetían más cada vez. Por la tarde era un mugido incesante como el del Océano tempestuoso. En madre é hija pudo tanto el terror, que se callaron: es cuanto hay que decir. Pensaban en la cantidad de hombres que se tragaría en cada una de sus sacudidas el mar irritado que bramaba á lo lejos.

Llegó la noche y los cañonazos cesaron. Muy tarde entró Tribaldos en la casa. El pobre muchacho estaba consternado, y anque se la echaba de valiente, derrramó algunas lágrimas.

—¿Á donde vas?—preguntó con inquietud la madre á la hija, viendo que ésta se ponía el manto sin decir para qué.

—Al Arapil—contestó Inés entregando otro manto á la condesa, que se lo puso también sin decir nada.

Visitó Inés por breves momentos al anciano y salió de la casa y de la ciudad, acompañada de su madre y del fiel Tribaldos. Inmenso gentío de curiosos llenaba el camino. La batalla había sido horrenda, y querían ver las sobras todos los que no pudieron ver el festín. Anduvieron largo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tiempo, toda la noche, hacia arriba y hacia abajo, y de acá para allá sin encontrar lo que buscaban, ni quien razón les diera de ello. Cerca del día vieron á miss Fly que regresaba del campo de batalla delante de una camilla bien arreglada y cubierta, donde traían á un hombre que fué encontrado en el Arapil Grande, lleno de heridas, sin conocimiento y con una horrible mordida en el brazo.

Acercáronse Inés, la condesa y Tribaldos á miss Fly para hacerle preguntas; pero ésta, impaciente por seguir, les contestó:

—No sé una palabra. Dejadme continuar; llevo en esta camilla al pobre sir Thomas Parr, que está herido de gravedad.

Siguieron ellas y Tribaldos y recorrieron el campo de batalla, que la luz del naciente día les permitó ver en todo su horror; vieron los cuerpos tendidos y revueltos, conservando en sus fisonomías la expresión de rabia y espanto con que les sorprendiera la muerte. Miles de ojos sin brillo y sin luz, como los ojos de las estátuas de mármol, miraban al Cielo sin verlo. Las manos se agarrotaban en los fusiles y en las empuñaduras de los sables, como si fueran á alzarse para disparar y acuchillar de nuevo. Los caballos alzaban sus patas tiesas y mostraban los blancos dientes con lúgubre sonrisa. Las dos desconsoladas mujeres vieron todo esto, y examinaron los cuerpos uno á uno; vieron los charcos, las zanjas, los surcos hechos por las ruedas, y los hoyos que tantos millares de piés abrieran en el bailoteo de la lucha; vieron las flores del campo machacadas, y las mariposas que alzaban el vuelo con sus alas teñidas de sangre. Regresaron á Salamanca, volvieron por la noche al campo de batalla, no ya conmovidas sino desesperadas; rezaban por el camino, preguntaban á todos los vivos y también á los muertos.

Por último, después de repetidos viajes y exploraciones dentro y fuera de la ciudad, en los cuales emplearon tres días, con ligeros intervalos de residencia y descanso en la casa de la calle del Cáliz, encontraron lo que buscaban en el hospital de sangre improvisado en la Merced. Lo hallaron separado de los demás, en una habitación solitaria y en poder de un pobre fraile demente. Hicieron diligencias cerca de la autoridad militar, y por último, consiguieron poder llevarle, es decir, llevarme consigo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXVIII

COMODÁRONME en una estancia clara y bonita y en un buen lecho, que atropelladamente dispusieron para mí. Me dieron de comer, lo cual agradecí con toda mi alma, y empecé á encontrarme muy bien. Lo que más contribuía á precipitar mi restablecimiento era la alegría inexplicable que llenaba mi alma. Síntoma externo de esta alegría era una jovialidad expansiva que me impulsaba á reir por cualquier frívolo motivo.

La noche de mi entrada en la casa, mientras la condesa escribía cartas á todo sér viviente en la sala inmediata, Inés me daba de cenar.

Nos hallábamos solos, y le conté toda, absolutamente toda la casi increible novela de miss Fly, sin omitir nada que me perjudicase ó me engrandeciese á los ojos de mi interlocutora. Oyóme ésta con atención profunda, mas no sin tristeza, y cuando concluí, diríase que mi constante amiga había perdido el uso de la palabra. No sé en qué vagas perplejidades se quedó suspenso y flotante su grande ánimo. En su fisonomía observé el enojo luchando con la compasión, y el orgullo tal vez en pugna con la hilaridad. Pero no decía nada, y sus grandes ojos se cebaban en mí. Por mi parte, mientras más duraba su abstracción contemplativa, más inclinado me sentía yo á burlarme de las nubes que oscurecían mi cielo.

—¿Es posible que pienses todavía en eso?—le dije.

—Espero que me enseñes el mechón rubio con que te han pagado el negro... Buena pieza, piensas que me casaré contigo, con un perdido, con un bribón... Te cuidaremos, y luego que estés bueno te marcharás con tu querida inglesa. Ninguna falta me haces.

Quería ponerse seria, y casi casi lo lograba.

—No me marcharé, no—le dije,—porque te quiero más que á las niñas de mis ojos, me has enamorado porque eres una criatura de otros tiempos, porque vuestra alma, señora (me gusta tratar de *vos* á las personas) da la mano á la mía y ambas suben á las alturas donde jamás llega la vulgaridad y bajeza de los nacidos. Por vos, señora, seré Ber-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nardo del Carpio, el Cid y Lanzarote del Lago, acometeré las empresas más absurdas, mataré á medio mundo y me comeré al otro medio.

—Si piensas embobarme con tales tonterías...—dijo sin quererse reír pero riendo.

—Señora—exclamé con dramático acento, vos sois el imán de mi existencia, la única pareja digna de la inmensidad de mi alma; adoro las águilas que vuelan mirando cara á cara al sol y no las gallinas que sólo saben poner huevos, criar pollos, cacarear en los corrales, y morir por el hombre. Llevadme, llevadme con vos, señora, á los espacios de las grandes emociones y á las excelsitudes del pensamiento. Si me abandonais, yo os lloraré en las ruinas; si me amais, seré vuestro esclavo y conquistaré diez reinos para poneros uno en cada dedo de las manos.

—Calla, calla, tonto, farsante—dijo Inés defendiéndose como podía de la hilaridad que la ahogaba.

—¡Ah, señora y dueño mío!—proseguí yo reforzando mi entonación. —Me rechazais. Vuestro corazón es indigno del mío. Yo lo creí templado en el fuego de la pasión, y es un pedazo de carne fofa y blanda. Os lo pedía yo para unirlo al mío y vos le arrojais á los soldados para que claven en él sus bayonetas. Sois indigna de mí, señora. Os digo estas sublimidades, y en vez de oirme, os estais cosiendo todo el día; temblais cuando voy á la guerra, no pensais más que en vuestros chiquillos, en vez de pensar en mi gloria; y os ocupais en hacer guisotes y platos diversos para darme de comer: yo no como, señora; en la región donde yo habito no se come... De veras sois tonta: os habeis empeñado en amarme con cariño dulce y tranquilo propio de costureras, boticarios, sargentos, covachuelistas y sastres de portal. ¡Oh! amadme con exaltación, con frenesí, con delirio, como amaba Bernardo del Carpio á Doña Estela, y cantad las hazañas de los héroes que son norte y faro de mi vida, y poneos delante de mí cual figura histórica, sin cuidaros de que mi ropa esté hecha pedazos, mi mesa sin comida, y mis hijos desnudos. ¿Qué veo? ¿Os reís? ¡Miseria! ¡Yo me muero por vos y os reís! ¡Yo peno y vos os regocijais! ¡Yo enflaquezco y vos os presentais á mí fresca, alegre y gordita!

Inés lloraba de risa, pero de una manera tan franca y natural, que todo el enojo se iba desvaneciendo en aquellas chispas de alegría. Mi corazón se entendió con el suyo, como los hermanos que por un momento riñen, para quererse más.

—Os abandono, porque amais á otro, á una criatura vulgar y antipoética, señora—continué mirando su frente y haciendo con mis dedos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

movimiento semejante al abrir y cerrar de unas tijeras; —pero quiero llevarme un recuerdo vuestro, y así os corto ese mechón que os cuelga sobre la frente.

Diciéndolo, cogí la preciosa cabeza y le dí mil besos.

—Que me lastimas, bárbaro—gritó sin cesar de reir.

Acudió la condesa que en la cercana habitación estaba, y al verla, Inés, más roja que una amapola, le dijo:

—Es Gabriel, que se la está echando de gracioso.

—No hagais ruido que estoy escribiendo. Todavía me faltan muchas cartas, pues tengo que escribir á Wellington, á Graham, á Castaños, Cabarrús, á Azanza, á Soult, á O'Donnell y al Rey José.

Mi adorada suegra tenía la manía de las cartas. Escribía á todo el mundo, y de todos lograba respuesta. Su colección epistolar era un archivo histórico del cual sacaré algún día no pocas preciosidades.

Al día siguiente mi suegra fué á visitar á miss Fly, á quien como he dicho, había trado en el Puerto y reconocido últimamente en Salamanca. Athenais pagó la visita á la condesa en el mismo día. Vino elegantemente vestida, deslumbradora de hermosura y de gracia. Servíale de caballero el coronel Simpson, siempre encarnadito, vivaracho, acicalado y compuesto como un figurín, y siempre honrando todos los objetos y personas con la cuádruple mirada de dos ojos y dos vidrios que jamás descansaban en su investigadora observación. Yo me había levantado y desde un sillón asistí sin moverme á la visita, que no fué larga, aunque sí digna de ocupar el penúltimo lugar en esta verídica historia.

—¿De modo que parte usted definitivamente para Inglaterra?—dijo la condesa.

—Sí, señora—repuso Athenais, que no se dignaba mirarme;—estoy cansada de la guerra y de España, y deseo abrazar á mi padre y hermanas. Si alguna vez vuelvo á España tendré el gusto de visitaros.

—Antes quizás tenga yo el de escribir á usted—dijo mi suegra acordándose de que había papel y plumas en el mundo.—Por falta de tiempo no he escrito ya á lord Byron á quien conocí en Cádiz. No llevará usted malos recuerdos de España.

—Muy buenos. Me he divertido mucho en este extraño país; he estudiado las costumbres, he hecho muchos dibujos de los trajes y gran número de paisajes en lápiz y acuarela. Espero que mi albúm llame la atención.

—También llevará usted memoria de las tristes escenas de la guerra —dijo Amaranta con emoción.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Los franceses nada respetan—indicó miss Fly con la indiferencia que se emplea en las visitas para hablar del tiempo.

—En su retirada—afirmó Simpson—han destruido todos los pueblos de la ribera del Tormes. No nos perdonan que les hayamos matado cinco mil hombres y cogido siete mil prisioneros con dos águilas, seis banderas y once cañones... ¡Grandiosa é importante batalla! No puedo menos de felicitar al Sr. de Araceli—añadió haciéndome el honor de dirigirse á mí—por su buen comportamiento durante la acción. El brigadier Pack y el honorable general Leith han hecho delante de mí grandes elogios de usted. Me consta que su excelencia el gran Wellington no ignora nada de lo que tanto os favorece.

—En ese caso—dije—tal vez se disipe la prevención que su excelencia tenía contra mí por motivos que nunca pude saber.

Athenais se puso pálida; mas dominándose al instante, no sólo se atrevió á fijar en mí sus lindos ojos de cielo, sino que se rió y de muy buena gana, según parecía.

—Este caballero—dijo con jovialidad asombrosa por lo bien fingida—ha tenido la desgracia y la fortuna de pasar por mi amante á los ojos de los ociosos del campamento. En España, el honor de las damas está á merced de cualquier malicioso.

—¡Pero cómo! ¿Es posible, señora?—exclamé fingiéndome sorprendido y además de sorprendido encolerizado.—¿Es posible que por aquefelicísimo encuentro nuestro...? No sabía nada ciertamente. ¡Y se han atrevido á calumniar á usted!... ¡Qué horror!

—Y poco ha faltado para que me supusieran casada con vos—añadió apartando los ojos de mí, contra lo que las conveniencias del diálogo exigían.—Me ha servido de gran diversión, porque á la verdad, aunque os tengo por persona estimable...

—No tanto que pudiera merecer el honor...—añadí completando la frase.—Eso es claro como el agua.

—Todo provino de que alguien nos vió juntos en la ciudad, cuando para salvaros de aquellos infames soldados, pasasteis por mi criado durante unas cuantas horas—dijo Athenais, coqueteando y haciendo monerías.—Ahora falta saber si por vanidad pueril fuísteis vos mismo quien se atrevió á propalar rumores tan ridículos acerca de una noble dama inglesa, que jamás ha pensado enamorarse en España, y menos de un hombre como vos.

—¡Yo, señora! El coronel Simpson es testigo de lo que pensaba yo sobre el particular.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Los rumores—dijo el simpático Abraham,—partieron de la oficialidad inglesa y empezaron á circular cuando Araceli volvió de Salamanca y Athenais no.

—Y vos, mi querido sir Abraham Simpson—dijo miss Fly con cierto enojo,—dísteis circulación á las groserías que corrían acerca de mí.

—Permitidme decir, mi querida Athenais—indicó Simpson en español—que vuestra conducta ha sido algo extraña en este asunto. Sois orgullosa... lo sé... creías rebajaros sólo ocupandoos del asunto... Lo cierto es que oiais todo y callábais. Vuestra tristeza, vuestro silencio hacían creer...

—Me parece que no conoceis bien los hechos—dijo Athenais empezando á ruborizarse.

—Todos hablaban del asunto; el mismo Wellington se ocupó de él. Os interrogaron con delicadeza, y contestasteis de un modo vago. Se dijo que pensabais pedir el cumplimiento de las leyes inglesas sobre el matrimonio; calumnia, pura calumnia; pero ello es que lo decían y vos no lo negabais... yo mismo os llamé la atención sobre tan grave asunto, y callasteis...

—Conoceis mal los hechos—repitió Athenais más ruborizada,—y además sois muy indiscreto.

—Es que, según mi opinión—dijo Simpson,—llevasteis la delicadeza hasta un extremo lamentable, mi querida Athenais... Os sentíais ultrajada sólo por la idea de que creyeran... pues... una mujer de vuestra clase... No quiero ofender al señor; pero... es absurdo, monstruoso. La Inglaterra, señora, se hubiera extremecido en sus cimientos de granito.

—¡Sí, en sus cimientos de granito!—repetí yo.—¡Qué hubiera sido de la Gran Bretaña!... Es cosa que espanta.

Miss Fly me dirigió una mirada terrible.

—En fin—dijo la condesa,—los rumores circularon... yo misma lo supe... Pero la cosa no vale la pena. Si la Gran Bretaña se mantiene sin mancilla...

Miss Fly se levantó.

—Señora—le dije con el mayor respeto,—sentiría que usted dejase á España sin que yo pudiese manifestarle la profundísima gratitud que siento...

—¿Por qué caballero?—preguntó llevando el pañuelo á su boca.

—Por su bondad, por su caridad. Mientras viva, señora, bendeciré á la persona que me recogió del campo de batalla con otros infelices compañeros.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Estais en gran error—exclamó riendo.—Yo no he pensado en tal cosa. Vos sin duda lo deseábais. Recogí á varios, sí; pero no á vos. Os han engañado. Me visteis en la Merced recorriendo las salas y dormitorios... No quiero que me atribuyan el mérito de obras que no me pertenecen.

—Entonces, señora, permítame usted que le dé las gracias por... No, lo que quiero decir es que ruego á usted no me guarde rencor por haber sido causa, aunque inocente, de esos ridículos rumores...

—¡Oh, oh!... No hago caso de semejante necedad. Soy muy superior á tales miserias... ¡La calumnia! Acaso me importa algo... ¡Vuestra persona! ¿Significa algo para mi? Sois vanidoso y petulante.

Miss Fly hacía esfuerzos extraordinarios por conservar en su semblante aquella calma inglesa que sirve de modelo á la majestuosa impasibilidad de la escultura. Miraba á los cristales, á los viejos cuadros, al suelo, á Inés, á todos menos á mí.

—Entonces, señora—añadí,—puesto que ningún daño ha padecido usted por causa mía...

—Ninguno, absolutamente ninguno. Os haceis demasiado honor, caballero Araceli, y sólo con pedirme excusas por la vil calumnia, sólo con asociar vuestra insignificante persona á la mía, estais faltando al

(c) 2008 Ministerio de Cultura

comedimiento, sí, faltando á la consideración que debe inspirar en todo lo habitado una hija de la Gran Bretaña.

—Perdón, señora, mil veces perdón. Sólo me resta decir á usted que deseo ser su humildísimo servidor y criado aquí y en todas partes y en todas las ocasiones de mi vida. ¿También así falto al comedimiento?

—También... pero, en fin, admito vuestros homenajes. Gracias, gracias—dijo con altivez.—Adios.

Al fin de la visita, aunque repetidas veces se empeñó en reir, no pudo conseguirlo sino á medias. Sus manos temblaban, destrozando las puntas del chal amarillo. Despidióse cariñosamente de la condesa, y con mucha ceremonia de Inés y de mí.

—¿Y no será usted tan buena que nos escriba alguna vez para enterarnos de su salud?—le dije.

—¿Os importa algo?

—¡Mucho, muchísimo!—exclamé con vehemencia y sinceridad profunda.

—¡Escribiros!—Para eso necesitaría acordarme de vos. Soy muy desmemoriada, Sr. de Araceli.

—Yo, mientras viva, no olvidaré la generosidad de usted, Athenais. Me cuesta mucho trabajo olvidar.

—Pues á mí no—dijo mirándome por última vez.

Y en aquella postrera mirada que sus ojos me echaron, puso tanto orgullo, tanta soberbia, tanta irritación que sentí verdadera pena. Al fin salió de la sala. La palidez de su rostro y la furia de su alma la hacían terrible y majestuosamente bella.

Pocos momentos después aquel hermoso insecto de mil colores, que por unos días revoloteara en caprichosos círculos y juegos alrededor de mí, había desaparecido para siempre.

Muchas personas que anteriormente me han oido contar esto, sostienen que jamás ha existido miss Fly; que toda esta parte de mi historia es una invención mía para recrearme á mí propio y entretener á los demás; pero ¿no debe creerse ciegamente la palabra de un hombre honrado? Por ventura, quien de tanta rectitud dió pruebas, ¿será capaz ahora de oscurecer su reputación con ficciones absurdas y con fábricas de la imaginación que no tengan por base y fundamento á la misma verdad, hija de Dios?

Poco después de que los dos ingleses nos dejaron solos, la condesa dijo á Inés:

—Hija mía, ¿tienes inconveniente en casarte con Gabriel?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No, ninguno—repuso ella con tanto aplomo, que me dejó sorprendido.

Con inefable afecto besé su hermosa mano que tenía entre las mías

—¿Está tranquila y satisfecha tu alma, hija mía?

—Tranquila y satisfecha—repuso.—¡Pobrecita miss Fly!

Ambos nos miramos. Un cielo lleno de luz divina y de inexplicable música de ángeles flotaba entre uno y otro semblante... Si es posible ver á Dios, yo lo veía, yo.

—¡Qué hermoso es vivir!—exclamé.—¡Qué bien hizo Dios en criarnos á los dos, á los tres! ¿Hay felicidad comparable á la mía? ¿Pero esto qué es, es vivir ó es morir?

Al oir esto, la condesa, que había corrido á abrazarnos, se apartó de nosotros. Fijó los ojos en el suelo con tristeza. Inés y yo pensamos al mismo tiempo en lo mismo y sentimos la misma pena, una lástima íntima y honda que turbaba nuestra dicha.

—¿Qué tal está hoy?—preguntó Amaranta.

—Muy mal—repuso Inés.—Vamos los dos allá. Hace ya una hora y media que no me ha visto, y estará muy taciturno.

Aunque estenuado y débil, me levanté y la seguí apoyado en su brazo.

—Haré la última tentativa y venceré—dijo cerca de la guarida del masón.—Le he observado muy bien todo el día, y el pobrecito no desea ya sino rendirse.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXIX

L entrar en la solitaria y triste estancia, vimos á Santorcaz apoltronado en el sillón y leyendo atentamente un libro. Alzó la vista para mirarnos. Inés, poniendo la mano en su hombro, le dijo con cariñoso gracejo:

—Padre, ¿sabes que me caso?

—¿Te casas?—dijo con asombro el anciano soltando el libro y devorándonos con los ojos.—¡Tú!...

—Sí—continuó Inés en el mismo tono.—Me caso con este pícaro Gabriel, con un opresor del pueblo, con un verdugo de la humanidad, con un satélite del despotismo.

Santorcaz quiso hablar; pero la emoción entorpecía su lengua. Quiso reir, quiso después ponerse serio y aun colérico; mas su semblante no podía expresar más que turbación, vacilación y desasosiego.

—Y como mi marido tendrá que servir á los reyes, porque ese es su oficio—prosiguió Inés,—me veré obligada, querido padre, á reñir contigo. Ahora me ha dado por la nobleza; quiero ir á la corte, tener palacio, coches y muchos y muy lujosos criados... Yo soy así.

—Bromea usted, señora doña Inesita—dijo Santorcaz en tono agridulce, recobrando al fin el uso de la palabra.—¿No hay más que casarse con el primero que llega?

—Hace tiempo que le conozco, bien lo sabes—dijo ella riendo. —Muchas veces te lo he dicho... Ahora, padre, tú te quedarás aquí con Juan y Ramoncilla, y yo me voy á Madrid con mi marido. Te entretendrás en fundar una gran logia y en leer libros de revoluciones y guillotinas para que acabes de volverte loco, como D. Quijote con los de caballerías.

Diciendo esto abrazó al anciano y se dejó besar por él.

—¡Adios, adios!—repitió ella—puesto que no nos hemos de ver más, despidámonos bien.

—Picarona—exclamó él estrechándola amorosamente contra su pecho y sentándola sobre sus rodillas.—¿Piensas que te voy á dejar marchar?

—¿Y piensas que yo voy á esperar á que tú me dejes salir? Padre, ¿te has vuelto tonto? ¿Has olvidado á la persona que ha estado en casa y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que tiene tanto poder?... ¿No sabes que estás preso?... ¿crees que no hay justicia ni leyes, ni corregidores? Atrévete á respirar...

El masón apartó de sí á la muchacha, trató de levantarse, mas impidiéronselo sus doloridas piernas, y golpeando los brazos del sillón, habló así:

—Pues no faltaba más... marcharte tú y dejarme... Araceli—añadió dirigiéndose á mí con bondad. Ya que mi hija tiene la debilidad de quererte, te permito que seas su marido; pero tú y ella os quedareis conmigo.

—Á buena parte vas con súplicas—dijo Inés riendo.—Á fé que mi marido hace buenas migas con los masones. Él y yo detestamos el populacho y adoramos á reyes y frailes.

—Bueno, me quedaré—dijo Santorcaz con ligera inflexión de broma en su tono.—Me moriré aquí. Ya sabes cómo está mi salud, hija mía: vivo de milagro. En estos días que has estado enojada conmigo, yo sentía que la vida se me iba por momentos, como un vaso que se vacía. ¡Ay! queda tan poco, que ya veo, ya estoy viendo el fondo negro.

—Todo se arreglará—dije yo acercando mi asiento al del enfermo.—Nos llevaremos con nosotros al enemigo de los reyes.

—Eso es, eso... Gabriel ha hablado con tanto talento como Voltaire—dijo el masón con repentino brío.—Me llevareis con vosotros... No tengo inconveniente, la verdad.

—Bueno, le llevaremos—dijo Inés abrazando á su padre,—le llevaremos á Madrid, donde tenemos una casa muy grande, grandísima, y en la cual estaremos muy anchos, porque mi madre se va con todos sus criados á vivir á Andalucía para no volver más.

—¡Para no volver más!—dijo el enfermo con turbación. —¿Quién te lo ha dicho?

—Ella misma. Se separa de mí mientras tú vivas.

—¡Mientras yo viva!... Ya lo ves. Por eso conocerás la inmensidad de su aborrecimiento.

—Al contrario, padre—dijo Inés con dulzura,—se marcha porque tú no la puedes ver, y para dejarme en libertad de que te cuide y esté contigo en tu enfermedad. Lo que te decía hace poco de abandonarte y marcharme sola con mi marido era una broma.

En los párpados del anciano asomaban algunas lágrimas que él hubiera deseado poder contener.

—Lo creo; pero eso de que tu madre se separe de tí por concederme el inestimable beneficio de tu compañía, me parece una farsa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿No lo crees?

—No: ¿á que no se atreve á venir aquí y á decirlo delante de mí?

—Eso quisieras tú, padrito. ¿Cómo ha de venir á decirte eso, ni ninguna otra cosa, cuando se ha marchado?

—¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado!—exclamó Santorcaz con un desconsuelo tan profundo que por largo rato quedó estupefacto.

—¿Pues no lo sabes? ¿No sentiste la voz de unos señores ingleses? Esos la acompañan hasta Madrid, de donde partirá para Andalucía.

El dominio de aquella hermosa y excelente criatura sobre su padre era tan grande que Santorcaz pareció creerlo todo tal como ella lo decía. Clavaba los ojos en el suelo y lentamente se acariciaba la barba.

—Búscala por toda la casa—prosiguió Inés.—Á fé que tendría gusto la señora en vivir dentro de esta jaula de locos.

—¡Se ha marchado!—repitió sombríamente Santorcaz, hablando consigo mismo.

—Y no me costó poco quedarme—añadió ella haciendo con manos y rostro encantadoras monerías.—Su deseo era llevarme consigo. Allá le dijo no sé quién... nada se puede tener oculto... que yo te había tomado gran cariño. Sólo por esta razón venía dispuesta á perdonarte, á reconciliarse contigo... Esto era lo más natural, pues tú la habías amado mucho, y ella te había amado á tí... Pero tú estás loco... la recibiste como se recibe á un enemigo... te pusiste furioso... te negaste á ser bueno con ella. Me has hecho pasar unos ratos que no te perdono.

Las lágrimas corrieron hilo á hilo por la cara de Santorcaz.

—Mi deber era huir de esta casa aborrecida, huir con ella, abandonándote á las perversidades y rencores de tu corazón—dijo Inés, que reunía á la santidad de los ángeles cierta astucia de diplomático.—Pero me acordé de que estabas enfermo y postrado; se lo dije...

El masón miró á su hija, preguntándole con los ojos cuanto es posible preguntar.

—Se lo dije, sí—prosiguió ella,—y como tiene un corazón bueno, generoso y amante; como nunca, nunca ha deseado el mal ajeno, ni ha vivido del odio; como sabe perdonar las ofensas y hacer bien á los que la aborrecen... ¡ay! no lo creerás ni lo comprenderás, porque un corazón de hierro como el tuyo, no puede comprender esto.

—Sí, lo creo, lo comprendo—dijo Santorcaz secando sus lágrimas.

—Pues bien; ella misma convino en que no me separara de tí, para consolarte y fortalecerte en tus últimos días; y como ella y tú no podeis estar juntos en un mismo sitio, determinó retirarse. Acordamos que me

(c) 2008 Ministerio de Cultura

case con el verdugo de la humanidad y que Gabriel y yo te lleváramos á vivir con nosotros.

—¿Y se marchó?... ¿pero se marchó?—preguntó Santorcaz con un resto de esperanza.

—Y se marchó, si señor. Venía dispuesta á reconciliarse contigo, á quererte como yo te quiero. Ha llorado mucho la pobrecita, al ver que después de tantos años, después de tantas desgracias como le han ocurrido por tí, después de tanto daño como le has hecho, aún te niegas á pronunciar una palabra cristiana, á borrar con un momento de generosidad todas las culpas de tu vida, á descargar tu conciencia y también la suya del peso de un resentimiento insoportable. Se ha marchado perdonándote. Dios se encargará de juzgarte á tí, cuando en el momento del juicio le presentes como únicos méritos de tu existencia, ese corazón insensible y perverso, ó mejor dicho, ese nido de culebras, á las cuales has criado, á las cuales echas de comer todos los días para que crezcan y vivan siempre, y te muerdan aquí y en la eternidad de la otra vida.

El masón se revolvía con angustia en su sillón; el llanto había cesado de afluir de sus ojos; tenía el rostro encendido, las manos crispadas, echada la cabeza hacia atrás, y entrecortaba su aliento una sofocación fatigosa.

—Padre—exclamó Inés echándole los brazos al cuello.—Sé bueno, sé generoso y te querré más todavía. Ya sabes mi deseo: prepárate á cumplirlo, y mi madre volverá. Yo la llamaré y volverá.

Los músculos de Santorcaz se tendieron, poniéndose rígidos, cerró los ojos, inclinó la cabeza, y su aspecto fué el de un cadáver. En aquel mismo instante abrióse la puerta y penetró la condesa, pálida, llorosa. Andando lentamente, adelantó hasta llegar al lado del enfermo que seguía inerte, mudo y aparentemente sin vida. Alarmados todos, acudimos á él, y con ayuda de Juan y Ramoncilla le acostamos en su lecho; al instante hicimos venir el médico que ordinariamente le asistía.

Inés y la condesa le observaban atentamente, y fijaban sus ojos en el semblante demacrado, pero siempre hermoso del desgraciado masón. Miraban con espanto aquella sima, aterradas de lo que en su profundidad había, sin comprenderlo bien.

El médico, luego que le examinara, anunció su próximo fin, añadiendo que se maravillaba de que alargase tanto su vida, pues el día anterior casi le diputó por muerto, aunque ocultó á Inés el fatal pronóstico. Cerca ya de la noche, un hondo suspiro nos anunció que recobraba de nuevo el conocimiento; abrió los ojos, y revolviéndolos con espanto

(c) 2008 Ministerio de Cultura

por todo el recinto de la estancia, fijólos en la condesa, cuyo semblante iluminaba la triste luz.

—¡Otra vez estás aquí!—exclamó con voz torpe y expresión de hastío y cólera;—¿otra vez aquí? Mujer, sabe que te aborrezco. ¡La cárcel, el destierro, el patíbulo... todo te ha parecido poco para perseguirme...! ¿Por qué vienes á turbar mi felicidad? Vete, ¿por qué agarras á mi hija con esa mano amarilla como la de la muerte? ¿Por qué me miras con esos ojos plateados que parecen rayos de luna?

—Padre, no hables así, que me das miedo —dijo Inés abrazándole, llenos los ojos de lágrimas.

La condesa no decía nada y lloraba también.

Santorcaz, después de aquella crísis de su espíritu, cayó en nuevo sopor profundísimo, y cerca de la madrugada, recobró el conocimiento con un despertar sereno y sosegado. Su mirar era tranquilo, su voz clara y entera, cuando dijo:

—Inés, niña mía, angel querido ¿estás aquí?

—Aquí estoy, padre—respondió ella acudiendo cariñosamente á su lado.—¿No me ves?

Inés tembló al observar que los ojos de su padre se fijaban en los de la condesa.

—¡Ah!—dijo Santorcaz sonriendo ligeramente.—Está ahí... la veo... viene hacia acá... ¿Pero por qué no habla?

La condesa había dado algunos pasos hacia el lecho, pero permanecía muda.

—¿Por qué no habla?—repitió el enfermo.

—Porque te tiene miedo—dijo Inés—como te lo tengo yo, y no se atreve la pobrecita á decirte nada. Tú tampoco le dices nada.

—¿Que no?—indicó el masón con asombro.—Hace dos horas que estoy dirigiéndole la palabra... tengo la boca seca de tanto hablar y no me contesta. ¡Ay!—añadió con dolor y volviendo el rostro—es demasiado cruel con este infeliz.

—¿La quieres mucho, padre?—preguntó Inés tan conmovida que apenas entendimos sus palabras.

—¡Oh, mucho, muchísimo!—exclamó el enfermo oprimiéndose el corazón.

—Por eso desde que la has visto—continuó la muchacha—la has pedido perdón por los ligeros perjuicios que sin querer le has causado. Todos te hemos oido y hemos alabado á Dios por tu buen comportamiento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Me habeis oido?...—dijo él con asombro, mirándonos á todos.—¿Me has oido tú... me ha oido ella... me ha oido también Araceli? Lo había dicho bajo, muy bajito para que sólo Dios me oyera, y lo ignorara todo sér.

Amaranta, tomando la mano de Santorcaz, dijo:

—Hace mucho, mucho tiempo que deseaba perdonarte; si en cualquiera ocasión, desde que Inés vino á mi poder, te hubieras presentado á mí como amigo... Yo también he tenido resentimientos; pero la desgracia me ha enseñado pronto á sofocarlos...

Lágrimas abundantes cortaron su voz.

—Y yo—dijo Santorcaz con voz apacible y ademán sereno.—Yo que voy á morir, no sé lo que pasa en mi corazón. El nació para amar. El mismo no sabe si ha amado ó ha aborrecido toda su vida.

Después de estas palabras todos callaron por breve rato. Las almas de aquellos tres indivíduos, tan unidos por la Naturaleza y tan separados por las tempestades del mundo, se sumergían por decirlo así, en lo profundo de una meditación religiosa y solemne sobre su respectiva situación. Inés fué la primera que rompió el grave silencio, diciendo:

—Bien se conoce, querido padre, que eres un hombre bueno, honrado, generoso. Si has tenido fama de lo contrario, es porque te han calumniado. Pero nosotras, nosotras dos y también Araceli, te conocemos bien. Por eso te amamos tanto.

—Sí—respondió el masón, como responde el moribundo á las preguntas del confesor.

—Si has hecho algunas cosas malas—continuó Inés—es decir, que parecen malas, ha sido por broma... Esto lo comprendo perfectamente. Por ejemplo: cuando te perseguían... apuesto á que la persecución no era ni la mitad de lo que tú te figurabas... pero, en fin, sea lo que quiera. Lo cierto es que te enfadaste, y con muchísima razón, porque tú estabas enamorado, querías ser bueno, querías... Pero hay familias orgullosas... Es preciso también considerar que una familia noble debe tener cierto punto... Dios primero y el mundo después no han querido que todos sean iguales.

—Pero se ven castigos, ó sino castigos, justicias providenciales en la tierra—dijo Santorcaz bruscamente, mirando á Amaranta.—Señora, hoy mismo ha consentido usted que su hija única y noble heredera se case con un chico de las playas de la Caleta. ¡Bravo abolengo, por cierto!

—Mejor sería—repuso la condesa—decir con un joven honrado, digno, generoso, de mérito verdadero y de porvenir.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Oh! señora mía, eso mismo era yo hace veinte años—dijo Santorcaz con tristeza.

Después cerró los ojos, como para apartar de sí imágenes dolorosas.

—Es verdad—dijo Inés entre broma y veras;—pero tú te entregaste á la desesperación, padre querido, tú no tuviste la fortaleza de ánimo de este opresor de los pueblos, tú no luchaste como él contra la adversidad, ni conquistaste escalón por escalón un puesto honroso en el mundo. Tú te dejaste vencer por la desgracia, corriste á Paris, te uniste á los pícaros revolucionarios que entonces se divertían en matar gente. Agraviados ellos como tú y tú como ellos, todos creíais que cortando cabezas ajenas ganaban alguna cosa y valían más los que se quedaran con ella sobre los hombros... Viniste luego á España con el corazón lleno de venganza. Tú querías que nos divirtiéramos aquí con lo que se divertían allá; la gente no ha querido darte gusto y te entretuviste con las mogigangas y gansadas de los masones, que según ellos dicen, hacen mucho, y según yo veo, no hacen nada ..

—Sí—dijo el anciano.

—Al mismo tiempo procurabas hacer daño á la persona que más debías amar .. Yo sé que si ella no te hubiera despreciado como te despreciaba, tú habrías sido bueno, muy bueno, y te habrías desvivido por ella...

—Sí, sí—repitió el.

—Esto es claro: Dios consiente tales cosas. Á veces dos personas buenas parece que se ponen de acuerdo para hacer maldades, sin caer en la cuenta de que diciéndose dos palabras, concluirían por abrazarse y quererse mucho.

—Sí, sí.

—Y no me queda duda—continuó Inés derramando sin cesar aquel torrente de generosidad sobre el alma del pobre enfermo,—no queda duda de que te apoderaste de mí porque me querías mucho y deseabas que te acompañara.

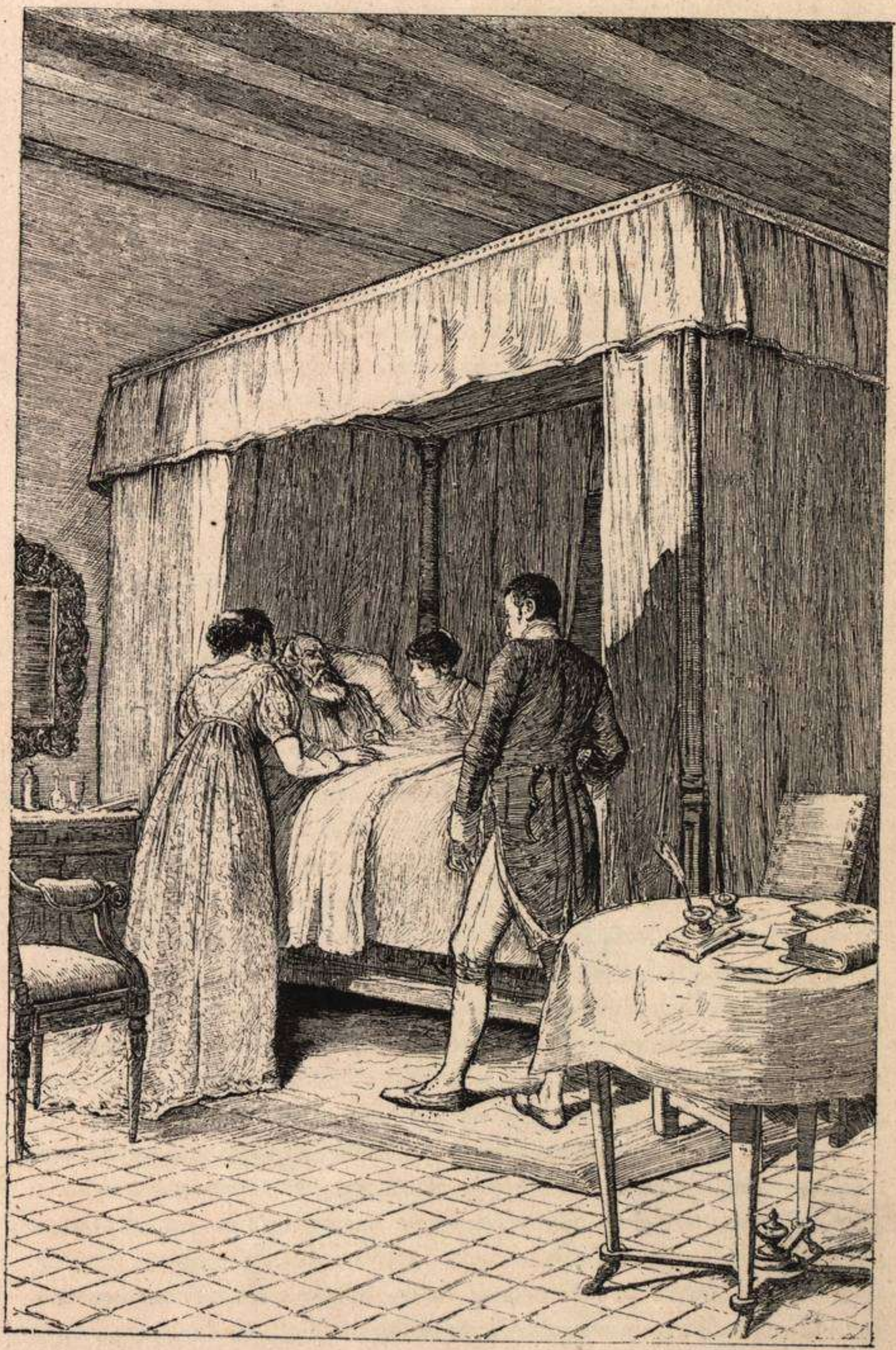
Santorcaz no afirmó ni negó nada.

—Lo cual me place mucho—prosiguió ella. Has sido para mí un padre cariñoso. Declaro que eres el mejor de los hombres, que me has amado, que eres digno de ser respetado y querido, como te quiero y te respeto yo, dando el ejemplo á todos los que están presentes.

El masón miró á su hija con inefable expresión de agradecimiento La religión no hubiera ganado mejor un alma.

—Muero—dijo con voz conmovida D. Luis, alargando la mano dere

(c) 2008 Ministerio de Cultura



(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cha á Amaranta y la izquierda á su hija—sin saber como me recibirá Dios. Me presentaré con mi carga de culpas y con mi carga de desgracias, tan grandes la una y la otra, que ignoro cual será de más peso... Mi pecho ha respirado venganza y aborrecimiento por mucho tiempo... he creido demasiado en las justicias de la tierra: he desconfiado de la Providencia; he querido conquistar con el terror y la violencia lo que á mi entender me pertenecía; he tenido más fé en la maldad que en la virtud de los hombres; he visto en Dios una superioridad irritada y tiránica, empeñada en protejer las desigualdades del mundo; he carecido por completo de humildad, he sido soberbio como Satán, y me he burlado del paraíso á que no podía llegar; he hecho daño, conservando en el fondo de mi alma cierto interés inexplicable por la persona ofendida; he corrido tras el placer de la venganza, como corre en el desierto el sediento tras un agua imaginaria, he vivido en perpétua cólera, despedazándome el corazón con mis propias uñas. Mi espíritu no ha conocido el reposo hasta que traje á mi lado un angel de paz que me consoló con su dulzura, cuando yo la mortificaba con mi cólera. Hasta entonces no supe que existían las dos virtudes consoladoras del corazón, la caridad y la paciencia. Que las dos llenen mi alma, que cierren mis ojos y me lleven delante de Dios.

Diciendo esto, se desvaneció poco á poco. Parecía dormido. Las dos mujeres, arrodilladas á un lado y otro, no se movían. Creí que había muerto; pero acercándome, observé su respiración tranquila. Retiréme á la sala inmediata, é Inés me siguió poco después. Entre los dos convenimos en llamar al prior de Agustinos, varón venerable, que había sido amigo muy querido del padre de Santorcaz.

Por la mañana, después de la piadosa ceremonia espiritual, Santorcaz nos rogó que le dejásemos solo con la condesa. Largo rato hablaron á solas los dos; mas como de pronto sintiéramos ruido, entramos y vimos á Amaranta de rodillas al pié del lecho, y á él incorporado, inquieto, con todos los síntomas de un delirio atormentador. Con sus extraviados ojos miraba á todos lados, sin vernos, atento sólo á los objetos imaginados con que su espíritu poblaba la oscura estancia.

—Ya me voy—decía,—ya me voy... ¡adios! es de día... No tiembles... esos pasos que se sienten son de tu padre que viene con un ejército de lacayos armados para matarme... No me encontrarán... Saldré por la ventana del torreón... ¡Cielo santo! han quitado la escala, me arrojaré aunque muera... Dices bien, mi cuerpo, encontrado al pié de estos muros, será tu vergüenza y la deshonra de esta casa... ¿Esperaré? ¿No

(c) 2008 Ministerio de Cultura

quieres que aguarde?... Ya están ahí; tu padre golpea la puerta y te llama... Adios: me arrojaré al campo... También allá abajo hay criados con palos y escopetas. Dios nos abandona porque somos criminales. Me ocurre una idea feliz. Estás salvada... escóndete allí... pasa á tu alcoba. Déjame recoger estos vasos de valor, estos candelabros de plata. Los llevaré conmigo, y procuraré escurrirme con mi tesoro robado por la cornisa del torreón hasta llegar al techo de las cuadras. Adios... saldré; abre la puerta y grita: *¡al ladrón, al ladrón!* Conocerán tu deshonra Dios y tu padre, si quieres revelársela; pero no esa turba soez. Vieron entrar un hombre, pero ignoran quién es y á lo que vino. Alma mía, ten valor; haz bien tu papel. Grita *¡al ladrón, al ladrón!*... Adios... Ya salgo, me escurro por estas piedras resbaladizas y verdosas... Aún no me han visto los de abajo. Es preciso que me vean... ¡Oh! Ya me ven los miserables con mi carga de preciosidades, y todos gritan *¡al ladrón, al ladrón!* ¡Qué inmensa alegría siento! Nadie sabrá nada, vida y corazón mío, nadie sabrá nada, nada...

Cayó hacia atrás, extremeciéndose ligeramente, y su alma hundióse en el piélago sin fondo y sin orillas. Inés y yo nos acercamos con religioso respeto al exánime cuerpo. En nuestro estupor y emoción creimos sentir el rumor de las aguas negras y eternas, agitándose al impulso de aquel sér que había caido en ellas; pero lo que oíamos era la agitada respiración de la condesa, que lloraba con amargura, sin atreverse á alzar su frente pecadora.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XL

os que quieran saber cómo y cuándo me casé, con otras particularidades tan preciosas como ignoradas acerca de mi casi inalterable tranquilidad durante tantos años, lean, si para ello tienen paciencia, lo que otras lenguas menos cansadas que la mía narrarán en lo sucesivo. Yo pongo aquí punto final, con no poco gusto de mis fatigados oyentes, y gran placer mío por haber llegado á la más alta ocasión de mi vida, cual fué el suceso de mis bodas, primer fundamento de los sesenta años de tranquilidad que he disfrutado, haciendo todo el bien posible, amado de los míos y bien quisto de los extraños. Dios me ha dado lo que da á todos cuando lo piden buscándolo, y lo buscan sin dejar de pedirlo. Soy hombre práctico en la vida y religioso en mi conciencia. La vida fué mi escuela, y la desgracia mi maestra. Todo lo aprendí y todo lo tuve.

Si quereis que os diga algo más (aunque otros se encargarán de sacarme nuevamente á plaza, á pesar de mi amor á la oscuridad), sabed que una serie de circunstancias, difíciles de enumerar por su muchedumbre y complicación, hicieron que no tomase parte en el resto de la guerra, pero lo más extraño es que desde mi alejamiento del servicio empecé á ascender de tal modo que aquello era una bendición.

Habiendo recobrado el aprecio y la consideración de lord Wellington, recibí de este hombre insigne pruebas de cordial afecto, y tanto me atendió y agasajó en Madrid que he vivido siempre profundamente agradecido á sus bondades. Uno de los días más felices de mi vida fué aquel en que supimos que el duque de Ciudad-Rodrigo había ganado la batalla de Waterlóo.

Obtuve poco después de los Arapiles el grado de teniente coronel. Pero mi suegra, con el talismán de su jamás interrumpida correspondencia, me hizo coronel, luego brigadier, y aún no me había repuesto del susto, cuando una mañana me encontré hecho general.

—Basta—exclamé con indignación después de leer mi hoja de servicios.—Si no pongo remedio, serán capaces de hacerme capitán general sin mérito alguno.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Y pedí mi retiro.

Mi suegra seguía escribiendo para aumentar por diversos modos nuestro bienestar, y con esto y un trabajo incesante, y el orden admirable que mi mujer estableció en mi casa (porque mi mujer tenía la manía del orden como mi suegra la de las cartas) adquirí lo que llamaban los antiguos *aurea mediocritas*; viví y vivo con holgura, casi fuí y soy rico, tuve y tengo un ejército brillante de descendientes entre hijos, nietos y biznietos.

Adios, mis queridos amigos. No me atrevo á deciros que me imiteis, pues sería inmodestia; pero si sois jóvenes, si os hallais postergados por la fortuna, si encontrais ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas, y no teneis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os hallais imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo.

Febrero-Marzo de 1875.

FIN DE LA BATALLA DE LOS ARAPILES

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

B. PEREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

V

III
44 - 2
5

(c) 2008 Minister